

Zoé Oldenbourg



# La alegría de los pobres





**Zoé Oldenbourg**

**La alegría de los  
pobres**

# X

La alegría de los pobres

Zoé Oldenbourg

La alegría de los  
pobres

Ediciones Destino

Colección

Áncora y Delfín

Volumen 485

Título original:

La joie des pauvres

París, 1970

Traducción: Ana Cela

© Zoé Oldenbourg

© Ediciones Destino

Consejo de Ciento, 425. Barcelona-

9

Primera edición: Julio 1976

ISBN: 84-233-0116-8

Depósito legal: B. 30.949-1976

Impreso por Gráficas Condal

Clot, 102-104. Barcelona-13

Impreso en España — Printed in

Spain

Aviso a los lectores

Este libro no es una novela histórica.  
Ni una crónica histórica novelada.  
Ni un fresco histórico.

No es una obra de erudición.

No ha exigido al autor mucha documentación.

La autora de la presente obra protesta y afirma solemnemente que:

1. Elogiar a un novelista por erudición, real o supuesta, es tacharlo de plagiarlo o de pedante.

2. Teniendo en cuenta que la documentación está al alcance de cualquiera, el escritor es libre de servirse de ella si le parece bien. La

documentación no presenta ningún interés en sí misma, y no vale sino por la interpretación que se le da. Toda novela, por «objetiva» que sea en apariencia, es el retrato de su autor y no obedece más que a las leyes del universo interior del escritor.

Una novela es una imagen de la condición humana. Llamémosla alucinación, sueño, epopeya, grito o interrogación, con tal de olvidar de que se trata de una obra «histórica».

Por lo demás, que los aficionados a la Historia se tranquilicen; los hechos descritos en esta novela son verdaderos.

Incluso creo que la imagen que doy de los «pobres», sobre los que los historiadores son siempre tan parcos en detalles, corresponde sobre poco más o menos a la verdad.

Primera parte



# I

Había una carta en un cofrecito. El cofrecito era rojo y estaba adornado con cinco tachuelas de hierro. Estaba sobre una mesa cubierta con un mantel blanco. La mesa se alzaba sobre una tribuna de madera, en medio del campo. Por encima de la tribuna habían colocado un dosel sostenido por cuatro palos pintados de negro y blanco.

Aquello parecía un campo de feria: una multitud de hombres y de mujeres se amontonaba allí, lo menos eran mil o

hasta puede que fueran tres mil, con aquella multitud, si hubiera llovido, el suelo se hubiera quedado seco. Alrededor del dosel, había cuatro hombres a caballo, dos con oriflamas y dos con grandes cruces de madera pintada. Al pie de las gradas, estaba un hombre vestido de sayal, pequeño y delgado; su larga barba se parecía al heno mojado por la lluvia.

El rumor que subía de la multitud era tal, que se hubiera dicho un chirrido de cien carretas pasando por un gallinero con miles de gallinas cloqueando a la vez. Pero cuando el hombrecillo de la barba gris levantó los brazos al cielo, el ruido cesó. Sólo se oyó el crujir de las

maderas de las gradas bajo los pasos del hombre; éste subió sobre la tribuna y levantó los brazos una vez más.

Todos sabían que la carta estaba en el cofrecito. Los que la habían visto decían que estaba escrita en letras de oro sobre pergamino que brillaba como la nieve al sol. Tan grande era la virtud de esas letras de oro que hasta los hombres que saben leer no podían descifrarlas: ¡sí, sin las lágrimas que Dios hacía que les subiesen de los párpados, se les hubieran quemado los ojos!

Pues el pergamino de esta carta no había sido hecho por la mano del hombre: el arcángel Gabriel había

cogido en el cielo los más bellos copos de nieve y los había hecho derretir en el fuego frío de las estrellas, para hacer con ello un pergamino; después lo había llevado al Señor Jesucristo ante su trono a la derecha del Padre. El Señor Jesucristo había tomado una pluma del ala del arcángel Gabriel, la había mojado en el sol y había escrito unas palabras. Así es como había ocurrido la cosa.

Después el Señor Jesucristo, que es verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, había soplado sobre la carta para darle la apariencia de una cosa terrestre, pues si no ningún hombre hubiera podido tocar esta carta

sin morir.

Y mientras que Pedro dormía en la iglesia del Santo Sepulcro, el Señor Jesucristo llamó su alma al cielo. Tú que eres pequeño, pobre y sin orgullo, debes saber que te he elegido para ser el portador de mi carta. Y Pedro, dicen, como era un hombre sencillo, no comprendía. Tan grande era su alegría de ver al Señor que se creía que había muerto y había sido recibido en el Paraíso de los elegidos. —No te regocijes, Pedro, yo quisiera tenerte conmigo, pero no ha llegado todavía el momento. Volverás a la tierra y llevarás mi carta. —¡Ah!, miserable de mí, Señor Jesús, ¿no soy yo viejo y débil de

cuerpo, no he rezado y ayunado y predicado vuestra palabra durante más de treinta años? ¿Así es como me recompensáis? Y el Señor le habló con ira, reprochándole su pereza y su dureza. —¿Pretendes, mal servidor, quedarte aquí para gozar de las alegrías celestiales cuando las lágrimas de los pobres hacen desbordar el Cáliz que tengo en la mano? Debes saber que este Cáliz es amargo, y que yo lo bebo sin cesar hasta las heces para volver a llenarse de nuevo.

¿Pero a quién, Señor, debo llevar vuestra carta? ¿Al papa, a los reyes o a los emperadores?, ¿a los obispos o a los caballeros? Seguramente si yo les llevo

vuestra carta se les enternecerá el corazón y harán cesar las desgracias de las gentes pobres.

Mi carta no es para ellos, Pedro, pues en verdad los ricos tienen ojos para no ver y oídos para no oír. Lleva mi carta a mis bienamados, a los pequeños y a los pobres. ¡A los que hacen crecer el trigo y no tienen pan; a los que hilan y tejen la lana y no tienen con qué vestirse; a los que cultivan las viñas y no beben más que agua; a los que encuentran en las minas la plata y el cobre y no ven jamás una moneda; a los que curten el cuero para zapatos y van descalzos; a los que calientan los hornos donde se fabrica el hierro con el cual

los matan los ricos! A éstos, Pedro, tú llevarás mi carta para decirles que el tiempo está cerca. Que se arrepientan de sus pecados y vengan a mí, les doy cita en Jerusalén.

Y Pedro tomó la carta santa y volvió sobre la tierra. Buscó a un orfebre para que le fabricara un cofrecito de oro puro con cinco cabujones de cristal sobre la tapa, en memoria de las cinco llagas del Señor; pero apenas hubo puesto la carta dentro del cofrecito, el oro se fundió y los cabujones de cristal estallaron. Entonces mandó hacer un cofrecito de plata con cinco esmeraldas en la tapa, pero la plata se fundió y las cinco esmeraldas se rompieron en mil



pedazos. Entonces Pedro mandó hacer un cofrecito de madera con tachuelas de hierro y la hizo pintar de rojo, en memoria de la madera de la Cruz y de los clavos de la pasión y de la sangre de Nuestro Señor. Y la carta fue colocada en el cofrecito y en ella quedó.

Ésta es la historia de la carta.

Pedro explicaba a los pobres de qué manera hay que ganar el perdón de Dios.

Vuestros pecados, amados míos, decía, son tan grandes que si Dios os hiciera sentir el verdadero peso, ni uno solo de vosotros pasaría el puente sobre el Scarpe: el puente se vendría abajo. Pero conoced la gracia que Dios os ha hecho: vuestra desgracia es tal que si

Dios os hiciese sentir el verdadero peso, ni uno de vosotros cruzaría ese puente sobre el Scarpe. Basta con que penséis en vuestra miseria para comprender lo que es el pecado. Pero los ricos, ¿cómo pueden arrepentirse? Sus vidas son tan buenas que no podrán saber jamás que el pecado es malo: para saber lo que es el mal tenemos que sentir el mal.

Oís decir que los ricos, vuestros señores y vuestros curas, se preparan para llevar a cabo la obra de Dios. No los despreciéis, seguid sus milicias si vuestros parientes y amigos os impiden juntaros a la mía. Os llamo a todos por el camino de la Cruz, yo iré delante de

vosotros. Salid hoy o salid mañana, ¡pero no tardéis demasiado! El tiempo de la gracia será breve.

Pasaréis hambre y frío, tendréis los pies heridos, la espalda dolorida, las piernas hinchadas; seréis maltratados, burlados, apedreados por los impíos, vuestras huellas en el camino serán huellas de sangre. Para ganar al Señor hay que haber dado todo, y os es fácil dar todo, no tenéis más que coger un bastón y echar a andar.

Repartía a las gentes cruces hechas con tela gruesa, los hombres piadosos que lo servían recortaban estas cruces en sacos viejos y mantas y se las presentaban para que él las tocara.

Llegó hasta tocar mil en un solo día; los hombres se acercaban por un lado de la tribuna, las mujeres por el otro, y recibían las cruces.

Antes de tomar la cruz todo hombre debía arrepentirse de sus pecados; después, recibir la cruz entre sus manos y besarla y ocultarla bajo la camisa contra el corazón, pero antes de besar esta cruz, debía regarla con lágrimas de arrepentimiento; y Pedro hablaba de manera tan conmovedora que Dios hacía que a todos les viniesen las lágrimas a los ojos. Todos lloraban, hasta los panaderos que esconden la harina cuando la cosecha es mala. He aquí el milagro: dos panaderos lloraron con

lágrimas verdaderas y se tiraron al suelo en el barro: ¡pisad, pisad nuestros cuerpos, buenas gentes, acordaos del pan de salvado que os vendíamos a dos denarios la libra! Y Alix la de los Treinta Escudos, la más bella puta de Arras, puso al pie de la tribuna todo lo que llevaba sobre ella, su cinturón, su vestido, su collar y sus pendientes y sus zapatos de cuero dorado, hubiera dado hasta su camisa de fina tela roja si no le hubiera dado vergüenza volver a su casa completamente desnuda. Lloraba tanto que en su cruz de tela no quedó ni un hilo seco. Y el comerciante de vino de la calle de Tejedores lloraba y caía de rodillas delante de todo hombre que

pasaba por su lado; había dado todo menos su pantalón, y a todos enseñaba su pecho graso y velludo, y decía: ¡Mirad para este cerdo gordo, buenas gentes, que toda el agua con que bautizaba vuestro vino me infle el cuerpo!...

En verdad, esas cruces estaban hechas con tela de saco, pero tenían más valor que las cruces de los ricos sobrepuestas en los trajes de los obispos. El Señor Jesús nos coge a su servicio, el Señor Jesús que jamás llevó sedas brochadas ni tejidos de Brujas.

¡Ah! ¡Señor Jesucristo, por vos hubiéramos tejido nosotros telas tan finas que una pieza de una vara hubiera

pasado por una sortija, y de trama tan apretada que el cabello de un niño no hubiera pasado entre dos hilos! Hubiéramos tejido sin cobrar ni una moneda tejidos de siete colores, hubiéramos hilado hilo más fino que el hilo de araña, que ni la Virgen vuestra Madre los tejió más bellos. Por vos hubiéramos velado y usado nuestros ojos con el humo de las candelas, nadie os hubiera vestido mejor que los tejedores de Arras.

Qué pobres gentes sois, decía Pedro, me dais tanta lástima que la cabeza me está ardiendo. Pues sólo vivís para comer y beber, como las bestias, ¡y ojalá fueseis como las bestias! A ellas, ni

Dios ni los hombres niegan el alimento. Pero vosotros que sois los hermanos de Jesucristo, por un mal potaje de habas podridas gastáis vuestro cuerpo y vuestra alma, de la infancia a la vejez, ¡y aun bueno si ganarais una escudilla de este potaje todos los días! Esaú, el tonto, vendió sus derechos de primogénito por un plato de lentejas, y vosotros, vosotros vendéis todavía más por mucho menos, pues en los años de mala cosecha entregáis vuestra alma, y no por unas lentejas sino por unas mondas de nabos.

Hoy no tengo pan que daros; cuanto más recojo más de prisa es distribuido. He alimentado a muchedumbres gracias



a la caridad de los fieles y he dado dinero a los que no tienen trabajo. Yo soy como el celemín agujereado, siempre lleno y siempre vacío, por mis manos ha pasado más dinero que el necesario para comprar el palacio del emperador de los griegos. Se llena un vientre vacío y al día siguiente dice que tiene hambre otra vez. Ésta es toda nuestra vida, amados míos. No vengo a vosotros para deciros: No tengáis más hambre; os reiríais de mí. No vengo a deciros: Comed, pues no tengo pan para daros. Vengo a deciros: Venid, y si hay que sufrir el frío, el hambre, el trabajo duro, venid, que sea por Dios y no por vuestros vientres.

Para enriquecer a los señores y a los comerciantes de telas arruináis vuestros cuerpos y vuestras almas; tenéis valor para enriquecer a hombres malos, mejor es que vengáis con nosotros, sufriréis para enriquecer a Dios.

¡Os llamo para que vengáis a trabajar a los telares de Dios, allí no habrá nunca desempleo, toda la tierra es el taller de Dios y el peregrino es su obrero, cada día os será pagado con exceso en perdón, en gracia de Dios, en caridad y en paz del corazón!

Dios os dará la gloria con los ángeles y el rico botín de su amor, y en aquel país viviréis en paz, en la caridad, repartiendo todo entre vosotros como

los santos apóstoles. Y Jesucristo será vuestro único Señor y vuestro único Obispo y vuestro único Rey.

¿Cómo recordar todas las palabras que decía? Hablaba levantando los brazos, como Moisés, y su cuerpo temblaba y su cara se volvía clara como una lámpara, y sus cabellos brillaban como hilos de plata de ley. Su voz era bella como el sonido del oboe y tan fuerte para su cuerpo tan frágil que se veía muy bien que no era él quien hablaba sino el ángel que vivía en él. Cuando gritaba: *¡Jerusalén!* todos los campos y los prados y los bosques respondían: *¡Jerusalén!* El cielo gritaba *Jerusalén.*

Y así hasta la caída de la noche. Unas antorchas ardían alrededor de la tribuna. En el prado se encendían hachones y faroles, y hogueras diseminadas. Se cantaban cánticos, lo que provocaba un jaleo de voces discordantes, pues todos no cantaban la misma música; pero los responsos y las aleluyas salían a gritos del corazón.

María se había perdido en la multitud, cantaba con las otras muchachas, y reía y aplaudía, y lloraba cuando todo el mundo lloraba. Con sus amigas María, Isabel y Juanita se había acercado a la tribuna; Pedro estaba de pie al lado del cofrecillo rojo y rezaba, las manos juntas; su cabello iluminado

por las antorchas parecía la corona de un santo. Lo tenía rizado y despeinado y le caía sobre la frente y las mejillas, y María se decía que no eran verdaderos cabellos sino hilos de oro y de plata a los que Dios había dado la vida: por sus cabellos la fuerza de los ángeles le entraba en la cabeza. María no comprendía muy bien lo que él decía pues no había cumplido todavía los catorce años; pero también tenía ganas de recibir una cruz de tela y de ir a Jerusalén donde en medio de la noche se encendían mil fuegos en el cielo y en la tierra.

Era feliz, reía y lloraba.

Y después vio a Santiago que la

miraba, con tanta fuerza que sus ojos eran como dos piedras muy pesadas y María sentía el peso sobre sus ojos. Iluminado como estaba por los hachones, le pareció muy bello, a pesar de su larga nariz y su largo rostro y sus labios espesos; tenía unas hermosas mejillas rosadas llenas de pecas, profundos ojos claros y cabello color paja que le cubría la frente y las orejas. Él no la miraba ya, se había puesto colorado como un pimiento y volvía los ojos. Pero ahora, otra vez volvía a mirarla, ¡Señor! con qué mirada como ni siquiera el hombre más hambriento miraría un pedazo de pan: incluso su boca sonríe un poco y sus ojos están

pensativos a fuerza de alegría. Está colorado, está tan ardiente que a diez pies de distancia María cree sentir su calor.

No se sabe cómo, Santiago había dado tres pasos y se encontraba ya al lado de María; reía enseñando todos sus dientes blancos, pero no como si tuviera ganas de reír, sino más bien como si tuviera miedo. —Oíd, chicas, ¿no tenéis hambre? María y sus tres amigas le dijeron que tenían mucha hambre. —Pues vamos hasta esa hoguera.

Alrededor de una hoguera había gentes sentadas en el suelo, y una mujer, de pie, removía con un palo la sopa que se calentaba en la marmita. Santiago

dijo: Cristianos, un poco de sopa para las chicas, en nombre de Jesucristo. La mujer le dijo: —No te conozco, muchacho, tú no eres de nuestro barrio. —¡Venga, esta noche somos todos del mismo barrio! Tenía ya una voz grave y una risa brusca y ronca, rió y todo el mundo rió, bueno, dijo el muchacho, todos somos del barrio de Jesucristo. La mujer cogió un cucharón lleno de sopa y se lo tendió a Santiago; éste bebió un poco y se lo pasó a María. Una buena sopa de habas caliente, ¡qué alegría!, os hace pasar un fuego suave por todo el cuerpo. Así hubo un cucharón para cada muchacha. Santiago dijo: Gracias, buenos cristianos, que vuestra sopa sea



todos los días tan salada como ésta. —A tu salud, chiquillo, que la barba te crezca pronto. Todos reían, era una verdadera fiesta.

María pensaba que este Santiago era un chico bueno y buen hablador, lástima que fuera de otra calle. Las chicas reían, limpiándose con el dorso de la mano sus mejillas embadurnadas de sopa. El gran Santiago ya no se reía, miraba a María y se estremecía como un caballo nervioso. Allí estaban, en medio de la multitud y del ruido, nadie se preocupaba de ellos, era como si estuvieran solos. María no comprendía por qué aquel muchacho era tan hermoso, tenía la cara de un ángel. Él ya no decía nada más, cuando ella

volvía los ojos hacia él, él miraba a otra parte fingiendo reír y se rascaba la cabeza.

María era la hija de Mateo Brazolargo, tejedor del arrabal de Arras desde su niñez. El padre y el abuelo de Mateo eran ya tejedores; en aquellos tiempos, las gentes trabajaban en sus pueblos. Ahora, los tejedores no tenían más bienes en el mundo que un telar, por el que a menudo se endeudaban para toda la vida, y una casucha pobre en una calle del arrabal. Y todavía los patronos tenían el derecho de echar a los obreros de esas casas, por vejez o enfermedad. Se podía decir, pues, que hasta los tejedores, los mejor pagados entre los

obreros del arrabal, eran en cierta manera extranjeros en sus propias casas. Desde hacía cinco años el trabajo se había depreciado mucho, a causa de los tejedores venidos de los pueblos, donde, hay que decirlo, se morían de hambre; los precios por pieza habían bajado de tal manera que había que trabajar día y noche para poder vivir; Mateo tenía una mujer y varios hijos; la mujer, Armelle, tejía también, María era devanadora; de los otros hijos tres vivían todavía, pero eran demasiado pequeños para trabajar.

María era bella. Todos saben que una chica hermosa, para la gente pobre, es una moneda de oro en la escarcela de un mendigo: causa de disgustos más bien

que de otra cosa. Ya de muy pequeña había que tenerla en las faldas de su madre y asustarla, pues en la ciudad y sobre todo en los arrabales la gente mala acecha en todas las esquinas.

Cuando María cumplió los diez años, una mujer de Arras había venido a visitar el arrabal de los tejedores, una viuda vestida con buen paño de Brujas; a los niños les dio racimos de pasas; a María le acarició el mentón y le dijo: Es una pena ver a una niña como tú en este barrio. Y fue al encuentro de Armelle y le habló mucho tiempo en el atrio de la iglesia, y le dijo que la vida era dura y que ella le daría dinero para guardar para los tiempos en que no tuvieran

trabajo, durante seis meses, buena mujer, tendréis asegurada la sopa todos los días..., debéis pensar en vuestros hijos pequeños; una buena casa, decía, en una calle donde hay muchos comercios, las niñas duermen en camas y tienen pan todos los días, aprenden pasamanería, la condesa de Boulogne misma viene a la tienda. María escuchaba y pensaba que le hubiera gustado mucho aprender pasamanería. Armelle dijo: ¿Creéis que yo nací en el pueblo? ¿Por qué no se lleva a la hija de la Perrina, que es jorobada? La pasamanería no se hace con la' espalda. —Le doy tres reales, comadre, ya que se pone así. —¿Creéis que es la primera vez? ¿Creéis que es la

primera vez que me prometen eso? Después la madre cogió a María de la mano y le dijo: Mira bien a esta mujer, es el diablo. Y si alguna vez escuchas a mujeres como ésta ya sabes lo que te pasará: unas serpientes vendrán a comerte los ojos y se te llenará el vientre de gusanos e irás al infierno. Y en cuanto a la pasamanería, no te creas que la harás para las condesas, en ese oficio el verdadero trabajo no es el que se cree. La mujer no se puso furiosa, movió la cabeza. El diablo no es tan negro como lo pintan, dijo. Si la niña no fuera tan guapa, yo no lo diría. Algún día te lo echará en cara.

Otro día el contraamaestre que

pasaba para recoger las piezas de tejido se paró delante de la casa de Mateo. ¡Eh, tú!, ¡con una hija así, no estarás casi nunca sin trabajo! —En matrimonio legítimo, no digo que no, respondió Mateo; y el otro rió. Y también el chico de los vecinos, un joven de veinte años con un bigote grande, decía a María: Seguro que me casaré contigo. Ella preguntaba a su madre lo que quería decir casarse. —Cosas no muy bonitas, si te hablan de ello echa a correr y no hagas caso de lo que te dicen. Hubo también otra mujer, una vieja; María estaba en el lavadero, con otras muchachas, y la vieja le dijo: Ayúdame a llevar el cesto, no puedo más. María

cogió el cesto de la ropa. Por el camino la vieja le dijo: Yo soy adivinadora. Veo escrito en tu frente que estás hecha para la cama de un conde. María soltó la carcajada. —No te rías, pequeña, no estropees tu juventud, yo también fui guapa. De aquí a dos o tres años un bribón te cogerá a la fuerza detrás de las barracas, o bien unos soldados te llevarán para encerrarte en la casa de un señor, y primero será el señor, y después los soldados, y a continuación los lacayos; no es divertido, puedes creerme. María jadeaba y se sofocaba de tanto como pesaba el cesto y no podía decir palabra. —¡Un amigo hermoso, pequeña, con un cuerpo bello,



lavado y perfumado, cabello suave como la seda, y que te dará una vida tan buena que te pondrás gorda y blanca y rosa y llevarás camisas de tela fina! Te pasarás todo el día riendo y cantando, ¿no te gustaría? La vieja hablaba de cosas que parecían buenas y divertidas, pero su voz era como el agua sucia, y escuchándola María sentía que se le llenaba la boca de saliva amarga...

A los catorce años María era tan alta como una mujer, y resistente en el trabajo. Pues, si el trabajo era duro, nadie se quejaba de ello, del miedo que tenían a quedarse sin él. ¡Señor Jesucristo, buena Santa María patrona de los tejedores, haced que las gentes

ricas sean diez veces más ricas y que compren mucho paño, grueso y fino, y tela para camisas y que en Navidad den dos vestidos a todos sus servidores!

Y yo aprenderé a tejer cuando Benito sea lo bastante mayor para pasar a la devanadora, compraremos el telar de la vieja Micheline. Ya verán qué tela más bonita sabré tejer, qué tela más bonita a rayas rojas y azules. ¿Quién es la obrera que ha tejido esta tela tan lisa como la seda? María la del Mateo Brazolargo, de la calle del maestro Ricardo. Nunca me faltará trabajo a mí, la gente ya no podrá decir: ¡A ti te será muy fácil ganarte la vida!

Durante la Pascua, cuando todo el

mundo seguía hablando de Pedro y de la carta milagrosa, un primo de Mateo Brazolargo vino a ver a Mateo para pedirle prestado dos escudillas de madera; un hombre no se molesta por dos escudillas, así es que venía por negocios. Un muchacho que iba a cumplir los dieciocho años, decía, y que manipulaba la lanzadera como ningún otro, y sabía coser zapatos, y preparar pieles para el curtido —tan hábil es que nos amañará los telares más apolillados, parece como si tuviera comercio con un hada. Mateo había oído ya la misma canción montones de veces. —Yo, dijo, no he ido nunca a ver cómo trabaja la gente de la calle del obispo, si la caso

será en nuestra calle.

—El Bernier, dijo el primo (Bernier era el padre de Santiago), dejará a la chica trabajar contigo hasta que tu Benito sea lo bastante mayor para sustituirla. A decir verdad, el muchacho languidece, rompe el hilo diez veces al día y habla de volverse al pueblo si el asunto no se arregla. —Pues que se vuelva. Si rompe el hilo a causa de una chica, es que no vale mucho. —El muchacho es joven, Mateo. Pero es un buen obrero, te lo aseguro, por él pondría la mano en el fuego.

Bueno, por hablar, dijo Mateo, siempre podemos hablar, pero yo no prometo nada. Bernier y su hijo, en

efecto, eran buenos obreros, pero la madre ya no tejía porque se había roto la mano derecha con la máquina a causa de mal de ojo. Es un buen año para casar a una hija, el trabajo no falta: con todos esos holgazanes que cogieron la cruz y abandonan el país, y con la guerra santa que se prepara, porque todo el mundo sabe que cuando barones y obispos se ponen de viaje se llevan muchas telas para regalarlas a las gentes que los albergan, el precio del paño va a aumentar con toda seguridad.

Desde hacía diez días María no dejaba de pensar en Santiago y se torturaba el espíritu para saber lo que él pensaba de ella. Por la noche no dormía,

y no quería ni reír ni cantar, pero por el día, en su trabajo, cantaba mejor que nunca. Tenía una voz fuerte y pura que apagaba las voces de las demás mujeres. Dios sabe lo que le hubiera gustado inventar una canción para Santiago; pero no se hubiera atrevido a cantarla delante de los demás. Duermen en la paja cerca de los telares, se despiertan —¡oh, Señor Dios, qué bien se dormía en vuestro Paraíso!— se toman un cucharón de sopa, gracias a Dios a falta de sal lleva cebolla, la cosecha de las cebollas ha sido buena. Después se ponen al trabajo, los telares vuelven a sonar con sus clic-clac, las barras suben y bajan, la devanadera da vueltas, la antorcha

humea; de madrugada los hombres —el padre y el tío—, llegan y se instalan en sus grandes telares, después de haberse apretado el cinturón y haber hecho la señal de la cruz.

María tenía sueño, para permanecer despierta cantaba. Terminada una devanadora, corría a buscar una nueva madeja y echaba una ojeada sobre los telares de los hombres; un tejido de hilo teñido, color rojo sangre a rayas blancas, apretaba el corazón de tan bello como era. Como un enorme laúd de mil cuerdas temblando y danzando a cada golpe de barra. Si Santiago, pensaba María, llevara un abrigo de ese tejido, sería como el arcángel san Miguel que

está pintado en la iglesia. ¡Y si fuera conde u obispo y cabalgara por las calles del arrabal en un caballo grande enjaezado con paño de lana a flecos, y entrara en nuestra casa adornado como para una procesión con un cirio en la mano!...

Después le dijeron, un domingo por la tarde, que el padre de Santiago había venido para pedirla en matrimonio. María se quedó sobrecogida y al principio se echó a reír. Reía, pero no de alegría; era más bien de miedo. Como no paraba de reír su madre le dio un par de bofetadas. Entonces se puso furiosa: ¡ya que es así, prefiero ahogarme en el Scarpe!



Y corrió a acostarse en la paja y lloró y lloró tanto que su padre terminó por darle un puñetazo en la espalda: ¡que el diablo te lleve, zorra!, ¡deja de rebuznar, yo no prometí nada, tengo sueño!

¡Ah! ¡Lo que quería era eso, casarme, como todos! Lo que quería era eso, qué cruel, su madre tiene el brazo seco, tienen necesidad de una sirvienta. Tan verdad como que Dios nació de una Virgen, pensaba María, que mi padre me dé a cualquier otro hombre ¡pero a ése no! Al día siguiente por la mañana, su madre le dijo: No llores, no te llevarán, yo iré a hablar con la madre. María tuvo miedo y dijo: ¡Oh, no, oh, no, nunca!, ¡no

vayas a ver a esa gente! —Pero bueno, ¿lo has visto, has visto a ese Santiago?, ¿te desagrada?— ¡Me desagrada tanto que me casaría antes con el Scarpe que con él! Así pues, Mateo mandó a decir a Bernier que era mejor dejar la discusión para más tarde. El Bernier vino en persona, una tarde, a hablar con Mateo y no parecía de buen humor. Pues no se actuaba de esa manera, no había prometido nada pero como si lo hubiera hecho. —Para decirte la verdad, dijo Mateo, la chica ha chillado hasta revolucionar a todo el barrio. Tu Santiago es un chico guapo, ya encontrará a otra menos testaruda.

Bernier se rascaba la cabeza. —Sí,

pero el caso es que también él es testarudo. Tiene la sangre encendida y corre el peligro de coger una mala fiebre. La chica es joven, y tiene miedo por un sí o un no. Mateo dijo: Sí, quizá. Le hubiera gustado mucho llegar a un acuerdo. Cuando una chica enciende a los muchachos de esa manera, más vale casarla pronto, las chicas demasiado bonitas atraen más bien a las alcahuetas que a los novios. Cuando volvió a su casa dio unas bofetadas a María, por aquello de la forma. —¡Te casarás con ese chico o te echo a la calle! —No tengo miedo, dijo ella, iré a Lille a reunirme con la gente que va a Jerusalén con la cruz. María recibió otro par de

bofetadas, de tal forma que al día siguiente tuvo hinchada la cara todo el día.

Oh, Dios, seguro que iré a Jerusalén. Allí no hay ni ricos ni pobres, allí la noche es clara como el día. Y que Santiago el del Bernier vaya a buscarme allí si quiere. Allí las gentes no toman ni maridos ni mujeres, sino que viven como los ángeles del cielo.

Pero en nuestro país los hombres hacen a las chicas unas cosas tan feas que es una vergüenza pensar en ello. Y no creerme tonta, amigas mías, ¡las personas casadas hacen lo mismo! A lo mejor Santiago no lo sabe.

Cómo no lo va a saber si es más

viejo que yo. En Jerusalén no hay sol ni luna ni antorchas, Dios es su antorcha y siempre es de día. En Jerusalén no se tiene nunca sueño.

Un día su amiga Juanita —tiene dieciséis años— viene a hablarle de Santiago: un buen muchacho, bueno y trabajador, y tan enamorado que se ha ido al pueblo de su tío, y tal vez morirá de tristeza. —¿Y qué es lo que la mujer de Bernier te ha prometido para decirme esto? Seguro que no es Santiago el que te ha dicho que me lo digas.

—Es verdad, dijo Juanita, que ella me prometió tres huevos, pero si yo hablo lo hago por ti: estoy segura de que tú quieres a ese chico, y que te da

vergüenza decirlo. —¡Pues claro que tendría vergüenza si fuera verdad! Yo no quiero ir al infierno.

—Tonta, cuando uno se casa no se va al infierno por eso. El cura te bendice con agua bendita y dice palabras para perdonarnos el pecado. —¡Sí, sí, ya me gustaría ver eso, dijo María, que el cura mande a la gente hacer cosas así! ¡Qué lista eres, no quiero oírte más, especie de alcahueta! Entonces Juanita se enfadó también, y se pelearon de tal forma que las dos salieron con la cara arañada y los brazos llenos de cardenales. María estaba tan furiosa que ni siquiera tenía vergüenza de haberse peleado en medio de la calle; sobre todo teniendo en

cuenta que la gente que las miraba decía: ¡dale, rubia! ¡no te dejes María! Después corrió a meterse en la iglesia.

La iglesia estaba medio vacía, y nunca María había entrado allí sola, sin sus padres. Se limpiaba la sangre de las mejillas, recobraba la respiración y miraba las pinturas de las paredes. Un gran ángel vestido de rojo, de mirada severa. Era por lo menos tan grande como cuatro hombres puestos unos sobre otros, si por casualidad saliera de la pared, pensaba María, aplastaría a las personas como un buey aplasta la hierba. Se estaba olvidando por qué estaba furiosa, creía ver ya al ángel enorme andar por la nave, con su espada

brillante al sol.

Después de aquel día María se puso a languidecer; por la menor cosa le asomaban las lágrimas a los ojos y no podía cantar. Su corazón, en su pecho, se hacía grande y la ahogaba. En la devanadera, los hilos se le hacían nudos y la regañaban. ¡Ah! ¡echarme de casa, me tiene sin cuidado, quiero irme de aquí! Su madre la creía enferma. —No estoy enferma, me han embrujado, ¡que me exorcicen! —¿Quién te ha embrujado? ¿Lo sabes? María quería responder: Santiago el del Bernier, pero el nombre no le salía de la boca; cuanto más la apuraba su madre para que dijera el nombre, más placer sentía María en



callarlo, fingía abrir la boca y después decía: ¡no, ya lo ves, ya lo ves, no puedo! Armelle tuvo miedo, habló de ello a su marido, está mal, gente mala están estropeándonos a nuestra hija.

—Yo, dijo Mateo, creo que es el Bernier, la prueba es que el chico se ha escapado: parece ser que no está en el pueblo en casa del tío.

Era cierto, Santiago había desaparecido, su padre había llamado a su sobrino Felipe para sustituirlo en el telar. Bernier decía: ¡el hijo de puta, se ha ido a reunirse con los cruzados en el norte! Pero la madre lloraba. ¡Mi corazón me lo dice, se habrá tirado al Scarpe, y quizá esté ya flotando sobre la

marea del puerto o en la mar salada! — Sabe nadar, decía el padre, ¿por qué se ha de ahogar?

Pero la madre era una chillona y una quejicas, como todas las mujeres que ya no pueden trabajar. Iba a la puerta de la casa de Mateo y se ponía a gritar. ¡Que me devuelvan a mi chico, brujas, comedoras de corazones, iré a decírselo al cura! — ¡Eso tú, que se te pudra la lengua, eres tú y tu Bernier los que habéis estropeado a la María por envidia! La mujer de Bernier se quedaba a la puerta gritando: ¡Comedoras de hombres, comedoras de corazones! ¿Qué le habéis hecho a mi chico?

Era demasiado ruido para tan poca

cosa; al cabo de cuatro días Santiago volvía al arrabal. María había creído que se había ido a Jerusalén y se había puesto mala de verdad: saber que Santiago no estaba allí la ahogaba de tristeza. Santiago había vuelto pero seguía con su idea en la cabeza: Ya que es así, decía, me voy a Jerusalén, listo el que me lo impida. Sólo que era más fuerte que él: había querido ver una vez más a la chica antes de irse.

—¡Ah, sí!, dijo Bernier, ya te haré ver yo a las chicas. Ya te haré ver yo a las chicas. Y de tal manera se le fue la mano en puñetazos y empellones que Santiago estuvo durante tres días enfermo y se quedó acostado en su

rincón sin poder abrir los ojos de tan hinchados como los tenía, ni morder en una corteza de pan de tanto como le sangraba la boca. Bernier decía: Le habré sacado del cuerpo las ganas de esa chica. Pero la madre sabía que el chico era testarudo.

María había vuelto a la devanadera pero trabajaba mal; su madre creyó que estaba creciendo y languidecía de hambre, pero María repetía: Quiero que me lleven a la iglesia, quiero que me exorcicen. Armelle la llevó a casa de Catalina, la comadrona, que era especialista en hechizos. Catalina dijo: No hay hechizo, lo que la atormenta es su sangre. La fiesta de Pentecostés no

está lejos, tenéis justo el tiempo para poneros de acuerdo con los padres del chico. —¿Qué chico? —Eso no es cosa mía, pero hay que pensar que ella lo quiere si se ha puesto enferma por él. Por el camino de vuelta, Armelle se paró, miró a María en los ojos y le dio una bofetada. Eres una mentirosa, ya te tenía yo fichada desde hace tiempo. ¡Tienes mal de amores! —¡No, no y no! ¿Por quién iba a tener yo mal de amores? —Por Santiago el del Bernier, mentirosa y mala cabeza, eso es lo que eres.

Los padres no querían oír nada más. Pero en toda la calle sabían que la María languidecía por Santiago el del

Bernier hasta tener fiebre; y cantaban canciones sobre María que quiere y no quiere, y ella misma se volvía como loca y juraba veinte veces al día que aborrecía a ese muchacho porque la había hechizado con el mal de amor, el día del sermón, cuando habían bebido del mismo cucharón de sopa. De tal forma que cuando Santiago se puso un poco mejor de los golpes que le había dado su padre, se habló de esponsales y Bernier hizo una petición al obispado (pues ellos eran siervos del obispado y Mateo era del dominio del vizconde de Arras).

Y dos domingos antes de Pentecostés, María fue con sus amigas

junto al gran abrevadero de la plaza del arrabal, donde Santiago estaba con otros muchachos: era un encuentro arreglado, aunque todo el mundo fingiera que no lo estaba. Los dos prometidos no estaban muy satisfechos, ni el uno ni el otro, apenas si se atrevían a mirarse. —Bueno qué, dijo Santiago, dicen que estás de acuerdo. —¿Y por qué no habría de estarlo?

—¿Por qué me habías rechazado? María estaba tan colorada que las lágrimas le asomaban a los ojos. — Dicen que has chillado tanto diciendo que no me querías que todo el barrio se ha enterado.

Ella dijo: Es porque me has echado

un hechizo. Él respondió: Mentirosa, eres tú la que me lo has echado a mí.

—¡No, eres tú! —¡No, eres tú! Y disputándose así se echaron a reír los dos, volviendo la vista uno del otro, y cada vez que se miraban soltaban una carcajada más grande; si la campana no se hubiera puesto a tocar a vísperas se hubieran quedado allí hasta la noche.

No hay nadie más ávido de ganancia que el obrero, visto que está mal pagado y que el pan cuesta caro en la ciudad, y los patronos son gentes que no temen a Dios. Gentes que dicen siempre: si la pieza no está terminada mañana y llevada a abatanar, nos rechazan el encargo. Gentes que dicen: los precios



van a bajar, os daremos tres denarios menos por pieza. El hombre que trabaja los domingos es como una bestia bruta. El parado es peor, el hambre lo vuelve loco, va a ver al contraamaestre y le dice: tú pagas a Pedro ocho denarios, yo te hago el mismo trabajo por cinco.

Por eso, si no hubiera chicas ¿qué gusto tendrían los jóvenes por la vida? El tiempo de los amores no es largo, tonto es el que lo deja pasar. A los quince años la chica es una flor, a los dieciocho una manzana madura, a los veinticinco un nabo, a los treinta una cebolla seca: un hijo en el vientre, otro a los pechos, un tercero en las faldas y dos o tres en el Paraíso. Las chicas se

estropean más de prisa en el arrabal que en el pueblo, pues trabajan tanto invierno como verano. Los hombres se cansan más de prisa, pues en el pueblo el trabajo es duro pero no es siempre el mismo; el obrero, de la mañana a la noche y en toda estación, no tiene en la cabeza más que lanzadera, cadena, trama y barras, hasta durmiendo las ve, el telar no les deja hasta el día en que reventarán; y si les deja es peor. Ni en la ciudad ni el pueblo hay lugar para el parado. Y para robar por los caminos hay que tener el corazón muy endurecido y no temer a Dios.

Treinta o cuarenta años antes, el arrabal no era casi más que un pueblo de

tejedores, las mujeres se ocupaban de las gallinas y del huerto e hilaban el lino y la lana. Se hacían fiestas cuando la cosecha del lino y la recolección, el tejedor amasaba él mismo la masa los sábados y podía tejer con su propia lana para vestir a sus hijos. Era la buena vida. Pero las gentes no están jamás contentas con lo que tienen. Desde que a los mercados de Arras y de Béthune llevaban lana desde el otro extremo del país, y los comerciantes importaban incluso de Inglaterra, el obispo de la ciudad quiso tener sus talleres, y después del obispo, el vizconde; y los comerciantes, no contentos con vender, quisieron tener también sus propios

telares, total que para los tejedores, como para los peinadores y los bataneros, era, según podía creerse, un buen negocio. Pero no era así, pues trabajaban más y mejor, es cierto, pero ganaban menos.

El arrabal era ahora como un campo de feria, y tan poblado que la hierba ya no crecía; niños bastante mayores para llevar pantalones no sabían lo que es una vaca o un manzano, he aquí dónde lleva el pecado del hombre que se olvida de la naturaleza y no piensa más que en ganarse el pan; los obreros no tenían ya tiempo de festejar la Ascensión ni el día de Santa Catalina ni de Santa Bárbara ni de San Martín;

faltaba poco para que se olvidaran también del día de San Juan del verano o del día de los difuntos.

Pues justo es decirlo, los unos venían de la parte de Lens y otros de la parte de Avesnes o incluso de Boulogne, de tal forma que ya no sabían a qué santo encomendarse: ya no tenían los santos de sus pueblos y San Eustaquio, patrón de la iglesia del arrabal, no podía bastar para todo el mundo, por eso los negocios de las gentes iban mal, y el hambre y el amor de la ganancia les hacían caer en el pecado. De una calle a otra se insultaban por una chica raptada o por una madeja de lana robada, los muchachos se dedicaban a pelearse a

bastonazo limpio o incluso a cuchilladas y, a veces, en la orilla del Scarpe encontraban el cuerpo de algún pobre hombre en paro forzoso que trabajaba a precios muy bajos.

En verdad, si no se trabajaba hasta maitines o incluso hasta la prima dada, las piezas no serían entregadas jamás a tiempo. Antes que dejar a los patrones contratar a otros obreros prefieren guardar todo el trabajo para sí. No hay ley que resista: no es cristiano, pero bajan los precios, se entienden entre gente del mismo país para recibir un lote de hilo más grande que la calle de enfrente y —¡entonces Dios lo sabe!— es la cruz y el martirio, se trabaja por la

noche, en medio del humo de los palos de resina, para terminar a tiempo y que no los tomen por vanidosos.

Pero entonces durante la noche, en el buen tiempo, una vez terminado el trabajo, o los domingos después de misa, los jóvenes de menos de veinte años se vuelven peores que sementales sueltos en el prado; ir detrás de sus prometidas o de las chicas de otra calle o incluso de pequeñas putas, todo les parece bien. Lo que todavía es mejor que jugar con el cuchillo. Gracias a Dios, por Pentecostés se celebran las bodas y todo el arrabal deja de trabajar durante dos días. Se hace una gran fiesta en el prado con danzas y antorchas. Si

no casaran a todos los muchachos en edad de tomar mujer, habría tantas peleas a causa de las chicas seducidas que la vida sería imposible, pues en los arrabales las buenas costumbres se pierden, no se respetan ya las costumbres, hay demasiada gente venida de pueblos diferentes.

Santiago el del Bernier se había prendado de María de una manera tan brutal que había aturcido no solamente a sus padres y a sus amigos, sino también a toda su calle; y faltó poco para que el patrón, el maestro Gerardo, no se mezclara pues, justo es decirlo, la chica era guapa, era un honor para las gentes del obispado llevarse una novia tan



bonita, desde hacía seis o siete años no se había vuelto a ver a una chica tan guapa en el arrabal, desde Alix la del tío Bocamala, que ahora era Alix la de los Treinta Escudos. Santiago era un chico guapo y espabilado para sus diecisiete años: había crecido en el taller, entre las faldas de su madre; un niño de la lanzadera, puesto en el mundo delante del telar, criado con el ruido de las máquinas; a los tres años conocía todos los tacos de los tejedores, a los seis años daba tantas vueltas alrededor de los telares que llegó a ser peligroso y hubo que enviarlo al pueblo a casa de su tío, donde se quedó cinco años; después Bernier se lo volvió a traer al arrabal y

allí su abuelo le enseñó a montar la cadena, pues el chico era muy fuerte para su edad. Y era una bendición del cielo, pues poco tiempo después la mujer de Bernier tuvo el accidente y Santiago pudo sustituirla. A los quince años lo pusieron en el telar de los hombres.

En el pueblo había aprendido a manejar la lezna, en el arrabal en los tiempos de paro, se pasaba las horas en casa del carpintero que preparaba los telares, mirándolo trabajar; tenía una idea: construirse un telar. —Tú, le decía el carpintero, o irás lejos o te cortarán el cuello. Santiago llevaba siempre la lezna en el cinturón, pero con el dinero

extra ganado descargando madejas con su padre se había comprado un cuchillo. Todas las tardes lo limpiaba y lo afilaba, aunque casi no lo utilizaba, no quería estropearlo tallando madera y en las peleas le bastaban sus puños, además de que no era mal chico. En la edad de pensar en las chicas, él pensaba en otra cosa: los domingos iba a la ciudad con sus amigos, a ponerse en el atrio de la catedral en construcción y escuchar a los peregrinos; era toda una banda de obrerillos que se divertían así, los días sin trabajo, escuchando historias o paseando por las plazas para ver pasar a la gente elegante o ponerse al pie del cadalso cuando un hombre era

condenado a muerte. Santiago empezaba a soñar: en realidad, estaba lleno de curiosidad, el arrabal no era lo bastante bello para él, ni siquiera Arras, él tenía ganas de ver Brujas y Gante. ¿Y por qué no Roma o Santiago?

Así pues, Bernier estaba contento de ver a su hijo colocado y tranquilo: a esa edad un obrero se pervierte fácilmente. Ya se sabe dónde llevan las historias de peregrinos, las peregrinaciones son buenas para los ricos y los holgazanes; y, Dios lo sabe, hubiera sido mucho mejor que Pedro (un hombre santo) se hubiera estado quieto, pues había metido ideas raras a muchas gentes que no tenían ninguna necesidad de irse del

país.

Cuántos se había ido, nadie lo sabía; era un verdadero éxodo; y no gente sin trabajo o vagabundos, como hubiera podido esperarse, sino campesinos, ribereños o vecinos de los grandes caminos; y entonces, cuando se iban ¡eran pueblos enteros! No se sabía por qué, pero a algunos pueblos les había entrado como la locura de marcharse y a otros no, y entonces esos campesinos se iban con sus animales y sus carretas, dejando tras de sí unos campos sembrados de trigo y de centeno que ya empezaban a brotar. Y se proclamaban hebreos que huyen de la tiranía del Faraón. Y algunos señores, nuevos

faraones, habían corrido detrás de ellos y los habían vuelto a llevar a sus pueblos a garrotazos, de miedo de ver sus cosechas perdidas. Otros los habían dejado ir.

Se contaba que la mitad del valle del Rhin se había vaciado ya, y que sus campesinos e innumerables parados se habían ido. Y durante todo el período de Pascua se les había visto, a esos viajeros de la cruz, rodar por los caminos, a lo largo de los campos negros y de los prados verdes, acampando por la noche en medio de las malezas y encendiendo grandes hogueras. Había algunos que procedían de Normandía e incluso de Bretaña:

ahora bien, no haya nada más loco que los bretones, pues además no comprenden ninguna lengua cristiana e invocan a unos santos de los que nadie ha oído hablar jamás. Tal era la virtud de Pedro y de su carta milagrosa, que sin saber ni una palabra de francés las gentes lo comprendían y lo seguían, bastaba con que apareciese, y flamencos y alemanes se arrepentían de sus pecados y ¡se armaban con el bordón de peregrino! Hacia Pentecostés, pensando en el heno y en la siega, muchos campesinos volvían a sus pueblos, con las provisiones agotadas y los animales muertos, bastante corridos: se habían enterado, decían ellos, de que Jerusalén

estaba a más de seis meses de marcha, incluso a más de nueve meses, y que para llegar había que cruzar un brazo de mar en barco.

Pero el asunto de la carta de Jesucristo enloquecía a las gentes como un viento de primavera; como las golondrinas en vísperas de viaje, las gentes se reunían en todas partes, en los prados comunales, en las plazas de las ciudades, en las iglesias, en todas partes discutían para saber si esta peregrinación era una obra buena o una locura, pues en todo hay que guardar la medida y esperar algún signo del cielo. ¡Sí, amigos míos, si vuestras asnas se ponen a hablar, si unas letras de oro



aparecen en los muros de las iglesias y unos cometas en el cielo, allí sabrán seguramente que esa gran peregrinación es querida por Dios! Gentes de poca fe, ¿cómo queréis que en nuestro siglo degenerado Dios haga todavía tales prodigios? Quiso probaros enviándonos a su Apóstol bajo las apariencias de un hombre pobre y sin importancia, como Él mismo vino al mundo pobre y desnudo, acostado en un pesebre, entre el burro y el buey.

—Bueno qué, ahora que has conseguido a la chica, ¿estarás contento? Santiago sí que estaba contento y más de la cuenta; durante el día María seguía trabajando con sus padres, Santiago con

los suyos, y se veían a la caída de la noche, los encargos no pueden esperar. Durante todo el día Santiago rabiaba y se mordía los labios y se removía con todo su cuerpo como un hombre que lleva un traje estrecho. María, una vez terminada la tarea, salía corriendo sin mirar al padre ni a la madre y se tiraba al cuello de Santiago, iban a beber a la fuente y se repartían el pedazo de pan que Santiago guardaba en el bolsillo. Los dos se volvían alegres, a cada palabra que uno decía el otro se reía a carcajadas. ¡Ah, que Dios nos dé mala venta y paro, pero que nunca más estemos separados!

Santiago decía: ¿El paro? ¡Prendería

fuego a los telares con tal de verte tres horas antes! María se imaginaba los telares ardiendo y las llamas corriendo como grandes mariposas de oro sobre los hilos de las tramas, haciéndolos crujir, y los bonitos tejidos de rayas de colores chillones, devorados vivos...

Y la paja en llamas, y las devanaderas y las madejas de lana y los vestidos de la gente. Estaba como loca de amor, tenía la garganta seca de tanto como languidecía después de las caricias de Santiago, la medula de sus huesos se derretía, sus ojos se volvían pesados como el plomo, su cuerpo ardía, su vida ardía, ¡que arda todo el arrabal!

Pocos días antes del día de San Juan la mitad de los tejedores estaban sin trabajo: faltaba lana, esperaban la llegada de nuevos lotes. Siempre es así en la vida: nunca se tiene todo a la vez, cuando se es libre no se tiene sopa y los precios suben; se hacen sopas de hierbas, van desapareciendo las guirnaldas de cebollas secas, y durante todo el día se habla de pan, de bizcochos, de quesos y de manzanas. Mi tío en el pueblo tenía una cabra. ¡Qué buena vida, con los quesos blancos y grasos, verdadera crema, que él envolvía con hojas de menta, una fila de diez quesos del tamaño de un puño! — ¿Qué hicieron con la cabra? —La han

matado, para la boda de mi prima. ¡Cuánto lloramos todos! —Santiago, ¿y si fuéramos a la ciudad? En el obispado distribuyen sopa a los parados. Santiago decía: No somos mendigos. Pero era difícil hacer de otra manera, iban al obispado, las gentes merodeaban delante de la puerta, en la calle, no dejaban entrar a más de cincuenta o sesenta a la vez.

María se echaba el pañuelo blanco por la cara para no oír decir: Esos vienen a mendigar un poco de sopa cuando podrían ganar pan blanco, y otras tonterías por el estilo. Santiago no había vendido su cuchillo. En el patio del obispado un clérigo buen decidor,

con voz fuerte, explicaba a las gentes que hacían un error con olvidar las costumbres, con no observar los días de fiesta y vivir como los puercos, todo eso por amor al dinero. El amor al dinero lleva al paro, pues en el país hay más tejedores y bataneros de los necesarios, y es un gran pecado abandonar la tierra nutricia para correr detrás del vil metal. Es muy fácil hablar, la tierra no es nutricia casi, el año pasado la cosecha era tan mala que los campesinos comían bellotas, y no se podían contar los niños y los viejos muertos de hambre. —Esto, decía el clérigo, es la venganza de Dios, en nuestro siglo los hombres sólo piensan en su provecho, y Dios cierra

las compuertas del cielo y no manda la lluvia. ¡Sí, es muy fácil hablar! ¡Que nos dé sopa, que no nos duela más el corazón! Todos iban pasando y miraban el gran cucharón de madera como si fuera el Santísimo. ¡Ah, que Dios bendiga al señor obispo, que le devuelva esos cucharones de sopa en el Juicio Final, que por cada cucharón le perdone un pecado!

Santiago y María iban por la ciudad, por las calles estrechas sembradas de paja, y charlaban con alegría como si nunca hubieran tenido hambre. El pecado, decía Santiago, consiste en pensar demasiado en el vientre. ¿De qué me serviría tener un telar mío, si fuera

para estar pasando siempre miedo por el paro? He aquí lo que pienso desde hace mucho tiempo, te voy a llevar a Jerusalén.

—¿Y la cruz?, dijo María, no tomamos la cruz, el cura no nos dejará.

—Hay un hombre santo, dijo Santiago, que va a predicar a Lens para San Juan, él distribuye cruces. Estamos sin trabajo, ¿quién nos impide ir?

Se fueron una banda, unos treinta chicos y chicas del arrabal y algunos más viejos sin trabajo, pues cuando se oía hablar de un hombre santo la tentación para los parados era grande: cinco o seis leguas a pie se hacen de prisa cuando se va cantando por el



camino, la canción hace olvidar el hambre.

En el prado comunal detrás de Lens, el hombre santo vestido de sayal y con la cara negra por el sol hablaba del fin del mundo. Tenía una cruz de madera en la mano izquierda y con la derecha señalaba el cielo. Veo, decía, en las nubes a los ángeles y unas trompetas brillantes, andaréis como los hebreos en el desierto: una columna de fuego por la noche delante de vosotros, una columna de nube por el día. ¡Dios os llama al Día del Juicio!

¡Está escrito que reinará durante mil años sobre una tierra nueva, y cada espiga llevará setenta granos, y cada

cepa de viña setenta racimos, y los olivos se desmoronarán bajo el peso de las aceitunas, y los manzanos darán frutos maduros tan pronto como florezcan, y habrá cinco cosechas al año! Pedro ha venido y os ha predicado, que los que no hayan tomado todavía la cruz, la tomen ahora; que vendan lo que tienen y lo den a los que los conducen, que nadie guarde nada para sí, ¡viviréis como los santos apóstoles! Andaréis a lo largo de grandes valles, a través de altas montañas y conoceréis muchas tribulaciones; muchos moriréis en ruta, pero que los que así mueran no teman nada: pues sus almas atadas a la Cruz del Señor marcharán delante y guiarán a

sus hermanos hacia la Ciudad santa.

Y los que lleguen al final del viaje ganarán en la tierra la gran victoria de Jesucristo: ¡ha llegado el tiempo de devolver a Dios su herencia natural! He aquí el día en que dijo a sus pobres: vosotros que sois mis verdaderos amigos, por vosotros quiero dar testimonio. Pues los reyes y los emperadores no me socorrieron, y los papas y los obispos no me socorrieron, y los barones y los caballeros no me socorrieron: ¡todos ellos sólo piensan en hacerse la guerra por vana ambición de mandar! Pero vosotros que no queréis mandar a nadie, venid a mí, yo os mandaré.

Seguiréis al ejército de los condes y de los barones, y así al lado de un ejército pecador habrá un ejército santo, al lado de un ejército de avariciosas, de orgullosos y de violentos habrá un ejército de pobres, de humildes y de pacíficos. ¡Y por amor a este ejército Dios dará la victoria a los cristianos y sobre las torres de Jerusalén se alzarán mil cruces!

El hombre santo hablaba y todos lo escuchaban con placer pues prometía tantas cosas que el cura no hubiera podido prometer nada mejor cuando hablaba del Paraíso. Y explicaba que los «cruzados» serían lavados de todos sus pecados, aunque hubiesen matado al

padre y a la madre serían perdonados. Pues allí, decía, en la tierra más santa del mundo, reinan unos paganos que no adoran a Dios y hacen acampar a sus caballos en las iglesias cristianas y escupen a las cruces, y matan a los hombres cristianos y toman a las mujeres cristianas para venderlas en la feria como animales, y bautizan a la fuerza a los niños en su fe pagana. Estos turcos son tan malos que una sola mujer legítima no les basta, se casan con varias a la vez, y temen tan poco la ira de Dios que se casan también entre ellos como animales viciosos. Son tan crueles que cuando una ciudad se les resiste crucifican a los hombres y asan vivos a

los niños; y son tan impíos que comen carne los viernes en desprecio de nuestra religión. De tal forma que al final la paciencia del Señor se ha agotado, pues esas gentes lo crucifican todos los días. En todas las iglesias de ese país las imágenes de Jesucristo vierten lágrimas de sangre y las santas lámparas de los altares se apagan ellas solas; y en Nazaret en la casa de la Virgen, los monjes oyen llantos por la noche, y grandes suspiros...

En el momento en que la muchedumbre oyó hablar de los llantos en la casa de la Virgen, se oyeron lloros: hasta los hombres se deshacían en lágrimas; en cuanto a las mujeres,

sollozaban de piedad, hubieran querido estar ya en Nazaret para llorar con la Santísima Virgen.

María la veía: veía una casa de piedra blanca y a la Virgen sentada en la casa delante de su telar: era diez veces más alta que una verdadera mujer, tenía un velo azul sobre la cabeza, estaba encorvada por la tristeza y de sus grandes ojos corrían unas lágrimas silenciosas. ¡Oh patrona nuestra, que esos malditos turcos te hagan llorar así! —Pues esa gente no honra a la Bienaventurada Virgen, la llaman por las buenas María y dicen que no es la madre de Dios y destruyen todas sus imágenes. Y su desprecio por el Santo Sepulcro es

tan grande que, sabedlo, buenas gentes, apenas me atrevo a decíroslo, no lo llaman más que: Estiércol... En este momento hubo tales gritos que el predicador tuvo que lamentar haber hablado, pues faltó poco para que los hombres próximos a la tribuna lo atacasen: ¡Que Dios te castigue si has mentido, barbudo! ¡No nos hables más de cosas semejantes, tenemos bastante! Y todos se pusieron a gritar: *¡La cruz! ¡La cruz! ¡La cruz!*, a una legua alrededor debí áseles oír, las gentes de la ciudad de Lens acudían a la muralla, no comprendiendo lo que era aquel trueno en medio de un día de sol.

El hombre se quitó el sayal y se puso



a rasgarlo en pedazos, y los que estaban más cerca de la tribuna hicieron lo mismo, dos monjes salieron de la multitud y subieron a la tribuna, aquello parecía a ver quien desgarraba mejor su ropa y quien hacía más tiras con ella; muy pronto hubo seis hombres medio desnudos, vestidos solamente con un pantalón de lienzo, y que echaban las tiras de tela a la multitud, ¡por Dios no os pisoteéis buena gente, habrá bastante para todo el mundo! El predicador no podía nombrar a cada cruzado por su nombre, había demasiados: Jesucristo recibe vuestros votos, lo juráis delante de él, hacedlo confirmar por los curas de vuestras parroquias! ¡Y si los curas

no quieren, si vuestros parientes y amigos no quieren, Jesucristo es el primer servido, a Él es a quien habéis hecho la promesa!

Santiago y María cogieron cada uno sus dos trozos de tela y los besaron y los ocultaron debajo de su ropa, después se echaron el uno en los brazos del otro: a nosotros la cruz, ya estamos ligados para siempre a Jesucristo, iremos donde Él nos lleve. Eran felices, todo el mundo chillaba y gritaba y cantaba, también cantaban ellos y besaban a sus compañeros. ¡Y quien se eche para atrás que le salga un bulto en la espalda y que se quede jorobado toda su vida en su telar, amasando dinero!

En la multitud Santiago encontró a su tío; se miraron como si se vieran por primera vez y se dieron un beso en las dos mejillas, un beso que no tenía fin. — ¡Caramba, si hubiera sabido que tú también estabas aquí, tío! ¿Has tomado la cruz? — Yo soy viejo, Santiago, mi momento ha terminado. Tú rezarás allí por mí.

Por la noche, las grandes hogueras de San Juan ardían en el prado, iluminando con su luz roja las murallas de la ciudad; chicos y chicas daban vueltas alrededor de los fuegos en grandes farándulas, cantando cánticos en honor de san Juan Bautista para alejar a las hadas que cortan el pelo de las

chicas en esta noche. Las parejas de casados y no casados se dispersaban por los bosques de robles y se tumbaban en la hierba y el musgo sin preocuparse de los vecinos, y se abrazaban al ruido de los cantos. Lamidos por el reflejo lejano de las llamas rojas. María miraba el rostro de Santiago que se volvía como una llama roja. Estas cruces contra nuestros corazones nos queman, corazón contra corazón, cruz contra cruz, Santiago, habré concebido a un niño hoy lo siento que ha entrado en mí, será nuestro hijo mayor, lo bautizaremos en Jerusalén, será nuestro hijo mayor bautizado en el manantial de agua viva que no se seca jamás.

Al día siguiente Santiago vendió su cuchillo en el mercado de Lens.

Aquel día eran unas treinta personas del arrabal las que se habían hecho cruzados; había también los que habían tomado la cruz en Pascua y no se habían ido con Pedro. Como el paro debía durar todavía dos semanas por lo menos, los cruzados se reunieron cerca de las murallas para hablar del viaje. Eran, casi todos, gente que no había llegado nunca más lejos de Béthune. El que reunía a las gentes de Arras era un albañil llamado Baudry, un hombre de treinta años, instruido, avisado y buen hablador; como segundo llevaba a fray Bernabé, monje de Bayeux en ruptura

con el convento, y que pasaba por ser un hombre santo.

Baudry se preparaba para el viaje desde hacía tres meses y se había informado sobre todo y había hecho cuatro veces el viaje entre Arras y Boulogne y había llegado incluso hasta Amberes. No hay que ponerse en camino, decía, como una banda de mendigos que van de feria en feria; según lo que yo sé habrá por lo menos cuatro meses de marcha y es una locura creer que podremos vivir de limosnas. Pues debéis pensar que de cada ciudad de Artois y de la Picardía y de la región de Boulogne y del Hainaut saldrá una buena banda de peregrinos, así que

fijaros en las limosnas que serían necesarias, nos haríamos maldecir y no bendecir.

Así pues, decía, antes de salir había que vender todo lo que se puede vender, y hacer colectas, y pedir a los parientes y a los amigos a uno una gallina, a otro una bolsa de judías, a otro quesos, a otro un cordero o una cabra si es posible. Y tanto dinero como podamos recoger. No os dé vergüenza ir a pedir a los barrios de los comerciantes, pues a esa gente hay que hacerle comprender precisamente que lo que dan lo dan a Dios.

Después de la Asunción, o lo más tarde en septiembre, habrá grandes

ejércitos de caballeros reunidos por toda la provincia y su jefe será el duque de Baja Lorena, un hombre prudente y bueno, que ha reunido ya más de mil caballos enderezados para el combate, sólo en lo que respecta a su caballería; no espera más que la siega para comprar la mitad de todo el trigo de su ducado, y sabed que es piadoso y que paga su precio. Su hermano, el conde de Boulogne, marcha con él, y el obispo de Arras y el conde de Béthune, pues debéis saber que más de mil caballeros han tomado la cruz con todos sus hombres. De esta manera, los peregrinos irán en seguridad, como detrás de un muro de lanzas, pues es justo que los



hombres de armas protejan a los que rezan.

Algunos le decían: será como la historia del pez grande y del pez pequeño, ¿da seguridad ponerse en camino en compañía de tantos soldados?

—¡Qué tontos sois! ¿Qué os van a robar los soldados? ¿Creéis que toman la cruz para robar vuestros sacos de habas? ¿Os van a coger vuestras mujeres con lo delgadas y curtidas que están y con lo que huelen a sudor? Ellos se llevan bastantes putas guapas, y una vez en el país turco cogerán a las mujeres de los paganos. Sabed que ellos también han tomado la cruz con el deseo de servir a Jesucristo. Y veremos al lobo y

al cordero comer en el mismo pesebre.

Las familias de los cruzados no bendecían mucho al Señor, algunos padres decían: ¿Hemos criado a un hijo para que se haga vagabundo el día que puede ayudarnos? Por eso, Bernier se había enfadado muchísimo con su hijo. —Vete donde quieras, hijo de puta, nunca más volverás a ver tu telar, el día en que volvamos a tener trabajo pongo en tu sitio a tu primo Felipe, que lo está deseando. —Tanto mejor, padre, también Felipe tiene que tener algo con qué vivir. Está parado desde hace un año.

—¿Eso es lo que me contestas, perro de cruzado? ¿Te ríes de mí o qué?

Entonces Santiago sintió compasión por su padre, las lágrimas le salieron a los ojos. —¡Me estrangularía con el cinturón antes que reírme! No me echarás de menos, Felipe es buen obrero, no perderéis con el cambio. — ¿Que no perderé con el cambio? ¿Dices tú eso, que no perderé con el cambio?

El cura, en la iglesia después de misa, hablaba a las gentes del arrabal: Buenas gentes, paciencia, Dios no nos envía esta prueba para nada. Es una obra buena, puesto que el señor obispo va también y lleva con él a clérigos y a canónigos. Es una obra provechosa para las almas, no pongáis dificultades a las almas que han oído la llamada del

Señor. (Le resultaba muy difícil no llorar, pues su propio hijo se iba también y su mujer —a la que todos llamaban la sacerdotisa— estaba como loca y se tiraba de los pelos.)

—Es una obra buena, pues el que cree perder gana y el que da recibe; Dios nos lo ha dicho. Este cura, el padre Aimery, había oído también los sermones de Pedro y tenía un gran deseo de arrepentirse de sus pecados: las leyes de la Iglesia fuerzan al sacerdote a pecar y a predicar el respeto del matrimonio viviendo en concubinato y a predicar la caridad cogiendo para los sacramentos el dinero de los pobres.

—¿La viste tú con tus propios ojos,

cura, la carta de Jesucristo?... Cuando yo vi el cofrecillo abierto, un ángel me deslumbró los ojos y no vi sino estrellas de oro, por mis pecados Dios no me dejó leer la carta. Pero un clérigo sabio me explicó que ese latín hablaba de la compasión del Señor por la gente pobre: los pecados que hayan cometido se los perdonará con tal que tomen la cruz con un corazón limpio.

A causa de la falta de trabajo la gente discutía cada vez más de la cruzada y cuando volvió a haber trabajo discutían en los talleres. Los que se iban a marchar se quedaban sentados cerca de los telares mirando cómo trabajaban los demás, y más de uno sentía en el

fondo de su corazón haberse apuntado: ¡si por lo menos se fueran al día siguiente de tomar la cruz! Pero pierden el trabajo y encima hay que esperar tres meses todavía, sin hacer nada y apretándose el cinturón.

María seguía trabajando en la lanzadera, los suyos la querían demasiado para castigarla por su locura. Pero en cuanto a ahorrar dinero era otra cuestión, su paga era pequeña, el precio del pan subía como cada verano, Mateo decía que los niños se debilitan de sólo comer habas podridas, les hace falta pan, María le daba su paga, o mejor dicho no se atrevía a pedírsela. — Quédatela, padre, quédate con todo, que

al menos yo os sirva para algo mientras estoy todavía aquí. —Tú, decía Armelle, no te hagas la digna; Benito va a cumplir los doce años, te sustituirá. Ella hablaba así por despecho y abofeteaba a su hija más veces de las necesarias; estaba triste. ¡Ah! ¡sabe Dios lo que será de ti, pobre hija mía, otras más listas que tú terminaron como putas de los soldados! —Madre, tú no oíste al hombre santo, si no te juro que hubieras hecho lo mismo que yo. Dice que la Santísima Virgen llora a causa de las afrentas que hicieron sufrir a su Hijo en aquel país. Armelle apretaba los labios y meneaba la cabeza. Todavía era fuerte y bella, no tenía mucho más de treinta

años. —¡Eh!, ¿por qué no me iría yo también? Si supiera que faltan tejedores en aquel país, me iría. Yo y el Mateo, nunca nos ha gustado estar sin trabajo. Pero con esa cruz, pobre hija mía, perderás el gusto de trabajar, después te será imposible ponerte otra vez a trabajar.

María pensaba que su madre razonaba como una mujer vieja: ¿Nos creó Dios tejedores o albañiles o curtidores? Nos ha creado hombres, en el Paraíso no nos preguntan cuál es nuestro oficio. Los domingos iba a reunirse con Santiago en el prado en que Baudry reunía a los que se iban a marchar. Decía que a mediados de



septiembre irían todos a reunirse con los peregrinos de Béthune y de Avesnes para ir todos juntos hasta Boulogne, pues el ejército del conde partía de allí. En octubre el duque Godofredo, de Baja Lorena, se ponía en camino, y he aquí lo que había dicho: que aceptaba a los peregrinos en su ejército, pero no demasiados, y que no llevaran ni demasiados viejos ni enfermos, y que prepararan carretas para ellos... —Al duque Godofredo le es fácil hablar, ¿es que las peregrinaciones son también solamente para los ricos?

Aprendían a cantar los cánticos y los salmos de Jerusalén, limpiaban y zurcían la ropa para el viaje, las mujeres cosían

las cruces sobre las capas. Y burgueses de la ciudad de Arras iban a llevar dones: zuecos, mantas de lana y pieles, lana para hilar y cortes de telas (pues la cosa había pasado a ser proverbial en el país: ¡muchos tejedores, en su vida habían tejido una vara de tela para ellos mismos!) —Para que no tengáis frío por el camino, buenos peregrinos. Rezad por nosotros. Iban a viajar todo el invierno, el tiempo de gastar tres pares de zapatos.

Los cruzados pasaban a menudo la noche fuera, en el prado, pues hacía calor. Escuchaban a los peregrinos y a los predicadores. Fray Bernabé, que tenía una voz bonita, baja como un

bordón, cantaba salmos de la subida a Jerusalén. Enseñaba a las gentes a cantar esos salmos, y les aconsejaba que se ejercitaran en la marcha, pues los obreros de un arrabal raramente saben marchar bien. —La marcha, decía, será vuestro telar durante largos meses, y todavía no tenéis la costumbre de la peregrinación en el cuerpo. Al cabo de dos semanas os habréis acostumbrado, pero al principio será duro y no es cosa de que os quedéis en el camino.

Fray Bernabé era bueno, conocía por sus nombres a todos los hombres y a todas las mujeres, para cada uno tenía una buena palabra. —Tú tienes fuerza para romperle la cabeza a diez turcos.

—Tú no eres grande, pero sabes que Dios prefiere los pequeños a los grandes. —Tú, Lucía, no tengas vergüenza por tu vientre: en Jerusalén ya no habrá más niños sin padre. —Tú, Miguel, en tu país eras ladrón, ahora vas a robarle tu alma al demonio.

A María le dijo: Tú que cantas tan bien entonarás los cánticos de las mujeres; Dios te hará don de letras nuevas pues aunque estés casada tienes un alma pura. —Que nadie, decía, codicie a la mujer del vecino, este pecado es uno de los más graves para los peregrinos. Por eso llevaos a vuestras prometidas y a vuestras mujeres con vosotros y que ellas obtengan

también el beneficio del gran perdón. Ahora bien, conviene decir que las mujeres de cierta edad, madres de varios hijos, temían un viaje tan largo en invierno y entonces los padres de familia que habían hecho el voto caían en el pecado y lamentaban su decisión. —Venga, madre, pondremos a los niños en las carretas, los taparemos bien, ellos estarán contentos de ver países.

Santiago tenía ahora otra vez muchos camaradas. Como no trabajaba, descubría los oficios de los demás, hablaba de construcción con los albañiles y los canteros y soñaba con grandes andamiajes y ruidos de martillos, y también con buenos jornales

(pues de todos los cristianos, los albañiles son los mejor pagados); tenía un compañero aprendiz de armero, y pensaba en grandes hojas de acero brillantes como el agua pura al sol, pensaba en anillos de acero soldados formando un tejido de hierro, piezas que se fabrican en los países de Oriente y en España, los reyes los llevan cuando van a las batallas; y fabrican cascos más brillantes que el sol, fuertes como campanas —entonces si te dan un golpe oyes tocar a misa un poco más cerca!— Te creo, algunos se vuelven sordos. — Los turcos deben llevar tres armaduras de hierro una sobre otra para ser tan fuertes. — ¡Pues claro! y cascos

rodeados de una madeja grande de lana para no sentir nunca los golpes. Para matarlos, las armas ni sirven para nada, a menos de que contengan una buena reliquia: entonces la armadura del turco se derrite ella sola.

María no dejaba un momento a Santiago y escuchaba todo lo que decían sus compañeros. Pensaba en los turcos. Los veía gigantes, con madejas de lana en lugar de cabeza. ¡Crac! la espada bendita los toca y caen partidos en dos, como un tronco, y corre un reguero de sangre. Y se reía.

—...Dime, Santiago, ¿no tienes miedo? —¿Miedo de qué? —De llevar a una mujer tan guapa. Los peregrinos no

son de madera tampoco; ¿y si te la robaran?

Santiago reía: A quien quiera cogérmela, le cortaré la cabeza. —¿Y si es un caballero? —Bueno, ¿es que los caballeros no tienen cabeza? Y se reía de tanta gracia como le hacía aquello, con una risa estruendosa, y todos se reían a carcajadas. Porque decían a menudo, en el arrabal, que los ricos y los poderosos no tienen necesidad de mucho cerebro, por eso son más tontos que los pobres.

Ya nadie creía que saldrían alguna vez. Pero por fin llegó el día de la salida y para entonces los cruzados estaban perdonados, nadie les hacía más



reproches. Los parientes lloraban y daban a los suyos, para el viaje, todo lo que podían: poca cosa. Algunas monedas de cobre o un sombrero o un pedazo de tela... no, no se ponían en camino muy ricos, pues casi todos habían estado parados desde hacía varios meses. Santiago había entregado a Baudry el dinero que sacó con la venta de su cuchillo, era poco. María no tenía nada. Dijo: Podría vender mi pelo. Santiago se puso rojo: ¿Tu pelo? ¿Y por qué no lo demás? —Santiago, muchas veces se lo pidieron a mi madre, ella no quiso nunca y decía que cómo me iba a casar sin pelo. Una mujer casada es otra cosa. Te lo aseguro, conozco los

precios, una cantidad grande de pelo rubio vale más que diez cuchillos.

Santiago se quedó espantado. —Te doy una bofetada si vuelves a hablar de ello. La gente haría brujerías con tu pelo y morirías. María lo miraba con una sonrisa triste y tierna. —Yo no sería la única, sabes..., no se cree mucho en brujerías, cuando se tiene hambre. Las señoras elegantes lo ponen en sus trenzas, con cintas bordadas.

—Que me muera de hambre antes, dijo Santiago. ¡Ya es demasiado duro ser pobre, para que los ricos te cojan encima el pelo para sus mujeres! María entonces conservó su bonito pelo, modestamente enrollado bajo la nuca y

oculto por la toca.

Aquel mismo día el tío de Santiago subió de su pueblo hasta el arrabal y llevó un hacha. —Toma, muchacho, yo no puedo darte más, pero te la doy de corazón, es la de tu abuelo. Es muy pesada y muy fuerte, golpea con ella a los turcos si quieren atacar a nuestras mujeres.

El regalo era bueno. Casi todos los hombres llevaban un hacha, otros una horca, otros un buen garrote. Baudry y hasta fray Bernabé decían que dos precauciones valen más que una. —Dios protege a los suyos, aunque les pida que anden sobre las aguas o que vuelen por los aires. —No hay que contestar con

cánticos si la gente mala os ataca, puede ser que incluso Dios tenga necesidad de vuestros brazos.

—Maestro Baudry, ¿y cómo hacer si nuestros compañeros, tentados por el demonio, se ponen a atacar con sus horcas a otros peregrinos? —Si un hombre hace eso sin que lo hayan ofendido, dijo Baudry, será ahorcado inmediatamente y sin juicio y perderá el beneficio de la peregrinación. Juradme que respetaréis este reglamento, pues quien se sirve de un arma dedicada a Dios para matar a su hermano no es un cristiano sino uno falso fabricado por el diablo, ¡y es justo devolverlo allí de donde viene! Los hombres juraron. Pues

sabían que entre ellos había gentes sospechosas de haber asesinado; pero todos estaban de buena fe y los más grandes pecadores eran los más fervorosos en el arrepentimiento.

Aquella noche Santiago estaba sentado al lado de un hombre alto vestido con un calzón corto de lana marrón, pero que no tenía aspecto de ser un burgués pobre: fuerte y derecho, ancho de espaldas, barba espesa y largo pelo castaño. En la mirada de sus ojos grises había una seguridad serena y grave que, no se sabe por qué, hacía que su presencia entre los peregrinos pareciera un poco insólita. Le llamaban «el caballero», por eso a Santiago le

vino la idea de preguntarle: ¿Por qué te llaman «el caballero»?

El hombre sonrió, enseñando sus dientes grandes, y dijo: Porque durante mucho tiempo he ejercido ese triste oficio y porque por la voluntad de Dios estoy llamado a ejercerlo. Santiago le dijo: ¡Cómo! ¡Dios! ¿Tú has sido un verdadero caballero con casco y cota de mallas y espada?

—Sí, y el cinturón blanco y el escudo con las armas de mi Casa, todo el aparejo del diablo.

Santiago se echó a reír: ¿Y cómo dices que por la voluntad de Dios lo ejercerás todavía, si es el aparejo del diablo?

El hombre sonrió lentamente y meneó la cabeza. La vida no es tan sencilla, muchacho. Mira: el estiércol en sí es una cosa mala y sin embargo lo utilizan para abonar la tierra y poder fabricar pan bueno.

Santiago reflexionó un instante. —A mí no me hubiera gustado hacer un oficio y decir después que es estiércol.

—A mí tampoco. En verdad, dijo el hombre con dulzura, el caballero es peor que el estiércol, pues el estiércol no es ni honrado ni respetado. Santiago soltó la carcajada: ¡Sería bonito verlo! —Sí, dijo el hombre, pero mira, fíjate en un conde o en un barón o en cualquier caballero: ocupan el primer lugar en la

iglesia y todo el mundo les habla con respeto. Porque nuestro siglo está corrompido y por la fuerza de las armas uno puede hacerse rico y poderoso: cuantos más crímenes haya cometido un hombre más respetado es. He aquí por qué somos peores que el estiércol.

—Ya veo, dijo Santiago, que tienes sentido común. Pero si tú hacías ese oficio tan ventajoso, no comprendo cómo te vino ese sentido común.

—¡Ah!, dijo el hombre, eres muy curioso para tu edad. Me vino solo, una alondra bajó del cielo para decírmelo. Santiago fue a contar la cosa a sus compañeros y a María y a fray Bernabé; y este último dijo que en efecto el



caballero Everardo (ocultaba el nombre de su familia, por humildad) se había convertido a Dios escuchando los sermones de Pedro y había dejado todo para llevar una vida cristiana. Pero ahora se había juntado a la tropa de los cruzados de Arras (pues en su propio país era demasiado conocido) porque decía que los peregrinos tenían necesidad de una escolta armada. —No es una broma, dijo fray Bernabé, tiene muchos compañeros convertidos, todos antiguos soldados, y posee un caballo y una armadura.

Los muchachos escuchaban y se rascaban la nuca. —¡Ya sé, dijo Lamberto, el hijo del cura, por qué no va

con la gente de su país! Decís que es demasiado conocido. ¡A lo mejor era un estrangulador!

Baudry estaba allí y escuchaba y reflexionaba. —Amigos, no está bien que antes de la salida ya haya dudas y sospechas entre nosotros. No juzguemos. Yo he hablado con ese hombre. Ha jurado no sacar su espada sino el día que seamos atacados por los infieles. Sabed que hace cuatro años que se convirtió. Ayuna cuatro días a la semana y, lo que es más, es viudo y vive en castidad desde hace cuatro años.

Lamberto se santiguó. ¡Dios nos guarde! ¿Tú nos ves viajando con un caballero que vive sin mujer desde hace

cuatro años? ¡Y Santiago que tiene una mujer guapa!

Fray Bernabé montó en cólera. — ¡Ya estáis todos hablando de la mujer de Santiago! Tened cuidado, es el diablo quien os da estas ideas. El caballero ya no es un hombre joven.

Después de lo cual despidió a los chicos, y Santiago, por el camino de vuelta, dijo a Lamberto: Entonces ¿es verdad lo que dice fray Bernabé de que tú miras a mi mujer? Dime, ¿te parece honrado por tu parte?

Lamberto era un muchacho dulce y serio, uno de los mejores amigos de Santiago. —Fray Bernabé, dijo, no comprende nada, yo hablaba en tu

nombre pues tú eres como mi hermano. Para decirte la verdad, tengo esperanzas de que Isabel la de la Perrina quiera venir conmigo a Jerusalén, pero espera al último día por miedo de su madre.

—¡Cómo, dijo Santiago, si Isabel es jorobada!

Lamberto enrojeció. —Bueno, ¿y qué? Por eso no te lo había dicho antes. Es guapa, sabes, y no tan jorobada como crees. Me lo ha prometido: el día de la marcha se esconderá entre las otras mujeres y su madre no verá nada. Ya tiene la capa de peregrina y la cruz.

Santiago dijo: ¡Lléveme el diablo si lo hubiera creído!... Dime, Lamberto, tu padre sabe más que el mío. ¿Qué vamos

a encontrarnos en Jerusalén?

—No nos iríamos, dijo Lamberto, si supiéramos todo de antemano. Mi padre dice: lo que es cristiano es darlo todo sin pedir nada a cambio.

—El que toca el Santo Sepulcro, dijo Santiago, tiene inmediatamente manantiales de agua viva que brotan de su corazón; nunca más estará triste.

Santiago era un muchacho que a veces se ponía triste aunque no pasara hambre. Esto le venía del tiempo en que vivía en el pueblo: allí nadie está hostigado por el trabajo. Apacentando los corderos más de una vez se le caía la cuerda que trenzaba o el cucharón de madera que tallaba con el cuchillo;

miraba el sol, en las tardes de verano, cuando se escondía en la tierra. El sol salía de un mar lejano, por Oriente; y se ahogaba todos los días en otro mar, al Oeste, y los países cercanos al mar de donde el sol surgía eran calientes y ricos, jamás había nubes allí, ni lluvia ni nieve.

Una vez había visto a unos marineros en la plaza mayor de Arras; no eran ni picardos ni flamencos ni ingleses, eran marselleses pero hablaban como cristianos; tenían la piel negra y anillos de cobre en las muñecas y en las orejas, y cuchillos grandes en el cinturón. Hablaban de países sin invierno donde los manzanos florecen

todo el año, donde manzanas de oro rojo brotan en los árboles, donde la seda se vende más barata que el lino en nuestro país... Allí en el mar del sol levante los dragones marinos provocan grandes tempestades: una sola ola engulliría la torre de una iglesia. Esos dragones de escamas doradas defienden el lugar donde el sol duerme por la noche, y cuanto más se acerca uno a ese lugar más brillante se hace el mar, y rojo y ardiente, ningún marinero volvió jamás de allí. A los que los dragones no los comen, arden vivos, se derriten en el sol como una polilla en el fuego, pues el sol es en realidad tan grande como una montaña; sale del agua con un estrépito

enorme y cantos de miles de ángeles, y cada mañana el mar se inflama y arde, de tal forma que por toda la tierra se ven las llamas del incendio.

En el país del sol levante la vida es bella, las gentes viven en barcos de velas de colores y pescan tantos pescados como quieren; las ciudades son ricas, las casas están pintadas de oro y de negro y de rojo, y la gente se pasea con vestidos de seda. En los mercados se ven tantas frutas y legumbres y pescados de todos los colores que nadie piensa en robarlos, los hay a montones sobre esteras, y los comerciantes os los regalan por cortesía. Esas gentes no adoran al



verdadero Dios, pero es por ignorancia; salvo esto, son sabios y corteses, siempre tienen la sonrisa en los labios, cuando hablan se diría que cantan. En una procesión en Arras Santiago había visto el nuevo dosel para la arqueta de san Waast, hecho de seda tejida en China; por un tejido así uno se condenaría. Bernier había dicho: ¿Qué te crees? El trabajo es bonito, ¿pero te crees que se gana con eso? ¿Te das cuenta del peine que haría falta para ese telar? La trama fina ya se sabe lo que es: te pagan la pieza tres veces más y tú tardas diez veces más de tiempo. Pero Santiago pensaba, Dios sabe por qué, que en aquellos países no había ni

obreros ni talleres: como si esas bonitas sedas estuvieran tejidas por señores y señoras que lo hadan por placer únicamente, en salas pintadas donde unos troveros les cantaban dulces canciones.

Santiago era de carácter alegre; pero cuando se ponía triste, era de verdad. Pensaba siempre que en otros países la vida era mejor, lo que muchos jóvenes piensan, pues tienen demasiada alegría en el corazón y no bastantes razones para estar alegres. Por más que Baudry y fray Bernabé y el cura decían que los peregrinos debían prepararse para grandes sufrimientos, Santiago, incluso oyendo hablar de sufrimientos, sólo veía

alegría ante él. Pensaba en sufrimientos alegres, cantos, palmas, sol, la sangre de los mártires roja y viva. Su madre lloraba. —¡Que el único hijo que me queda vaya a reventar de hambre en los caminos, qué le he hecho yo a la Santísima Virgen! ¡Ah!, ¡maldeciría esa cruz si no fuera un pecado! ¿Yo, decía Santiago, reventar de hambre? Los ricos, quizás; pero a nosotros nos conoce el hambre. Sabemos lo que es comer ortigas. —¡Ortigas! ¿Quién te dice que encontrarás ortigas en esos países?

El campamento estaba preparado para la marcha, solamente se esperaba la distribución del trigo. Los señores y los obispos que se iban habían

comprado tanto para el viaje que se temía que no quedara suficiente hasta Navidad. Baudry hacía colectas: para los peregrinos, buenas gentes, para que recen por vosotros en Jerusalén. El centeno estaba caro, pues el año no había sido bueno. Los sacos estaban apilados en carretas, cubiertos de paja, Baudry los contaba y los volvía a contar cada día, y contaba también a los peregrinos.

Los peregrinos llegaban ya a doscientos. Lo que quiere decir que el día de la salida fue un gran día de lágrimas.

Ese día vieron llegar al campamento de los que se iban a Alix la de los

Treinta Escudos. Llegaba llevando por la brida a un mulo cargado de sacos y de cestos, y acompañada de su vieja que lloraba a lágrima viva. No estaban muy acostumbrados a ver a Alix vestida como iba: un simple vestido de tela de saco y una capa marrón con capuchón; un bastón en la mano y una cruz roja cosida en el hombro derecho. Tal como iba, la miraban todos, pues no tenía ni el andar ni el aspecto de una mujer pobre. Sería mejor que se fuera con los caballeros, decían las mujeres. Pero los peregrinos iban a ver cómo Alix sabía defenderse.

Se puso en medio del campamento, al lado de Baudry, se echó para atrás la

capa y se desabrochó el vestido: todos vieron que por debajo llevaba una camisa de tela de saco negra y grosera que ni siquiera un mendigo la querría. —Ved amigos míos, dijo, cómo no soy una falsa peregrina, y si hasta ahora no me había unido a vosotros, es por vergüenza de mi mala reputación. ¡Pero por mala que sea sabed que es todavía demasiado buena, pues yo he sido verdaderamente la Prostituta de Babilonia, con la que los príncipes y los grandes se emborracharon, que se emborrachó con la sangre de los justos! Sí, yo he chupado verdaderamente la sangre de los pobres y he bebido las lágrimas de las viudas, y yo, hija del

arrabal de los tejedores, renegué de los míos para amar sólo a los ricos. ¡Hermanos y hermanas, perdonad a una miserable que, inflamada de diabólica avidez, hizo de su belleza una trampa para la lujuria de los hombres! ¡Sabed todos que yo no tuve más Dios que Mammón y que de los escudos de oro hice mis santas Hostias! Alix lloraba mientras hablaba y las lágrimas le corrían por las mejillas y se le metían por la boca. Las gentes, que la miraban, se daban con el codo, diciendo: por lo menos no ha perdido todo, habla como un clérigo, da gusto oírla.

Queridos hermanos, queridas hermanas, decía, despreciad a la

abominable pecadora que soy yo, pues verdaderamente lo he merecido: ¡en un solo día yo ganaba la paga de un mes de una tejedora de contralizo y en tres días la paga de un año de una devanadora! ¡Yo me burlé en mi loca avidez, amigos míos, de vuestro sudor y de vuestras lágrimas, atrayendo a mi cama a vuestros amos y a vuestros comerciantes, sin contar a los caballeros, y a los hombres de Iglesia, y a los huéspedes extranjeros! ¡Es justo, pues, que despreciéis a Alix, y la pisoteéis a vuestros pies, pero no lo toméis como un ultraje si os pido que me acogáis entre vosotros, pues el mismo Señor Jesucristo tiene piedad de las



ovejas descarriadas si vuelven al redil!  
¡Mirad, os traigo los bienes que recogí,  
todo lo que me queda, son bienes mal  
adquiridos, amigos míos, pero os  
aseguro que no son bienes robados! Y si  
no me perdonáis, os seguiré, andando  
sola a diez pasos detrás de las últimas  
carretas y aun eso me parecerá un gran  
honor. ¡Pero si me perdonáis os juro que  
en mi vida olvidaré vuestra caridad!

Alix ya no lloraba mientras hablaba.  
Pero las mujeres jóvenes y hasta algunos  
hombres se habían puesto a llorar a  
lágrima viva. Baudry le dijo: De tus  
pecados sólo Dios es juez, pero son  
nuestras mujeres las que tienen que  
decidir si quieren que tú vayas con

ellas. Pues las mujeres de tu oficio tienen el arrepentimiento fácil, pero el cuerpo ligero. Alix le dijo: Es justo. Pero yo no tuve el arrepentimiento fácil. Y en cuanto a mi cuerpo, es como un campo pisoteado por mil rebaños. Baudry la miró de frente y bajó los ojos: Alix tenía una mirada tan grave y tan franca que tuvo vergüenza de haberle hablado como lo había hecho.

Las mujeres de más edad y las más prudentes de la asamblea declararon que si Alix Malaboca quería seguir a los peregrinos, nadie podía impedirle hacer penitencia; pero que a menos de encontrar a un hombre que quisiera casarse con ella, debería ir separada de

las familias y andar con las otras jóvenes arrepentidas. Entonces se hicieron cargo de ella dos monjas viejas que iban con permiso especial de su abadesa: esas dos buenas hermanas protegían a las antiguas jóvenes de la vida, pues esas desgraciadas corrían el peligro de volver a caer en sus pecados, los hombres solos daban vueltas a su alrededor como moscas alrededor de un tarro de miel.

Así pues, Alix besó a su vieja alcahueta y le dijo que se volviese a Arras; a partir de hoy, decía, comienzo una nueva vida, no quiero ver nada que me haga pensar en la anterior. Los adioses más cortos son los menos

tristes. Y se sentó al lado de las otras jóvenes, que la miraban con desprecio y despecho, diciendo: Ésta es la puta de los ricos que viene a humillarnos con sus bonitos discursos.

Los jefes de tropa estaban fastidiados; pensaban que Alix la de los Treinta Escudos hubiera hecho mejor hacerse cruzada por su propia cuenta puesto que tenía medios para ello. Sus dones no estaban de más, por supuesto. A ese precio había que soportar a su persona. —La caridad es una cosa bonita, dijo Baudry. ¿Pero seremos buenos con los lobos a costa de las ovejas? —Todavía no sabemos, dijo fray Bernabé, quien de entre los

peregrinos es lobo y quien es oveja. Esta mujer habla demasiado, pero es sincera.

La víspera de la marcha, cuando en todo el campamento no se oían más que cantos, risas y lloros, los jefes de tropa permanecían en sus tiendas haciendo cuentas, más preocupados que el padre de la novia en vísperas de la boda. Ninguno de ellos había viajado lejos, excepto fray Bernabé. El caballero era del Perche y conocía bien la Normandía, la Picardía y la Beauce, Baudry había llegado hasta Brujas y Gante. —Tres o cuatro meses de marcha y de nuestros peregrinos no hay uno entre diez que tenga más de un par de zapatos. —A la

gracia de Dios, dijo fray Bernabé. ¿Es que los hebreos en el desierto eran más ricos que nosotros? —Los hebreos habían andado durante cuarenta años y además tenían con ellos a san Moisés en persona. —Nosotros, dijo fray Bernabé, tenemos la cruz de Jesucristo. —¿Oís, dijo la Corneja, cómo chillan como locos? ¿Cánticos, eso? Más bien cantos de borracho, pues que Dios me perdone, pero están borrachos.

El cura meneaba la cabeza: Id a hablarles, hermano; decidles que una cosa tan santa no pase por ser una jactancia de borrachos. —¡Bueno, cura, que beban y se alegren es una alegría santa! ¡Se emborrachan por la fiesta de

Nuestro Señor y nosotros estamos ahí como fariseos censurándolos! Fray Bernabé tenía un carácter a la vez alegre y triste que lo hacía ser indulgente, pero en otros momentos se ponía furioso cuando un hombre estornudaba delante de él. —Aquí estamos, dijo también, para ir al encuentro de Dios, ¿y tememos el juicio de los burgueses de Arras? ¡Pues que por Dios nos traten de locos y de borrachos! Hoy toda la pérdida es ganancia.

Muchos eran los clérigos y los burgueses que censuraban a los cruzados. Eso, decían, es una locura, y nunca Dios hizo un milagro para aprobaros; vuestro viaje os será una

ocasión de innumerables desórdenes, adulterios, robos y hasta homicidios, de tal forma que en vez de salvar vuestras almas las perderéis con toda seguridad. Nunca todavía desde que Jesucristo vino al mundo se vio a tanta gente armada y desarmada marcharse juntos en peregrinación: por todas partes por donde vayáis os saludarán como a un ejército de saltamontes, y es eso lo que seréis. Quien pasa su vida oyendo a los sabios no puede dar un paso fuera de su casa. Pero Baudry, un hombre razonable, quería prever todas las ocasiones de escándalo y de disputa. Y eso lo ponía triste. Nosotros queremos huir del mundo, decía, y debemos empezar por



arreglar todo según la sabiduría del mundo: debemos recurrir al servicio de los hombres de armas y contar nuestros dineros como avaros.

Había que salir a la madrugada. En el prado inmenso los clérigos cantaban maitines, ante una hoguera de ramas, y los fieles respondían. Los parientes y los amigos de los que se marchaban pasaban la última noche con los cruzados. Los burgueses de la ciudad habían acudido allí atraídos por los fuegos y los cantos; unos llevaban un escudo, otros una gallina o un saco de habas; ponían todo sobre las carretas, que estaban tan cargadas que parecía que los ejes iban a romperse. ¡Rogad

por nosotros, buenos peregrinos, no nos olvidéis en Jerusalén!

Una dama subida en un caballo gris iba por todo el prado y entregaba a cada hombre que se encontraba un denario de cobre; tenía los ojos rojos de lágrimas y las mejillas arañadas. A todos decía: Acordaos, buenos peregrinos, del caballero Rufino de Sacy, mi hermano, que se va a la cruzada. Acordaos de su nombre, rogad por él. Gerardo el Arrendajo, un famoso gamberro, le dijo: Señora, por un denario de cobre nuestro recuerdo no durará mucho, ¡por un escudo de plata nos acordaremos hasta el Juicio Final! Esto hizo reír a sus compañeros. La dama exclamó: ¿Cómo

quieres, villano, que os dé un escudo a cada uno? Yo doy lo que tengo.

María rezaba, mirando las manos del cura levantadas hacia el cielo negro e iluminadas por la llama de la hoguera. ¡Oh, Jerusalén, si yo te olvido que mi mano derecha se seque, que mi lengua se pegue al paladar! Oh, Jerusalén. Su padre, su madre y su hermano estaban allí, y pensaban mirándola: sería un pecado no dejarla ir, está oyendo la voz de Dios. Pues tenía el rostro grave y alegre, sus grandes ojos abiertos no pestañeaban y estaban radiantes como si la luz de las alas de los ángeles se le hubiera metido por las niñas de los ojos; tenía el rostro pálido y mojado por las

lágrimas y la boca inflada y temblorosa; se parecía mucho más a una niña que a una mujer casada. Su madre pensaba: nunca estuvo tan bella. El hermano dijo: ¿Qué es lo que ves, María? Ella se estremeció porque el niño le había tirado por el brazo. Se estremeció, se volvió y besó a su hermano primero, después a su madre, con frenesí, como si quisiera hacerle daño —¡Oh, si pudierais venir también vosotros, si no tuviera que dejaros! ¡Con lo que os quiero y tenerme que ir! María besaba a su madre en las mejillas, y más y más. —¿Sabía yo que os quería tanto? ¡Y mira que irme! Y lloraba.

—María, dime: ¿qué es lo que

estabas viendo hace un momento? El niño le tiraba de la falda y le repetía la pregunta; María le pasó la mano por la cabeza. —Benito, guapo, quieres saber demasiado. Vi un mirlo blanco subido en un caballo azul no más grande que mi dedo. Después, viendo que su hermano se sentía ofendido, no rió más y dijo: Benito, vi unas coronas de estrellas. Es todo lo que puedo decirte. Los padres la miraban, meneando la cabeza: es muy raro que una chica casada vea visiones; o bien María era una mentirosa o bien había recibido un don de Dios.

Estaban los cuatro sentados por el suelo, perdidos entre los demás peregrinos que decían adiós a sus

familias. Ya no hablaban y repartían su hogaza de pan en silencio. Los tres niños pequeños, acostados en el suelo al lado de ellos, dormían. A veinte pasos de allí la hoguera danzaba, lanzando sobre ellos las enormes sombras de los hombres que pasaban por delante. Una banda de jóvenes cantaba a coro una canción improvisada y batían las palmas al ritmo del estribillo.

La canción decía: Adiós país nuestro, adiós padre y madre, no lloréis. Vamos al país de Jesucristo, que nunca engañó ni mintió, y nos prometió y aseguró que nos llevará al Paraíso, si queremos conquistarlo. ¡Venga! ¡Ánimo, amigos! ¡Si queremos conquistarlo!

Chillaban lo que podían y hacían un ruido estruendoso con las manos. Santiago estaba allí, sentado al lado de su primo Felipe, que no se iba y que empezaba a tener ganas ya de irse también.

María, la cabeza inclinada sobre el hombro de su madre, pestañeaba y miraba los reflejos de la llama moverse sobre la cara de su hermana pequeña dormida. Está guapa, qué guapos son todos, padre, madre, Benito, el cura, la Perrina, todos, Dios los ha transfigurado esta noche, así es como estarán el Día del Juicio. El ruido del canto golpeaba en su cabeza como el estrépito de mil telares, y de pronto se veía enrollando

en una devanadera brillante un hilo dorado más fino que un cabello, y alguien decía: son cabellos de hada, y ella pensaba: no, son los cabellos de la Virgen, nunca se romperán, con esos cabellos tejeremos un estandarte para adornar el trono de Dios... La devanadera daba vueltas y vueltas, lanzaba llamas. ¡No, no puede romperse el cabello de la Virgen! ¡Que no se rompa! La cabeza de María se hacía cada vez más pesada sobre el hombro de su madre. Está durmiendo, dijo Mateo, hace bien, mañana por la noche tienen que estar en Béthune. Armelle no se atrevía a moverse para no despertar a su hija. Y cuanto más se esforzaba en no



moverse, más temblaban sus hombros, sacudidos por los sollozos.

El cortejo se iba lentamente del prado y pasaba delante de los muros de Arras. De lo alto de los muros una muchedumbre saludaba y gritaba, y las campanas de las iglesias repicaban. Los pobres no tenían bonitos estandartes, los habían hecho con lo que habían encontrado: capas de lana, trozos de galón dados por caridad. Tenían cruces altas de simple madera pintada. Los estandartes avanzaban a la cabeza, balanceándose al ritmo del paso de los portadores, y los hombres cantaban a coro. Los hombres y las mujeres iban agrupados por barrios y por familias,

después venían las carretas, unas arrastradas por asnos y otras a brazos de hombres, las carretas donde habían instalado a los niños pequeños, a las mujeres embarazadas, a los enfermos y a los viejos. El caballero Everardo y sus diez hombres montados en caballos de muy pobre apariencia, escoltaban el rebaño de ganado y las carretas grandes donde iban amontonadas las provisiones; a la cola del cortejo iban los pecadores arrepentidos: mujeres públicas y gentes a quienes el cura les había impuesto la cruzada. Y —cosa que extrañó a mucha gente— entre estos pecadores vieron marchar al cura del arrabal y a su sacerdotisa, yendo

descalzos y en camisa y dándose golpes de pecho (para no separarse de su hijo, lo habían decidido juntos en el último momento).

Los peregrinos, mientras no se habían reunido aún con las otras tropas y el ejército del conde de Boulogne, mientras todavía estaban en un país donde hablaban su lengua, no creían haberse puesto realmente en marcha, les parecía hacer una simple peregrinación más solemne que las demás. Por el camino, los campesinos de los pueblos los miraban pasar, diciéndoles: Rezad por nosotros, buenas gentes, acordaos de nosotros en Jerusalén. Algunos les daban gallinas o huevos o tarros de miel

y ellos amontonaban los dones en las carretas, ya no había más sitio para las aves en las jaulas, las gallinas espantadas se agitaban y cacareaban, las gentes reían diciendo: por lo menos no nos moriremos de hambre. Es cierto que habían conseguido reunir más de doscientos corderos; pero Baudry contaba más con el dinero depositado en el arca común: ¿qué eran doscientos corderos para un viaje tan largo?

Sobre los países extranjeros no sabía mucho: dicen que en Alemania la gente es caritativa, en Hungría muy dura, y en lo que respecta a los países griegos, se decía que los campesinos eran pobres, por eso deberían aprovisionarse

en las ciudades.

Fray Bernabé era un hombre de carácter inquieto y vivo. En su convento se había ganado fama de hombre de mal carácter. Veía al diablo por todas partes, en el refectorio y en la capilla, en el huerto, en los hábitos de los frailes y hasta en la barba de su abad: el abad no se cuidaba mucho la barba, ¿no quería hacerla tan bonita como la del profeta Elías? ¿Los frailes no escondían bajo sus hábitos de lana negra un apetito grosero hacia el vino y el pescado fresco, sin hablar del demonio del orgullo y de la envidia? El diablo vivía en cada uno de ellos, yendo, oh sacrilegio, hasta sentarse en el salterio

del chantre para hacerle soltar un gallo (muchas veces era lo que le pasaba al mismo fray Bernabé) y se metía en la pila del agua bendita para que los frailes se santiguaran con ostentación. Total que no había nada que fray Bernabé no tomara por el diablo.

El abad lo acusaba de estar poseído por el demonio del juicio malintencionado y le imponía penitencia sobre penitencia. Yo estoy tal vez poseído por el demonio de la palabra dura, decía fray Bernabé, pero no el de la palabra malintencionada, pues mi lengua denuncia el mal con la intención de corregirlo. Este demonio que habita en mí no es malo, pues odia con un odio

violento la corrupción, la pereza, la cobardía y todas las cosas impuras que encuentran en este convento la verdadera tierra de elección. El abad, no pudiendo dominar esta alma intratable, viendo que este fraile, lejos de enmendarse, se hacía cada vez más acerbo en sus palabras; no teniendo por otra parte nada que reprocharle pues fray Bernabé era asiduo a los rezos, casto, sobrio y trabajador, el abad, pues, decidió enviar a este hermano a Santiago en peregrinación de penitencia. Fray Bernabé marchó, hizo sus devociones en Compostela, entregó la carta de su abad al superior del convento de Santiago, pero no volvió

nunca más a su convento.

No se había dejado vencer por el profano deseo de ver nuevos países, aunque ese deseo fuera en él muy fuerte. Pero le había ocurrido una extraña aventura: una tarde, cuando iba de camino entre Carcasona y Albi, vio a un hombre encorvado, pobremente vestido, que parecía andar con dificultad; por deber de caridad se acercó al hombre y dijo: ¿Quieres que te lleve a mi espalda hasta el próximo pueblo? Ya se disponía a ofrecerle su espalda, cuando vio el rostro de su compañero, enorme, hinchado, agrietado, con una nariz más gorda que una naba. El corazón le desfallecía y huyó sin decir nada,



pensando: Gracias a Dios que no lo toqué. Se dijo también que aquel hombre no era honrado, pues andaba por el camino con su lepra, sin tocar la carraca.

Por la noche fray Bernabé tuvo un sueño: vio al Señor Jesucristo en medio de una gran luz blanca tal que no se le veía el rostro; y el Señor decía: Ayer por la tarde no me reconociste y me rechazaste. —¡He, Señor! ¡Vos nos hubierais tomado un rostro tan horroroso! —Tú que sabes leer, ¿acaso no conoces mis Escrituras? Fray Bernabé se despertó llorando y corrió en busca del leproso que encontró sentado en un cruce de caminos, al pie

de una cruz de piedra. Lleno de alegría, fray Bernabé se dirigió hacia el hombre y lo besó en las dos mejillas, y le apretó las manos sin dedos, diciendo: Perdóname, amigo, por no haberte reconocido ayer. —¿Tú me conoces?, dijo el hombre. —Sí, estoy seguro de haberte visto ya. Súbete a mi espalda para que te lleve.

Tomó a aquel hombre por compañero, compartiendo con él el pan y el agua; quería llevarle a la leprosería de Albi, pero el leproso se negaba con todas sus fuerzas. Era un hombre malo, estúpido y que sólo hablaba del deseo de procurarse una mujer, y una que no fuera leprosa. Como se empeñaba en

vivir en los bosques, al cabo de dos semanas cogió frío y murió. Fray Bernabé, seguro de haber cogido la lepra, no quiso volver al convento; no estaba tampoco con ánimos para encerrarse en una leprosería inmediatamente, y erraba por los caminos, mendigando pan y esperando los primeros signos del mal.

Había caído en una gran tristeza. Se apiadaba de su cuerpo joven y fuerte (apenas tenía treinta años), y blasfemaba contra Dios que lo había empujado a destruirse de aquella manera. Creía incluso haber sido el juguete de una tentación diabólica. Y cometió toda suerte de pecados, diciéndose: ya tendré

tiempo de arrepentirme en la leprosería. Todas las mañanas se miraba la palma de las manos y la planta de los pies, buscando en ellas la mancha de la lepra; pasaron varios meses y terminó por comprender que la lepra no lo había invadido y que nunca había tenido mejor salud.

Entonces se hallaba cerca de la ciudad española de Sevilla, pues el demonio de la curiosidad lo había llevado a ese país lejano donde vivían musulmanes en número casi tan grande como los cristianos. En sueños, se le apareció santo Tomás y le dijo: ¡Fraile débil y estúpido que dudaste de tu Señor! Aunque hubieras cogido la lepra,

¿no ibas a alegrarte por ello? Tú tocaste las llagas del Señor. Fray Bernabé meditó mucho tiempo estas palabras, después entró en la iglesia de Sevilla para dar gracias a Dios. Allí por fin lo visitó la revelación.

El Señor Jesucristo lo llamaba a Él no solamente para cuidar a los leprosos, sino también para convertirse en el hermano de todos los pobres de Dios. ¿No vivías tú en el convento al abrigo del hambre y del peligro? A los que viven así yo les diré en ese Día: tuve hambre y no me disteis de comer. En vez de ver el cuerpo martirizado de tu Señor, tú veías a los frailes preocupados por dar gusto al abad y cantar

dignamente las oraciones. Fray Bernabé comprendió y se puso a recorrer los lugares donde se libraban batallas, para cuidar a los heridos y consolar a los moribundos. Mendigaba dinero o lo ganaba haciendo menudos trabajos, y compraba pan que luego repartía entre los tullidos. Durante cinco años recorrió así los caminos de Castilla, de Murcia, de Cataluña y de Provenza, queriendo meter las manos en las llagas del Señor y tocando el Mal para encontrar el medio de sanarlo.

Pero veía tanta miseria y tanto sufrimiento que cuanto más avanzaba en su busca más lejos se sentía del final. — ¡Sois demasiado grande para mí, Señor,

vuestro cuerpo sangra y llora en cientos de miles de vuestros hermanos y en cien veces cien mil! ¡Mirad a los mendigos de piernas y brazos podridos, mirad a los infantes pisoteados por los caballos, mirad a los campesinos de los países quemados que se retuercen de dolor por haber comido tierra, mirad a las mujeres de pechos vacíos y a los recién nacidos más débiles que las crías de pájaros, mirad a los pobres encadenados por haber robado pan y ahorcados por haber robado un cerdo! Mirad a los obreros que penan noche y día con el estómago vacío y a los parados que languidecen de hambre y a quienes echan de todas partes a latigazos. Mirad a las putas

viejas saludadas a pedradas como perros sarnosos, y a los soldados viejos con las manos y los pies cortados; ¡mirad a los leprosos de rostros hinchados y blancos de pus! Tan grande es vuestra miseria, Señor, que nuestro siglo degenerado va a perecer muy pronto por la dureza de su corazón. ¡Dios vuestro Padre no podrá soportarlo ya mucho tiempo! Más de mil años pasaron desde que los hombres os clavaron en la Cruz, ¿cómo toleráis ser todos los días mutilado y escarnecido de esta manera? Así hablaba fray Bernabé a todos los hombres caritativos que encontraba. Su cólera contra los pecados de los hombres se fortificaba,



pues por una desgracia que viene de Dios hay diez causadas por la maldad de los hombres. —Oh, hermanos míos, ¿vemos nosotros a nuestros obispos cabalgar por las calles, vestidos de seda y de cebellina, vemos a nuestros sacerdotes reinar en salas bien calientes y estallar de orgullo? ¿Vemos a nuestros reyes y a nuestros príncipes adornar con oro y con joyas sus armas de muerte y pisotear el campo del pobre de donde cogen el pan para comprarse caballos y lanzas? Todos esos hombres peores que Caifás, Pilatos y Herodes cubren sin cesar de escupitajos la cara de Nuestro Señor; ¡y si la ley de Dios nos ordena obedecerles, obedecemos, pero no

seamos sus cómplices! —Para ser fraile vagabundo, decía, no he renegado de mis votos, y si todos mis hermanos hicieran lo que yo hago la miseria de los pobres sería grandemente aliviada, pues los frailes son numerosos y sanos de cuerpo y de espíritu.

Por sus palabras violentas arrancaba a los ricos limosnas y otras veces atraía sus golpes. En las calles corría detrás de los comerciantes o de los caballeros, gritándoles: ¡Tú que has batido y robado a Jesucristo, dame un poco de ese dinero que le robaste para que pueda devolvérselo! Un día, apaleado a bastonazos y dejado por muerto, fue recogido por un hombre que le llevó a

su cueva y le habló de la Revelación de san Juan. El final de este siglo, decía aquel hombre, verá la realización de estas profecías. El Anticristo ha aparecido en los países de Oriente y se llama el Sultán, viene a la cabeza de sus ejércitos a conquistar los países cristianos. Está a punto de apoderarse de Constantinopla y hace acampar sus caballos en las iglesias de Jerusalén.

Al principio, fray Bernabé no puso mucha atención a estas noticias; después vio que los signos concordaban con pequeñas diferencias. Si el Sultán, pensaba, profana así Jerusalén, es porque los pecados de los cristianos han hecho desbordar la copa, y muy pronto

las miserias de las que nos quejamos nos parecerán como el rocío de la mañana. Por eso había vuelto a los países del norte, meditando en las profecías, y allí se había juntado a la tropa de hombres de buena voluntad que seguían a Pedro, recogiendo limosnas y cuidando a los enfermos. Y en aquel tiempo vivió feliz en medio de aquella ciudad ambulante de gentes convertidas a la vida cristiana, donde todos los bienes eran repartidos según las necesidades de cada uno; donde se aceptaban a los mutilados, a los ladrones, a los locos, a las prostitutas, donde todo hombre tenía derecho al nombre de hermano y de amigo.

Éstos son, pensaba, los signos de los tiempos: comunidades así ayudan al mundo a prepararse para la gran prueba. Pero si el mismo Pedro era un hombre prudente y justo, entre sus lugartenientes había hombres pendencieros, o mejor dicho fray Bernabé no era muy paciente. Dejó a la comunidad con pena, justo en el momento en que se extendía la gran noticia de la cruzada. El papa Urbano, inspirado por el Espíritu Santo, había visto en sueños la imagen de Jerusalén con sus piedras ensangrentadas y lanzaba grandes gemidos. El Sultán martirizaba a los cristianos en aquel país, los sarracenos y los judíos violaban a las vírgenes cristianas y

espetaban vivos a los niños. El papa Urbano, después de haber tenido tres veces el mismo sueño, dejó su ciudad de Roma y convocó en Francia, en Clermont, en Auvernia, una gran asamblea de obispos, de sacerdotes y de príncipes laicos, para anunciarles lo que le había revelado el Espíritu Santo: que todo hombre que quisiera salvarse debía abandonar sus tierras, bienes y familia, y hacer una gran peregrinación a Jerusalén.

Fray Bernabé, conmovido por estas noticias (pues había oído decir que este papa era un hombre honrado y serio), acudió a sus amigos de la comunidad, para preguntarles lo que Pedro pensaba

de ellos. Le dijeron que Pedro había tenido visiones y que con toda seguridad se estaban preparando grandes acontecimientos: la copa de las desgracias de Jerusalén estaba a punto de desbordarse. Fray Bernabé meditó sobre estas palabras y discutió de ello con sus amigos: nosotros somos, decían, la sal que ha perdido su sabor, tenemos que ir a impregnarnos otra vez de sal a la fuente de toda virtud, pues en esa tierra bendita, cerca del Sepulcro donde reposó el cuerpo del Señor, la gracia de Dios se manifiesta plenamente. Vamos a venerar reliquias de santos, que no eran más que hombres, ¡y dejamos a merced de los paganos el lugar en que Dios

quiso morir por nosotros! —¿Cómo, dijo fray Bernabé, qué podemos nosotros contra los paganos? — Hermano, el Reino de Dios se conquista por la violencia. Nos quedamos aquí cruzados de brazos y mirando al pueblo cristiano caer cada vez más bajo en la miseria y el pecado; por debilidad las gentes vuelven a caer en las supersticiones paganas o se hacen semejantes a las bestias. ¡La Tierra Santa es como el sol oculto por unas nubes, durante mucho tiempo quedó oculta por las nubes de la impiedad! — Dios, ¿las oraciones del papa serán lo bastante fuertes para echar a los paganos de Jerusalén, cuando de su propia



ciudad de Roma no puede echar a los alemanes? —Es porque Jerusalén, hermano, es el centro del mundo: por ahí es por donde debe comenzar la verdadera victoria de Dios.

Después fray Bernabé supo que Pedro iba por toda Normandía y hasta la Isla de Francia, predicando la cruzada; entonces fue a Chartres y se quedó veinticuatro horas acostado en la cripta, delante de la imagen de la Virgen milagrosa, esperando una señal. En sueños vio al Señor Jesucristo, de rostro radiante como mil diamantes, iba vestido con una capa de peregrino, y sobre su hombro derecho llevaba una pesada cruz y parecía avanzar con

trabajo. Sus pies desnudos iban cubiertos de sangre y sus rodillas flaqueaban a cada paso. —Señor, ¿dónde vais así? El Señor no dijo nada pero en su corazón fray Bernabé oyó una voz que respondía: A Jerusalén para ser crucificado. Sacado de su sueño por las patadas de los fieles que chocaban con él al pasar, fray Bernabé se levantó y, llorando, salió de la iglesia.

Volvió hacia Normandía, y por el camino decía a todos los hombres que encontraba: Vete a Jerusalén para ayudar al Señor a llevar la cruz. Su corazón ardía. Llevaremos todos juntos la cruz, entre sus manos pondremos nuestros cuerpos y nuestras almas. Iba

predicando por todos los pueblos, diciendo: Vengo a despertaros, olvidad vuestra vida, el Señor os llama, preparad sus caminos. Llegó a Rouen y allí se enteró de que sus amigos, bajo la dirección de un piadoso caballero llamado Gautier «Sin Hacienda», se habían ido al norte a predicar la cruzada. Él entonces se puso a predicar en las plazas de la ciudad, los ciudadanos lo escuchaban con alegría y querían seguirlo, pero decía: yo no soy más que una voz que grita, id a reuniros con Pedro o con Gautier. Después supo que el abad de su convento, habiendo sabido que estaba en el país, lo hacía buscar para detenerlo. Y envió al abad a

un clérigo amigo suyo, para que intercediera por él. El abad, hombre indulgente, al enterarse de que fray Bernabé se disponía a tomar la cruz, consintió en cerrar los ojos: ese fraile, dijo, tiene al diablo en el cuerpo, y hasta en la cárcel del convento nos crearía dificultades. Que nos deje en paz y se vaya. Pero exijo que deje el país hoy mismo. Así fue como fray Bernabé llegó a Arras donde hizo amistad con Baudry, el albañil, hombre piadoso y antiguo compañero de Pedro, como él. Y los dos se hicieron pescadores de cruzados en la región de Arras.

Fray Bernabé era querido por las gentes del grupo; era bueno y sencillo

con todo el mundo, no rechazaba a las mujeres y no las trataba de vasos impuros y de trampas de Satanás: aunque no tuviera aún cuarenta años, era, para las mujeres tan frío como un anciano. Sonreía a los niños y a las jóvenes; en las paradas, cuando se paseaba por el campamento, su larga barba castaña flotando sobre su pecho, las gentes dejaban de hablar y se volvían hacia él, no por temor, sino porque estaban contentos de verlo — ¡Miradlo qué hermoso es, un verdadero ángel del cielo! En realidad no lo era; llevaba un hábito antes negro, desteñido, sucio, tan gastado en las rodillas, por las nalgas y los hombros que faltaba poco

para ir indecente; tenía una cara huesuda y curtida, nariz grandes labios firmes; los ojos anchos, de color castaño desvaído, tenían una mirada recta y fija que hacía pensar en un halcón. Cuando sonreía, unos enormes dientes amarillos surgían de debajo de la maleza seca del mostacho y su rostro se volvía extrañamente amarillo. No le gustaba verse admirado: ¿Por qué parece que miran a las musarañas a mi paso? ¿Soy acaso un bufón de feria? Pero no soportaba no ser obedecido.

Había que ir al paso, con él. Si sorprendía a un hombre que pedía un trago de sopa a su vecino, montaba en cólera y cuando él gritaba se le oía de

lejos: ¿Quieres robar a tu hermano, hijo de Caín? ¡Él no ha recibido más que tú! Si oía el rumor de una disputa, allí acudía: ¡Apenas nos hemos puesto en marcha y ya volvéis a caer en vuestras mezquindades! ¡Malditos sean los que manchan la cruz que lleváis! Y la ira lo sacaba fuera de sí de tal forma que llegaba hasta golpear a los culpables. De esta manera, cuando había un pecado, cargaba con él.

Baudry, hombre más tranquilo, se lo reprochaba: ¿Con qué derecho golpeáis a un hermano y a un amigo? ¿Creéis que esas gentes no han recibido bastantes golpes en su vida?

—Hay golpes y golpes. Los míos no

pueden hacer daño, no tienen maldad. Si toleramos las disputas cuando todavía no hemos llegado al Escalda, veremos a nuestros hombres matarse en Alemania y en Hungría y ¿qué harán en Constantinopla? Y en Tierra Santa los veremos hechos peores que los paganos. Todos nuestros peregrinos no son corderos.

Era verdad: había en la tropa muchos pecadores arrepentidos. Los pendencieros, por una mirada por encima del hombro, levantaban el puño antes de pensarlo: no habían hecho más que eso toda su vida. —¡Amaestrad la fiera que lleváis en vosotros, que sois hijos de lobos, amaestradla día a día,



pues el Señor ha venido a buscar la oveja perdida, pero si se pierde más y más, puede acabar por cansarse! — Decid, fray Bernabé, ¿no es después de setenta veces cuando el Señor se cansa? —No, y ni siquiera setenta veces siete. ¡Y tened cuidado de que la fiera que lleváis dentro no os lleve tan lejos y a un lugar que el Señor no pueda encontraros más!

En el Escalda, la tropa de peregrinos contaba ya más de dos mil cabezas; pues se habían añadido gentes de Béthune, de Lens, de Beauvais y de Lille. Esperaban el paso del ejército del barón. Los peregrinos vieron desfilar a ese ejército por el camino, durante toda una mañana.

Iban allí los caballeros del conde de Boulogne, del conde de Béthune, del duque de Brabante, del obispo de Lieja, sin hablar de los señores de menos importancia. Al ver a este ejército los peregrinos se sentían humillados y hasta espantados: sabían muy bien que eran gente fuerte, pero nunca se habían imaginado una tal manera de hombres, de caballos, de carretas, de literas, de bueyes, de corderos... Al principio, parados en un cruce, en los prados al borde del camino, habían saludado con gritos de alegría las banderas del duque Godofredo que, jefe de aquel ejército, iba a la cabeza. Unos caballeros llevaban oriflamas en cruz, después iban

las banderas de Brabante, de Hainaut, de las Ardenas, y el duque cabalgaba con un gran manto verde y la frente ceñida con un bando de placas de plata, con sus cabellos rubios y su barba rubia flotando sobre sus hombros y sobre su pecho.

Era un hombre hermoso, alto, esbelto, de una prestancia verdaderamente real; su caballo era bayo, ancho de pecho y ricamente enjaezado, riendas, montura y estribos cubiertos de rodajas de plata y flecos de cuero rojo. Sus caballeros lo rodeaban y lo seguían, todos vestidos con mantos de lana de color, llevando dignamente sus largas barbas bien peinadas, haciendo

brillar al sol sus ricos cinturones y sus guantes bordados. Los escuderos avanzaban, llevando cada uno al lado de su montura el caballo de mano de pelo reluciente, las crines trenzadas; estos bonitos animales llevaban el hocico protegido por un bozal y los pies trabados, y se estremecían y temblaban con todo su cuerpo. Después venían los arqueros, llevando sus largos arcos levantados por encima del hombro derecho y el carcaj en el hombro izquierdo, todos iban al paso como un solo hombre y cantaban. Y viendo todo esto los peregrinos por primera vez en su vida se alegraban con la vista de los soldados: ¡qué hombres tan bellos, qué

animales tan bonitos, qué banderas tan bonitas! Y aclamaban a cada señor que pasaba, después se cansaron de aclamar, había demasiados verdaderamente, demasiados caballeros, demasiadas nobles damas a caballo y en litera, demasiadas banderas con flecos de oro, demasiadas carretas largas y grandes como casas, carretas de ruedas inmensas semejantes a ruedas de molino, arrastradas por seis u ocho bueyes, marcando surcos en el camino labrado por los cascos de los caballos.

Había en el aire un estruendo monótono, sordo, de pasos de caballos, de rechinamientos de ruedas, de voces de hombre, de mugidos; el cortejo

avanzaba, tranquilo, ni rápido ni lento, ni alegre ni triste (pues esas gentes estaban de viaje desde hacía varios días, la alegría y la tristeza de la marcha habían sido como colocadas en un arca y guardadas para otras ocasiones), apenas de vez en cuando un hombre joven gritaba: ¡Viva Dios! o ¡Salud amigos! ¡Dios lo quiere! O una mujer joven lanzando su halcón sobre algún pájaro reía de alegría.

Durante horas desfilaron por el camino, desbordando sobre los prados, aplastando los taludes; después del paso de los peregrinos valones, los de Arras se pusieron en fila, avanzando con trabajo por aquel camino que no era más

que tierra removida y batida, llena de surcos entrecruzados y sembrada de estiércol. Las mujeres empezaban a suspirar después de la parada. Parecía que el paso del ejército las hubiera cansado más que cinco horas de marcha. De todos lados en la muchedumbre entonaban cánticos, canciones de marcha, era difícil marchar al paso, era preciso saltar por encima de los surcos y los montones de boñigas, pero todo fue nivelado muy pronto y nuevos surcos se formaban, los corderos resbalaban en ellos, las cargas basculaban en el lomo de los asnos, los niños lloraban y reclamaban sopa.





## II

El ejército en marcha se extendía sobre una legua de camino y algunas veces se dividía para tomar dos caminos que llevaban al mismo lugar; entonces la gente de la región que viajaba en aquella estación del año se veía obligada a dejar sus carretas en un prado y esperar a que el convoy pasara; lo que duraba horas.

Marchaban a lo largo de los ríos y la circulación sobre ellos quedaba bloqueada por las innumerables barcas y

chalanas cargadas de ganado, de provisiones y de material de guerra. Marchaban por países cada vez más montañosos; de los dos lados de los valles se elevaban altas y largas colinas cubiertas de bosques o de viñedos, con castillos en sus cumbres; los bosques eran marrones y los campos negros, los prados amarillo grisáceo estaban llenos de cuervos. Bandadas de cigüeñas y de patos salvajes se iban a los países del sol y el cielo se llenaba con el batir de alas y de gritos. A veces las gentes del ejército lanzaban sus halcones, y había batallas en el cielo y llovía sangre. — ¿No temen a Dios esa gente, lanzando a sus aves de presa sobre esos pájaros?

¿Esos pájaros que son peregrinos como nosotros y se van a buscar el calor del otro lado de los mares? Otros decían: no, son prudentes, quieren economizar las provisiones y comer caza fresca cuando pueden encontrarla.

Las largas jornadas de marcha se parecían unas a otras y poco a poco se iban acostumbrando ya a no mirar los ríos, las montañas, las ciudades fortificadas, los castillos, los pueblos; al principio todo parecía nuevo, y al cabo de tres o cuatro semanas se daban cuenta de que, aparte la altura más o menos grande de las montañas, los países cristianos eran todos semejantes. Los árboles eran los mismos y perdían las

hojas de la misma manera, el cielo era el mismo, cubierto de nubes blancas o grises de donde la lluvia caía más a menudo de lo que se quería. En las noches claras la luna subía y bajaba, crecía y decrecía, siempre la misma, como si no hubieran avanzado doscientas leguas al este.

El gran cansancio de los primeros días había pasado, marchaban sin saber ya que iban marchando, se extrañaban al oír gritar la palabra alto. Los caballeros se paraban primero y los barones iban a alojarse a la ciudad más cercana; los soldados disponían su campamento, los peregrinos se instalaban como podían en los prados y entre los matorrales.

Encendían las hogueras. Cuando llovía había que improvisar pequeñas tiendas de campaña con toldos y horcas. Los viejos se quejaban, pues el frío y la lluvia les causaban dolores en las articulaciones.

Los peregrinos habían temido mucho el paso por Hungría, de tanto como les habían hablado de la crueldad de las gentes de este país. Los cruzados los vieron apenas, pues les decían que se mantuvieran separados de los pueblos. Los húngaros parecían no ser ni altos ni gordos, bastante morenos de piel y vestidos de tejidos bordados y chaquetas de cordero; si los turcos, como les decían, eran parecidos, no

sabían cómo podían ser tan terribles. — Los turcos, amigos, no son altos, pero cada uno tiene en el cuerpo la fuerza de tres hombres, pues sus hechiceros tienen el poder de atraer a ellos las almas de sus antepasados; y meten sus flechas en la sangre de un macho cabrío inmolado a Satanás: esas flechas son como seres vivos y saben llegar a su fin por sí mismas.

—¿Es verdad eso, caballero? El caballero Everardo se quedaba pensativo. —No lo sé, yo nunca vi flechas parecidas ni oí hablar de ningún sortilegio que tenga ese efecto. Puede ser que los turcos sean más fuertes que nosotros en brujería.

—¿Y cómo haremos nosotros si nos lanzan de esas flechas?, preguntaba Santiago. Lamberto dijo que probablemente invocando el nombre de Jesucristo se desharía con toda seguridad el sortilegio. El caballero meneó la cabeza. —En nuestros tiempos, dijo, ni siquiera el nombre de Jesucristo tiene la misma virtud que en los tiempos antiguos. Contra el poder de un hechicero hace falta una gran fuerza que sólo poseen los hombres santos o reliquias muy venerables.

—¿Tenéis vos reliquias en vuestra espada?, preguntó Santiago. —No, muchacho. Ni en mi espada ni en el cuello. Es un pecado grave comprar por

oro cosas santas, uno más grande comprarlas para utilizarlas como armas de muerte. Yo me atrevo a esperar que tal como soy, Dios me ayudará, si tuviera que levantar mi espada para defender a los pobres. Pues por mi propia defensa no la levantaré nunca más.

El caballero era un hombre tranquilo; por eso lo querían tanto. Hablaba despacio, con una voz siempre igual, su ancha sonrisa mostraba la bondad de su corazón más bien que su alegría. A los jóvenes les gustaba hablar con él. Conocía historias de caballería, relatos del tiempo de Carlomagno y de sus doce pares. Cuando montaba sobre



su caballo a los niños, les contaba esas historias para divertirlos, andando al lado del caballo que llevaba por la brida. Los jóvenes, curiosos de oírle, le seguían. Él no los miraba casi, prefería con mucho la compañía de los niños, y era para ellos para quienes hablaba, describiendo la gran barba blanca de Carlos, sus bellos jardines, las brillantes espadas de Rolando y de Olivier, llamadas Durandal y Hauteclaire.

—¿Entonces, le preguntó Santiago un día, es porque perdiste a tus hijos por lo que te gusta tanto estar con los niños?

El caballero se quedó pensativo un instante. —Los que yo perdí, dijo,

apenas los conocí: murieron muy pequeños y yo estaba siempre en campaña.

—¿Y es por eso, dijo Santiago, por lo que te entregaste a Jesucristo.

—No, no es por eso.

—¿Eras rico, en aquellos tiempos, caballero?

—No lo sé. ¿Quién es rico? Mira al duque Godofredo; él es muy rico pero al lado del rey de los griegos es muy pobre. Nadie es rico, ni siquiera el rey de los griegos, pues al lado del rey de Babilonia es muy pobre.

Santiago dijo: Escucha, caballero, tú te crees que te has convertido a Jesucristo, pero en verdad eres muy

digno: no te gusta mucho hablar de tus cosas.

—Puede ser que sí: ¿cómo quieres que un lobo se convierta en cordero? Debes saber que yo fui lobo entre los lobos, derramé sangre cristiana, quemé pueblos y robé el bien de los pobres creyéndome un hombre honrado. Estas son cosas mías. No son para vanagloriarme.

Sin embargo, fue a Santiago a quien el caballero contó un día su historia; estaban los dos arreglando una tienda para los enfermos, el caballero era muy hábil, con unos palos y pieles viejas podía inventar rápidamente un equipo para una tienda, y Santiago lo ayudaba.

—Tenían que darse prisa pues la lluvia se estaba convirtiendo en granizo. —Un zapatero, dijo Santiago, no hubiera manejado la lezna mejor que tú. —Tú nos tomas por ignorantes, dijo el caballero, y te equivocas: nos enseñan a hacer de todo cuando somos pequeños; y si yo no sé tejer, te garantizo que aprendería en dos días, si hiciera falta. —¡Ah! ¡Ah!, dijo Santiago, ¡te estás vanagloriando!

—Ni siquiera. Ajusta las davinias, ahora, y pásame el cabo de la cuerda. ¡Una lezna, tú lo dices! Sé hacer balsas y puentes suspendidos y escaleras de manos. No como un verdadero carpintero, pero en caso de necesidad

pueden aguantar.

—Tú debías ser, dijo Santiago con respeto, un caballero muy bueno.

La tienda estaba montada, sólo quedaba tensar las cuerdas en los piquetes —cuatro hombres se atareaban en ello, tiritando de frío, la espalda batida por el granizo— ¡Eh, Dios nos ayuda, ya está la tienda levantada, traed a los enfermos! ¿Se ha visto alguna vez granizar tanto tiempo? Los enfermeros chapoteaban en una espesa capa de granizo, transportando a los enfermos envueltos en telas de sacos. Santiago, viendo al caballero Everardo sin sombrero, le tendió su capa. —Toma esto, yo soy más joven que tú. —Bueno,

repartámosla, dijo el caballero. Los granizos no eran gordos pero hacían daño al fin y al cabo. Bajo la capa se sentían menos. Los dos hombres reían y se movían, mezclando sus cabelleras chorreando. —¿Es cierto, dijo Santiago, que en Tierra Santa no hay invierno? — Eso dicen. Dicen que los árboles allí están siempre verdes. —¿Es cierto, preguntó una vez más Santiago al cabo de un rato, que tú mataste a hombres? — ¿Por qué? —Porque no lo parece.

—Maté, dijo Everardo, en batallas, pero nunca supe si verdaderamente quería matar.

—¿Cómo!, ¿que nunca lo supiste?

—Nunca lo supe. En esos momentos,

no se piensa, se golpea. ¿Crees que es difícil? Es más fácil que clavar un piquete de una tienda de campaña.

—¿Y después te arrepentiste y por eso te convertiste?

—No. Fue Pedro. Había venido a predicar a Nogent, donde yo había ido para un torneo. Aquel día, había ganado yo cinco marcos de plata, pues había desarmado a dos hombres. Después del torneo fui a oír el sermón, como todo el mundo. Y Pedro, cuando nos vio a los caballeros, empezó a exhortarnos: ¡renunciad a ese oficio que pierde los cuerpos y las almas, vosotros que hacéis gloria de vuestra vergüenza! ¡Jamás un homicida entrará en el reino de los

cielos y todavía menos un hombre que, como un buitre, se aprovecha del homicidio y de la miseria de los pobres! Total que habló tanto y tan bien que revolvió mi corazón, después de que terminó el sermón que hacia él, me postré y le pregunté: Hombre de Dios, ¿qué tengo que hacer?

Él me miró y me dijo: ¿Llevas dinero? —Sí, le dije, cinco marcos. — Dámelos. Se los di. Entonces me dijo: Si eres sincero, vende todo lo que posees para darlo a los pobres. ¿En cuánto valoras tus bienes? Lo pensé y dije: Vendiendo todo por lo que vale y teniendo en cuenta los derechos de mis Hermanos, podría sacar cincuenta



marcos de plata. —Está bien, me dijo, de aquí a un mes, ven a verme y tráeme cincuenta marcos de plata. Después se puso a hablar con otros, pues imagínate que atraía a las gentes como la miel a las moscas, ¡sin sus guardaespaldas le hubieran arrancado sus vestiduras y los pelos de la barba!

Entonces volví a casa, conté lo que pasó a mis hermanos y a mis amigos; lo que podía vender, lo vendí entre unos y otros, arrendé mis tierras a la abadía, regateé tan bien que llegué cerca de los sesenta marcos. Pero el plazo había pasado y Pedro no estaba ya en la región, predicaba por la parte de Rouen. Entonces cogí el dinero y el único

caballo que me quedaba, recorrí los caminos en busca de Pedro, llegué a Rouen, allí me dijeron que, con toda su comunidad, había salido por el camino de Coutances. Lo alcancé en una parada y dije que lo quería ver. Me llevaron a su tienda y le dije: Llego con tres días de retraso, no pude encontraros antes. Él me dijo: ¿Quién eres tú y qué quieres?

Yo le dije: Soy el caballero a quien pedisteis cincuenta marcos en Nogent. Entonces me miró y su rostro se volvió luminoso como el sol. —Estás en el buen camino, me dijo, quédate con nosotros. Nos ayudarás en nuestro trabajo. Durante tres años lo seguí, ocupándome del traslado de los

enfermos y del abastecimiento. Así es como conocí a fray Bernabé y a otros hombres entregados a Jesucristo. Después, un día Pedro me dijo: Los carreteros no tejen la tela y los alfareros no hierran los caballos. —¿Cómo, le dije, yo soy impropio para el trabajo que me habéis confiado? Pedro me dio dinero y me dijo que me comprara un caballo, armas y un equipo.

Está llegando el tiempo, me dijo, en que habrá que defender a los pobres, y tú servirás al Señor en el estado en que te hizo nacer. Esto me entristeció, pues en aquel tiempo ya se hablaba de cruzada. Pedro me dijo que por el camino de Jerusalén tales peligros

amenazaban a los peregrinos, que sin escolta armada perecerían con toda seguridad; que se trataba de armar a una caballería pacífica, que pudiera seguir a los pobres y ayudarles en caso de necesidad. Lleva tu arma, me dijo, como Jesucristo llevó la cruz. Que lo que era tu vergüenza se convierta en un medio de salvación para tus hermanos. Yo hice lo que me dijo. Pero él no quiso que fuera con él, pues en su tropa había varios caballeros que estaban celosos de mí, no por vanidad sino por celo en servirlo. Y me dijo que me reuniera con el grupo de los tejedores de Arras, en el que iba Baudry. El resto de la historia, ya lo conoces.

—...¿Y antes, dijo Santiago, y antes?  
¿Tenías una mujer, cuando eras joven?

—Tenía una mujer. Me preguntas eso porque tú piensas en la tuya.

—Debía ser muy bella, dijo Santiago.

—No, ni siquiera. Piensa en la tuya, vaya.

Todo el mundo sabía que Santiago estaba enamorado. Pero nadie lo envidiaba, su dicha era una de esas suertes que corren el riesgo de atraer la desgracia sobre un hombre.

Para evitar complicaciones no dejaban salir a nadie de los campamentos. En cuanto veían un pueblo, los jefes pasaban lista a todos

los hombres; en cuanto veían llegar a peregrinos del país o a otros viajeros, las filas se estrechaban, llevaban las carretas hacia los taludes y dejaban pasar a esas gentes sin decir nada, pues ¿quién sabe? a lo mejor un simple saludo como: «Que Dios os bendiga», esos húngaros ignorantes lo hubieran tomado por insulto, ¡pues su lengua es tan rara! Incluso a los niños se les prohibía reír en alto a la vista de esos extranjeros. —Debéis de saber, buenas gentes, que el duque Godofredo ha comprometido su honor y ha enviado al rey de Hungría a su propio hermano como rehén, ya veis que no es desleal con vosotros: ¡que no haya ni pillaje ni

merodeo y no hagamos daño a otros peregrinos que se pongan en camino después de nosotros!

Tanto más cuanto que casi no quedaban ya provisiones. Los barones compraban animales en las ciudades, cuando querían vendérselos. Los peregrinos ya no tenían ni un solo cordero, ni una sola gallina e imposible comprar en las casas particulares; había que dirigirse a la intendencia del ejército y allí respondían: Ya está todo vendido en diez leguas a la redonda, tened paciencia hasta Bosna, que es tierra del rey de los griegos, le hemos escrito y nos envía cargamento de víveres de Belgrado. Pero ni fray

Bernabé ni el caballero Everardo sabían dónde estaba Belgrado.

En noviembre, el grupo de Arras había tenido la baja de dos ancianos que habían cogido frío; habían muerto de mala tos y de fiebre. Las tumbas las cavaron a toda prisa durante la noche, no había que entretenerse en las paradas. El cura del arrabal, el padre Aimery, cantó la misa de difuntos y todos los peregrinos, incluso los niños, se habían reunido cantando y llorando. ¡Adiós nuestros primeros mártires, vuestras almas nos acompañan en el camino, abandonamos vuestros cuerpos en tierra extraña, que Dios os resucite muy pronto! ¡No son los paganos los que os



mataron, sino la lluvia, el frío y el viento de una tierra mala, adiós mártires del frío y de los malos caminos, que Dios os devuelva vuestros cuerpos hermosos y frescos como eran en vuestra juventud!

María conocía mucho a uno de los muertos, por eso lloraba y se lamentaba mucho ante su tumba: ¡Ay, tío Guillermo, se ha roto vuestro hilo, se ha cortado vuestra trama! ¡Ay, tío Guillermo, nunca hubo un hombre que tejiera tan fino! ¡Ay, tío Guillermo, qué hermosa pieza tejisteis en honor de Jesucristo, qué hermoso tejido de oración y de sufrimiento extendisteis a los pies de Jesucristo!... María se golpeaba las

mejillas y la frente, y también Isabel la de la Perrina y Juan Miguel, que eran de la misma calle, y repetían las lamentaciones. Fray Bernabé les dijo: ¿Es conveniente llevar por los mártires el mismo luto que por los hombres muertos en el pecado? Alegraos, vuestro Guillermo ha dado todo lo que poseía. Su alma viene con nosotros a Jerusalén.

María miraba a fray Bernabé con los ojos brillantes: ¡Oh, qué bien habláis, hermano! ¡Guardaremos en todas las comidas la parte del tío Guillermo, le dejaremos sitio en la fila para que su alma venga con nosotros!

Los sacerdotes decían que las almas de los mártires son la riqueza más

grande de los peregrinos. Para enriquecerse con esas riquezas hubieran bastado algunas tempestades de nieve y sopas muy claras, y a decir verdad ni los hombres ni los jefes lo deseaban, querían retrasar lo más posible el tener que cantar: ¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu agujón? —Hermano, ¿cómo seremos en Jerusalén? —Según nuestra fe Dios nos juzgará: iluminará los ojos de nuestra alma y nuestra alma iluminará nuestros cuerpos. —¿Nunca más tendremos hambre, pregunta María, nunca más tendremos sueño?

—Hija mía, ¿crees tú que Dios nos llama a una buena vida como la conocen los ricos, que no tienen nunca hambre y

duermen tanto como les place? Esos bienes son grandes, en verdad, pero solamente para aquel que está privado de ellos. A nosotros Dios nos llama a Él de tal manera que el hambre se convertirá en una completa alegría y el dolor en una inefable delicia.

María lo comprendía; con frecuencia el hambre y el cansancio la hacían cantar. Echaba de menos a sus padres y a veces soñaba por la noche con devanaderas y madejas de hilo. Pero esto era una alegría más: descubría el placer de imaginarse a su padre y a su madre, y a Benito y a sus amigas, y ella pensaba que Dios le enviaba esas imágenes. Incluso cuando pasaba frío le

gustaba mirar las montañas azules, blancas y negras, y la apagada luz de plomo de los ríos extranjeros, y el vuelo de los cuervos en el cielo blanco; el ancho camino helado cubierto de boñigas seguía siendo el mismo bajo sus pies y, cuando por casualidad veía a lo lejos, delante o detrás de ella, ese camino bordeado de colinas, de campos o de rocas, y cubierto de una larga cinta moviente donde se balanceaban los estandartes, ese camino interminable la hacía pensar en el gran río de las almas que corre hacia el Paraíso.

Pensaba también que el niño que esperaba tardaba demasiado en manifestarse por cualquier signo ¡y ella

que esperaba llegar a Jerusalén con un niño pequeño en brazos! Ella y Santiago hacían sin embargo lo necesario para que el niño llegara, pero tal vez ¿era demasiado joven? Quince años, pero las chicas que trabajaban desde la infancia maduran lentamente... Amaba tanto a Santiago que todas las noches le prometía que iba a quedar embarazada. ¡Oh, Santiago, Santiago, tengo el Paraíso en mí, me muero de alegría, quiero darte veinte hijos todos tan hermosos como soles! María pensaba que Santiago era demasiado guapo para ella, afortunadamente que en el campamento no había muchas chicas jóvenes solteras, si no ella hubiera tenido celos.

Era más bien él quien debiera estar celoso, pues entre los peregrinos había por lo menos tres veces más de hombres que de mujeres. Los hombres de Arras no andaban casi alrededor de las mujeres casadas, pero si por casualidad un peregrino de otro país o un soldado iba con ellos, había que tener cuidado. Siempre la misma historia. ¡Caramba! ¡Con ésa sí que se ganaría de buena gana el paraíso!, o: ¡Ésa, si los turcos nos la cogen, será sultana! o: ¡Tápate la cara, no somos de piedra! Las compañeras de María decían: ¿Qué es lo que les das? ¿No serás hada, por casualidad? —¿Yo? ¡Yo no he visto un hada en mi vida! ¿Habéis visto vosotras a las hadas andar

por los arrabales? ¿Con el ruido de los telares día y noche? María, por una suerte que agradecía a Dios, era respetada, otras lo eran menos. Incluso Isabel la de la Perrina, que se había casado con su Lamberto dos días después de haberse puesto en camino, debía dar un par de tortas a los hombres por lo menos una vez al día: ¿Crees, muchacho, que no te esperamos más que a ti? ¡Ya verás como se lo diga a Lamberto, ya verás como no tendrá miedo de sus padres! Ella no se lo decía, todos tenían demasiado miedo de las peleas, las mujeres más que los hombres.

Un día hubo una pelea y como



consecuencia aparecieron varias novedades extrañas entre los peregrinos de Arras. Elías el Picoso, un tejedor de los talleres del obispado, tenía una hija pequeña, bastante tonta, Marina; era una niña de doce años, rubia y sonrosada, que corría por todas partes, con su vestido viejo de hacía dos inviernos, tan corto y tan estrecho que enseñaba las pantorrillas y se le abría por los pechos. La Corneja le había dado otro vestido, pero a la Marina no le gustaba y se ponía todos los días su viejo guiñapo cosido por su madre. Y por supuesto, con eso no buscaba más que su desgracia: un cierto Guillermo, un batanero de treinta años, viudo, a fuerza

de mirarla y de calentarse la sangre pensando en ella, terminó por perder la cabeza. Una noche se metió en la carreta en que dormía la niña, le amordazó la boca y se la llevó, y se acostó con ella sobre las cenizas tibias del fuego del campamento. Ella, como una imbécil que era, una vez terminada la cosa, se escapó, se quitó la mordaza y corrió chillando a buscar a su padre.

Elías el Picoso, viéndola en el estado en que estaba, ensangrentada y embadurnada de ceniza y sollozando, fue a buscar su navaja y se puso a perseguir a Guillermo por todo el campamento. En medio de la noche, cuando no había más que una sola hoguera encendida. Se

pelearon y como Guillermo no tenía cuchillo resultó herido en la cara y en un brazo, y seguramente hubiera dejado su vida allí si no les hubieran separado.

Los dos fueron conducidos a la tienda de Baudry; fray Bernabé, el caballero y la Corneja estaban también allí, con prisas de arreglar el asunto, pues ya las gentes de Arras y de Béthune estaban levantadas. Fray Bernabé dio unos puñetazos a Elías el Picoso para calmarlo. ¿Os habéis vuelto locos, hijos de Satanás? Elías jadeaba y escupía al mismo tiempo que recobraba la respiración y montaba en cólera: ¡Dejadme que le corte la nariz y las orejas, devolvedme el cuchillo!

Explicaron el asunto a Baudry. Guillermo estaba allí, medio desnudo y tiritando, atado con la chaqueta desgarrada; los hombres que lo sujetaban debían separar a las mujeres pues había varias que daban vueltas alrededor de la tienda gritando: ¡Muera! ¡Que lo cuelguen! —¡Es a vosotras a quienes hay que gritar muera, perras!, les gritó fray Bernabé. ¿Quién tiene la culpa de su pecado, sino la naturaleza femenina?

—Tú, Elías el Picoso, perdona, dijo Baudry. Ya has vertido la sangre de este hombre, y los dos sois peregrinos. Se casará con tu hija y el pecado será borrado por Dios. Elías juraba que

ahogaría antes a su hija en el Danubio. —¿Será que él te ha pedido ya a tu hija y que tú se la has negado? —Ese ladrón no me ha pedido nada. Ahora, si ella quiere casarse con él, la ahogaré en el Danubio.

Los hombres y las mujeres reunidos alrededor de la tienda gritaban: ¡A juicio, Baudry! ¡A juicio! ¡Juzguémoslo nosotros mismos! Pues nadie tenía ganas de ir a quejarse a las gentes del ejército.

Baudry dijo: Yo no colgaré a un hermano cruzado. Le ataremos de brazos y le haremos hacer arrastrar una carreta hasta Constantinopla; pero que nadie le haga daño.

Elías y sus amigos decían que este

juicio no era justo; que ellos no habían tomado la cruz para que sus jefes dejaran deshonorar a sus hijas. Pero en el grupo había varios bataneros que se habían puesto de parte de Guillermo; y a ellos se habían unido los bataneros picardos. Decían que no había derecho, decían que los tejedores aquí como en todas partes se quedaban con la mejor parte, que el Picoso hubiera vigilado mejor a su hija. Y que por un pecado tan natural nadie debía ser condenado a muerte. Los tejedores les gritaban: ¡Venga, dadnos vuestras hijas y vuestras mujeres!, ¿creéis que estamos todos casados?

La Corneja cogió de la mano a la

Marina, que unas mujeres habían lavado a toda prisa, y que temblaba y se mordía los brazos para no llorar en alto. —Es a ella a quien hay que preguntar lo que piensa, ¿es un saco de harina? —Bueno, hija mía, dijo Baudry, ¿quieres casarte con Guillermo? La niña se puso a chillar de miedo.

Los jefes estaban fastidiados, pues algo de razón había en lo que decían los bataneros. Incluso casando a todas las chicas y a todas las viudas, siempre quedarían demasiados hombres solos. Uno de los bataneros lanzó: ¡Lleváis con vosotros a mujeres públicas y las hacéis vigilar por monjas! —¡Vergüenza os debía de dar!, gritó fray Bernabé, ¿sois

capaces de ofender así a vuestras hermanas cruzadas? Ellas se han arrepentido. —Así que, dijo el Picoso, ¿es mejor dejar que nos lleven a nuestras hijas? Y todos hablaban y gritaban a la vez, de tal manera que ni Baudry ni fray Bernabé lograban hacerse entender.

Entonces Alix la de los Treinta Escudos se adelantó, separando a la multitud, y fue a ponerse al lado de Baudry. —¡Escuchadme, buenos peregrinos, gritó, yo os pondré a todos de acuerdo! ¡Que no se diga que fingimos guardar un bien que hemos perdido y que dejamos despojar a las que lo poseen! Yo y mis compañeras,



Arlette y Honorata, hacemos voto de ser las mujeres de los que no tienen mujer durante todo el viaje. ¡Y que nadie de entre vosotros vuelva a mirar a las vírgenes inocentes y a las mujeres respetables, y que no haya ya más odio entre vosotros ni se vuelva a verter más sangre por este motivo que viene de la manera de ser de vuestra naturaleza! ¡Todos, todos deberíais llorar de piedad y de vergüenza, viendo la ofensa que se ha hecho a una pobre niña!

Pero yo os garantizo que soy la mujer más bella de Arras y no tengo todavía veintitrés años. Y mis amigas son jóvenes también. Por lo menos no corréis el peligro de matar nuestras

almas: lo que habíamos hecho por dinero lo haremos gratis, sin pedir nada más que el perdón de Dios.

Todo el mundo se había callado para escucharla, y después de que terminó el discurso hubo un silencio bastante largo, pues es justo decir que hasta los hombres más estúpidos tenían vergüenza, incluso los que pensaban: Ésta es una buena noticia.

Baudry dijo: Yo no quiero tolerar tales cosas. Tú tomaste la cruz. —Bueno ¿y qué?, dijo Alix. Yo soy una mujer libre. ¿No has dicho tú que había que perdonar a ese pobre batanero que ha hecho una cosa abominable? En Jerusalén Dios nos perdonará todo.

Fray Bernabé ordenó a todo el mundo que volvieran a acostarse, y dijo que Guillermo no sería condenado a muerte, sino castigado, y que decidirían todo en la parada del día siguiente. Y Baudry llevó a Alix la de los Treinta Escudos a su tienda, para hacerle serios reproches. —¿Hay alguna ventaja, dijo, en cambiar la lepra por la peste? ¿Se puede provocar de esa manera a la corrupción a unos peregrinos cruzados? —Peor sería, dijo Alix, ver a los peregrinos matarse entre ellos por sus mujeres y sus hijas.

—No eres más que una perra, que tomaste la cruz para poder entregarte mejor al demonio de la lujuria.

Ella lo miró a la cara con sus largos ojos claros. —Venga, insúltame otra vez, Baudry. Él enrojeció y se encogió de hombros. —No tengo por qué insultarte, no me eres nada. Es por tu salvación por lo que te hablo.

Ella rió, con una risilla breve y amarga. —Baudry, tú conoces mal a las mujeres, dijo. ¿Tú crees que se puede inventar una penitencia peor, para una mujer como yo, que darme gratis a unos bribones? ¡Si hay que hacer penitencia, que la haga hasta el final y que pague el precio total por mis pecados!

Ella se calló y Baudry la miraba, el corazón le latía con fuerza, no sabía qué decir. Ella suspiró: No, créeme, es

mejor así. En la parada del día siguiente Alix y sus dos compañeras fueron a la tienda de los herreros con unos diez muchachos y jóvenes viudos y allí, a falta de bebidas, hubo canciones ligeras y risas. Alix hubiera devuelto la alegría a un padre del desierto. —¡Haremos fiesta todos los lunes, amigos, decía, y todos los jueves nos emborracharemos con esta buena agua del Danubio! ¡A todos os haré ganar un marco de plata o un escudo de oro según el humor que tenga, pues sabed que ése era mi precio, y a algunos pedía todavía más!

¡Pero todos vosotros me gustáis tanto, corderos míos, que seréis los primeros muchachos que me poseáis sin

darme nada, contad todos los escudos que ahorrareis! Los muchachos reían y se disputaban para ver quién sería el primero. Alix reía: ¡No seáis tontos, no habrá ni primeros ni últimos entre nosotros! Todos seréis bien servidos, echemos a suertes. Hablaba con una voz suave y cascada, como si el agua del Danubio la hubiera emborrachado verdaderamente; los hombres le preguntaban qué brebaje de bruja tenía en su copa. —Una buena puta, muchachos, debe parecer borracha cuando no lo está y no parecerlo cuando lo está. ¡Lo que me emborracha es la alegría, corderos míos, de estar con vosotros, hermanos míos y raza mía, de

volver a estar con vosotros, yo hija del arrabal, después de haberme acostado durante tanto tiempo en la cama de los que no tienen nunca hambre! ¡Bebamos y alegrémonos, mis pequeños sementales blancos, mis bonitos escudos de oro que sois vosotros! ¡Hoy no rechazo a nadie, venga, abrazaros, todos sois hermanos y amigos! Estaba diciendo tantas locuras que los hombres empezaban a sentirse borrachos también, como si hubieran bebido vino.

Alix, para hacerles reír, imitaba el canto del gallo y del ruiseñor, después se erguía y cruzaba los brazos, e imitaba la voz del contramaestre de los telares del obispado (pues el tío Malaboca era

de ese taller), y era un hombre al que todo el mundo detestaba pues siempre se las arreglaba para decir que el trabajo estaba mal hecho y pagar menos del precio convenido. Y Alix lo imitaba tan bien que, de repente, hasta se le parecía en la cara. Imitaba tan bien su manera de hablar que los chicos se morían de risa. —¡Oh, hijos míos, decía ella, nunca más volveremos a conocer esas cosas! ¡Dios nos ha librado de ellas, se acabaron las noches de trabajo, las telas estropeadas, la baja de precios! ¡Festejemos eso, corderos míos lobos míos, no hay patronos en Jerusalén, salvo Jesucristo que será nuestro patrón! Estaba borracha, desde luego, y contenta, y con



todos los hombres que se llevaba a la antigua carreta de gallinas fue tan feliz como una mujer que recibe a su amante.

Al día siguiente estaba tan cansada que casi se caía de sueño andando. Las otras dos chicas de buena voluntad iban a su lado y lloraban de cansancio y de tristeza. —Ah, Dios, Alix, qué mala cosa hemos hecho. Ya verás cómo perderemos nuestros cuerpos y nuestras almas. Alix bostezaba y vacilaba. Ahora mismo daría yo mi cuerpo y mi alma por un vaso de vino. ¡Ah! que Dios os bendiga, palomas mías, hace ya tres años que no he trabajado tanto. Desde la gran feria de Gante. Ocho escudos de plata en una sola noche. Caballeros que

volvían del torneo. Honorata le dijo: Cuando dejes de vanagloriarte oiremos cantar a los caballos.

—Honorata, mi pequeña codorniz, es preciso que me vanaglorie puesto que otra vez hago mi oficio. Ocho escudos de plata y una sortija de esmeraldas. El vino, por ejemplo, era yo quien lo pagaba, ¡pero te aseguro que era bueno!

Hasta aquel día las jóvenes arrepentidas habían estado aparte, las dos monjas que las acompañaban eran mujeres viejas pero fuertes, armadas con bastones gordos; las tres jóvenes locas que abandonaron el grupo tuvieron que seguir el camino con las demás mujeres, pues de miedo al mal ejemplo las

monjas las trataron como si tuvieran la peste. Por eso las pecadoras de buena voluntad pidieron el favor de reunirse con las mujeres honestas, que no les hicieron un recibimiento demasiado malo. Alix era valiente y nada orgullosa, si no hubiera sido por su lenguaje un poco demasiado florido la hubieran tomado por una mujer buena y honesta.

La belleza de Alix la de los Treinta Escudos era tan conocida en todo Arras que los pobres la disculpaban y los ricos la respetaban, una mujer así, decían, está hecha para alegría de muchos hombres más bien que de uno solo, que se aproveche mientras es joven. Había nacido en el arrabal, y el

tío Malaboca, siervo del obispado, como lo tenían por un mal tejedor, estaba la mayor parte del tiempo parado; su mujer había muerto joven, y Alix aprendió a montar la cadena a los doce años. Pero, cansada de soportar los malos tratos y el hambre, se fue detrás de la primera alcahueta que llegó y, como no era tonta, se instaló en una buena casa, donde las chicas recibían la buena educación necesaria: las educaban para el placer de la gente rica y varias de ellas terminaron honorablemente siendo las concubinas de canónigos o caballeros. Señores que iban de paso y mercaderes de más allá de los mares ofrecían por Alix un buen

precio, pero como les hacía ganar mucho dinero sus patrones no querían cederla. En secreto, ella se hacía pagar el doble y escondía el dinero, así un buen día se escapó de la casa, alquiló los servicios de una vieja mujer hábil e instruida, se compró una casa en el barrio de los orfebres y trabajó por cuenta propia. Tenía dos criados altos y fuertes y una caja fuerte empotrada en la pared, con una cerradura secreta. Estaba ávida de dinero, pues el amor no lo había conocido nunca. Tan ardiente era su sed por el dinero y por todos los placeres que él procura que el hombre más hermoso del mundo no la hubiera hecho volverse en la calle. Iba vestida

mejor que las damas nobles y cuando aparecía en los torneos, sentada en las tribunas de los burgueses, había que advertírsele —por miedo a un escándalo— a los combatientes participantes de las otras provincias, para que no le presentaran sus homenajes creyéndola mujer de algún notable. Y los caballeros provincianos y extranjeros, así advertidos, no se lo hacían decir dos veces y enviaban un mensajero a su alcahueta.

Alix exigía su salario de antemano, pero nunca hacía trampas lo que le valió ganarse una buena reputación. Contaban que una vez —cuando era todavía principiante— la mujer del preboste, a

la que su marido arruinaba a causa de Alix, obtuvo un juicio contra ella y consiguió que fuera azotada en la plaza de la iglesia por desorden público. Un mes más tarde Alix le enviaba como regalo un collar de turquesas, mandándole decir que bien se merecía ese regalo consecuencia de aquel castigo. La mujer del preboste no pudo hacer nada, Alix estaba protegida por el primer clérigo del obispado. Un día el mismo obispo la hizo citar en privado, pues personas malintencionadas la habían acusado de atraer a los hombres por medio de hechizos. Alix se presentó delante del obispo llevando un gran ramo de flores: lilas, espinos, hierbas

doncella, claveles, arreglado todo con arte, de tal forma que el señor obispo y sus clérigos experimentaron un vivo placer y alabaron el ramo. Alix preguntó respetuosamente al obispo si él creía que esas flores eran creadas por Dios o si había que hacer caso a ciertos herejes que dicen ser la obra del diablo. —Pues yo, dijo, juro por la cruz que no tengo ningún otro comercio con el diablo a no ser mi cara que parece bella a los hombres. Lo que mis enemigos dicen brujería es en realidad la obra de Dios. A lo que el buen obispo respondió que de esta obra de Dios ella hacía un mal uso. Pero Alix se puso a citarle el caso de Rahab que por caridad albergó en su



casa a los israelitas, y de Tamar que se disfrazó de prostituta para tener un hijo de su padrastro Judá y así fue una antepasada de Jesucristo, y santa María Magdalena y santa María Egipcíaca; y aseguró que ella no era impía y quería donar a los pobres del obispado de Arras treinta escudos. Total, el obispo la dejó ir haciendo votos por su arrepentimiento y desde aquel día en todas partes empezaron a llamarla Alix la de los Treinta Escudos. Pues ella los donó realmente y no ocultó en absoluto el secreto de esta rica limosna. Entonces no tenía más que diecinueve años y se enorgullecía de ser ya una mujer rica.

La codicia había endurecido su

corazón, tenía muchos amigos entre sus ricos amantes y no iba casi nunca al arrabal a ver a su padre —el dinero se lo mandaba por uno de sus criados—. No porque despreciara a los suyos, los seguía queriendo, pero no tenía mucho tiempo que perder en visitas. No se lo tenían mucho en cuenta: si una muchacha del arrabal es bastante bonita y bastante lista para hacer fortuna, es normal que sea engreída.

Pero el día en que, oyendo el sermón de Pedro, se convirtió y comprendió sus errores, cambió de corazón, y prometió y juró nunca más hacer dinero a costa de los pobres. El cura, temiendo que este arrepentimiento no fuera sino un fuego

de paja, la disuadió de ponerse en camino con Pedro y le dijo que esperara la salida de las tropas de los barones. La gente contaba que, mientras esperaban la salida, se había ejercitado en no beber más vino y en caminar, pues había perdido por completo la costumbre. Sus compañeras, desde el principio de la peregrinación, pudieron ver que no era nada blanducha. No era gorda, pero era robusta y se vanagloriaba de ser tan fuerte como un hombre. ¿De qué no se jactaba? Ella era experta en cetrería, sabía incluso tensar un arco. ¿Os enseñaban eso también en tu casa? —No, pero unos donceles que la habían llevado a una fiesta, en un

castillo, cerca de Lille..., después ella los había desafiado para ver cuál le serviría de diana, con una cabeza de zorro atada al sombrero. —De milagro, no maté a nadie. ¡Pero qué miedo tenían! ¡Alix había conocido mucho mundo, siempre tenía cosas que contar, nadie se aburría con ella!

Incluso las dos monjas le habían cogido cariño, pues era dulce y sencilla, llevaba la capucha puesta hacia la cara, ayunaba, rezaba con fervor, total que podían ponerla de modelo a todas las jóvenes arrepentidas. Pero el día en que, arrastrada por la piedad, había cambiado de conducta, las monjas la trataron de trampa de Satanás y de perra

hedionda. Alix saludó humildemente a las dos buenas hermanas y les dio las gracias por sus buenas palabras, después fue a implorar la caridad de las mujeres casadas.

Por un milagro de Dios, no había demasiadas peleas entre estas mujeres, a pesar de que todas no eran del mismo barrio ni del mismo telar. La cruz que llevaban sobre el hombro las protegía, llevaban con paciencia el cansancio y se ayudaban mutuamente de buena gana; no debemos dar pie, decían, a que las mujeres ricas del ejército se burlen de nosotras. Por eso, cuando un niño se peleaba con los otros, su madre lo calmaba con un par de tortas, diciendo:

¡verás como Jesucristo no te deja entrar en su casa! Los niños no sabían muy bien dónde estaba Jesucristo, pues tanto les decían que iba delante de ellos que unos tomaban por Jesucristo a fray Bernabé, otros al duque Godofredo, los más listos se lo imaginaban como un hombre invisible cabalgando a la cabeza del ejército; pero todos creían que iba con ellos y los veía.

Las mujeres en cambio pensaban en la sopa de la noche, en los vestidos que se usaban y en las manitas que se cortaban con el frío. ¡Qué país tan duro y tan pobre, nunca en el nuestro hemos visto inviernos como éste, ni tanta nieve ni tanto hielo! Alix la de los Treinta

Escudos se esforzaba en ser útil, ofreciéndose para llevar en brazos a los niños que gritaban mucho y que no se podía dejar en la carreta. —Es una pena, decían las mujeres, que seas tan hermosa. Y no lo decían por envidia; pero la belleza de esa muchacha estaba fuera de lugar, como una flor de oro tejida en medio de una tela gruesa y ordinaria. Y por mucho que Alix quisiera renunciar a sus adornos, siempre le quedaba la delicadeza de la mujer que, durante diez años, se había bañado todos los días y nunca le había faltado pan. Por la noche, cuando las mujeres se despiojaban unas a otras alrededor de la hoguera y despiojaban a

sus hombres, Alix escondía su cabellera rubia, no podía quitarse el pañuelo sin ser acusada de presunción.

Alix hizo amistad con María porque María era hermosa; eso les ayudaba a comprenderse. María era casi una niña, muy ignorante, pero segura de sí misma, y era eso lo que le gustaba a Alix. —Si Dios te hubiera hecho nacer antes, te hubiera escogido para ser la Santísima Virgen. María, no comprendiendo la broma, se enfadaba: —¡No blasfemes, Dios te secará la lengua! Y pensaba que Alix era una mujer mala, pero la quería a pesar de todo: ¿es posible seguir estando tan hermosa vestida con un sencillo vestido de peregrina? Sólo con



ver sus ojos de color de agua clara brillar como el cristal, el corazón saltaba de alegría y de tristeza a la vez. —Alix, en Jerusalén, ¿te meterás monja en un convento?

—No lo sé. Tal vez ya no habrá necesidad de conventos y todo el mundo vivirá como los santos.

—Tú irás a una ermita del desierto y te harás como santa María Egipciaca.

—A lo mejor sí, dijo Alix suspirando. ¡Ojalá fuera verdad lo que dices, paloma de Dios! No para hacerme santa, no creas, no soy jactanciosa hasta ese punto, sino para hacer la misma penitencia, sola en el desierto con el Señor. Al verme, nadie creería que

tengo ese deseo, ¿cómo lo adivinaste?

—Santa María Egipcíaca debía ser como tú.

Alix, soñadora, miraba para el fuego. —En nuestro tiempo, sabes, la gente no cree ya en nada, por eso hay que ir a Jerusalén. Yo me decía: yo, Alix Malaboca, del obispado de Arras, hija de tejedor y de mujer perdida, ¿por qué Dios haría un milagro por mí? Y sin embargo ha hecho el milagro por cien mil almas y aún más, nos llama a todos a Él. Y yo, para distraer a los pobres chicos, hago la loca dos días a la semana, y todos dicen que es un pecado, y para mí eso es como si les diera los buenos días o las buenas noches. Ni

siquiera me impide rezar.

—¡Qué hundida debes estar en el pecado! Sabes, sería mejor que te arrepintieras otra vez. Si no me dará vergüenza hablar contigo. Yo estoy casada delante de Dios y ¡quizá llevo a un hijo en mi vientre!

Alix se había callado y tendía hacia el fuego sus largas manos agrietadas pero bellas. Había tenido dos niñas, que habían muerto en casa de la nodriza donde las había colocado y que casi ni le habían molestado en su trabajo. Dos niñas que había sentido un poco. Soy una mala madre que os ha hecho nacer hijas de puta, hijitas mías, pero he hecho tanta penitencia que tal vez os vuelva a

ver en el Paraíso, corderitos míos sacrificados, almas bienaventuradas... Sorprendida por unas repentinas ganas de llorar por ella y por sus hijas, Alix hizo una mueca y se echó a reír; pues aunque sabía llorar en público cuando quería, aquella tarde no lo quería por nada del mundo.

En las montañas de Bosnia tres niños murieron de frío y de fiebre, una mujer murió al dar a luz y esto solamente entre las gentes de Arras (como se les llamaba aunque todos no fueran de Arras), los otros grupos de peregrinos contaban ya con un gran número de mártires. La tierra estaba muy dura y era difícil cavar, Santiago había

trabajado con su hacha durante horas, sus dos amigos Lamberto y Gautier con azadas y a Gautier se le rompió la suya. ¿Cómo consolar a las madres? Juana la Morena quería quedarse con su niño y llevarlo a Jerusalén, con aquel frío, decía, se conservaría. —Pero hija, de aquí a que lleguemos a Jerusalén hará calor, además en ese país hace siempre calor. —En Tierra Santa, decía ella, en Tierra Santa no es lo mismo. A lo mejor resucitará.

Solamente los ricos embalsaman a sus hijos y los llevan a Jerusalén. Le quitaron a la madre el cuerpecito azul y lo pusieron en el agujero al lado de la mujer muerta al dar a luz. —Ella no es

su madre, repetía Juana, ¿por qué me lo ha cogido? ¡Cura, díselo a Dios, que ella no es su madre! Pusieron unas piedras grandes sobre la tumba, dispuestas en forma de cruz. Es un país cristiano, la tumba será respetada.

El recién nacido de la mujer muerta al dar a luz fue confiado a Margarita de Lens, una costurera que tenía un niño de tres meses; le pusieron de nombre Guillermo el Primer Nacido, porque era el primer niño que nacía desde que se pusieron en camino.

Cuando el ejército acampaba delante de Belgrado (la parada duró cuatro días) hubo una gran agitación entre los peregrinos. La cosa comenzó en el

campamento de los flamencos, el más cercano a las tiendas de los caballeros. A los gritos y a los lloros que se oían en ese campamento las gentes de los otros grupos habían acudido, pues unos hablaban de peste y otros decían que probablemente el conde de Flandes había muerto. Pero muy pronto todo el mundo conoció la verdad: había ocurrido una desgracia a los cruzados conducidos por Pedro; todavía no habían llegado a Tierra Santa y ya los turcos los habían atacado, y jamás, se decía, ni en tiempos de los sarracenos ni en tiempos de los normandos, se había visto una matanza tal de cristianos.

Cincuenta mil hombres, mujeres y

niños habían muerto, y hasta cien mil; y del mismo Pedro se decía que Dios se lo había llevado por los aires y lo había transportado a Constantinopla. —Estáis locos, por muy santo que sea Pedro, es un hombre, ¿y va a poder volar por los aires? ¡Si os cuentan semejante cosa es que también él está muerto! De un extremo al otro del gran campamento de peregrinos no había más que lamentaciones y gritos, y hasta en el campamento de los caballeros se veía a los hombres gritar de tristeza y mesarse la barba. Todos corrían en busca de sus jefes y de los predicadores, pidiendo que se enviara una diputación a los barones, que seguramente estaban mejor



informados que los demás.

Lo que era cierto, es que hombres del gran ejército de Pedro —unos sesenta franceses de la Isla de Francia y de Champagne— que habían salido de Constantinopla habían buscado refugio cerca del duque Godofredo, el cual les aconsejó que se quedaran en su ejército; pero los hombres querían a toda costa volver a Francia.

De estos hombres, solamente tres habían asistido a la batalla. En verdad, ni ellos mismos sabían muy bien lo que había ocurrido. Pedro estaba efectivamente en Constantinopla, donde había ido para pedir refuerzos al Emperador, pues se daba cuenta muy

bien de que su gente estaba mal armada, que había pocos hombres en condiciones, y todavía menos hombres que supieran luchar. Pero casi todos los peregrinos habían seguido a un grupo de gente valiente que querían sitiar la ciudad de Nicea. Y he aquí lo que decían los hombres que habían escapado de la gran batalla: los turcos habían llegado con miles de caballos y tan rápidamente que no se les había visto llegar. Primero tiraron flechas y después cayeron sobre el campamento dando sablazos y hachazos; y pisoteaban con los cascos de los caballos todo lo que tenía vida, niños y ancianos, hombres y animales; junto a los pocos caballeros

que podían defenderse —y que se vendieron muy caros— había multitud de pobres gentes que sólo querían huir, pero para qué servía huir a pie con todos esos caballos turcos que llegaban por todos lados y esos sables que caían sobre las espaldas y las cabezas por todos lados; tanto ruido, tantos gritos, tanta sangre, tantos cadáveres, nadie los vio jamás, lo que son los turcos nadie lo dirá jamás, no son hombres, son demonios y animales feroces, los pocos hombres que escaparon de la matanza temblarán de horror hasta el día del Juicio Final.

Esto es lo que contaban los franceses que habían escapado de la

batalla de Nicea. Todo el mundo había quedado allí, decían, todo el mundo, todos los hombres armados con Gautier sin Hacienda a la cabeza, todos los monjes, todos los viejos, las mujeres, los niños ¡todos! se puede contar con los dedos los que se salvaron, Pedro fue un loco por no haber prevenido mejor lo que son los turcos pues a esa gente no hay medio de resistirlos...

En los campamentos de peregrinos había una gran agitación, pues en el ejército de Pedro muchos tenían amigos o parientes; todos lloraban, diciéndose: si el mismo Pedro no ha tenido éxito, ¿cómo Dios va a proteger mejor a los ejércitos de los duques y de los condes?

¿Y quién sabe si es cierto que Pedro esté vivo, si no nos lo dicen para tranquilizarnos? Fray Bernabé reunió a los suyos, para recordarles el deber: ¿Sois cristianos? ¿No habéis tomado la cruz? ¿Os ha prometido Dios un viaje fácil y buenos pastos? ¿No os prometió mil sufrimientos, tentaciones y angustias, para que seáis purificados? ¡Vergüenza debiera daros por dejaros abatir por las malas noticias! ¡Volveos atrás y regresad a vuestro país con el rabo entre piernas! ¿Quién nos dice que esas noticias son verdaderas, que no son una tentación del demonio y que el desastre sea tan grande como lo pretenden esas gentes? ¿Han contado los muertos? Y los que están

muertos, ¿estáis seguros de que no se han comportado locamente? Pues hasta entre los cruzados también los hay locos. Y las víctimas inocentes, ¿estáis seguros de que no brillan hoy en el cielo de Dios? Todos irán delante de nosotros por el camino de Jerusalén, vestidos de blanco y llevando las palmas.

Así pues, por orden de los jefes, se prohibió llevar luto por los mártires de Nicea, pues cuando la gente se pone de luto, sobre todo por un número tan grande de muertos, los gritos y las lamentaciones llevan fácilmente a los grandes excesos como convulsiones, desvanecimientos y heridas graves. Ahora bien, como lo explicaban a las

gentes de Arras Baudry y fray Bernabé, no había que gastar en vano las fuerzas que debían emplearse en el servicio de Dios. Guardad vuestro dolor para el día en que tengáis que oponeros a los turcos, os dará fuerzas para rechazar a esos malditos.

El cura del arrabal tranquilizaba a los más tímidos: A nosotros no nos ocurrirá lo mismo. Llevamos con nosotros a toda la caballería del duque de Brabante y del conde de Flandes y del conde de Boulogne y del obispo de Lieja, y a Constantinopla nos llegarán importantes refuerzos, como los ejércitos del conde de Toulouse y del conde de Blois; además con ellos

cabalga el noble obispo del Puy, legado del papa, que es el hombre más sabio y prudente de Francia. ¡Con tales ejércitos los peregrinos estarán tan seguros como detrás de murallas fuertes!

No hubo luto, pero varias misas fueron celebradas por las almas de los mártires. Mientras que los barones descansaban en Belgrado, los soldados recorrían los campamentos, con los sacerdotes a la cabeza y la cruz alzada, cantando a coro los cánticos. De esta forma los jefes los ocupaban y mostraban a los habitantes de Belgrado que este ejército era un ejército piadoso. (Pues no hay que olvidar que la gente de este país guardaba rencor a los cruzados



de Pedro, los cuales habían saqueado las ciudades y quemado los conventos.)

Los peregrinos civiles aprovechaban la parada para arreglar sus cosas; unos reparaban las carretas, otros arreglaban los arneses y los preparaban para que pudieran servir sobre los hombros de los hombres, pues ya no quedaban muchos animales. También cosían los zapatos y las chaquetas; y los jóvenes iban al bosque vecino, por grupos, y cortaban árboles para hacer camillas, yuntas y rejas, y recogían leña para las hogueras. Las gentes del país huían tan pronto como los veían. —¿Nos toman por ladrones? ¿No son ellos también cristianos? —En verdad, dijo un

soldado de Boulogne, no están contentos porque hay muchos hombres rubios y altos entre vosotros. Creen que sois normandos.

—Es porque en los tiempos antiguos, dijo Lamberto, los daneses llegaban hasta el país de Arras y hasta más lejos, venían justo después de la siega, según cuentan, cogían toda la cosecha y violaban a todas las mujeres. Por eso hay tanta gente rubia en el país. —¿Son guapas las mujeres de aquí?, preguntó Gerardo el Arrendajo. —¡Yo qué sé!, dijo el arquero con despecho. Consigna: quien toque a una mujer del país será colgado inmediatamente. Nos aprovecharemos con las turcas.

Lamberto hizo la señal de la cruz; era como si el otro hubiera dicho: nos aprovecharemos con las lobas. —¿Tú crees que podremos acostarnos con las turcas? —Ellos lo hacen con las cristianas. Yo, si por casualidad cojo a la mujer del Sultán... —Al Sultán, dijo Gerardo, le arrancaremos la piel a tiras. Así durante días enteros, toda la piel a pedazos, poniendo sal y pimienta en cada llaga. Por todos los pobres que ha matado —¿Tú harías eso?, dijo Lamberto, pensativo.

En los campamentos apenas si lograban entenderse a causa del ruido de los mazos, las hachas, las palas, acompañado de los cantos. Las mujeres

remendaban las capas y limpiaban las chaquetas de los hombres frotándolas con ceniza. La suciedad roe los trajes, es peor que las polillas. En las tiendas, metían piedras calentadas, envolvían a los enfermos en pieles, ánimo, dentro de dos o tres semanas estaremos ante Constantinopla, dicen que el invierno allí es suave, y el Emperador nos prepara provisiones de trigo y de ganado.

El gran ejército volvió a ponerse en marcha. Las gentes de Arras llevaban a un nuevo compañero, uno de los franceses venidos de Constantinopla, que había preferido continuar la peregrinación. No había pensado nunca,

decía, volver a su país, simplemente había venido al encuentro del duque Godofredo para saludarlo, pues había oído hablar de su celo y de su valor. Pero el duque, mal aconsejado, no había querido recibirlo, por eso prefería caminar humildemente con las pobres gentes. Baudry le dijo: Ven con nosotros, aceptamos a todos los hombres de buena voluntad. Pero tú como eres joven, tendrás que tirar de una carreta cada tres días.

El francés dijo que estaba de acuerdo, ya que tenía que compartir la suerte de los pobres de Dios. Y que era nativo de la región de Nevers, según se creía y, según el rumor público, hijo de

un armero de La Charité-sur-Loire; pero que hubiera sido más justo decirle hijo de pescador. Y que su nombre era Juan. —Eres un mal cristiano, le dijo Baudry, hablar así de tu madre. Yo no te pregunto nada. El otro dijo: —¿Acaso he hablado de mi madre? Esos son misterios que tú no puedes comprender.

Ese Juan era un hombre de veintitrés o veinticuatro años, alto, delgado, bastante blanco de cara, de pelo castaño, barba rizada. Era un chico guapo, pero sus ojos marrones eran un poco demasiado grandes, ojerosos, pensativos y suaves como los ojos de un niño. Fray Bernabé dijo a Baudry: Ten cuidado, es un inocente. —Dios ama a

los inocentes, dijo Baudry, no parece peligroso.

Juan estuvo muy acompañado, los primeros días todo el mundo le preguntaba por su viaje. No había estado en la batalla y no había visto a los turcos. Por otra parte, no contaba gran cosa. Decía solamente que el Emperador no había querido recibirlo y que era una pena. Pero que en Jerusalén sería por fin revelada toda la verdad.

Cuando, por la noche, vio a María cerca del fuego, sentada al lado de Santiago y remendando una capa de lana, se acercó a ella y le preguntó cuál era su nombre. —María. Él dijo: *Ave Maria gratia plena.* —¿Por qué dices

eso?

—Se lo digo a todas las mujeres que se llaman María. Todas ellas son la imagen de la Virgen. María soltó la carcajada.

—¡Si vieras a la María-Látigo, la mujer del contramaestre! Juan se puso de cuclillas a su lado y se puso a mirar para el fuego.

—No eres fea, dijo, con una sonrisa tímida. —¡Eh tú!, dijo Santiago, te lo aviso, es mi mujer.

—Tu mujer. Bueno, dijo el otro. Me gusta, tiene una cara bonita.

—Está bien, está bien, dijo Santiago, aunque seas más viejo que yo, yo soy más fuerte. Lárgate. Juan se levantó y se



alejó del fuego. —¿No ves que ese pobre chico, dijo María, no tiene malicia? —Ese «pobre chico» parece listo para encontrarte guapa ¿no? María meneó la cabeza, pues el francés le daba lástima; cuando volvió a verlo, después del reparto de la sopa, ella le sonrió.

—Debes aprender, dijo, que a las mujeres casadas no se les dice que no son feas. ¿De dónde vienes? Él la miró largamente, gravemente.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Tienes barba y te portas como un niño.

Él dijo: Mírame bien. —Bueno. Te miro.

—¿No me ves nada? ¿En la cara?

—Veo una nariz.

Él sonrió tristemente. —Te creía más madura. ¿No me ves una luz? ¿En la cara?

—Te juro que no.

¡Qué raro!, dijo él. Pues yo la veo. Incluso en medio de la noche.

María soltó la carcajada: ¡Mentiroso! ¿Cómo puedes verte la cara?

Él dijo: ¿Quieres que te diga la verdad? —Dímela.

—Yo soy san Juan.

—¡Ah, sí!, dijo María. ¿Cuál de ellos?

—Ignorante. El Evangelista. Sabes muy bien que no murió nunca. Los demás

están muertos.

María no sabía si debía reírse o compadecer a ese chico.

—¿Así que, desde hace mil años tú no estás muerto? ¡Pero mírate: eres joven!

—Para no atraerme el odio de los incrédulos, dijo Juan, volviéndose solemne, tomo la apariencia de cuerpos que nacen y que mueren, sin morir jamás, sin embargo, pues apenas un cuerpo está usado yo lo abandono como un viejo traje y me pongo uno nuevo; así he cambiado once veces de envoltura carnal, ésta es la número doce, y Dios me ha hecho tomar la apariencia del hijo de un armero de La Charité-sur-Loire.

Pero en verdad, sigo siendo Juan hijo de Zebedeo.

—Bueno, dijo María. ¿Cómo se llamaba la madre de Zebedeo?

—Las Escrituras no lo dicen.

—Pero cómo era tu abuela, sabes su nombre ¿verdad?

—Es verdad... dijo Juan. Bueno pues, se llamaba María. No, Salomé.

—Eres un mentiroso y un jactancioso, dijo María. Cambia de idea, muchacho; de nada te sirve que te hagas el loco, hay poca gente que tenga tanta paciencia como yo. Como María le hablaba con bondad y dulzura, Juan no se sintió ofendido por sus palabras. Y dijo: Un día te contaré mi historia y tú

me creerás.

María contó a Santiago y a sus amigas que el chico nuevo se tomaba por san Juan Evangelista, de tal forma que por la tarde del mismo día todo el mundo le llamaba ya «san Juan». Él no se dio por aludido, aunque se dio cuenta de que lo llamaban así para burlarse de él. —No nos faltaba más que un loco, dijo fray Bernabé. Es uno de esos hombres a quienes las doctrinas de los herejes le han vuelto loco. El cura, Baudry y el caballero Everardo pensaban que el inocente les daría buena suerte. Era bueno y piadoso, su locura venía de Dios y no del demonio.

A quince días de marcha de

Constantinopla, cuando estaban en Cuaresma de Navidad, encontraron a Guillermo el Batanero muerto en su carreta. Degollado. Desde la noche de su crimen iba andando con los brazos atados a la espalda y las piernas trabadas, arrastrando solo la carreta de dos ruedas que contenía los utensilios de forja; y por la noche dormía en la carreta, debajo de los toldos. No le habían apaleado ni torturado, pero la carga que debía arrastrar era tan pesada que hasta los tejedores le compadecían, diciendo que no llegaría vivo a Constantinopla. Y un buen día, el niño que le llevaba la sopa dio un grito al levantar el toldo: la carreta estaba llena

de sangre, la cabeza de Guillermo colgaba, medio separada del cuello.

No era necesario ir muy lejos para encontrar al asesino. Baudry mandó venir a Elías el Picoso a su tienda, para protegerlo de la ira de los bataneros. — Especie de hijo del demonio, ¿cómo te has atrevido a condenar tu alma de esta manera? ¿Te parece que yo ahora te entregue a la intendencia del ejército? —Estoy de acuerdo, dijo Elías, en arrastrar la carreta con el yunque, en vez de ese perro del que me he vengado. A él no lo entregasteis.

—¿No he casado a tu hija con el hijo de Mateo el Amolador? ¿No está ya consolada? —Ella quizá, pero yo no.

Esta noche es cuando me he consolado.

—¿Y qué haces tú de la cruz sobre tu hombro? ¿Crees poder cumplir el voto manchado como estás de sangre? —En Jerusalén todo será perdonado, haré penitencia por todo.

Una vez más los jefes no sabían qué partido tomar, pues les repugnaba llamar a la intendencia. A toda prisa debían desmontar las tiendas y engancharse a las carretas, como cada mañana, y los barones habían hecho saber que ningún retraso sería tolerado. Baudry calmó a los bataneros prometiéndoles que haría justicia por la noche, en la siguiente parada. El cadáver fue envuelto en los toldos, y Elías, con los brazos atados,



ocupó el lugar de Guillermo, con una carga de cien libras de carne muerta además sobre la carreta. Por muy alto y fuerte que fuera, los ojos se le salían de las órbitas, iba colorado como una remolacha y se quejaba a cada paso. Los soldados de caballería que pasaban a lo largo de la expedición decían: Es una vergüenza, que den un compañero a este hombre, reventará antes de esta noche. —No os mezcléis en lo que no os importa, les respondían, está haciendo penitencia. Entre los valones ya se sabía que los de Arras transportaban en sus equipajes a un hombre degollado. Baudry envió al cura a decir a los valones: Por Dios, no nos atraigáis a los

soldados, es tanto por vuestro interés como por el nuestro, vosotros también sois obreros y gente pobre. Y el cura dijo una mentira piadosa: Ese batanero, tentado por el demonio, ha cometido el crimen de Judas, él mismo se ha cortado el cuello de desesperación.

Por la noche cavaron una fosa en un bosque cerca del campamento. Está permitido, dijo el cura, rezar por el alma de este hombre, no es culpa suya si murió sin la absolución. Pero que nadie lo considere como un mártir de Jesucristo. Los camaradas de Guillermo decían que era un mártir, pues jamás sin la cruzada le hubiera ocurrido una desgracia tal. Y que el Picoso le había

impedido indebidamente cumplir su penitencia. Y que lo que se debía hacer era llevar al Picoso al campamento de los caballeros para que lo juzgaran y lo colgaran.

—¡Amigos, dijo fray Bernabé, no os dais cuenta de lo que pedís! No es justo que los ricos sean los jueces de los crímenes del pobre, no hemos tomado la cruz para someternos a las leyes injustas. Sabed que los nobles hacen venganza por un ultraje y no pagan con la sangre el precio de la sangre si el ofensor es un pobre. Y si Guillermo hubiera deshonrado a la hija de un caballero, el caballero lo hubiera matado como a un perro y ni siquiera

hubiera pagado una multa, ¡y por la misma venganza queréis que un juez de los ricos cuelgue a uno de vuestros hermanos! Ni Baudry ni nuestro hermano Everardo cargarán sobre ellos un pecado así. ¿Porque han matado a un hombre queréis que maten a otro?

Dejad a el Picoso que haga penitencia, el día que tengamos a los turcos enfrente de nosotros sabrá utilizar de mejor manera su cuchillo ¡y si Dios quiere su muerte, serán los turcos los que le castigarán por su crimen!

Así pues, no se habló más de matar a Elías el Picoso; bastaba engancharlo a la carreta. Y como ya no tenía que arrastrar además el cuerpo de

Guillermo, podría con lo demás: era uno de los hombres más fuertes del grupo.

San Juan, el nuevo, ocupó el lugar de el Picoso en el enganche de la carreta grande donde iban las mujeres embarazadas, los ancianos y los enfermos sobre las tiendas de campaña. San Juan no tenía la fuerza de Elías, ni mucho menos: no solamente no era muy fuerte, sino que además tropezaba, no conseguía marcar el paso y no hacía más que molestar a sus compañeros, así que le dijeron que para la único que servía era para guardar las ocas. Le dejaron ir con las mujeres y le cargaron con los hatillos de ropa. Las mujeres no le dejaban que los niños se le acercaran

por miedo a que su locura fuera contagiosa. Iba al lado de María, que tenía compasión de él. Pero dos de las jóvenes arrepentidas y la mujer de un tejedor llamado Juanín le escuchaban de buena gana, diciendo que a lo mejor era realmente san Juan o si no que una pequeña parcela del espíritu del santo había podido meterse dentro de él.

—Has de saber, decía a María, que en mi infancia no sabía quién era.

—¿Y cómo lo supiste?

—Yo era, decía Juan, un niño como los demás. Mi hermano Bernardo y yo éramos aprendices para llegar a ser armeros, como nuestro padre. Bernardo era bueno conmigo, era el mayor, era

cinco años mayor que yo y hay que decir que me defendía siempre. Nunca me pegaron. Te voy a contar cómo empezó la cosa. Un día pasábamos por un campo para volver a la ciudad, Bernardo y yo. Y era un día de tormenta. Bernardo iba delante de mí y yo me había parado para atarme el lazo de una polaina; en ese momento el cielo estalla en pedazos encima de mí, con un estrépito tal que caí al suelo. Entonces veo una luz más blanca que diez soles que rasga el cielo y devora el bosque, yo estaba como ciego y como sordo, tendido en la tierra sin movimiento. Todo temblaba a mi alrededor y tenía los ojos como ardiendo y todo lo veía rojo.

Después me levanté ¿y qué veo delante de mí? A Bernardo o mejor dicho a alguien que llevaba la ropa y tenía la altura de Bernardo, pero de su cara no quedaba nada de tan negra y quemada como estaba. Era horrible. Estaba acostado en la tierra, fulminado. Alguien nos encontró y nos llevó a casa de nuestros padres. Y durante días enteros estuve sin hablar. Mi madre me llevó al atrio de la iglesia para que me exorcizaran pero no valió para nada. Entonces mis padres me llevaron a la abadía de La Charité, donde los monjes.

Allí por fin volví en mí. Pero yo no quería volver a casa. ¡Imagínate la casa sin Bernardo! Y lloraba y lloraba, y



languidecía después de esa luz de Dios que yo había visto aquel día: había visto abrirse el cielo y estallar la tierra. Los monjes eran buenos conmigo. Y así, empecé a comprender. Una voz me hablaba, día y noche, en latín y, sin conocerlo bien, yo lo comprendía. Y me decía que yo era Juan y que sobre Juan Dios quería edificar su iglesia. Mis padres me llevaron a casa y yo seguía oyendo esa voz y al principio no comprendía lo que me quería. Yo contestaba: Señor o demonio, seáis quien seáis, yo sé que me llamo Juan (pues mis padres por inspiración divina me habían bautizado con mi verdadero nombre), pero no comprendo vuestras

palabras. Y el cura, viéndome angustiado, fue hasta darme un consejo razonable a los ojos del mundo, pero contrario a la ley de Dios —pues iba a cumplir dieciocho años— y me dijo que quizá si yo conociera carnalmente a una mujer mis angustias se disiparían.

Entonces fui con el permiso del cura a ver a cierta prostituta de la ciudad, y ella me ofreció vino y se vistió de una forma muy impúdica, pero me entró miedo y huí. Iba corriendo por la calle y la voz me repetía *Tu es Johannus, tu es Johannus*, y de repente veo en el cielo la imagen de un hombre muy hermoso y luminoso, con los vestidos cubiertos de sangre y llevando una palma en la mano,

que empieza a descender, a descender, que se acerca, los brazos separados, y me sonrío. —Oh, bienaventurado mártir, ¿quién sois? —¿Cómo, dijo, no reconoces a tu hermano mayor? — ¡Bernardo!, grité. ¡Qué alegría me dio, no puedes saber! —Yo soy Santiago, el santo mártir, ahora. Yo soy Santiago y tú eres Juan, hijo de Zebedeo. ¿No nos llamó el Señor hijos del Trueno? ¿No sabías que tú no debías morir jamás? Entonces una gran luz se hizo en mí y comprendí. —Yo, decía él, acepté el martirio hace mil años por la gloria de Jesucristo, pero tú has vivido y vives desde hace mil años para esperar la vuelta de Nuestro Señor. El tiempo de su

venida está próximo y con tus ojos verás su gloria. Yo lloraba de alegría y de miedo también, ¡pues imagínate hasta qué punto es difícil creer tal cosa!

Corrí a contar la visión a mis padres y no quisieron creerme. Me dijeron que estaba loco. ¡No te puedes imaginar los tormentos que padecí! Baños de agua helada, quemaduras con un hierro al rojo vivo, sanguijuelas en la cabeza, pues mis padres eran ricos, ¿sabes? ¡Y exorcismos, pociones de hierbas y los hechizos de las brujas! Casi me matan. Yo era aún un ingenuo y pensaba que terminarían por comprender y decía: yo no soy quien creéis, soy san Juan, vivo desde hace mil años, ¿qué remedio

puede alejar de mí esta vida eterna? Me obligaron incluso a acostarme con una mujer, pero este remedio no fue mejor que los demás. ¿Creían que por ahí me llevarían a la contrición? —Mi cuerpo es glorioso, les decía, el pecado no lo mancha. Dejadme marchar ya que no queréis reconocerme.

En ese momento los labios le empezaron a temblar, como si fuera a llorar.

—Entonces quisieron encerrarme en un manicomio. Ahí reconocía las trampas del demonio que quiere que la verdad permanezca siempre oculta debajo del celemín. Fingí someterme y por la noche huí por los tejados. Y

cuando iba escalando un tejado me di cuenta de que no tenía necesidad alguna de luz, pues mi rostro emitía rayos. Al día siguiente salí de la ciudad y eché a andar por el camino, mendigando pan y cantando las alabanzas de Dios. Llegué a un pueblo donde la gente me recibió al principio con alegría, pero después porque no hice milagros me trataron de mentiroso y me echaron a pedradas.

—Lo ves, lo ves, dijo María, lo ves. El verdadero san Juan esté donde esté hace milagros.

—Parece ser que no, pues te digo que yo soy san Juan. ¿Qué te crees, que a san Juan lo visita todo el tiempo el Espíritu Santo? Si fuera así, María, en

mil años hubiera hecho tantos milagros y escrito tantos libros santos que ni el siglo ni la iglesia hubieran podido soportarlo. Pues los hombres aman la luz, pero no pueden soportar un exceso de luz. Y por eso es por lo que Jesucristo ha querido que su servidor Juan viviera como disfrazado, bajo una humilde apariencia, a fin de no turbar a los hombres antes de la vuelta del Señor. Pues la autoridad ha sido abandonada a la Iglesia y al vicario de san Pedro... Vamos, piensa un poco, María: ¿quién escucharía a los papas y a los obispos si todo el mundo supiera que san Juan está vivo y dónde se encuentra, y si se manifestara sin cesar haciendo

milagros?

María fruncía las cejas, esforzándose en comprender. — Escúchame, san Juan. Tú eres más sabio que yo. Pero mira lo que voy a decirte: el verdadero san Juan se esconde en el desierto. Si quisiera, haría milagros. Pero se esconde para aparecer en el último día.

—Precisamente, dijo el muchacho, testarudo y tranquilo. Se esconde bajo una humilde apariencia. Yo me decía también: Señor, ¿es posible? Yo soy casi analfabeto, ni siquiera sé latín. Entonces el Señor me envió al arcángel san Gabriel y me habló durante mucho tiempo. Juan, tú debes someterte a las



leyes de la carne. Pues los tiempos están próximos y entre los pobres y los humildes es donde debes estar el día de la vuelta de Nuestro Señor. Por eso es por lo que te ha hecho olvidar la ciencia, para que seas pobre entre los pobres. Te quedarás entre ellos, escondido como una perla en una ostra, para escapar del odio del Anticristo, que no te perdona haber revelado los grandes secretos de los últimos días.

Así, he vivido mucho tiempo en los caminos, en medio de los peregrinos, no revelando mi verdadero nombre más que a los que eran dignos. Y muchos creyeron en mí, y mujeres piadosas me han seguido y me han adorado. Pero los

agentes de Satanás hacían correr el rumor de que yo estaba loco o que era hereje incluso, y me echaban e impedían a esas dignas mujeres seguirme. Después supe que el hombre de Dios llamado Pedro, célebre por sus grandes obras, llamaba a los cristianos a Jerusalén; y comprendí que ése era el signo que yo esperaba. Entonces fui a ver a Pedro. Él me dijo: Estoy de acuerdo en aceptarte en mi santa compañía, con tal de que no hables de esas cosas. Yo no he tenido ninguna visión respecto a ti. —Pero yo, le dije, tengo visiones todos los días. Él me dijo: Si quieres ir a Jerusalén con nosotros, no hables de esas cosas. Y

Santiago, mi hermano, se me apareció y me dijo: Obedece a Pedro. Pedro es hoy el jefe de la Iglesia de los pobres y el verdadero sucesor de san Pedro. En Jerusalén será revelada toda la verdad y yo resucitaré en la carne y volveremos a estar reunidos. Allí, tu voz volverá a ser poderosa ante el trono de Jesucristo.

María estaba pensativa y suspiraba. —¡Ah!, dijo, Pedro tenía razón cuando te decía que no hablaras, me turbas la mente.

No sé lo que pensar de ti, pues hablas demasiado bien para ser un loco y demasiado locamente para ser un hombre cuerdo. Y mirando el rostro del inocente María se sentía cada vez más

perpleja, pues ese rostro era hermoso, y los ojos le brillaban con una llama a la vez dolorosa y cándida.

# III

¡Era justo que antes de la gran prueba el ejército de peregrinos pudiera contemplar la Maravilla de las Maravillas y se reconfortara con su vista, después del cansancio de un viaje tan largo! ¡La ciudad más bella de todas! ¡Alegría de los ojos y del corazón, perla preciosa, testimonio de la gloria de los hombres y de la gloria de Dios!

¡Qué bien se respiraba desde que estaban en ese país bendito! El cuerpo ya no estaba crispado por el frío, el

viento era suave, los caminos ya no estaban helados; después del frío de los meses pasados, hasta el barro de los caminos parecía suave. Ya llegamos, ya estamos en el puerto, el lugar de descanso donde recuperaremos las fuerzas. Entre los pobres y entre los ricos el asombro era grande: todo lo que los antiguos peregrinos de Constantinopla habían podido contar parecía una fábula pálida, ¿quién podría contar una cosa semejante? ¿Qué mente audaz podría imaginar una ciudad semejante, no una ciudad, sino como un bosque de casas, un bosque que se extendía hasta perderse de vista, cubriendo con inmensas colinas los dos

lados de un brazo de mar sinuoso como un gran río, no una ciudad sino cien ciudades fundidas juntas? Incluso a una legua de distancia no se la podía abrazar de un solo vistazo.

De lejos, era un espejo de color blanco, oro, rosa, verde, era una gigantesca alfombra de colores suaves puesta sobre la llanura y las colinas, sí: hasta perderse de vista, sólo casas y torres y castillos, ni un campo, ni un bosque, casas por todas partes, con jardines alrededor. La rodeaba una doble muralla, como un blanco cinturón de encaje, mil torres se levantaban en ella por encima de las anchas fosas llenas de agua unas veces oscura, otras

brillante. La ciudad era tan grande que sus confines se perdían en una bruma rosa y, a su derecha, del otro lado del río, se extendía un campo rico, lleno de viñas y de árboles verdes, en pleno mes de enero, y de pueblos blancos; y detrás del campo, en el horizonte, se veía la línea llana y violeta del mar.

¡Afortunada la gente que vive siempre en un país así! Habrán pasado toda su vida en un lugar que es como un gusto anticipado del Paraíso. En los campamentos, los jefes de los grupos y la escolta del ejército llevaban carretas llenas de sacos de trigo y de corderos, y todos decían: Son los dones del emperador Alexis, quien desea que en su



país no les falte nada a los cristianos. Los hombres instalaban las tiendas de campaña en los campos y en los huertos, un poco extrañados de pensar que ni al día siguiente ni al otro tendrían que volver a hacer el equipaje, los peregrinos del ejército lo habían anunciado desde hacía mucho tiempo: en Constantinopla la parada será larga, de varias semanas tal vez; pues antes de pasar el brazo de San Jorge —éste es el nombre del mar que separa Constantinopla de la costa de Asia— habrá que esperar la llegada del conde de Toulouse que anda todavía por Hungría con su ejército.

El campamento de los soldados era

grande, tres veces mayor que los de todos los peregrinos juntos. Los pobres estaban alojados estrechamente y les habían obligado a cavar unas zanjas alrededor de sus barrios y a poner unos piquetes, pues aquí como en todas partes los ricos desconfiaban de los pobres y temían que empezaran a organizar desórdenes en el país. El conde de Boulogne y el conde de Flandes enviaban centinelas para vigilar las cercanías de los campamentos, pues, decían, las gentes que habían ido con Pedro no habían respetado a los cristianos del país y hasta habían saqueado las iglesias.

De esta gente, algunos habían ido a

mendigar un lugar entre los peregrinos. Desde hacía cuatro meses acampaban aquí, conocían los lugares, según decían ellos mismos, y podían ayudar a los demás. ¿Qué clase de ayuda, ya que no podían salir del campamento? Esas gentes, franceses, normandos, picardos y alemanes, estaban tristes y amargados y decían que el Emperador no había actuado bien y que era por su culpa si sus amigos habían muerto, pues él debía saber muy bien cómo eran los turcos, y los nuestros, decían ellos, le pedían barcos para ir al país de Nicea y él decía no, decía que el país no era muy seguro, pero por fin dio los barcos, y después dijo: sois vosotros quienes lo

habéis querido. ¿Qué sabíamos nosotros? ¿Qué podíamos saber?

Baudry les dijo: Instalad vuestros campamentos más lejos, pues nosotros no tenemos ya mucho sitio y no dejáis de contar historias tristes. Nuestros peregrinos se han puesto en camino con alegría y se preparan para afrontar grandes pruebas.

Y vosotros venís a turbarlos con historias de malos peregrinos y de desórdenes en el campamento. —En verdad, Pedro tiene un poco de culpa: si se hubiera quedado con nosotros en vez de ir a buscar socorro a Constantinopla, la desgracia no hubiera llegado.

—¡Callaos, incrédulos!, gritó

Baudry, ¿creéis que no conozco a Pedro? Él sabía lo que hacía. Si los vuestros estaban locos y lo desobedecieron, son los únicos que hay que censurar. Pedro estaba en Constantinopla. Pero salió de la ciudad y fue al campamento del duque de Godofredo y esto causó una enorme alegría a todo el mundo; todos los peregrinos pudieron, en pequeños grupos, por turnos, ir al campamento del duque para saludar al hombre de Dios. Él les hablaba con bondad, los animaba a perseverar en la fe y a no ser todos, muertos y vivos, más que un gran cuerpo, una gran llama de amor. A los hombres les decía que obedecieran a los

jefes y respetaran a los señores y a los obispos, a fin de no ser, a la hora de la batalla, más que un gran cuerpo, todos para uno y uno para todos. A las mujeres les ordenaba que fueran valientes y castas y no se dejaran llevar del pánico a la hora de la batalla, sino que se mantuvieran en sus lugares firmemente, como los hombres.

Y decía también que la salvación se conquista por la espada, pues antes de llegar a Jerusalén habría que atravesar los siete abismos del infierno y vencer siete ejércitos de hijos del demonio; y derribar la infidelidad, la impiedad, el orgullo, la lujuria, la avidez, la cobardía, la pereza y la duda. El que no

teme nada, ése verá a Dios. —Pero los hombres que derramen sangre, le preguntó fray Bernabé, los hombres que derramen sangre y mueran antes de poder hacer penitencia, ¿serán absueltos por Dios?

—Este misterio es grande, hermano. Me parece que viene el momento en que Dios mismo será quien resuelva la cuestión: los que nos ataquen serán los hijos de Belial con rostros de hombres. Derramar su sangre defendiendo a Jesucristo no será pecado mortal. Los monjes y los sacerdotes también estarán autorizados a tomar las armas.

Fray Bernabé habló entonces en este sentido a sus peregrinos: No desdeñéis a

los caballeros y a los soldados, sus obras son hoy agradables a Dios. Y vosotros afilad vuestras hachas y vuestros cuchillos, pues si los turcos nos atacan ningún hombre deberá quedarse atrás por miedo al pecado: no debemos dejar que nos ocurra lo que ocurrió a los mártires de Nicea. Dios tiene necesidad de sus cristianos para destronar al Anticristo.

Hablaba así y ordenaba oraciones públicas y ayunos, pues tenía miedo de que los peregrinos agotaran demasiado de prisa las provisiones y se acostumbraran a comer más de lo necesario. Pues parecía que la parada iba a ser larga. Algunos contaban ya que



el duque Godofredo, después de la entrevista con el Emperador, había vuelto a su tienda lleno de ira y de preocupación. Los príncipes son gentes de carácter arisco, el orgullo los empuja a desafiarse entre ellos y por vanidad olvidan pronto los intereses de los pobres. Pues si por casualidad el duque se enemistaba con el emperador Alexis y la parada debiera prolongarse, ¿no corrían el peligro de quedarse sin provisiones?

Así pues, se distribuían raciones razonables a los niños, a los enfermos y a las mujeres embarazadas, y los demás ayunaban dos veces a la semana y se contentaban con un poco de pan y sopa

los otros días. Pero todos languidecían con el deseo de visitar la ciudad; y por más que los predicadores les decían que ésa era una curiosidad profana, no podían estarse quietos y los jóvenes aprovechaban todos los pretextos para ir al campamento de los de Boulogne o al de los arqueros, pues desde allí se podía ver mejor la ciudad. ¿Por qué no nos dejan ir a venerar las santas reliquias y a rezar a las iglesias? Los barones y los caballeros de alto rango y las nobles damas pueden ir. Pero había, desde luego, una falta de entendimiento entre los barones del ejército y el Emperador, y los días pasaban y nadie sabía cómo iba a terminar el asunto. Los pregoneros

del ejército pasaban por los campamentos para anunciar las noticias: ¡No tengáis miedo, buenos peregrinos, es necesario mucho tiempo para preparar los barcos y reunir las provisiones sobre la otra orilla del brazo de San Jorge, no creáis a los que dicen que nuestros barones y el Emperador no se entienden!

Y los peregrinos y los soldados del ejército reclamaban cada vez con más fuerza el permiso de visitar la ciudad, pues ya que el Emperador es amigo nuestro no debería desconfiar de nosotros, ¿se cree que vamos a saquear las tiendas? ¿Qué más les dará a los barones, qué más le dará al Emperador?

Nosotros estamos aquí por Jesucristo, no tenemos nada que ver con sus disputas.

Justo antes de Cuaresma, viendo la agitación de los peregrinos y de los soldados, los barones llegaron a un acuerdo con las autoridades de la ciudad y los pregoneros anunciaron que, por grupos de cien personas bajo la dirección de sacerdotes o de monjes, los cruzados podrían entrar en la ciudad; y que serían guiados por franceses establecidos en Constantinopla y que hablaban griego. Entonces empezó el jaleo en los campamentos; las gentes lavaban y limpiaban los vestidos, los cabellos, las manos, y se veían de

repente tan miserables que no sabían cómo entrar en la ciudad sin chocar a los griegos. Las mujeres de los señores llegaban a los campamentos a caballo, rodeadas de sus sirvientas, y daban a los peregrinos ropa usada pero en bastante buen estado, cinturones, pañuelos, pedazos de tela, agujas, hilo, regalos aceptados con mucho agradecimiento pero que provocaban las disputas pues eran muy pocos. En el momento de la distribución hubo lágrimas, súplicas y regateos entre las mujeres jóvenes. ¿Cómo es posible, les dijo la Corneja, que con la caridad de esas buenas señoras hagáis una trampa del demonio? Habéis tomado la cruz para enfrentaros

con el martirio y las grandes tribulaciones ¿y ahora os peleáis por unos cinturones bordados? —Tía Corneja, dijo Isabel, la jorobada, no es por ofender a Jesucristo, ¡pero sería mejor que de cosas tan bonitas, que seguramente no las habríamos tenido en nuestra vida, hubiera una para cada una de nosotras! —¡Venga, dijo la vieja, en Jerusalén habrá muchas más cosas y más bellas que ésas para cada una!

Los hombres iban con fray Bernabé, las mujeres con la Corneja. María hubiera querido hacer esta peregrinación al lado de Santiago, pero fray Bernabé dijo que era más decente separar los sexos; aunque los peregrinos estuvieran

casados, la cosa no estaba escrita sobre sus rostros; no había que dejar creer a los griegos que los peregrinos cruzados eran salvajes entregados a la concupiscencia, pues los esposos, decía, no dejarían, al ver tantas maravillas, de manifestar sus sentimientos por medio de risas y de besos. María iba entre Isabel y Bernarda, estirando el cuello de vez en cuando para poder ver a Santiago, que caminaba delante, en las filas de los hombres jóvenes.

Entraron por una gran puerta fortificada, a cuyos lados había unas torres más imponentes que las torres de una iglesia. La doble puerta era tan ancha que dos carretas podían pasar de

frente, su bóveda interior estaba llena de cadenas, de barras de hierro, de poleas, y sus hojas estaban cubiertas de grandes placas de hierro y de barras en forma de cruz. Las gentes de Arras no habían visto jamás una puerta semejante y no sabían lo que les pasaría si cerraban esa puerta detrás de ellos.

Los soldados que la vigilaban eran unos enormes muchachotes de pelo rubio, con un mostacho largo que les caía a los lados de un mentón afeitado. Iban vestidos con camisas de hierro de anillos brillantes y tenían unas alabardas altas; en las puntas de los cascos llevaban atadas unas colas de caballo. Los peregrinos creían que ya entraban en



la ciudad, pero vieron delante de ellos nuevas murallas, otra puerta, otras torres, y se quedaron sorprendidos pensando que, por una especie de magia, la ciudad aquella iba a cerrarse sin cesar delante de ellos. En las murallas vieron a muchos soldados, vestidos todos con bonitas túnicas cortas de colores vivos y con sombreros de piel; éstos eran bajos y delgados y se parecían a los húngaros, llevaban lanzas ligeras y escudos redondos. Se habían reunido por grupos, abandonando las hogueras donde se asaban unos corderos, y miraban a los peregrinos sin hablar, descubriendo sus dientes blancos en una sonrisa inmóvil que parecía una

mueca.

Fray Bernabé preguntó al sacerdote normando que los guiaba cuáles eran los verdaderos griegos, pues estos soldados que acababan de ver no eran indudablemente del mismo país que los gigantes rubios de antes. El sacerdote le dijo que los hombres bajos y morenos eran turcos y musulmanes, pero que los rubios tampoco eran griegos, que venían del Norte y que ellos, por lo menos, estaban bautizados, aunque no todos, decía el sacerdote, pues en algunas compañías los hombres adoraban todavía a los ídolos a pesar de la prohibición del Emperador.

—¿Y por qué, preguntó fray

Bernabé, el Emperador emplea a musulmanes? ¿No teme a Dios? ¿Puede estar seguro de esos hombres? El normando dijo que esos hombres estaban bien pagados y que por dinero eran capaces de degollar a su padre y a su madre. Los peregrinos corrieron en seguida la bola: son turcos. Son turcos. Las mujeres, espantadas, se apretaron unas contra otras temiendo que la visita de Constantinopla no fuera una trampa. Temiendo que por una especie de magia hubieran sido transportadas, sin saberlo, a un país pagano. Pasaron delante de los extraños soldados sin atreverse a decir palabra, esperando que detrás de la puerta siguiente no les esperara algún

peligro imprevisto.

Fue todo lo contrario. Una vez que pasaron la segunda puerta, los peregrinos se encontraron delante de una casa grande y bonita que tenía cinco pisos y que era un cuartel. Y allí, en la plaza, había unas mesas y sobre esas mesas había panes blancos, ciruelas secas, racimos de pasas y grandes jarras de barro. Dos sacerdotes con el pelo sobre los hombros y varias damas vestidas de seda con galones bordados se adelantaron para saludar a los peregrinos. Son, explicó el sacerdote normando, los burgueses del barrio y los curas de la parroquia; vienen a dar la bienvenida a los peregrinos de la Cruz y

les ruegan que tomen un poco de alimento. Fray Bernabé se inclinó delante de esos curas que no hablaban latín, pero que parecían muy respetables. Los curas bendecían el pan, las damas vertían en copas de madera pintada cerveza y aguamiel y ofrecían las copas a las mujeres cruzadas. Éstas se inclinaban hasta abajo del todo y no sabían si debían responder o no a las sonrisas de esas damas, pues eran unas sonrisas graciosas pero un poco tiesas. Esas damas, todas de una cierta edad, tenían unos rostros finos y morenos, unos bellos ojos claros y movimientos tan medidos que se hubiera dicho que danzaban una danza al compás de una

música lenta.

¿Estáis seguros, cura, que son burgueses? Las amables damas hablaban y sus voces eran dulces y su lenguaje incomprensible. —Dicen que Dios os recompensará por los grandes sacrificios que habéis hecho por Él, dicen que sois buena gente. Los hombres devoraban con ardor el pan blanco, para muchos de ellos era el primero que habían comido jamás. Poco a poco, la muchedumbre se reunía en la plaza, burgueses, pobres y ricos, mendigos y niños; ante esas charlas animadas, entrecortadas de risas, los cruzados se sintieron molestos de comer el pan y los frutos secos; pero el haber sido

recibidos tan bien los tranquilizaba: estas gentes tan sabias y tan ricas nos tratan con honor, los burgueses de Arras se quedarían extrañados si lo vieran.

Después se metieron, formando larga fila, por unas calles estrechas y por unas calles anchas por donde pasaban unas carretas, y por unas plazas grandes como las de los torneos y, lo que más les maravillaba, ¡era que las calles estaban pavimentadas como las iglesias! Cubiertas de virutas tan limpias que uno no se hubiera atrevido ni a mear ni a escupir. Las casas eran altas, construidas en piedra tallada, las rejas de las puertas y de las ventanas estaban trabajadas finamente y pintadas de

varios colores; las paredes estaban decoradas a menudo con pinturas que figuraban árboles, flores, pájaros, ¡en plena calle eran a la vez jardines e iglesias!

Intimidados al principio, los peregrinos empezaban a olvidarse de su apuro y exclamaban y se daban con el codo sin parar, ¡mira, mira, qué fuente más bonita, parece un relicario! ¡Mira esas flores en el jardín detrás de la reja dorada! ¡Mira! ¡Son piedras preciosas! ¿No? ¡Una pared entera de piedras preciosas! ¿Qué es eso? Seguramente san Jorge y san Humberto, en los jardines del Paraíso. No, mira ese mojón para atar a los caballos, es más



bonito que la columna de una iglesia. ¡Oh, una casa toda de cristal rosa! —No, es de mármol. ¿Cómo hacen para pulimentarlo de esa manera? Brilla como el cristal. Las campanas sonaban, pasaban delante de una iglesia grande que brillaba con mil colores de fuego; la puerta, las ventanas estaban rodeadas de gemas dispuestas como para figurar unas imágenes santas, las paredes estaban contrachapadas de mármol rosa, blanco y verdoso. Las campanas sonaban y de la puerta abierta —de la gran puerta dorada, adornada, semejante a mil encuadernaciones del Evangelio pegadas juntas—, de esta puerta salía una música, un canto de cien voces de

ángeles. En esta plaza delante de la iglesia los peregrinos cayeron de rodillas, se santiguaron con devoción, sin atreverse a entonar ningún cántico.

¡Dios mío!, ¿nos dejarán entrar en una iglesia semejante para oír mejor los cantos? Los que podían ver la puerta de frente, distinguían, a través de una bruma azulada, el fuego de mil velas, debía haber una luz como a pleno sol.

La mañana era templada; por encima de los tejados de las casas y de las cúpulas de la iglesia, jirones de cielo azul se movían lentamente entre nubes grises y el viento del mar adentro traía grandes gaviotas blancas que planeaban a ras de los tejados. Las cúpulas

recubiertas de oro brillaban con un resplandor frío y suave. En los coros las voces graves y las voces cálidas se unían en una armonía tal que en la plaza el aire parecía vibrar; era como si una sola voz, sobrehumana, cantara en varios tonos a la vez, desgarradora y alegre y serena y triste, una sola voz que no era sino un gran río de alegría en Dios. Maravillados por los cantos piadosos los peregrinos se santiguaban y se postraban y muchos lloraban de alegría. Pero muy pronto los sacristanes cerraron la puerta. ¿Por qué, preguntó fray Bernabé, no nos dejan entrar? En las calles y en la plaza no había nadie, sino un grupo de soldados rubios y

bigotudos, con cascos puntiagudos y armados con lanzas ligeras. El sacerdote normando dijo que no era conveniente interrumpir el santo misterio de la misa y que los peregrinos habían oído ya misa en el campamento; pero que iba a llevarlos en seguida a un convento donde los monjes les habían preparado una comida. —¿Estamos aquí nosotros, dijo fray Bernabé, para llenarnos la panza? ¿Nos toman por hambrientos? Hemos venido aquí para visitar los santuarios y para rezar en las iglesias. Tenía la voz tan fuerte que le bastaba elevarla un poco para que la gente de su alrededor se volviera. Los soldados apostados en el otro extremo de la plaza

acudieron.

No os inquietéis, amigos, les dijo el sacerdote, este monje es un hombre respetable y es originario de nuestro país: es de Rouen. —De Bayeux, corrigió fray Bernabé. El cura se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia los soldados. —¿No vais a molestar a un buen normando? Nos vamos de aquí inmediatamente. Los soldados miraban a los peregrinos con un cierto desdén irónico; el jefe dijo: Está bien, os acompañamos.

—¿Por qué demonios, dijo el sacerdote en voz baja a fray Bernabé, decir que erais de Bayeux? Son precisamente las gentes de Rouen las

que detestan a los de Bayeux. —¡Dios mío, si hay que venir hasta Constantinopla para encontrar a gentes de Rouen que detestan a los de Bayeux!... ¿Y por qué esos soldados quieren acompañarnos? ¿Hay algún peligro? —No, dijo el otro, con una ligera sonrisa burlona, pero las autoridades de la ciudad ordenan que se evite todo desorden: creen que las gentes que rezan en latín tienen un carácter demasiado vivo. En este momento todos los ciudadanos están en las iglesias, así que es preciso que no haya ruido en las calles.

Todos iban por unas calles bonitas y tranquilas con casas de piedra pintada y

pasaban por unas plazas con fuentes de mármol esculpido con estatuas representando hombres desnudos. Las fuentes tenían cuatro chorros, diez chorros, eran como unas columnillas de agua transparente y brillante que caía en unos pilones rosas y lisos con reflejos de perlas. Palomas blancas y grises descansaban en las estatuas, daban saltitos sobre el pavimento rosa y gris, o revoloteaban perezosamente para ir a meterse en las ventanas enrejadas de las casas. En las ventanas de los pisos superiores colgaban unas cortinas rojas y amarillas, ligeramente agitadas por el viento. En las escaleras, delante de una iglesia con un pórtico brillante de

colores azul y oro, estaban sentados unos mendigos, con escudillas de madera y muletas, mendigos que iban casi mejor vestidos que los peregrinos cruzados.

Los hombres rodeaban al sacerdote normando (se llamaba el padre Alberto) y le preguntaban: ¿No tiene tiendas esta ciudad? Nos habían dicho que era una ciudad muy rica donde se vendían toda clase de cosas. —Es cierto, dijo el sacerdote, pero por donde os llevo son los barrios residenciales y no los barrios de los comerciantes ni los barrios pobres, la ciudad es demasiado grande, no podréis ver todo. —Nos gustaría ver, dijo Santiago, ver las



tiendas de tejidos, hay muchos tejedores entre nosotros. —Y los talleres, dijo Gerardo el Arrendajo, nos gustaría ver los talleres y cómo son los telares. —Eso no puede ser, dijo el padre Alberto, lo menos tardaríamos tres días. No tengo permiso para enseñaros las tiendas.

—¡Qué ideas más estúpidas, dijo fray Bernabé, os traemos para ver las santas iglesias y ahora queréis ver los telares! ¿No habéis visto bastantes quizá? ¡Hoy no sois tejedores sino soldados de Jesucristo! Al oír estas palabras los soldados normandos soltaron la carcajada diciendo que Jesucristo debía ser muy pobre para tener necesidad de tales soldados.

Santiago les dijo: ¿No habéis visto la cruz sobre nuestros hombros? ¡Jesucristo no fue nunca rico y tampoco es el rey de los griegos! —¡Mirad esa especie de mocito picardo! ¡Los turcos saben ya lo que valen vuestras cruces! Y se reían, y los hombres de Arras, tratados erróneamente de picardos, no sabían si debían replicar, todavía no habían peleado con una banda de soldados armados.

Seguían andando. La ciudad era tan grande que parecía que ni en dos días hubieran dado la vuelta completa. Y eso que sólo visitaban los barrios residenciales. La gran basílica de la ciudad estaba dedicada a santa Sofía,

una gran santa chipriota, explicaba el padre Alberto, una viuda que vivía en tiempos de los emperadores paganos y que tenía tres hijas llamadas Fe, Esperanza y Caridad. Esta viuda noble, sus tres hijas y la sirvienta llamada Agataclea fueron martirizadas juntas el mismo día, el ocho de septiembre. Jamás los griegos invocaron en vano a estas santas mártires y por eso esta basílica es la más grande y la más bella de toda la cristiandad.

—¿Podremos entrar en ella? —Sí, podréis entrar; la misa ha terminado, pero podréis asistir al oficio de laudes. Tened cuidado de no hablar en voz alta, pues los griegos son muy religiosos, en

sus iglesias reina siempre un silencio tal que cuando los coros dejan de cantar se oye el crepitar de las velas.

Lo que constituía la belleza de esta basílica de santa Sofía, nadie podría describirlo, ni siquiera los ángeles del cielo. Sin embargo, los peregrinos tenían ya la vista fatigada después de ver tantas cosas bellas. Pero en esta basílica tan amplia que se hubieran podido meter en ella tres iglesias con sus campanarios, en esta basílica de veinte capillas ardiendo con la luz de las velas blancas; de cien candelabros de oro colgados de las bóvedas con doce lámparas cada uno cuya llama brillaba a través de pesadas lamparillas

de piedra de color; en esta basílica de cúpulas, columnas, bóvedas y muros cubiertos de mosaicos de piedras preciosas lanzando mil fuegos, los hombres más distraídos se quedaron sin respiración y no pudieron contenerse las exclamaciones de alegría; se olvidaban de las recomendaciones del padre Alberto. ¡Para ver esto hubiéramos hecho tres meses de camino y hasta tres años! Dios no encontraría mejor morada en el cielo.

La basílica estaba llena de fieles, gente bien vestida, empaquetadas y dignas, que miraban devotamente hacia el altar mayor, los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda. Los

sacerdotes, con largas vestiduras de seda violeta tejida en oro, oficiaban balanceando pesados incensarios dorados de donde se escapaba un espeso humo azul. El coro entonaba un cántico. No se sabía muy bien dónde estaba ese coro ni cuántas voces lo formaban, la voz era como un trueno o mejor dicho el ruido a la vez resplandeciente y sordo de una tormenta de verano, chaparrón, granizo, ráfagas de viento, o tempestad; pero como si la naturaleza entera no fuera más que canto, el cielo y la tierra resonaban, eran las trompetas de los ángeles y no voces humanas.

Aquel día la belleza hirió para siempre el corazón de María. Veía una

bóveda donde, en un cielo de oro suave a la vista como una caricia, unos obispos con vestiduras blancas adornadas de cruces negras blandían unas cruces y los Evangelios y abrían unos ojos muy grandes rodeados de un círculo negro. Veía guirnaldas de laureles verdes y negros y árboles de follaje oscuro cargados de frutos de oro, veía deslumbradoras palomas blancas sobre fondo de pedrería de color oro viejo y grandes cruces alzadas en el aire, y en medio de estas cruces había unos círculos donde aparecía un cordero blanco coronado con una cruz.

Veía sobre la pared a Jesucristo vestido de color violeta, andando sobre

las olas verdes y azules, y a san Pedro en medio de esas olas, tendiendo los brazos; veía el rostro de Jesucristo enmarcado en un círculo de oro y diamantes, un rostro delgado, hecho con piedras de color de luna, con una boca pequeña morada, cejas altas y ojos negros profundos, ojos que veían y sabían todo, pues a través de las piedras que los formaban pasaba la verdadera mirada de Jesucristo, dulce y terrible, lastimosa, severa, y como un poco extrañada. Jesucristo estaba allí, su verdadera mirada quemaba las pedrerías de la imagen, san Pedro estaba allí levantando los ojos hacia el Señor, y los largos pies blancos de Jesucristo



tocaban apenas las olas y en esas olas nadaban peces de colores, azules y rojos.

El cielo era de un color oro viejo y resplandeciente, y cerca de las olas se alzaba una capilla blanca de la que salía un hombre desnudo de carne gris cubierta de círculos rojos, era un leproso y otro Jesús vestido de color violeta le tendía la mano; tenía los mismos ojos, pero más dulces y más graves. Aquí también, María lloraba. ¡Oh, Señor, no me miréis así o mejor dicho miradme, miradnos y no nos olvidéis! Los coros cantaban, se paraban y volvían a empezar; y cuando cantaban, las imágenes santas parecían moverse.

Había unos ángeles grandes con túnicas azules como retorcidas por el viento, de inmensas alas extendidas, que tocaban las trompetas y tenían unos ojos espantosos, negros y profundos, que lanzaban fuego bajo la luz rojiza de las lámparas enormes.

Los dorados de las bóvedas temblaban, unas veces mates otras resplandecientes como un río bajo el sol; y en las cúpulas y sobre los muros y a lo largo de los pilares, María descubría cada vez nuevos rostros, pálidos y nobles, de bocas dulces y de ojos brillantes y tristes, y delante de cada uno le entraban ganas de caer de rodillas como si no estuviera ya de

rodillas, ¡y no solamente delante de cada rostro, sino delante de cada vestidura de santo hechas de un sabio entramado de cruces, de flores, de filas de perlas; delante de cada corona, de cada rama de palmera, de cada pescado de escamas violetas y verdes! ¿Sabía ella que así, de rodillas, se había arrastrado alrededor de un amplio pilar, después a lo largo de un muro, rozando los vestidos de las damas griegas que asistían al oficio?

María retrocedía lentamente, de rodillas, sobre las bonitas estrellas blancas, negras y marrones que cubrían el suelo de la gran iglesia. ¡Qué maravilla, qué felicidad, aquí los ojos

no podían posarse sobre nada que no fuera una maravilla, ni siquiera ese pavimento de mármol precioso! Las damas griegas, a las cuales había molestado sin querer, la miraban de reojo, discretamente, con ternura.

Cuando llegó el momento de salir de la basílica, María, llevada de su fervor, no se atrevía a ponerse de pie y se arrimaba al muro, los ojos abiertos desmedidamente, como si esperara que en ellos entraran todo el oro y todo el brillo de las imágenes santas y toda la majestad de la amplia nave circular con su cúpula resplandeciente de oro y sus grandes pilares. Jesucristo andando sobre las aguas y la miraba fijamente a

los ojos. ¡Oh, pobre cristiana!, ¿no has pensado todavía en mí? —¡Sí, sí, Señor, os lo juro! Por eso os reconocí. ¡Señor, dadnos la alegría de volveros a ver en Jerusalén! Todos estaban allí, delante de la basílica, en la gran plaza, arrodillados y adorando a Dios, y contemplando las puertas doradas, las columnas de mármol, los mosaicos de la fachada, sin cansarse de mirar un espectáculo tan santo. Y los fieles que salían de la iglesia pasaban ante ellos, se paraban un momento para observarlos y meneaban la cabeza sonriendo, aprobándolos.

María estaba en la primera fila; vio salir de la iglesia a una dama muy bella

vestida de seda roja oscura llevando de la mano a una niña con un traje tejido de flores de oro, de pelo rubio color oro pálido flotando sobre sus hombros; una niña bella como el sol, con sus mejillas delicadas, grandes ojos de color de miel, rasgos como tallados en marfil ¡debía ser la hija del Emperador! La pequeña (no debía tener más de cinco años) tiraba de la manga de la dama y miraba a los peregrinos con sus ojos vivos, en esto cogió del bolsillo de la dama un paquete marrón y se lo puso a María en la mano: era algo duro y seco, probablemente una golosina. Y cuando María vio a su lado a aquella niña llena de oro y flores y perfumes, y vio su

mirada recta y seria de niña buena, le invadió una ternura tal que apretó entre sus brazos a la pequeña y la besó en las mejillas. La niña rió con alegría y volvió al lado de su madre, que le arregló el vestido y le enjugó las dos mejillas con la punta de su velo.

María seguía deslumbrada, con la dulce limosna en su mano. ¡Qué niña más hermosa!, dijo Isabel, es seguramente la hija de un gran señor. — ¡Es la Santísima Virgen niña!, dijo María. Y se llevó la mano a su rostro como para volver a tocar las tiernas mejillas rosas, más tiernas, más frescas, más sabrosas que los pétalos de las flores. María contempló un instante el

dulce, con respeto, y lo ocultó en su corpiño; cerca de su corazón. ¡No, no lo comeré, no comeré esta limosna, el angelito que creía que yo tenía hambre, que Dios la bendiga!

Era cierto, sin embargo, que ella tenía hambre, pues a causa de la excitación no había comido nada en todo el día, pero este hambre no se parecía a ninguna otra. Todavía hubiera ayunado un día entero, a pesar del dolor de cabeza, de los ojos ardientes y el estómago dolorido por los retortijones; a María le desfallecía el corazón de amor, no tenía más ganas de nada, sino seguir contemplando la gloria de Dios.

Los peregrinos estaban sentados en



una plazuela, a lo largo de un muro de un convento. El muro era alto y rosa, con almenas, y unos altos cipreses surgían de detrás del muro y sus copas se balanceaban al viento. Cerca de la puerta había una fuente de piedra blanca y, enfrente, casas de muros altos y lisos con ventanas de cristales azules y verdes. La gente que pasaba a pie y a caballo miraba con curiosidad el grupo de peregrinos. Algunos se acercaban y preguntaban a los soldados normandos lo que significaban los dos estandartes con las cruces apoyados contra el muro; otros sacaban la bolsa del bolsillo para dar una limosna. Fray Bernabé explicaba por signos que los peregrinos

no aceptaban dinero, lo que parecía extrañar a los caritativos burgueses. — ¿Y por qué, preguntaba el padre Alberto, no lo aceptáis? Esa gente quiere hacer una buena obra. —Que organicen una colecta y que envíen el dinero al campamento. Aquí hemos venido para adorar a Dios y no para mendigar.

Hasta entonces jamás fray Bernabé había rechazado una limosna; pero porque veía a sus peregrinos tan mal vestidos, porque los criados de los burgueses le parecían más elegantes que unos grandes señores, le había dado una especie de orgullo al revés. —Decid a esa gente que por la buena intención que han tenido nosotros rezaremos por ellos.

Pero que no nos falta de nada.

Sin embargo, esa serie de hombres y de mujeres que llevaban negros los pies, parecía más bien que carecían de todo. Estaban cansados de haber andado todo el día a través de una ciudad donde cada casa, cada cruce de calles les hacía dar gritos de asombro, cansados por el abatimiento y la emoción, empezaban a ahogarse en esta ciudad más grande que una selva, se sentían como animales de los campos encerrados en una casa, leguas y leguas, les parecía, sin un campo, sin un prado, se anda durante horas sin ver el final de la ciudad, es como un sortilegio.

Los de más edad tenían los ojos

atontados como los borrachos, los jóvenes por el contrario estaban devorados por la necesidad de agitarse, de ver todavía nuevas maravillas. El día declinaba. ¿Hay que volver al campamento? Está demasiado lejos, las calles estarán todas cortadas con cadenas y las puertas cerradas. Iremos, dijo el padre Alberto, a una explanada desde donde se puede ver el puerto y allí pediremos albergue en un hospicio de peregrinos. Lo llevan unos mercaderes de Venecia que lo cargarán en la cuenta del Emperador: él se ocupa de todos los peregrinos cruzados, no tendréis que pagar nada.

Los soldados normandos —eran diez

y el capitán— debían haber encontrado el medio de beber vino, pues a esa hora empezaban a mostrarse groseros, intentaban ponerse al lado de las mujeres y las importunaban con gestos obscenos. Las mujeres no se atrevían a provocar un escándalo en medio de la calle; después la Corneja, agotada la paciencia, se puso a llamar a gritos al jefe de los soldados: ¡Están pensando en las musarañas o qué, especie de gran rodrigón? ¡Vigila a tus hombres, no estamos en país conquistado! ¡Si quieren pelea, tenemos más de sesenta hombres! Al oír estos gritos, los hombres, alarmados, comprendieron que se metían con sus mujeres, dieron media vuelta

con la intención de arreglar las cuentas a los soldados, que inmediatamente adelantaron las lanzas. —¡Eh, tú, camarada Giraud, dijo el padre Alberto, calma a tus hombres, si pasa algo somos tú y yo quien pagaremos! Los soldados levantaron las lanzas, pero no por eso se callaron, hiriendo los oídos de las mujeres con las palabras más vergonzosas. Los hombres les gritaban: ¡Tirad las lanzas, especie de cobardes, y veremos si sois tan fuertes con los puños! —Por san Eloy, dijo fray Bernabé, decidles que se callen, cura, hubiera sido mejor que nos hubieran escoltado los turcos. —¿No habéis visto nunca unos soldados?, dijo el padre

Alberto. Esas mujeres no han sido educadas en casas buenas, que yo sepa.

—Todavía menos en cuarteles. Son unas honestas cristianas, todas casadas. Yo no llevo lanza, pero llevo la cruz sobre un buen palo de roble. El jefe de los soldados terminó por obligar a sus hombres a andar diez pasos delante del grupo de los peregrinos, pero unos y otros estaban furiosos, y las mujeres estaban inquietas: ¡quién sabe si esos normandos no tienen una compañía entera de camaradas que, cansados de las mujeres griegas, han hecho un complot para llevarse a las cristianas venidas de Francia! ¿Y si todo esto no fuera más que una trampa? La

admiración de hacía un momento se convertía en angustia.

Después, llegaron a una inmensa terraza donde se alzaban dos palacios de piedra rosa y con columnas coronadas de animales alados. Desde la terraza, una calle ancha en escalinatas descendía hacia otro barrio de la ciudad que debía ser el puerto. Pues detrás estaba el mar, un mar color de plomo y estaño con reflejos blancuzcos y, en la orilla, una especie de ciudad en movimiento, centenares y centenares de mástiles, grandes y pequeños, un balanceo ligero de mástiles en una amplia bahía blanca, con filas de barcas negras a lo largo del muelle. A lo lejos, el mar se perdía en



una bruma cortada por una larga línea azul oscura. En el extremo del muelle una luz pálida se encendió, después se vio como el centellear de unas estrellas sobre la banda azul por encima del mar. ¿Unas estrellas? No, son las señales de la fortaleza de la costa. Aquello es la provincia de Nicea. Los peregrinos miraban, sin comprender mucho, y una vez más era como si les enseñasen unas estampas: el amplio puerto, y sin embargo tan pequeño, con sus barcos no mucho más grandes que unos zuecos, y esa costa lejana en la bruma de la tarde detrás de ese mar que cambiaba tan rápidamente de color y se volvía pálido y plateado bajo un cielo blancuzco de

nubes de plomo con reflejos malva. ¡Aquella costa era donde tenían que llegar, después de haber cruzado el brazo de mar en barco! El viento de mar adentro soplaba trayendo los olores del puerto, los toques de las campanas, gritos lejanos. ¿Lejos, cerca? En la ciudad, las cúpulas doradas brillaban entre las torres y los tejados oscuros y las matas negras de los jardines y los almocárabes de los muros y unas calles tortuosas.

Aquello ¿es el país de los turcos? No, es un país cristiano; pero los turcos están a diez leguas de allí, en Nicea. Parecía extraño que aquella costa, negra en este momento, sembrada de señales

intermitentes, fuera tan tranquila, parecía que de un momento a otro pudiera empezar a arder. ¿Está lejos de allí Jerusalén? Casi tan lejos como Arras de Constantinopla. ¡Dios mío!, los que pasaron por allí hace seis meses, ¿dónde estarán ahora? Allí nos esperan sus almas para acompañarnos por el camino de Jerusalén. Cincuenta mil almas, quizá, o cien mil. ¡Señor Jesús, ojalá tuviéramos alas y desde aquí pudiéramos volar directamente sin esperar los barcos! ¡Y con las almas de nuestros hermanos por estandarte atravesáramos esta tierra negra y lleváramos el gran fuego que quemase hasta el último de los turcos!

El hospicio veneciano era una especie de cercado grande de paredes de ladrillo, con unos cobertizos de madera adosados a las paredes. Como estaban en plena obra, cerca de la entrada se amontonaban un motón de vigas, ladrillos y cubos de cemento. El hermano converso que recibía a los peregrinos y hablaba un normando bastante malo, aseguró que de allí a un año el hospicio de los Venecianos sería el mejor de la ciudad extranjera y el más barato. —Muy bien, dijo fray Bernabé, asistiremos a las vísperas y a las completas en vuestro convento y no les molestaremos más. Le dijeron que el convento era muy pequeño. El padre

Alberto recitó los oficios al aire libre, a la luz de las antorchas y de una hoguera.

—¡Ah, qué día, Santiago! Me siento con diez años más. ¡Dios te guarde! ¿Entonces, tienes veinticinco años? Santiago reía y ella también. —No, Santiago, ni veinticinco ni quince, sino mil como el pobre san Juan. María se puso seria. —El alma envejece de distinta manera que el cuerpo: he aprendido tantas cosas que creo que ayer era todavía una niña. Pues hemos visto una imagen verdadera del Paraíso, Santiago.

Santiago meditó. —Es porque estas gentes son tan ricas, aquí, que pueden poner oro por todas partes, y piedras

finas... ¡Qué hermoso! Un solo candelabro vale todo el tesoro de la iglesia de Arras. —No, sabes, no, escucha, una imagen, Santiago, una imagen es una cosa verdadera, el sol que se refleja en el agua es una imagen pero es de verdad, ¿comprendes? María sacó del corpiño el dulce de pasas y se lo enseñó a su marido. —¿Ves esto? No lo comeré, se puede conservar mucho tiempo. Se lo daré a nuestro hijo cuando eche los dientes. —¡Ni siquiera estás embarazada! —Puede que sí. Se lo daré a nuestro hijo para que le dé buena suerte. —¿Por qué no a mí? María levantó los ojos y vio el rostro de Santiago quemado por el sol y

sonrosado por la luz lejana de la hoguera. —¡Qué hermoso eres, Santiago! Veo todo con ojos nuevos, incluso a ti: veo el rostro que tendrás tú en el Paraíso. Mira, repartámoslo, es el pan de los ángeles, estará en mí y en ti. Entre los dos se comieron el dulce de pasas y de higos secos, era duro y un poco soso, muy perfumado, no demasiado bueno, pero a ellos les parecía que comulgaban: no con el cuerpo del Señor sino con un misterio santo y un poco pagano al mismo tiempo. Pensaban en el país de los turcos, allí, detrás del abismo negro del mar, detrás de las luces intermitentes de las últimas fortalezas cristianas; y

pensaban en la alegría que sería tal vez el martirio, y en las almas de los muertos que ardían allí, en la otra orilla, como cien mil antorchas invisibles.

Era una noche de luna llena; entre las nubes dislocadas por el viento, la cara redonda, pálida y brillante de luz, surgía de vez en cuando y proyectaba a su alrededor unos reflejos plateados o como unos regueros largos y lechosos parecidos a unas playas de arena blanca.

Fray Bernabé, sentado cerca del fuego de brasas rojas, echaba de vez en cuando ramas secas para mantenerlo hasta el amanecer. El padre Alberto, con los codos en las rodillas, los puños en el mentón, miraba las llamitas amarillentas



que corrían por las ramas. —Si yo no tuviera miedo del viaje, decía, hace mucho tiempo que hubiera vuelto al país. Y vosotros que podíais haberos quedado allí, os precipitáis como locos, miles y miles de personas ¡y en qué condiciones! ¿Se vive tan mal allí, ahora? —¿Mal? No lo sé. ¿No habéis oído hablar del hambre de hace dos años? —Sí ¿y qué? El hambre llega cada diez años, no más a menudo, y se olvida de prisa. ¿Creéis que esta gente no pasará hambre una vez llegados allí?

—¡Qué sé yo! Los barones son ricos, no nos abandonarán.

—Los barones son falsos cruzados, dijo el sacerdote, que quieren

aprovecharse de vosotros y enriquecerse a vuestra costa, Es lo que todo el mundo dice aquí.

—¿Crees que nuestros pobres aspiran a ganar besantes de oro y tierras? Dejemos eso a los hombres de poca fe, nosotros queremos más.

—Es una locura, dijo el padre Alberto. Yo he estado de capellán en el ejército de Paflagonia. Los caminos de los países adonde vais son duros, la tierra pobre, os costará mucho trabajo viajar por allí. ¡Bonita herejía decir que un hombre no puede obtener el perdón de Dios en el país donde Dios lo hizo nacer! ¿Es que los pobres de Dios tienen necesidad de ir a mil leguas de su país

para ser perdonados?

—¡Y quiera Dios, cura, quiera Dios que al cabo de mil leguas sean perdonados! ¿Crees que no los conozca yo a los pobres de Dios? Hace diez años que vivo con ellos, por todos los países, en la pena y en la alegría, pues hubo un día, padre, en que Jesucristo se me mostró bajo los rasgos de un pobre pecador. Yo era monje en una abadía y sólo veía a otros monjes que cantan la misa. Era más fácil que vivir con los pobres, pero era un lugar de perdición. Tú también, padre, llevas una vida de perdición. En nuestros días hay que dejar todo por Jesucristo.

—Yo he visto a más de uno como tú,

dijo el sacerdote, y hasta he visto a Pedro, el santo hombre. ¿No es por su culpa por lo que tantos pobres se hicieron matar a veinte leguas de aquí, en la otra orilla?

—Miserables de nosotros, padre, ¿qué sabemos nosotros de los designios de Dios? Si él nos quiere mártires, lo seremos. ¿Conocéis acaso a los pobres? Los reyes y los barones y los obispos les dan pan y se creen caritativos. Les dan pan y el pueblo sigue siendo pobre. Pues les cogen el trigo que ellos siembran y hacen crecer y no les devuelven más que la décima parte y se creen justificados delante de Dios. Pero no los censuro, pues podrían no dar nada

absolutamente. Les dan pan y dicen: rogad por nosotros; y piensan que las oraciones de los pobres tienen fuerza ante Dios y que las almas de los pobres se llevan la mejor parte. Así pueden enriquecerse tranquilamente a costa de ellos.

—Es cierto, hermano, que los pobres se llevan la mejor parte. Jesucristo lo dijo. Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja...

Algunos peregrinos, entre los de más edad, no pudiendo dormir, se habían acercado a la hoguera para calentarse los pies. Fray Bernabé echó unas ramas en las brasas y un puñado de paja, y las llamas crepitaron, iluminando los

rostros de los hombres, rostros hirsutos, embrutecidos por el cansancio, agrietados por el viento y el sol. El padre Alberto lanzó una mirada interrogadora a su compañero.

—No, padre, lo que yo digo puedo decirlo delante de todo el mundo. Bien decís: es más fácil a un camello... ¡pero qué me importa a mí que los ricos se condenen, yo no soy ni su capellán ni su confesor! Los ricos se quedan con la tierra y dejan el cielo para los pobres. Pero es una gran mentira, pues los pobres también se condenan, y mil veces más, pues hay mil veces más pobres que ricos. Los pobres son sobre la tierra la imagen de Jesucristo y esta imagen es

profanada en ellos, y ellos la manchan y la pisotean, y son desgraciados en esta vida y lo serán también en la otra.

El sacerdote escuchaba, mirando a los viejos peregrinos con compasión. Él era un hombre fuertemente constituido y bien alimentado, un buen normando rubio, de nariz respingona y de mentón bien afeitado con un hoyuelo en el centro. Llevaba un hábito de lana marrón y buenos zapatos de cuero.

—Vuestras palabras son duras, hermano, dijo. A los que son desgraciados en la tierra Dios les ha prometido el perdón.

—Mira cura lo que te voy a decir: Dios no ha prometido jamás a nadie

nada semejante, y si no es fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, la cosa no es mucho más fácil a un ratón. A todos vosotros os gusta creer que los pobres son un rebaño de ovejas. Y que no están dados a todos los vicios de los ricos, que no tienen la sangre tan caliente ni la cabeza tan dura ni el corazón tan violento. Y que lo único que tienen que hacer es dejarse esquilmar y desollar, y dejar a los señores que violen a sus hijas y al juez que los cuelguen por robar un cordero. En verdad, el juez injusto se condena, pero el hombre colgado por un cordero robado no morirá cristianamente y se condenará también.



En verdad, los pobres tienen la rapacidad del lobo y la astucia del zorro y la lubricidad del macho cabrío, no digo que todos los pobres sean así, pero muchos sí, pues la miseria nunca ha hecho a los hombres mejor. Es fácil no mentir cuando no se tiene miedo, no robar cuando no se tiene hambre. Pero quien se acostumbra a mentir y a robar muy pronto llega a ser como un animal.

Yo he visto a madres vender a sus hijas, he visto a madres abandonar a su recién nacido en los campos, he visto a hombres mutilar a sus hijos para poder mendigar mejor. He visto a hijos dejar morir de hambre a sus padres viejos porque ellos mismos tenían hambre; y a

diez leprosos reunirse para robar y violar a una joven; y a chicos mayores robar las limosnas de los ciegos; y a tullidos torturar a niños y atarlos con una cadena para que no huyan con la limosna. Yo he visto a gentes que mendigaban refugio a unos campesinos y huir por la noche llevándose el último saco de harina. El rico que roba al pobre no sabe lo que hace, pero el pobre que roba al pobre es como el que come carne humana.

Y hasta he visto a hombres que atraían a los niños a los bosques para comerlos; al principio lo hacían porque tenían hambre, después porque les gustaba.

Yo he visto a hombres traicionar a sus amigos porque les prometían pan, yo he visto a otros que comían el pan de los soldados en el patio mientras que los soldados estaban con su mujer dentro de su casa. Y otros, cura, se torturaban la mente para inventar canciones y danzas obscenas, haciendo de bufones delante de los soldados para ganarse un poco de pan... Ancho es el camino, grande es la puerta que lleva a la perdición, y muchos, muchos son los que van por él. Seguramente hay que censurar a los ricos de todo esto, y de ello responderán, pero cada hombre no tiene más que un alma y si el alma del pobre se pierde, poco le importa que la del

rico se pierda también. Pues hoy, es demasiado tarde ya, no es de pan de lo que los pobres tienen necesidad.

...Lo que Jesucristo no ha revelado, padre, es que ha llegado el momento de arrancar el apósito de la llaga que se pudre. Los que han tomado la cruz han aceptado el sufrimiento por Jesucristo; por el hierro al rojo vivo de las pruebas la podredumbre será destruida, los que resistan hasta el final se salvarán.

—El sufrimiento, dijo el cura, es también una ocasión de caída; si en el desierto tenéis hambre, ¿no serán tentados vuestros hombres de vender a sus mujeres a los soldados y hasta a los turcos?

Fray Bernabé levantó la cabeza. — ¿creéis que no he pensado en ello? Si pesáramos todos los peligros no nos moveríamos nunca del mismo sitio. Aullar con los lobos, como se dice, pues con los hombres piadosos que cantan cánticos los lobos se pondrán a cantar también los cánticos. Solo, el hombre es débil, pero juntos seremos fuertes, es Jesucristo quien nos lleva.

Ésta es la revelación de nuestro tiempo y esto es lo que Jesucristo dio a conocer a Pedro: por haberse sometido a la sabiduría de los hombres, los cristianos se han hecho semejantes a los paganos; no hay más salvación para los hombres que en la locura. Lo que

nosotros hacemos es una locura a los ojos de los hombres.

Turbado, el sacerdote miraba al monje, admirando su rostro bello, huesudo y barbudo, sus grandes ojos ardientes como los de un animal de presa. —En ti había, hermano, madera de abad o de un obispo, tú hubieras hecho honor a nuestra provincia.

—Los abades y los obispos son hoy los criados de los grandes de este mundo. Tú también eres su criado. Ven con nosotros, tenemos necesidad de sacerdotes. Tú conoces el país, hablas griego, tus consejos nos serán útiles.

El padre Alberto dijo que él dependía de sus superiores y no podía

irse de Constantinopla sin permiso de su obispo. —Tú tienes la palabra. Jesucristo es el primero de todos los obispos.

Al amanecer los peregrinos pasaron una vez más por la explanada y vieron un mar deslumbrador de color de oro pálido y unas velas rojas y grises balanceándose sobre el agua rosa del puerto. Son, dijo el padre Alberto, los barcos venecianos que aparejan para Esmirna. —¿Y los nuestros? ¿Cuándo nos dejarán embarcarnos? El sacerdote se encogió de hombros. —Lo más pronto, dijo, sería lo mejor, pues esta época sería buena para la marcha, pero parece ser que los barones esperan

refuerzos. Entre nosotros, dijo en voz baja a fray Bernabé, el Emperador está furioso contra ellos porque no quieren seguir sus consejos.

—¿Y qué clase de hombre es ese emperador? ¿Le habéis hablado? El padre Alberto se signó. —¿Yo? Ni siquiera el jefe de nuestro regimiento. ¿Creéis que es fácil llegar hasta el Emperador? Las gentes de aquí, incluso las más nobles, ¡se postran para saludarlo! Es tan orgulloso que obliga al mismo patriarca a inclinarse ante él. Pues es el hombre más amplio y más generoso que exista, pero en cuanto al orgullo es semejante al mismísimo Lucifer.



El padre Alberto había llegado a Constantinopla hacía ocho años con un grupo de mercenarios normandos; al principio la riqueza de la ciudad le había gustado, ahora ya estaba acostumbrado y no veía más que los defectos de los griegos que, según él, eran orgullosos, afectados, desconfiados, piadosos —tenía que reconocerlo— pero piadosos a su manera, pues desdeñaban a la gente que rezaba en latín. Y sus obispos, decía, nos tratan hasta de cismáticos, lo que es una verdadera herejía. —¡Déjalo, padre! Esas son querellas de príncipes y disputas de ricos. Todo el mundo sabe que no pueden dejar de disputarse: es la

ley del siglo.

Santiago miraba con desconfianza la gente que pasaba por la calle, gente pequeña, menuda, morena, vestida con una humillante elegancia; miraba con los ojos de un tejedor y valoraba la belleza del hilo y la fineza de la trama y se decía: para la vida de la hija de un conde no se haría nada mejor, y esos son burgueses y ni siquiera es un día de fiesta. ¡Esa gente está loca, qué dinero gastan nada más que en las casas y en vestirse!

Llegó el momento de volver al campamento. A los que habían visto la ciudad les parecía que habían estado ausentes del campamento una semana,

les parecía extraño volver a verse en medio de las pobres carretas dispuestas en tiendas de campaña y en medio de las tiendas hechas con pieles agrietadas.

Volvían a verse en medio de las tres muías flacas y el burro tiñoso, volvían a ver las marmitas colgadas sobre las hogueras, a las mujeres chapoteando en el barro alrededor de las cubetas de madera, los harapos mal lavados tendidos en las cuerdas entre las carretas. —¡Nunca podrán deciros lo que es en realidad!

¡Es tan bello que incluso soñando con el Paraíso no os hubierais imaginado eso, es como una ciudad hecha con urnas y relicarios, con los

más bellos ornamentos de iglesia, tan grandes como casas! Y se ven hombres gigantes y caballos gigantes hechos de oro e incrustados de piedras de colores, y calles enteras pavimentadas con cruces y con estrellas, y fuentes de mármol tan pulido que parece que son de cristal, y muros enteros brillantes de joyas. Y la basílica es tan grande que dentro de ella podrían construirse tres iglesias, y todas sus bóvedas están cubiertas de oro y de pedrería formando imágenes santas, y sobre los candelabros y las lámparas y las cruces hay tantas piedras preciosas rojas, azules, verdes, violetas, tantas piedras que lanzan rayos, que al mirarlo todo

eso tiembla y se desdobla ante vuestros ojos y empiezan a verse visiones celestiales. Y sus cantos son como los cantos de los ángeles, no se puede creer que los hombres puedan producir sonidos tan maravillosos de oír. Total, todos contaban, cada uno a su manera, el milagro extraordinario de esta ciudad, tan bella y tan grande, tan grande que aun andando todo el día no se llegaría a dar la vuelta completa...

Ahora me doy muy bien cuenta, dijo María a san Juan, que tú estás loco de atar: estuviste ya en esta ciudad y no me lo has contado. ¿Es que además eres ciego?

—Sí, verdaderamente, dijo el loco,

ciego a todo lo que no es luz sobrenatural. Y allí no vi ninguna luz divina.

—Yo, dijo María, vi mil luces divinas.

San Juan guiñó los ojos, haciendo un esfuerzo, como para recordar. —No. No vi nada. A mi alrededor, todos daban gritos enormes y se desmayaban de alegría. A mí, la luz que emanaba de mi rostro me cegaba la vista y no me dejaba ver. Iba andando como en un sueño. En la iglesia de Santa Sofía vi unas llamas deslumbradoras que descendían sobre mí y no veía más que luces y luces y yo cantaba con los coros. Después sentí que mi voz apagaba la voz de los coros y

llenaba toda la basílica y que yo llegaba a ser tan alto que con la cabeza tocaba la cima de la cúpula. Y después el Espíritu Santo me arrebató y perdí el conocimiento.

María meneó la cabeza. —Pobre chico, realmente hay en ti un espíritu, pero no es el verdadero Espíritu Santo, aunque tampoco sea un espíritu malo.

—¿Pero cómo quieres, María, cómo quieres que yo no pierda a veces la razón? ¿Es posible que un pobre cuerpo pueda soportar en él un espíritu tan grande? ¿Y vivir desde hace mil años y no morir jamás y no tener más que esta cabeza que me duele tanto? ¡Hay días que la cabeza me estalla con todos los

pensamientos que me vienen a ella y que no puedo decir!...Bueno, camarada, preguntaba Baudry a fray Bernabé, ¿es cierto todo lo que ellos dicen? ¿Es verdaderamente tan hermoso? —Ya lo verás tú mismo cuando te toque el turno. Es hermoso. Pero no te dejes llevar por las apariencias, pues hasta en las iglesias hay mucha pompa mundana y con todo el oro y todas las piedras preciosas que las adornan hubieran podido dar de comer a todos los pobres del país durante cien años. Una sola piedra de ésas vale cien sacos de trigo, el obispo lleva sobre él el hambre de una provincia grande. Y la riqueza no dará buena suerte a esas gentes



orgullosas, pues es por su orgullo por lo que Dios les ha enviado a los turcos.

El miércoles de ceniza Pedro vino en persona a predicar la Cuaresma, había establecido su campamento no lejos del de los barones flamencos, y todos, soldados y civiles, venían a asistir a sus sermones. A causa de ello, abandonaban los oficios divinos, por lo que los sacerdotes y los obispos estaban bastante descontentos. Un hombre que ni siquiera es sacerdote, decían, y quizá tampoco monje, ¿puede estar investido de una autoridad suficiente? Que predique, pero que no lo haga a las horas de los oficios divinos. A lo cual las gentes contestaban: ¿puede este

hombre santo controlar al Espíritu que habla en él y decirle que se calle cuando llega la hora de vísperas?

Sus palabras eran tan piadosas que hacían llorar hasta a los mismos obispos. Pues a principios de esta Cuaresma, él había recibido el don de las lágrimas y lloraba en alto sobre los pecados y las desgracias de los cristianos y sobre la gran desolación de Tierra Santa. ¡Nuestra verdadera Patria, la tierra donde cada guijarro es más precioso que los tesoros de Constantinopla, los caminos que los pies muy puros de Nuestro Señor han pisado y que ahora pisan los caballos de los paganos, que están enrojecidos de

sangre cristiana! Que en esta Cuaresma, antes de cruzar el mar, nos preparemos dignamente a este gran honor que Dios nos ha hecho: ¡que su Patria sea liberada y purificada por nosotros! ¡Seamos fuertes, no olvidemos a los mártires que nos han abierto el camino! Pedro lloraba y los soldados más endurecidos lloraban con él. Incluso los mismos caballeros caían de rodillas y hacían penitencia. Y los que se habían puesto en camino para obtener la remisión de pecados graves o los que los habían cometido en el camino, se descalzaban y se quitaban la camisa y se hacían flagelar por los sacerdotes. De esta manera esperaban obtener el permiso de comulgar el

Jueves Santo o el domingo de Pascua.

En esta ocasión Elías el Picoso fue liberado de sus ataduras y pudo también tomar parte en la procesión de los flagelados. Se daba golpes de pecho por su culpa y juraba que nunca más caería en el pecado; pero el cura del arrabal le dijo que sólo le daría la absolución el día que hubiera dado pruebas de su entrega a Jesucristo. Pues sabía que Elías era un hombre que cambiaba fácilmente de humor: se había hecho cruzado sinceramente, pero en su calle había estado sin trabajo varias veces por insultos y peleas. —¡He aquí a un penitente, dijo el capitán de máquinas de tiro, mirando la ancha espalda desnuda

del Picoso, he aquí a un penitente que se le podría emplear muy bien como picapedrero! ¿Qué oficio hacía en su país? Y cuando lo supo dijo que era desperdiciar material emplear a un hombretón así en los telares. — Dejádnoslo, maestro Baudry, hombres como él nos hacen falta para llevar la carga y picar las piedras para las balas de cañón. — Un peregrino no es un caballo, no lo cedemos. Nosotros también tenemos necesidad de él.

Pero Elías, cuando se enteró, fue a ver al capitán. — Si podéis emplearme sin que tenga que dejar mi grupo, estoy de acuerdo con que me empleéis para picar las piedras; y hasta puedo ayudar

en las máquinas, pues las poleas y las cuerdas me las conozco muy bien. El capitán miró la cara flaca del hombre, con su perfil de lobo, su frente baja, sus ojos profundamente hundidos, apagados como el plomo, y pensó que efectivamente era un buen material desperdiciado. El Picoso tenía más de treinta años y no sería nunca un buen soldado. —¿Sabes manejar el hacha? — Las hachas también me las conozco. He sido leñador cuando no había trabajo en los telares. —Cuando hayamos cruzado el mar, vete a ver al maestro Martín que se ocupa de los lacayos.

Al final de la tercera semana de Cuaresma, cuando en el campo los

arbolitos delgados y graciosos como gacelas se llenaban de flores rosas, llegó un nuevo pecado en el campamento de Arras: la mujer de Bernardo, alfarero de Lens, se escapó con un soldado flamenco. Este pecado no tenía nada de sorprendente en sí, pero en un campamento de peregrinos cruzados y en plena Cuaresma, una acción semejante pareció escandalosa; Bernardo, hombre pacífico, se había vuelto rabioso de repente y fue a ver a Baudry y a fray Bernabé: ¡Es por culpa vuestra, nos habéis liado en esta peregrinación con un montón de soldados! La Martina no me hubiera dejado jamás sin esos malditos soldados que vienen a presumir

delante de nuestras mujeres. ¡Si no me la devolvéis, iré a quejarme al conde de Flandes! —Te la devolveremos, dijo Baudry, mañana estará de vuelta. Pero no sabía qué hacer: lo mismo había ocurrido en el grupo de peregrinos flamencos y las gentes del ejército habían dicho: Peor para vosotros si vuestras mujeres son ligeras y nuestros soldados muchachos guapos. —Con los soldados, dijo fray Bernabé, siempre tendremos nosotros la culpa.

Fue Alix la de los Treinta Escudos quien arregló la cosa, fue a ver a Martina al campamento de los flamencos y la asustó tanto —diciendo que su Dirck sería castigado, deshonorado y



marcado con hierro candente por adulterio— que la desgraciada mujer, llorando a lágrima viva, aceptó volver con su marido. —Prefiero morir, decía, moriré, pero no quiero que le pase nada malo a Dirck. Y Alix lloraba con ella. Al llegar al campamento Alix dijo a Baudry: Sobre todo, que no se le hable de ello, ha hecho una buena acción, pues ama verdaderamente a ese chico.

—Tú, dijo Baudry, te enterneces porque una mujer ha obrado como una puta. Deberíamos atarla y azotarla por lo que ha hecho.

Alix dijo: Yo creía que eras bueno.

—Eres tú, mujer sin honor, quien me hace ser malo. Si tú te hubieran

arrepentido verdaderamente, hubieras debido desfigurarte la cara antes de ponerte en camino con la peregrinación.

—Venga, dijo Alix con su sonrisa un poco triste, yo te quiero bastante, Baudry, pero ni siquiera por ti destruiría la cara que Dios me ha dado. Y voy a decirte una cosa: si estuvieras casado, de ningún modo lamentarías que yo tenga una cara agradable.

—¡No me faltaría más que una mujer! Tú juzgas a los hombres según los que has conocido.

Cuanto más pensaba en Alix, más sentía Baudry verse obligado a despreciarla, pues todo en ella le parecía bueno: su valor, su alegría, su

sentido común y su manera de hablar un poco sabia y clerical, sorprendente en la boca de una mujer. Baudry no había hecho voto de castidad; su mujer había muerto cuando él era todavía un hombre joven; más tarde había conocido a algunas, sin vivir jamás en concubinato. Desde que seguía a los compañeros de Pedro, no había vuelto a pensar en esas cosas, por falta de tiempo. La belleza de Alix lo turbaba tanto que muchas veces había sido tentado de pedirle también una parte de sus gracias. Nadie se lo hubiera censurado.

Los dos estaban delante de la cabaña de la Corneja, donde habían encerrado a la Martina con las dos monjas. A la

culpable la debían estar castigando en ese momento, pues se oían los silbidos de un látigo y unos gritos ahogados. — ¡Oh!, Baudry, vámonos de aquí, no quiero oírlo. Alix se fue hacia la zanja que rodeaba el campamento y Baudry la siguió sin pensar siquiera que no tenía ningún motivo para obedecerla. A lo largo de la zanja, sobre unas estacas, había puestas a secar unas pieles viejas y unos pañales de niño; detrás de la zanja se veía el campo.

Había un espacio bastante amplio donde habían talado y quemado los árboles y, más lejos, sobre una colina, se veía un pueblo grande de casas blancas y bajas, rodeado de olivares. La

iglesia masiva, decorada con piedras rosas y coronada con cuatro cúpulas, estaba rodeada de cipreses. Un muro largo y blanco rodeaba un bosquecillo de árboles anchos y bajos, de follaje oscuro y flores blancas; arbustos pequeños negros y rosas se diseminaban por la ladera cubierta de hierba verde y de flores violetas. Unos campesinos llevaban una carreta arrastrada por unos asnos pequeños y negros. —Parece ser, dijo Baudry, que los pueblos de Tierra Santa son muy parecidos a éste.

—¡Qué país más bonito!, dijo Alix, ¡qué bien se debe vivir aquí! Fíjate, sólo estamos en la tercera semana de Cuaresma, y en nuestro país ni siquiera

hay todavía campanillas. ¡Si por lo menos nos dejaran pasearnos por el campo!

Alix suspiraba y miraba el campamento de tierra batida y sucia, ese campamento que, antes que a ellos, había servido ya, seis meses antes, a los mártires de Nicea. —Baudry, ésta también es nuestra penitencia: pasar siempre por unos países hermosos y quedarnos ahí como un hambriento que mira comer a los demás. ¡Desde hace dos meses estamos aquí y nuestro campamento se ha vuelto más sucio que la calle más miserable del arrabal!

—Pronto nos iremos. Alix, con los brazos cruzados, aspiraba el aire a

plenos pulmones, como si esperara, por encima del mal olor de la zanja, captar el perfume de los árboles blancos y de la hierba fresca. Baudry contemplaba esta mujer esbelta como un álamo, tan esbelta, tan elegante que no podía creer que fuera la hija del tío Malaboca. — Baudry, le dijo ella, ¿en qué estás pensando? — Pienso en esto, Alix: este viaje es demasiado largo. La paciencia es más difícil que el martirio. Lo sé muy bien: Pedro ha querido entrenarnos en la paciencia. Pero mira: siete de los nuestros han muerto ya de enfermedad; hemos tolerado entre los nuestros a un asesino y a una adúltera; y hemos permitido a los hombres no casados que

se entreguen a la lujuria.

—Es Dios quien nos lleva, es Él quien nos juzgará. Los hebreos erraron durante cuarenta años para purificarnos de sus manchas; eso era mejor que ser esclavos para siempre del Faraón.

—No lo sé. Hace diez años que dejé mi oficio y mi familia para vivir según la ley de Jesucristo. Yo era albañil, trabajé en la iglesia de Arras y en la de Béthune, y en el ayuntamiento de Lens, a los albañiles de hoy no les falta trabajo, tenía bastante para vivir. Pero lo único que podía dar a Pedro era mi cabeza y mis dos brazos. Y fuimos por los pueblos devastados por la guerra a recoger a los huérfanos, a reconstruir las



casas; mendigamos simientes en las casas de los señores del país; no había animales para trabajar la tierra, nosotros mismos nos enganchamos al arado. Y al año siguiente el granizo mató las cosechas, no quedaba ni siquiera la cuarta parte.

A los campesinos que temían morir de hambre los llevábamos con nosotros para ayudarles a colocarse como obreros en las ciudades del norte, y tú sabes muy bien que la vida de un obrero es una vida de perdición y de olvido de Dios. Después íbamos por los arrabales y los que estaban sin trabajo nos seguían, esperando que les encontráramos trabajo en otra ciudad

más rica. Otros se acostumbraban a no hacer nada y a mendigar y, cuando no teníamos bastante para ellos, nos abandonaban para hacerse bandidos.

No bastaba con un hombre como Pedro, hubieran hecho falta no uno ni dos ni tres, sino mil; y que toda la cristiandad se pusiera en marcha en busca de la justicia. Por eso yo comprendí, Alix, que en nuestro país ya no había salvación para los cristianos.

Y ahora que Dios quiere que todo cambie, los ricos se han precipitado por el camino de los pobres: aquí, les seguimos y dependemos de ellos, y ellos nos encierran en un campamento maloliente detrás de unas zanjas. ¿Crees

tú que Dios, en favor de los pobres, les concederá la victoria?

—Dios hubiera perdonado a Sodoma si hubiera encontrado en ella solamente a diez justos. ¿Qué crees tú? Hasta entre los soldados y los caballeros hay hombres piadosos. Alix suspiraba y miraba con delicia el campo florecido. Por el camino amarillo que serpenteaba entre los olivares, un pequeño grupo de caballeros valones, con sus escuderos y dos damas, avanzaban a caballo, con los halcones en el puño. Alix se decía que si hubiera sido la amiga de uno de esos caballeros hubiera podido cabalgar también por esos prados, y correr entre los arbustos

de flores rosa. Riéndose, meneó la cabeza. —¡Ah!, no, Baudry, me gusta más el campamento maloliente.

Después de Pascua, se empezó a hablar de verdad del embarco: el tiempo era bueno y hacía calor, el mar estaba azul como los acianos de los campos. Los prados empezaban a volverse grisáceos y amarillos. Sobre los árboles delante del pueblo maduraban, en racimos de tres o cuatro, pesadas ciruelas de color de oro rojo. En el puerto los barcos de grandes velas pintadas atracaban y salían sin cesar, el mar estaba todo empavesado.

Después de cuatro meses de parada, una gran familiaridad reinaba entre los

peregrinos y los hombres de tropa, y los valones se mezclaban fácilmente con los picardos y los flamencos con las gentes de Arras; y si había algunas peleas, y algunas mujeres desaparecían, ya no hacían mucho caso, tan grande era la fiebre de la marcha. Durante la Semana Santa, las tropas del duque Godofredo, para vengarse de las afrentas que les había hecho el Emperador, habían marchado sobre la ciudad y habían pillado los arrabales y muchos habían vuelto de allí heridos o quemados. Lo que, en todo el campamento, causó alguna sorpresa y cierta inquietud.

Pero los pregoneros iban por todas partes, diciendo: no temáis, buenas

gentes, buenos soldados de Cristo, no hay nada que temer, la paz con el Emperador ya está hecha y nos ha prometido los barcos para la semana después de Quasimodo. ¡El conde de Toulouse está a tres días de marcha de aquí y muy pronto todo el ejército cruzado podrá desembarcar en la otra orilla y dar testimonio de Dios! ¡El Emperador nos ofrece escolta y alimentos para toda la duración de la guerra!

Ah, bueno, decía la gente, las cosas se arreglan, es hora de ponerse en camino, después de todo es fácil comprender que el Emperador y todos sus griegos estén un poco cansados de

vernos acampar delante de la ciudad. Es hora de irnos; las gentes que conocían el país hablaban de grandes calores y preveían una marcha muy dura. Por Pascua el sol calentaba ya como en verano.

Los soldados flamencos empezaron a embarcarse los primeros, con las cajas de armaduras, las herramientas de las máquinas y las acémilas. Después, les siguieron los valones, después los picardos y los normandos. Los caballos se los llevaban con pies trabados, las cabezas encapuchadas, en largas filas que cruzaban los campamentos dejando una estela de estiércol amarillo. El embarque de los caballos, se decía,

sería difícil, pues eran unos caballos muy fogosos. ¿Y nosotros?, pensaban los peregrinos, ¿no nos olvidarán? Pues desde hacía mucho tiempo los soldados repetían que ellos no servirían para mucho en la batalla. Por fin, unos mensajeros del conde de Boulogne y del conde de Flandes vinieron a anunciar a los diversos grupos de peregrinos que debían levantar el campamento y prepararse para la marcha: iban a embarcar dentro de dos días.

Aquel día todos entonaron a coro el *Nunc dimittis* y sintieron una gran emoción: como si, hasta aquel día, no hubieran creído que iban a pasar verdaderamente el mar. Detrás, había



fortalezas y montañas y, en esas montañas, los turcos. Desde hacía tanto tiempo les hablaban de ellos que terminaban por escuchar esos relatos como se escuchan las historias de países lejanos. Los cincuenta mil mártires de Nicea y los millares de caballos turcos y las granizadas de flechas, todo eso formaba parte de esas leyendas que todos los niños conocen.

Y he aquí que dentro de dos días iban a subir al barco. El mar estaba en calma; pero no por eso dejaban de hablar de barcas sobrecargadas que se habían ido a pique. No temáis, el Sultán está en este momento en las altas montañas del Este, haciendo la guerra a

otro turco. Está tan lejos que no tendrá tiempo de venir antes de que todos los ejércitos hayan desembarcado.

¿Cómo es posible? ¿El Sultán va a esperar a que los ejércitos cristianos desembarquen y se preparen para el combate? ¡Si es tan buen guerrero como dicen, no se expondrá a ese peligro! En este momento toda la caballería está todavía en Constantinopla, con todos los jefes. —¿Sois vosotros soldados de Cristo? Los de Nicea no llevaban muchos soldados con ellos ¡y se adentraron en tierra turca cantando salmos!

Los peregrinos levantaban el campamento. Destruían las barracas,

cargaban las camillas en las carretas y amontonaban en ellas mantas, cacharros y lo que les quedaba de ropa. Las damas del ejército llegaban a caballo y a pie para distribuir tela, agujas, zapatos usados, lana para hilar, sal, frutos secos. Estaban contentas, parecían muy contentas de ver a la gente de su país. A ellas también la idea de cruzar el mar las excitaba. —¡Que Dios nos ayude! ¡Rezad por nosotras, buenos cristianos, rezad por el buen duque y por los condes y por el conde de Toulouse, que nuestra caballería no pierda la cara ante los sarracenos!

María estaba embarazada, se lo había dicho la Corneja que era también

comadrona. Y al momento se puso a bailar de alegría y a saltar como una cabra en los charcos de agua. —No hay motivo para que te pongas a bailar, dijo la Corneja, de aquí a dos o tres meses tú misma lo sentirás en tus piernas. Tres o cuatro meses le parecían a María tan largos como tres años. —¿Y cuándo saldrá de mí, tía Corneja? —Con toda seguridad, ni antes de la Asunción ni después de Todos los Santos. Y al paso que vamos, mucho antes de que estemos en Jerusalén.

¡Oh, si tuviera con qué poner una vela a Nuestra Señora! ¡Si mi madre estuviera aquí para enseñarme a conjurar el mal de ojo! —¡Pero qué te

crees tú! Yo también puedo enseñártelo. María desconfiaba: siempre le habían dicho que los consejos de una madre eran los más eficaces. ¡Quisiera que nazca en seguida, me muero de impaciencia! Era como si le hubieran dicho que se había tragado una piedra mágica sin saberlo; se imaginaba al niño dentro de su cuerpo como un rubí precioso, caliente y suave. ¡La cuarta parte de las mujeres de los peregrinos estaban embarazadas o acababan de dar a luz y María se creía que Dios había hecho un milagro por ella!

—Santiago, Santiago, tengo un niño. Todavía no se ve mucho, pero va a engordar. ¡Y a moverse también! —Dios

mío, todavía no he visto nunca eso.

Santiago no sabía qué hacer. Tenía miedo, pues cuando su madre estaba embarazada siempre lo habían enviado a casa de los vecinos: «Las hadas vendrán por ti». Este asunto era cosa de hadas y por desgracia en el arrabal no había hadas y en un campamento de peregrinos todavía menos. Y miraba a María con sus ojos de hambriento, tratando de adivinar si había cambiado, pues una mujer embarazada, para él, estaba como embrujada. María había embellecido, tenía unos pechos redondos como cebollas grandes, desde que se habían puesto en camino habían crecido dos pulgadas. Y se asombraba de seguir

teniendo ganas de besarla al cabo de diez meses de matrimonio, ganas de jugar con su pelo rubio, como un enamorado. Él estaba seguro de ella, no temía a ningún rival, y sin embargo el corazón le latía con fuerza y cuando se reía con ella sentía que la nariz le temblaba como si tuviera ganas de llorar. Antes de su matrimonio, cuando había creído que ella no lo quería, había sufrido mucho y algo le quedaba de este sufrimiento.

—Tú, dijo, quisiera que tuvieras una litera llevada por unos caballos, como las mujeres de los señores cuando están embarazadas, ¡y que cuando des a luz pueda regalarte un vestido tejido con

oro y unas velas de cera blanca y vino para beber! —¡No! las mujeres ricas reciben su recompensa en este mundo, no les tengo envidia. Ellas no saben lo que es repartir el pan con aquel a quien se ama.

Santiago pensaba que María hablaba muy bien. En cambio él no poseía esta sabiduría de mujer. A fuerza de oír los sermones y los relatos de viajeros, se había hecho una idea de lo que ocurriría una vez que el ejército de Dios hubiera llegado ante Jerusalén: echarían a los paganos, se repartirían las casas y las tierras, la paz se establecería por mil años. Ya nunca más habría pobres. Pero a fuerza de pensar en ello y de tiritar con



el cierzo durante las marchas y de reparar zapatos para ganar una ración suplementaria de pan, el apetito aumenta, se piensa en cosas cada vez más bellas. La cabeza le daba vueltas, soñaba con Jesucristo que distribuía a sus pobres candelabros de oro, seda brochada, cofres forrados con cuero de Damasco y caballos blancos. En sueños oía los gritos y los relinchos y veía grandes haces de luz roja tan brillante que le quemaba los ojos. Santiago pensaba que era el fuego de alegría y de dolor encendido en el cielo por los pobres mártires de Nicea.

# IV

Para cruzar el brazo de mar de San Jorge, tenían que subir primero en unas barcas pequeñas, por grupos de veinte o treinta, y después atracar a un navío de madera tan alto como una casa y trepar, sobre el agua, por una escala de cuerda que se balanceaba. A los ancianos y a los enfermos los alzaban por medio de unas cuerdas atadas a las axilas, pero los demás tenían que subir por sus propios medios y para las mujeres no era poca cosa, pues el viento les

levantaba las faldas, descubriéndoles las piernas. Unos reían, otros gritaban, otros se empujaban y muy pronto el navío se llenó completamente hasta el punto de que no podían mover ni un pie. Los marineros, unos venecianos medio desnudos y morenos por el sol, gritaban en su idioma y empujaban a la gente amontonada en el puente. Cuando levaron el ancla, fray Bernabé, encima de un tonel y adosado contra el mástil, alzó en el aire su cruz y entonó el salmo de la salida. El navío se movió en medio de un trueno de cantos. La vela era roja como el sol poniente y el mar resplandecía con mil llamas de oro blanco, no se sabía si era el navío o el

inmenso puerto lleno de barcas lo que se movía; si era la Ciudad dorada y abigarrada la que se movía, alejándose como un gigantesco navío.

El mar estaba de un color azul verdoso profundo, con olas de espuma y de manchas violetas y verdes a lo largo de la orilla; el barco se mecía y con él las cruces y los estandartes blancos, los estandartes con las cruces que chasqueaban al viento y se enganaban en las jarcias. Los hombres y las mujeres cantaban, para dominar la alegría y el miedo y el vértigo que se apoderaba de ellos a causa del balanceo de las olas.

Al cabo de una media hora casi todo

el mundo estaba mareado, los niños lloraban y los ancianos se desmayaban: todos estaban apretados unos contra otros y no podían sentarse. El barco avanzaba despacio y cabeceaba de manera inquietante, los marineros juraban y decían que se iban a ir a pique, que el navío iba sobrecargado; afortunadamente los peregrinos no comprendían el italiano. El sol seguía muy alto en el cielo y sin embargo, a todos les parecía que estaban en el mar desde hacía muchas horas; cada coletazo parecía que se prolongaba durante un cuarto de hora, creían que el tiempo se había parado. A fuerza de haber perdido la noción del tiempo, les parecía que

estaban allí desde siempre y que estaban condenados a no bajar a tierra nunca más. Los estómagos, poco llenos, se habían vaciado desde hacía tiempo y todavía era peor tener ganas de vomitar cuando ya no tenían nada dentro.

Por fin, manchados por los vómitos y mojados de agua salada, se vieron en un suelo que ya no se mecía, un puerto grande rocoso dominado por un castillo de piedra amarilla. La escollera, la playa, las murallas estaban llenas de una multitud abigarrada de soldados y de marineros. Tumbados sobre las piedras de la playa los que habían llegado ya volvían la vista para no ver las otras barcas que se mecían y que sólo con

verlas les producían ganas de vomitar.

Entonces descubrían la felicidad hasta entonces desconocida de encontrarse en una tierra que no se movía a sus pies. ¡No había nada más espantoso que ese inmenso país azul, ese país de agua que se movía y que no tenía fondo! A su lado, los ríos más grandes no son más que unos sencillos badenes; ¡si por casualidad este agua se desbordara cubriría toda la tierra, sería un nuevo diluvio! Aturdidos todavía, los peregrinos recibían los saludos irónicos de los soldados, que habían desembarcado la víspera, y que también se habían mareado y se habían asustado. Hemos pasado miedo por vosotros, de

verdad, creíamos que os ibais a ir a pique, el agua estaba casi a ras de la cubierta.

Fray Bernabé, tumbado sobre las piedras, volvía poco a poco en sí; no había soltado la cruz y la apretaba todavía entre sus manos, pegando la mejilla al asta húmeda. ¡Señor!, pensaba, ¿todos están bien?, ¿no hay ni muertos ni heridos? ¿Están todos aquí? El caballero Everardo estaba sentado cerca de él y se ataba plácidamente las polainas mojadas por el agua de mar. Por suerte, no había sentido ningún malestar y miraba con curiosidad la fortaleza y el puerto, y el mar y la orilla brumosa que habían dejado aquella



mañana. —¿No ha habido ningún accidente?, preguntó fray Bernabé; estaba ronco y le costaba trabajo hablar. —Que yo sepa ninguno. Los niños andan corriendo ya para jugar con el agua. A su edad en seguida se recuperan. Baudry ha ido a buscar un sitio para el campamento, yo también voy pues seguramente habrá alguna discusión a causa de los equipajes con los flamencos. —Que no haya peleas. Cededles lo que ellos pidan. Ya no hay ni picardos ni flamencos ni franceses.

El caballero se dirigió a la fortaleza para enterarse de las noticias. El comandante de la plaza era griego, pero entre sus oficiales había dos normandos

de Inglaterra, que al principio se burlaron de Everardo. —Al que se hace pordiosero, decían, hay que tratarlo como a un pordiosero; a los pordioseros se les recibe a puntapiés en el culo. Everardo les dijo que él era cristiano y no se ofendía por los insultos. Pero que estaba dispuesto a tratarlos como a hermanos pues ellos también eran cristianos, y que él quería informarse mejor sobre el asunto que se estaba preparando. —Esto es lo que pasa, le dijeron los caballeros, se está preparando un gran ataque contra la ciudad de Nicea, que tú puedes ver desde esta torre, donde empiezan a encenderse las hogueras. Cuando el

Emperador haya concluido un pacto con vuestros barones, cruzará el mar con ellos y sitiará esta ciudad. Y si nosotros conseguimos tomar esta ciudad, que es muy fuerte, seguro que el Emperador se pondrá contento y hará muchos regalos a vuestra caballería. —¿Se sabe para cuándo está previsto el asedio? El normando silbó y chascó los dedos.

—Según dicen, vuestros barones que están en Constantinopla son muy avaros y regatean sobre el precio del sueldo. Pero desde que hemos visto cuántos soldados tenéis, lo comprendemos: si la caballería vale lo que la infantería, ¡debe ser un buen ejército! Después se puso a hablar de los peregrinos del año

anterior, diciendo que era una vergüenza, que los turcos se burlan de los cristianos desde entonces, y que para ayudar a cruzar el mar a esa canalla tenía que ser que el Emperador hubiera perdido la paciencia y que hubiera sido mejor meterlos en unos barcos podridos y ahogarlos en el mar. Everardo escuchaba, procurando dominar la furia. —Y aunque hubiera habido bandidos entre esos pobres, ¿es justo hacer responsables de ello a unos inocentes, niños, mujeres y monjes?

—Tú, dijo el normando, te has dejado influir por ese condenado de Pedro. Él es normando, no lo niego, y según lo que se dice es noble, pero

según yo está poseído por el demonio. Los villanos serán siempre canallas y es una herejía muy grande querer sacarlos del estado en que Dios los hizo nacer. En cuanto se les da un poco de libertad, ya ves lo que hacen. (Pues se decía que los peregrinos de Pedro habían cometido grandes atrocidades en la región de Nicea.) Everardo se fue, entristecido y meditando sobre las palabras tan poco caritativas del caballero. En esas palabras todo no era falso. Y Everardo temía las nuevas pruebas que iban a venir, él había oído hablar mucho de los turcos. Nadie hasta entonces había podido resistirlos. Si nuestra caballería vacila, ¿qué será de

nuestra pobre gente?

Otra vez había que instalar el campamento. No era fácil, pues durante la mudanza y la travesía una parte de los equipajes se había perdido y faltaban pieles, maderas y hasta ruedas de las carretas. Había sido preciso dejar en la otra orilla los dos bueyes de los flamencos, demasiados viejos, y una burra que estaba a punto de parir. El padre Bertoldo, jefe de los peregrinos flamencos, hombre de carácter alegre, decía que así era mejor, que los cristianos aprenderían a ayudarse mutuamente, que ahora pondrían todos los bienes en común y, que al contrario de lo que había ocurrido en la torre de

Babel, los cristianos hablarían todas las lenguas a la vez.

El caballero Everardo reunió a todos los hombres, de dieciséis a cincuenta años, y les hizo un discurso: Amigos, tenéis que demostrar que sois hombres. Todos somos soldados de Cristo, pero vosotros más que los demás, pues vuestro sueldo sólo Dios os lo pagará. Vosotros lucháis por Jesucristo y por defender vuestros bienes más valiosos: vuestros hijos y vuestras mujeres.

Mientras acampemos o marchemos por la llanura, los ejércitos nos protegerán, pero cuando tengamos que cabalgar por un valle, no podremos estar

rodeados por todas partes de hombres armados y sobre vosotros es sobre quienes el enemigo se precipitará atacando de costado. He aquí lo que tendréis que hacer: jurar no moveros pase lo que pase y quedaros en vuestro lugar en caso de ataque como si estuvierais plantados en la tierra. Enviaréis a los jóvenes a los bosques con los guías griegos y recogeréis la mayor cantidad posible de ramas y de troncos de árboles, hasta la salida del ejército tendréis tiempo para fabricar barreras y escudos con las ramas; también cubriréis las carretas con ellos y los llevaréis en el brazo izquierdo, en caso de ataque los colocaréis encima de



vuestras cabezas.

Debéis saber que iremos primero hacia Nicea, allí acamparemos probablemente varias semanas pues el Emperador y los barones deben tomar esta ciudad, que es una de las más antiguas de la cristiandad. Los turcos la detentan por traición. Allí, es seguro que seremos atacados, pues el Sultán tiene en esta ciudad a su mujer y a sus hijos y vendrá a socorrerlos. Sabéis que los turcos no tienen ni escrúpulos ni compasión, por eso debéis estar preparados para defenderos. Será inútil que intentéis huir, pues huyendo no os salvaréis y en cambio molestaréis a los que pueden batirse.

Después de este discurso —no estaban acostumbrados a oír hablar al caballero durante tanto tiempo— todos los hombres juraron que no se moverían de su lugar en caso de una batalla. Enardecidos, todos creían poseer un alma de soldado.

Entre Pascua y Pentecostés, los peregrinos vieron desembarcar a los ejércitos de los provenzales y a los de los normandos del príncipe Bohemundo y a los de los franceses, mandados por el conde de Blois. Unos barcos grandes atracaban tres veces al día y de él bajaban soldados y más soldados, otros navíos llevaban cargamentos de caballo, bueyes y corderos a centenares, y cajas

de armaduras, y sacos de harina y de habas, y de odres de vino y de aceite, y rollos y rollos de cuerdas, y ruedas y carros y literas. Después llegaban más soldados, soldados de todos los tamaños, rubios y morenos, que hablaban diez lenguas diferentes. Y había tantos que era difícil imaginarse que todavía quedarán soldados en Francia y en la Provenza, y al ver tantos soldados a la vez la gente se decía que seguramente los turcos no podrían resistir contra un ejército semejante.

Los soldados llegaban en grupos de doscientos o trescientos y disponían los campamentos a lo largo de la costa. Todos llevaban unas cruces cosidas en

los estandartes y cantaban y lanzaban gritos enormes para saludar a los cristianos que habían desembarcado ya. *¡Dios lo quiere! ¡El año que viene estaremos en Jerusalén!* Después, unos barcos llevaron a los peregrinos provenzales y había por lo menos tres o cuatro mil, ricos y sobre todo pobres. De tal forma que al final todos los campamentos estaban unos junto a otros, la gente acampaba donde se encontraba, sin abrigo, sin pensar siquiera en volverse a instalar.

Por fin, después de las fiestas de Pentecostés llegaron los barones.

Era bonito ver todo aquello. Sus navíos estaban pintados de colores

vivos, las velas bordadas con la cruz y los blasones, los mástiles temblando con el peso de las banderas; en los puentes sonaban los clarines y las trompetas y los barones estaban de pie, con sus mujeres, y todos iban vestidos con túnicas nuevas de seda tejidas en oro, de colores raros, verde pálido, azuladas, rojo de sangre; y cuando bajaban del navío a la barca, unos servidores griegos de piel negra los cubrían con unas sombrillas rojas por encima de la escala, y la barca estaba cubierta con una alfombra. En la orilla los tambores no dejaban de tocar.

Estos grandes señores y sus mujeres eran llevados a la fortaleza, por un

camino cubierto de alfombras y sembrado de hojas de olor.

En la ciudad, los clérigos vestidos de gala, los monjes vestidos de negro y los notables salían al encuentro de los nobles cruzados, llevando cruces y banderas con franjas de oro.

A la cabeza de los barones iba el noble obispo del Puy, el legado de Roma vestido con un hábito de color violeta: este hombre digno, aunque ya no fuera del siglo, era el jefe del gran ejército: ¡Para marcar la santidad de esta campaña Dios había hecho designar a un obispo para que mandara a los militares!

Detrás del cortejo del obispo, podía

verse avanzar al del conde de Toulouse, Raimundo, que iba al lado de su mujer, la princesa de Castilla, una dama española noble y bella, envuelta en unos velos plateados. El conde era un hombre alto y ancho de espaldas, de barba majestuosa y de largos bucles castaños flotando sobre el cuello de su abrigo; aunque de edad, era hermoso verlo pasar: mirada de águila, paso rápido y flexible; y de su cinturón pesado colgaba una espada tan larga que casi llegaba al suelo.

Después venía el cortejo del duque de Godofredo; iba al lado del conde de Boulogne, su hermano mayor, que por humildad servía a su hermano menor,

pues es justo decir que el duque era señor de más amplios dominios. Pasaba por ser el caballero más hermoso de los países del norte, esbelto como un álamo, rubio como el trigo, la mirada recta y el rostro sonriente. Detrás de estos dos hermanos iba el más joven, Balduino, con su mujer y la nodriza que llevaba de la mano a sus hijos. Este conde, el más joven de los tres, era también el más alto y el más fuerte.

Esteban, conde de Blois, iba al lado de su pariente el conde de Normandía, y los dos barones iban tan ricamente vestidos y eran tan dignos de aspecto y tan hermosos de ver, que apenas podía creerse que el uno fuera el subordinado



del otro; en realidad, si el conde de Blois pasaba por ser el más poderoso y el más rico, el conde Roberto era mejor caballero. Después venía el conde de Flandes, Roberto, y el conde de Vermandois, hermano del rey de Francia. También ellos con su séquito. Después, el famoso príncipe normando de Italia, Bohemundo, con sus parientes. Por los normandos de Constantinopla los cruzados hablan oído hablar mucho de este hombre que, según decían, si hubiera sido bastante rico para equipar un gran ejército, hubiera tomado Constantinopla y El Cairo y Mosul y Bagdad. Era un normando alto y rubio, todo de oro vestido.

Viendo desfilar a tantos grandes señores, obispos, curas, damas y damiselas, los soldados suspiraban de satisfacción, de orgullo y hasta de envidia. Por la noche, las murallas de la fortaleza estaban iluminadas y en todos los campamentos cantaban alrededor de las hogueras. Bebían vino a la salud de los barones, del Emperador y de toda la Cristiandad. Pedro había llegado también y había instalado su tienda de campaña en el campamento del duque Godofredo. Con sus compañeros iba de un campamento al otro, montado en su pequeño burro.

He visto en el cielo, decía, siete espadas sanguinarias. Una se abatía

sobre el ejército de los provenzales, otra sobre el ejército de los normandos, otra sobre el ejército de los franceses, otra sobre el de los valones y de los picardos, otra sobre el de los flamencos, otra sobre el ejército de los normandos de Apulia y por fin otra sobre el ejército de los griegos. Pero antes de que llegaran a su destino, he aquí que siete espadas de luz avanzaban a su encuentro y el choque era tal que todo el cielo quedaba abrasado. Y las espadas sanguinarias se rompían y volaban en mil pedazos y caían en la tierra hiriendo a numerosos cristianos. Pero las espadas de luz ardían sobre los siete ejércitos con una luz más bella que la de los siete

candelabros delante del trono de Dios.

Aquel día el padre Alberto, capellán de los normandos de Constantinopla, fue al campamento de los peregrinos del norte. —¿Dónde está, decía, ese monje alto y moreno que estaba con las gentes de Arras? Y cuando encontró a fray Bernabé, fue a él y lo besó en las dos mejillas. Aquí me tienes, hermano, no he olvidado tus palabras. Aquí me tienes convertido en servidor de Cristo. Fray Bernabé se alegró y dijo: ¡En verdad, el león y el buey comerán en el mismo pesebre! Has dejado una vida rica y tranquila por amor únicamente de los pobres de Dios. ¿Te quedas con nosotros o vas con algunos pobres normandos

venidos con los ejércitos? —Hay aquí, dijo el padre Alberto, más de cien normandos que no son de nuestro país, sino que vienen de Sicilia y de Apulia, viejos soldados y algunos bastardos con sus mujeres italianas. A decir verdad, son gente completamente loca, no han oído casi ningún sermón y hablan muy mal. Permíteles que acampen cerca de vosotros, para que estas gentes se aprovechen un poco de la sabiduría de vuestros viejos peregrinos.

En efecto, poca cosa había que reprochar a los peregrinos de Arras, tenían buena fama en el campamento. De igual forma que en su país las gentes de Arras, y sobre todo los tejedores, pasan

por ser malas cabezas, en la peregrinación eran valientes y de buenas costumbres. Pero, sin embargo, todos sabían que desde que habían desembarcado, la Martina, la mujer de Bernardo el Alfarero, se veía con un soldado flamenco cerca de las zanjas, y Bernardo se había resignado; era sin embargo un pecado y un ejemplo muy malo. Por otra parte, también estaba Elías el Picoso; ya no estaba atado a la carreta, trabajando en el transporte de las máquinas había ganado un hacha, y parecía que se había olvidado rápidamente de su crimen.

Nicea estaba solamente a tres días de marcha. Pero antes de llegar, el

ejército cruzado pasó por la antesala del infierno. Hacía calor y había que andar de prisa, por eso no instalaban las tiendas; andaban sobre todo a la caída del día y de madrugada; descansaban tres o cuatro horas por la noche y algunas horas durante el día; los que podían dormir en pleno mediodía se acostaban al abrigo de las carretas o bajo los toldos de las tiendas no deshechas. Esta forma de viajar no era peor que cualquier otra, el país era hermoso: una rica llanura con olivos, campos y viñedos algo abandonados donde crecía una hierba ya seca; el cielo era de un azul denso y opaco y en el crepúsculo tenía unos colores tan vivos

que parecía que había fuego por el lado del mar.

Una tarde, en el momento en que el cielo se volvía blanco de repente, después de un último resplandor de luz roja, fue cuando los peregrinos de Arras vieron el campo de batalla. Ya por los gritos y los lloros que oían en las filas de los soldados sabían que algo raro estaba pasando, pues la mayor parte de las tropas iba delante de ellos y desde hacía un momento había atravesado esos lugares malditos y, hasta perderse de vista, las carretas, los rebaños, las filas de la caballería a los lados del cortejo les ocultaba el horizonte.

Pero sabían que, sin que hubiera un



valle estrecho, el paso se había estrechado, se avanzaba más despacio desde hacía dos largas horas, con paradas, pisoteos y, allá adelante, la gente gritaba, los caballos relinchaban y todos se preguntaban: ¿han aparecido los turcos?, ¿hay un vado difícil?, ¿por qué gritan? Allá adelante lloraban y se lamentaban. Poco a poco, por las palabras transmitidas desde adelante hacia atrás, sabían qué es lo que pasaba: los mártires, los mártires, jamás en ningún país se había visto una cosa semejante. Rezad, buenas gentes, sed valientes, contened vuestros gritos.

El cielo estaba todavía blanco al oeste, al este se volvía de un azul

profundo y las estrellas se encendían. La tierra perdía sus colores pero la luz era todavía bastante viva, blanca y dura. Ahora veían. Lo que se podía ver, a cada lado del camino, del camino vuelto repentinamente estrecho, pues el ejército no podía extenderse por la llanura: habían hecho un paso en ese lugar, bastante ancho para que tres carros o diez caballos pudieran pasar de frente. Era el campo de batalla.

Estaba completamente blanco. A una media legua a la derecha y a la izquierda, y hasta las laderas lejanas, sobre la tierra gris había como jirones de nieve desperdigados, y a los dos lados del camino esas cosas

blanquecinas surcadas de sombras negras se amontonaban en montones irregulares, algunos tan altos como una casa, anchos montículos redondeados en la cima, otros semejaban a enormes taludes. Todo revuelto. Cráneos, costillas, brazos, esqueletos de caballos, esqueletos enteros y pedazos de huesos rotos, no había nada más que huesos. Estaban todos amontonados y confundidos unos con otros, y la tierra misma del camino era blanca con el polvo de los huesos machacados. Los habían amontonado allí para hacer un paso, pero a los dos lados el campo estaba blanco y por encima de los montones de esqueletos se veían los

cuerpos sobre el campo, curvados, encogidos, enlazados unos a otros, y muchos cuerpos sin cabeza y muchos cráneos como si fueran enormes champiñones blancos.

Pero lo más espantoso de ver eran los montones enormes, esas colinas hechas con huesos blancos, esmaltadas con calaveras de grandes ojos vacíos y bocas abiertas; y donde, aquí y allí, se podía ver un esqueleto de niño, pequeño y delgado, de rostro arrugado.

Los peregrinos seguían andando y el cielo se volvía de un azul más oscuro. En el gran cortejo, los soldados encendían unas antorchas que blandían en el aire, y en la llanura no había ya

nada claro sino la mate y grisácea blancura del extraño pueblo de esqueletos. Seguían andando, el obispo del Puy había hecho correr una orden: que los sacerdotes recen por los muertos, que se cante los cantos de difuntos, pero sin pararse. Que nadie tenga miedo, pues los esqueletos son los restos de los mártires, este lugar no es un lugar encantado.

Pero los niños mayores lloraban de miedo y las madres escondían a los niños pequeños debajo de sus capas. Y hasta los hombres temían que esos esqueletos dislocados, sin brazos o sin cabeza, se levantaran y se pusieran a bailar. Había que andar de prisa pero no

se podía correr, la tropa con sus pesadas carretas, sus bueyes y sus corderos, avanzaba lentamente. La tierra resonaba con un pisoteo sordo, con el chasquido de los zuecos, con los chirridos de los ejes; al paso de los acarreos de las cajas y de las máquinas, las piedras enormes del camino crujían y el talud de esqueletos se estremecía originando unos ruiditos secos, que producían terror, y los soldados se ponían a gritar.

Cuando dejaron atrás los grandes montones de huesos, el camino se hizo más ancho; y allí, en los campos, la blanca carnicería continuaba: parecía como si una tempestad se hubiera abatido sobre un campo de batalla, una

tempestad infernal que hubiera convertido de repente en esqueletos a todos los que allí se encontraban. Tal como habían caído yacían allí, segados como el trigo, acostados, arrodillados, caídos hacia atrás con las rodillas en el aire, y aquí y allí podía verse un caballo de rodillas, con su enorme cabeza blanca por el suelo en el extremo de un largo cuello formado por un rosario de huesos, sobre el que todavía colgaba, suspendido hacia adelante, el esqueleto de un caballero sin cabeza, con la cota de malla puesta. También se veían gran cantidad de cráneos pequeños iguales a enormes manzanas, gordas y blancas.

Algunas cabezas tenían todavía el

pelo pegado al cráneo; algunos cuerpos llevaban los uniformes de soldados, la mayor parte no llevaban nada encima, pues la ropa se había podrido con la carne durante esos ocho meses. El invierno, la primavera, un verano caliente habían pasado por encima; la podredumbre se había terminado, la tierra estaba seca. Miles y miles de libras de carne podrida la habían abonado y ahora estaba seca, la hierba había crecido y ahora se había secado al sol. Al pie de algunos árboles tronchados había unos hombres arrodillados, agarrados a las ramas, hombres blancos y delgados, o tal vez mujeres, ¿quién podría saberlo?



¿Cuántos había? En la noche clara —una luna en su declive se levantaba, amarilla como un membrillo— no se veía más que ese mismo remolino de esqueletos, sobre la ladera suave del campo, esqueletos que ahora aparecían un poco más espaciados. Habían corrido, les habían dado alcance. Habían corrido en todas direcciones, se veían espacios blancos en la linde del bosque de olivos al final del campo. Más lejos, en el camino, debajo de una carreta volcada, cerca del esqueleto de un burro, un esqueleto humano apretaba en sus brazos dos esqueletos pequeños.

Lo más extraño es que al cabo de una hora uno termina por acostumbrarse,

mira con compasión pero sin extrañeza, como si ése fuera un pueblo de gente como los demás, pobres gentes, sí, pero que se nos han hecho familiares; esto debía ser una mujer, esto era un viejo y aquél un jorobado —mirad la espalda—; y aquél qué enorme muchachote, qué huesos, Dios mío, parecen huesos de caballo! Recemos hermanos míos, recemos hermanos míos, y si hubo pecadores entre ellos que sus pecados sean olvidados por Dios y por los hombres, han pagado su deuda, lo que sus ojos vieron aquel día valía los tormentos del purgatorio.

La marcha continuaba. Ya no había casi más esqueletos, de vez en cuando

aparecían dos o tres entre los matorrales.

Cuando dieron la señal de alto la luna estaba en su punto más alto del cielo, era tan blanca que mirarla hacía daño a los ojos, y estaba pequeña y clara como un espejo de plata. Las laderas de las colinas se parecían a unos manteles de lana, las sombras negras de los árboles se despegaban de ellos como unos clavos enormes. El campo de batalla había quedado atrás, pero todos creían ver todavía esqueletos sobre las rocas. Y a pesar de las palabras de los sacerdotes, los cincuenta mil muertos que habían quedado atrás daban miedo a todo el mundo, miedo de que se

levantaran, después de haber oído tantas oraciones, para reclamar la parte que les correspondía en la peregrinación.

—¿Cómo han podido dejar sin sepultura a tantos cristianos?

—Había que esperar. ¿Quién se hubiera acercado a tanta podredumbre? Incluso ahora, ¿quién podrá sepultar a tantos muertos? ¿Los campos? Hace ya muchos años que no los cultivan a causa de los turcos. ¿Los turcos vienen por aquí? Con bastante frecuencia, sí, pero en estos momentos se guardan muy bien de hacerlo, tienen miedo del gran ejército.

Mañana estableceremos el campamento ante Nicea. Nicea está a

orillas de un lago grande, los atalayas del ejército situados en la cumbre de la colina pueden verla. Nadie durmió en esta parada. Todos, sentados en el suelo o arrodillados, decían en voz alta las oraciones de los muertos. Y entre los peregrinos pobres había muchos que tenían buenos motivos para llorar, pues sabían que entre los que estaban muertos en aquel campo blanco algunos eran amigos o parientes. Están en el cielo, María, seguro que están en el cielo y son más felices que nosotros. Isabel tenía dos primas que se habían ido con sus maridos el día que Pedro había ido a predicar. ¿Quién sabe? Quizá sea mejor así. ¿Mejor estar muertas que ser

esclavas?... Han matado hasta a los niños. María no terminaba de hacer la señal de la cruz. Veía un cielo cada vez más negro, con estrellas cada vez más brillantes, pues la luna se había acostado. Y nuevas estrellas se encendían sin cesar. Tantas que el cielo parecía una inmensa alfombra de estrellas, y a través de sus lágrimas María se preguntaba, al verlas brillar con tanta fuerza, si no iban a despegarse del cielo y a caer. Son los mártires, pensaba, son sus almas clavadas en el cielo, ¡qué lejos! Se han precipitado todos, como una gran lluvia al revés, una lluvia de llamas brillantes lanzándose hacia el cielo. ¡Qué gritos daban! Se les

debió oír en Constantinopla.

Desde allí arriba nos seguirían por el camino de Jerusalén. Aquéllas son quizá las primas de Isabel y aquél el cura viejo de Sarcelles, y aquel otro Juan el Cojo y su hijo Bertoldo, y Margarita la puta de los cordeleros, y Marcelino que tocaba la gaita en las fiestas del pueblo, y Andrés el hermano del contraamaestre... y Giraut el ciego, y María la viuda de Pedro el Moreno que insultó a mi madre (¡qué paliza le atizó mi madre a la pobre mujer!). Se han convertido en estrellas y en luz ¡Dios lo quiera! ¡Que todos se hayan convertido en estrellas y que sus almas no corran por el campo en busca de sus

esqueletos! ¡Qué gritos daban, qué gritos! ¡Cuánto brillan las estrellas, misericordia!

Santiago la meneaba por el brazo. — ¿Estás durmiendo, María? Es hora de irnos. Ella se agarró a él. Santiago, están bajando hacia nosotros. Vienen a nosotros. —¿Quién? —Los mártires. Sus almas nos esperaban para venir con nosotros. Santiago hizo la señal de la cruz. No digas eso. El obispo nos aseguró que estos lugares no estaban encantados. —¡Oh, no, encantados no, Santiago, ellos son ahora bienaventurados, bajan del cielo para acompañarnos a Jerusalén!

Al amanecer, mientras andaban, los



hombres, más excitados de lo necesario, hablaban entre ellos y se indignaban de la crueldad de los turcos, como si todavía nadie les hubiera hablado de ello. Unos cobardes. Bien podían ver que entre todos esos muertos no había casi ningún soldado: ni siquiera habían despojado los cadáveres de los caballeros, lo cual quiere decir que no habían despojado a nadie; esa gente iba toda desarmada. Bueno, que maten a diez, a cien, a doscientas pobres personas, por desgracia no sería la primera vez, pero que un ejército se encarnice sobre una muchedumbre que no está en condiciones de combatir, era peor que la locura. ¡Por Dios, si por

casualidad caemos sobre los turcos les devolveremos la misma moneda, sin perdonar ni a las mujeres ni a los niños!

Hacia la tarde llegaron a la vista de Nicea, que era la ciudad fortificada más bella que los cristianos habían visto hasta entonces. Murallas como aquéllas, torres como aquéllas no las hubieran encontrado desde Gante hasta Barcelona; y ni Praga ni Belgrado eran nada a su lado. ¿Cómo tomar una ciudad como ésa? Por muy valientes que sean los barones, no tienen alas y ¿cómo destruir esas murallas? —Estad seguros, buena gente, de que Dios nos ayudará. Los griegos tienen unas máquinas poderosas y saben lo que tienen que

hacer con esas murallas: ellos mismos las construyeron. Hace siete años que los turcos se apoderaron de esta ciudad, que es una ciudad venerable, patria de muchos grandes santos. Tenemos que tomarla absolutamente. Así hablaban los pregoneros del ejército, mientras que los campamentos se preparaban alrededor de las murallas, a buena distancia, lejos del alcance de los cañonazos.

Por una vez, los turcos estaban allí, pero todavía no se les veía pues estaban al abrigo detrás de las murallas. Sólo se veía a los centinelas sobre las murallas, pero se les veía desde tan lejos que apenas si parecían un poco más grandes que ratones. En las torres también se

veían flotar las banderas con la media luna, y por la noche encendían unas hogueras en las torres para hacer señales.

El ejército era tan grande que estaba por toda la ciudad, excepto por la parte del lago, que comunicaba con el mar, y los griegos habían llevado allí sus navíos de guerra. Así pues, después de las rogativas públicas comenzó el asedio. Era una cosa muy dura y como poca gente había visto en Francia, pues las máquinas de los griegos eran tan poderosas que lanzaban unas balas más grandes que cabezas de caballos, con tal fuerza que se oían en el otro extremo del campamento, a un cuarto de legua; y

cada máquina podía lanzar de diez a quince cañonazos por hora. Los canteros tenían mucho trabajo y a centenares trabajaban en la cantera vecina. Total que desde el principio este asedio armó tanto estrépito de día y de noche que en el campamento sólo los niños podían dormir.

Las noches eran frescas y los soldados encendían hogueras, había una cada cien pasos de tal forma que, de lejos, la ciudad parecía rodeada de un cinturón de antorchas. Los que no eran soldados trabajaban durante el día en las trincheras y en las barricadas a lo largo de las trincheras y, por la noche, montaban la guardia. Con el estrépito de

las máquinas alrededor de las murallas y los ruidos del campamento, un ejército turco se hubiera podido acercar sin que se le hubiera oído. En la parte del campamento orientada al este, los centinelas, inquietos, pegaban de vez en cuando el oído a la tierra. A cada momento esperaban ver aparecer todo el ejército del Sultán al pie de las murallas.

—Una noche Santiago montaba la guardia, cerca de la zanja, en compañía de Lamberto, Gerardo y de dos soldados flamencos (los muchachos del campamento flamenco reclutaban a los peregrinos jóvenes para relevarlos). Era una noche bastante tranquila por una vez,

era la noche del sábado al domingo. Los descreídos de arriba lanzaban flechas inflamadas, pero su alcance no era grande y no caían en el campamento: parecían unos pájaros de fuego. Cansado, pues había vigilado también la noche anterior, Santiago estaba entre dos postes al borde de la zanja pensando en las musarañas o mejor dicho mirando las estrellas; las miraba y guiñaba los ojos, poco le faltaba para quedarse dormido. Se apoyaba en su hacha con las dos manos y soñaba desde hacía un momento cuando oyó un ruido a su lado y se volvió: un hombre acababa de surgir de la zanja, como por arte de magia, y el ruido que Santiago había

oído era el silbido de una espada contra su vaina. La espada, ante él, brillaba. Sorprendido, Santiago dio un grito estridente, a causa de ese grito la mano del hombre tembló un segundo. El instante después Santiago le abatía su hacha sobre su cabeza.

Santiago oyó como un crujido sordo; cuando levantó el hacha, con la intención de volver a golpear, el hombre vaciló y cayó hacia atrás junto a las estacas. En la zanja se oían ya los gritos, los soldados flamencos y Gerardo daban la alerta, los hombres acudían: ¡los turcos, los turcos! Era un simple ataque de bandidos nómadas.

Lamberto sujetaba la antorcha, todos



miraban para el hombre tirado por el suelo. No se movía; le quitaron el sombrero de piel y tenía el cráneo tan bien hundido que la sangre y los sesos se le salían, mezclados con los pelos largos del sombrero. —¿Cómo, dijo Santiago, ya está muerto? —¡Ya quisieras estar vivo tú después de un golpe semejante! Era un hombre todavía joven, de ancho rostro chato y duro, perilla negra en el mentón, grandes ojos abiertos, tranquilos, apagados apenas. Por el sombrero, la sangre le corría sobre la frente y a lo largo de la nariz.

Santiago no lo comprendía, estaba temblando, apoyándose en el hacha, luchando contra el vértigo. ¡Oh, amigos,

oh, amigos! Sus dientes chasqueaban de tal forma que no podía pronunciar otra cosa ni pensar nada más. Todos creían que era de miedo. Venga, Santiago, tú eres un valiente, no pongas esa cara. Santiago repetía: Oh, amigos, y dejó caer el hacha de tanto como le temblaban los brazos. ¡Oh, decidme, qué es lo que he hecho! En aquel momento hubiera dado todo porque aquel hombre tirado por el suelo sólo estuviera herido.

El jefe de los lacayos flamencos estaba allí y Baudry también. Los hombres hablaban todos a la vez, señalando el cadáver y la zanja por donde habían huido los bandidos. —Tú, dijo el flamenco a Santiago, cuenta lo

que pasó exactamente. —Nada, dijo Santiago, nada. Todavía le chasqueaban un poco los dientes pero se recuperaba poco a poco. —Nada. De repente vuelvo la cabeza y veo a ese hombre a mi lado con una cosa brillante y le golpeé con el hacha y cayó al suelo. — ¡Muy bien, muchacho, le dijo el otro dándole unas palmadas en la espalda, si tú no tienes barba, por lo menos tienes energía! Ya te has ganado un turco y en mi compañía no hay muchos soldados que puedan decir lo mismo. Te van a envidiar. ¿Quieres enrolarte en mi compañía? —No, dijo Santiago, desde luego que no.

Y se fue después de haber recogido

el hacha. Tenía ganas de vomitar. Oh, amigos. La cabeza vacía. Seguía oyendo, en el mango del hacha, el crujido sordo de los huesos rotos, sentía un entorpecimiento en su cuerpo con el peso del hombre vacilando, cayendo a tierra y una vez más volvía a oír el crujido de los huesos en el mango del hacha, en su brazo que se le volvía pesado repentinamente. —María, he matado a un hombre.

María sabía ya todo, sólo se hablaba de eso desde hacía media hora. ¡Has hecho bien, Santiago, has hecho muy bien! Si no, era él el que te mataba. ¿Te das cuenta? ¡Qué suerte tuviste! ¡Me hubiera muerto yo también! —Tú no

puedes saberlo, María, eres una niña.

Al día siguiente todo había terminado, todos lo felicitaban y decían que hacía honor a su padre y a su barrio, y que había defendido muy bien a Jesucristo impidiendo que los bandidos se metieran en el campamento y degollaran a los cristianos; y que seguramente era Dios quien le había guiado el hacha. ¡Contento debía estar con haber podido impedirlo! Los hundidos hubieran podido degollar a todos sus camaradas; y a él, le hubieran cortado la cabeza el primero.

Los campamentos de los pobres, los menos fortificados, eran los que atacaban los bandidos; pues como

conocían el terreno y para ellos era un juego meterse entre las empalizadas, los centinelas no podían hacer nada, pues además no hacían más ruido que las ratas. Eran turcos de la rama de los turcomanos, que formaban bandas, y realmente eran valientes, pues atacaban sin gran esperanza de provecho, sólo para molestar a los cristianos. Una vez penetraron en el campamento de los peregrinos provenzales, matando a una docena de centinelas, a su manera: se acercaban muy despacio y les cortaban el cuello sin que el hombre tuviera tiempo de darse cuenta, pues llevaban unos sables muy afilados. Después fueron a las tiendas de campaña, donde

los cogieron. A la mañana siguiente enterraron a los mártires, y las cabezas de los turcos —unas quince— las plantaron sobre las estacas encima de la zanja. El turco de Santiago adornó de la misma manera la empalizada de los flamencos y no era un espectáculo muy bonito pues en seguida la cabeza se cubrió de moscas y se puso completamente negra; ni siquiera a Santiago le gustaba pasar por delante. Durante el día los niños se acercaban y le tiraban piedras con la honda.

El asedio era duro: todos los días llevaban a los heridos a las tiendas de los soldados de infantería, y los zapadores del conde de Toulouse

pasaban por los campamentos de los civiles para reclutar hombres para los trabajos de minas; hacían falta centenares de obreros para cavar y sobre todo para recoger y acarrear la tierra. Los hombres se ponían en filas muy largas, se pasaban los cubos llenos de tierra y la cosa iba tan rápidamente que al cabo de tres días había verdaderas montañas de tierra y rocas deshechas a la entrada de la galería enfrente de la torre y allí la regaban y la endurecían para hacer con ella un cerro llano: por encima iban a construir una torre de madera.

Era aquí donde el trabajo era peligroso, pues los sitiados tenían unas



máquinas de larga distancia y los obreros, incluso protegiéndose debajo de gruesos maderos, corrían el peligro de morir o de ser heridos. De esta manera los de Arras perdieron dos bataneros, hombres jóvenes, uno de ellos casado.

A la viuda le dijeron: no llores tanto, tu hombre es un mártir. Ella no lloró más y, como era una mujer fuerte, se ofreció para reemplazar a su marido en los trabajos de desmonte; y allí fue, en pantalones de hombre, con las trenzas enrolladas alrededor de la cabeza envuelta en un pañuelo.

Si no hubiera sido por el estrépito de los cañonazos y el polvo alrededor

de las murallas y el fuego griego que de vez en cuando hacía arder las empalizadas, aquel asedio no hubiera sido desagradable: el Emperador, no se podía negar, era un buen cristiano, abastecía tan bien al ejército que los más pobres tenían pan a voluntad y los domingos vino. Con este régimen no había duda de que podían recuperar las fuerzas para un año.

...Se les veía aparecer, nadie sabía por dónde, quizá conseguían deslizarse por las empalizadas; o entraban en el campamento por detrás de los convoyes de víveres o por algún paso subterráneo. El caso es que a partir de este asedio de Nicea, el número aumentó; ellos

preferían mezclarse con los peregrinos pues los soldados los trataban con dureza y los echaban. Así llegaron muchos después de la batalla que el conde de Toulouse y los franceses libraron en pleno asedio contra un ejército turco, una pequeña vanguardia que todavía no era el ejército del Sultán. El día en que los provenzales y los franceses volvían al campamento, cantando victoria, toda una banda de esa clase de gente entró detrás de los soldados, llevando en las manos cabezas de turcos.

Eran morenos de piel y delgados como esqueletos; la piel les brillaba, tenían unos ojos grandes y huraños y

apenas hablaban. Por la noche se sentaban cerca de las hogueras, se reían con una risa burlona y tonta y devoraban con los ojos el pan y la carne. Los del campamento les daban de comer, y ellos roían el pedazo de carne hasta el hueso, vorazmente, como los animales, pero no pedían más. Eran tan extraños que corría el rumor de que habían resucitado de entre los muertos, de tal forma que los demás tenían miedo de ellos y nadie se atrevía a echarlos.

Un día en que María estaba sentada junto a una tienda de campaña arreglando un sombrero de hombre y que san Juan, según su costumbre, rodaba alrededor de ella, uno de aquellos

hombres se acercó y puso su mano negra sobre el hombro del loco. —¡Eh!, san Juan, guapa chica, ¿eh? —¡Atrás, Satanás!, ¡es una santa mujer! El otro seguía burlándose.

—Tú, Ricardo, dijo san Juan, si has resucitado de entre los muertos no es seguramente por tus buenas obras, pues eres tan feo que das miedo. —Yo no he resucitado de entre los muertos, dijo el otro. Y se sentó al lado de María, cruzándose unos brazos delgados como palos sobre sus rodillas puntiagudas. Estaba casi desnudo: no llevaba camisa y lo que le quedaba de pantalón no era bastante para cubrirle los esqueléticos muslos.

—Negro, eh, dijo, volviendo hacia María una cara llena de surcos con una barba de color hoja seca. Cuando hablaba se le veían los dientes, como si riera. —Negro, eh, muchacha, ¿yo soy negro? —Pues sí, dijo María, negro como un diablo.

—Es del sol y del viento. ¿Tú eres picarda, verdad? —No, yo soy del arrabal de Arras.

—Yo soy Ricardo, tejedor de Roubaix. Sí, yo era tejedor en Roubaix. Nos quedamos sin trabajo y el barrio ardió.

—¿Qué desgracia! ¿Con las telas?

—Y con los obreros. Yo pude salvarme por la ventana. Mis hermanos

quedaron allí.

—¡Ay, pobre muchacho!

El hombre negro miraba hacia adelante, con la mirada vaga. —...Y en Maguncia, sobre el Rhin, quemamos a varios judíos. —¿Por qué a judíos?, preguntó María.

—Qué pregunta. Son unos echadores de cartas. Amasan las hostias con sangre cristiana y eso provoca la sequía.

—No es eso, Ricardo, dijo san Juan. Los judíos clavaron a Dios en la cruz.

—De todas maneras, dijo el otro, testarudo, son echadores de cartas. Estaban parados, sin trabajo, en el Rhin. El obispo, que lo mismo le da que la gente esté sin trabajo, se puso del lado

de los judíos. —Movía la cabeza, perdido en sus pensamientos. —De todas partes nos echaban como perros sarnosos. Como perros sarnosos. Peor que perros sarnosos.

—¿Y tu mujer, Ricardo?, preguntó san Juan. El otro rió, sin alegría, y con la mano derecha hizo el ademán de cortarse el cuello.

—Esto, ¿comprendes? Mártir. Saben hacerlo muy bien: tiran de la espada y ¡paf! sin cabeza. Yo estaba tirado en la tierra. Herido. Tres días pudriéndome con la carroña.

María hizo la señal de la cruz. — ¡Dios mío!, ¿no serás por casualidad un verdadero muerto?



—No tengas miedo, guapa, los verdaderos muertos no comen. No. Los verdaderos muertos no comen. No pueden comer.

—¿Quién sabe?, dijo san Juan, soñador. ¿Sabemos acaso cómo son? A lo mejor tú estás muerto sin saberlo.

El hombre se reía, con una risa breve y seca. —¡Eso no! ¡Cuando yo esté muerto lo sabré! Se levantó y se marchó, con su extraño paso rápido y ligero como el de un lobo, con la espalda encorvada, la cabeza hacia adelante.

—Era un buen muchacho, dijo san Juan a María. Sin la luz que Dios me da, nunca lo hubiera reconocido. Tenía una

mujer, Guillermina. Estaba embarazada, pero era guapa. Tenía los ojos como dos pescaditos de plata.

Viendo a todos esos hombres perdidos, mucha gente se preguntaba si no estarían con ellos los amigos que creían muertos; aunque hiciera falta la luz sobrenatural de un san Juan para reconocer a unos hombres tan desfigurados. Baudry, el caballero Everardo y el padre Bertoldo habían decidido dirigirse al mariscal del duque Godofredo para que mandara reunirlos a todos y metiera en un campamento cerrado a esos extraños cruzados, pues iban muy sucios, olían muy mal y daban miedo a los niños, además se paseaban

desnudos, lo que no era muy decente; y a pesar de lo que decían los sacerdotes, que creían que la cosa no era probable, no estaban muy seguros de que no fueran unos muertos-vivos.

Uno de ellos, un chico joven bastante bien conservado todavía, contó a Baudry que había en el país una tropa bastante grande de hombres como ellos, más o menos dos mil, que vivían escondidos en la montaña y habían elegido un rey para mandarlos, y rezaban a Dios y obedecían tan bien los reglamentos de su compañía que a todo hombre que cometía una falta le mataban inmediatamente sus hermanos.

Estarían dispuestos, decía ese chico

llamado Andrés, a ofrecer sus servicios a los barones del ejército, si los dejaran vivir a su manera. —Andrés, le preguntaba Baudry, ¿cómo has podido vivir? ¿Por qué no os refugiasteis en un puerto? —Nos escondíamos. En cuanto la gente del país nos veía, nos tiraba piedras. Te das cuenta, la gente del país: ¿cómo podemos saber si son turcos o griegos? Es posible que hayamos matado también a cristianos. Compréndelo, llegamos a un pueblo y nos reciben a horcazos. Tenemos hambre, llevamos un cuchillo y no lo dudamos. Todos muertos. Después, lo que se puede comer, lo comemos. No dura mucho tiempo. Los mártires nos

daban envidia, no hay cosa peor que el hambre.

—¿Tus parientes murieron en el campo de batalla? —Mi padre y dos hermanas pequeñas; mi madre había muerto en Hungría, gracias a Dios. Yo era de Rouen, éramos obreros, Bataneros. Cuando Pedro vino a predicar —que Dios lo maldiga— los comerciantes acababan de bajar los precios, reventándonos a trabajar nos moríamos de hambre, mi padre dijo que era mejor que nos fuéramos. Ya ves. Hubiera sido mejor que nos quedáramos, el hambre es la misma en todas partes. Aquí ha sido peor.

—Te quedarás con nosotros, dijo

Baudry. Si Dios quiere llegaremos a Tierra Santa. —¡Oh, santa o no santa, me da lo mismo..., lo que yo quiero es vengarme de los turcos! He hecho el voto de matar a trescientos yo solo.

—¡Qué voto! ¿Cuántos has matado ya? —Cuatro. Los demás eran griegos.

—Pues bien, muchacho, en justicia debería entregarte a los oficiales del Emperador. Pero después de todo lo que has pasado, no haremos eso. Todavía tienes buena la cabeza, quédate con nosotros.

—No. Con mis compañeros para siempre. Aunque nos metan en un campamento vigilado.

La ciudad de Nicea fue devuelta a

los cristianos. No hubo asalto ni ataque, pero para las gentes del campamento que veían la cosa desde lejos, era un bonito espectáculo: los barones habían construido unas torres de madera tan altas como las torres de la ciudad, y tiraban tan bien que, al cabo de tres semanas, paredes enteras y pedazos de torres caían en las zanjas, en medio de un gran estrépito y de nubes de polvo y de fuego. Habían excavado la gran torre del este y en la galería subterránea habían metido carretas enteras de pez y de resina y de agua de los griegos que arde, después habían quemado unos cables mojados en resina y por todas partes crujía la tierra y en aquel mismo

momento un estrépito infernal salió de debajo de la torre y tales nubes de polvo que no se vio más la fortaleza.

¡Y qué aullidos! No se sabía quiénes gritaban más, si los cristianos o los paganos, de alegría o de dolor. ¡Mirad, mirad cómo se inclina! Una torre enorme, redonda, más fuerte que el campanario más grande de una iglesia, se veía a través del humo que se inclinaba lentamente, lentamente, rompiendo lienzos enteros de la muralla, como si quisiera llegar hasta la zanja. Como si se hubiera vuelto viva. Era espantoso ver aquel espectáculo.

Sin embargo, no cayó. En medio del humo, los hombres de la guarnición



corrían por el muro con peligro de matarse, pues las piedras seguían hundiéndose, corrían con picos y cubos de cemento, mientras que otros intentaban salvar y enderezar las culebrinas. Esto ocurría delante del campamento del conde de Toulouse; y por el otro lado, cerca de la puerta, los griegos rechazaban un ataque con la caballería y los arietes ya preparados. Turcos y griegos rodaban por la zanja llena de agua por encima del puente de madera tendido por los cristianos.

Y sin embargo la ciudad no fue tomada por asalto. Al día siguiente se veían los estandartes griegos en todas las torres y en la ciudad las campanas de

las iglesias tocaban a rebato de alegría y sobre los muros las trompetas griegas tocaban la victoria. Banderas blancas y cruces. ¡Alabado sea Dios y la Virgen y san Jorge! ¡Y san Miguel y san Nicéforo y san Mercurio! ¡La noble ciudad de Nicea está liberada del yugo de los paganos agarenos, llamados también sarracenos o turcos!

Pero ocurrió que en el ejército hubo muchos desórdenes e incluso varios motines; y fue preciso que los sacerdotes y los monjes hicieran grandes discursos, blandiendo la cruz y protegiendo con sus cuerpos a los pregoneros de los barones. ¡Dios y Jesucristo y la santa Cruz! ¿Sois un

ejército de cristianos o animales sin entendimiento? ¡Enteraos de lo que se trata antes de gritar!

¡Cómo! ¿Quién ha pagado con su sangre, nosotros o los caballeros? ¿Quién trabajaba en las torres de madera y en las máquinas bajo los tiros de los cañonazos? ¿Quién excavaba las galerías, quién vigilaba las murallas? ¡A los barones el honor y los presentes del Emperador, pero la ciudad es para nosotros! ¡Para nosotros la guarnición, para nosotros la Sultana! ¡Ellos mataron a más de diez mil mujeres de las nuestras, en aquel campo blanco de muertos, en toda justicia la Sultana nos pertenece y también la guarnición! ¡No

son las mujeres de los caballeros las que mataron allí, ni las hijas del Emperador!

Los pregoneros anunciaban que el ejército cristiano había obtenido una gran victoria y que había que encender hogueras de alegría y que el Emperador enviaba ese mismo día a cada campamento docenas de barriles de buen vino, que cada soldado recibiría una recompensa, lo iban anunciando por todas partes y la gente les gritaba: ¡Que se guarde sus monedas de plata, que nos abra las puertas! No hemos luchado para nada. ¡La ciudad es nuestra! — ¡Vergüenza os debía de dar, malos cristianos! ¡Habéis tomado la cruz para

saquear? Los predicadores y los sacerdotes subían a las carretas y se desgarraban el hábito por el pecho para obligar a las gentes a escucharlos. ¡Vergüenza os debía de dar!, ¿qué queréis saquear? Esta ciudad es cristiana, los turcos no poseen más que la ciudadela. ¡El Emperador hizo bien en negar la entrada en la ciudad a unos salvajes como vosotros! Los sacerdotes se sentían obligados a decir esto, pero se daban cuenta del daño que hacían a la gente sencilla.

—Decidnos, ¿por casualidad hemos hecho juramento al Emperador? ¡Que nos entreguen la guarnición y los bienes de los turcos y sus mujeres! —¿Cómo,

los bienes de los turcos? ¡Esos bienes son los que los turcos arrebataron a los cristianos! ¿Queréis apoderaros de lo que pertenece a vuestros hermanos? ¿Pensáis amancebaros con mujeres paganas? Sabed que la unión con la carne no bautizada es pecado mortal. Mañana mismo levantamos el campamento para enfrentarnos con nuestros enemigos en campo raso, hoy debemos pasar el día en ayuno y oración.

Fray Bernabé estaba triste y enfadado. Y decía: apenas hemos puesto el pie en un suelo ocupado por los paganos, apenas hemos liberado una ciudad cristiana, y ya los soldados

cruzados pierden la cabeza y no piensan más que en el botín. Pues también había muchos peregrinos que gritaban con los soldados y reclamaban el botín y la Sultana. Y entre todos ellos, el más ardiente era Elías el Picoso.

Baudry se lo había llevado aparte para afeárselo. El botín me da lo mismo, dijo el Picoso, pero que nos entreguen a los turcos. —No eres tú quien puede hablar así, dijo Baudry, Dios no te ha perdonado todavía. Elías se irguió y miró fijamente a Baudry, sin pestañear. —¿Qué sabes tú y con qué derecho me lo dices? Yo creo que un tejedor vale tanto como un albañil. He pecado, de acuerdo. Pero, ¿quién está sin pecado?

Estaba tan derecho y tenía una mirada tan decidida y hablaba con tanta arrogancia que Baudry dio un paso atrás. Dos meses antes hubiera dado a el Picoso un puñetazo en la mandíbula. — Otros más juiciosos que tú me han elegido y me han aceptado para que yo mande. Si tú no quieres obedecerme, coge a tu hija y a tu yerno y vete con los soldados o con quien quieras. El otro lo miró aviesamente y dijo: Tú tienes celos de mí, Baudry, porque todo el mundo sabe que soy más valiente que tú. Baudry se encogió de hombros y le volvió la espalda.

Más valiente. Hay que decir que durante el asedio, un caballero



normando se había fijado en Elías y, entre los peregrinos, todo el mundo lo sabía. Un andamio de la torre de madera había empezado a arder y una docena de soldados normandos se habían quedado bloqueados en él, sin poder bajar; entonces Elías, que estaba cribando piedras no lejos de allí, había corrido a buscar una escalera grande y la había sujetado hasta que todos los soldados hubieran bajado, y todo esto bajo una buena lluvia de cañonazos. Así pues, el caballero normando lo había felicitado: Eres un valiente, seas quien seas, ¡has salvado a mis hombres! Toma esta moneda de plata. Elías la había rechazado: No lo he hecho por dinero,

todos somos cristianos. —¡En verdad, exclamó el caballero, este hombre se había merecido ser noble! Desde aquel día, aquello se le había subido a Elías a la cabeza y se sentía orgulloso.

Una vez levantado el campamento y que los ejércitos se habían puesto en marcha hacia el este, hacia Anatolia, todos sabían muy bien que el Sultán en persona les saldría al encuentro para combatir a los cristianos. No era el momento de entretenerse en el pillaje y dejar que los hombres se relajaran. Era por tanto urgente ponerse en camino y prepararse para afrontar el enemigo sobre un terreno en que la caballería pudiera desplegarse. —A menos, decían

algunos peregrinos mal informados, que tenga miedo de atacar a un ejército tan poderoso. —No hay que contar con eso, en ello le va el honor, le han cogido su ciudad más importante, con su mujer y sus mejores emires. Si no ha atacado todavía es porque está reuniendo tropas nuevas y, según los espías griegos, se ha puesto en marcha desde hace dos semanas, a la cabeza de innumerables legiones.

De cualquier modo, todos sabían que no podía estar lejos. Mientras marchaban, a la caída del día, el ejército entero seguía con la mirada a los caballeros destacados como exploradores hacia la cima de las

colinas, y acechaba la señal de alarma. Al tercer día después de la salida de Nicea, habían dado la señal.

Habían llegado a una vasta llanura un poco ondulada, casi desierta, medio campo, medio camino; se veía que por allí circulaban regularmente ejércitos o rebaños y los pueblos estaban abandonados y destruidos. ¡Que Dios nos ayude! En el silencio de la tarde, la tierra rugía a lo lejos. *Que lleven los equipajes y las literas y a las mujeres y a los niños hacia las ruinas del pueblo, cerca del pozo, y que nadie se mueva de su sitio, ha llegado el momento de prepararse para la batalla.*

La consigna pasaba de un convoy al

otro: que nadie se mueva pase lo que pase, aunque toda la caballería del enemigo cargue contra vosotros. Los caballeros se alineaban a un lado, en orden de batalla, y sobre los flancos los arqueros preparaban la defensa, hundiendo en la tierra la punta de sus largos escudos, apretados unos junto a otros para formar como un muro de cinco pies de altura. *¡Por Dios y Jesucristo, amigos, que nadie se mueva!* Pues son miles y miles los que llegan a caballo. Huir no serviría de nada. Todos los ruidos del campamento eran apagados por los bramidos de la tierra sacudida por miles y miles de cascos.

La cosa fue peor cuando se les vio aparecer. Eran muy rápidos; en menos de una hora habían llenado toda la llanura y las colinas bullían y se habían vuelto repentinamente vivas. No se sabía dónde estaba el Sultán, sólo se veía masas enteras de jinetes con capas blancas o grises montados sobre unos caballos ligeros de color oscuro, y avanzaban en filas bien ordenadas, con un galope tranquilo, regular, dando a coro gritos agudos. El ruido era tan fuerte que hablando no se podían entender.

Y durante horas y horas aquello fue como el infierno. Listo tenía que ser quien pudiera comprender lo que ocurría

en aquel gran tumulto en mitad de la noche. En medio del campamento, las mujeres, espantadas, se vestían a toda prisa e iban a ver lo que pasaba, y escondían a los niños debajo de las carretas, diciéndoles: no es nada, es una tormenta o son los tiros de las máquinas (cuando en realidad aquello se parecía a cualquier cosa menos a los tiros de las máquinas). Los hombres, todos, soldados y peregrinos, se mantenían en filas estrechas, formando como varias murallas alrededor del campamento y del pozo, con las armas en la mano, y se protegían la cabeza con lo que podían, escudo, tabla de madera o cubo.

Pues era como un chaparrón. Lluvia

de flechas. Aquello silbaba, salía disparado, caía hundiéndose en los escudos de madera con un chasquido seguido de una vibración sonora, o estallaba contra las rocas, o se hundía en un brazo o en una pierna, sin ruido, aunque inmediatamente se oía un grito o un juramento. *¡Las cabezas, muchachos, protegeos las cabezas, los ojos, lo demás no es mortal, no retrocedáis sobre todo, relevad a los heridos!* Los arqueros, protegidos por los escuderos, resistían bastante bien y tendían los arcos y lanzaban las flechas unas tras otras, pero por una que lanzaban recibían cincuenta; ellos trataban de apuntar bien, en cambio los turcos no



tenían casi necesidad de apuntar pues sus flechas caían con tanta abundancia que había para todo el mundo. ¡Dios mío!, ¿cuándo se les quedarán vacías las aljabas? Los lacayos de los arqueros eran los que más expuestos estaban, por eso caían a montones.

Los otros llegaban, a rienda suelta, en medio de un estrépito tal de cascos, con tales gritos, levantando una polvareda tal, que los arqueros debieron haberse ganado el cielo en aquella noche por no haber retrocedido: ¡los caballos de los turcos estaban ya sólo a diez pasos y ellos seguían lanzando flechas, todos a la vez! Las cuerdas de los arcos hacían *¡bang!* apagando todos

los demás ruidos (pues los arcos cristianos eran mucho más fuertes que los de los turcos), casi todas las flechas daban en un caballo y los animales se encabritaban o caían a tierra, habían roto las filas enemigas y los jinetes volvían riendas y se largaban por un lado. Inmediatamente llegaban otros, con los arcos tendidos, aullando con el grito de guerra estridente, como un alarido de animal salvaje.

¿Cuántos eran? ¿O eran los mismos que volvían una y otra vez? Así durante horas y horas, el sol está ya alto en el cielo, apenas se le ha podido ver en medio del polvo y del estrépito. Una primera fila de arqueros fue pisoteada

de tal manera que ni siquiera quedaron los escudos. Esto ocurría por el lado de los infantes flamencos y valones. *¡Señor Jesús tened piedad de nosotros!* En aquel momento se sentía casi más la pérdida de los escudos que de los hombres.

Los arqueros de la segunda fila se reagrupaban y, rodilla en tierra, tiraban por entre el hueco de dos escudos. Y sus escudos temblaban y crujían bajo los golpes de las flechas que se clavaban una y otra vez, gracias a Dios esas flechas eran ligeras, si no hubieran derribado el escudo y al hombre de una vez. Las que pasaban por encima de las cabezas de los arqueros eran peores que

avispas furiosas, parecían vivas, buscando sus presas. Todavía no habían empezado a cavar las trincheras, pero los hombres estaban preparados, con lo que tenían en las manos, arma o herramienta, para en el momento en que estos arqueros fueran pisoteados lanzarse ellos con las hachas y los picos. Mientras tanto, los más rápidos, los más ágiles rellenaban constantemente las aljabas de los arqueros, otros, detrás de los tiradores, les pasaban las flechas.

¡Arqueros valientes! Durante horas —¿horas?, quizá— estuvieron allí, como máquinas, tendiendo el arco y soltando la cuerda, cogiendo una nueva

flecha y volviendo a tender el arco, hubiera podido decirse que sus brazos, a fuerza de hacer los mismos ademanes, se hubieran vuelto tan insensibles como las ruedas de un molino.

Nadie tenía ya fuerzas para hablar, apenas si alguien soplaba o escupía de vez en cuando, el ruido que aquellos turcos hacían —a cincuenta, a treinta pasos— era tal que parecía que siempre lo habían oído, que siempre deberían oírlo, el trueno de una carga al galope, sus gritos: *no gritos regulares, sino gritos que estallaban cada diez segundos, unas veces agudos otras roncós, pero que cada vez entraban en la carne como si fueran espinas*, no se

podía más, era para volverse loco. Se echaban al galope, lanzaban las flechas y se iban por un lado, mientras otros llegaban detrás... ¡Si por lo menos (llegaban a desearlo) siguieran en línea recta para poder recibirlos con las lanzas o las hachas, a los hombres y a los caballos, y que todo se acabara!

Los truenos de los cascos no es nada, ni siquiera el polvo, *si por lo menos no gritaran así*, como lechuzas, como buitres, ¿es ése su grito de guerra? ¡Ah! cuando Josué, el santo hombre, detuvo al sol en el cielo, era un milagro, verdaderamente, pues los judíos estaban entonces en buena posición y perseguían a sus enemigos. Pero para los hombres

que están en un momento difícil el sol se detiene solo y sin milagro y tarda veinte horas en subir al cénit. Esto ocurría por el lado de los arqueros valones. Habían lanzado las flechas casi a quemarropa, esta vez, tres caballos con sus jinetes dieron un salto y se abatieron sobre ellos, aplastándolos con su peso.

*¡La brecha, la brecha!* Los hombres de la segunda fila corrían para rematar a los turcos caídos en tierra y hacerse una muralla con los caballos heridos, y a la izquierda y a la derecha, los arqueros volvían sus arcos hacia los jinetes que iban llegando. Aquello era la locura y nadie en esos momentos pensaba ya en protegerse detrás de las esteras de

mimbre y de los maderos, todos iban de frente, con hachas, horcas, lanzas, contra los hocicos de los caballos, las piernas de los hombres, y aullaban, aullaban, para atemorizar a los mismos turcos, como animales; las flechas se les hincaban en los brazos o en el hombro pero como si no lo sintieran. En aquel lugar se formó un montón de cuerpos de hombres y de caballos, agonizando, relinchando, un montón tal que el carro del diablo no hubiera podido pasar, los jinetes volvieron riendas y atacaron un poco más lejos, a la izquierda.

Allí, los arqueros resistieron bien pero no daban abasto para recargar los arcos, pues no tenían diez brazos.



Jadeaban como perros heridos y tiraban a ciegas pues, ante ellos, campo, tierra, roca, todo no era más que polvo y a cada pasada de los jinetes se levantaban tales nubes de polvo que ya no se veía el cielo. Los caballos heridos daban vueltas, saltaban, se echaban hacia atrás rompiendo las filas. Entonces había unos instantes de calma. *¡Qué felicidad, no más flechas!* No se lo podían creer: nada que cayera sobre la cabeza, poder mirar delante de sí.

El sudor se pegaba al cuerpo de tal forma que uno se creería mojado por un chaparrón, se pegaba al pelo y a la frente, llenaba los ojos, la boca, se lo lamén con la lengua. *¡Cuidado con las*

*flechas, empiezan otra vez! ¡La brecha,*  
muchachos, *la brecha* por el lado del  
maestro Martín! ¡Qué desgracia! Los  
turcos habían pasado, como unos locos,  
por encima de una fila de diez arqueros,  
con los caballos llenos de flechas en el  
vientre. Los caballos habían caído y los  
jinetes en tierra, con el sable en la mano,  
detrás otros jinetes saltaban por encima  
de los caballos muertos. Si logran pasar  
la tercera barrera llegan en medio del  
campamento, que las mujeres no se  
espanten, que traigan todo lo que tienen  
al alcance de la mano, hasta las  
cacerolas, todo será necesario. *Que*  
*nadie retroceda una pulgada.* Los  
caballos se metían en medio de la masa

de hombres, clavándose con las lanzas y las horcas y los hurgones, ya no había ni soldados ni civiles, todos arremetían, como locos, como locos, con hachas o martillos, picos, archas, ya nadie sabía lo que quería.

Cráneos de caballos rajados, piernas de hombres colgando por todas partes, un brazo cortado de un hachazo con el sable todavía apretado en la mano, compañeros que caen, con la cabeza o el hombro destrozados, ya no se presta atención. Pero bajo la presión de la muchedumbre chillando, ensangrentada, sorda, ciega, espantosa por la rabia de golpear —de una muchedumbre de cabezas heridas que con toda su fuerza

arremetían— caballos y jinetes, llenos de pánico, retrocedían, no había nada que hacer, aquellos hombres a pie se agarraban al suelo y avanzaban, paso a paso, despacio, con unos rugidos tan feroces, que allá, en las líneas de la caballería turca, los caballos se atemorizaron y se detuvieron, y los jinetes dieron media vuelta. Ni siquiera los turcos, ni siquiera los turcos habían oído jamás aquello: aquel inmenso grito de rabia. No eran gritos de miedo ni de odio, no era un grito humano.

Cansados de galopar, jadeantes, los hombres miraban los caballos muertos, los turcos o mejor dicho lo que quedaba de ellos, carne picada, peor que carne

de carnicería, los cuerpos de los camaradas muertos, sangre, sangre muy roja que la tierra polvorienta bebía rápidamente. Ya no se oía ningún ruido. ¡Les hemos hecho retroceder, muchachos, *colmad la brecha de Dios!* Rápidamente había que amontonar los cadáveres de los caballos y de los hombres para hacer una muralla con ellos. Hacer un montón. Las mujeres, haciendo la cadena, pasaban los cubos de agua. Llegaban jadeando, con las cabezas cubiertas de toldos o incluso con viejas herradas, con los cubos y las jarras. Los hombres se bajaban, metían la cara en el agua y bebían directamente del cubo.

María también estaba allí, con una piel de cordero en la cabeza, un cubo en las manos, tan pesado que debía echarse hacia atrás para llevarlo. ¡Venga, venga, de prisa! Los hombres bebían a lametadas, como los perros, sorbían, resoplaban. ¡A los arqueros, llévaselo a los arqueros! Éstos, muertos de cansancio, hincaban la rodilla en las piedras del suelo y hundían más profundamente en el suelo la punta de los escudos medio deshechos; a causa del casco, no podían inclinar la cabeza para beber y María les daba agua con la palma de la mano, ellos bebían y con un guiño reclamaban más agua; ni siquiera podían hablar. María les echaba agua

por la cara, les vertía agua por el cuello y ellos daban suspiros de alivio y cerraban los ojos. Con la mano sobre el arco y la flecha preparada.

¡Que vuelven, muchachos, que vuelven! ¡Las mujeres a esconderse! ¿Cómo y dónde esconderse? Sí que volvían, se oía ya acercarse el galope de los caballos. *Y los ladridos de los hombres.* Los arqueros tendían los arcos y tiraban. ¿Tendremos bastantes flechas? Había un espacio de unos cincuenta pasos donde ya no había arqueros que habían colmado con los cadáveres y los caballos muertos: detrás, a veinte pasos, los hombres estaban preparados, rodilla en tierra, el arma —lanza o estaca u

horca— apuntando hacia adelante. Si los turcos saltan por encima del obstáculo se quedarán clavados en ellas. Las mujeres —allí estaban María y Alix, Martina la del Bernardo y una de las monjas, sor Hildegonda— se habían quedado entre los hombres y el talud de cadáveres, sintiéndose en ridículo, de pie con los cubos de agua como unas campesinas que volvían del pozo. ¡Por todos los diablos, que os escondáis, os van a caer encima! La nube de flechas silbó, densa como un vuelo de cigüeñas (pero cien veces más rápida), María recibió una sobre la piel de cordero y otra pasó por delante de la nariz de Alix, otra alcanzó a sor Hildegonda en



el hombro, la vieja mujer cayó de rodillas, derramando su cubo de agua; cinco o seis hombres fueron también heridos pero como estaban agachados hacia adelante, rodilla en tierra, no se movieron, excepto uno que había recibido la flecha en mitad de la cara y cayó hacia atrás; su vecino le cogió la lanza, así tenía una en cada mano. ¡Las mujeres al talud, iros al talud! Un instante después cinco caballos turcos asaltaban por encima de la muralla de carroña y por encima «Ir las cabezas de las mujeres, *y qué jaleo en aquel momento*, María no lo comprendió siquiera y sólo oía gritos y gritos, estrépito de cascos, hombres y caballos

revueltos rodaban por el polvo a diez pasos de ella, y ella repetía Jesucristo Santísima Virgen, Jesucristo Santísima Virgen, arrodillada junto a su cubo de agua medio vacío.

El corazón le latía tanto que lo sentía en las sienes y en las piernas, *todo su cuerpo latía como un estandarte al viento*, y también en su vientre le latía el niño, que le daba unas pataditas inquietas y ligeras.

El talud. María estaba adosada contra el talud. Y el niño se movía, María estuvo a punto de gritar, se volvió. Delante de su cabeza una cabeza, delante de sus ojos unos ojos. Una cabeza de caballo apresada entre el

espinazo negro de otro caballo y una silla grande de cuero de la que colgaba la pierna de un hombre. La cabeza se movía, suavemente, como si quisiera liberarse; era una cabeza noble de rasgos, joven, nerviosa; las fosas nasales rosas y casi transparentes temblaban rápidamente, los ojos grandes negros tenían una mirada dulce, un poco desamparada. Los ojos en los ojos. ¡Dios mío, qué animal más bonito!, pensaba María, *pobrecito animal*. Debía estar mortalmente herido, pues ni siquiera tenía fuerzas para liberarse el cuello. María le dio de beber en las manos y vio estremecerse los labios carnosos que mostraban unos dientes

muy blancos.

Después vio a unos hombres, ensangrentados, relucientes de sudor, correr hacia su cubo de agua y caer a su lado para beber. María levantó los ojos. A tres pasos de ella, cerca de un caballo destripado con las patas por el aire, había extendido el cadáver de un soldado, sin cabeza, con un gran charco de sangre debajo del cuello. ¡Ay! gritó, Santiago, Santiago, ¿dónde está Santiago? y echó a correr, vacilante, tropezando en los cuerpos, al paso recibió una flecha en el brazo izquierdo que la tiró al suelo, se levantó reteniendo la flecha con la mano derecha y gritando sin parar: Santiago, ¿dónde

está Santiago? Santiago estaba allí, de pie, resoplando como un toro, con el hacha en la mano.

Soltó un instante el hacha y cogió a María en sus brazos, respirando fuerte por el agotamiento, ¡oh María, oh María!

Estaba colorado como un pimiento, con la cabeza descubierta, el pelo mojado, la camisa mojada, la cara llena de sangre y de tierra, pestañeando sin cesar, como si no viera nada, con las fosas nasales temblorosas. —Ven, dijo con la voz ronca, vuelve al campamento, te lo digo yo. —Sí, Santiago, sí, me vuelvo. María corrió y cogió un cubo de agua de las manos de una mujer picarda y volvió; la flecha se le movía en el

brazo izquierdo y le hacía mucho daño. Oye, muchacho, quítame esta flecha. El soldado ante el cual pasaba le apretó el brazo, tiró primero suavemente de la flecha y después se la arrancó de un tirón, sabía cómo tenía que hacer. María se mordió los labios, y el hombre le arrancó un pedazo de la manga y le hizo un garrote. No lo dejes mucho tiempo. Después la miró, con los ojos inflamados repentinamente. ¡Qué bonita eres! Le cogió el cubo de la mano y lo puso en el suelo. Qué, ¿vamos?

María pensó que estaba loco, pues se hallaban en medio de la gente, rodeados de heridos que intentaban curarse las llagas y de hombres que se

ajustaban los cascos; a unos pasos del talud. Como el soldado quería violarla a toda costa inmediatamente, María le dio un puñetazo en la cara y se escapó con el cubo.

Los arqueros seguían tirando, pero los turcos ya no se acercaban más, se contentaban con vaciar las aljabas, de lejos, de tal forma que las flechas caían antes de llegar a la línea de los arqueros. Empezaban a respirar un poco, los hombres bebían, como locos, los cubos de agua llegaban continuamente, los hombres se los disputaban. *Si vuelven...* Dios mío, si tenemos que volver a empezar, nos vamos a volver locos. Todos andaban difícilmente

chapoteando en la sangre, el barro y el polvo. Era un poco más del mediodía.

Las nubes de polvo se habían posado. A lo lejos se veían sin cesar largas filas de jinetes turcos, que se seguían en filas apretadas, y rodeaban el campamento por todas partes, ahora descansan seguramente, aprovechemos el momento para levantar una barricada. Después se oyó el galope de unos caballos, un galope regular y pesado, por una vez no eran los turcos. Unos caballeros provenzales con sus escuderos —eran lo menos cien— pasaban a toda velocidad, a lo largo del campamento, la gente les gritaba: ¿qué pasa? *Se dirigían directamente hacia el*



*fondo del valle*, donde las nubes de polvo rojizo brillaban al sol. —La lucha es dura por allí. ¡Valor y suerte!

El caballero Everardo, que con sus soldados había luchado en la otra vertiente de la colina, protegiendo las carretas de los normandos y de los picardos, volvía hacia los arqueros, con su escudo, su casco y el frontal de su caballo agujereados de flechas, su enorme lanza, antes blanca, roja de sangre. Le seguían cinco hombres suyos. Sus caballos avanzaban lentamente, no parecían huir, era buena señal.

El caballero avanzaba, moviéndose al compás de su caballo cojo; el escudo le colgaba del brazo izquierdo y la lanza

danzaba por encima de su brazo. Tenía la barba llena de sudor, los labios apretados, los ojos pesados como si fueran de plomo. Mientras pasaba, los hombres se agarraban a sus estribos. ¿Qué noticias hay? —No del todo malas, dijo con una voz ronca. Ellos están retrocediendo. Unos mensajeros del campamento provenzal llegaban al galope, las trompetas en la boca. — ¡Adelante los que tienen corazón! ¡Viva Dios! ¡Adelante hacia la salvación! — ¿Qué salvación? —Se están yendo, ¿no lo veis?

Las líneas ondulantes de los turcos desaparecían repentinamente, como una nube que se deshace. —¿Cómo? ¡Hemos

recibido la orden de no movernos! —¿Y os vais a quedar aquí hasta el día del Juicio Final? Esa orden ya no vale, atontados, el señor obispo os manda decir: *¡Glorificad a Jesucristo!* ¡Adelante por el botín!

Sin comprender al principio por qué, los hombres que no estaban heridos se pusieron en movimiento, dejando casi con sentimiento la línea de los arqueros, el talud de carne muerta y las mujeres con los cubos de agua. Les parecía que habían vivido allí mucho tiempo y que les sería difícil acostumbrarse fuera de allí. Marchaban todos, detrás del mensajero a caballo, las armas en la mano, tropezando de vez en cuando en

aquel suelo roto por los cascos, sembrado de flechas y de estiércol. Y cuanto más avanzabas más se daban cuenta del éxito: ¡les hemos vencido! ¡Están retrocediendo! Somos *nosotros* quienes *atacamos*.

Y de repente en todos los campamentos, en todo el campo, brilló en las miles de cabezas como una luz: ¡Les hemos ganado! ¡Viva Jesucristo! ¡Les hemos ganado! Un clamor de alegría pasó como una ola de un extremo al otro del campamento, el eco respondía al eco, era como un trueno, todas las colinas chillaban a voz en grito, y los hombres que una media hora antes no se tenían de pie, por el

cansancio, echaban a correr.

Corrían, blandiendo las lanzas y las hachas, saltando por encima de las piedras, saltando por encima de los cadáveres. Ante ellos, en la llanura, la caballería cargaba, desplegada en un gigantesco abanico, cuyas plumas eran las lanzas de diez pies de largo. La caballería cargaba, lanzada al galope, metiéndose en las filas apretadas de los turcos como una enorme ola de espuma esparciéndose sobre un montón de gujarros, ya estaba sobre los turcos y *la velocidad no disminuía*. Los caballos de los turcos son pequeños y sus armaduras ligeras, ya sabían algo de eso, sí, la carga *apenas disminuía la*

*velocidad*, mientras se acercaban oían el estrépito que aumentaba, a los gritos y al pisoteo se añadía el duro chasqueo del hierro contra el hierro, el ruido de mil forjas. Con el polvo no se veía nada, nada más que una cosa: avanzaban, la caballería *avanzaba*, ¡ya no hay turcos a los lados, ya no hoy turcos, están huyendo!

Los soldados de infantería corrían, toda la infantería, menos los arqueros, que bien se habían merecido el descanso. Todos mezclados, soldados profesionales y soldados ocasionales, pues todos los campamentos se habían puesto en marcha al mismo tiempo; iban corriendo a lo ancho de toda la llanura,

gritando hasta desgañitarse ¡Viva Dios!  
¡Viva Dios! ¡No les deis cuartel, les  
hemos ganado! ¡Viva Jesucristo! En  
medio de la polvareda levantada,  
tropezaban en los cuerpos, en los  
caballos heridos, la caballería había  
pasado ya por allí y había hecho de las  
suyas. Turcos a pie, con turbantes y  
albornoces blancos, manejaban el sable  
y la jabalina, pero no se defendieron  
mucho tiempo, los soldados pasaban por  
encima de ellos con tanta violencia que  
los hombres heridos, con una mano  
cortada, la cara llena de cuchilladas,  
seguían corriendo como si no hubieran  
sentido nada; mientras, llegaban más  
hombres blandiendo a toda velocidad un

hacha o un garrote.

Todos seguían corriendo, parecía que esta carrera no debería terminarse jamás, que había que perseguir por toda la eternidad al Sultán como los perros del diablo al caballero impío; la alegría da alas y quita todo pensamiento. Por Dios. Hasta no poder más. Todos estaban ebrios aunque se morían de sed. *El día declinaba.*

Los caballeros, cansados de la persecución, viendo al enemigo lucra de alcance y dispersado, daban media vuelta, despacio, solemnes, extrañamente ataviados pues habían perdido todos los adornos de sus cascos y de sus armaduras en la batalla, las



Hechas les colgaban de todas partes y llevaban las lanzas rotas. Iban manchados de sangre y tan polvorientos que ya no se distinguían bien los colores de sus escudos. Al verlos volver, los soldados de infantería se vieron obligados a detenerse en su carrera y a dar la vuelta.

*Consigna:* rematar a todos los heridos y recuperar los caballos servibles. ¡Dios nos ha concedido en este día una gran victoria!

Los turcos no volverán. Nos hemos ganado una noche de descanso.

Los barones y los caballeros acamparon aquella noche en las tiendas del Sultán. ¡Reunieron tantas riquezas y

tal cantidad de animales, corderos y bueyes, que pensaban que el ejército tendría de comer para todo lo que quedaba de viaje! El obispo del Puy celebraba un gran oficio de acción de gracias y en todos los campamentos los sacerdotes tenían orden de hacer lo mismo, el reparto del botín quedaría para el día siguiente, primero servir a *Dios*. En el cielo rojo centenares de buitres planeaban y descendían hacia los campos, dando vueltas en espiral; había que darse prisa y recoger a los heridos cristianos, pues, hay que decirlo, había muchos.

Cerca de los campamentos cavaban las tumbas. El ejército había perdido a

más de trescientos arqueros aquel día y en cuanto a los lacayos y a los peregrinos, nadie lo sabía exactamente, cada grupo contaba a los suyos. Los metían de diez en diez en la misma fosa, sin lloros, sin lamentaciones, con la alegría del martirio y la alegría de la victoria, es muy grande la alegría de los vencedores ¡Jesucristo ha triunfado sobre el Sultán!

En el campamento los niños lloraban y no podían dormir, creían que los turcos iban a volver otra vez; cuando oían los ruidos de las trompetas o los gritos de los buitres se ponían a chillar: ¡los turcos, los turcos!, ¡las flechas! Y en los asadores cerca de las hogueras

ponían a asar los corderos del Sultán. Los heridos se desbridaban las llagas y les aplicaban carbones ardientes encima. Nadie se quejaba: gracias a Dios, aquel campamento no se convertiría en un campamento lleno de esqueletos cristianos. Y los parientes y los amigos volvían a verse como después de una larga ausencia y se abrazaban llorando. Todos reían, nadie tenía ya enemigos.

Sobre el talud cerca de la hoguera de los peregrinos de Arras estaban Martina la del Bernardo y su soldado flamenco; se abrazaban apretadamente, se besaban en medio de la boca y se miraban en los ojos sin cansarse, como

si estuvieran solos en medio del campo. ¡Oh, Dirck, oh Dirck, gracias a Dios, Dirck! Martina lloraba, pero era de alegría, lloraba y reía, y Dirck lloraba también; la gracia de esta extraña noche era tal que nadie, ni siquiera Bernardo, se atrevía a decirles nada.

Elías el Picoso volvía del campo con cuatro jóvenes del grupo, él llevaba una antorcha y los muchachos llevaban unos cestones de mimbre, encorvados bajo el peso de esos cestones. ¡Eh! ¿qué lleváis ahí? —Mirad. Pusieron los cestos en el suelo y Elías levantó la antorcha. Eran cabezas. Cabezas de hombres con los cráneos afeitados, de grandes bigotes y barbas negras. —

Treinta y seis. Venga, pequeños, ya no tenéis que tener miedo a los turcos, mirad lo que hacemos con ellos. Fray Bernabé, al enterarse de ello, se fue a ver al Picoso y le dio un bastonazo en la cabeza. —¡Tiradme eso inmediatamente, esas cabezas están mejor con los buitres que contigo, especie de carroña!

Elías se frotaba el chichón de la frente, totalmente desconcertado. — Mejorando lo presente, fray Bernabé, yo no soy una carroña, preguntad a mis compañeros cuántos vivos maté con este hacha. —Desde luego, no podías matar a los muertos. A los vivos se les mata, puesto que Dios lo ha permitido hoy, pero a los muertos se les deja

tranquilos. ¿Has comprendido, basura? ¿Quién te salvó la vida? ¿Lo olvidaste, por casualidad? —¡No, dijo el Picoso, no lo he olvidado, fray Bernabé! La prueba es que os estoy escuchando.

Aquel día Santiago, con su hacha, había deshecho a tres hombres rabiosos y quizá poco acostumbrados a verse atacados a hachazos: donde el buen obrero talla piedras el mal obrero no hace más que romperlas. No era bonito, incluso era horrible, pero en el momento mismo, en el tumulto y el polvo, Santiago no había pensado en ello, ahora estaba espantado. Era en el momento en que perseguía a los turcos, todos corrían, los turcos también corrían,

había una gran confusión, turco o no turco, todos corrían y chillaban, uno se había vuelto y había levantado la espada, al ver la espada Santiago había dado un paso atrás y había golpeado. El hombre había caído y él había seguido corriendo. Ahora se preguntaba cómo Jesucristo lo había protegido. Nada más que un arañazo en el muslo izquierdo.

¡Qué miedo habían tenido de quedarse todos allí! María. María. La loca que iba corriendo con un cubo de agua y una flecha en el brazo izquierdo; su bonito brazo con aquella herida fea quemada con carbón. —¿Te duele? — No. Y los dientes le castañeteaban.

Todos sabían que Alix la de los



Treinta Escudos se las arreglaba casi siempre para conseguir vino, desde Constantinopla. Aquella noche, también tenía. Ni siquiera habían instalado las tiendas, hacía fresco, una hoguera ardía y los jóvenes echaban en ella todo revuelto: flechas rotas, hierbas secas y pedazos de escudos. Estaban cantando. Alix, sentada en una piedra grande, disfrazada con ropa de un hombre turco probablemente cogida en el equipaje del Sultán (pues era ropa de seda malva con paramentos de oro y mangas anchas). Alix, sentada en la piedra, daba palmas al ritmo del canto. —¡Venga, muchachos, por una vez sois vosotros los que me divertís, cantemos, ya no puedo más!

¡Una más, por favor! La canción era alegre, era una de las que Santiago había oído cantar en la noche de sus bodas y daba ganas de bailar, ¡sólo que estaban demasiado reventados para bailar! Santiago cantaba también y tenía unas ganas locas de estar en el prado detrás del arrabal, bajo los sauces que crecían en las orillas del Scarpe.

Alix, ¿tienes vino, Alix? Es para María. Alix se bajó y le dio un tonelillo que tenía a sus pies. Es una suerte que quede algo. Toma, llévatelo, repártelo con María. ¡Oh, muchacho, Dios sabe lo que te quiero, Dios sabe lo que os quiero a todos! ¡El corazón me sangra y se desgarrá de tanto como os quiero!...

Hablaba con abandono y ternura, la voz un poco quebrantada, y a pesar de su esfuerzo para parecer alegre estalló de repente en sollozos, dejando caer sobre sus rodillas la cabeza de largos cabellos deshechos.

¡Alix, decían los jóvenes, es un pecado en una noche semejante! —¡Ya lo sé, ya lo sé, si hubo jamás un día de alegría, es hoy! ¡Qué loca estoy, yo que no tengo a nadie que llorar! ¡Esos valientes arqueros, amigos, *jamás hubo muchachos tan valientes como ellos!* Los muchachos lloraban también, pero después se ponían a cantar. Todos estaban un poco bebidos. Santiago se marchó con el poco de vino que quedaba

en el tonel, sintiendo casi estar casado, de tan bonita como estaba Alix con su traje turco.

María dormía, tenía mucha fiebre, Santiago la despertó para darle de beber. Ella dijo: Santiago, el niño. — ¿Qué pasa? — Se mueve. Hoy tuvo miedo y ahora salta de alegría. — María, vencí a tres turcos. María, eran verdaderos turcos. Y hasta mucho más viejos que yo, y barbudos.

María no escuchaba, dormía, con los dos brazos sobre los hombros de Santiago. Él seguía pensando en los turcos y, en su cabeza, a medida que se hundía en el sueño, el estruendo de la batalla se hacía cada vez más grande,

*los gritos, los gritos, las flechas, se creía rodeado de flechas todavía, seguía sintiendo el peso de su hacha en sus brazos, golpear, seguir golpeando, hay que golpear, por el amor de Jesucristo, golpear por Jesucristo, ¡oh, Dios, Dios!, ¿es posible? Somos nosotros quienes hemos ganado.*

¿Pero quién puede describir la alegría de los cristianos y su justo orgullo y su gratitud hacia Jesucristo? La jornada del día siguiente era dura, todos sentían el dolor de las heridas, la fatiga de sus miembros y se caían de sueño; el calor y las moscas y los gritos de los buitres les impedían dormir, y se arrastraban, como hombres ebrios, de un

lado para otro, buscando una sombra. Y sin embargo en sus corazones reinaba una alegría que nada podía romper: habían esperado tanto tiempo este encuentro, pensando en los mártires de Nicea. Y Dios había hecho el milagro... Y hará todavía más, estad seguros de ello, hermanos, si perseveráis en la fe y en la humildad. *No creáis que es por vuestros méritos por lo que habéis hecho huir a los turcos, ¡ejércitos más fuertes no pudieron resistirlos!*

Pero Dios nos los entregó a causa del signo de la Cruz.

No perdamos el beneficio de un favor tan grande: recemos y purifiquémonos y hagamos penitencia

por la sangre vertida, y rindamos gloria a nuestros mártires y justicia a los que tan bien supieron batirse.

Sabed que en este día de ayer unos ángeles de fuego bajaron del cielo, volando por encima de las cabezas de nuestros caballeros y aterrorizando el corazón del Sultán y sus emires: esos ángeles eran las almas de los mártires de Nicea, que se vengaron en este día de gracia. ¡Que no haya lloros ni lamentaciones, nuestros amigos vienen con nosotros a Jerusalén, desde el primer enfermo enterrado en Alemania hasta nuestros hermanos muertos por las heridas esta mañana!

Pero lo largo y penoso que resultaría

el camino, ni los más sabios predicadores podían adivinarlo. Pues el país que debían atravesar no se parecía a ningún otro país: pocos pueblos y todos en ruinas o abandonados, pocos campos y desde hace mucho tiempo baldíos, una tierra quemada, sin ríos o ríos casi secos. A ellos llevaban a los caballos y a los bueyes a beber y lo único que conseguían era machacarse el hocico con los guijarros. Para llenar una cuba había que estarse tendido en el río durante media hora. Y el agua estaba tan racionada que los hombres debían contentarse con tres tragos por la mañana y otros tres al mediodía. Para los niños no había mucha más agua. Los



caminos eran tan pedregosos que las carretas traqueteaban y daban saltos, de tal forma que las mujeres embarazadas preferían ir andando y a los enfermos había que transportarlos en camillas. Los niños, en cambio, soportaban las sacudidas, pero lloraban de sed todo el día, de tal manera que los que caminaban al lado de las carretas se volvían locos.

Imposible andar en pleno día. Cuanto más se alejaban del mar el sol se hacía más ardiente; todos los días dos o tres ancianos morían de calor y la tierra estaba tan dura que ni siquiera se les podía enterrar bien. Un calor tal que la tierra se resquebrajaba. Al mediodía no

se veía nada: todo era blanco y delante de los ojos había como una niebla roja. Soldados acostumbrados a toda clase de inclemencias, y hasta los caballeros protegidos por los cascos espesos y cubiertos de plumas, se desvanecían y caían de golpe, y tenían suerte cuando había agua para reanimarlos. Bajo las tiendas tampoco estaban al abrigo, pues el sol las calentaba tanto que en ellas se estaba como en un horno. No se podía tocar con la mano una piedra, pues quemaba.

No se sabía cómo no caían muertas las moscas, pues seguían las caravanas del ejército, formando nubes espesas y negras y posándose sobre todo lo que

todavía tenía una gota de sudor, los caballos no podían más y se ponían a temblar y a pisotear el suelo sin dar un paso más, pues soportaban peor la sed que los hombres, aunque para los caballos y las vacas se reservaba las tres cuartas partes de las provisiones de agua. Cuando pasaban por una ciudad, echaban a los turcos y los cristianos liberados salían a saludar al ejército con procesiones y los sacerdotes griegos y sirios caían de rodillas y daban gracias a Dios. Entonces, de la ciudad, enviaban al ejército cantidad de odres de agua y de vino y de aguamiel, esas buenas gentes se privaban de lo necesario para servir la causa de Jesucristo. Los odres

los guardaban preciosamente, más que si fueran reliquias santas, *la consigna era: quien robe uno será condenado a muerte.*

Pero los caballos para no morir debían beber y los bueyes también: con ellos no se puede jugar. Lo que un hombre puede soportar, no se le puede exigir a un animal. Y la reserva de agua desaparecía rápidamente. ¿Es justo esto? ¿Que se prive de agua a los niños para dársela a los animales, quién vale más, un niño o un caballo? La gente loca decía esto. Sin caballos para el combate, sin bueyes para carne y vacas para leche, ¿cómo atravesaremos el país? Entonces será mejor que nos

acostemos en la tierra y nos muramos, si nos quedamos sin animales. Los mismos caballeros, para no cansar de más a sus monturas, bajaban del caballo e iban una parte del día a pie y, como por miedo a un ataque de las bandas turcomanas, iban armados, les costaba mucho más trabajo andar.

El forraje comenzaba a escasear: la tierra estaba demasiado seca, no crecía nada más que cardos, duros, amarillos por el sol. En todos sentidos enviaban a exploradores con segadores, a buscar alguna colina o algún valle donde la hierba fuera más suave, a veces volvían arrastrando en unos toldos montones de heno más seco que el cascabillo,

mezclado con cardos; los animales comían, ellos tampoco tenían ganas de morir. Pero morían de todas formas. En cada parada el ejército dejaba unos diez caballos, todos cubiertos de moscas como una nieve negra; inmediatamente, no se sabe de dónde, nubes de buitres aparecían y empezaban a dar vueltas. Cuanto más se adentraban en el país, las bandas de buitres se hacían más numerosas e insolentes, les tiraban flechas, caían al suelo, y por lo menos había sangre para beber. —Las moscas se pegaban a todo, a la carne, a las galletas —faltaba muy poco para que se las comieran— y se metían en el pelo, en la barba, se metían por la nariz, no se

sabía de dónde podían venir tantas, después de todo no tienen ocasión de seguir todos los días a un ejército... Vienen de los rebaños de corderos, los turcos los tienen a millares y los llevan a la montaña en el verano.

En realidad, no se veían muchos corderos, ni turcos tampoco, esa gente huye del país en el verano y los cristianos estaban en las ciudades fuertes alrededor de las cuales había al fin y al cabo campos y viñas; pero habían terminado ya la recolección y la vendimia y todo, los campos, los prados, los viñedos, todo parecía quemado como si nada creciera allí jamás. Por la tarde las piedras estaban

tan calientes que se hubieran podido cocer en ellas tortas, pero la noche caía de repente y el aire se volvía fresco inmediatamente; entonces, de la tierra y de las piedras subía un calor seco, sofocante. Todos andaban con la cabeza levantada, aspirando el frescor casi helado que descendía poco a poco del cielo estrellado.

¡Qué cielo! Parecía compacto y duro como un enorme bloque de mármol azul; las estrellas lo agrietaban por todas partes, temblando todas a la vez y despidiendo un tal resplandor que en todo momento parecía que se iban a desprender y a caer. Había tantas estrellas errantes que ya no se podían



contar, la gente sólo daba un grito para alejar el alma extraviada. ¿Dónde caían? Lejos, detrás del horizonte, en los mares sin fin por donde sale el sol. ¡Ah! sin sed no hubiera sido muy duro andar por la noche. *Hacia ya dos meses* que iban andando así, preguntándose siempre si, al día siguiente, no dejarían a ningún muerto en el terreno. Es difícil creer hasta qué punto los pobres pueden ser resistentes: ancianos, enfermos y temblando de fiebre, parecían preparados para entregar el alma, al mediodía, acostados bajo los toldos ardientes, el sacerdote les administraba la extremaunción. Por el milagro del sacramento, volvían a coger fuerzas por

la noche y unos días más tarde ellos mismos pedían no ser ya transportados en camilla. Los niños, flacos, con los brazos negros por el sol y el cuerpo comido de picaduras, se endurecían de tal manera que corrían descalzos por la tierra todavía caliente y no lloraban cuando se herían con las piedras cortantes; los mayores, para ser útiles, se pasaban el tiempo agitando en el aire pequeños arbustos espinosos arrancados en el talud, para espantar a las moscas, y los que eran queridos en el campamento, como fray Bernabé o el padre Bertoldo o la Corneja o incluso Alix tenían cada uno su «matamoscas» particular. Elías el Picoso tenía incluso dos niños

matamoscas que se peleaban para ver quién lo hacía mejor.

Dos mujeres dieron a luz en el campamento de las gentes de Arras un poco antes de la fecha prevista a causa del calor, las dos el mismo día; en cuanto dieron a luz las pusieron inmediatamente en unas camillas pues era la hora de ponerse en camino. Los recién nacidos gritaban hasta arrancarse los pulmones, pues eran fuertes y sanos; pero los dos murieron al cabo de cinco días, pues las madres no tenían leche. ¡María, espantada, pensaba en las hadas de su país, que estaban muy lejos, las pobres! No tenía un vientre muy grande, todavía estaba esbelta, pero la Corneja

le decía: de aquí a uno o dos meses te tocará a ti también, ten cuidado, ya no puedes poner la mirada sobre cuchillos. Ni sobre las cosas que te den miedo.

¡Qué fácil era decirlo! En el país de Arras hubieran tenido miedo de dos cuerpecitos de niños muertos puestos en un agujero lleno de piedras, o de la cara de un ciego con los ojos cubiertos de moscas, la nariz roída por un llaga bullente de moscas —o de un caballo desbocado fugado de los campamentos de los caballeros, echándose en medio de los corderos para pisotearlos y morderlos— o de los hombres que se tiraban al suelo con convulsiones; y de los buitres y de las carroñas, y de los

jinetes turcos que surgían como fantasmas en lo alto de las colinas y hacían deslizar piedras enormes por las pendientes. Aquí, nada espanta ya.

Ni siquiera el sol del mediodía. Todos se quedan sin moverse debajo de un toldo, como si estuvieran muertos, esperan los tres tragos de agua, dejan cada trago el mayor tiempo posible en la boca, es como si volvieran a la vida. El niño se agita, él también tiene sed. ¡Oh, criaturita de Dios, si eres un niño te llamaré Pedro, si eres una niña te llamaremos Armelle! Cuando el cielo, a fuerza de quemar, empezaba a volverse rojo en el oeste, oro y rojo alrededor de un enorme sol de fuego, entonces

empezaba la locura de los hombres. Santiago ¡ha entonces a acostarse al lado de María para el juego del amor, pues a pesar de la fatiga o a causa de la fatiga se volvía más ardiente que un tizón en llamas.

Y el amor lo volvía salvaje, de tal forma que se ponía a morder y los dientes le castañeteaban como a un lobo, e incluso así María lo amaba, incluso con la cara llena de fuego, el pelo chorreando, la camisa mojada, el cuerpo pegajoso de sudor, los brazos y el cuello quemados por el sol (pues ese sol llagaba los brazos y pasaba a través de las camisas y formaba llagas en las espaldas y en los hombros). Esto le

ocurría a muchos hombres: el calor, las moscas y el resplandor del sol se les subía a la cabeza de tal forma que en pleno día y a la vista de todos por decirlo así, como unos animales, se acostaban con sus mujeres, al fin y al cabo no se podía levantar una tienda para cada pareja; y las mujeres más reservadas perdían así el pudor, no por placer sino para no entristecer a sus hombres. Por eso, nadie pensaba en censurarlos.

Antes de la salida pasaban la jarra alrededor, las gentes cogían su ración en un cuerno de buey y bebían despacio.

Aquel país era realmente el vestíbulo del infierno, pues las aguas

que había allí estaban llenas de barro y no se podían beber; y las plantas, que Dios hace crecer en otras partes para regocijo de los hombres, eran monstruosas y deformes: tallos gruesos y blandos como serpientes, hojas gruesas como tortas creciendo unas sobre otras; plantas demoníacas erizadas de espinas finas que picaban como agujas; al querer arrancarlas se picaban las manos y las picaduras eran más venenosas que las de los mosquitos. Esas hojas gruesas, cuando las rompían en dos, contenían una carne verde y húmeda que sólo con verla daba ganas de refrescarse con ellas la boca, y las chupaban, las masticaban para engañar la sed y el



hambre; pero el sabor era amargo y ese jugo engañoso quemaba las entrañas; sin embargo, comían esas plantas, era mejor que morir de sed.

Después Dios tuvo compasión de los suyos y los hizo llegar a unos valles donde crecían verdaderos árboles y los ríos llevaban agua. Los meses de gran calor fueron soportados por los cristianos como una expiación de sus pecados, pero ¡ay! los animales y los niños pequeños, que no habían pecado, ¿por qué había que hacerles pasar un suplicio semejante? Esos espléndidos caballos, que costaron tanto dinero, que fueron cuidados con tanto mimo, que hablan amaestrado con tanta paciencia,

caían de rodillas, rascaban el suelo con el hocico y morían. A falta de un poco de heno y de un poco de agua, bienes que en los países cristianos se encuentran a voluntad por todas partes.

Así pues, cuando las noches se hicieron tan largas como los días y el ejército se adentró por unos valles montañosos con las laderas llenas de árboles y de horizontes azules, la mitad de los caballos había perecido y más de un tercio de los bueyes y de las vacas. Centenares de soldados habían muerto de calor, pues aquí el sol mataba más rápidamente que una lanzada. Y en cuanto a los pobres, peor protegidos que los soldados, habían muerto muchos

más. Dios en su bondad no infligía todas las pruebas a la vez: los turcos no aparecían ya. Apenas llegaban a una ciudad fortificada, esos hijos del demonio, espantados con la vista de la Cruz y por el renombre de los cristianos, saltaban en la silla de un caballo y dejaban la ciudad durante la noche; y si no lo hacían, los cristianos que vivían en esas ciudades los expulsaban o los mataban y venían con lágrimas de alegría a saludar a sus hermanos libertadores.

¡Alabado sea Jesucristo que desde vuestros lejanos países os ha enviado hacia nosotros, teniendo piedad de nuestros sufrimientos! ¡Vosotros que

venís de la Galia, ilustre patria de tantos grandes mártires y confesores, noble tierra del sol poniente, la gloria de vuestras armas hace temblar a los agarenos hasta Babilonia! ¡Ojalá devolváis muy pronto a la Cristiandad la gran ciudad de Antioquía, patria de san Jorge! Es preciso decir que estas gentes, que no hablaban francés, tenían con ellos a muchos intérpretes normandos y que el general griego, Taticius, que acompañaba al ejército con sus tres mil soldados, iba por todas partes con los barones y les explicaba los asuntos del país. Pero a este general no lo querían mucho en el país: los hombres nobles y los prelados de las ciudades liberadas

enviaban a sus intérpretes hacia el conde de Toulouse y el duque. Nosotros, les mandaban decir, tenemos un gran respeto por vuestra ilustre patria y por el pontífice de Roma, queremos por gobernadores militares a hombres de vuestra raza, pues no hay nada que iguale su valor. Tales palabras eran conocidas inmediatamente en todos los campamentos, de tal forma que soldados rasos de ocasión y obreros viejos se pavoneaban, tomándose ya por hijos de Carlomagno.

Ante la ciudad de Goksum fue donde Isabel dio a luz a una niña. Aquel principio de octubre era todavía caliente y seco, pero en el país había un río y

varias fuentes. Después de una larga marcha, cuando se habían parado para instalar el campamento, Isabel bebió tres vasos de agua seguidos, de tanta sed como tenía, e inmediatamente le empezaron los dolores y dio a luz antes de que instalaran las tiendas. Para los peregrinos de Arras y de Flandes fue ocasión de una gran alegría, pues todo el mundo quería a Isabel y las mujeres temían que no pudiera dar a luz, contrahecha como era; pero la niña vino al mundo sin ningún mal, bajo un gran olivo todo lleno de aceitunas maduras, y había agua, y la Corneja pudo lavar a la niña en una cubeta llena de agua, mientras la sacerdotisa y Alix y varias

mujeres estaban alrededor de la parturienta, tapándola con sus faldas y cantando para alejar el mal de ojo. Como Isabel había bebido agua y aquel día había agua para todo el mundo, decidieron que la pequeña sería bautizada con un nombre que hiciera pensar en el agua; el cura, abuelo de la niña, fue consultado y eligió el nombre de Ondina, que no era, a decir verdad, un nombre de santa, pero para quien ha conocido la sed no hay nada más santo que el agua.

¡Que sea siempre semejante al agua que refresca, al agua que hace vivir, que sea buena como el agua clara, que alegre el corazón de sus padres! Isabel, muy

satisfecha, se levantaba para poder ver a la niña que la Corneja enseñaba a los hombres. ¡Esta pequeña es como un verdadero ramo de flores de escaramujo! ¡Ya se habían olvidado de lo que era, una carne rosa y pura, una carita jamás tocada por el sol, un pelito blanco y nuevo que ni el sol ni la miseria habían logrado tocar aún!

Iban a preparar ya el agua del bautismo cuando un mensajero de campamento de los caballeros de Boulogne vino a ver a Lamberto y a la sacerdotisa para decirles que una de las damas de la condesa acababa de dar a luz a una niña muerta y que rogaba a la familia de Isabel que aceptara por amor



de ella algunos presentes: tres cirios de cera para el bautizo, pañales, un gorro bordado y un camisón de parturienta; pues para consolarse un poco de su tristeza esta dama quería, por medio de esos objetos preparados para su hijo, unirse a la felicidad de otra madre. Lamberto y su madre, los dos muy temerosos, querían rechazarlos, pero el cura les dijo que no debían afligir, a causa de vulgares supersticiones, a una cristiana. Así pues aceptaron los regalos y cuando Isabel los vio se puso a cantar de alegría y a llamar a todas sus amigas: los pañales eran de tela fina, el gorro, bordado con un punto apretado de tapicería, llevaba las armas de la dama,

y el camisón de parturienta era rojo con un galón de pasamanería verde. ¡Oh, dijo Isabel, no es un hada mala la que me hizo don de la joroba! ¡Para mi primer alumbramiento no podía estar mejor servida, ni siquiera en Gante hacen tejido tan fino!

La pequeña Ondina, con un gorro un poco grande bordado en oro, azul y púrpura, tenía el aspecto de un gran capullo de flor puesto en una copa de esmalte. María se inclinaba hacia ella: ¡qué bonitas son las cejas blancas que tiene, los ojitos de halcón! Si yo tengo un niño los casaremos juntos. —Seguro, dijo Isabel, y los acostaremos en la misma cuna. Y yo te prestaré mi camisón

cuando des a luz. —¡Qué buena eres, hija! Sí, Isabel era buena y amable; tenía una cara bonita, redonda y dulce, con unos ojos demasiado grandes con ojeras marrones. Una chica extraña que cuando le hablaban de su joroba abría unos ojos muy grandes sorprendidos, como si nunca hubiera sabido que era jorobada; y, por tontería o malicia, parecía no pensar en su enfermedad. Era vanidosa, viva y alegre, y decía a María: nosotras que somos guapas..., y por otra parte gustaba a los chicos y hacía que su marido estuviera celoso. Aquel día resplandecía de satisfacción, como si su pequeña Ondina fuera a dar buena suerte a todo el ejército.

Aquella parada fue bella y tranquila; al día siguiente tenían que volver a ponerse en camino. Estaban cargando las carretas con odres llenos de agua — la vanguardia del ejército se había puesto en marcha desde hacía tiempo— cuando los pregoneros empezaron a anunciar que para evitar las trampas de los turcos de aquel país había que pasar por un camino muy duro de montaña, tan estrecho que dos caballos no podían pasar de frente y que allí no habría parada ni de día ni de noche. Bajad a los enfermos y a los niños de las carretas, enganchad a los animales en fila india. ¡Sabed que una vez franqueadas las montañas llegaremos a un país lleno de

vergeles y de viñas, y allí tendréis tres días para descansar!

¡Qué marcha! Primero hubo que esperar todo el día, pues como había que ir en fila, el ejército no avanzaba muy de prisa. Sobre este camino diabólico, apenas bueno para arrieros aislados, el cortejo de caballeros, soldados de infantería, carretas, ganado, peregrinos se extendía como una cuerda larga de dos leguas. No se podían andar de prisa, pues para abrir un camino a las carretas grandes los picapedreros debían ir trabajando, en algunos sitios, con el pico y el martillo y hacer saltar un pedazo de roca, lo que provocaba corrimientos de piedras y a continuación

el camino se volvía más peligroso que antes pues no estaba hecho para el paso de multitudes como aquella ni para pesos tan pesados.

¡Descargad las carretas, que todo lo que pueda cargarse en las espaldas que se lo repartan los hombres y que pongan maderos debajo de las ruedas! Los maderos resbalaban sobre enormes piedras que rodaban y había que mantener las carretas a brazos de hombre, pasando cuerdas por los ejes. —Así estaba el camino: una muralla de rocas a la derecha y a la izquierda un precipicio tan pino que el que hubiera rodado por él no hubiera podido remontar la pendiente. Era un precipicio

de por lo menos trescientos o cuatrocientos pies de profundidad, desnudo, pedregoso, sin árboles donde agarrarse, sólo con espinas. Solamente con mirar hacia abajo le daba a uno vértigo; y como todo el ejército había pasado ya por donde pasaban los peregrinos, el camino estaba tan estropeado que parecía que el suelo se iba a abrir a sus pies. En todo momento se oían gritos de hombres y de animales, pues el miedo de caer en el precipicio espantaba a los caballos e incluso a los bueyes y a los mulos; había que golpearlos para hacerlos avanzar. Con frecuencia se veía a caballos y caballeros que perdían pie y bajaban la

pendiente a toda velocidad, saltando sobre las rocas, y la pendiente se cubría de huellas de sangre.

También en ciertos lugares la pendiente desaparecía completamente y aparecía el precipicio a pico cuyo fondo no llegaba a verse; los niños daban gritos de terror. ¡Callaos, caramba, callaos, vais a dar miedo a los animales! *Id rozando la muralla.* Así anduvieron durante dos días y dos noches. Cuando se daba la señal de parar de un extremo al otro del cortejo, se pasaban de mano en mano la jarra de agua y tortas secas; los viejos se sentaban en la tierra, los demás se apoyaban en la roca y cerraban los ojos. En lo más hondo del precipicio



aparecían cuerpos inmóviles, dislocados, como muñecas de trapo, con los buitres encima, que de lejos no parecían mucho más grandes que unos mirlos. Uno termina por acostumbrarse a caminar así. Se cree que se anda desde hace una semana y que aún andaría un mes todavía.

Allí fue donde a María le empezaron los dolores. No había podido elegir peor día. Andaba apoyándose en el brazo de Santiago y llevando un hatillo lleno de trapos; los dolores le venían cada vez más a menudo, pero no prestaba atención. Después dio un grito, Santiago dijo: ¿Te has torcido un pie? No, no, nada. Pero la Corneja, que iba

delante de ellos, se volvió, miró a María fijamente en sus ojillos negros y vivos y se mordió los labios. Después cogió a María por el brazo y empujó a Santiago hacia adelante. —Déjala, ahora no es cosa de hombres. ¡Vete con Gerardo y no te vuelvas!

Santiago estaba asustado: ¿Qué pasa? —Lo que los hombres no deben ver. Reza a la Santísima Virgen y tápate los oídos con la borra de tu chaqueta. — ¡Cómo!, dijo María, ¿es posible?... Tenía miedo, pues aunque seguía andando, las piernas le empezaban a flaquear. La Corneja la cogió del brazo izquierdo y una mujer llamada Richeut del brazo derecho. Anda, anda, si Dios

quiere todo irá bien.

Era imposible no andar. Detrás, iban los picardos con carretas y mulos y un buey. —¿Qué va a ser de mí, tía Corneja? Si Dios quiere esto durará hasta mañana, tal vez estaremos ya en el valle.

*¡Hasta mañana?! ¡Ay, Dios, Santísima Virgen, estos dolores hasta mañana! Sigue andando, nosotras te sujetamos, no te caerás. Era tan terrible, tan espantoso, que no se podía creer, era un hierro que cortaba y quemaba los riñones. María chilló de dolor, con una voz como para desgarrar el cielo y la tierra, las dos mujeres a sus lados le molían los brazos con sus manos.*

Detrás, algunos juraron, hubo pisotones, un estrépito de piedras que caen. Por Dios, María, por Dios, no grites, contente. Das miedo a los mulos. —Sí, tía Corneja, ya se acabó, ya no me duele, díselo a Santiago, que ya se acabó. ¡Que te lo has creído, pobre hija! La cosa está empezando. Toma mi pañuelo, métetelo en la boca y muérdelo.

Santiago quería volverse atrás, pero lo empujaban hacia adelante a golpes de horca. ¡Quédate donde estás, que le echarás mal de ojo, eres imbécil! María ya no gritaba y cuando el dolor le volvía mordía en la bola de tela llena de saliva que le llenaba la boca; después el dolor

desaparecía. María seguía andando. Pero hubiera dado todo por poder caer de rodillas. Anda, María, anda, María, no te pares, dentro de un rato nos darán una camilla. ¡Qué dolor!, era como para no creerlo, eso no puede existir, jamás en la tierra no hubo nada parecido, una tortura tal una tortura tal no es posible no es posible, un poco más y me tiraré por el precipicio, ¿por qué una tortura así es justa? No te pongas nerviosa, anda, no te pongas nerviosa, no eres la primera que pasa por esto.

María sentía que las entrañas se le desgarraban, le corría agua caliente entre las piernas. ¡Una bestia poderosa y cautiva estaba en ella, se lanzaba hacia

adelante, queriendo separarle las piernas para salir! María sollozó triunfantemente, escupió la mordaza y gritó: ¡Tía Corneja, aquí está! ¡Ya viene, ya vino! —¡Oh miseria, gritó la vieja mujer, alto, todos atrás, por compasión! Y se echó rápidamente a los pies de María, tendiendo la falda. El niño salió, María lo sintió salir fuera de ellas y pasar entre los muslos. Se había parado, las mujeres también, con sus dientes la Corneja cortaba el cordón y hacía un nudo sobre el vientre del niño, y en sus manos el niño se removía y gritaba echando hacia atrás su cabecita pegajosa y llena de sangre.

Detrás, la gente gritaba: ¡Eh, los de

Arras, no obstaculicéis el paso! ¡Circulad! Los bueyes de los picardos se nos echan encima. —No chilléis, no tenemos la culpa. Una mujer acaba de dar a luz de pie, ¿queréis matarla? Olvidándose del pudor, los hombres que iban detrás levantaron a María y entre seis le hicieron una litera con los brazos juntos, mientras no llegara una camilla. Y se pusieron otra vez en marcha. María iba acostada sobre los brazos de los hombres, con la cabeza colgando, apretando contra su pecho al niño envuelto en el pañuelo de la Corneja.

Esto había ocurrido en pleno día, a la luz de un sol duro que sacaba del cuerpo sudor y fuerzas y rompía las

venas, por eso muchas mujeres habían tenido dolores durante esta marcha forzada. Vasos de sangre estallaban en sus vientres y las obligaban a dar a luz, aun cuando estuvieran lejos de haber salido de cuentas. De esta manera fue como Martina la de Bernardo perdió a su hijo. Y sabe Dios cuántas mujeres ricas o pobres: es preciso decir que durante esta marcha se oyeron de un extremo a otro del ejército montones de gritos de parturientas, y por un niño que nacía vivo, había diez por lo menos que salían demasiado pronto, no más grandes que una rata o una comadreja.

Por la noche, bajo un claro de luna tan vivo que el cielo y la tierra parecían



blancos, todo el ejército se extendía ya sobre un camino llano y de laderas suaves; pasaban a lo largo de un río bordeado de sauces y de olivos.

Ya nadie creía que fuera todavía posible ver brillar los sauces al claro de luna, ya nadie creía que la tierra pudiera tener hierba y ser fértil. Cuando se dio la señal para parar y fue transmitida desde la vanguardia hasta la retaguardia, nadie pensó en instalar las tiendas. Todos se acostaron por el suelo, en las altas hierbas secas, en las piedras, debajo de los matorrales... sí, ni siquiera pensaban en desenganchar a los animales, no pensaban en nada. Todos dormían. Si los turcos hubieran llegado

en aquel momento, hubieran matado sin trabajo hasta a los caballeros; los centinelas en sus puestos caían reventados, los enfermos que tenían dolor de muelas o dolores de vientre ya no sentían más nada.

Al día siguiente instalaban el campamento, se había decidido que se tomarían varios días de descanso. La ciudad ante la cual habían acampado estaba llena de cristianos, las gentes de los pueblos eran cristianos también. Los turcos se habían marchado todos, a los que no querían irse, las gentes del país los habían matado y habían colgado sus cadáveres de las murallas. *¡Debéis saber, mandaba decir a los barones,*

*debéis saber todos, soldados y peregrinos, que tenéis que tener cuidado con no hacer daño a las gentes del campo, ellos adoran a Jesucristo!*

¡Vosotros habéis venido aquí para enriquecerlos, no para despojarlos! ¡Por la comida y el forraje, pagad el precio que os pidan, que no tengan que trataros de ladrones! A los ricos les parecía que era un discurso honrado, no a los pobres. Pues en este país había fruta y trigo y habas, pero no había bastante para alimentar a un ejército entero y los ricos podían pagar y los pobres no. Gracias a Dios, había agua en el río; y las orillas de este río, sobre una legua de longitud, las convirtieron en

abrevaderos y en lavaderos y en baños públicos; y los jóvenes hacían balsas que ataban con cuerdas al tronco de un sauce e intentaban pescar en medio del río.

María, echada en un toldo tendido entre dos olivos, descansaba de su dura jornada. El cura del arrabal fue a bautizar al niño y le puso por nombre Pedro; el caballero Everardo y Alix, padrino y madrina, estaban juntos a un lado, todavía pálidos y cansados pero sonrientes, los dos estaban bien educados y conocían las reglas de la buena educación. El cura apenas se tenía sobre sus piernas y se hacía un lío con el latín, las manos le temblaban tanto que

no podía sostener la cabeza del niño. Una vez terminado el bautizo, Alix le dijo: Padre, yo sé dónde encontraros vino, ¡no me lo rechazéis si os lo traigo! —Gracias por tu gran caridad, hija mía. Que mis feligreses me perdonen, ya no me quedan muchas fuerzas que darles.

El buen hombre besó al niño y lo puso en los brazos de María. —Que seas feliz, madre, cuida de este niño para que viva y se haga un buen cristiano. Después fue a acostarse cerca de la carreta de las herramientas y se puso a canturrear salmos a media voz. Y, como le fallaba la voz, se puso a suspirar y a lamentarse. ¡Lamberto, Lamberto, quédate aquí, Lamberto no te

vayas, no me dejes solo, Lamberto!... — Padre, ¿qué os pasa?, ¿qué os duele? — Todo el cuerpo, hijo, y toda el alma. No llegaré al día de mañana.

Al día siguiente murió, en efecto, cristianamente y con dulzura como había vivido, sin sufrir con muchos dolores; no tenía ninguna enfermedad verdadera, moría de cansancio. Confesó sus pecados al padre Bertoldo y recibió los sacramentos. Pidió llorando perdón a su compañera por haberle impuesto una vida de pecado durante tantos largos años. —¿Acaso me he quejado yo, cura? *¡¿Acaso me he quejado yo alguna vez?!* La mujer estaba allí, de rodillas, junto al lecho del hombre, apretándole la mano y

no queriéndosela soltar. A todos sus feligreses que estaban en el campamento el cura les pidió perdón, acusándose de pereza y de indiferencia. Después, como la angustia de la muerte le oprimía y no encontraba descanso, suplicó al padre Bertoldo: Id a buscar al obispo de Lille, ya que el nuestro está muy lejos, ¡tal vez un obispo me absolverá de mi pecado!

—Padre, ya estáis absuelto por el sacramento de la confesión. Viendo que el alma del pobre cura no se decidía a salir del cuerpo, fray Bernabé cogió su gran cruz alzada y se marchó, corriendo casi, a las tiendas de los barones, buscando al obispo de Lille. Pero no le dejaron hablar con el obispo, de su parte

le dijeron que por un sacerdote que habla abandonado su ministerio sin permiso e ilegalmente el obispo no interrumpiría sus oraciones. —Un acto de caridad, dijo fray Bernabé, es la mejor de las oraciones. —¡Tú, dijeron los clérigos del obispo, monje vagabundo y revolucionario, sabemos que tu sitio está en la prisión de tu convento, no serás tú quien vaya a darle una lección al señor obispo!

—Yo no doy lecciones a nadie, dijo fray Bernabé humildemente, pero se trata de un moribundo. No pudo obtener nada y se volvió al campamento muy triste. ¿Qué, le preguntaron, viene el obispo? El moribundo seguía luchando,



con las manos crispadas sobre la cruz, con el pecho sacudido por largos hipidos. —El Obispo de los obispos está aquí, cura, le dijo fray Bernabé, el Rey de los reyes, el Sacerdote de los sacerdotes, está esperando que levantes los ojos hacia él, ¿qué necesidad tienes del obispo de Lille? El moribundo no oía y jadeaba como un perro atormentado por la sed. Después dejó de respirar y la sacerdotisa y Lamberto e Isabel se pusieron a chillar y todos los antiguos feligreses del cura los imitaron.

Sólo quedaban unos cincuenta feligreses del arrabal de Arras —sí, de los ochenta que habían tomado la salida no quedaban más que cincuenta, pues

nueve muchachos o solteros se habían enrolado en las tropas del conde de Boulogne, tres mujeres habían desaparecido no se sabe cómo y los otros, en total dieciocho cristianos, habían muerto. Esta vez perdían al cura. Un padre, en verdad, aunque hubiera sido un pobre desgraciado, un padre pues había bautizado a todos los jóvenes, a todos los niños, incluso había casado a los que tenían más de cuarenta años, pues era cura del arrabal desde hacía veinte; había cantado la misa de los muertos para bien de los viejos y de los recién nacidos, y había bendecido los telares y había llevado las procesiones en tiempos de sequía o de

paro. Antes, se burlaban un poco de su sacerdotisa que era guapa y orgullosa, antes le tenían manía porque en Navidad exigía el pago de la deuda por los sacramentos. Después, se había ido con ellos, dejando su casa, su iglesia y hasta su honor de cura, para correr por los caminos como un obrero en paro.

Todos sabían muy bien que lo había hecho a causa de Lamberto; sin embargo todos los cruzados del arrabal se lo habían agradecido, diciéndose: de todos sus feligreses nos ha preferido a nosotros. Era un hombre sin buena presencia, apagado y encorvado, con una nariz que le caía sobre la boca, no viejo, pues no tenía aún los cincuenta

años. Durante un año había andado con su bordón de peregrino y su hatillo al hombro, buscando con la mirada, en la banda de los jóvenes, a su gran rodrigón de Lamberto, a su enorme muchacho delgado con el gorro siempre puesto hacia un lado, aunque probablemente sea pecado que un sacerdote deje su ministerio por un afecto carnal. ¡Que Jesucristo, por las oraciones de la Virgen, perdone a un pobre hombre una locura de amor! Ahora, yacía en una camilla de pieles, iluminado por la luz roja de los últimos resplandores del día, y su cara, que se había vuelto seca repentinamente, parecía de cobre. La sacerdotisa le había peinado el pelo casi

gris y le había arreglado las manos frías sobre la cruz de madera de roble. Mujer, dijo el padre Bertoldo, ya no eres tú quien debe ocuparse de él.

Los feligreses rodeaban el cuerpo, todos de pie, con los brazos caídos, demasiado afligidos para glorificar a Dios. ¿Por qué el obispo de Lille se había negado a ir? Fue Elías el Picoso quien, aquella noche, elevó la voz, precisamente él que era conocido como hombre de pocas palabras. Hermanos, amigos, ¿vamos a tragarnos este insulto que han hecho a nuestro cura? ¡He aquí a un hombre que ha hecho todo el viaje a caballo, que ha dormido en una cama y nunca le ha faltado pan y ahora se niega

a molestarse por el último deseo de un peregrino que ha padecido la fatiga y el hambre! Vamos todos a decir a ese obispo de los ricos que no es un hombre y que en Jerusalén ya no habrá obispos, a los obispos que desprecian a los pobres, Jesucristo no los quiere. Cosa extraña, todos escuchaban al Picoso quien terminó encaramado en una carreta, con los brazos levantados, mientras a su alrededor todos gritaban: ¡Vergüenza tendría que darle al obispo! ¡Ellos están hechos con la misma carne que nosotros, decía Elías, y no observan el voto de pobreza! ¡Por un hombre rico se hubiera molestado y hubiera venido con su báculo y su anillo! —Especies de

imbéciles, dijo Baudry, ¿qué esperáis obtener? ¿Para qué sirve causar estos desórdenes? —Tú, Baudry, dijo Lamberto, tú nunca has sido de los nuestros, él no era tu cura.

¡Miradlos, decía la gente, cómo bajan por los prados, con sus cuernos de caza y sus perros y su botín! ¿Os parece que son verdaderos cruzados? Efectivamente, en aquel momento los caballeros y los clérigos ricos que por la mañana habían ido de caza, llegaban del bosque. Entre los peregrinos de Arras corrió el rumor inmediatamente de que el obispo de Lille iba también con los cazadores (lo que por otra parte no era cierto). Como todos ellos daban

gritos de furor, los valones se les unieron y también los normandos del padre Alberto. Entonces fray Bernabé llamó al caballero Everardo y a sus soldados. —¡No permitiremos desórdenes en el campamento, guardad vuestra furia para cuando veáis a los turcos!

¡Sois unos asnos con albardas, decía el padre Bertoldo subiéndose a su carreta, os decíais peregrinos e insultáis a la santa Iglesia en la persona de sus pastores! —Nosotros estamos de acuerdo, le respondieron, con pastores como vos y fray Bernabé, pero gente rica que va de caza y se acuesta sabré alfombras no la queremos! —¡Estáis



locos! Cuando un rey pasa a caballo por las calles, ¿no le ponéis alfombras y le tiráis flores al paso del caballo? ¿Es al caballo a quien honoráis? ¿Os quejáis si el caballo deja caer estiércol sobre vuestras alfombras de lana? La gracia de Dios está sobre el obispo como el rey sobre el caballo, ¿es a esa gracia a quien honoráis pues le viene directamente de los santos Apóstoles! ¡No os atreváis por asco del caballo, a escupir al rey! Con estas palabras el padre Bertoldo hizo reír a muchos hombres y poco a poco las gentes de Arras se calmaron.

Estaban cavando las tumbas: las del cura y las de varios peregrinos muertos de cansancio en el camino. La parada en

aquel país de bosques y ríos hubiera debido ser de descanso, pero el ejército se había olvidado del gusto del descanso. Los hombres se agitaban, se paseaban de un campamento al otro, en busca de noticias: ¿dónde estaban los turcos?, ¿qué estarían preparando? Seguramente estaban reuniendo nuevos ejércitos, ya hacía tres meses que dejaban a los cristianos en paz. Seguramente en aquel país los inviernos eran suaves y esos paganos esperaban el invierno para una nueva campaña. Pensando en la gran batalla, todos se decían: ¡Dios nos sacó de apuros por milagro, pero no podremos soportar una segunda batalla tan dura!

Después de las pruebas de la semana anterior, Santiago no podía creerse que su cuerpo se volviera otra vez fuerte y joven, hasta el hambre le daba ganas de cantar. ¡Estar en un país donde hay verdaderos bosques, cerros cubiertos de viñas, donde de lejos se ve brillar un río tan profundo que uno podría ahogarse! No hacía ni frío ni calor y todos los árboles estaban todavía verdes. A lo lejos las montañas se veían de un azul de hierba doncella tan fresco que mirándolo uno creía beber agua pura. ¿Se parecerá Tierra Santa a este país? —Eso dicen, sólo que es más bonita, pues a causa de los ángeles que planean por ella sin cesar, invisibles, el cielo es

tan puro y el aire tan luminoso que cada piedra brilla como si fuera oro; el follaje es tan verde, los troncos de los árboles tan negros, las frutas tan doradas que hace daño a los ojos.

*Pasaremos por grandes vergeles donde los manzanos se inclinan bajo sus frutos, por campos de viñas donde las uvas maduran tres veces al año. Pasaremos por campos de trigo donde cada espiga lleva setenta granos, y por prados llenos de corderos negros y blancos. Los pozos son profundos y los manantiales claros y fríos.*

¡Oh, Señor!, ¿habremos llegado el verano que viene al final del viaje?

Santiago pensaba en esta tierra santa

y se la imaginaba llena de cruces blancas y doradas; las estrellas en el cielo se juntaba formando una cruz, los árboles, las flores, los pájaros tenían forma de cruz, las nubes exponían cruces blancas y cruces violetas en el cielo. ¡Qué luz brillará el día en que toquemos con nuestras manos el Sepulcro! ¡Qué haces de resplandores invisibles se formarán para que todo cristiano que lo toque sea purificado como por el agua y el fuego!

¿Cuántos seremos los que podamos ver ese día?

Antes de ese día, él no se dejaría morir, aunque tuviera la peste, saldría vivo del agua y del fuego, no sería

mártir antes de haber visto Jerusalén con sus propios ojos, con los verdaderos ojos de Santiago el del Bernier.

¿Falta mucho todavía? Se lo preguntaba al caballero Everardo, que conocía mucho mundo. Sí, más de cien leguas; tal vez doscientas. Pero queda por hacer lo más duro. —¿Qué hay más duro que el verano pasado y la batalla y el calor? —Habrá otras batallas; está dicho en las Escrituras que las pruebas más duras quedan siempre para el final. El caballero no estaba optimista, cuando le hablaban de los turcos y de las batallas fruncía las cejas. —Bueno, decía Santiago, Dios nos ayudará. —Escúchame, muchacho: un día hice

juramento de nunca más querer la guerra. Este juramento lo he cumplido y lo cumpliré si Dios quiere toda mi vida.

—¡Pues tú te batiste también cuando los turcos estaban allí! —Sí, muchacho, como una máquina de tiro. Si no hubiera habido que proteger a las mujeres y a los niños yo no hubiera levantado el brazo.

De Santiago el del Hacha se decía que era valiente, que había recibido un buen bautismo de sangre pagana, y decían: Dios lo protege, se ve muy bien que los tejedores de Arras tienen buena sangre en las venas. Los caballeros y los soldados no son los únicos que pueden dar buenos golpes, también nosotros

tenemos corazón. —Padre, yo maté. Pecado venial, hijo mío, tú no hiciste más que defenderte contra los malditos.

El otro, todo el mundo lo sabía, el otro, el cortador de cabezas, había abatido con su hacha caballos y caballeros, arremetiendo contra todos, ¿cómo el diablo lo había protegido? Hay que creer que Dios se lo perdonó, que aceptaba su servicio. El Picoso sabía defenderse, lo respetaban. Durante esta parada se dieron cuenta de que Elías, a los ojos de los normandos de Italia, era considerado como uno de los jefes de los grupos de Arras. —¡Él, una cabeza loca y todavía peor! Pero como era del arrabal, los tejedores empezaban a estar



orgullosos de él.

Elías el Picoso, en su país, no era considerado como un hombre malo, era piadoso, observaba el ayuno, no empezaba jamás una pieza sin hacer una oración el doble de larga que la de los otros tejedores. Cada vez que se quedaba sin trabajo se iba con toda su familia al pueblo de donde eran sus padres y allí vivía como podía de cazador furtivo en el bosque señorial — pecado venial cuando se tiene hijos que lloran de hambre—, aparte esto, era honesto y no pedía prestado jamás un tazón de habas que no devolviera en la misma semana. Por otra parte, en el momento de la toma de la cruz se vio

muy bien que no era hipócrita: pocos hombres mostraron en esta ocasión un arrepentimiento tan sincero.

Había tenido, oyendo el sermón de Pedro, una visión terrible: en el momento en que Pedro hablaba de la tierra de Nuestro Señor, toda ensangrentada por las crueldades de los turcos, Elías había visto surgir delante de sus ojos el cuerpo de Jesucristo, tan grande que llenaba las montañas y las llanuras, extendido a todo lo largo que era, blanco como la cera y surcado de llagas llenas de sangre donde los turcos, como moscas negras, se agitaban, metiendo en la preciosísima carne blanca sus lanzas y sus picas; a Elías

entonces le entró una compasión tal que no pudo contener unos gemidos de dolor. Corrió a los pies de Pedro llorando, pronunció su voto y recibió la cruz. Pero como su mujer estaba a punto de dar a luz no pudo partir en aquel momento. (Es lo que ocurrió a muchos cruzados de la primera hora.)

Cuando se decidió la salida de las gentes de Arras, bajo la dirección de Baudry y de fray Bernabé, la mujer de Elías estaba otra vez embarazada; y dijo a su marido que tan gorda como estaba y con tres niños de la mano ella no se iría jamás por esos caminos, sobre todo con la cercanía del invierno. Así pues, viendo que ni con golpes ni con ruegos

vencería la obstinación de su mujer, el Picoso se fue solo, llevándose consigo a su hija mayor, Marina, ya bastante grande para poder cuidar de un hombre. Elías quería mucho a la niña y puede decirse que no la abofeteaba jamás. Cuando le ocurrió la desgracia a Marina, Elías cayó como enfermo de furor, lo que causó su pecado.

Inmediatamente después de la desgracia, Baudry había arreglado la boda de la hija con un buen chico no mucho mayor que ella y que la quería. Pero para Elías no era un consuelo. Una chica perdida es una chica perdida y pensaba que mientras no fuera vengado todos los tejedores podían escupirle a la

cara. De furor se roía los brazos todas las noches, hasta el día en que la tentación llegó a ser demasiado fuerte. Tuvo una alegría tal una vez que cumplió su venganza que aceptó todos los castigos sin quejarse. Tirando de la carreta cargada, recibiendo golpes, llorando y dándose golpes de pecho por su culpa se volvía como loco, volvía a revivir aquella noche de invierno, cerca de Belgrado, la luna pálida bajo las nubecillas blancas, y la carreta donde dormía el Guillermo, y el lento y terrible movimiento de su propio brazo, la crispación de su mano sobre la navaja, el esfuerzo ligero, casi suave que hay que hacer para cortar una garganta

caliente: el cuchillo bien afilado, con ese único golpe largo y fuerte había cortado todo, hasta el hueso del cuello que resistió, rascando contra el cuchillo, ¡cómo corría la sangre, caliente y viva, inundando cuchillo, mano, salpicando el brazo!

Elías el Picoso no era un hombre guapo: en su infancia, la viruela lo había señalado tan bien que su rostro parecía un colador; tenía una nariz larga y estrecha, ojos incoloros hundidos en unas cejas pálidas y espesas. Tenía la cabeza un poco pequeña para su cuerpo, un cuerpo grande, rígido, poderoso como el de un maestro herrero; a los treinta y tres años apenas tenía la

espalda encorvada por el telar. No era un mal tejedor, pero el telar no le interesaba; era de esos hombres que piensan y sueñan, de esa gente que siempre se imagina que el trabajo lo pagan más y mejor en otro sitio.

El día de la gran batalla se había creído que lo habían perdonado de verdad. Viendo a ese hombre con una chaqueta sencilla atacar como un loco, hacha levantada, por delante de los caballeros, varios hombres de armas habían dado gritos de aprobación: ¡Qué peregrino! ¡Ése sí que sabe defender a Jesucristo! ¡Venga, villano! ¡Resiste, tú eres el honor de tu pueblo! ¡Precisamente él que no era de pueblo,

obrero e hijo de obrero, y esas gentes que lo tomaban por un campesino! A causa de eso, él detestaba a Baudry, pues Baudry le hablaba como si fuera su amo, lo que no era justo, no, entre cruzados no hay ni amos ni servidores.

Segunda parte



# V

Ante Antioquía los pregoneros anunciaron en todos los ejércitos y en todos los campamentos que había que prepararse para los cuarteles de invierno. Nunca podrían tomar una ciudad como ésa por asalto.

Como el país era muy ondulado y desde las laderas, en la otra orilla del río, se podía ver bastante bien la ciudad, todo el mundo comprendía que no sería cosa de dos semanas ni de un mes. Ni siquiera, a menos de un milagro, de seis

meses. La ciudad era inmensa, aunque no fuera tan grande como Constantinopla. Se extendía, a lo largo del río, sobre varias colinas, y al este la ciudadela la dominaba en más de mil pies, colgada sobre el flanco de una montaña rocosa y llena de árboles donde era prácticamente imposible establecer un campamento. Las murallas, formando un doble cinturón, daban la vuelta de la ciudad sobre una longitud de unas dos largas leguas y, cada doscientos metros, aproximadamente, estas murallas estaban cortadas con fuertes torres de defensa, altas y cuadradas, con almenas y techumbres equipadas para el tiro de las máquinas. Además, a lo largo de las

murallas, una desviación del río practicada por medio de canales, formaba alrededor de toda la parte oeste suroeste de la ciudad un ancho foso lleno de agua.

Al ver esto, incluso las gentes más ignorantes en materia de arte militar daban suspiros de asombro y de admiración, diciéndose: ¡con razón nos predijeron nuevas pruebas! ¡Jesucristo exige de sus fieles milagros! ¿Es posible que incluso los turcos pudieran tomar esta ciudad? (Pues los turcos la habían tomado verdaderamente, quince años antes, aprovechando las discordias de los cristianos.)

¡Dios mío! ¿Es realmente útil que

tomemos nosotros esta ciudad? ¿Hemos hecho voto de liberar Antioquía? ¿La patria de san Jorge pasaba antes que la patria de Dios? —Descreídos, ¿queréis atraer la ira de san Jorge en el lugar mismo de su vida terrestre? ¿Qué otro santo mejor que él protegerá a los soldados de Dios? *Sabed, ignorantes, que en toda obra hay que considerar el fin: mientras que los paganos estén en posesión de esta plaza fuerte, la verdadera clave de Tierra Santa, ningún ejército cristiano podrá venir en nuestro auxilio, además, ¿creéis que el Sultán se quedará con los brazos cruzados, viendo cómo nosotros penetramos en sus dominios?*

¡Oh ignorancia y presunción de la gente pobre y de los soldados! Al salir de los países de Occidente hablaban siempre del Sultán y en Constantinopla también hablaban de él y, después de Nicea en el día de la batalla, lo habían visto poner manos a la obra con su terrible ejército. Ahora, todas las gentes que estaban enteradas contaban que había varios sultanes, y que el más temible se encontraba en Babilonia, dicho de otra manera Bagdad, a quinientas leguas de allí; un Sultán tan terrible que a su lado el sultán de Nicea no era más que un reyezuelo, y este gran Sultán mandaba en todas las tierras de Oriente hasta la India, y todos los reyes

musulmanes eran sus vasallos. ¡En Babilonia preparaba numerosos ejércitos para lanzarlos contra los cristianos!

Había esperado a que se acercaran a sus dominios para atacarlos con más seguridad. Así pues, buenos peregrinos, si fallamos la toma de esta ciudad estamos perdidos, pues en campo raso no resistiremos contra ese ejército, ¡roguemos a Jesucristo, a san Pablo y al buen san Jorge!

Pero ¿cuándo se ha podido tomar por cansancio del contrario una ciudad que ni siquiera se puede sitiar? Era tan grande y tan extendida que lo único que se podía hacer apenas era disponer los

diferentes campamentos alrededor de las murallas, a buena distancia; más de la cuarta parte de la muralla no podía vigilarse ni de lejos ni de cerca, y por lo demás... los campamentos cristianos quedaban desperdigados por la llanura y las colinas, haciendo el efecto de una pequeña feria alrededor de una gran ciudad. Así pues, buenos cruzados, manos a la obra; que se reúnan todos los hombres, excepto los arqueros y los escuderos nobles, y que se repartan por equipos: unos para talar árboles y hacerlos rodar hacia el valle, otros para cavar zanjas. Ya que viviremos aquí hasta la primavera, hay que preparar unos campamentos sólidos antes de las

lluvias del invierno.

...Menos mal que esta estación era un otoño suave, a pesar de las noches frías, un bonito otoño de cielos de oro, de frutos de oro; y entre los árboles verde oscuro que conservaban su follaje brillaban las manchas rojas, violetas, doradas de las hojas muertas del otoño. Grandes bandadas de pájaros pasaban volando y gritando: el cielo amarillo pálido se cubría de tiras negras. Al ponerse el sol, la ciudadela blanca, levantada sobre la ciudad, tomaba un color rosa dorado, semejante a un faro dominando la ciudad azul, centelleando con las lámparas encendidas sobre las azoteas.



Subiendo por las colinas para talar los árboles se veía esta ciudad, más maravillosa que la ciudad de la reina de Saba. Estaba llena de jardines grandes bordeados de cipreses, altas torres rosas y blancas se erguían junto a las cúpulas de color azul; y cuando el sol descendía las vidrieras de las iglesias y las ventanas altas de las casas ardían con mil fuegos de colores dorados y rojos en un espejeo de mil apacibles incendios. Las casas grandes de tejados planos se escalonaban en escaleras sobre las laderas y, guiñando los ojos, se veían bóvedas y callejuelas formando escalinatas y plazas rodeadas de anchos árboles verdes... Por la tarde, unas

llamitas se desplazaban lentamente en la bruma azul oscuro en que la ciudad estaba hundida, dejando adivinar un mundo de gente paseándose por las calles con antorchas. Y las antorchas brillaban en la noche sobre la muralla y los soldados cambiaban señales gritando, eran unos gritos largos y roncós semejantes a los de pájaros de alguna especie desconocida. ¿Qué inmensa guarnición no haría falta para vigilar una ciudad semejante? Tal vez serían diez mil.

En una semana las colinas alrededor de Antioquía perdieron su espeso y oscuro verdor: se habían convertido en obras; el estrépito de las hachas, de los

picos, de pesados troncos de árboles que caían en medio de un frotamiento de ramas se oía hasta en el campamento y hasta en la ciudad. Los peregrinos no eran todos buenos leñadores; hubo más de un brazo roto, más de un árbol caído del revés, pero en cuanto al celo por el trabajo nadie hubiera rivalizado con esos alegres obreros: los días eran frescos y el trabajo los mantenía calientes, y desde el campamento las mujeres subían en filas enormes con cestos llenos de pan y legumbres.

En medio del caos de troncos de árboles tirados, descortezados, de viruta y de ramas cortadas, los hombres se instalaban para el descanso del

mediodía, encendían hogueras con la leña caída y cantaban mientras cocían las legumbres sobre la llama. ¡Qué buena vida! En su vida habían soñado con una libertad tal. ¡Eran suyos esos bosques ricos, esos bosques viejos cuyos árboles, uno tras otro, caían bajo el hacha, despojándolos de sus ramas como se despoja a un animal de su piel! Había cedros y pinos y robles, tan pesados que eran necesarios varios hombres para arrimarlos unos detrás de otros a la ladera y con un grito de alegría tirar con cuerdas de los piquetes, mirando cómo este mar de madera descortezada rodaba colina abajo, aplastando arbustos y matorrales,

saltando pesadamente sobre las puntas de las rocas. En la falda, la madera se amontonaba en pilas gigantescas y los caballeros mandaban los bueyes por docenas de parejas y los hombres ataban los troncos sobre los ejes de las ruedas.

Hubiera habido lo necesario para construir una ciudad con toda esa madera. Amigos hay que darse prisa, aquí cuando las lluvias comienzan no se puede trabajar. Santiago estaba feliz como nunca lo había estado en su vida. El trabajo era duro, pero ese dolor en la espalda y en los brazos no hacía pensar en nada más que en las comidas y en el sueño. Con su hacha cortaba de raíz los árboles jóvenes, los matorrales, esto

para las cabañas, eso otro para hacer cestos ¡y construiremos nuestras casas para el invierno! Allá abajo en el valle, a una media legua solamente del río, tenemos nuestro campamento, protegido por estacas y una zanja, ¡y hay vacas y cabras y la leche no nos falta! ¡Qué bello país donde todo el mundo tiene qué comer y qué beber! ¡Qué bello país con sus montañas azules, puntiagudas como rocas; con su llanura azul al oeste por el lado del mar donde en el crepúsculo el sol se pone rojo en medio de unas nubes de color violeta! *Por la tarde en el cielo corrían los ríos de oro del Paraíso, rodeando islas de color de ciruela y de ámbar, largos navíos*

*cruzados de franjas de oro rojo iban a la deriva despacio, haces resplandecientes de plumas de ángeles surgían de detrás de las nubes, iluminando la bonita ciudad de san Jorge.*

En la ciudad los turcos cantaban todas las tardes sus oraciones; de todas las torres se elevaba ese mismo grito largo, taladrante y triste, y el movimiento cesaba en las murallas.

En el campamento resonaban unas voces graves, cantando los salmos de vísperas. Hachas y picos se paraban, los hombres se santiguaban, pensando en la comida de la noche. La ciudad estaba allí, apacible a pesar de todos esos

soldados sobre los muros y esas altas máquinas de tiro. ¡Qué pronto olvida el cuerpo y más de prisa todavía el corazón! A Santiago le parecía que el milagro había llegado ya y que las batallas serían alegres como juegos, la sangre como el vino, las Hechas como los pájaros, y que entrarían en esa ciudad llena de oriflamas brillando al sol, el canto del *Te Deum* cubriendo todos los demás gritos.

Tenía, sí, seguro, más de dieciocho años ya, quizá diecinueve, con todo su cuerpo sentía la gran alegría de no tener hambre, la certeza de tener que comer por la noche; de tener a María, repuesta ya del alumbramiento, sentada cerca de



la hoguera y cantando y trenzando los cestos! Ya no echaba de menos su oficio de tejedor. Con la vida que llevaban desde hacía más de un año, su corazón se volvía despreocupado como el de un niño. Cada parada había sido como el punto de partida para una vida nueva y desde hacía dos semanas que el ejército había acampado ante Antioquía, él creía haber vivido siempre allí, no hay día siguiente en esta vida, los días siguientes se parecían tan poco que se vivía sin futuro. Sin otro futuro que no fuera Jerusalén.

Pedrito tenía los ojos azules y la cara de un hombrecito, pensativa y dura, Pedrito tenía una mecha grande de pelo

rubio en la cabeza, señal de que viviría, María ya no me quieres como antes piensas demasiado en él. —¡Qué mentiroso!, te quiero cada vez más. Ahora tienes barba. ¡Cuánto se reían juntos otra vez! Cuando se come lo que se tiene ganas uno ríe por todo, de una mosca en la sopa, de un estornudo... El cura está muerto. No deberíamos reírnos. Pero incluso Lamberto empezaba ya a reírse de vez en cuando, tapándose la cara con la mano.

Isabel y María tenían leche las dos; por juego a veces se cambiaban a los niños. —Serán hermanos de leche, ¿podríamos casarlos a pesar de eso? — Pues claro, todavía se entenderán mejor.

Los dos pequeños apenas se miraban, los niños de tres o cuatro semanas no saben todavía manifestar su amistad. Las madres charlaban por los codos: hay que enseñar a los niños a hablar. María, desde el primer día en que vio a su niño, había sabido que era inteligente, que nada más le faltaba la palabra; dentro de un año, un año y medio, hablará como un verdadero cristiano. —Isabel, di Isabel, me parece que ya quiere a Ondina, ¡mira cómo la está mirando! —Sería muy difícil, dijo Isabel, un poco fría. Ondina era bonita, como no suele serlo un niño tan pequeño, muy blanca y rosa y de cara redonda. Ahora, el gorro bordado le quedaba bien en su cabecita y Ondina

era verdaderamente la princesa del campamento de los peregrinos, hasta las madres que habían perdido a su recién nacido la miraban con alegría.

Ahora, tenían ya cabañas, hundidas cuatro pies en la tierra, cubiertas de ramajes fuertemente trenzados y techos de ramas de pino puestas juntas muy apretadas; hasta las mujeres se habían puesto a trabajar en ello, cada uno construía su casa como si fuera a vivir en ella durante varios años. El asedio no adelantaba mucho, en la ciudad los turcos no se movían, sabiendo como sabían que no podían echar de allí a un ejército semejante. Y los equipos de obreros del ejército consolidaban el

campamento y edificaban torres de madera. Ahora que si los turcos no salían de la ciudad, los cristianos sí salían —los cristianos de Antioquía se entiende— y salían a menudo en triste estado, sin caballos ni mulos, no llevándose nada más que unos hatillos o no llevándose nada de nada: los echaban por las buenas de su ciudad ¡porque eran cristianos!

Así pues, hacia mediados de noviembre había en el campamento muchos de esos cristianos pobres; los ricos, en cambio, tenían adonde ir, tenían parientes en las ciudades cercanas; otros iban hasta el mar y se embarcaban en barcos griegos. Los

menos ricos iban a ver a los barones y explicaban, por medio de sus intérpretes normandos, que no les era posible abandonar el país: querían alojamientos al abrigo de las zanjas del campamento, pues en las montañas había bandas turcas y el país estaba lleno de bandidos. Que los valerosos galos les concedieran la hospitalidad, pues era a causa de su ejército por lo que los turcos se mostraban tan duros con los cristianos. ¿Qué podían hacer los barones? Por todas partes enviaron a los pregoneros: Soldados y peregrinos, mostraos cristianos con vuestros hermanos, compartid vuestros alimentos con ellos. Cuando la ciudad sea tomada

el Emperador os indemnizará de todo.

Todo esto era justo y necesario, pero por desgracia, en noviembre, cuando el tiempo empezaba a estropearse de verdad, los intendentes del ejército se dieron cuenta de que en los almacenes y despensas no quedaban más víveres que para dos semanas todo lo más; y los rebaños de ganado recogidos en los pueblos de los alrededores habían fundido como nieve al sol. El país era rico, pero no se había visto nunca acampar a un ejército tan grande, seguramente más de sesenta mil personas, los soldados son grandes comilones, y todos los hombres, hambrientos y debilitados, y obligados a

trabajar duramente, habían devorado en un mes las reservas que deberían haber bastado para el doble de tiempo.

Total: por todas partes empezaban a hablar un poco, en esta gran ciudad fuera de la ciudad que era el campamento: el pan falta, la carne falta, las habas y las judías faltan, inútil ir a buscar por los alrededores, los mismos campesinos están también arruinados, han vendido todo lo que podían, total, que cada vez se hablaba más de ello, el invierno será duro, si os quedan animales matadlos pero no os los comáis, ahumad su carne, mezclad serrín y cascabillo con harina, no comáis más de una vez al día.

En suma: el hambre, para muy



pronto. Y como las desgracias nunca vienen solas, el tiempo se estropeó de repente de tal manera que el país, de bello que era, se hizo detestable. —Pues en Francia o en Flandes o en Bretaña las lluvias caen en su estación, allí más y en otra parte menos, pero siempre en cantidades razonables; y la sequía, incluso en el norte, es más temible que la lluvia. Pero aquí —¡aunque no le guste a san Jorge!— cuando la lluvia se pone a caer, no es lluvia sino las aguas del diluvio.

Al principio, los cruzados se extrañaban y decían: ¡qué buen chaparrón!, la tierra lo necesitaba. — ¡Qué chaparrón más extraordinario, en

tres horas ha llovido tanto como en Normandía en tres días! ¿Cómo en tres horas? Ha durado todo el día. Y toda la noche. Y todo el día del día siguiente. ¿Y después? ¡Ya no puede quedar más agua en el cielo después de tales torrentes caídos durante dos días! Bueno, pues sigue lloviendo.

El río aumentaba a ojos vistas. Las zanjas estaban llenas de agua. El foso que rodeaba la ciudad, desbordado. Las colinas relucían con los torrentes. Había que cavar zanjas alrededor de las cabañas; pero las cabañas —aunque se pasaran el día cavando zanjas y elevando el talud— se llenaban de agua, ya no se podía dejar en ellas a los niños,

¡no eran ya casas sino cisternas! Los hombres cavaban la tierra y las mujeres achicaban el agua con cubos y baldes para tirarla fuera.

Y todo esto bajo una lluvia torrencial que llenaba las zanjas en dos minutos, a toda velocidad había que cavar nuevas zanjas para alejar el agua de las casas. En vano: el agua se metía por todas partes, no se sabía de dónde podía venir: de las zanjas desbordantes, de los cubos que se vaciaban, del cielo, ¡ya no había tiempo para rezar y era muy necesario! ¡Señor Jesucristo, santa María, san Jorge, por piedad, cerrad las compuertas del cielo, no podemos más, es mejor que nos enviéis a los turcos!

Con un tiempo semejante los mismos turcos no podían hacer otra cosa que rezar para que su Alá hiciera cesar la lluvia.

Pudieron respirar un poco cuando esa diabólica lluvia, sin pararse, comenzó a parecerse a un honrado chaparrón de finales de otoño en Artois: el agua seguía cayendo, pero sin ruido, en hilillos delgados y suaves. En aquel momento muchos hombres no habían comido nada en veinticuatro horas ¡por falta de tiempo! Estaban tan molidos que se caían de sueño y se acostaban sobre troncos de árboles mojados, escupiendo el agua que escurriendo del pelo se les metía por la boca y retorciendo con las

manos sus chaquetas completamente mojadas. Aquella lluvia era fría, con el enloquecimiento del trabajo nadie se había dado cuenta, había que ir de prisa, y sudaban y tiritaban al mismo tiempo; cuando se pusieron a descansar fue cuando sintieron de repente la ropa tiesa y helada, los que iban menos cubiertos tuvieron mejor suerte.

¡Sí, sigue lloviendo! Si Dios quiere que la lluvia pare podremos secar las casas. ¡Pobres casas! María, jadeando, levantaba el sobradillo de madera y de pieles bajo el cual habían puesto al abrigo a los dos niños, que permanecían secos y dormían como si estuvieran en una casa de piedra. ¡Uf! hijitos, ¡qué

suerte tenéis, da alegría ver tela seca! Durante todo el día María no había hecho más que vaciar cubos, de pie en la cabaña con el agua hasta las rodillas, dando de mamar de pie con una cubeta de madera en la cabeza para proteger al niño. La cama que ella y Santiago habían hecho, esa buena cama de hierbas y de hojas secas, estaba llena de barro, María había podido salvar únicamente los pañales de Pedro y las camisas del domingo, metiéndolas en la cuna.

Ahora, para dar de mamar, ella e Isabel se escondían debajo de las maderas de una carreta grande, con otras tres mujeres; los niños no se habían mojado, pero las madres, sentadas en el

suelo tomaban un baño de asiento en el agua embarrada que corría por debajo de la carreta. Isabel, que a causa de la joroba tenía el pecho hundido, agarraba unos dolores en las costillas y tosía. — ¡Isabel, qué colorada estás! Incluso cuando no tosía tenía las mejillas rojas como el fuego. Pero te favorece, sabes, estás muy guapa, tienes los ojos brillantes. Isabel sonreía, pero su sonrisa era como una mueca pequeña de dolor.

Los hombres iban de un lado para otro, molidos y embrutecidos, desamparados buscando un remedio a la catástrofe. Allá abajo, en el campamento de los soldados, quizá tienen casas más

sólidas y reservas de madera seca. Pero para llegar hasta el campamento de los de Boulogne hay que andar una media legua larga, en medio de arroyos de barro. Amigos, cuidado, si el Orontes creciera habría que llevar el campamento a la colina. Todos miraban tristemente a los animales temblorosos y piafantes que chapoteaban en un agua negra de estiércol y mascujaban heno mojado. Allí estaban dos asnos, una media docena de cabras y una vaca vieja del país comprada en Mamistra. Además de los tres caballos del caballero Everardo.

Fray Bernabé, que había trabajado toda la noche cavando regueros, podía



ponerse a rezar por fin. Seguía lloviendo, pero esta lluvia suave, que caía sobre una ropa y unos cuerpos empapados ya de agua, no se sentía, se la veía caer en hilillos grises y salpicar en los charcos de agua, y cuando corría por la cara no hacía más efecto que el del contacto del aire. Fray Bernabé, de rodillas sobre un tronco de árbol caído, rezaba. Pensaba qué clase de pruebas reservaba Dios todavía a sus pobres. Ésta es la locura del hombre: no sabe lo que quiere. Si nos hubieran dicho este verano: dentro de tres meses tiritaréis de frío y seréis inundados con torrentes de agua del cielo, hubiéramos gritado ¡qué venga ese día bendito! El hombre es una

criatura miserable. Nunca está contento, pues todo, en esta vida, es malo para él. ¡Este mundo tan grande y tan bello no está hecho para él, este mundo es deleitoso para nuestros ojos y mortal para nuestra carne! Señor, salimos en busca de vuestro amor y vuestro perdón y, desde hace un año, a través de las montañas y las llanuras y las ciudades y el desierto, no hemos hecho más que luchar para no morir.

Y los pobres, Señor, que en su país conocieron el hambre y la fatiga desde la infancia, en este año han conocido más fatiga y más sed y más hambre que en toda su vida; pero por lo menos no tienen más amo que vos. ¿Seréis peor

amo que los patronos de los talleres y los terratenientes?

¡No abandonéis, Señor, a los que dejaron todo por vos! Queréis que no les quede nada que perder, nada que vender, que lleguen delante de vuestra Jerusalén desnudos como el primer hombre. Un rico no pierde más que bienes perecederos, Señor, pero el pobre..., la desgracia ataca a la carne prometida de la Resurrección, la carne está tan tocada que el alma corre el riesgo de ser tocada también. Hay tantos que han llegado a ser mártires, que ya no es un martirio sino una muerte miserable. ¿Es justo que os volváis para tantos cristianos un tema de escándalo?

En todas partes, tanto en las tiendas de los clérigos y de los abates como en los campamentos pobres y en las capellanías de los campamentos de los soldados, todo el mundo discutía cada vez más de la suerte de los mártires caídos durante el camino. Las pérdidas en vidas humanas no extrañaban a nadie, todos estimaban que el ejército no había salido mal parado, no habiendo perdido más que un hombre sobre diez o sobre ocho. Era mucho y era poco a la vez, el día de la batalla, todo el ejército, excepto los caballeros, hubieran podido quedar allí. Durante la travesía del desierto, los oficiales griegos del general Taticius decían que sin la ayuda

visible de Dios tres veces más de hombres hubieran debido perecer de sed y de insolación, decían: ¡vuestros hombres son rudos luchadores, pues luchar así contra el sol es más meritorio que batirse contra los turcos! Raramente hemos visto una resistencia parecida, sobre todo en las gentes que no son del país.

Pero millares de hombres habían ganado ya el perdón y muchas mujeres, incluso entre las más ricas y las más nobles. No había nadie en el ejército que no llorara a un pariente o a un amigo. —¿Os olvidáis de las promesas? Nadie perderá con este viaje; sus almas están hoy como a la espera, iluminadas

ya por la luz del rostro de Dios. Todas ellas participarán en la glorificación de Jesucristo, excepto las almas criminales que de la santa peregrinación hicieron una ocasión de pecado: éstos, si murieron como mártires, verán disminuido su tiempo de purgatorio pero todavía no están en estado de gracia. Así pues, es preciso que todos los cristianos permanezcan vigilantes y no digan: poco importan nuestros pecados, seremos mártires. *Que se esfuercen en no morir, si son pecadores que se mantengan en vida tanto tiempo como sea posible.*

Se había esperado un invierno suave, y el invierno era más frío, como no lo había sido jamás en Francia. Las

lluvias volvían y para los pobres, para los soldados y para los lacayos se hacía imposible luchar contra los torrentes de agua que caían del cielo. Llegaban a olvidarse de que el verdadero enemigo eran los turcos. La gran preocupación era la de construir refugios sólidos; pero ya no quedaba más madera, los árboles cortados habían sido utilizados para la construcción de las torres. En aquel momento había dos torres en el campamento del duque Godofredo, una en el campamento de Bohemundo, una en el de los provenzales; estas torres eran tan altas como las torres de la ciudad y más anchas; tenían cuatro pisos en forma de plataforma donde podían colocar

varias máquinas de tiro, abrigadas detrás de los contrafuertes hechos con gruesos maderos. Desde la muralla, los soldados de la guarnición turca, lanzaban las balas de cañón, de tal forma que parte de la obra se desmoronaba de vez en cuando, pero esas torres estaban tan ingeniosamente construidas que aunque la bala sacudiera una viga maestra el resto resistía la embestida y entonces sólo reemplazaban la parte dañada por un tronco de árbol que tenían de reserva.

Muchos hombres que no habían trabajado nunca en el maderaje llegaron a ser así excelentes ayudantes de ingenieros, en esta guerra se aceptaba a



todos los hombres de buena voluntad.

Los jefes de los campamentos enviaban equipos de hombres armados unos con hachas, otros con picos y garrotes hacia las colinas al oeste del Orontes, que todavía no estaban muy taladas: allí había buenos árboles, pero desgraciadamente también había turcos emboscados. Estas gentes viendo que el ejército cristiano prácticamente no se había movido, se enardecían cada vez más, por eso, para aventurarse por las colinas debían ir en bandas de cincuenta hombres ¡y todavía! Estos turcos se ocultaban en los bosques, los arcos extendidos, y en cuanto los peregrinos se acercaban soltaban las flechas. Una vez

desemboscados, había que impedirles que cargaran los arcos de nuevo y para ello corrían detrás de ellos con las hachas levantadas, rugiendo de una forma aterradora y haciendo el mayor ruido posible. Era una especie de astucia: había que hacerles creer o que eran muchos o parecer demonios encarnados.

Hacían resbalar los árboles por la ladera y después con unos ganchos gordos los arrastraban para a continuación hacer con ellos balsas o puentes voladizos y así llevaban también toda clase de árboles, grandes y pequeños, hasta el campamento, para construir cabañas nuevas. Decir que era

fácil trabajar bajo una lluvia azotadora y el vientre vacío no sería cierto, no, no era fácil pero había que hacerlo, para dar refugio por lo menos a los enfermos y a los niños; y si había muchos menos niños había en cambio muchísimos enfermos.

Llovía desde hacía dos semanas. En esas dos semanas, nada más que entre las gentes de Arras, de Lieja y de los normandos italianos, murieron la mitad de los niños de pecho, quince niños que podían andar ya y diez viejos y cuatro viejas. El frío los mataba agarrándoseles al pecho, pues por mucho que fueran a buscar a los otros campamentos brasas y pieles secas, las

brasas se apagaban en seguida y las pieles estaban chorreando al cabo de dos horas, pues los techos, hechos con troncos ensamblados a toda prisa, dejaban pasar el agua. Así pues, los viejos y los niños se ponían a toser, a toser sin parar, al final el pecho les dolía tanto que ya no podían respirar; los viejos escupían los pulmones y morían, los niños morían ahogados. En lugar de cavar zanjas, cavaban tumbas, ponían a los cadáveres en fosas llenas de agua.

Los hombres se iban al campo, con el arma al hombro, la herramienta haciendo oficio de arma y el arma de herramienta, según los casos, a buscar

comida. Pues es preciso decir que en el campamento de los soldados y en el de los caballeros faltaba la comida, mendigando no recogían mucha cosa y para comprar una hogaza de pan era necesario más dinero de lo que hubiera ganado un obrero en un mes si trabajara, y aquí nadie trabajaba, a no ser los que lo hacían en las torres de madera.

Se iban bajo la lluvia, por caminos pedregosos convertidos en torrentes, marchaban en dirección del mar evitando los grandes caminos, con guías del país que prometían una aldea tranquila donde los campesinos tenían todavía corderos y olivos o grano para vender. Al llegar descubrían el pueblo

vacío o si no los campesinos juraban que ya no tenían nada. Entonces los hombres —los soldados, siempre los más atrevidos— entraban a la fuerza en las casas y se llevaban lo que encontraban, gallinas o sacos de grano. Para que los soldados no se quedaran con todo, los demás hacían lo mismo, pero en realidad no había gran cosa que coger... Las mujeres de los campesinos lloraban, los hombres abrían sus camisas sobre el pecho para enseñar que llevaban la cruz. ¡Buena gente, si supierais lo que sufrimos nosotros desde hace un año, vosotros que tenéis gallinas y cabras y casas y campos!

Cerca de un pueblo, había una casa

grande abandonada, rodeada de muros de piedra. Por una brecha en el muro se podía entrar en ella; allí había un vergel, cedros, cipreses negros. Aquel día Baudry conducía un grupo de peregrinos y dio la orden a sus gentes de buscar bajo los árboles nueces o piñas o tal vez en las ramas aceitunas no cogidas aún; pero el suelo estaba mojado, todo lo que se podía encontrar allí estaba podrido, apenas pudieron recoger algunas avellanas de cedro. Y los hombres tenían tanta hambre y tanto frío que les hacía llorar, mezclando sus lágrimas con la lluvia.

La casa debía haber sido bonita: todavía se veían, sobre los muros, unas

pinturas que figuraban flores y árboles, y el suelo estaba pavimentado de piedras lisas, negras y amarillas. El techo estaba derruido y el patinillo interior con un estanque en medio y una galería cubierta no era más que un charco de agua donde se agitaban como locas las gotas enormes de lluvia. Al abrigo de las arcadas de la galería, los peregrinos miraban los capiteles pintados en negro y rojo. Por todas partes se veían desportilladuras hechas por las flechas. El pilón de mármol de la fuentecilla redonda estaba hendido y lleno de tejas rotas y de pedazos de hierro. Muerta desde hacía poco tiempo aquella casa parecía no haber estado nunca viva. Las



columnillas pintadas batidas por la lluvia parecían tan inútiles, tan pobres, que las ramas muertas eran más agradables de ver. ¡Qué casa tan hermosa, qué gente tan rica debió vivir en ella, y qué buena vida, en otro tiempo, cuando había sol y paz!

En un rincón de la galería, una cosa, que los hombres habían tomado al principio por un montón de hojas secas o de trapos viejos, empezó a moverse, ellos gritaron. Un hombre se levantó y fue hacia ellos titubeando, ellos lo tomaron por un fantasma o un turco y se llevaron la mano a sus herramientas. Baudry se adelantó y dijo: no lo toquéis, no tiene armas. El fantasma se abrió la

camisa para enseñar la cruz, iba vestido con una túnica azul oscuro y su capuchón que caía hacia atrás dejaba ver un pelo negro, rizado con rizos pequeños; estaba muy pálido, sus mejillas casi imberbes y sus ojos rojos e hinchados. Sus labios se abrían para hablar pero no salía ningún sonido.

Baudry, espantado también, intentó hablar por señas. ¿Rumí? ¿Antioquía? El hombre con una voz afilada (había cogido frío en la garganta) dijo: Vosotros galos, latinos, hermanos. —¿Tú hablas nuestra lengua? —Un poco. Ir con vosotros. Yo voy con vosotros. —Nosotros, dijo Baudry, nada que comer. El hombre se encogió de hombros. —

¿Tu nombre? —Piloteo. Romano, cristiano. Los turcos mataron a mi padre. Mi madre... Y se echó a llorar, llorando con una extraña voz afilada.

Así pues, el grupo de Baudry volvió al campamento con las manos vacías, pero con un nuevo cristiano del país, y ya había bastantes en el campamento. El hombre hablaba francés, en efecto, bastante mal, pero comprendía casi todo. Contó al padre Alberto que él había estudiado para intérprete en las oficinas de comercio, que había conocido en Antioquía a peregrinos y a comerciantes de Occidente. Todos lo adoptaron, pues todos estaban contentos de ver al fin a un hombre del país con el

que pudieran hablar. Era un hombre pequeño y delgado, con el cuerpo frágil como el de una mujer, de manos delicadas, de pies cubiertos de llagas pues debía haber estado acostumbrado a llevar zapatos buenos. Aunque no tuviera barba, por decirlo así, no era un adolescente; era un hombre joven ajado. Un verdadero griego, de Antioquía, hijo de padres ricos.

Al padre Alberto contó, llorando, que su padre, jurista distinguido, tenía en la ciudad una casa grande donde su familia vivía desde siempre, decía, y cuando vinieron los turcos, había conservado su empleo en la cancillería y, como romano valiente y amante de su

país, escribía cartas secretas y cifradas y las hacía llegar a los emisarios imperiales. Y cuando a Antioquía llegó la noticia de las grandes victorias de los cristianos de Occidente, el padre de Filotes no pudo ocultar su alegría; y en toda la ciudad era una alegría tal que hasta los hircos tuvieron miedo... Los cristianos cantaban en las calles y corrían a las iglesias en acción de gracias, y el patriarca ordenaba oraciones públicas y privadas por el éxito de la gran empresa de los hermanos latinos.

Después, cuando el ejército cristiano estaba ya ante Antioquía, un envidioso denunció al padre de Filoteo al

gobernador de *la ciudad* y, a causa de sus cartas secretas, el venerable hombre fue llevado ante el gobernador, torturado y puesto en la cruz; y la madre, ¡oh la madre! ojalá hubiera querido Dios que muriera diez días antes, los bárbaros por odio a los griegos le hicieron sufrir los ultrajes más vergonzosos, de tal forma que esta noble dama, viéndose tratada de esta manera en sus últimos días, maldijo la hora de su nacimiento y, cogiendo en sus brazos un icono de la Virgen, se tiró, con la cabeza para abajo, de lo alto de una torre. Y el icono se salvó milagrosamente. —Y los hermanos de Filoteo habían tenido tiempo de huir, él también decidió huir

después de la muerte de sus padres, pero unos bandidos le despojaron en el camino de todo lo que poseía y de su mulo. Había errado por el campo, sin tener valor ya para abandonar su patria. —Dentro de poco tiempo, le dijo el padre Alberto, volverás a tu casa y tus enemigos serán castigados como se merecen.

Lo que los griegos y otros cristianos contaban sobre la crueldad de los turcos aumentaba la ira de los peregrinos; sus propias desgracias, en comparación, les parecían poca cosa, después de todo se las habían buscado ellos mismos. Y esas buenas gentes maltratadas en sus tierras y en sus casas forzaban a los hombres a

pensar en sus propias casas y en sus padres viejos, se imaginaban ya a los turcos violando a sus madres viejas y lloraban las desgracias de los extranjeros por amor de sus propias patrias.

Por eso, estos cristianos cuya lengua ignoraban, eran tratados bien en el campamento, a pesar del color negro que tenían a menudo; los días en que había que comer, lo repartían con ellos, lealmente. Sólo ocurría que a esas gentes les daba asco la vida que se llevaba en el campamento y trataban de encontrar un abrigo cerca de las tiendas de los ricos y éstos los echaban pues no podían dar refugio a tanta gente; de tal



manera que familias enteras de sirios y de armenios iban sin cesar de un campamento a otro, aprovechando una escampada para recoger sus bultos de ropa e irse a lo largo del río, hacia el puerto de San Simeón, pero después volvían por miedo a los bandidos turcos... El campamento se estaba convirtiendo en un verdadero campo de feria. Al final, los barones dieron la orden de meter a todos los cristianos del país en un campamento aparte, donde los oficiales de las tropas griegas les servirían la comida.

Filoteo testimoniaba a fray Bernabé una gran veneración, lo seguía a todas partes, pidiéndole que le dejara ser

discípulo suyo, a lo que fray Bernabé contestaba que él no tenía discípulos, que él era hermano de todo el mundo. Como él también trabajaba en las zanjas y en la construcción de los refugios tanto como los jóvenes, el pobre Filoteo intentaba hacer lo mismo, pero se cansaba en seguida. Sin embargo, aunque no tuviera fuerza en los brazos, sorprendía a todo el mundo por la rapidez con la cual aprendía el francés y su facilidad para interpretar las otras lenguas y para calcular los precios y para valorar los pesos, de tal forma que al cabo de dos o tres semanas pudo ayudar enormemente a Baudry y a fray Bernabé.

Decía que hablaba el árabe, el armenio y hasta un poco de turco, y escribía en todas esas lenguas. En latín, no estaba muy fuerte, pero también lo comprendía. Baudry, que no sabía leer, se extrañaba de ver tanta ciencia en un hombre que ni siquiera era clérigo y preguntaba al griego de qué manera se le metían todas esas lenguas en la cabeza sin mezclarse unas con otras. Esto era, decía Filoteo, por el hecho de que sus padres, viéndolo dotado para los estudios, lo habían hecho eunuco, a fin de que más tarde no le distrajeran las vulgares preocupaciones de familia y de ganarse la vida y pudiera consagrarse enteramente a alguna carrera honorable.

Aunque no pareciera molestarle el hecho de ser eunuco, sino que más bien se mostraba orgulloso de serlo, Baudry y fray Bernabé lo compadecieron mucho y censuraron entre ellos la crueldad de esos padres poco cristianos. ¡En nuestro país, dijo Baudry, jamás te hubieran hecho semejante tratamiento! Pero Filoteo dijo que era bueno sacrificar lo que es poco útil y disminuir la potencia de la carne para aumentar la del espíritu: él tenía dos hermanos mayores, los dos casados, cinco sobrinos y cuatro sobrinas, y él en la hora actual no hacía más que felicitarse por no tener ni mujer ni hijos.

—Ayer, sin ir más lejos, un niño ha

muerto en el campamento a causa del frío y su padre está cavando la tumba con lágrimas en los ojos. En verdad el valor de los latinos es más grande todavía de lo que yo creía, pues nosotros pensábamos ver llegar a hombres aguerridos en el oficio de las armas y, en efecto hay muchos que lo están entre vosotros, ¡pero no pensábamos que expondríais a tantos peligros a las mujeres y a los niños! — Has de saber, griego, dijo fray Bernabé, que los peregrinos que tomaron la cruz no calcularon el precio que deberían pagar: se dieron totalmente a Jesucristo en cuerpo y alma.

Filoteo movía tristemente la cabeza

pues creía —como muchos otros griegos — que no era casi posible llegar a Jerusalén y que los peregrinos se engañaban con esperanzas quiméricas. —Si el Emperador no viene a ayudarnos, nunca tomaremos Antioquía, y el Emperador está retenido por sus guerras en Occidente y no piensa en nosotros. —Nuestro emperador, griego, es Jesucristo en persona. Nunca ha tenido todavía una derrota.

He aquí una serie de buenas gentes que no verán jamás Jerusalén con los ojos de la carne: Margarita la madre de Martín, y Andrés el herrero, y Bernardo el Chato, y Marcelo el tío de Gerardo el Arrendajo, y la pequeña Sibila que

estaba mudando los dientes de delante, y Thierry su hermano mayor... es tan fácil morir ahora: los escalofríos, la fiebre, el calor malo en todo el cuerpo, el dolor de espalda y la tos..., unos languidecían durante ocho o diez días, otros menos, y todo esto a causa del agua, del agua fría, ya no se puede calentar, hasta en el refugio el fuego no prende y no hace más que un humo áspero que hace toser todavía más; los pobres van a mendigar brasas a los ricos, pero ni siquiera los ricos tienen bastante. Y el tiempo que se tarda para transportarlas hasta nuestro campamento se convierten en ceniza fría y mojada. ¿Desde hace solamente un mes? No es posible y las gentes del país

dicen que hay que esperar aún unos tres meses de lluvia, hasta el miércoles de Ceniza. —¡Y esperad también, buena gente, el viento del norte que viene de las montañas y trae el granizo y la nieve! ¡Dios mío, qué venga la nieve, por lo menos así el barro se secará y se pondrá duro, ya no nos acostaremos sobre el agua!

María estaba allí, al lado de Isabel y de Catalina la de Berthier que también tenía un niño de pecho; las tres daban de mamar subidas encima de unas piedras enormes bajo un refugio de maderas que, naturalmente, dejaba pasar el agua. Se apretaban unas contra otras, con las piernas dobladas, y protegían a los



niños con sus capas. A estos pobres niños no se les podía cambiar de pañales más de una vez al día, con unos pañales mal lavados, amarillentos, a mitad secos sobre la brasa, un verdadero milagro era que sus cuerpos delicados no estuvieran todos llenos de llagas.

El niño chupa, chupa la leche con su boquita fuerte, retira la vida del cuerpo, en cada mamada a María le daba el vértigo, de tanto como la habían debilitado el frío y el hambre. Todo se le volvía negro delante de sus ojos, con ese frío que agrieta las manos y entorpece los pies, ¿es posible que no se haya tenido nunca calor? Sólo un poco

de calor, en el pecho, la boquita caliente, Pedro, Pedro que tiene los ojos azules y unas costrecillas amarillas en la nariz y en los párpados; está fuerte, Pedro, le retira todo el jugo de su cuerpo. Y eso le da más frío todavía. Delante de los ojos de María, los bastones grises de la lluvia se convierten en lanzas y en lugar de las chozas negras ve navíos, con remos violetas y velas de color oscuro y todo se convierte en una gran imagen hecha con piedras brillantes como en las iglesias de Constantinopla, unas velas de color oro oscuro con sus cordajes negros se columpian sobre un cielo azul profundo, las lanzas y las flechas de

plata caen a miles, siguen cayendo, las flechas de plata, sí son las flechas que quitaron la vida a los mártires de Nicea, las flechas y el resplandor de las espadas, no me llevéis mi alma, bienaventurados, no me llaméis a vuestros navíos ¡Santiago! ¡Santiago! San Jorge no vengáis a buscarme todavía. Está ahí sobre su caballo blanco, anda sobre el mar. Isabel. — ¿Qué? Ese caballo blanco, Isabel también delira un poco. Sí, es verdad, ese caballo blanco. Qué bonito es, flota en el aire como un pájaro grande. Tontas, dijo Catalina, lo que flota al viento es un sudario, están enterrando al yerno del Picoso. ¡Ah! bueno. Las dos

mujeres no sabían siquiera que ese pobre muchacho había muerto. Es cierto, tosía tanto. ¡Pobre Marina, qué mala suerte! Después de ocho meses de casada, ¡viuda a los trece años! ¡Pobre Mateo, pobre Juanito, qué luto para su madre! ¡Que no te espere, que su candela se apague sola, que su sopa se caiga sobre las cenizas, no reces por un vivo, madre, haz que digan una misa de difuntos en la iglesia del arrabal!

Inclinadas sobre sus recién nacidos, entumecidas por el frío, apenas las dos amigas tenían fuerza para lamentarse, y a fuerza de lamentarse con frecuencia el corazón se queda indiferente. Que cese la lluvia, no podemos más, eso es lo que

ellas pensaban. Dormían de pie, la fatiga endurece el corazón. Lloraban pensando en los muertos, pero era de debilidad, pues todo les hacía llorar, hasta cuando veían que alguien tropezaba en un charco de agua en vez de reír, lloraban, y apenas soltaban una carcajada y ya las lágrimas les corrían por los ojos y muy a menudo por cosas tristes reían y lloraban a la vez.

—¿Está mamando tu Pedro todavía?  
—¡Ya lo creo! No tengo casi leche, saca lo que puede. —La mía está durmiendo, mira qué guapa es. Daba gusto ver esas dos caritas al abrigo del agua, secas y rosas. De los dos, Pedro era el más sonriente. ¿Por qué estará tan contento,

Isabel? Nunca vi a nadie tan feliz. Isabel se contenía la tos, para no despertar a la pequeña; se mordía los labios y se ponía violeta, después la tos estallaba, violenta, estridente, como los ladridos de un perrito. *¡Dios mío, yo también me moriré!* ¡María! María se había quedado medio dormida. Y se estremecía creyendo oír los gritos de los turcos, era simplemente la tos de Isabel. ¡Ahí están los turcos, que nadie se mueva! ¡No retrocedáis ni una pulgada, muchachos! —Tú estás delirando, guapa, dijo Catalina.

Un rostro pálido se erguía delante de María, delgado, reluciente de lluvia, de grandes ojos profundos como agujeros,

un rostro de fantasma erguido por encima de una fuente redonda de donde salía un humo rosa, ella sentía calor cerca de su cara. Dio un grito: ¡la cabeza de san Juan Bautista en la fuente de plata! Él la miraba con sus ojos extrañamente tristes, con una sonrisa pálida muy dulce. —Te traigo brasas, toma, caliéntate.

Eran san Juan. Era bueno ese muchacho, se ocupaba de ella como de una hermana. Las mujeres ponían las manos sobre la escudilla llena de brasas y de ceniza tibia, aspiraban ávidamente el aire seco, extendían sobre la ceniza caliente sus pañuelos empapados, tú eres tal vez un verdadero san Juan

después de todo, un pedazo del verdadero san Juan. Él meneaba la cabeza, con un brillo de malicia en las niñas de sus ojos. Ya veréis un día. Ya veréis en Jerusalén. Él soportaba muy bien el frío y el cansancio y el hambre, así pues todo el mundo podía ver que era un verdadero loco y no un farsante. —En Jerusalén me veréis con mi verdadera cara, al lado de mi hermano Santiago, el santo mártir. San Juan, dijo María, será mejor que hables menos, vas a pasar malos ratos. Él decía que ya que no podía morir, no tenía nada que temer. —¡Si fueras tú san Juan harías un milagro para que lloviera menos!

Todo se pudre. La paja se pudre y



los maderos y las vigas hechas de madera verde se arquean y crujen, y las chozas se vienen abajo, se pasan el tiempo arreglándolas y en todo el campamento verdaderamente, desde las tiendas de los soldados hasta el flanco de la colina, no hay ni un hilo seco y apenas si las mujeres consiguen tener a salvo a los recién nacidos. Y ahora llegaba la gran desgracia que amenazaba a los pobres. Ya no tenían más ropa para mudarse; desde que llovía y que no se podía hacer hogueras, la ropa ya fuera de piel, de lino o de lana, no se secaba nunca y comenzaba a pudrirse; ennegrecía, se volvía viscosa y blanda y olía a cadáver. No guardaba el calor y

bajo la brisa se pegaba al cuerpo como paquetes de barro helado; y cuando uno conseguía ponerse cerca del fuego en un refugio salían unos vapores malolientes pero por lo menos la ropa se calentaba un poco y se podía intentar secarla pegándole ceniza. Ahora que era bien evidente que aquella ropa no duraría mucho tiempo y caería hecha polvo antes de Navidad, ¿tendrían que ir en pleno invierno desnudos?

Recogían la ropa de los muertos, pero eran unos harapos podridos. Las pieles de los pocos animales que quedaban en el campamento, comidos desde hacía mucho tiempo, habían sido dadas a los más enfermos, pero esas

pieles que no podían curtirlas como es debido se pudrían y olían tan mal que la gente que tenía fiebre las rechazaba, preferían tener frío. Y las pieles de las gentes se volvían ásperas, húmedas e insensibles como las de los sapos, se acostumbraban al frío, sí, los jóvenes cuando iban en busca de alimentos preferían andar desnudos con un trapo alrededor de los muslos para no herir la decencia; andaban desnudos dándose palmadas en los hombros y la espalda para calentarse y llegaban a no sentir la lluvia; incluso los ojos se acostumbraban, bastaba con guiñar los párpados para que el agua no entrara en ellos.

Se iban cada vez más lejos, siguiendo bandas armadas conducidas por los caballeros. Y los caballeros no eran suaves: ¡eh, bribones, si no os dais prisa peor para vosotros, no esperamos a nadie! ¡Ahora se veía la ventaja que era seguir el oficio de las armas! Los soldados tenían calzado de cuero, los más ricos tenían las piernas protegidas por unas bandas de cuero. Están al acecho en un cruce de caminos, disimulándose detrás de las rocas y de los matorrales. Porque unos cristianos árabes salidos de la ciudad habían contado que un convoy de víveres era esperado en Antioquía (por el lado de la ciudadela los turcos entraban y salían

como querían). Así pues, el convoy llegaba por un camino pequeño de montaña, con soldados a la cabeza, llevando unos mulos cargados con sacos grandes y corderos negros y corderos grises. ¡Cómo les latía el corazón sólo con ver aquellos corderos! Es como si se oliera ya el olor de la carne asada. ¡Ah, vive Dios! ¡Vamos, vamos ya? No, primero que los soldados pasen, después caeremos sobre ellos por la espalda. ¡Qué bonito ataque!

Cuidado, muchachos, no os metáis en el atolladero, cuidado de los caballos. Ahora bien, los soldados turcos, Dios los maldiga, tienen cada uno tres vidas en el cuerpo ¡y cómo se baten! Se les

llega por detrás y se dan la vuelta en un abrir y cerrar de ojos, sin romper las filas. Y los dos caballeros que corrieron hacia ellos los primeros danzan sobre sus caballos encabritados, los pies en los estribos ¡pero sin cabeza en las espaldas! Venga, muchachos, no dejéis escapar los corderos, nosotros nos encargaremos de los hombres. Los turcos vendieron muy cara su vida aquel día, pues eran menos de cincuenta contra más de doscientos, a través de la cortina de lluvia se veía a algunos caballeros de capa blanca ir hacia la ladera, pero sobre el terreno quedaban varias decenas de muertos, turcos o cristianos, ya nadie los contaba, todos corrían para

reunir los corderos y los caballos, y despojar a los cuerpos de los turcos ¡qué buenas capas apenas húmedas, qué bonita lana!

El jefe aquel día era un caballero picardo llamado Aubry de Mailleraie, era bueno con los peregrinos. Todos hemos trabajado juntos, muchachos, para nosotros las cotas de malla y las espadas, para vosotros las capas y las botas. Oye tú, le dijo a Santiago, ¿de dónde eres? —Del arrabal de Arras. — ¡A fe mía que parece que es un caballero de Arras quien te engendró! —No insultéis a mi madre, nosotros somos rubios a causa de los daneses. Santiago se miraba el hacha, toda sucia, habían

sido dos, el Picoso y él, quienes habían golpeado al turco, el hacha toda sucia, sangre fresca sobre la herrumbre.

Con su hacha, el Picoso también había herido al caballo, en el cuello cerca de las crines, el animal tiritaba y miraba enloquecido a su alrededor. — ¿Este hombre es un carnicero o qué?, preguntó el caballero. ¡Cómo ha estropeado al caballo! — No se lo tome en cuenta, señor caballero, dijo Baudry, hoy ha hecho una buena acción. Es preciso decir que Filoteo el griego, que aquel día formaba parte de la tropa, había estado a punto de ser pisoteado por un caballo y Elías el Picoso se había adelantado y había cogido por las



riendas al caballo, con riesgo de hacerse cortar la cabeza por el jinete. El Picoso era considerado como alguien que era lento, pero cuando había que actuar era más rápido que nadie.

Era un día bueno. Doscientos corderos y mulos y sacos de habas, además de los restos mortales de los turcos. La tarde caía, llovía, el camino lo hacían por unos torrentes, llevando delante de sí los corderos relucientes de agua, la lluvia lavaba la sangre de las heridas. Llevaban veinte muertos y andaban cantando de alegría. La parte más grande del botín era, como debía ser, para los caballeros y para la tropa, pero los peregrinos por su concurso

obtuvieron después de todo cuarenta corderos.

La carne está medio cruda y fría, pero es mucho mejor que habas podridas. Por eso no es de extrañar si hay discusiones por el reparto. Fray Bernabé decía: Amigos, tenéis que comprender a los soldados, tienen hambre y más que vosotros pues ellos no están acostumbrados. ¿Habéis contado sus muertos? Cuando un soldado muere, no hay ni llantos ni lamentaciones, esos muchachos no tienen familia y la muerte es su oficio.

Los ingenieros y los jefes de los zapadores enviaban hombres al campamento de los peregrinos: *¿quién*

*quiere, en honor de Jesucristo, trabajar en las máquinas? Sopa caliente mañanas y tardes y carne los domingos.*

Todos sabían que este trabajo era duro y peligroso, pues las galerías se hundían a causa de las lluvias y en las torres corrían el riesgo de recibir un bala de cañón en la cabeza; sin embargo los hombres se iban, aunque menos por el amor a la sopa que porque no podían estarse allí reparando sin cesar los refugios que, apenas arreglados, empezaban a llenarse de agua otra vez y escuchando los gemidos de los moribundos. María, María.

María, tan guapa como eras. Ahora se parecía a una poliauca sarnosa;

delgada, llena de ojeras; las faldas podridas y negras, la capa podrida y negra, la piel tan gastada por el agua que parecía piedra pómez. Como no tenía leche bastante al niño le daba a chupar trapos embebidos en agua tibia o en sopa. No morirá, Santiago, lo veo escrito en su cara. En Navidad nuestro hijo tendrá tres meses, pensaba Santiago, ¡y sigue viviendo!, desde luego Dios nos protege. Santiago quería al niño, a pesar del frío y del hambre lo quería. Dios te guarde, Pedro, no te tengo envidia al ver que tú estás guardado de la lluvia y que tienes qué comer, tiene que ser así, chico, tú eres todavía débil, tu cabeza no es más

grande que mi puño, venga ríete chiquillo, que Dios nos conceda que vivas. —Lo quiero, María, te lo juro, cada vez que vuelvo al campamento el corazón me late de tanto miedo como tengo. María, si yo fuera escudero estaríais, él y tú, en una tienda sólida con una alfombra por el suelo.

—Santiago, así es mejor, Dios no ha amado nunca a los ricos. —¿Mejor así? Ni hablar. Allí, María, en la ciudad, las mujeres de los turcos viven en unas casas bonitas bien calientes y cocinan delante de unos hornos ¡y duermen en camas! Parece ser que ni siquiera tienen necesidad de ir al pozo, el agua llega sola a sus casas por una fuente que corre

por la pared. María reía, pensaba que los griegos eran unos jactanciosos, que se burlaban de los peregrinos.

*No es nada extraño que todo vaya mal: son las grandes pruebas.* Sólo que si por lo menos hiciera un poco menos de frío, sí, no haría falta mucho más, si por lo menos Isabel tosiera menos, si por lo menos... ¡Santa María, cómo corre, cómo corre, cómo cae, durmiendo no soñamos más que con eso, viviendo en el barro, tan asquerosos, tan embarrados, somos como verdaderos sapos, como cerdos, para cruzar el campamento chapoteamos en el estiércol hasta las rodillas, por mucho que estemos acostumbrados hay momentos

en que la pestilencia nos sofoca; y la lluvia baila, baila sobre los charcos negros y sobre lo que queda de los toldos y sobre la espalda de la gente, uno se siente como borracho viendo eso, todo se desdobra ante los ojos, ¡Señor Jesucristo si es para lavarnos de nuestros pecados lo seremos, ha corrido bastante agua sobre nosotros como para regar todas las cosechas de trigo, del Mosa al Sena!

Había muchachas débiles que erraban por las tiendas de los caballeros, con la cabeza al descubierto y esforzándose en reír con gracia, sí, nada más que por el placer de acostarse sobre una estera seca, poner la ropa

sobre ladrillos calientes, por eso más de una muchacha se hubiera vendido. Las putas del ejército morían también, eran muchachas acostumbradas al vino, resistían mal el frío. Hasta las mujeres que querían seguir siendo buenas cristianas se iban a las tiendas de los ricos, con la esperanza de encontrar trabajo y que las dejaran entrar y secarse un poco.

María, Isabel, Catalina y Marina la del Picoso se habían armado un día de valor y, tal como estaban, las tres primeras llevando a sus hijos en la cadera izquierda, se habían presentado ante las tiendas de la condesa de Boulogne y de sus damas, por si había



por casualidad ropa para lavar o para zurcir, o platos... No os esperábamos, con la ropa que traéis vais a apestar toda la tienda, ¡mejor que os vayáis a lavar vuestra propia ropa! Isabel tuvo la idea de enseñar el gorrito de su hija, bordado con el escudo de la dama de Marilly, lo veis, dijo, esa señora me lo regaló cuando di a luz. Esta vez la dama vino en persona y quiso ver a la pequeña Ondina. Dejó entrar a las cuatro mujeres en su tienda, que estaba rodeada de una buena zanja y llena de paja seca, y había también pieles de oso y mantas de lana y un brasero lleno de carbones ardientes. Las mujeres se habían quedado a la entrada, respirando el aire seco y casi

llorando de alegría.

La dama —era joven, era una mujer alta de piel muy blanca, de trenzas rubias y de mejillas aplastadas— cogió en sus brazos a la pequeña Ondina y se echó a llorar. Dijo: Buenas mujeres, no tengo trabajo para vosotras. Pero con mucho gusto me quedaré con esta niña, os daré dos capas de lana y una moneda de plata. Isabel, espantada, dijo: Yo le doy de mamar. Tengo leche todavía. — Una de mis sirvientas acaba de perder a un niño, ella lo amamantará.

—Oh, no, dijo Isabel, oh, no. Y se puso a toser como una posesa, a causa del aire seco. Fue María la que tuvo que coger a Ondina de los brazos de la

dama; ella también tenía miedo y decía: se lo ruego, por favor, su padre y su abuela se morirían de pena... —¡Estáis locas! ya veis cómo la madre está enferma del pecho. Me gusta la pequeña, yo la educaría en mi casa, no le faltaría de nada. Y la pequeña Ondina, la tonta, ni siquiera lloraba y abría sus grandes ojos grises. ¡No, señora, no, por favor! Despechada, la mujer devolvió a la niña y dijo a las peregrinas que se fueran a buscar trabajo a otra parte. Sin embargo les dio un pedazo de tela fina para hacer un pañal.

Las cuatro volvieron a encontrarse bajo la lluvia, Isabel continuaba tosiendo y sollozando de miedo: ¡Un

poco más y se quedaba con ella! María apretaba a Pedrito contra ella como si hubiera sido al niño a quien habían querido coger. Llovía cada vez más, las madres se inclinaban hacia adelante, protegiendo con sus cuerpos a los niños y teniendo cuidado de no resbalar por los maderos que servían de paso de una tienda a otra. Por fin llegaron a una enorme barraca llena de soldados y se sentaron por el suelo cerca de la puerta, para recobrar la respiración y retorcer lo que les quedaba de sus capas. Los soldados se reían pero no eran malos muchachos, y dieron a las mujeres un hueso de cordero y hasta una escudilla de sopa. —¿Así es que venís a dar un

poco de placer a los soldados de Dios? Catalina dijo: No, no es lo que pensáis, buscamos trabajo, pero no esa clase de trabajo.

Como los soldados tenían también la ropa en mal estado, decidieron que las mujeres zurcirían algunas chaquetas. Catalina y María, afortunadamente, llevaban siempre las agujas con ellas. Pero no era fácil trabajar, tenían los dedos entumecidos, tenían sueño, se encontraban tan bien al abrigo, al calor, tan bien como al lado de la chimenea cerca de sus madres, que creían estar en sus casas, las voces de los soldados se convertían en los ruidos de los telares, de las devanaderas, en las canciones del

país... De repente oyeron que Marina lloraba. —¡Eh!, ¿qué estáis haciendo a la pequeña? Dos grandes muchachotes le pellizcaban las mejillas y los brazos, jugaban con ella como con un animalito. Lo hacían sin maldad, pero Marina temblaba como una hoja, después se echó hacia atrás y se puso a chillar. De tal forma que llegó el capitán de los soldados y echó a las cuatro mujeres.

Una vez fuera, con los niños en los brazos y Marina llorando, las tres madres también tenían ganas de tirarse por el suelo y ponerse a chillar. La lluvia seguía cayendo, parecía que caía con más fuerza todavía y les machacaba la cabeza de tal manera que más bien

parecía granizo. Así iban las cuatro, inclinadas, en la noche que empezaba a caer, entre las tiendas y las zanjas, llorando a gritos, sin pudor, como locas, llorando y gritando, sin motivo, llorando como a los niños que han pegado. Los que las veían pasar ni siquiera se volvían; llovía mucho. Todo el campamento hubiera podido gritar así también, por todas partes la gente lloraba, con motivo, sin motivo, la culpa la tenían las lluvias, no se puede vivir así durante semanas y semanas, sin verdaderos refugios, sin comer, con toda esa agua que cae encima de uno, ¡mejor sería los turcos, mejor sería la sed!

Al día siguiente cayó una granizada

y en Navidad hubo una tempestad de nieve. Las hogueras se apagaban, no se podía hacer la procesión de antorchas. *¡Vamos, malos cristianos, para honrar a quien vino a la tierra para sufrir por vosotros, no debéis temer ni el viento ni la nieve!* Fray Bernabé llevaba en lo alto una gran antorcha de resina, tan espesa, tan bien encendida desde hacía mucho tiempo que ni la nieve ni el viento podían apagarla. Los peregrinos, con la mirada fija en la llama, iban andando por la nieve embarrada y cantando. Era un canto ronco, más bien un rugido que un canto, pues las voces estaban roncadas y los labios entumecidos por el frío. Los enfermos eran llevados



en camillas y los niños iban saltando alrededor de sus madres, no podían andar despacio porque la nieve les quemaba los pies descalzos llenos de sabañones.

¡En una noche como ésta, en medio de una tempestad semejante, de la nieve que muerde el rostro, del barro helado, de la oscuridad, de los sollozos del viento, sin otra cosa que un establo, el Rey de los reyes que tenía cien mil moradas resplandecientes de luz, quiso bajar y venir a nosotros, en una noche como ésta, el Niño más ardiente que mil soles, se hizo semejante a nuestros niños en la paja de un establo de Belén! *Paz en la tierra*, allí en la ciudad prisionera

suenan las campanas, en los campamentos, a pesar de la tempestad, encienden grandes hogueras de leña que a lo lejos a través de la nieve siembran de manchas rojizas el valle negro y la ladera de la colina. Dura es la alegría de Dios, no lloréis de frío, el frío que os quema es hoy la salvación de los ángeles. Por vosotros Dios dejó su rica morada, por vosotros tiritó de frío sobre la paja. Él que con sus manos había creado el sol.

Hacia la madrugada, la tempestad se calmó y después de la noche pasada andando y cantando, los peregrinos se calentaban alrededor de las hogueras humeantes, felices de ver que nada más

les caía sobre la cabeza: por el día de su nacimiento, Dios les concedía esta alegría. La alegría no duraría mucho, pues dos días después empezó a caer la nieve gorda, la nieve blanda que se deshace y se convierte en barro, después vinieron otra vez los chaparrones y el granizo y por último el hielo.

Todo el mundo espera no morir mientras es capaz de mantenerse en pie. El peligro está en acostarse y en no poder volverse a levantar. El día en que uno ya no tiene fuerzas para levantarse y para mantenerse sobre sus piernas ni siquiera con la ayuda de un bastón, entonces hay que llamar al sacerdote pues es muy probable que ya no se

vuelva a levantar nunca más. Los moribundos ya no sufrían siquiera, estaban tan débiles a fuerza de no dormir que apenas si sentían los brazos y las piernas, no sentían más que el dolor en el pecho; estaban acostados bajo unos maderos que les servían de refugio, envueltos en ropa húmeda, cubiertos de ceniza templada (cuando sus amigos conseguían renovar la ceniza) y la piel de la espalda y de los miembros se iba pudriendo y se volvía pegajosa y maloliente como el tejido de las ropas, ya no la sentían y al final la cara se les veía azul y se ahogaban. Ya no se sabía los hombres —incluso jóvenes— que habían muerto así; los

supervivientes como ya no podían cavar las tumbas, echaban los cuerpos rodando en la zanja y los cubrían con unas paladas de tierra. Los cuerpos se hundían en el agua llena de lodo y cuando los buitres bajaban disparaban sobre ellos; la carne de buitre es mala, la de las ratas también, pero preparada con cáscara de cebolla se puede comer, no es podredumbre.

Y hasta los hombres enfermos, ardiendo de fiebre, después de haber comido un muslo de buitre, sentían que la fiebre les bajaba y tenían fuerzas para sentarse. ¡Ánimo, hijos, ánimo, la primavera aquí es temprana, ya veréis, en la segunda o en la tercera semana de

Cuaresma saldrá el sol, la brisa será suave, creeréis que estáis en el mes de abril!

Esto no parecía muy posible. Y sin embargo, el sábado de la segunda semana de Cuaresma, los peregrinos vieron, de madrugada, detrás de la ciudadela, detrás de la alta montaña llena de árboles que dominaba las torres de la ciudadela, un cielo de color de fresa madura, un cielo de un rosa resplandeciente por encima de unas nubes violetas. De repente desapareció el color rosa y dejó el sitio a unos rayos dorados que abasaron las nubes, y el sol apareció iluminando de golpe los tejados y las torres de la ciudad. El

campo se vistió de verde, las colinas sin árboles estaban cubiertas de hierba reciente, el cielo aparecía cada vez más azul. Las trompetas se pusieron a tocar, los tambores empezaron a redoblar. ¡Por una alegría como ésta hubieran dado diez años de vida!

¡Habéis luchado contra el mal tiempo, ahora lucharéis contra los verdaderos enemigos de Dios, que todo hombre sano se enrole en los ejércitos de los barones, habrá trabajo para todos! Pues las torres de madera y las máquinas se han deteriorado con el mal tiempo y no hay bastantes hombres para trabajar y los turcos esperan refuerzos.

Al cabo de dos días de alegría loca

y de temores (*si las lluvias volvieran, no las podríamos soportar*) ya no se oían los cantos de alegría, ya no se hablaba más que del asedio. Los turcos no estaban parados, habían pasado el invierno al abrigo en sus casas, y ahora desde lo alto de los muros lanzaban balas de cañón sobre el campamento y no se podían reparar las torres de madera; esas balas eran tan gordas que se llevaban consigo a la vez el escudo y al hombre, deshacían tres espesores de maderos, aplastaban las palizadas de estacas y por ningún medio se podía alcanzar sus máquinas de tiro pues eran de mayor alcance que las máquinas de los cristianos. Y, no contentos con tirar,



viendo que los cristianos estaban dispersados en veinte campamentos medio en ruinas y mal vigilados, salían a veces de la ciudad en grupos de cien o doscientos jinetes y, despreciando las cornetas de alarma y las flechas de los arqueros de guardia, corrían por una parte descubierta del campamento, saltando por encima de las empalizadas. Se lanzaban así, en pleno campo enemigo, saqueándolo todo, pisoteando las tiendas y las hogueras, cortando cabezas, chillando y tocando las cornetas; y muy a menudo conseguían volver a saltar las zanjas y volver a la ciudad.

Y si perdían varios hombres siempre

causaban más desperfectos de los que ellos sufrían.

Siempre los rechazaban. Y volvían a construir nuevas fortificaciones de madera e incluso de piedra enfrente de las puertas.

Por medio de sus intérpretes los turcos mandaban decir, desde lo alto de las torres: ¡perros de rumies, haced los equipajes, nuestro Sultán nos envía desde Bagdad un ejército como no lo habéis visto nunca! ¡Daos prisa, si no no llegaréis bastante lejos! ¡Se os echará encima y os aplastará como moscas, y vuestras mujeres serán vendidas en los mercados a denario el par! ¡Durante mucho tiempo nos reiremos de vuestra

vergüenza, comedores de cerdos, idólatras y herejes!

Desde lo alto de las torres de madera los hombres respondían a estos insultos con salvas de flechas y de tiros de ballestas. Los turcos, que no tenían ballestas, ni siquiera arcos tan potentes como los de los peregrinos y que no podían lanzar sin cesar las balas de cañón, mostraban su furia llevando sobre las murallas cruces e imágenes santas arrancadas de las iglesias de la ciudad, para romperlas y pisotearlas. ¡Aquí tenéis a vuestros ídolos, perros de rumies, el diablo no los protege! Entonces, desde las torres de madera un intérprete les decía: ¡Nosotros ataremos

la imagen de vuestro dios Mahoma al rabo de un asno! ¡De aquí a un mes todos estaréis muertos o seréis bautizados, vergüenza para Mahoma! ¡Vuestro sultán y vuestro papa serán desollados vivos, vuestras mujeres serán las putas de los leprosos!

Ya no caía agua del cielo; ahora caía sangre. Casi todos los días llevaban heridos de las murallas y los prisioneros no duraban vivos mucho tiempo: cuando eran simples soldados los mataban, para vengar los ultrajes que hacían a Jesucristo. Y cuando los turcos hacían prisioneros utilizaban sus cabezas como balas de cañón; y con las cabezas de los suyos los otros hacían lo mismo. La

cabeza de un hombre es una bala más blanda que una de verdad, pero puede también romper la cabeza de otro hombre. Después de una salida y de una batalla en las trincheras, los turcos hacían prisioneros a todos los que podían —los heridos— y después, una vez en el muro, les cogían por los pelos y los cortaban la cabeza.

Al poco rato, en medio del estruendo y de los gritos, del silbido de las flechas y del rechinamiento de las poleas, las cabezas volvían solas. Se aplastaban contra los maderos de las torres manchándolos con sesos ensangrentados; y naturalmente había que recogerlas, pues eran cabezas cristianas. Por el pelo

y la barba eran fáciles de reconocer, a veces también por los rasgos de la cara. Durante los meses de esta primavera, hubo varios centenares de muertos en todos los campamentos cercanos a las murallas. Al principio, al ver la cabeza de un camarada que volvía en aquel estado, los soldados de edad madura se volvían grises como la piedra y empezaban a vomitar, y si por casualidad el hombre estaba casado la mujer se volvía loca. Verdaderamente era muy duro verlo. Después, las gentes no se espantaban tanto. Cuando la siniestra bala llegaba, los lacayos se paseaban por el campamento gritando: ¿De quién es esta cabeza? ¿De quién es

esta cabeza?, para que los amigos pudieran reconocerla y pudieran decir oraciones y enterrarla. En cuanto a los cuerpos, o muy listo o muy atrevido tenía que ser quien pudiera encontrarlos en el agua de las zanjas; se hundían en el barro y allí se pudrían. Para colmar la zanja todos los días echaban piedras, paletadas de tierra, maderas viejas, cadáveres de prisioneros y el agua maloliente desbordaba por todas partes, y cavaban canales y más canales para alejarla del campamento e impedir que se inundaran las galerías de zapa.

Por lo que había trabajo en abundancia para todos los hombres e incluso para las mujeres que eran

fuertes. Trabajo, pero no salario, trabajo pero no pan; en las colinas las flores empezaban a salir y había tantas que en algunos sitios ya no se veía la hierba, flores violetas y rosas, flores blancas, flores amarillas, en tales cantidades como nunca se había visto en Francia, las colinas donde no había árboles eran como alfombras de todos los colores. Había flores, sí, pero no había pan, para esto había que esperar, ya no quedaba nada en la región, ni una cebolla, y todos los días los pregoneros pasaban diciendo: ¡Ánimo, ánimo!, de Chipre y de Constantinopla nos envían navíos llenos de trigo, de cebada y de avena! Pronto llegarán al puerto. Ahora bien, el



puerto estaba a diez leguas, y entre el puerto y la ciudad de Antioquía se paseaban los ejércitos turcos.

¡Si no hubiera habido hambre, qué primavera más bonita hubiera sido! Los olivos mostraban sobre la hierba tierna sus troncos coronados de follaje plateado, y los naranjos y los limoneros de pesado follaje oscuro habían perdido sus flores blancas y prometían dar buenos frutos; por el momento eran unas bayas duras y verdes, incomibles. Cuando se tiene hambre no hay nada bueno, sino el pan, la carne o la sopa de habas, sí, incluso un muslo de buitre, incluso una papilla de salvado; nada atrae la vista sino lo que parece bueno

para comer. La gente sale del campamento, coge flores para masticarlas, o raíces o tallos jugosos.

Allí, en las murallas se oye el estrépito y los gritos. ¡Los soldados tienen todavía habas, tienen una ración de sopa al día, oh Dios, en la ciudad los turcos e incluso los cristianos comen pan, comen cordero y pollo, comen pescado, tienen aceite, tienen miel... oh Dios, en nuestro arrabal de Arras nuestros padres tienen todas las noches sopa a menos que estén sin trabajo, el domingo pasado, el domingo pasado todavía unas buenas señoras, Dios las bendiga, nos dieron tortas de avena!

María ya no tenía leche; llevaba a

Pedrito en la cadera, colgado de un pañal que le pasaba por encima del hombro y se paseaba por los campamentos con las otras madres, mendigando una cucharada de gachas o un bocado de queso (pues sabían que los barones tenían todavía vacas y ovejas, no se les podía guardar rencor, los ricos no tienen costumbre de pasar hambre, además con las pocas vacas que les quedaban el ejército no llegaría muy lejos...) Así pues, las mujeres, viendo que no tenían otra cosa que hacer, mendigaban con sus niños pequeños en los brazos. —Yo no quiero nada para mí, nada más que para el niño, rezaremos por vosotros, rezaremos por

vuestros maridos, para que nunca les alcancen ni las flechas ni las balas de cañón. A veces unos soldados daban a los niños una cucharada de sopa; a veces también unas mujeres, sirvientas de las damas ricas, cogían a un niño en sus brazos para darles el pecho: Vamos buena mujer, el mío tiene leche todos los días, no importa que tenga un poco menos esta tarde. Isabel ya no podía andar, el frío había pasado pero ella seguía con fiebre, era la sacerdotisa la que le llevaba al niño.

Una vez, una mujer del campamento de los provenzales se acercó a María para decirle: ¡allí, donde los negros, donde los tafures, se come carne! ¡Ay,

Dios, a lo mejor ellos han encontrado carne!, ¿quién te lo dijo? —No sé, todo el mundo lo dice, pero la gente tiene miedo de ir a verlo. María se santiguó. Yo iré. —Yo, dijo Marina, tengo miedo, dicen que están completamente desnudos.

María no tenía capa y su vestido estaba hecho jirones, por eso se hizo algo que se parecía a un vestido con un trozo de una vieja capa turca, un vestido tal que se le veían las pantorrillas y los hombros. —Nosotras no vamos mucho más vestidas, tanto peor si esas gentes son así, no nos moriremos por eso. Y corrió, con la provenzal, donde los hombres negros.

María creía que había conocido la miseria y la pestilencia y el lodo. Todavía no había visto lo que era bueno. Aquí, en este campamento maldito, la gente andaba en medio de la mierda y los hombres no tenían donde refugiarse, ni chozas, ni empalizada, sólo unas cruces levantadas en medio del campamento y unas hogueras encendidas. Por supuesto, iban desnudos: algunos no llevaban siquiera cinturón en los riñones, iban desnudos, sí, la piel cubierta de llagas y de costras, el pelo y la barba como unos pegotes de barro seco, los pelos del cuerpo tan llenos de miseria que se parecían a hormigueros pisoteados.

María no se atrevía a taparse la nariz y se había quedado parada, delante de un grupo de hombres sentados alrededor de una hoguera, y miraba como atontada el palo de donde pendían unas piernas de cordero. La carne echaba humo y olía mal, era carroña. Ya habían comido carroña en alguna ocasión. Ésta no estaba todavía demasiado manida.

Uno de los hombres le preguntó: ¿Qué haces aquí? Aquellos hombres se reían burlonamente pero no parecían ser malos. María preguntó: ¿Es por la parte del río donde habéis encontrado eso? No se atrevía a decir «carne», tenía tanta hambre que solamente la palabra le apretaba la garganta. Los hombres

decían: —En el cementerio de perros hemos encontrado eso, dijo el hombre. —¿De perros?..., dijo María. ¿Hay un cementerio de perros por aquí? — Perros circuncisos, los que adoran a Mahoma.

María se quedó de piedra, era como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. El hombre cogió una pierna y se la acercó a la nariz. —¿Acaso no es esto carne?

¡Señor, sí, era carne! Carne buena, a la plancha. María sentía retortijones en el estómago y calambres en las mejillas. Si le hubieran presentado la pierna desollada de su propio padre no hubiera tenido más terror. Le dolía todo el



cuerpo. Como cuando era niña y le contaban historias de caníbales, en periodos de hambre. Cómo los campesinos los enterraban vivos y clavaban en la tumba una estaca hecha para la caza del jabalí. —Os moriréis, dijo.

Los hombres se divertían con su espanto. María apretaba a Pedrito contra ella, protegiéndole la cabeza con sus manos.

—¡Por Dios, camaradas, renunciad a ese pecado! ¡No hay perdón para ese pecado!

—Tal vez, dijo uno de los hombres —uno joven, se le veía en la dentadura — ¿tú nos traes corderos y cerdos? Los

demás sonreían. —Nunca hemos gozado de tan buena salud. Es carne buena de pagano, limpiamente desollada, bautizada por las flechas cristianas. ¡Ojalá ocurra lo mismo con todos los turcos! María sentía que estaba montando en cólera y que se le ponían los pelos de punta. —¡Tomad, dijo inclinándose sobre la carne negra y escupiendo la saliva y la bilis que le subía del estómago a la boca, aquí tenéis vómitos de cristiana, comedlos también, por un poco más...! Los hombres no se pusieron furiosos. Como salsa habían visto cosa peor. María echó a correr, llevándose de la mano a la provenzal, y los dos niños, despiertos, se revolvían

como gusanillos contra los costados de sus madres, gritando.

Un hombre enorme desdentado y calvo las persiguió blandiendo un pesado garrote asqueroso. Estaba desnudo y sobre su pecho se columpiaba una cruz de hierro oxidado, tan grande como dos manos. Su aspecto era tan malo que las mujeres retrocedieron, protegiendo a los niños con los brazos. ¿Qué, gritaba el hombre, putas aquí? — No, dijo la provenzal, no, señor, nosotras estamos casadas. Veníamos a pedir una limosna. ¡Ah, ah! ¿Pedir limosna aquí? ¿Piojos, tal vez? ¡Fuera de aquí, víboras, perras sarnosas, proveedoras del demonio, sacos de

mierda!

—¡Cuidado!, dijo María, ¿qué tienes que decir tú, especie de rabioso? ¡Das miedo a nuestros hijos! María no deseaba más que huir lo más pronto posible. A la salida del campamento, un hombre la cogió por el brazo, ella gritó.

—No tengas miedo. ¿No te acuerdas? Yo te conozco, tú eres devanadera, de los tejedores de Arras. ¡Dios mío!, pensó María, espantada, ¿será un hombre de nuestra calle? Él dijo: Ricardo. ¿No te acuerdas de Ricardo, tejedor de Roubaix? Yo te vi en Nicea con el san Juan. —Es verdad. Y que tus hermanos ardieron en el arrabal.

María se sentía un poco más tranquila, como si ver a un hombre de Roubaix en aquel estado fuera menos triste que reconocer a un hombre de Arras.

—Os damos miedo, ¿eh? —¡Y de qué manera!, dijo María, se me ha revuelto toda la sangre. Peores que animales. —Por Dios, dijo Ricardo, nos hemos hecho peores que animales. Nosotros somos los verdaderos pobres. Vuestros hombres saquean, tú llevas lana turca sobre ti. —¡Qué quieres!, ¿que vaya desnuda? Despojar a los cadáveres está permitido.

—A nosotros no nos lo permiten. Estaba delante de ella, alto y delgado,

un poco encorvado; sobre su pecho lleno de piojos se extendían dos largas cicatrices rojas, en forma de cruz. No tenía edad: sin dientes, barba escasa, sucia como los pelos del rabo de un cordero. Por debajo de sus ojos, las ojeras le cubrían la mitad de las mejillas. Por sus manos, todavía lisas, por su manera de reír, se veía que era joven. —Tú estás enfermo, dijo María, ven con nosotros, ahora acampamos con las gentes de Lille; y con otros picardos. Han muerto tantos en todos los campamentos.

Ricardo iba andando al lado de las dos mujeres, rascándose las cicatrices, rascándose la cabeza. —Os acompaño

hasta la barrera de los griegos. ¿Con vosotros? No, ni hablar. ¿Ves esta cruz? Me la he grabado con hierro al rojo vivo. Se lo dirás a los demás. Que hemos despojado al hombre viejo. — ¿Qué quieres decir? ¿Qué hombre viejo? — Está dicho en las Escrituras. El hombre viejo. — ¿Pero qué hombre viejo, santísima Virgen? ¿Es un turco?

—Tonta. Está en las Escrituras. Todo, ¿comprendes? Todo olvidado. Excepto Jesucristo. Eso nada: nada de saquear, y si tú te encuentras a un caballo turco, lo matas, y si te encuentras una capa turca, la rompes, y una casa, la quemas, que no quede nada. Esto es lo que Dios quiere. Tú, en

cambio, pones encima de ti podredumbre. —¡Dios mío, no! Es lana buena.

—Tenemos que andar desnudos como Dios nos ha hecho, dijo Ricardo con su voz seca y ronca. Despojar al hombre viejo. Dios en la cruz estaba desnudo. Vamos a quemar todo. Quien coja para sí aunque sólo sea un cordel será colgado. Nosotros somos así. Vosotros, en cambio, sois seguidores de soldados, de merodeadores. —¡Vamos, hombre!, gritó María, por lo menos tú no te has despojado de la lengua. ¿Así, quemar todo? ¿Y los molinos? ¿Y las iglesias?

—Todavía no hay profecías para



todo eso. Primero la podredumbre pagana. Es la más hedionda. Y los griegos también. En su iglesia, en Mamistra, se ha visto danzar a los diablos; ellos adoran a Mammón, por eso son tan ricos. Y todo eso va a arder, te lo digo yo. Pues en Jerusalén no tendremos necesidad del oro forjado por los hombres.

—¿Quién te ha contado todo eso?

—Juan Vernet, nuestro sacerdote, es Dios que lo hecho sacerdote y no los obispos. Tiene visiones todos los viernes, Dios le ha enviado una cruz llena de sangre sobre el pecho. Tiene visiones, sí. Y mientras haya un solo turco vivo e infiel o judío sobre esta

tierra las llagas de Jesucristo sangrarán. Y cuando toda la podredumbre sea quemada por el fuego, habrá un gran resplandor de Oriente a Occidente.

—Puede que sí, dijo María, pero vosotros seréis condenados los primeros, pues coméis carne de hombre.

—La podredumbre se alimenta con podredumbre. Nuestros cuerpos son podredumbre, hombre, animal, o hierba de los campos, todo es lo mismo. Vosotros coméis buitre que come carne de hombre. El trigo se alimenta de cadáveres. Toda la podredumbre será quemada por Dios en el último Día, puedes estar segura.

María volvió al campamento,

después de haber dicho a la provenzal que debería maldecir a las gentes que se habían burlado así de ella. Tenía hambre hasta la náusea y lloraba; el niño lloraba y ella le daba a chupar trapos mojados en un agua donde habían cocido huesos de buitre. Se espera un convoy, parece ser que se espera un convoy armado que viene del puerto de San Simeón. —Allí, en el campamento de los muertos-vivos, comen, Isabel, ¡desentierran los cuerpos de los muertos en los cementerios turcos y se los comen! —¡En bonito estado deben estar esos cuerpos! —No, bastante frescos todavía, yo lo he visto. Y María lloraba y no paraba de llorar, ¡oh Dios, haberse puesto en marcha para

buscar a Jesucristo y ver a la gente que come carne de cristiano! —Los turcos, dijo Isabel, no son cristianos. —Bueno, es lo mismo, si estuvieran bautizados lo serían, ¿no se ha hecho el bautismo para los cerdos!

En la zanja del campamento echaban a los muertos a decenas. Las gentes pasaban delante de la fosa, para reconocer los cuerpos mientras no los habían recubierto todavía de tierra. Así fue como reconocieron a Marina la del Picoso, acostada medio desnuda entre dos tejedores de Béthune, tan grande era el cansancio que nadie pensaba en el pudor. Habrá que decírselo al Picoso, para que la vea antes que echen la tierra

encima. El Picoso trabajaba en las torres de madera, como otros muchos hombres. Vino, llevando el hacha al hombro; la boca abierta, los ojos vacíos. Bajó a la zanja, separó los cuerpos de los tejedores, se sentó en el suelo al lado de su hija y le acariciaba el pelo con las dos manos. —Ayer mismo le había dado sopa, decía sopa. Ayer había comido. Sopa. —Ven, Picoso, no te quedes ahí, hay que dejar a los enterradores que hagan su trabajo. Dócilmente se levantó y subió la pendiente de la zanja y se sentó en el borde, con la cabeza baja. Parecía que no comprendía. —Ven Elías, no te quedes ahí, rezarás por ella, la vengarás.

—Seguro, dijo, seguro que la vengaré.  
—Ahora es una mártir, Elías, no te preocupes más por ella. Elías dijo: Todos somos mártires ahora.

Al día siguiente los convoyes de víveres llegaban, en todos los campamentos chillaban de alegría; rebaños de corderos, mulos, camellos, carretas cargadas de sacos de grano. Una vez hecha la distribución, incluso comiendo poco, el ejército tenía para cuatro o cinco días todo lo más.

Durante la gran salida que hicieron los turcos de Antioquía, en el momento en que los barones del ejército habían salido hacia el puerto para buscar víveres y obreros, el caballero Everardo

murió en la batalla del puente norte; su cuerpo no fue encontrado nunca pues había caído en el río con muchos otros cuerpos turcos y cristianos. Tanta sangre se había vertido en esta batalla que durante horas el río se convirtió en un gran río de sangre. El puente que había costado tanto quedó en manos de los cristianos; y los ejércitos de Toulouse y de Bohemundo volvían trayendo las cabezas de los turcos y víveres y convoyes de máquinas de guerra. *¡Ánimo, soldados de Dios, de toda la Cristiandad nos llegan navíos con refuerzos!* Sin duda los habitantes de Antioquía no resistirán mucho tiempo.

Resistieron todavía dos meses; pero

sin una traición permitida por Dios y aprovechada por los cristianos, jamás la ciudad de Antioquía hubiera caído en sus manos. Pues en el mismo momento en que la ciudad caía, el gran ejército enviado por el sultán de Babilonia estaba a menos de diez leguas de Antioquía.



# VI

Pillaje permitido a todos, mayores y pequeños, soldados y peregrinos, hasta que salga la estrella matutina.

Que nadie toque las casas de los cristianos, ya sean griegos, sirios o armenios.

En cuanto a los demás, turcos, árabes o judíos, que los maten sin piedad a menos que nos pidan ser bautizados. Pero quien mate a un niño o a una mujer cometerá un pecado.

Delante de aquella casa grande de

piedra blanca había cuatro turcos armados con lanzas. He aquí cómo se organizó el Picoso: con él estaban una docena de muchachos, cinco hombres de Arras, cuatro picardos y algunos normandos, con hachas y lanzas turcas, y piedras gordas en las alforjas. Las piedras primero, dos turcos son alcanzados en la cabeza, los otros dos cruzan sus lanzas y toda la banda se echa sobre ellos, tan rápidamente, que un picardo se enreda con una de las lanzas y se la clava en mitad del cuerpo; la lanza sale por la espalda y el turco tiene la cabeza partida. Su lanza no le sirve ya de nada con el picardo clavado en la punta. La puerta la echan abajo a

hachazos, ¡victoria, amigos, la casa es nuestra!

¿Nuestra? Habrá que verlo. Dentro se oyen gritos como si estuvieran destripando a diez cerdos. Y no solamente gritos de mujeres. Los hombres corren y se encuentran con otra puerta cerrada, una puerta bonita: una verja de hierro forjado como una puntilla negra, y detrás una cortina roja. Ante ella, un hombre espantoso, dos cabezas más alto que un cristiano, de piel negra como si lo hubieran asado lentamente, el cuerpo desnudo hasta la cintura y con un sable tan ancho como una reja de arado en las manos.

Se ríe con sus grandes dientes

blancos, levanta el brazo y da un paso hacia adelante —he aquí a dos muchachos de Arras, Martín y Ferri el Batanero— *en el suelo y sin cabeza*; las dos cabezas ruedan sobre las losas negras y rosas y de los cuerpos que patalean todavía salen chorros de sangre por los cuellos cortados. ¿Oye tú, es el diablo o qué? ¡Muchachos, dijo el Picoso, a las lanzas! El hombre negro es rodeado con cuatro lanzas, mueve la cabeza sonriendo y abate el sable sobre dos lanzas, las otras dos le entran en la carne, su cuerpo no es duro pues la sangre sale, roja sobre el suelo negro. Se da la vuelta y abate las dos lanzas, ya no grita, solamente la sonrisa de sus

dientes blancos se hace más dura.

Uno contra diez, podremos nosotros, muchachos. Como perros contra un oso. El hombre sigue en pie delante de la puerta, las piernas separadas, segando el aire con su gran sable. Cómo ocurrió la cosa Elías no lo supo jamás de tan de prisa como había sucedido, el caso es que los tres picardos aparecen sin cabeza a los pies del hombre negro que tiene la piel completamente surcada de filetes rojos, una piel negra y brillante tendida sobre unos músculos que se mueven y se enrollan como serpientes. Un normando le mete una lanza por las costillas y él se adosa a la puerta; ya no ríe y su brazo se mueve más despacio.

Pero hiere el hombro del normando y entonces el Picoso se adelanta blandiendo el hacha. Apenas si tiene tiempo de inclinarse para evitar el golpe, el sable silba como el aspa de un molino. ¡Gracias a Dios! El Picoso logra plantar el hacha en mitad de la frente del gigante.

Se balancea como el tronco de un árbol y cae hacia adelante en medio del charco de sangre de los hombres sin cabeza, a Elías le queda el tiempo justo de retirar el hacha y de echarse para atrás. A sus pies, el hombre negro, tan hermoso y tan bien formado que un cuerpo tal haría honor a un cristiano. De la cabeza del coloso partida en dos

corren los sesos mezclados con sangre, unos sesos blancos como los sesos de un hombre. Cuando el Picoso se da la vuelta, se da cuenta de que está solo. Seis hombres muertos y el negro, los demás han huido.

Con el hacha derriba la verja de hierro forjado y entra en la casa. La casa es mía. En el centro de un pequeño patio cuadrado cubierto con un toldo amarillo a modo de techo, una fuente con agua clara corre por un pilón de mármol gris. El patio está enlosado con mármol gris y blanco y a través del toldo amarillo el sol hace brillar las verjas doradas de las paredes. Cerca de la fuente hay una mujer sentada, las manos apretadas

contra el pecho. *Desnuda completamente*, tan desnuda que ya no se puede estar más, sin siquiera un anillo en el tobillo.

El Picoso se queda parado, como de piedra, aunque un turco hubiera venido con un sable no se hubiera movido. Jamás había visto nada tan bello, ella era blanca como la crema, blanca como la luna, con los ojos y las cejas y el cabello negros como cuervos en medio de la nieve; una belleza tal de rostro y de cuerpo jamás ningún hombre había visto en país cristiano, estaba como cincelada en un material más fino que la flor de lis, pero lo que era más terrible era el negro intenso de sus grandes ojos



abiertos. Ella lo miraba, no era más que mirada, lo miraba en los ojos sin pestañear, última defensa de un alma mortalmente espantada que sabe que si cierra los ojos se convertirá en carne apenas buena para ser despedazada.

Sus sirvientas la habían abandonado mientras se bañaba y se habían llevado, por maldad, la ropa. Antes que echar a correr desnuda se había quedado allí para afrontar la bestia feroz. Ahora se moría de miedo. Elías con el hacha ensangrentada, la barba ensangrentada, la ropa desgarrada y roja, la cara llena de surcos, seguía allí como atontado, con la boca abierta. Poco le faltó para haberse puesto de rodillas para rezar.

Al oír gritos se dio la vuelta rápidamente y levantó el hacha; cuatro soldados normandos llegaban corriendo, con las espadas ensangrentadas y llevando en el brazo izquierdo las cabezas de unos turcos. Elías les hizo frente y retrocedió hacia la mujer de la fuente. —¡Oh Dios! ¡Qué pagana más hermosa! ¡Quítate, villano, déjanos que nosotros nos aprovechemos también! Elías retrocedió un paso más hacia la mujer, tapándola con su cuerpo, y levantó el hacha con los dos brazos. — No seas malo, tú tendrás también tu turno. Elías avanzó hacia ellos, dando vueltas al hacha por encima de su cabeza, con un aspecto tan terrible que

los hombres, que habían comenzado ya a abrirse las braguetas, huyeron dejando olvidadas las cabezas en el suelo. El Picoso se volvió hacia la mujer blanca y negra, que de tanto como temblaba se le oían castañetear los dientes. —Vamos, dijo Elías, yo buen rumí, no miedo... No sabía ni una palabra de su idioma. Ella miraba con espanto las cabezas cortadas, no debía estar acostumbrada.

El Picoso arrancó la cortina roja de la puerta y envolvió con ella a la muchacha, la cargó sobre su hombro como un paquete y salió de la casa como había entrado, pasando por encima de los cuerpos de sus compañeros muertos y del hombre negro. Éste fue su único

botín, pues estaba tan turbado que iba corriendo por las calles por donde arrastraban los cadáveres y donde tiraban de las ventanas telas de seda y vajillas de plata, sin pensar en nada, nada más que encontrar un lugar seguro donde depositar su presa.

Santiago iba con sus compañeros, el hacha ensangrentada al hombro, sin más turcos que matar, él no era de los que corren detrás de los viejos. La tarde caía; en el cielo rojo por encima de los tejados subía un humo violeta, las calles estaban llenas de gente como un día de feria.

En las puertas de las casas había colgadas cruces e imágenes santas, ¡qué

mala suerte, en un barrio cristiano, qué se iba a saquear! Los caballeros sabían muy bien lo que hacían metiéndonos por aquí. La ciudad rebosaba de hombres que no eran de la ciudad, los de Antioquía estaban encerrados en sus casas, llamaban a las puertas, ¡eh! ¿estáis seguros de que sois cristianos? Aparecía un griego, temblando y abriéndose el cuello para enseñar la cruz del bautismo. ¿Por qué tiemblas, especie de barba rizada? Nosotros somos hermanos. Santiago se reía con todas las ganas, diciendo algunas palabras griegas y ellos miraban a las gentes de Arras espantados, a causa de sus hachas cubiertas de sangre. Como

mujercitas, la sangre les asusta todavía, bien a gusto que estaban en sus casas antes mientras que nosotros desde hace nueve meses estábamos delante de la ciudad viendo más cabezas cortadas que hogazas de pan.

A la ciudadela se subía por unas calles pavimentadas, con casas de piedra rosa y blanca. Desde las azoteas se podían ver ya las murallas, el río y el puente, y la muchedumbre de peregrinos acudiendo con sus hatillos hacia las puertas abiertas. ¡En todas las torres se veían los estandartes cristianos! Sólo la ciudadela resiste todavía. La tarde caía y por la parte del mar el cielo estaba rojo de sangre, oro y púrpura, y la

primera estrella brillaba ya como el diamante del escudo de san Jorge. El campamento se vaciaba, ya no se veía casi más hogueras, las hogueras se acercaban a las murallas. La campana de la catedral tocaba, las antorchas brillaban en el atrio, dentro, los hachones.

Santiago, Bernier, Garin, Mateo y algunos flamencos que se habían unido a ellos, corrían por una calle estrecha. Bandas de soldados provenzales, con cabezas bajo el brazo y en la punta de las lanzas, bajaban por la calle en sentido contrario.

—¿Lo ves?, dijo Mateo, ¿lo ves?, vienen de un barrio turco.

—¿Dónde vais, provenzales? —A la iglesia, ¿no oís la campana? Sabe Dios si es por aquí o por allí, con este ruido no hay manera de entenderse. Era mejor avanzar, por allí se oían gritos y lloros.

La calle desembocaba sobre una plaza donde ardían unos hachones, plantados en las argollas de las paredes. En mitad de la plaza había una fuente, con cuatro chorros de agua que salían de una columna de piedra en un pilón cuadrado, cerca de la fuente había un montón de cadáveres desnudos. En las casas se oían gritos estridentes, demasiado tarde, ya no habrá nada en esas casas. En una de las puertas, bajo un hachón, tres mujeres gritaban con una



voz monótona, como si recitaran letanías; otra mujer, de rodillas al lado de un hombre tirado por el suelo, levantaba y bajaba sus largos brazos delgados desgarrando un velo azul.

El muerto era un joven apuesto de pelo rizado, de largo cuello vigoroso; sus labios apenas azulados parecían sonreír. —¡Qué hermosa cabeza!, dijo Bernier, sacándose el cuchillo del cinturón. Santiago lo detuvo por el hombro. Oye, eso no es lícito, no es tuya. —¿Y qué? Haz tú lo mismo. Y separó a la mujer que se lamentaba y se inclinó sobre el muerto, pero la mujer se dio cuenta de lo que quería hacer y gritó, y le cogió por el pelo; Bernier, de un

movimiento rápido, le metió el cuchillo por la garganta y la mujer se derrumbó como un saco. Bernier atacó el cuello del cadáver. Pierdes el tiempo, le dijo Santiago. Miraba a la mujer caída por el suelo, como un paquete de ropa azul y negra, y dijo: Era la madre.

Mateo y uno de los flamencos se acercaron a las otras tres mujeres, que llevaban unas chaquetas largas de seda y unos velos en la cabeza, todo podía valer. El flamenco tiró del cinturón de una de ellas y de la chaqueta, para explicarle lo que quería, pero la loca se puso a dar tales chillidos que la banda de soldados brabanzones que desembocaba en aquel momento por la

plaza se paró de repente, y después echaron a correr hacia la puerta del hachón, en el mismo momento en que Bernier le cortaba la cabeza al turco y la pinchaba en la punta de su bastón.

La mujer que gritaba era joven, le arrancaron el velo, la chaqueta de seda, todo lo que llevaba puesto, los brabanzones se pusieron a violarla, bajo el hachón, unos tras otros. Santiago dijo: Ven Mateo, venid muchachos, ya encontraremos otro botín en otra parte.

En el cruce siguiente se encontraron con una banda de peregrinos franceses, que llevaban antorchas. ¿Dónde vais? — ¡Qué sabemos nosotros! La ciudad es una verdadera Constantinopla. No hay

medio de orientarse. No se ven más que casas cristianas. —Tenéis que subir a la ciudadela. —De allí venimos, dijo uno de los franceses, y nos han echado a lanzazo limpio. Barrios de caballeros. Todavía se están batiendo.

—Bueno, dijo Garin, ¿pero estamos seguros de que estas casas son cristianas? Hay que ir a verlo. Llamaron durante mucho tiempo a la puerta de una casa grande con ventanas guardadas por fuertes rejas. Un hombre grande y barbudo les abrió, llevando una cruz de plata en la mano derecha. Entre todos lo arrollaron y se encontraron en una sala con arcadas, que daba sobre un patio. En el patio dos lámparas de aceite ardían

sobre unos trébedes y en él había unos arbustos redondos de flores blancas que despedían un olor muy fuerte. El barbudo corría detrás de los peregrinos, hablando en armenio. Está claro, dijo Mateo, no son turcos. ¿Y si fuera un renegado?, dijo uno de los franceses, tenemos que ver si está circunciso. Toda la banda soltó la carcajada; pero el hombre era viejo y no se atrevieron a desnudarlo. Santiago cogió al armenio por el brazo, enseñando todos los dientes en una sonrisa, y se puso a hacerle señas: comer, comer.

Entraron en una amplia habitación de bóvedas bajas, amarillentas de humo, donde había una chimenea al fondo y al

lado de la chimenea tres domésticos armados con hachas y cuchillos. El barbudo les dijo unas palabras y uno de ellos abrió una gran artesa y sacó de ella dos hogazas de pan blanco. ¡Y decir que fuera, en el campamento, nos moríamos de hambre y *aquí ellos tenían pan blanco!* Santiago y uno de los franceses cogieron los panes y se pusieron a partirlos en pedazos y darlos a los camaradas. Desde hacía años que no habían comido nada tan bueno. De tanta prisa como tenían por comer ni siquiera habían hecho la señal de la cruz. El armenio los miraba, moviendo la cabeza.

Sentía compasión. Dijo otra palabra

a su criado y éste trajo otra hogaza y un puñado de sal, ¿sabían esos muchachos cubiertos de sangre y de polvo que los huesos se les salían por todas partes y que tenían unos ojos como platos y los párpados y los labios hinchados de hambre? Comían en silencio, a bocados pequeños para que el pan les durara más tiempo; so habían vuelto graves como en la iglesia al paso del palio. Bernier seguía sujetando el bastón con la cabeza de turco en una mano y parecía como si tuviera dos cabezas. El armenio debió de creer que la cabeza la había ganado honradamente, pues sonrió a Bernier y le dio un golpecito en la espalda, lo que decía en su lenguaje era: ¡Bravo, bravo,

buen cristiano!

Sin embargo sabe Dios que la cabeza del muerto era más hermosa que la de Bernier. Tranquilo, sonriente y triste con su nariz recta y sus fuertes pómulos lisos y sus ojos negros mal cerrados. Bernier tenía una cicatriz roja en la nariz y las mejillas huecas manchadas de sarna y una barba rubia reciente que crecía desordenada. El francés más viejo dijo: Muchachos, este hombrecillo es cristiano y los criados también, tenemos que dar las gracias y marcharnos.

—¿Y el tiempo que hemos perdido?  
—¿Cómo, qué tiempo? ¿Has comido, no? Y se fueron todos con sus hachones



y sus armas, un poco tristes pues la casa parecía rica y hermosa. —Nos hemos perdido en un barrio armenio, debíamos haber seguido a la caballería, éstos saben dónde hay que ir en seguida. —¡Y vete ahora a coger algo por donde han pasado ellos! La calle estaba llena de gente, eran los brabanzones que llegaban con el resto de los arqueros y de los zapadores; iban cantando canciones de su país y se veía muy bien que habían entrado en otras casas que las de los turcos pues apestaban a vino. —Decid, camaradas, ¿cuáles son los buenos cristianos que os han tratado tan bien? —Oye tú, artesiano, espera a que la barba te crezca un poco más: una ciudad

tomada es una ciudad tomada. En la espalda llevaban sacos llenos y alfombras enrolladas. Muchachos, se oyen gritos de mujeres al final de la calle, seguro que allí habrá algo bueno... Allí van todos; una verdadera torre de Babel, casas llenas de soldados y de lacayos, empujones en la calle, hombres con antorchas que corren por las azoteas persiguiendo a las mujeres y a los niños que gritan como cerdos en el matadero. Esas gentes son turcos, no hay duda alguna, pero para haber podido cogerles algo tenían que haber ido allí muy temprano. Los hombres de las antorchas prenden fuego a los cabellos de las mujeres y, las pobres, que ya no tienen

más que las camisas sobre ellas, saltan de las azoteas como ovejas espantadas, cabello y camisas en fuego, como unas grandes antorchas doradas. Abajo, los soldados las reciben sobre las lanzas y las pisotean en el suelo y las hacen rodar por los adoquines.

¡Imbéciles!, con ese juego harán arder todo el barrio. De los patios interiores suben humos rosas y una nube de pichones y de patos echa a volar de repente batiendo las alas, rosa y oro en el cielo negro, las alas llamean y los pájaros caen, sobre las azoteas, en la calle, pollos asados, hijos míos, completamente asados que nos caen en la boca, ¿quién quiere un poco? En

medio de los gritos estridentes de las gentes que están degollando y los gritos roncros de los soldados, no se oye nada, no nos perdamos de vista, muchachos, mejor es que estemos juntos que solos, tratemos de abrirnos paso. Expulsados del barrio turco, montones de peregrinos y de soldados pobres bajan corriendo una calle larga en escalera, bordeada de jardines donde, entre cipreses y naranjos redondos, se levantan unas fuentes blancas. ¡Ah!, ¡qué bien se descansaría en estos jardines, pero no tenemos tiempo, la muchedumbre es como un río que nos arrastra, quien se detenga es revolcado y pisoteado!

Ahora todos corren sin saber dónde

van; por encima de la gente se balancean las picas con las cabezas clavadas y las antorchas. Llegan a una plaza llena de gente, soldados y toda clase de gente del país mezclados, a una plaza donde hay una iglesia, con la fachada iluminada desde abajo por cien antorchas. Encima de la puerta principal hay un gran mosaico en el que figura Jesucristo en el Juicio Final. *Y lo que es más horrible de ver es que la imagen de Jesucristo está mutilada por las pedradas, en los ojos se ven trozos de hierro y la santa faz está manchada con salpicones de barro y de sangre.* La muchedumbre en la plaza mira a Jesucristo y llora y grita. He aquí lo que han hecho con el

Salvador. El rostro desfigurado con los ojos estallados brilla a través del barro con el resplandor de las antorchas. ¡Oh, Señor, por nuestros pecados os han hecho eso! ¡Oh, Señor, hubiera sido mejor que estallasen nuestros ojos!

El rostro de Jesucristo los miraba a todos, con sus ojos estallados bajo los pinchos de hierro; las salpicaduras de sangre le formaban unas llagas sobre las mejillas y una piedra le había roto la boca. El rostro cegado parecía que gritaba y sin embargo la línea de cejas era severa y serena. El movimiento de las antorchas hacía brillar unas lentejuelas de oro entre la porquería seca y parecía que el rostro respiraba.

Los sacerdotes que estaban en medio de la multitud entonaban el *Miserere*, mil voces les hacían eco, los griegos entonaban un cántico en su lengua.

La iglesia estaba tan llena de gente que no se podía entrar, los llantos salían de ella, mezclados con los cantos. Y los griegos que estaban en medio de la multitud se abrazaban y abrazaban a los soldados latinos, y muy pronto en toda la plaza no hubo ni un solo hombre que no llorara a moco tendido, y el canto era ahogado por los sollozos y sobre la plaza no hubo más que un inmenso clamor de lamentación.

Las compañías que venían de las murallas oían esos gritos al acercarse a

la plaza y preguntaban: ¿Se habrá muerto el duque? ¿O el bueno de Bohemundo?... No, cristianos, es Jesucristo, el Duque de los duques, el Bueno de los buenos, mirad lo que le han hecho, miradlo, ¿ha habido jamás un dolor semejante?

¡Ved en toda la ciudad las santas imágenes rotas y manchadas, Dios lo ve! Que nuestras faces se cubran de llagas y que no haya más llagas sobre el rostro del Señor! ¡Que nuestros huesos se rompan y que las santas cruces rotas vuelvan a estar intactas! Señor, por nuestros pecados os han tirado a los pies de los caballos. Corramos a las iglesias, amigos, veamos lo que podemos hacer aún, ¿podíamos saber que tales cosas



ocurrían en esta ciudad?...

Los peregrinos se van, perdidos en la muchedumbre, aturcidos completamente por las lágrimas, llamándose entre dos suspiros; en el barrio griego cerca de la iglesia las puertas de las casas están cerradas, hay luces en las ventanas, se oyen cantos y gritos de alegría. Están festejando su liberación, pero a nosotros no nos invitarán en sus casas. La noche está fría y, entre los muros iluminados por las antorchas, el cielo está negro y apenas se ven las estrellas. Un grupo de soldados normandos avanza cantando un salmo de Jerusalén, un monje de barba pelirroja va delante llevando una cruz,

detrás de él un mocetón vestido con una cota de mallas lleva en su lanza una cabeza cortada, una cabeza de anciano de barba blanca que lleva un turbante blanco. Es un sacerdote, un sacerdote que han cogido, otros soldados llevan en las picas clavadas los brazos y las piernas del anciano. La cabeza del turbante tiene los ojos saltados y la boca abierta. ¡Eh, muchachos, esta cabeza vale más que las vuestras, vale tanto como la cabeza de un emir!

—Baladrones, dijo Santiago, bonita cosa un anciano de pelo blanco. — Pobre tonto de tejedor, ¿tú no temes a Dios? ¡Es un *imán*, el que embruja sus armas! Santiago dio un paso atrás

santiguándose. —Además, tejedor, dijo humillado, tejedor o no, yo llevo tanta sangre en mi hacha como tú en tu lanza. —Venga, Santiago, dijo Mateo, déjalos, es su día, el día de los normandos. Nosotros, dijo a los soldados, nosotros queremos encender un cirio grande por vuestro Bohemundo. Decidnos si hay todavía algo que podamos llevarnos allí de donde venís. —¡Nada, ni siquiera chicas. Ni una cabra. —¿Y por la parte de la ciudadela? —Podéis ir si queréis, si no habéis recibido todavía bastantes flechas y balas de cañón. La lucha allí es dura.

Santiago dijo: ¿Y si fuéramos allí? —Eso es, seguro que sólo te están

esperando a ti, dijo Bernier, cuando tenemos derecho al botín, ¿para qué ir a recibir balas de cañón? Señor Jesús, dijo Santiago, Señor Jesús.

Por la mañana, la llanura que se extendía ante Antioquía parecía un campo devastado por la tempestad: llena de gente la víspera, estaba vacía ahora. Surcada de zanjas, sembrada de manchas negras de las hogueras apagadas, los alrededores de las murallas llenas de maderos rotos, de vigas calcinadas, de esqueletos de animales sobre los que se paseaban parsimoniosamente los buitres. Las últimas filas de los rezagados se amontonaban en las puertas abiertas,

llevando a los enfermos en camillas.

El cielo palidecía rápidamente y la bruma de las montañas se deshacía más rápidamente que la nieve sobre el fuego, descubriendo las laderas azules y negras detrás de la ciudadela. Las trompetas sonaban en las murallas y en cada torre los pregoneros tocaban los tambores. En todas las lenguas pregonaban: *¡Gracias a Dios Jesucristo y al gran san Jorge, Ansio el cobarde ha huido, todo es nuestro salvo la ciudadela!*

¡El santo patriarca Juan ha sido liberado y va a celebrar misa en la catedral! ¡Que nadie se quede fuera de las murallas, pues los turcos están a menos de un día de aquí! El fuego será

preparado en las máquinas tan pronto como termine la primera misa. ¡Que cada uno busque los barrios de los suyos, todo hombre que sea cogido saqueando a los cristianos será colgado! Órdenes de Bohemundo, del duque Godofredo, del conde de San Gil y del conde de Blois: ¡Todo soldado recibirá seis denarios del país, todo caballero un marco de plata! ¡Que no se maten más mujeres ni más niños, orden del señor obispo Adhemar! ¡Todos a misa, hay en esta ciudad treinta y dos iglesias no profanadas, no vayáis todos a la catedral de san Pedro! ¡No os preocupéis por vuestros cementerios, Dios no olvidará a sus mártires!

Los peregrinos erraban por los arrabales, buscando a la gente de su país, apenas entraban en un patio alguien les decía: éste es el barrio de los flamencos —o de los bretones— o de los picardos. Fray Bernabé y Baudry habían pintado las armas de Arras en una casa grande cerca de las murallas y habían puesto a la puerta a tres hombres armados; la casa era cristiana, pero estaba abandonada, una casa de gente pobre, con un patio grande de tierra batida por el suelo; tres pisos, en cada piso unas diez habitaciones, sin ventanas pero con una puerta que daba sobre la galería. En la azotea había algunos agujeros de balas de cañón, pues los

muros no eran muy sólidos; aparte esto, la casa era buena, los pobres peregrinos bien se lo merecían.

Allí se reunieron casi todos, al final del día. Salvo los muertos de la noche. Por desgracia los había habido y no sabían siquiera dónde ir a buscar los cuerpos, la ciudad era grande, seguramente más de mil calles. Fue un día bastante tranquilo en los barrios pobres; todos estaban cansados. Los hombres encendían hogueras en el patio, quemando los bancos y las camas que había en la casa. La noche es fría y habrá sopa caliente para todos, sopa de cebada y de huesos de cordero. El cordero era para los enfermos y los



niños.

Santiago no había encontrado nada hasta la mañana; y de madrugada se había encontrado con sus amigos en una plaza, delante de una casa en cuya puerta unos soldados picardos estaban colgando un escudo pintado con unas barras sobre un campo de gules. Delante de la puerta estaba amontonado el botín, un arquero montaba la guardia al lado. Ya sois ricos, dijo Mateo a los soldados. —Nosotros no, muchacho, sino el caballero Juan de Vireleu, éste es su escudo. El caballero salía de la casa, vestido de seda verde bordada en oro. En la cabeza llevaba una venda manchada de sangre negra. Santiago lo

conocía por haberlo servido en las máquinas y lo saludó. ¡A la merced de san Jorge, señor caballero! ¡Que siempre tengáis tanta alegría como hoy! —¡Pero si eres tú, el valiente que cargaba las balas! ¡A fe mía que eran las flechas las que tenían miedo de ti, no tú de ellas! Santiago rió y no supo qué contestar. El caballero le dijo: Tienes cara de ganar grandes fortunas, veo que tu hacha no ha estado parada. El hacha estaba negra de sangre, Santiago llevaba también sangre sobre la camisa y en la mejilla un enorme cardenal ensangrentado. Santiago volvió a sonreír: Ésta es toda mi fortuna, dijo pasando la mano por el hierro del hacha.

No hemos encontrado nada, ni siquiera un botón. —Toma, dijo el caballero, ¿quieres un botón mío? Son de plata cincelada. —En realidad, dijo Santiago, en realidad, si por vuestra bondad pudiera elegir en ese montón, que es vuestro, algo bonito para mi compañera. —¡Ah, ah! ¿tenías a una griega o a una armenia en el campamento? —¡Oh, no, sino mi mujer casada que me la he traído de Arras! —Si es para una mujer traída de Arras, muchacho, elige lo que quieras, con tal de que no sea nada de la vajilla de plata.

Santiago miraba el montón, extasiado. Telas, alfombras, vajillas, guantes, zapatos bordados, cintas,

cajitas y candelabros; hubiera querido llevarse todo. Pero le apuraba coger una cosa grande y sólo eligió una cinta azul del color del martín pescador, con peces bordados en verde y en oro. —Bueno, ¿y nosotros?, dijo Garin. El caballero se había marchado ya y los soldados le dijeron: si todos los pordioseros del ejército se ponen a registrar en el botín, el caballero no será rico.

María había vuelto a la ciudad antes de la caída del día. De ese día famoso en que estaba permitido saquear, en que los hombres habían ido por delante. No es cosa de mujeres saquear. En los barrios limpios ya de turcos, ellas iban en grupos, acompañadas por muchachos

demasiado jóvenes para luchar pero que llevaban ya armas cogidas a los turcos muertos. Las mujeres corrían como cabras locas, felices de andar sobre un suelo que no fuera de barro y de ver casas verdaderas, *¡qué bonita era esta ciudad!*

Las murallas y las torres de las casas grandes estaban erizadas de lanzas, en cada lanza una cabeza de turco. El día caía, pero en los cruces de las calles, la piedra de las casas, cocida al sol desde por la mañana, devolvía un calor que calentaba el cuerpo; en las calles se estaba como en una buena bodega, el frescor salía de las puertas a través de las verjas de hierro. Las casas

eran altas, construidas en piedra clara. En una plaza con una fuente de granito rosa en cada esquina, había un caballo muerto por el suelo y unos perros se disputaban sus tripas. Tres turcos sin cabeza, despojados de sus armaduras, estaban acostados cerca del caballo en medio de un gran charco de sangre seca cubierto de moscas. La plaza estaba llena de estiércol y de madera de lanzas rotas; habían luchado en ella.

Desde lo alto de las casas, hombres y mujeres, morenos de cara, con vestidos largos de color oscuro, miraban la plaza. En las paredes alguien había pintado grandes cruces griegas con sangre.

Los chicos estaban como locos, corrían a lo largo de las casas dando bastonazos en las puertas, después se dirigían hacia los cadáveres de los turcos y se divertían rompiéndoles los brazos y las piernas con los garrotes y haciendo rabiar a los perros pinchándoles con las picas. Las mujeres se instalaban al lado de las fuentes para lavar a los niños en ellas. El agua estaba fresca, incluso llegaba a helar las manos, ¡qué gusto daba, dejarla correr por la boca y por el cuello, salpicarse la cabeza, apoyar la mano contra el chorro para formar grandes abanicos de agua más pura que la plata reflejando los fuegos rosas del cielo! No se oían más

que gritos agudos, risas, bromas; los niños lavados y frescos, con las cabecitas mojadas, eran hermosos como angelitos, ¡daos prisa amigas, daos prisa antes de que llegue la noche, que nos dé tiempo de secar un poco! La tela tiesa de suciedad tarda en secar.

Un grupo de hombres y de mujeres con el hatillo al hombro llegaba a la plaza, eran gentes de ojos azules y nariz puntiaguda, de mejillas huecas y coloradas. —¡Eh, vosotros!, ¿es una parte del botín lo que lleváis? Esas gentes miraban con aire salvaje y hablaban como si picaran nueces sobre una piedra. ¡Ni una palabra cristiana! ¡Hace ya dos años que se pasean con la



cruz al hombro y todavía no han aprendido a hablar! Un sacerdote va con ellos. —Francesas, dijo, el sacerdote, dónde está la iglesia, queremos honrar a san Pedro. Mahaut la Tuerta, una mujer de los tejidos de Amiens, le dijo que ellas no habían visto ninguna iglesia, ni de san Pedro ni ninguna otra. —Perras, les dijo el sacerdote, que os laváis como putas antes de haber rezado en una iglesia. Habló en bretón a su gente, volvieron a ponerse el hatillo al hombro y se metieron por la calle por donde habían pasado los caballeros.

—Decid, es verdad que es un pecado, pero ¿dónde encontrar la iglesia? ¿Quién nos lo dirá? Esa gente

que está en la azotea seguramente que no sabe hablar francés.

Los bretones se iban, arrastrando un poco los pies, pues iban muy cargados y muertos de calor; habían recogido todo lo que poseían en el campamento, hasta las artesas y los jergones y los haces de astillas; no eran avaros, los pobres, sino desconfiados, pues todos eran campesinos.

Oye, Isabel, vamos con ellos, seguramente que encontrarán la iglesia. Ellos ven a los ángeles. ¿Quién te lo ha dicho? —San Juan. Dice que los bretones son muy fuertes por eso. Mientras que las madres miraban a los bretones, ocurrió que los niños que

sabían correr ya, se habían escapado hasta el charco de sangre y —los traviesos— estaban jugando encima del charco, marcándose cruces por todo el cuerpo; uno de ellos estaba acurrucado delante de uno de los cuellos cortados y miraba dentro: tenía los ojos muy abiertos, la boca también abierta y parecía que se iba a desmayar. ¡Qué niños más malos, bandidos, os acabamos de lavar! Magdalena, mira a tu Thierry, mira lo que parece! A Magdalena no le gustaba que le dijeran nada de su hijo. —Dejadlo, celosas, se ha bautizado con sangre de turco. Y lo cogió en sus brazos, sucio como estaba, apretándolo contra su pecho. —¡Vamos,

hijo mío, vamos rey mío, la sangre de turco es buena, es mejor que el agua, no estás sucio, eres el más guapo de todos! —Pues sí, dijo María, qué manera más rara de hablar a un niño, se va a creer que es papa. María apretaba a Pedrito contra ella, envolviéndolo con su falda (tanto peor si se me ven las piernas), ¡gracias a Dios, estás limpio, como un huevecito recién puesto! No te agites, chúpate el dedo, esta noche te daré sopa.

Oh, Dios, se acabó el campamento, se acabaron las fiebres, se acabó el hambre, la ciudad es hermosa y rica, seguro que aquí hay agua clara y pan.

El cielo rojo se había vuelto blanco, después azul oscuro, muy de prisa, como

siempre en este país. Oh, Dios, somos un grupo de mujeres y de niños, no somos más de tres docenas, ¿dónde están las demás? En esta ciudad una se pierde como en un bosque y todas las casas están cerradas, la gente no sale a las calles, tienen miedo. Las casas son altas, se oyen gritos por todas partes, a lo lejos, y el estrépito de las cargas de la caballería, al este se ve humo rosa en el cielo. Después del campamento, la ciudad parece un desierto de muros y de adoquines. En las casas, con las puertas cerradas, no se oyen gritos, sino como un ir y venir de voces ahogadas y como una fiebre que sube; esa gente está encerrada y se agita y dan vueltas en

redondo y se pegan a las ventanas, tienen miedo, oh. Dios qué miedo tienen, quién no iba a tener miedo en su lugar, con un ejército que entra en la ciudad. En las calles totalmente negras, las ventanas son rojas y amarillas, luces que se encienden y se apagan. Unos gritos se acercan, cortados por unos cantos en latín, cantos de cánticos cantados a voz en grito por unas voces roncas. Se acerca, después se aleja, al final de la calle apenas si se ve una luz de antorchas que echan humo.

Andar así con el vientre vacío en la noche fría, cuando dentro de las casas las gentes tienen pan. Los chicos están cada vez más rabiosos, aporrean las

puertas con los bastones y gritan a voz en cuello, todos saben un poco de griego y de árabe, lanzan insultos y organizan un jaleo tal que los niños pequeños se echan a llorar. Casi todos son huérfanos, por eso nadie les dice nada. Al final, Mahaut la Tuerta les grita: ¡Parad ya, descreídos, o las gentes de aquí no os darán pan! y entonces ellos se echan a reír y a chillar: ¡Lo cogemos, lo cogemos! y cada vez más fuerte, escandiendo y cantando: *¡Lo-co-ge-re-mos, lo-co-ge-re-mos!* Muy satisfechos, los imbéciles, de haber encontrado eso. Afortunadamente que las gentes de aquí no hablan francés.

Lo-co-ge-re-mos, lo-co-ge-re-mos,

sal-te-mos-los-ojos, cor-te-mos-las-na-ri-ces, que-me-mos-los-pies, rom-pa-mos-los-dien-tes, co-ma-mos-los-co-ra-zo-nes, cor-te-mos-los-cue-llos. —!Qué canción más fea, dijo María, si san Jorge los oyera! Marcelo, un chiquillo de Arras, dijo: ¡San Jorge es de los nuestros! Y los imbéciles vuelven a empezar: Cor-te-mos-los-cue-llos, sal-te-mos-las-na-ri-ces, be-ba-mos-los-pies, y se echan a reír como locos, hay que decir que si no tienen mucha cabeza sus cuerpos se han estirado sabe Dios cómo durante este año, están muy delgados pero casi tan altos como hombres hechos y derechos, mala hierba crece de prisa, ningún oficio les ha



entrado en el cuerpo para sentarles la cabeza, verdaderos salvajes. Buenos señores, buenas señoras, no tengáis miedo de nosotras, nuestros hijos lloran de hambre, *¡Christos Yesus, Agia Maria, Cristianos, Rumies, Eleison despoios, Kyrios, Agios Ghiorgios, mulieres, pueris, miserere nobis!* Por mucho que gritemos no abren las puertas. ¡Y pensar que tardamos un año para tomar esta ciudad y ahora tener que mendigar llamando a las ventanas por la noche! *¡Eleison, eleison Kyrios!* Una ventana se abre allá arriba, alguien hace bajar un cesto con una cuerda, las mujeres acechan el cesto como un ángel del cielo. ¡Vamos allá! Los chicos

empujan a las mujeres, blandiendo los palos, y se echan gritando sobre el cesto. Peor que una jauría de perros, ¿qué pensarán los griegos de nosotros? Las mujeres lloran y los chicos se escapan con los panes. —¡Que se atraganten con ellos, holgazanes, mala hierba, hijos de herejes, que los turcos os corten la cabeza!...

La calle tiembla, se oye el ruido de unos cascos contra los adoquines, lo menos son diez caballos y hasta quince, ¡sitio, sitio, Jesucristo y san Jorge! ¡Hombres del conde de Boulogne! Delante de los jinetes un hombre con una cota de mallas rota va con una antorcha, a través del humo amarillento no pueden

verse los caballos. Rápidamente hay que aplastarse contra las paredes. Los caballos avanzan, con las fosas nasales ensangrentadas y llenas de moscas, los ojos espantados, llenos de moscas, los costados flácidos, las piernas de los jinetes van cubiertas de cuero manchado de negro. Mahaut la Tuerta, aplastada contra la pared, grita a voz en cuello: ¡Señores caballeros, cristianos! ¡Somos mujeres de Arras y Amiens, por caridad pan para nuestros hijos! Los caballeros no responden sino con injurias. Los caballos pasan, las madres deben retener a los niños para que no se tiren debajo de los cascos. Eres tonta, Mahaut, ¿crees que es pan lo que los

caballeros llevan en la silla? ¿Quieres que te den de comer cabeza de turco?

En el patio grande, los amigos se encontraban de nuevo después de esta noche agitada, todos se abrazaban y lloraban, se pasaban el cucharón de sopa, ya lo veis hijos míos, todo tiene arreglo. Tendremos una buena casa, nunca más nos asaremos al sol ni nos ahogaremos con el polvo, nunca más nos embarraremos en el barro. Todos eligieron su habitación, no son demasiado grandes, pero muy bien pueden dormir cuatro o cinco en cada una.

En la banda de los artesianos, picardos y normandos del padre

Alberto, sólo unos diez hombres llegaban con botín. Todo se lo entregaron a Baudry, excepto la ropa y las armas, y excepto las mujeres naturalmente, pues los peregrinos, gentes de buenas costumbres, censuraban la costumbre de los soldados de echar a las mujeres a suertes, y cada uno se quedaba con la mujer que él había encontrado. En el botín había algunos objetos de valor, una bolsa con tres monedas de plata, un candelabro judío de plata, y también dos ocas, una cabra y tres tarros de aceitunas. Fray Bernabé dijo: Hay que vender a buen precio lo que puede ser vendido, lo más pronto posible. De aquí a una semana este

candelabro de plata no valdrá más que un celemín de harina.

—Creía, dijo Baudry, que la ciudad era rica. —Sí, pero yo he visto lo que los turcos tenían como reservas en las bodegas. Si los turcos tenían poca cosa, los cristianos tienen todavía menos. Pero aunque les cogiéramos todo lo que tienen —lo que sería un pecado— al ejército le duraría una semana. —No se lo digáis a la gente. Por lo menos esta noche. Que descansen un poco.

Todas las mujeres hablaban de la hermosa concubina que el Picoso había encontrado en una casa turca. Tres muchachos más habían llevado unas mujeres cogidas en la pelea, a los

muchachos no casados se les puede perdonar este pecado. Elías, en cambio, tenía más de treinta años y una mujer en Arras. Se había adjudicado una buena habitación en el primer piso, para él solo, solo con su concubina; todos le temían y él hacía lo que le daba la gana. Había llevado a su pagana completamente desnuda, envuelta en una cortina, pero durante el día sólo Dios sabe cómo Elías se había procurado en la ciudad un vestido de mujer armenia y hasta unas babuchas, como si esa mujer no pudiera andar descalza como todo el mundo.

El Picoso estaba triste y hablaba poco: en la pelea por el botín habían

muerto seis camaradas suyos. Todavía le quedaban dos antiguos compañeros del arrabal y dos chiquillos cuyos padres habían muerto, que eran sus protegidos y le servían de lacayos.

Cuando Santiago llevó a María la cinta azul, ella lo miró con la boca abierta y parpadeando, como si le estuviera mostrando la arqueta de santa Úrsula. ¡Un pedazo de tela brillante como el plumaje de un pájaro y finos bordados de oro y de seda! Sus ojos se hacían cada vez más grandes y sus mejillas se le volvían rojas, no podía creer que fuera para ella. No se atrevía a tocarla con sus manos sucias que frotaba contra la falda. —Bueno, dijo



Santiago, ¿no te gusta? María dio un grito. Después se apretó contra Santiago y le echó los brazos al cuello y se puso a abrazarlo riendo y llorando ¡oh Santiago oh Santiago oh Santiago mío qué bueno eres, es tan bonita que me muero de alegría! Es tan bonita que me aprieta el corazón, me la comería de tan bonita como es. María alisaba la cinta contra sus mejillas, después la separaba de sus ojos, para verla mejor: ¡qué cosas más bonitas sabe hacer esta gente! Esto lo han bordado para una reina. —Para ti. Los domingos te la pondrás en la cabeza. —Santiago, ¿qué voy a parecer? ¡Tengo la cara negra por el sol! María se puso la cinta alrededor de la frente

riendo y a Santiago se le encendieron los ojos de deseo al verla así. María se echó contra él con un grito ronco y lo llevó hasta el fondo de la habitación. ¡Dame una alegría, diez veces, cien veces, tengo tantas ganas de tener un niño, es como si ya lo tuviera dentro de mí!

Los dos estaban tan inflamados de amor que les daba lo mismo que Isabel estuviera allí, acostada en su rincón, medio dormida por la fiebre. Y suspiraban y reían y lloraban tanto que Isabel se echó a llorar también, apretando la mejilla contra la cabeza de su hija; pensaba que nunca más en su vida ella conocería el placer del amor.

No se puede luchar contra la suerte. La dama de la niña muerta era rica, ella podía pagar una echadora de cartas.

—María en la próxima ciudad que cojan los nuestros, yo seguiré a los soldados, iré detrás de los caballeros, ya verás cómo seremos ricos. —No, Santiago, los primeros serán los últimos. En el Paraíso tú tendrás un caballo y es el duque Godofredo quien te sujetará el estribo.

Santiago se echó a reír. —¡Me gustaría ver la cara que pondría! ¿Crees que hay caballos en el Paraíso? —Sí. Pero no como los de aquí. Los de allí no comen ni hacen estiércol. Está escrito; cielos nuevos y tierra nueva. Los

caballos también son nuevos. Como el caballo de san Jorge.

En Jerusalén, pensaba María, hay fuentes en cada esquina de las calles, el agua que corre por ellas brilla como el diamante. Es el agua viva que se bebe para la vida eterna. Un gran fuego de mil resplandores cae sobre la ciudad santa, las alas de los ángeles brillan como relámpagos, van a quemarlo todo y no quedará ni un solo pagano. Entonces las torres de Jerusalén se convertirán en piedras preciosas. En medio de la ciudad la iglesia del Santo Sepulcro brillará como doce soles, cada una de sus piedras será una estrella viva girando sobre sí misma.

Que Pedro viva hasta entonces. Que nosotros vivamos hasta entonces. Que Isabel viva hasta entonces. Santiago, ¿es cierto que Jerusalén está a cien leguas de aquí?

En la habitación se alojaban cinco o, mejor dicho, siete: Santiago y María, Lamberto con su madre e Isabel, y los dos niños. Había sitio bastante para acostarse y para poner en medio de la habitación el paquete de ropa vieja, el orinal y la cuna hecha con escudos turcos; los dos niños dormían en ella y frotaban sus cabezas rosas contra la lana gris; les dejaban los brazos destapados así ellos mismos podían espantar a las moscas. Isabel no se levantaba casi de

su lecho de paja, en cuanto se ponía de pie la cabeza le empezaba a dar vueltas. La tristeza se le agarraba a las entrañas, ¡madre mía, mi devanadera, el buen olor de lana! ¡Hasta en casa las moscas de carne son menos malas! —Mira qué tonta, decía su suegra, hasta echa de menos las moscas del arrabal.

Fray Bernabé llamó al Picoso al patio, el segundo día, y le dijo: No es el bordón lo que tú buscas, es la cuerda. Está claro que vives en adulterio. Elías dijo que no era culpa suya si su mujer se había negado a tomar la cruz. Él no era el único hombre que estaba viviendo en concubinato. —Al menos las concubinas de los demás están bautizadas, tú no

hiciste bautizar a la tuya. El Picoso dijo que él estaba de acuerdo. —Tráela y ya veremos. Elías el Picoso era testarudo, él no quería que la mujer saliera de la habitación, así que fue el padre Alberto quien subió con él, pensando que tal vez aquella pagana comprendía el griego.

La habitación de Elías era bastante clara, pues tenía una puerta grande y hasta una ventana pequeña que daba a la calle. Cerca de la puerta había una tinaja de agua y debajo de la ventana un trébede con unas brasas. Cuando el padre Alberto vio a la mujer, se puso colorado y comprendió por qué el Picoso no quería llevarla al patio.

La mujer estaba sentada en un

rincón, sobre la paja recubierta con una estera, llevaba puesto un vestido armenio a rayas verdes y rosas y en la cabeza la cortina roja medio rota a manera de velo. Su rostro al descubierto era de un color blancuzco, los ojos como dos enormes escarabajos negros, más allá de dieciocho años y su cara la de un dibujo tan puro que los griegos al pintar la Virgen no hubieran podido hacer nada más bello. ¡Bueno..., dijo el padre Alberto rascándose la nuca, he visto al diablo! ¿Cómo te las has arreglado para descubrir un tal recipiente de perdición? —¿Cuando hayáis hecho salir al diablo de ella, dijo Elías, ya no tendré más pecado? El



sacerdote se encogió de hombros y se puso a hablar en griego.

La mujer comprendía muy bien esta lengua; en cuanto oyó unas palabras, abrió la boca y se puso a hablar tanto y tan de prisa que el pobre padre Alberto perdía la mitad de lo que ella decía; el Picoso seguía allí, aturdido, parpadeando, pues desde hacía dos días no había oído la voz de la pagana y creía que era muda. —Hija mía, dijo el padre Alberto, consiguiendo por fin decir una palabra, vengo a traerte el bautismo de Jesucristo, pues soy sacerdote de la religión cristiana y quiero salvar tu alma.

La mujer se puso en pie, espantada,

y colocó los brazos en cruz delante del pecho, no, no era posible, decía, sería un sacrilegio, en nuestra fe griega, la única verdadera, no se permite ser bautizado dos veces, y según el símbolo calcedoniano había que entender *un solo* bautismo, el que se confiere en el momento del nacimiento, y quien es bautizado una segunda vez es un hereje. —¿Entonces, tú eres griega? La mujer dijo que ella no era griega, sino de religión griega, nacida en Georgia, en los montes detrás del macizo de Ararat; y que la habían obligado a honrar al Profeta pero que desde que estaba en Antioquía había vuelto a su verdadera fe y que ella creía que la sabiduría del

Profeta no aseguraba la salvación. Elías le tiraba al padre Alberto por la manga. ¿Qué está diciendo? ¿Qué está diciendo? —Dice que es de Georgia y cristiana. ¡Son muchas palabras para decir eso! — ¿Entonces está bautizada? ¿Entonces no tiene al diablo dentro, yo no estoy en pecado mortal? Elías la miraba, feliz y desconfiado, después de todo que fuera cristiana o no ella estaba en una casa linca, no podía negarlo, en cuanto al derecho de guerra era turca.

La mujer seguía hablando. Se había levantado y se había acercado al padre Alberto, doblando la rodilla ante él, si verdaderamente él era un sacerdote de la religión, que por caridad fuera a ver

los jefes de guerra y dijera al hijo del emir Kutchuk —si éste estaba entre los cautivos— dónde se encontraba ella para que pudiera rescatarla. Él tenía muchos bienes en Basora y daría un buen precio por ella. El padre Alberto le dijo: Hija mía, nunca más el hijo del emir Kutchuk pagará un rescate, ni por él ni por nadie. No quería decirle que la cabeza del hijo del emir adornaba una almena de la torre de las Dos Hermanas.

Cuando oyó estas palabras la joven volvió a sentarse en la estera y allí se quedó un buen momento, muda, los hombros encogidos, el rostro sin vida. —¿Qué le pasa?, preguntó Elías, ¿qué le habéis dicho?

Compadecido, el sacerdote le preguntó: ¿Era tu marido según la ley musulmana? Ella movió la cabeza, despacio. —No, según la ley no. Pero es cruel perder la razón de esperar. Él era bueno conmigo. —¿Pero, por Dios, qué es lo que dice? ¿Qué es lo que dice? —Echa de menos a su turco.

—Señor sacerdote si tú eres verdaderamente sacerdote, yo soy una esclava y no puedo dar nada ni prometer nada, pero vete a ver por caridad a las nobles damas, a las esposas de los jefes de guerra vuestros, y diles en la triste condición en que me encuentro, que tengan piedad de mí y me tomen como sirvienta. Decidles que he nacido de

padres ricos y que no es culpa mía si me hicieron cautiva en un harén. Que piensen que en tiempos de guerra ninguna mujer está a salvo de este peligro. El Picoso la oía hablar, cuanto más escuchaba más le gustaba esta voz de tórtola, tierna y suplicante, una voz que llegaba derecha al corazón sin comprender las palabras. Cuando ella terminó, él suspiró: le hubiera gustado seguir oyéndola.

—¿Qué es lo que quiere?

—Escucha, Picoso, dijo el padre Alberto, te voy a decir una cosa, entre hombres, como a un buen cristiano. Esta mujer no es para ti. ¿Supongo que no quieres aprovecharte de la desgracia de

una cristiana? Elías se puso rojo. —¿Por qué? Yo la he ganado honradamente, perdí en ello a seis camaradas. ¿Así que porque soy pobre y feo no tengo derecho al botín? —Ella estará mejor con las mujeres de los caballeros. —¿Qué decís, padre Alberto, decid más bien: con los caballeros! Ellos harán de ella una puta. Yo la protegí contra quienes querían violarla. —¿Y tú no la has violado?

Elías se mordió los labios, no había pensado en ello. Y dijo: No es lo mismo. —Bueno, ¿y si la metiéramos en un convento griego? —¿Y por qué razón, dijo Elías, me quitarán mi botín? Lo he ganado por derecho de guerra.

Hija mía, dijo el padre Alberto, la

ley de la guerra es la misma en todas partes. Realmente estoy en un apuro y no sé qué hacer, pero tú eras la concubina de un turco y es como si fueras turca. La mujer se incorporó, como una pajarita que ve a sus pajaritos en peligro, la cara se le volvió roja y se puso a hablar otra vez. Seguramente, decía, seguramente que el jefe de ese hombre podría liberarla y que por la ley de la guerra los cautivos son escogidos y adjudicados a los mejores, y que su amo había pagado por ella veinte besantes de oro con la moneda de los tiempos del emperador Nicéforo, ¿es que los francos estimaban a sus esclavos a un precio tan vil? Ella nunca había creído que un



hombre que habla griego pudiera dejarla en una miseria tal y que si él no tenía misericordia por su feminidad que al menos debía considerar que ella estaba hecha para ser el botín de un hombre noble. —Entre nosotros, dijo el padre Alberto, no hay ni esclavos ni señores; este hombre es libre de llevarte con él si así lo quiere. El padre Alberto empezaba a pensar que la mujer era bastante insolente. Como la mujer se agarraba a él, él la empujó y salió de la habitación con el Picoso. —Bueno qué, ¿qué dice? —Es una puta de caballeros, no te causará más que molestias. De todas formas, yo ya he perdido bastante tiempo con ella.

—¡Eh, padre Alberto! ¿Cómo se llama? —Imbécil. ¿Para qué quieres saber su nombre?

Aquel día los tambores redoblaban en las torres y los pregoneros de cada compañía llamaban a los hombres a las murallas. Todos los que no estaban muy cansados, soldados y peregrinos, se paseaban por las murallas exteriores, aquello parecía una procesión. El gran ejército turco del sultán de Babilonia estaba casi al pie de las murallas y preparaba su campamento; era como si toda la llanura estuviera en movimiento, en las nubes de polvo millares de cascos brillaban al sol. Y allí, donde tres días antes los cristianos abrevaban sus

animales y enterraban a sus muertos, se levantaban ya largas liras de tiendas de campaña redondas con banderas con la media luna.

Todos sabían que el ejército se acercaba. Nadie pensaba que fuera tan grande. Sobre las laderas de las montañas del norte se le veía bajar envuelto en torbellinos de polvo amarillo continuamente: para ellos sería un juego rodear la ciudad, ellos tenían más hombres que los cristianos habían tenido jamás y diez veces más de caballos. Nadie gritaba en las murallas, la gente hablaba poco; y bajo el calor rojo del cielo, en la humedad acre de los cuerpos cansados, los corazones latían

pesadamente: *¿Señor de qué nos hemos librado, Señor qué es lo que nos espera todavía?*

Nosotros pasamos nueve meses ante estas murallas, ellos pueden quedarse un año si quieren. Ellos no necesitarán tanto tiempo, aunque nosotros nos comiéramos hasta el último caballo. En la ciudad los pregoneros tocan el tambor en las plazas: ¡que no se maten ni cabras ni corderos, que se reduzcan las raciones a la mitad, que se refuerce la vigilancia en las despensas de los víveres! ¡Hay que resistir dos semanas, el emperador Alexis nos envía todo su ejército, treinta mil caballeros y sus máquinas de guerra!

Eran buenas noticias. Por las calles calurosas, de adoquines llenos de estiércol, de orina y de escupitajos, los griegos con túnicas bordadas con galones trenzados se dirigían a vísperas, en largas filas y andando a pasos contados, llevando por delante a sus lacayos que extendían sacos de cenizas. Iban tiesos y graves, hablando poco y en voz baja; sólo con ver el brillo de sus ojos ardientes como los ojos de un halcón, se podía ver que eran felices. Las mujeres con la cara tapada avanzaban despacio, con la cabeza levantada y los hombros inmóviles, como si llevaran una copa llena hasta los bordes encima de la cabeza, En la

iglesia de san Pedro el olor de cera caliente y de incienso cubría los olores de los hombres y sobre los candelabros delante del altar los cirios eran como un ejército de llamas amarillas, que vacilaban suavemente con el estruendo de los cantos. Y aunque su latín no fuera latín, no había nada que decir, ningún chantre del mundo valía lo que un griego; los franceses que se encontraban en la iglesia lloraban al oír esos cantos y turbaban con sus sollozos el oficio divino.

El ejército turco se extendía alrededor de las murallas y a lo largo del río, las mil hogueras del campamento lo hacían parecer más

grande todavía que durante el día. Desde las murallas se oían sus cantos, tristes, monótonos y roncós. Acampan sobre nuestros muertos, amigos qué descanso para vosotros bajo los cascos de los caballos y los pisoteos de esos perros, y qué oraciones sus aullidos, amigos que vuestras almas no sean turbadas. Pues había todavía muchos muertos recientes en el cementerio, muertos de ocho días y muertos de cuatro días, sin hablar de los demás muertos de hacía más tiempo; un inmenso osario. Dios haga que todo este sufrimiento caiga sobre la cabeza de Kerboga y de sus soldados, que les hiele el corazón, que les endurezca las venas. Afortunados los ricos que hicieron

embalsamar a sus muertos y los llevaron con sus equipajes a Antioquía.

Por la mañana sobre la muralla sur volaron varias cabezas, aplastándose contra los parapetos o rodando por la ciudad entre los dos recintos. La guarnición del castillo de la morería, situado al otro lado del río, volvía a Antioquía a toda prisa y el castillo ardía. Por la parte de la ciudadela, la batalla volvía a iniciarse pues los turcos seguían allí y dejaban pasar a todos los soldados del ejército de socorro que querían entrar. Las cabezas que volaban por el aire ya ni siquiera asustaban a los niños. Pero los barones mandaban anunciar por todas partes que se



necesitaban obreros para construir en la ciudad una nueva muralla que rodeara la ciudadela. Mientras que los arqueros tiraban desde lo alto de las azoteas, los albañiles levantaban el muro a toda velocidad, con las piedras de las casas destruidas y cantidades de yeso y cal con que llenar casas enteras.

Los soldados y los caballeros de cada compañía o país que habían estado juntos en el campamento, aquí se habían dispersado para no perder las casas que habían conquistado; de tal manera que para montar la guardia y asegurar la defensa de las torres y del nuevo muro tenían que correr sin cesar unos tras otros y llamarse y gritar, la ciudad era

inmensa y se necesitaban varias horas para atravesarla. Durante tres días habían comido bien, al cuarto día incluso los caballeros se contentaban con un poco de sopa de huesos e higos pasos. Al quinto día en toda la ciudad ya no había ni ricos ni pobres, sino entre los cristianos del país, pues éstos, si tenían reservas, sabían dónde esconderlas. Los comerciantes de grano y de frutos secos se atrincheraban en sus casas como si fueran fortalezas y hacían bajar los sacos por las ventanas después de haber cobrado el dinero, y lo que valía un denario el primer día, al sexto valía lo menos cien.

El miedo del hambre llegaba antes

que el hambre misma. Para resistir una semana es necesario algo más que agua clara. De un día para otro la ciudad se había vaciado, como si el diablo hubiera convertido de repente el grano en piedras.

Alix se había paseado durante tres días por Antioquía, rezando y llorando en todas las iglesias, admirando los edificios bonitos, los jardines y las plazas. Por la noche volvía a la casa grande con los suyos, se sentaba cerca del fuego en el patio, ¡amigos míos, amigos míos, qué ciudad más bonita, sin la guerra sería el Paraíso! Si un armenio rico me quisiera por mujer me quedaría aquí, se acabaría la miseria, tendría una

casa con un patio lleno de fuentes, naranjos y pavos reales blancos. —Putade los ricos, le dijo Magdalena. Y Alix se echó a reír. —¡Que te crees tú eso! ¡Aunque me ofrecieran el palacio del patriarca!... Me relato cuentos a mí misma. Pienso en ello y como si ya hubiera ocurrido; ya no me dan más ganas. Es la ciudad de san Pablo, hijos míos, y de san Jorge, una ciudad santa, la perla de la Cristiandad, después de Roma y Jerusalén, no hay ciudad más santa, ¿os dais cuenta?

...Cuando lo pienso, es como si hubiera resucitado de entre los muertos, como el san Juan, ahora sabed, amigos míos, que me comprometo a llevar una

vida buena, ningún hombre me volverá a poseer, ahora tenéis armenias y sirias, ¡tomadlas en matrimonio! Pues ha llegado la hora de prepararnos para Jerusalén: ¡veremos allí tales cosas que nuestros corazones estallarán quizá, lluvias de estrellas nos caerán sobre la cabeza!

Al tercer día por la tarde, Filoteo volvía con las gentes de Arras: como no lo habían vuelto a ver más, todos pensaban que se había encontrado en la ciudad con la gente de su familia. Ahora bien, volvía de verdad, vestido bastante bien como conviene a un burgués y — cosa que sorprendió a todo el mundo — gordo y grasiento, al menos de cuerpo.

Su traje apretado por un cinturón de cuero estaba tan bien relleno que las gentes de Arras decían: estos griegos no están hechos como nosotros para engordar de esa manera en cuatro días. Filoteo dijo a Fray Bernabé y a Baudry que quería hablarles en privado, y entonces lo llevaron a su habitación. Allí, se deshizo del cinturón y dejó caer en el suelo cuatro sacos largos de tela como unas gigantescas morcillas. En un minuto se había vuelto tan delgado como antes.

Fray Bernabé y Baudry se miraron en silencio, después miraron al griego, los tres estaban rojos de emoción y casi tenían los ojos llenos de lágrimas.

Filoteo habló el primero, para decir que era mejor esconder aquello, cebada, harina, habas, para cuatro días e incluso más si lo racionaban; por lo demás podían hacer lo que quisieran pero él pensaba que era mejor que los demás no supieran cuántos víveres había. —Ya te lo pagaremos, dijo Baudry. —¡Cómo!, dijo el griego, vosotros me habéis alimentado más de seis meses. —¿Entonces quieres quedarte con nosotros?, dijo fray Bernabé. ¿Y tu familia? Filoteo dijo que en Antioquía sólo tenía una hermana casada y algunos amigos; pero que prefería vivir como peregrino. Iría con ellos a Jerusalén y después, sabe Dios, tal vez iría a

reunirse con sus hermanos en Melitena.

Los tres hombres se sentaron por el suelo, con los puños apoyados en el mentón, sin hablar, los tres pensaban lo mismo: cuántas marmitas de sopa pueden sacarse de un saco, cuántos cucharones por marmita, cuántos días... En el campamento, del otro lado de las murallas, los turcos trabajaban reconstruyendo las torres de madera medio quemadas y excavando zanjas. — ¿Qué dicen los tuyos, le preguntó fray Bernabé, es verdad que vuestro Emperador envía su ejército? — Es tan cierto que ya hemos recibido cartas de nuestros primos de Nicea, dicen que los nuestros estarán en Antioquía antes de la



Natividad de la Virgen. —Dios bendiga al Emperador, que se dé prisa, hemos hecho ya más de lo que los hombres pueden hacer.

Filoteo salió al patio otra vez, delgado, ligero como una mosca; los hombres sentados debajo de la galería levantaron las cejas y se quedaron parados, asombrados. —Oye, Filoteo, a que era eso, ¿harina?. Filoteo se encogió de hombros. Unas pocas habas. No habléis de ello, amigos. Los soldados ya están registrando las bodegas.

En un instante todo el patio sabía que aquella noche habría sopa de habas, los hombres encendían hogueras, alegres, cantando canciones. Los niños

desnudos corrían alrededor de las hogueras y saltaban de alegría; hace falta por lo menos tres horas para cocer las habas, pero habían aprendido ya a esperar. Desde hacía mucho tiempo no sabían más que eso: comer, y si habría sopa por la noche o solamente un trapo humedecido para chupar. Todos soñaban. Habas gordas; tan gordas como cagarrutas de cabra, tan gordas como cagarrutas de perro, y después ¡tortas de cebada, galletas gordas, como mi mano, como tu cara, como el caldero! — ¡Cocidas con aceite de girasol, tan grasientas que los dedos se quedan pringosos, y saladas, sí saladas, nada más que sal! Todos soñaban con una

ciudad en que los adoquines fueran tortas, en que las hojas de los árboles fueran habas cocidas, y hogueras donde pudiera crepitar la leña, Jerusalén será así, se podrá comer de todo no habrá más que chupar los muros que serán de sal, y verdadero pan verdadero pan sobre los adoquines, se comerá tanto pan que todos se pondrán gordos como orzas, no pararán de comer.

Isabel se moría y Lamberto estaba a su lado, cogiéndole la mano, no pequeña, no, ves como tenemos qué comer, ves yo te doy mi parte no llores más, pronto vendrá el Emperador, tendremos pan, tendremos vino. Lamberto yo no tengo hambre, es eso lo

que me da miedo. Come mi parte Lamberto, come con ganas, el pan no me proporcionará ninguna alegría. Su suegra se iba con la pequeña Ondina por los patios de los sirios, pues los pobres son más generosos que los ricos: se acercaba a las mujeres jóvenes que tenían a un niño pequeño en los brazos (la necesidad vuelve inteligente, ella sabía algunas palabras de árabe) y explicaba: su madre se está muriendo, nada más que una tetada, Dios se lo devolverá a vuestro hijo, esas mujeres eran morenas de cara pero buenas cristianas y Ondina era bonita, las mujeres la ponían en sus pechos y la pequeña no era perezosa para mamar. La

sacerdotisa cogía al niño de la mujer mientras tanto y lo acunaba y lo acariciaba para que no llorara, ¡qué guapo, qué fuerte, es un san Jorge! ¡Bienaventurada tu madre, bienaventurado tu padre!

Así se hacía amigas por todas partes y ayudaba a las mujeres con el fuego y a lavar los cacharros. Eran buenas mujeres, sencillas y que no se fijaban en sus ojos azules ni en su cara pálida, ni en la manera como hablaba el árabe. Cuando volvía a casa de los suyos decía una palabra en árabe por tres en francés, María se reía e Isabel se enfadaba. — Van a estropearme a mi hija, con leche de paganas. — ¡Qué mala y qué ingrata,

son unas mujeres pobres que ni siquiera tienen ya bastante leche para sus propios hijos!...

En la casa había ya cuatro mujeres paganas, bautizadas por el padre Alberto y el padre Bertoldo, y casadas cristianamente, como debe ser. Sólo la concubina del Picoso no se había casado, pero del Picoso tenían miedo y ya no le decían nada más. Además, ¿cómo casar a un hombre casado? Los muchachos que servían a Elías contaban que la joven era hermosa como una princesa griega, en fin tan bella que nunca habían visto una cosa parecida, las mujeres iban a echar una ojeada por la puerta y exclamaban ¡qué maravilla,

qué blanca, qué bonita! ¡Un armiño!  
¡Qué pestañas, qué boquita, *pintada con un pincel como una imagen santa!* La mujer las oía charlar y las miraba como si fueran una banda de urracas, lo que en realidad eran, las tontas, pero daba gusto ver a una criatura tan bonita, cuando ellas estaban desde hacía tiempo sucias y negras por el sol.

Elías mandó llamar a Filoteo y le explicó: su concubina hablaba griego, él quería hablarle y que ella le diga unas palabras, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Filoteo podía muy bien hacerle ese favor. —Desde luego, dijo el griego, no digo que no. Le humillaba servir de intérprete a una concubina, pero pensaba

que no debía ponerse digno con el Picoso. Así pues, allá fue. Y allí, por muy eunuco que fuera, se quedó sin respiración. Oh, Dios, una diosa antigua, una hurí, una peri. Se quedó un momento sin poder decir palabra, pues el amor entra por los ojos y llega directo al corazón incluso cuando un hombre ya no tiene derecho de llamarse hombre. Bueno, preguntó por fin al Picoso, ¿qué quieres que le pregunte?

—Cómo se llama.

Filoteo rogó a la mujer que le dijera su nombre y ella volvió hacia él unos ojos con los párpados violeta y en esos ojos brilló un resplandor de alegría inquieta, rápidamente apagado.



—¿Eres su intérprete? —No, pero conozco un poco su lengua. Yo soy un hombre libre. —Entonces, griego, si tienes un corazón de hombre, vete a ver a nuestro patriarca, el muy venerable Juan, y dile que intervenga acerca de los emires francos para que me liberen. ¡Te juro que no soy una renegada! Yo sólo recé al Profeta obligada y forzada. La mujer hablaba griego con un acento arrullador y suave, tenía la cabeza ladeada graciosamente y unos ademanes estudiados y lentos, debía haber sido educada para algún harén principesco. ¿Cómo la habían encontrado en la casa de un turcomano?

—¿Qué, dijo Elías, amenazador, no

quiere decirme su nombre? Dile que yo me llamo Picoso, que me diga Elías, de los tejidos de Arras, peregrino y cruzado, y que quiero saber su nombre. Filoteo tradujo sus palabras y la mujer levantó lentamente las cejas.

—Bástete saber, griego, que soy de Georgia, el país donde los hombres son valientes y las mujeres bellas; y de la raza de mi padre no le diré nada para no avergonzarlo. En el bautismo me dieron el nombre de Eufemia. —Eufemia, dijo Filoteo, y Elías repitió el nombre varias veces, como si tuviera miedo de olvidarlo.

La mujer no lo miraba, buscaba con los ojos la mirada del griego, como si

quisiera adivinar si podía contar con él. Ella le preguntó: ¿Eres de Antioquía? — Sí. —¿Qué haces aquí con esta gente? —Soy su amigo. —¿Has hablado con sus emires? —¡Oh, no!, son unos hombres muy orgullosos. La mujer volvió la cabeza con un aire sombrío y se puso a mirar el cielo a través de la reja de la ventana. Elías la contemplaba, maravillado, a cada movimiento que ella hacía él se extrañaba de que una criatura pudiera ser tan bella, tenía cien rostros siempre nuevos. Incluso ahora, a pesar de que no veía más que su mejilla derecha y la larga línea del cuello.

—Háblale. Háblale más de mí. Dile que soy bueno, dile cosas buenas de mí.

Filoteo se puso a hablar y con gusto, pues es agradable poder pagar una deuda. Este hombre, decía, no era tan salvaje como parecía, era honrado y piadoso, no había que despreciar su pobreza, tenía el corazón de un león, sin ser soldado había dejado su país por celo por la causa de los cristianos de Antioquía. La joven escuchaba distraídamente, con las cejas un poco fruncidas; parecía que pensaba en otra cosa. Sin embargo, cuando Filoteo le contó cómo el Picoso le había salvado la vida con peligro de la suya, deteniendo con la fuerza de sus brazos una carga de caballos, volvió hacia Elías una mirada vagamente extrañada,

casi bienintencionada, como se mira a un perro fiel. Elías tuvo un sobresalto: ¡era la primera vez que ella lo miraba como dándose cuenta de su presencia! Intimidado, Elías le sonrió, pero como no tenía costumbre de sonreír, al descubrir con esfuerzo sus grandes dientes amarillos y rotos parecía un tonto de pueblo. Y la mujer volvió los ojos.

—Dile. ¡Dile que me hable! (...Quiere que le hables...) La mujer parecía preguntarse qué es lo que podría decirle y terminó por decir: Pregúntale si no tiene ganas de volver a su país. Filoteo repitió estas palabras en francés. Elías se quedó feliz, no sabía por qué; a

causa de estas únicas palabras que ella había dicho para él, para él y para nadie más. Él hubiera encontrado mil palabras, es decir sí, explicaba, en su país, por la parte de Arras, los veranos son suaves, no hay sequía, ni viento, y en cuanto al trabajo unos años con otros se vive sin morir de hambre, la cosa es conocida, en su país mismo cuando hay un año de mala venta se encuentran siempre amigos para ayudarle a uno, otras veces se les ayuda a ellos, sólo que los impuestos, demasiados impuestos, ser a la vez tejedor y estar sometido a eso no es justo tampoco, de tal forma que cuando uno es cruzado tiene hambre, pero no tiene ni impuestos

ni preocupaciones... ¿verdad? ¿Sabe ella lo que son los impuestos?... Desde hacía tiempo la mujer contaba las moscas del techo y hasta Filoteo no conseguía prestar atención a su amigo franco; sin embargo repitió la pregunta, Eufemia dijo, con gravedad, que ella sabía en efecto lo que es un impuesto y crispó los labios, de repente los dos tenían ganas de echarse a reír.

Los impuestos, continuaba Elías, y los hijos y la mujer —siempre con uno en el vientre y otro a los pechos, lo que equivale a decir que uno trabaja sólo desde el alba hasta medianoche—, aquí los niños que mueren no son tuyos y eso hace menos daño al corazón, la Marina

solamente, la Marina que me traje conmigo y que un hijo de puta me deshonoró, muerta también, así que ahora es como si uno hubiera recibido un golpe en la cabeza, todo olvidado, sí la cruz que tomamos es la sangre y el fuego, ¿sabe ella lo que es tomar la cruz?...

—Seguramente, dijo Filoteo, lo sabe. Elías parpadeó, seguía hablando y hablando, olvidando que la mujer no comprendía.

—Bueno, ¿qué estás esperando? Díselo en griego, todo lo que te he dicho.

Desde aquel día Filoteo tuvo que visitar al Picoso sin cesar para servirle



de intérprete. Eufemia no salía de la habitación. A Lilias le habían entrado unas ganas locas de saber todo de ella y también de hablarle y hablarle sin parar, él que nunca había sido hablador, ahora le entraban unas ganas de hablar y de contar sabe Dios cuántas historias, precisamente a alguien que no sabía francés.

Y sin embargo, como concubina Eufemia no valía mucho. Los turcos tienen una extraña manera de domesticar a sus mujeres, ¿para qué diablos una criatura así podía servir? No podía ver ni una chinche, ni un piojo, ni un escupitajo por el suelo sin poner una cara como si tuviera ganas de vomitar;

no quería ni rascar la espalda, ni lavar los pies, ni matar los piojos; no sabía zurcir los calcetines ni echarle una pieza a una camisa, y en la cama era tan fría que cada vez Elías debía pellizcarla, para ver si no se había muerto de repente. Por eso estaba un poco molesto, pues jamás había conocido a otra mujer que la suya y ésta se parecía tan poco a su mujer que muy bien hubiera podido ser un animal o un pájaro de una especie desconocida.

Los turcos en las murallas y el hambre en la ciudad. Habían resistido ocho días, diez días; al undécimo día en las casas ocupadas por los caballeros rascaban el fondo de las bodegas;

corrales y establos estaban vacíos, bajo la orden del obispo del Puy y del patriarca habían sido incautados para el ejército el ganado de los sirios primero, después el de los armenios, después el de los griegos, y la totalidad había desaparecido en dos días, pues después de nueve meses de asedio los ciudadanos de Antioquía no tenían muchas reservas —les cogieron su harina, sólo les dejaron medio saco por familia; su aceite, sus higos pasos, su vino, su miel, sus paquetes de carne ahumada, sus mermeladas, sus vasijas de grasa; sus frutos conservados en sal, sus frascos de pimientos, sus ánforas de leche de almendra— y cuando los

soldados pasaban con las carretas recogiendo los víveres, todo les parecía mucho, pero una vez que había sido distribuido en los barrios del ejército, todo era engullido en un día, y eso que se repartía en pequeñas raciones.

Cuántas cosas buenas y ricas desaparecidas y convertidas en orina y en mierda que se amontonaba en los rincones de los patios y en los regueros de las calles: para comerse eso había que ser más fuerte que los muertos-vivos. Cuántas cosas ricas y buenas perdidas para que el ejército pueda comer un solo día más, ¿y después? En la ciudad se hablaba de italianos y de provenzales que, en el momento del

reparto, habían conseguido esconder varias carretas y vendían, a quienes conocían la contraseña, un tazón de harina por un marco de plata, malos cristianos mucho peores que los turcos, y sin embargo todos intentaban, intentaban encontrar a esos malos cristianos, hombres prudentes, hombres listos, ¡y ojalá que hubieran conseguido robar muchos víveres!

En las murallas había una gran actividad, pues los turcos, en cambio, no tenían hambre, habían traído de Mosul rebaños de bueyes y de corderos y caravanas de trigo y se habían llevado todas las cosechas que encontraron a su paso. Podían resistir un mes, dos meses;

a las horas de tregua venían, los muy perros, al pie de las murallas con sus cestos llenos de tortas doradas y se instalaban allí para comer sus corderos medio asados. Esto era lo que contaban en la ciudad (pues los sirios hablaban el árabe y comprendían el turco), esto es lo que contaban: a todo hombre que sale de la ciudad sin armas y promete hacerse musulmán se le dará de comer, no se le hará ningún daño, se la hará únicamente trabajar en las zanjas.

Diez días después de la toma de la ciudad, el ejército cristiano estaba en plena batalla, unos sobre las murallas, otros por la parte de la ciudadela. En plena batalla en una ciudad enorme,

donde la gente estaba dispersada en pequeños grupos por cincuenta barrios diferentes; y quien no quería ir a las murallas, muy listo debía ser quien consiguiera sacarlo de su casa. *¡Cristianos, por amor de san Jorge, no os quedéis parados! Más vale luchar con el vientre vacío que quedarse en la cama y que os corten la cabeza!* ¡Si les dejamos minar la muralla ninguno de nosotros tendremos nunca más ganas de comer ni de beber!

¡Cristianos, soldados, sabed que a todo hombre que se rinda, primero le darán pan delante de las murallas y después lo llevarán más lejos para desollarlo vivo y cogerle la piel para

proteger sus máquinas!

¡Y quien piense en desertar para obtener pan, sepa que en las cárceles del Infierno lamentará la hora en que los turcos lo desollaban vivo! ¡Pensad cristianos, soldados, que el desertor de Jesucristo será por los siglos de los siglos un desollado vivo a quien unos pinchos de hierro al rojo vivo le pincharán toda la piel! ¡Por tres días de hambre, ¿quién querrá correr ese riesgo?!

Tres días, seguro —los hombres bebían la sopa de agua clara y subían las escaleras de la muralla— y los arqueros apenas tenían fuerza para tender sus arcos y apuntaban mal; y para poner en



marcha una mangana eran necesarios seis hombres en lugar de cuatro. Tres días. La prueba de que los turcos no los desollaban vivos era que se veía a hombres de los nuestros, de barba rubia y camisa agujereada, que trabajaban en las trincheras con los esclavos turcos. Malditos sean los renegados y los desertores, los que vendieron a Jesucristo por un bocado de pan. Una noche la puerta de la torre de las Dos Hermanas se había abierto y las gentes del barrio oyeron un ruido de cascos de caballos y de armas, ¿son los turcos que entran o son refuerzos?... no, los caballos venían de la ciudad, pasaban a decenas, en medio de la noche y sin

antorchas, a la sola luz de una luna blanca como un cadáver; en las azoteas, peregrinos y gente del país miraban pasar a los caballeros armados, lanza en ristre, los confalones de los cascos blanqueados por la luna como unos pájaros muertos flotando a la deriva de un torrente. ¿Preparan una salida? ¡Oh, bravos caballeros, hombres de raza noble, quieren coger a los turcos por detrás durante la noche! Los hombres que todavía tenían fuerzas corrían hacia las murallas, bajaban las escaleras estrechas de piedra de cuatro en cuatro. ¿Una salida? ¿Quién sale? ¡Son armas francesas, no hay duda, es el conde de Blois, el conde Esteban en persona los

conduce! ¡Se han vuelto locos, son muy pocos para todo el ejército turco, les haría falta no un san Jorge sino diez legiones de ángeles!

Por la mañana se sabía todo: ¡el conde Esteban con los suyos había cruzado la llanura a rienda suelta, se habían ido tan rápidamente que el enemigo no había tenido tiempo para reunir su caballería, se habían escapado para encontrar comida fuera de la ciudad! ¡Que sobre cobardes como éstos la lluvia no caiga jamás, que el pan por el cual nos vendieron se trueque en plomo en sus gargantas, que sus mujeres y sus hijos los escupan a la cara! Si el más noble hombre de Francia actúa de

esta manera, ¿qué idea tendrá Dios de los franceses, cómo los protegerá? En los barrios pobres estalló como un gran grito, casi un motín: *¡cristianos y buenos peregrinos, todos a hacer como el conde Esteban,* todos se irán por la noche, los muy cobardes, para dejarnos a la merced de los turcos! En las plazas, los pregoneros de Bohemundo reunían a todos los que hablaban francés, ¡soldados, peregrinos, cruzados, no malgastéis vuestras fuerzas en gritos y en puñetazos! El buen Emperador está cerca para liberarnos, los turcos no se atreverán a esperarlo, tened paciencia tres días más. ¡De todos los que están en esta ciudad, barones, caballeros,

sacerdotes, clérigos, soldados, peregrinos, ningún otro hombre volverá a salir si no es para cortar a los turcos en pedazos o para subir al Paraíso!

Y todo hombre que sea sorprendido queriendo salir de la ciudad será colgado de la muralla para servir de blanco a los turcos, aunque sea sacerdote o caballero.

La misma noche unos cincuenta peregrinos de las Ardenas robaban un rollo de cuerda de junto a las máquinas y se escapaban de la ciudad descolgándose a lo largo del muro, por la parte de la ciudadela, hacia un desfiladero rocoso, donde descendían a los cadáveres. Y al día siguiente se

contaba en los barrios de los soldados y en los barrios de los peregrinos que el mismo Pedro había sido sorprendido al lado de un portillo cuando intentaba salir de la ciudad con dos de sus compañeros.

Si era cierto o no ¿quién podía saberlo? Sobre todo hubo varias peleas. Fray Bernabé reunió a sus gentes en el patio y les dijo: Amigos, si acusáis a Pedro, el hombre de Dios, también podéis acusar a Dios. Pedro no os ha traicionado jamás. Si quería salir de la ciudad es porque en su caridad pensaba ir a ver los turcos y pedirles que tuvieran compasión con la gente pobre, mujeres y niños, y le vendieran harina.

Pues hasta los turcos escuchan a los hombres de Dios. Si por casualidad ha actuado de una manera loca, sólo se le puede achacar a su caridad. —Y si es verdad, preguntó Alix, ¿por qué los caballeros le impidieron salir? — Porque Bohemundo ha jurado sobre los santos Evangelios que no dejaría salir a ningún hombre de la ciudad. Es preciso que mantenga su juramento. Pero si el obispo del Puy lo libera de este juramento, él mismo enviará a Pedro a Kerbogante para que Pedro nos traiga pan para las mujeres y los niños.

Seguro, decían los hombres, y ese pan se lo darán a los soldados. Ellos ya se han comido caballos que no estaban

ni muertos ni moribundos. Esto es lo que se cuenta. —Se cuentan muchas cosas, dijo Baudry. Son los vapores del hambre. Se cuenta cualquier cosa.

Filas enteras de hombres, cruzados, sirios y hasta armenios se apretaban delante de los establos; si por casualidad muere un caballo, la carne es para la compañía del barón, y los pobres pueden seguir esperando. La cabeza o los jarretes o las tripas, siempre habría medio de acomodarlos con un poco de ceniza y una rama de ciprés. No faltaban hombres ricos en la ciudad, ni entre los francos ni entre los griegos; pero aunque hubieran querido dar sus riquezas por un poco de pan, no



hubieran podido. Tal vez había algunos que comían, escondidos en sus palacios, tal vez los había, pero en ese caso nadie lo sabía.

Ánimo, cristianos, unos días más, dentro de unos días el campamento de los turcos será nuestro, con sus rebaños y su trigo. Cuando el ejército del Emperador esté a la vista, nuestros caballeros saldrán de la ciudad: el enemigo será cogido entre dos fuegos y los que huyan no pensarán en el equipaje.

Los días sin pan son tan largos que dos semanas después de la toma de la ciudad la gente creía que estaba allí desde hacía meses. A los muertos los

bajaban por las rocas por la parte de la ciudadela; los sacerdotes cantaban sus oraciones de pie sobre la muralla, unos en latín otros en griego o en sirio, era una gran miseria estar privados de cementerio, en la ciudad no se podía ya enterrar a nadie, alrededor de las iglesias los cementerios eran como campos labrados de tan llenos como estaban de tumbas recientes. Amigos cristianos, es una triste liberación la que os hemos traído, si tenemos que morir todos juntos. Las gentes del país se extrañaban de ver a los peregrinos, incluso a los ricos —caballeros o clérigos— dejarse abatir tan rápidamente por el hambre, ellos no

sabían lo que es estar hambrientos desde hace un año.

Pues hay que decirlo: desde Constantinopla los más altos barones comían raramente hasta hartarse, cuando no les faltaba la carne moderaban el apetito por vergüenza, para no merecer los reproches de los soldados.

Los caballeros sufrían más que la gente modesta, pues gastaban más energías y como estaban más gordos tenían que alimentarse más. Los había que comían cardos con el heno que daban a los caballos. Y lo que sobre todo les daba miedo es que el forraje era cada vez peor; y aún más, sólo quedaba, como máximo, para diez días,

y un caballo no es un hombre, un caballo no vive de promesas. Así pues, ya se sabía, toda la ciudad lo sabía, si el Emperador no viene para librarnos antes de diez o quince días, por toda comida sólo quedarán los caballos muertos y no habrá más que esperar el final, pues sin caballos no se puede hacer una batalla. En Antioquía habrá la mayor matanza que se haya visto desde el tiempo de los romanos; que uno se venda a buen precio o a menos precio el final es el mismo para todos.

En todas las iglesias los sacerdotes rezaban noche y día, el patriarca ordenaba ayunos —si es que fuera posible no ayunar— y oraciones

públicas y procesiones. Pero Dios no tenía casi piedad de los suyos: a los quince días un correo de Cilicia enviado por el hermano de Bohemundo penetraba en la ciudad por las sendas de las montañas y traía la peor de las noticias. El Emperador cambiaba de ruta y llevaba su ejército hacia el mar, volvía a Nicea, pues creía, según falsos rumores, que Antioquía ¡había caído ya y estaba perdida!

Estas cosas era mejor no decir las a los soldados ni a las gentes de la ciudad; sólo que cuando toda la ciudad está al acecho y espera noticias y se aprieta alrededor de los palacios y se precipita al paso de los jefes para adivinar lo que

se traen entre manos, la mala noticia se extiende como la crecida de un río. Sabe Dios cómo y de qué manera, muy pronto en los patios y en las plazas y en las murallas y en las azoteas fue como una ola de lloros y de gritos. Sabían todo, el Emperador no viene, el Emperador vuelve a su cuarteles, no nos envía refuerzos, por espías del campamento turco lo sabían pero no habían querido creerlo, por los gritos de los intérpretes turcos lo sabían, los turcos en su campamento encendían hogueras de alegría y redoblaban los tambores, ¡reventad perros infieles, vuestro rey os echa a los chacales, os toma por estiércol, no valéis tres días de

cansancio de su caballo!

¡Mañana vuestras mujeres serán entregadas a nuestros lacayos, vuestros hijos espetados, vuestros sacerdotes atados a la cola de los caballos!

¡Cargaremos nuestras carretas con vuestras cabezas, con vuestras lanzas y vuestras espadas haremos cercados de corderos pues son armas de cobardes!

¡Vuestras banderas servirán de cama para los camellos, las imágenes de vuestro Mesías y de vuestros falsos profetas serán pisoteadas en el estiércol! Ellos gritaban todo esto desde lo alto de sus torres de tiro, en árabe y en griego y en francés, ellos gritaban: ¡rendíos, esclavos, nosotros os daremos por

piedad huesos para roer! ¡Si nos entregáis a vuestras mujeres os dejaremos con vida, sólo os cortaremos la nariz y las orejas!

—¡Reíos, reíos, perros de la media luna, servidores del falso profeta, muy pronto vuestras cabezas reirán sobre las puntas de nuestras lanzas!

¡Preparaos para la batalla y esperadnos si os atrevéis! ¡Cuando salgamos de la ciudad no os atreveréis a esperarnos, nuestras lanzas son para vuestras espaldas y no para vuestros pechos!

¡Tan malos soldados como vosotros no hemos visto jamás en nuestro país! ¡Nos da mucha pena sacar la espada



contra vosotros! —Pues bien, los pregoneros sobre las torres gritaban esto en turco y en árabe y se reían y, Dios lo sabe, nadie se lo creía, pues que Mahoma fuera bueno o malo, los turcos eran los soldados más valientes del mundo. Era cosa conocida. Cuando se lanzaban al asalto, ni flechas ni balas de cañón les hacían retroceder y, sin embargo, caían y morían, no eran más difíciles que los cristianos.

Isabel murió el día en que supieron que el Emperador no venía. Pues, al oír los sollozos en el patio se arrastró hasta el borde de la galería y terminó por comprender de qué se trataba; entonces volvió a acostarse en su jergón y cerró

los ojos, y cuando su suegra fue a llevarle de beber, ella dijo: Se acabó, yo ya no beberé sino en el Paraíso. — No digas tonterías hija, el Paraíso no es para las tontas que se desaniman. — Madre, no le diga a Ondina que yo era jorobada. Y ya no dijo nada más. La sacerdotisa llamó al padre Alberto y a Lamberto y a María, pero Isabel ni siquiera tuvo tiempo de confesarse; murió como estaba, cansada y triste, la cara arrugada como la de una viejecita.

Siempre es doloroso ver morir a una mujer joven, las gentes de Arras y sus compañeros no estaban todavía endurecidos hasta el punto de no sentir a Isabel. La pusieron en una parihuela, la

colocaron en medio del patio y, a falta de cirios, encendieron antorchas; María ató alrededor de la frente de su amiga su cinta de seda azul. Alix la tapó con el vestido turco que había ganado en la batalla de Dorilea, vestido podrido a medias pero con hilos de oro todavía en buen estado, recubriendo a Isabel con un hilillo de flores de oro y agujeros ennegrecidos. Honorata le puso en el cuello una cadena de plata.

Aquella noche estaba tan llena de tristeza que todos se despedían de Isabel como si fuera el último entierro. Sabe Dios si, para nosotros, no serán los turcos los que se encarguen de nuestros funerales, sin luces ni oraciones ni

lloros. El padre Alberto y fray Bernabé rezaban en voz alta, elevando la voz para que no se oyeran los sollozos de las mujeres. Los hombres estaban de pie, a un lado, apoyándose en sus bastones; y los niños sentados por el suelo lloraban al oír llorar a las mujeres, pensando si la mañana llegaría alguna vez y si de madrugada les darían de comer.

De madrugada pasaba la carreta de los muertos, el hombre de servicio preguntaba en todos los patios si había alguien para llevarse. Desde la toma de la ciudad siete hombres y dos mujeres habían salido así de la casa, y cuatro niños uno de los cuales hablaba ya. Las

antorchas habían terminado de arder y el frío caía del cielo blanco como una gran mortaja transparente y enmarcaba las paredes sucias y los adoquines del patio y los harapos de los hombres con una luz pura y cruel. Adiós fría noche guardiana de los muertos, de aquí al mediodía el fuego del sol nos traerá la podredumbre y las moscas, que Dios proteja los cuerpos que no descansan en la tierra.

¡Isabel, mala amiga, nos has abandonado, Isabel con lo que te queríamos!

Isabel tu pequeña Ondina lleva bien su nombre, *¡qué onda amarga qué agua salada va a beber esta niña!* ¡Isabel a quien Dios había hecho tan bella, el

diablo celoso la hizo caer de una escalera para romperle la espalda! Pero su alma era derecha como los álamos, derecha como un cirio, *derecha como la espada de Roland la bella Durandal.*

En el Paraíso la veréis derecha, más esbelta que una emperatriz, Señor Jesús! ¡Señor Jesús qué mal la habéis recompensado!, Santísima Virgen María ¿no os rezó bastante? ¿Por qué dejarla morir? Pobre Isabel, para nosotros era bella aun con su joroba.

¡Señor Jesús qué mal la habéis protegido! ¡*Tía Perrina, se te rompió la trama,* la lanzadera se te cayó de las manos! ¡Tía Perrina tu lana está podrida, tu tela está perdida! ¡Que muera antes de

llegar al arrabal el que vaya a anunciarte la noticia! *¡Tía Perrina!*

¡Tú la dejaste seguir al Señor Jesús, la cruz en la espalda, y el Señor Jesús te la puso en su cruz con Él! *¡Tía Perrina!*  
¡Puso en su cruz a tu hija, hizo de ella su mártir, Isabel eres tan derecha como un cirio, ya no habrá más lágrimas en tus ojos!

¡Isabel, amiga mía, mi estrella, mi flor, mi compañera! Isabel, ¿por qué me has dejado, pobre de mí, sin decirme siquiera adiós?... Y cuanto más hablaba María su voz se volvía sonora y vibrante, y se convertía en canto y el canto en sollozos y los sollozos en canto de lamentación otra vez; y se mecía de

derecha a izquierda al ritmo de sus palabras y todos la escuchaban —las gentes de Arras y los sepultureros que cargaban el cuerpo en la carreta—, todos tenían costumbre de oír lamentaciones, pero María decía sus letanías con una voz tan desgarrada que a todos les gustaba mucho y decían: ¡qué buena plañidera!

La carreta iba de un lado a otro, tirada sobre unas varas largas por seis hombres, llena de otros cuerpos de cristianos, puestos en fila y envueltos en un pedazo de tela o ropa vieja; los amigos de los muertos iban detrás, lamentándose y con las manos en las mejillas. Y en el concierto de las



lamentaciones se mezclaban los nombres y los méritos de los muertos, al final ninguno sabía ya por quién lloraba.

¡Amigo mío, hermano mío, Bernardo, Marcelo compañero mío, malditos turcos, que esa bala rompa la cabeza del hombre que la lanzó, Gerardo qué luto para tu madre!... ¡Tú, el más fuerte y el más fiel que jamás tuviste miedo de las flechas! ¡Amigo nuestro nunca más tendrás hambre nunca más tendrás fiebre, la gangrena no podrá ya nada contra ti, vas a reunirse con tu hijo! ¡Isabel, Isabel!

Todos seguían la carreta hasta la esquina, hasta el límite del barrio —más allá no se podía entorpecer el paso a

causa de los movimientos de la tropa, los caballeros se reservaban las calles principales— y las familias no tenían ni ganas ni fuerza para ir hasta el final para ver a sus muertos caer por detrás de la muralla. Una vez que se hayan ido los turcos, los meteremos a todos bajo tierra, una gran tumba común, en el Último Día Dios sabrá muy bien dónde encontrarlos.

Aquel mismo día un soldado normando vino al patio de los de Arras y se acercó a María. —Ven conmigo para llorar a mi hermano que ha recibido una flecha en el pecho, pues tan cierto como hay Dios yo tengo una pena tal que si no me hacen llorar me volveré

loco. —¿Y cómo quieres, dijo María, que yo llore si no he visto jamás a tu hermano? —Ven, dijo el hombre, vas a verlo. María sentía compasión, siguió al soldado y pidió a san Juan que fuera con ella pues un inocente es una protección mejor que un hombre dispuesto a dar puñetazos.

Llegaron a un patio de un cuartel donde había muertos y heridos y soldados que reparaban sus armas. El hermano del hombre estaba acostado sobre su escudo, con las manos cruzadas sobre el pecho. Era un muchacho alto y rubio, todavía sin barba, de rostro moreno, con la frente y la parte baja de las mejillas blancas a causa del casco

que le había protegido del sol. Era un muerto reciente, de mejillas lisas, con una nariz que parecía de mármol y con una sonrisa en los labios tan tranquila que María exclamó: ¡Dios, qué feliz es! —Era mi único hermano, dijo el soldado. Gilberto. Soy yo quien le enseñó el oficio.

María miraba para el muerto, fascinada; nunca había visto una sonrisa tan bella. Los párpados cerrados, grandes y abultados, eran tan pesados que parecía que esos ojos no habían visto nunca nada sobre la tierra, que no habían visto más que a Dios. María pensaba: *he aquí a un santo.*

María dijo al hombre: Tu hermano

tiene la parte mejor, todo va bien para él. Míralo, no dejes de mirar mientras que es todavía hermoso. Háblale, va hacia Jesucristo pero te oye todavía. — No. Está ya demasiado lejos. — Sí, oye, pero háblale dulcemente, por los muertos felices no hay que llorar ni gritar, ahora está subiendo la escalera de los ángeles, hay que tener cuidado para que no se caiga con los gritos. El soldado seguía arrodillado delante del cuerpo, mirando fijamente el rostro inmóvil, alejando con la mano las moscas que volvían sin cesar a pegarse en las fosas nasales y en las comisuras de los labios. ¡Esta mañana todavía, Gilberto, esta mañana todavía, en el

relevó de guardia de la madrugada, esta mañana todavía tú tensabas el arco! Gilberto, dile a Jesucristo que yo no tenía más hermano que tú. ¡Que me haga morir rápidamente para ir al mismo sitio que tú!

Los jefes de los arqueros pasaban revista. ¡Por Dios y san Jorge, normandos, hacen falta hombres en la torre, ya habéis llorado bastante! Para los muertos tenemos a los sacerdotes. Los hombres se apretaban el cinturón y se ajustaban el carcaj en el hombro izquierdo. Por debajo de los cascos les corría un sudor sobre los rostros grises de polvo, enrojecidos por las lágrimas, sus ojos eran como los ojos de lobos

acorralados. Pero se mantenían derechos y enseñaban los dientes para parecer que sonreían, de todos los hombres del ejército los arqueros eran los más sufridos. En los momentos de suerte eran hombres malos, cuando todo marchaba mal mostraban una dignidad como para dar vergüenza a los caballeros. Cuando se morían de hambre no hablaban jamás de pan.

María y san Juan los miraban salir del patio, que Dios les guarde, ni siquiera entre los turcos se encontrarían tales hombres. Al verlos andar uno creería que acaban de comer. Un caballero normando salía de la casa al patio con dos escuderos que terminaban

de atarle la coraza, iba jurando por todos los santos pues parecía llevar prisa. De pronto se detuvo delante de María y dijo: ¿De quién es esta puta?

Es una mujer casada, dijo san Juan, una mujer de Arras, había venido solamente para ayudar a uno de vuestros hombres a llorar. —Ven aquí, rubia, te daré mi parte de habas esta noche. María y san Juan no perdieron el tiempo en discusiones y huyeron del patio. Pero al final de la calle, el caballero, a caballo, les daba alcance y se inclinaba de costado en la silla. —Tendrás todo lo que tú quieras una vez que los turcos se hayan ido. Pan blanco y naranjas y una habitación sobre un jardín. María le hizo



una mueca como para espantar a un turco; el hombre dijo: Ya sabré yo dónde encontrarte. María y san Juan corrieron a esconderse en el patio de una casa de sirios. La batalla les revuelve la sangre, dijo María, tienen la cabeza al revés a causa del asalto.

San Juan no pensaba más en el caballero; miraba a las mujeres sirias que, sentadas por el suelo en un rincón del patio, se lamentaban a coro golpeándose el pecho y las mejillas; eran unas pobres mujeres, más negras que unas turcas, vestidas con unos trajes de gruesa lana gris y azul, de cara delgada y larga nariz. Ves eso María, dijo san Juan, son las mujeres santas que

se lamentan por Jesucristo descendido de la cruz. —Estás soñando muchacho, no estamos en Pascua —Todos los días es Pascua, María, pues en verdad Jesucristo está todos los días clavado en la cruz. Estas mujeres parecen sirias pero en verdad son María la de Santiago y María Salomé y Juana y Magdalena. Se creen que están llorando por un sirio de Antioquía, pero yo te digo que en verdad todas las lágrimas son por Jesucristo. Esta noche tú creías que llorabas por Isabel, pero Isabel también es Jesucristo. —No divagues más, dijo María, volvamos a casa. —Yo divago, María, porque para mí no hay diferencia entre un año y mil años. Jesucristo es el

roble y los hombres las hojas que crecen y caen cada año, y son los mismos porque el roble siempre es el mismo. Todo hombre que muere es una hoja de Jesucristo, vuelven al mantillo y Él las vuelve a hacer crecer en Él. María suspiró, pues quería a san Juan. Y le dijo: Te curarás en Jerusalén.

La vida volvía. Desde hacía dos días sabían que ya no podían confiar en nadie, sobre todo en el Emperador. — ¡Si en lugar de este Emperador griego y degenerado tuviéramos a Carlomagno hace mucho tiempo que estaríamos en Jerusalén! — Pero el tiempo de los grandes hombres ha pasado, no podemos volver atrás, *¡escuchad bien, cristianos,*

*Dios quiere probarnos pero no quiere nuestra muerte, pues no puede querer su propia vergüenza!* Todavía no sabemos cómo pero es seguro de que nos libraré antes de dos semanas. Todavía quedan ratas y ratones en las bodegas, está permitido incluso comer las moscas aplastándolas contra la ceniza, pero quien sea sorprendido comiendo cadáver de cristiano será colgado. Aunque sea un cristiano sirio, pues son también hermanos nuestros. El hambre es mejor que la sed, acordaos de la travesía del desierto. Aquí tenéis agua en abundancia.

Los hombres empezaban a estar tan cansados que se quedaban de la mañana

a la noche acostados en sus cuartos, donde al menos el calor era más soportable; los más fuertes erraban por la ciudad, rascando los regueros con sus bastones, a veces se encontraban ratas muertas todavía frescas.

Santiago estaba acostado, al lado de Lamberto, en la habitación donde ya no estaba Isabel; en lugar de la puerta veía un caballo blanco, un caballo grande con un antepecho ancho, la boca abierta en una sonrisa enorme —sus ojos negros de párpados ensangrentados se agrandaban y se achicaban a la vez, estaban lejos y cerca al mismo tiempo—, tan cerca por momentos que Santiago creía verlos entrar en sus propios ojos. El caballo,

Lamberto. —¿Qué caballo? ¿El de san Jorge? —Está a la puerta, ¿o es que estoy soñando? —No es un caballo, es una rata blanca. —¿Tan grande?... Lamberto se sacudía, se acercaba a la puerta. —Estaba durmiendo. Estaba soñando, ¿sabes con qué? Con nuestra iglesia, en el arrabal, lira blanca y estaba recién pintada y mi padre llevaba una casulla bordada de plata y las piedras de la bóveda encima del altar cantaban. Piedras que cantan, ¿te das cuenta?

La sacerdotisa estaba allí, acunaba a Ondina y Ondina lloraba y no quería dormir. Hijo, yo sé lo que tenemos que hacer. Han hecho morir a tu Isabel, el

hechizo ha sido más fuerte que nuestras oraciones. Si esa mujer que quería a tu hija nos ha traído la desgracia, ella nos librará seguramente del hechizo si consigue lo que quiere. Es rica, Ondina estará mejor con ella. —Habla con Baudry, dijo Lamberto, yo no sé ya dónde tengo la cabeza.

Baudry, fray Bernabé, Alix y todos los que tenían valor para escuchar las noticias de la ciudad, se quedaban sentados en el patio, en la parte donde había sombra, y metían de vez en cuando la mano en una cubeta de agua, para beber y para refrescarse la cara. La sacerdotisa, con Ondina en los brazos, vino a exponerles su idea. Es decir que

era mejor dejar a la niña a la mujer que la reclamaba, si no muy pronto le llegaría el turno a Lamberto. —¿Está demostrado, preguntó fray Bernabé, que se trata de un hechizo? ¿Y que es esa mujer quien le echó el hechizo? La sacerdotisa dijo que ella lo había presentido siempre; y que el día en que Isabel había ido a pedir limosna la mujer le había pedido a la niña; y que desde aquel día el mal de Isabel había empeorado. Y que era una mujer rica que seguramente encontraría una nodriza.

María estaba allí, con Pedrito en sus rodillas, moviéndose como un oso cautivo y mordiéndose los puños de



hambre; María puso al niño sobre las rodillas de Mahaut la Tuerta y se levantó y se puso a hablar diciendo que jamás ella permitiría una cosa semejante; y que le iban a quitar la prometida de Pedrito y que Isabel se lo había jurado y que Isabel todavía no estaba tan lejos y veía todo, y qué voy a decir a la Perrina que es una amiga de mi madre si yo dejo que la hija de Isabel se vaya con unos extranjeros, y además Pedrito y Ondina se quieren ya, y además si la sacerdotisa no tiene valor para mendigar yo mendigaré para los dos, yo llevaré a la niña en un brazo y al niño en el otro. — A ti, dijo la sacerdotisa, lo que te pasa es que tu hombre es demasiado blando

para corregirte, apenas te tienes de pie y quieres cargar con dos niños. Ocúpate de que el tuyo pueda vivir, ya será bastante.

Fray Bernabé miraba para las dos mujeres y para la niña que, en los brazos de su abuela estaba medio dormida, la cabeza caída hacia atrás y sus grandes ojos entreabiertos bajo unas pestañas mojadas; estaba pálida como una flor ajada y más mona que nunca, a causa de su delgadez más bien se parecía a una minúscula jovencita que a una niña. — Como Agar en el desierto, dijo fray Bernabé, fue a acostarse lejos de su hijo para no verlo morir —después de lo cual Dios hizo que brotara para ella un

manantial de agua clara— así tú, mujer, quieres separar a esta niña de ti para que Dios la salve. Puede que la mujer de quien nos hablas sea más rica que nosotros. La niña es bella y ha sido hecha para vivir. Actúa como tú misma lo entiendes.

No, decía María, Ondina no era para una mala mujer, una echadora de hechizos, no, no dejaría a los suyos, ¿quién iría a hablarle de su madre?, aquí todo el mundo la quiere, ¿quién la querría allí? ¡Isabel, Isabel amiga mía, todavía no estás bajo tierra y ya quieren quitarte a tu hija! —Paz, María, dijo Baudry extendiendo el brazo entre las dos mujeres, deja que la sacerdotisa,

que es mayor que tú, haga lo que es mejor para la niña. No pueden atraer el hechizo sobre ti, tienes un hijo que debe vivir.

La sacerdotisa se llevó a Ondina. Andaba por la ciudad, muerta de cansancio pues la niña pesaba mucho. La abuela la apretaba contra su pecho con los dos brazos e iba corriendo, encorvada, cojeando por las calles resbaladizas por el estiércol y la orina, cojeando y saltando en zigzags como un pájaro huido, tropezándose con soldados y mendigos. A los hombres de armas les enseñaba el gorrito bordado con el escudo de la dama preguntándoles dónde vivía el caballero que llevaba ese

dibujo pintado en su escudo. Por fin le enseñaron el camino; llegó delante de una casa grande de ventanas con columnitas, encima de la puerta entre otros escudos estaba colgado el de la dama de Boulogne. A la puerta un soldado le dijo: Sigue tu camino, pobre mujer, los caballeros de aquí no tienen nada que darte. —Pero yo sí tengo algo que darles y enseñó el gorrito bordado —, la mujer de este caballero me ha hecho venir. La dejaron entrar. Ondina lloriqueaba, tirándose con sus manitas de sus tirabuzones rubios que le caían como hilillos sobre las sienes.

En la habitación de las damas estaban sentadas varias mujeres, unas

sobre los poyos de las ventanas otras sobre unas arcas; dos niñas mayores estaban acostadas en la alfombra. De esas mujeres, por lo menos tres eran nobles, llevaban unas trenzas largas, cintas de plata alrededor de la frente, pero sus vestidos de seda griega les colgaban como trapos, tenían los cuellos abiertos a causa del calor y sus rostros eran como los de todo el mundo: pálidos, ojos hinchados, con la mirada atontada de los que sólo piensan en comer. Pero la sacerdotisa tenía buenos ojos y reconoció a la dama, aunque estaba muy envejecida y delgada; se fue derecha a ella y le colocó a Ondina en las rodillas. —Tened, dijo. Tomadla. —

¿Qué es lo que me quieres?, dijo la dama y entonces reconoció el gorro.

—La madre ha muerto. Tomadla. —

¿Y qué voy a hacer con ella, mujer? Ninguna de nuestras mujeres tiene leche, hemos perdido ya a tres niños a falta de nodrizas. —Para ella, dijo la sacerdotisa, la encontraréis. Es vuestra, por eso es por lo que su madre ha muerto. La mujer cogió a Ondina para que no se cayera y la niña, que no era tonta, viéndose sobre las rodillas de una mujer joven, le desabrochó el corpiño con sus dos manos, buscó un pecho, lo agarró con la boquita y se puso a chupar ávidamente. La dama quedó sorprendida, su rostro se estremeció; sus

manos temblaban, apretaba a la niña contra ella. Ah, tontita, no tengo nada en las tetas, ¿qué estás buscando? Estaba llorando. Ondina mamaba con fuerza, mordiendo el pecho vacío. La mujer, en medio de unos sollozos medio reprimidos, preguntó: ¿Cómo se llama? —Llamadla como queráis llamar a vuestra hija muerta, su verdadero nombre Dios no lo olvidará pero no le ha dado buena suerte. —Vamos, dijo la mujer, ella no morirá sino que seré yo quien morirá. Ni Dios ni el diablo me la cogerán.

La sacerdotisa se fue, el cuerpo ligero —sin Ondina para tirarle del brazo ni romperle la espalda—, el



cuerpo ligero, el corazón triste, una pequeña puta, una mala hija, olvidada la abuela que te hizo vivir desde hace tres meses con Dios sabe qué trabajo, olvidada por una mujer que ni siquiera tiene leche, a causa del hechizo que nos echó tú la reconociste. Ondina, muerta. Muerta recién nacida. Es el alma de la otra niña quien vivirá en ella. Ella nunca sabrá que su madre era jorobada. Nunca le hablarán del cura, ni del arrabal de Arras, ni de la Perrina.

En una plaza donde, delante del atrio de la iglesia, había unos mendigos acostados —tan inmóviles que no se podían distinguir los muertos de los vivos— un sacerdote hablaba a la

muchedumbre. Tenía los ojos ardientes como carbones rojos, mejillas hundidas y grises, la barba azul y sucia como la de una cabra. Al sacerdote le temblaba todo el cuerpo, tenía una voz sacudida como si tuviera hipo. ¡Cristianos, cristianos! Por envidia los griegos nos ocultan la verdad, la salvación está aquí, no está lejos, en la iglesia de san Pedro. ¡Por eso estamos en Antioquía, para que Dios nos revele la verdad! Si los barones se niegan a buscarla nosotros lo haremos en su lugar. ¡Está ahí, la veréis antes de tres días, si antes habéis hecho penitencia! ¡Pues en todo el barrio de los provenzales hablan de ella y la verdad no estará oculta mucho más

tiempo! Al que sabe la verdad no quieren escucharle porque es humilde y pequeño y pobre de apariencia.

Para confundir a los fuertes y a los ricos Dios ha revelado su verdad a un pobre hombre a quien todos desprecian ¡pero no lo despreciarán mucho tiempo! Todos se volverán hacia él como hacia su salvador. —¿Qué verdad?, preguntaban algunos. —No la que está en Constantinopla que es falsa e inventada por el orgullo de los griegos, sino la única verdad, la que bajo tierra brilla con tanta fuerza para que los justos la vean como un sol en el fondo de un pozo. Dios nos esperaba aquí para darnos a conocer este gran secreto. —

Seguramente, decían algunos, es la Corona de espinas, seguramente es el verdadero Cáliz de la Cena. Es la cabeza de san Juan Bautista.

—...¿Qué hemos hecho desde que Dios nos ha entregado esta ciudad? ¡Vergüenza sobre nosotros! ¡Los turcos están a nuestras puertas y chillamos como lobos hambrientos! ¡Apenas hemos encontrado un pedazo de carne inmunda para hartarnos y ya echamos a correr para saciar nuestra lujuria con mujeres más inmundas todavía! Las santas imágenes son ensuciadas en esta ciudad por todas partes, las cruces rotas, las pinturas de las iglesias pintarrajeadas con cal y tal es nuestra

pereza que ni el obispo ni el patriarca han podido encontrar bastantes obreros para limpiar las iglesias! ¡Con nuestras lágrimas habría que lavarlas y gastar nuestras manos hasta hacernos sangre para borrar la suciedad! ¡Arrepentíos y rogad a Dios para que os revele el gran secreto!

—Los provenzales se habrán jactado, dijo un soldado normando, se habrán jactado porque los nuestros tienen barrios mejores. ¿Pero quién entró primero en la ciudad?

De milagro en milagro, decía el sacerdote. De milagro en milagro el Señor Jesucristo echa a Mahoma. Por las manos de los pobres, de los

hambrientos, de los humillados. No os jactéis, normandos, vosotros no habéis tomado la ciudad. Dios nos la ha dado, pues un día más y todos hubiéramos muerto, el ejército turco estaba allí. Dios ha hecho este milagro y hará otros cien más, hasta Jerusalén. La verdad resplandecerá como el rayo de Oriente a Occidente, veo toda la llanura inflamarse como un mar de antorchas, son los turcos llevados vivos al fuego del infierno. ¡Bajo el puente el agua corre más roja que el agua de las cubas de los tintoreros, la llanura está cubierta con sus cuerpos formando una rica alfombra! ¡Los estandartes con la cruz vuelan por encima, san Jorge va a la

cabeza con su caballo blanco! El sacerdote cayó de rodillas y unos hombres se precipitaron para sostenerlo, le salía espuma de la boca y agonizaba. Oh, Dios, cómo se puede hablar cuando se está medio muerto de hambre, que por lo menos le den un poco de agua.

Lentamente, agotada, temblorosa, la sacerdotisa volvía a la casa; allí también todos estaban hablando de la noticia buena: en el barrio de los provenzales un hombre santo había profetizado el final del asedio, sacerdotes y clérigos lo creían, habían llevado al hombre donde el legado, el obispo del Puy, que no tardaría en declarar públicamente si la profecía era

verdadera o no. Se habla de una reliquia milagrosa, dijo la sacerdotisa, una reliquia que jamás los turcos resistirán contra ella. Huirán como un rebaño de bueyes. —Haría falta, dijo Baudry, que fuera la misma Santa Cruz y todo el mundo sabe que no está en Antioquía. —Pues la que está en Antioquía está enterrada en la tierra y nadie sabe dónde, no se sabrá mientras que todos los pecadores no hayan hecho penitencia.

—Pues con todos los pecadores que hay que convertir, dijo Alix, tendremos que esperarla hasta Navidad. —Calla, mujer, dijo fray Bernabé, y no te burles, pues estamos en una desgracia tal que no



hay pecador que ahora no se vuelva hacia Dios: estamos todos, por decirlo así, en el artículo de la muerte.

La noticia del tesoro escondido invadía toda la ciudad como una marea que sube y mina la tierra por debajo y aparece aquí y después allí, y se extiende e impregna el suelo; todo esto fermentaba en las cabezas vacías por el hambre como un vino mal cocido, las gentes no sabían qué pensar ni qué creer, ni siquiera si había que hablar de ello en alta voz.

Era el tesoro escondido en otro tiempo por los emperadores romanos, sarcófagos llenos de monedas de oro, con que poder comprar a buen precio a

todos los hombres encerrados en la ciudad.

Era la arqueta llena de esmeraldas y de diamantes que contenía la cabeza de san Juan Bautista.

Era la provisión de trigo escondida por los turcos antes del asedio, en una cueva a cien pies bajo tierra, cien mil celemines de trigo guardados por los fantasmas de diez turcos degollados a la entrada de la cueva.

...Era un reino subterráneo: la hierba crecía en él y unos manantiales frescos corrían por él y corderos blancos pacían en él debajo de unos naranjos, día y noche era de día pues las paredes de la cueva subterránea estaban hechas de

piedras luminosas. Los riachuelos estaban llenos de peces que sabían cantar, los pájaros en los árboles tenían cabezas de mujer. Quien penetraba en este lugar no tenía que andar mucho tiempo: salía por la cueva del Santo Sepulcro, en pleno centro de Jerusalén...

Debajo de las losas de la iglesia de san Pedro reposaban los cuerpos de diez santos mártires, crucificados en el tiempo del emperador Adriano, los habían colocado allí para vigilar la santa reliquia; pero los romanos profanaron la tumba levantando sobre ella una estatua de Júpiter, y en castigo de este crimen Dios quiso que la reliquia quedara oculta a los ojos de

todos los hombres durante setecientos años, y los setecientos años acababan de pasar.

Esta reliquia era la Santa Lanza que había atravesado el costado derecho del Señor. Pues la lanza encontrada por santa Elena no era la verdadera, aunque se le pareciera mucho, era la lanza de otro soldado que estaba junto a la Cruz, por eso también tenía cierta virtud. Pero todo el mundo sabía que la virtud de la verdadera lanza era tal que jamás los griegos hubieran sufrido una derrota si la hubieran tenido en su posesión. *A causa de sus pecados Dios no había permitido que la encontraran y quiso revelar el secreto al más humilde de la*

*gente pobre de los provenzales.*

Los que no estaban en las murallas se sobreponían a sus fuerzas e iban en procesión a las iglesias y, como todas las iglesias estaban llenas, la muchedumbre de fieles se instalaba en los atrios, en las plazas, en las calles de alrededor de la iglesia y los que no podían resistir mucho tiempo de pie ni de rodillas se sentaban o incluso se acostaban. Pero algunos no volvían a levantarse.

El calor era intenso y las moscas que nacían de los cadáveres y del estiércol parecían, encima de los cuerpos medio desnudos, como una inmensa reddecilla negra y flotante. El cielo estaba más azul

que un mar profundo, el sol se había acercado tanto a la tierra que parecía tres veces más grande y se comía todos los colores. Todo era blanco, los muros, los adoquines, los cuerpos; la ropa más negra parecía gris, los mosaicos sobre el muro encima de la portada ardían como el fuego.

Todos cantaban los responsos con una voz ronca, se hubiera dicho que toda la ciudad agonizaba.

Señor Jesucristo, he aquí el momento de cumplir vuestras promesas. Aquí nos tenéis clavados a vuestra Cruz, traspasados por la Lanza. Que ésta aparezca, que aparezca esta lanza que tocó vuestro costado muy puro y se tiñó

con la sangre de la promesa. *Kyrie eleison miserere Domine.*

El cielo se vuelve negro y la Lanza brilla por encima de la iglesia, como una inmensa punta de hierro blanca, en pleno día el cielo está negro, la Lanza atrae hacia ella toda la luz, se levanta por encima de la iglesia, toda blanca, la Sangre que hay en ella brilla como el sol.

Santiago veía pasar la procesión de los muertos por el aire, rozando con sus pies el tejado de la iglesia. El caballero Everardo iba a la cabeza, con una cruz de fuego sobre su cota de mallas ensangrentada, la barba manchada de sangre, los ojos cerrados, la boca

abierta cantando un cántico. ¿Dónde están vuestras palmas, hermanos, y vuestras túnicas blancas? —Nosotros vamos con vosotros a Jerusalén donde todo será cumplido. Lavados en la sangre del Cordero, lavados en la sangre, correrán ríos de sangre y la ciudad será sumergida en ellos.

El caballero Everardo iba a la cabeza, los ojos cerrados, lanza en ristre, la sangre le cubría los hombros con un manto rojo, los demás muertos le seguían, con flechas en el pecho o en los ojos, las cabezas hendidas, los brazos cortados brillaban con un resplandor de rubíes a la luz de la Lanza. Iban dando la vuelta a la iglesia, por el aire, y



cantaban.

Habrá sangre hasta en las fosas nasales de los caballos. Quien no sea lavado en la sangre no verá los cielos nuevos y la tierra nueva. ¿Por qué está con los ojos cerrados? ¡Oh, caballero, amigo mío, qué dura separación!

Se oían gritos, entre los que veían la Lanza muchos eran pecadores y chillaban pues el demonio salía de ellos.

Elías el Picoso estaba de pie y cantaba a voz en grito, precisamente él que no sabía cantar. *Miserere nobis Domine.*

*Cordero de Dios* que quitas los pecados del mundo, Sangre del Cordero.

¡Nuestros pecados son lavados la Lanza ha sido encontrada nuestros cuerpos salvados.

Nuestras almas bautizadas por el fuego!

Y veía el cuerpo del Señor, tan grande como el cielo y todo traspasado de flechas de fuego, la corona de espinas plantada encima del sol y dejando correr una lluvia de sangre. Cantaba con la mano crispada en el puño de su cuchillo, su garganta se crispaba y de todo su cuerpo le subía hacia su corazón una sed grande, un hambre grande, un hambre tal que la otra hambre se le metía dentro como un

arroyo en el mar, el hambre de tener el hacha cogida con las dos manos, echaba de menos el hacha. Veía delante de él al hombre de cuerpo negro, el gigante de dientes blancos que vacila bajo el hacha, el cráneo abierto, el hacha, tenía hambre de su hacha. El cielo se había vuelto como un animal lleno de ojos y el corazón le latía al Picoso, se imaginaba ojos arrancados, cestos, pilones llenos de ojos vivos.

Los grandes, los negros, los sombríos ojos, esos ojos grandes vacíos que no saben ver a un hombre oh, cuándo me verás qué tengo que hacer para que me veas —*Miserere Domine* oh cuerpo del Señor traspasado por la

Lanza, la fuerte Lanza que traspasó el cielo y la tierra, la sangre del mundo entero ha corrido por su hoja—, la sangre de los turcos va a correr el Orontes se volverá rojo como una cuba de tintorero en la sangre de los turcos Eufemia en la sangre de los turcos yo te bañaré, tú la demasiado blanca en la sangre te bautizaré de nuevo. Mi hacha Señor.

Fray Bernabé rezaba. Todos se irán, Señor, huirán ante vuestra fuerza, salvaréis a los pobres, los niños ya no morirán de hambre. Vos que los habéis traído aquí ha llegado el momento de que manifestéis vuestros milagros ha llegado el momento Señor la mitad y aún

más han muerto ¿quién sabrá vuestra voluntad? Nuestros muertos nuestros camaradas, desde el primero que murió en Hungría hasta Isabel, *todos con nosotros que nadie sea olvidado.* En las montañas y en los desiertos, en los precipicios y en los ríos, y en el gran cementerio de allá abajo las tiendas de los turcos, y en el barranco de detrás de la muralla, oh resucitados oh cruzados, todos para uno y uno para todos. ¡Que al tocar vuestra Lanza Santa nuestros pecados sean quemados como la gangrena por el hierro al rojo vivo, Señor el pecado del hambre es más grande que ningún otro pero el primero perdonado!

¡Pan de Vida, por lo que habéis sufrido en la Cruz, Pan de Vida por la Lanza que rompió vuestro cuerpo traspasadnos Señor, que la lepra del hambre sea quemada en nosotros, dadnos pan Señor para los niños que mueren

que nuestros soldados hagan huir a los turcos con tanta rapidez que quede todo el botín para nosotros! ¡Sus rebaños y sus sacos de trigo! ¡Sus tarros de aceitunas y sus cestos de fruta! ¡Qué todo quede para nosotros, que no tengan tiempo de llevarse nada!

En las cuadras los caballos resoplaban y relinchaban con una voz humana y a golpes de cascos deshacían

las paredes. Eran caballos amaestrados para la batalla y sus escuderos decían: huelen la sangre de los turcos. En toda la ciudad eran las únicas criaturas bien alimentadas, de mirar sus muslos y sus pechos los hombres tenían espasmos en la garganta. Los caballos se volvían locos e intentaban morder a los que se les acercaban.

Las moscas se volvían locas y se amontonaban en enormes racimos negros sobre las bocas de los moribundos, se recogían como se recoge el trigo, y algunos hombres las aplastaban con ceniza y hacían una pasta y por milagro de Dios hacía de ella un alimento bueno para comer.

Los tafures —los muertos-vivos— reunidos en los recintos vacíos donde en otro tiempo las gentes de la ciudad guardaban los animales destinados para el matadero, empezaban a salir en pequeños grupos, negros y desnudos, tan delgados que las llagas que tenían les desnudaban los huesos. No se sabía si se comían entre ellos, aunque de todas formas no había en ellos gran cosa que comer. ¡Hermanos hermanos ha llegado el día! Cuervos y buitres desiertan la ciudad, están viendo ya la sangre en la llanura. Mañana se emborracharán con la sangre de los turcos.

Chillaban como poseídos y a golpes de lanza había que apartarlos de las



puertas pues querían forzarlas y precipitarse fuera. No tenían más armas que cimitarras rotas o palos pero sus dientes eran más fuertes que los de los perros. Cuando pasaban por una plaza chillando y salmodiando, a menudo uno de ellos caía al suelo, lo recogían, estaba muerto, ojos blancos espuma en la boca. Los soldados lo colocaban a lo largo del muro, hasta el paso de la carreta de los muertos.

Las calles que llevaban a la ciudadela estaban atrincheradas y vigiladas por soldados: tantos hombres querían adorar la Santa Lanza que había que empujarlos a garrotazos para evitar que cayeran muertos, ahogados o

pisoteados, como ocurría ya en el barrio de la catedral; y un clamor tal subía de allí que no se hubiera oído entrar a los turcos en la ciudad, un clamor tal que ni cuernos ni tambores ni campanas de iglesia podían oírse.

El estruendo se extendía por toda la ciudad, de tal forma que detrás de las murallas, en el campamento de los turcos carpinteros y zapadores paraban de trabajar, en las torres de madera los hombres se olvidaban de tirar como si estuvieran asustados, pues un clamor tal, unos rugidos como aquéllos ni siquiera en un día de batalla habían oído. La ciudad inmensa chillaba de alegría:

todos, soldados y caballeros, peregrinos y sacerdotes, hombres y mujeres, sirios, griegos, armenios, franceses, provenzales, normandos. ¡Se ha encontrado la Lanza, Jesucristo está con nosotros!

¡Se ha encontrado la lanza, los obispos la han reconocido, ha resucitado ya tres hombres!

En las calles que subían hacia la catedral, los enfermos, caídos por el suelo entre las camillas rotas, eran aplastados por la multitud; nadie tenía la culpa, los que iban detrás avanzaban como si tuvieran a los turcos en los talones. ¡La Santa Lanza no es para los ricos ni los sacerdotes! ¡Y que nos la

dejen ver, nosotros también tenemos muertos y moribundos! ¡Nunca se hubiera creído que el ejército fuera todavía tan grande y que hubiera tantos peregrinos en la ciudad y tantos griegos y sirios en las casas!

*Pues el obispo del Puy va a salir de la ciudad el primero llevando la Santa Lanza y que ningún hombre se atreva a impedirle hacer lo que Dios ha ordenado.* Una vez que los turcos hayan huido, todos podrán venir a adorar la Santa Lanza, pero hasta entonces debe quedar en el altar de la catedral y que nadie se le acerque.

Aquella noche se vio cómo los muertos que habían sido tirados por el

desfiladero al pie de las murallas se levantaban y andaban por el muro y bajaban en procesión a la ciudad. Como estaban, a mitad devorados por las moscas, con las carnes arrancadas por los buitres, los ojos chorreando sobre los rostros negros, los pelos despegados, las mortajas hechas jirones y llenos de manchas marrones. Iban andando y cantando y parecía que un viento poderoso los columpiaba, aunque el aire estuviera inmóvil y pesado como una masa de piedra. Era terrible ver ese balanceo. Cantaban con una voz ronca y lastimera que salía no de sus bocas sino de sus pechos. Pues tenían hambre de tierra consagrada igual que los vivos

tenían hambre de alimentos, y cantaban salmos de Jerusalén, la cruz que habían tomado no les dejaba descansar. En el día de la batalla, hermanos, estaremos con vosotros como vosotros estaréis con nosotros.

Iremos a enseñar a los turcos  
nuestros rostros devorados  
negros de moscas blancos de  
gusanos ved lo que han hecho con  
nosotros  
no se atreverán a mirarnos de frente  
hermanos cuando vengáis a  
enterrarnos no tengáis miedo de nosotros  
todos la misma carne marcada por la  
cruz, nos pondréis

en tierra con la cruz encima, nuestras almas irán a Jerusalén.

Con la Santa Lanza iremos a llamar a las puertas de Jerusalén,

éstas se abrirán y la luz brotará de allí como diez soles.

La Lanza estaba en la catedral, colocada sobre el altar en medio de unos cirios

en medio de unos candelabros de oro, sobre el mantel bordado de perlas finas. Tres obispos y cien sacerdotes estaban de rodillas en oración, toda la noche en oración, no se moverían de su lugar. En las iglesias, los barones estaban en oración, de rodillas, el

corazón les latía y ardía como la lamparilla de un altar, se preparaban para la hora de la batalla.

Los que están en la llanura, los turcos que comen hasta hartarse no saben que el hambre se acabó para nosotros. Les perseguiremos hasta el mar si hace falta, nadie tocará el botín, Dios lo quiere así.

Dios lo quiere. Que hasta que caiga la noche nadie toque el botín, quien coja aunque sólo sea una corteza de pan caído en el suelo atraerá la desgracia sobre todo el ejército.

A los heridos y a los enfermos los habían llevado a las iglesias; pero los que no estaban enfermos no se



encontraban mucho mejor y se quedaban acostados en las losas con los ojos cerrados, escuchando la voz monótona de los chantres. Los chantres se relevaban a menudo; les faltaba la voz, los ojos les ardían, en el olor caliente de cera y de incienso se ahogaban y cantaban los salmos como un ahogado pide Auxilio.

*¡Oh Señor libra a Jerusalén  
De todas sus calamidades!*

Unos hombres vestidos de blanco, de una belleza casi milagrosa, con el pelo y la barba brillantes como el oro, pasaban entre la multitud de fieles sin

rozarlos con sus túnicas luminosas e iban a colocarse detrás del altar. Eran san Andrés y san Judas, Santiago y san Mateo, aquella noche los vieron en más de doce iglesias a la vez. Sus pies descalzos eran blancos como el mármol y sus rostros como lámparas de alabastro, Estaban detrás del altar, las manos levantadas en oración, la luz bajaba de la cúpula hacia sus manos blancas como si ellos la atrajeran, aquella noche sobre la ciudad de Antioquía descendía una fuerza grande. Se precipitaba en los corazones vacíos, en los cuerpos vacíos hasta la médula, por el hambre, *¡Señor los que todavía estén vivos mañana verán Jerusalén*

*con los ojos de la carne!*

Ni pan ni vino pero seremos saciados de oración. ¡Quien no tenga fuerzas para resistir un día más es un cobarde!

Los provenzales van a rodear la ciudadela y a vigilar las murallas, que salgan todos los demás y que Dios sea el juez entre los cristianos y los turcos.

¡La Santa Lanza irá a combatir por vosotros y vosotros combatiréis por ella! El obispo del Puy la llevará delante en alto con sus dos manos, atravesará toda la ciudad y todos podrán verla.

Pedro, en el atrio de la iglesia de Santiago, de pie en una estrada de

madera rodeada de antorchas, profetizaba. La alegría de Dios está sobre nosotros, el cielo se ha acercado tanto a la tierra que las alas de los ángeles nos rozan y mueven nuestros cabellos.

El hambre era tan grande que desde las entrañas se había subido a la cabeza y hasta los chiquillos del ejército, los que el día anterior hubieran matado por robar una rata muerta, tenían visiones y chillaban. Veían andar por las azoteas a unos ángeles, llevando cabezas de turcos en unos cestos grandes de pan. Dios perdonó a esos niños. Son unos inocentes, Dios les hizo ver lo que nosotros veremos mañana.

Primero las cabezas y a continuación pan.

Antes de la madrugada, a la hora en que el cielo se vuelve blanco detrás de la ciudadela, las calles de mucho paso estaban vacías y las azoteas de las casas llenas de cristianos.

Los caballeros bajaban hacia las murallas, bien equipados, camisa de seda por encima de la cota de mallas, la cruz cosida en el hombro. El cielo estaba rojo por la parte de las montañas y blanco por el lado del mar, y en la luz fría los rostros de los caballeros bajo sus cascos con la visera levantada parecían grises como piedras. Sus ojos estaban fijos y ausentes como los de los

halcones, sus bocas cerradas con dureza, sus manos en descanso sobre las riendas del caballo. Se estaban preparando para el gran momento y la fuerza que llevaban en ellos la guardaban como una copa llena de la que no debe caer una gota antes de que llegue la hora.

Las puertas de la torre del puente se abrían con el rechinar de las barras de hierro, los rastrillos se levantaban, las cadenas se abatían con estruendo, resbalando por las poleas. La puerta estaba abierta sobre los turcos.

Saldrán todos y ninguno se volverá atrás mientras quede un solo turco en la llanura. Lo han jurado. Son unos valientes, Dios les ha perdonado sus

pecados.

Al paso de la Santa Lanza los gritos subieron de las azoteas, está ahí así pues era verdad, está ahí cristianos, ¿quién podrá hacernos daño? Está ahí, ¿quién será más fuerte que nosotros? El obispo avanzaba sobre su caballo blanco, la Lanza levantada hacia arriba con sus dos manos con guantes de púrpura, dos clérigos cabalgaban a su lado, con sus manos sostenían los brazos del obispo. Dos arciprestes montados sobre dos sementales negros iban delante de él llevando unas oriflamas bordadas con la imagen del Señor Jesucristo, tres sacerdotes le seguían, llevando unas cruces altas incrustadas de esmalte y

cristales, y varios monjes iban a su lado, llevando largos cirios encendidos. Detrás iban los caballeros. Los tambores redoblaban, en sordina y lentamente, como laten los corazones, al ritmo del canto de los salmos.

La Santa Lanza está ahí, nos da cita en la llanura. ¿Quién quiere seguirla? ¡Muertos y vivos con ella! ¡Caballeros y sargentos con ella! ¡Arqueros y peregrinos con ella!

Hoy los de la llanura verán que Jesucristo es verdadero Hombre y verdadero Dios.

Él es nuestra carne nosotros somos su carne, verdadero Hombre hecho como nosotros. Él ha conocido el



hambre y la muerte.

La Lanza traspasó su costado hecho de verdadera carne, por una verdadera llaga corrió verdadera sangre. *Y de ella salió un poco de sangre y un poco de agua.* Es verdadero Hombre, de nuestra misma carne que ha conocido la sed y el hambre, Todos sabrán que es verdadero Dios. Todos mirarán a Aquél que fue traspasado.

Los caballeros salían y se ponían en filas de batalla en la llanura. Se les veía desde las murallas, atravesaban el puente, escuadrón tras escuadrón, todos avanzaban, normandos, ardeneses, flamencos, franceses, se ponían en filas alineadas como surcos, de frente al

campamento de los turcos; y los turcos no eran rápidos para prepararse para la batalla. Reunían su caballería a los dos lados del puente, se creían tan fuertes que ni siquiera se daban prisa. Tenían cuatro veces más de caballos y diez veces más de arqueros, y debían pensar: nos será fácil envolver a esos perros de cristianos y echarlos al río.

Habían comido bien la víspera y aquella misma mañana. Pensaban: esos cristianos salen por desesperación, porque se mueren de hambre.

Los cuernos sonaban en los muros, los cuernos sonaban en todas las filas del ejército. Pues he aquí el milagro: todo el ejército estaba fuera de los

muros en filas para la batalla y los turcos no se habían acercado. Esperaban, porque ellos tenían muchos más caballos.

El obispo elevó la Santa Lanza como un leñador con los dos brazos eleva el hacha para cortar el pie de un árbol en dos. ¡La elevó, la blandió, la alzó, con toda la fuerza de sus brazos, lanzándola sobre el enemigo con un ademán, con un movimiento convertido en inmovilidad de piedra! Sujetaba la Lanza con las dos manos y se agarraba a ella como si hubiera sido un pedazo de cielo, la Lanza se hundía en el cielo, que había bajado a la tierra, y atraía hacia ella la fuerza de Dios. Era la señal, los cuernos

sonaron para la partida y los caballeros se pusieron a gritar.

Los caballeros partieron en medio de un clamor espantoso, lanza hacia adelante, y se precipitaron en la llanura hacia el campamento, para después desplegarse en dos grandes abanicos y extenderse en una única gran línea de dos filas apretadas, galopando con un galope igual y pesado. En este momento se produjo una parada, un choque de escudos y de lanzas. Y casi inmediatamente la carrera volvió a empezar. Habían pasado por encima de los caballos y sus jinetes como por encima de un rebaño de corderos, estaban en medio de la caballería turca y

su movimiento apenas había frenado; sólo con el peso de sus lanzas se veía a los caballos que caían en el suelo. Apenas se veía de lejos las flechas que caían sobre los jinetes como un granizo negro cogido en un torbellino de aire.

La masa de lacayos y de arqueros llenaba ahora la llanura, corriendo hacia los turcos caídos. La caballería seguía avanzando. Lentamente, penosamente, como una gran ola cuya inercia se rompe contra remolinos de lodo. Habían alcanzado ya el antiguo campamento cristiano y el gran cementerio donde la tierra estaba blanda y desnuda, y un polvo tan grande salía de allí que en la luz blanca sólo se veían unas nubes

blancas y amarillas y los chispazos de unos relámpagos.

Como si verdaderamente el cielo hubiera bajado a la tierra. Los lacayos seguían corriendo, con los garrotes y los cuchillos levantados, la ciudad se vaciaba de sus hombres sanos, todas las puertas estaban en este momento abiertas.

Habían roto las filas de los turcos, la caballería seguía avanzando. Desde lo alto de las murallas se veía a los caballeros cristianos desdoblados, al lado de cada uno un jinete blanco brillaba como el acero al sol.

En la llanura aplastada por el sol blanco a través del polvo blanco se veía

a los jinetes blancos que volaban por el aire por encima de las cabezas de los turcos, pisoteándolos con los cascos de sus caballos.

Los turcos huían.

Por los dos lados: unos en dirección del mar, otros hacia el norte, pero la caballería no había roto sus filas. Separados en dos cuerpos se les veía de lejos como una bruma que se aleja, en el polvo no se distinguía nada, solamente se sabía que el espacio entre el campamento abandonado y la batalla se hacía cada vez más vasto.

*Dios los protege, son unos santos.*

La llanura estaba sembrada de cuerpos de caballos y de hombres y de

tiendas caídas; los soldados corrían hacia adelante. Remataban a los heridos aplastados por la caballería y seguían corriendo.

Orden de Dios y de san Andrés, no detenerse hasta la noche.

Iban lanzados como las piedras que echan a rodar. La alegría da fuerzas. Dando gritos, como sementales que ven unas yeguas, se habían precipitado fuera de las puertas, con los palos, las hachas, los cuchillos levantados. Los soldados turcos abandonados por su caballería, perdidos en las nubes de polvo, se reagrupaban, se atrincheraban detrás de los cadáveres de los caballos. El calor era tan fuerte que la paja sembrada por



lodo el campamento ardía sola, las reservas de heno se quemaban. Los turcos recogían con la punta de las picas gavillas de paja ardiendo. Caballos perdidos daban vueltas en redondo aplastando y mordiendo todo lo que encontraban a su paso.

Esos infantes turcos eran valientes, se vendían muy caros. Tal masa de hombres afluía sobre ellos que debían retroceder, así los echaron hasta el río, en filas apretadas, y a los que sobrenadaban les tiraban piedras. Sin embargo muchos pudieron salvarse a nado.

El hacha trabajó duramente aquel día. Santiago se había recuperado de su

debilidad, es cierto que sólo con pensar en poder comer por la noche se recuperan las fuerzas. Después de la primera estrella se podrá saquear el campamento.

El hacha se había vuelto tan pesada que había que arrastrarla en lugar de llevarla al hombro. Los turcos, incluso heridos, tenían todavía fuerzas para lanzar sus jabalinas. Al primero que vio, Santiago le lanzó el hacha a la cara, torpemente, y le rompió la nariz y los dientes, el hacha abrevada con sangre volvió a tener vida. Es espantoso sobrepasar el límite de las fuerzas vivas.

Un momento antes Santiago se había

dicho: si me acuesto me muero, e inmediatamente después levantó el hacha con los dos brazos. Sobre todo lo que se movía. Aunque hubiera estado solo en medio de los turcos armados con sables no se hubiera dado cuenta. Sólo veía ante él cabezas de caballos que reían, dientes ensangrentados. Una jabalina le rozó el hombro, tres flechas le pasaron por encima del pelo. Él las sintió y se envalentonó: no se atreven a hacerme daño, la Santa Lanza nos protege.

En sus venas en lugar de sangre corría un vino muy fuerte que hacía mover sus brazos y sus piernas como máquinas accionadas por cuerdas. No

era su sangre era la sangre de Jesucristo.

¡Santiago, Santiago! —¿Qué me quieres? Mateo estaba allí, sí, Mateo. Mateo había caído de rodillas. Con una flecha en el brazo derecho. Santiago se inclinó y Garin también. —Venga, levántate, una flecha no es gran cosa, no es difícil de quitar. Mateo tenía los labios grises y las mejillas del color de la cera sucia. Desmayado. ¿Qué hay, muchachos? No hay tiempo que perder, lo menean. Santiago le arranca la flecha, los brazos de Mateo no se estremecieron.

¡Por una simple flecha! ¡Miserables de nosotros, es por el hambre! ¡No ha podido soportar una flecha en el brazo!

A diez pasos de allí una banda de turcos escondida detrás de tres caballos reventados seguía tirando. ¡Qué perros, para qué se empeñarán, es nuestro día, saben muy bien que están perdidos!

Los que comen no lo saben, no saben que los perros rabiosos muerden con más fuerza que los otros.

Elías el Picoso iba andando a lo largo del río, acechando con su mirada apagada todo lo que quedaba vivo en el montón de heridos. Llevaba las piernas manchadas de sangre negra, una flecha le colgaba de la espalda, otra de la cadera derecha. El hacha entre sus dos manos danzaba sola, abatiéndose de izquierda a derecha sobre los cuerpos

caídos en el suelo, Elías andaba por encima de rostros y de pechos, no sentía alegría, no eran más que muertos. Picaba carne muerta. Si por casualidad algo se movía, se paraba y apuntaba para romper un cráneo por la mitad. Aquel día había matado a los que todavía se mantenían en pie, cuántos, no lo sabía, diez veinte cien, las ganas de matar era tan fuertes que mataba diez veces al mismo turco, o diez turcos no eran más que uno sólo, se veía rodeado de inmensos tajaderos de carnicería, soñaba con mataderos donde la sangre corría en largos regueros sobre las losas, como un cazador furtivo despedazaba a hachazos a todos los

ciervos en el bosque señorial.

Sus compañeros le seguían como los perros siguen al cazador. El día es caluroso pero resistiremos hasta la primera estrella. Así lo ha ordenado san Andrés, nada de pillaje y quien se pare o retroceda será condenado.

Iban a través del campamento devastado dejando detrás de sí las tiendas y los establos y los recintos donde, al lado de los corderos que pacían tranquilamente, los camellos levantaban con un aire altivo sus cabezas de grandes ojos asombrados y tristes.

Desde hacía tiempo no se veía más a los caballeros, los hombres de a pie

seguían andando, a multitudes. Andaban como si hubieran olvidado que tenían que volver después a la ciudad.

Al ponerse el sol vieron aparecer, sobre el cielo rojo, nubes de polvo violeta: la caballería volvía, al paso pesado de los caballos agotados, lanzas cargadas de cabezas, banderas manchadas de sangre, túnicas ennegrecidas; cansados hasta no poder mantenerse en la silla.

Cansados hasta no poder gritar de alegría. La caballería volvía, no podían perseguir más a los turcos, no había que temer que ellos volvieran.

Sabían lo que es un ejército dispersado y huido, les habían



perseguido sin parar hasta la caída del día. El cielo estaba azul como un zafiro, con grandes manchas blancas al horizonte, los caballeros bajaban del caballo para acampar en medio del campo a lo largo del río, para beber y abreviar sus monturas.

La Santa Lanza volvía, rodeada de una fila de banderas y otra fila formada por las lanzas con una cabeza en la punta: cabezas de emires, cuidadosamente escogidas, más bellas que oriflamas, los clarines recobraban la respiración para tocar a victoria.

No volverán.

No volverán, no volverán.

La llanura está libre desde aquí

hasta el mar, sobre la ciudadela flotan los estandartes del conde de Toulouse.

Los niños ya no lloran, en tres días han recibido la costumbre de comer.

Largas caravanas se adelantan por los caminos, unos barcos remontan el día, Antioquía no carecerá nunca más de pan ni de carne ni de fruta ni de vino.

Quien no pueda comprarse víveres puede ir a pedirlos a los ricos y a los conventos y a los palacios de los barones. Nadie volverá a vender un saco de harina por una moneda de oro.

# VII

¿Llegaremos a Jerusalén antes del día de Todos los Santos? Mejor aún antes del día de San Pedro ad Vincula, pues el hierro hay que batirlo cuando está caliente. Hoy los turcos tienen tanto miedo de nosotros que nos dejarán pasar sin sacar la espada.

Desgraciadamente, Antioquía era actualmente una ciudad de pecado, llena de concubinas de toda especie, las que los hombres tenían antes de entrar en la ciudad y las que habían encontrado en la

ciudad. Hasta los mismos sacerdotes dudaban en barrer este pecado, pues, pensaban, que una vez casadas estas mujeres estarían obligadas a seguir a sus maridos y entonces habría en el ejército tantas mujeres y tantos niños que frenarían la marcha.

Por eso todos esos jóvenes que habían tomado la cruz hubieran podido esperar a haber tomado Jerusalén y casarse después. Por otra parte, Dios abomina el pecado de lujuria; y si una vez perdonó y absolvió a los cristianos y los libró de sus enemigos, pudiera ocurrir muy bien que viendo su concupiscencia animal, se arrepintiera de su perdón.

En la casa de las gentes de Arras — donde desde la noche de la victoria, faltaban cinco hombres, muertos en el campo de batalla— vivían ya seis mujeres sirias, casadas legítimamente pero que no hablaban francés. Y un muchacho llamado Juan el Batanero, un picardo de los telares de Arras, había llevado una joven completamente negra, Selima, una muchacha bella por otra parte, alta y construida como una princesa, pero negra, más negra que la cáscara de una castaña asada, sólo tenía un color humano en la palma de las manos y por dentro de los labios. No tenía mucho más de quince años y quería ser bautizada. Sabía un poco de árabe,

entonces un sirio que comprendía el griego hablaba por ella al padre Alberto y el padre Alberto traducía en francés a Juan, así que ¡fijaos, unos esposos que tenían necesidad de dos intérpretes para hablarse! Pero Selima tenía mucho interés en hacerse cristiana y creía en la Santa Lanza. Como era honesta y virgen, era justo casarla. Así pues, fue bautizado en la iglesia de Santiago, pero desgraciadamente el bautismo no le hizo nada, siguió siendo igual de negra que antes. Pronto aprendió un poco de francés, pues Juan estaba muy enamorado de ella.

Elías el Picoso no abandonaba a su concubina y como de nuevo tenía una

banda de muchachos de su devoción, e incluso tres hombres de los quedaban de Amiens, no era fácil hacerle entrar en razón.

Todos la habían visto, todo el mundo había visto a esta concubina, el día de la victoria había salido al patio con las otras mujeres y, como ellas, había subido a la azotea para aclamar a los caballeros. Delgada y hambrienta, era sin embargo una perla perdida en medio de las piedras, Alix la había mirado durante mucho tiempo y se había puesto muy triste: lo que quedaba de la gran belleza de Alix la de los Treinta Escudos, lo que quedaba de esta belleza hacía que los caballeros se volvieran a

su paso, pero al lado de la bella Eufemia ningún hombre del mundo la hubiera mirado. Durante mucho tiempo las dos mujeres se habían mirado de arriba abajo, como dos combatientes, y los ojos de Eufemia decían: en sus buenos tiempos debía valer mucho. A ésa, decía Alix, en nuestro país la hubieran pagado mucho por una noche pero no por dos, pues apostaría a que no sabe ni reír ni contar cuentos.

Hubo gente que dijo al Picoso: podrías vender muy cara a tu concubina, pues los griegos de aquí compran esclavas. Y hasta alguno de nuestros caballeros se la llevaría de muy buena gana. El Picoso dijo: Vete a vender a tu



madre.

Para volverse a poner en camino valía más esperar el final de los grandes calores.

Había que comprar nuevos caballos y nuevas armas; reparar las armaduras, volver a pintar los escudos; fabricar nuevas carretas y nuevas tiendas de campaña; comprar corderos y bueyes, que había que ir a buscarlos lejos, pues ya no se encontraban en veinte leguas a la redonda.

Había que enterrar a los muertos con decencia y consagrar de nuevo el cementerio profanado por los turcos. Las obras no adelantaban mucho, pues el osario del desfiladero despedía un olor

tan horrible que incluso relevando cada hora a los hombres de un equipo, no se transportaban más de cien o ciento cincuenta cuerpos al día —Dios mío, ¿hubiera habido que quemarlos o dejarlos sin cristiana sepultura?—; los parientes y amigos de los difuntos bajaban al camino, rezaban al borde de las enormes zanjas donde colocaban a los cuerpos unos junto a otros; ya no se podía reconocer a ninguno.

¡Hermanos, Dios en su misericordia nos permite entrar vivos en la sombra de la muerte! No os preocupéis, armaos de paciencia, el olor de podredumbre no es más inmundo ante Dios que el olor de lilas. Las carnes deshechas nos asustan

pero no hieren la mirada de Dios.

Lo que los hombres ocultan en las entrañas de la tierra se nos aparece ahora en su verdad. ¡Lo que somos y lo que seremos, la verdad de nuestra carne, no tengáis miedo pues los muertos y los vivos no son más que uno!

Dios nos muestra humillados y crucificados a estos hermanos nuestros que han sufrido por Dios, no despreciéis esta carne que es la muestra. ¡Esta carne resucitará en el Último Día y de esta misma tierra resurgirá firme y fresca y viva, los huesos se tenderán de nervios y los nervios de músculos y los músculos de piel resplandecientes de blancura, como lo dijo el profeta Ezequiel!

Pues no llegaremos a Jerusalén antes de que todos los terrores del infierno nos hayan sumergido. El que resista hasta el final se salvará.

Fray Bernabé hablaba de esta manera y con un valor sin ejemplo seguía las camillas llenas de pestilencia y examinaba lo que quedaba del rostro por debajo del hormiguero de las larvas, apretando contra su pecho una cruz de madera. Su piel era amarillenta y seca, sobre sus mejillas huecas crecía la barba pelirroja y polvorienta, sus ojos profundos y ojerosos estaban quemados por las lágrimas.

Oh hermanos muy amados, hoy nos vemos de tal manera que hasta el rostro

de los leprosos nos parecen bellos. Sabed, vosotros que todavía no estáis lejos, que nuestro amor por vosotros no ha cambiado en nada. Camaradas de viaje, ahora vuestra carne conocerá por fin la paz de la tierra y vendréis con nosotros a Jerusalén.

Los hombres armados de palas rellenaban las zanjas y raramente un trabajo de enterrador fue llevado a cabo con tanta alegría y paz. La podredumbre había sido absorbida poco a poco por la tierra, las zanjas se llenaban de la buena tierra sana, amarilla y arcillosa, mezclada con guijarros rotos. Los sacerdotes pasaban seguidos de los chantres, rociando la tierra con agua

bendita.

Isabel. ¿Se pudo adivinar cuál era el cuerpo de Isabel? Con su joroba, con la cinta azul en la cabeza, ¿se pudo reconocer la? ¿Cómo saberlo? Los huesos están rotos, la cinta ya no es azul, María no estaba allí, tenía fiebre. María tenía fiebre y deliraba, hablaba de Isabel y de su cinta, y de Ondina, creía que Isabel estaba viva. Devuélveme la cinta, es el botín de Santiago, dámela para que la mire otra vez, es de las dos y se la daremos a Ondina el día que se case con Pedro. No llores, vamos, cómete mi torta no tengo hambre te lo juro. No llores mira la cinta. Y María lloraba como un niño y decía que no

quería pan, que había que guardarlo para mañana, que había que rezar a la Santa Lanza para que hubiera pan en la ciudad. Así, entre los que habían sido más valientes durante el asedio, muchos flaqueaban en cuanto que no había ni hambre ni peligro. No se les podía reprochar, en el momento de la prueba habían sacado de sus almas más fuerzas de las que Dios les concedía.

Baudry erraba de la casa a la iglesia, de la iglesia al patio de la casa, como si no llegara a comprender que en este momento había víveres para más de quince días, dos corderos vivos en el patio, los chicos que recogían grano durante todo el día, las mujeres que se

disputaban para lavar la ropa, total que ya no había que pasar el tiempo buscando comida para la gente. Después de la alegría de los primeros días le invadía la inquietud, no sabía por qué no se hablaba todavía de la marcha a Jerusalén.

Que terminen los calores, sí; pero más valía ponerse en camino mientras hacía calor que correr el peligro de otro asedio en invierno. Pues en ese momento hasta los más simples y los más ignorantes sabían a qué atenerse sobre el país: se decía que en Jerusalén el invierno no era más suave que en Antioquía, era incluso peor, que la ciudad estaba en plena montaña, los



sirios hablaban de tempestades de nieves, de heladas y de lluvias torrenciales. Si no se toma la ciudad antes del invierno, los caballeros tal vez sobrevivirán, pero los pobres no. Camarada, estamos en manos de Dios, si no esperamos el milagro no podemos esperar nada. Fray Bernabé creía en el milagro, aunque él mismo estuviera muy cansado, estaba seguro que era mucho mejor llegar a Jerusalén mientras tenían todavía ojos de carne y un cuerpo de carne. El que resista hasta el final se salvará.

Filoteo iba a menudo al cuarto de los dos jefes para hablar con ellos. Estaba bien informado, por sus amigos y

por su cuñado siempre tenía noticias frescas. Decía que el Sultán no podría reunir tropas antes de un año y que en Alepo y en Trípoli los reyes de estos países estaban dispuestos a hacer la paz con los cristianos. Decía que los griegos que habían venido de Jerusalén estaban seguros de que la ciudad sería liberada antes del invierno y que los cristianos de los países latinos no debían tardar demasiado, pues la iglesia de Jerusalén estaba sufriendo un martirio cruel por parte de los egipcios, dueños insolentes y peores que los turcos. —¿Es a nosotros a quien hay que decirlo, Filoteo? Es al príncipe Bohemundo y al duque Godofredo y al conde Raimundo a

quien hay que contárselo. —No temáis, se les cuenta todo eso y mucho más.

La historia de la bella Eufemia era trivial y triste: hija de un rico armero, había sido capturada por los piratas en los Dardanelos cuando su familia se dirigía de Tiflis a Trebisonda; entonces no tenía más que once años, pero su cara era tan bella ya que no fue violada, la vendieron en Ankara a un corredor de un gran comerciante de esclavos de Bagdad; y en Bagdad —el mercado más grande de esclavos del mundo— recibió una buena educación, aprendió a hablar y a leer el árabe y el griego, a tocar tres instrumentos de música, a cantar y a decir poesías y a hablar de amor, pues

su amo estaba en tratos con el primer eunuco del príncipe Sanjar, rey de Jurasán y hermano del Sultán, y la preparaba para el harén de este príncipe. Más tarde, cuando el negocio estuvo concluido y la joven esclava fue enviada con buena escolta a Jurasán, la caravana fue atacada por los beduinos. Vendida en el mercado de Alepo, la muchacha fue comprada por Kutchuk, uno de los emires de Yaghi Siyan, señor de Antioquía, el cual la destinaba a su hijo mayor Marduk ibn Kutchuk, pues se sospechaba que este joven pertenecía al Partido (así llamaban a los que reconocían por califa al descendiente de Alí) y su padre para distraerlo de una

pasión nefasta para la salvación de su alma, quería darle una bella esclava. El joven vio a la muchacha y fue alcanzado por las flechas de Eros, y como era de un natural salvaje la obligó por la fuerza a compartir su lecho.

Esta desgracia obligó a Eufemia a replegarse sobre ella misma y a recordar la fe de sus padres. Su señor, que tenía un buen corazón, le permitió tener en su cuarto una imagen de la Virgen y la hacía llevar a la iglesia griega todos los días de fiesta. Eufemia era desde hacía un año la favorita de Marduk cuando la ciudad fue tomada por los cristianos. No había cumplido todavía los dieciocho años; sus pechos

estaban todavía intactos y firmes, sus caderas tan lisas que no se veía la línea del hueso. Pensaba que ella valía mucho dinero. En Antioquía ya no había un verdadero mercado de esclavos, pero los corredores compraban para los comerciantes de Alepo y de Homs. Filoteo le decía: ¿Quieres volver pues con los infieles? Sería un pecado. —La Santísima Virgen es mi testigo: ¡si con los cristianos pudiera llevar yo una vida honesta, no pensaría en ello!

Filoteo iba a verla a menudo y a veces durante la ausencia del Picoso; era el único hombre que ella pudiera ver, pues de él Elías no desconfiaba. Un día el padre Alberto preguntó a Filoteo

por qué él, un hombre letrado, tenía tanta paciencia respecto a un personaje tan grosero. Filoteo respondió: ¿Acaso era menos grosero el día en que detuvo el caballo que se echaba encima de mí?

El Picoso trabajaba en la reconstrucción de las murallas; rompiendo y transportando piedras todo el día, volvía reventado, negro de suciedad, con la voz ronca, pero contento, pues llevaba dinero. Él se lo daba a Filoteo: tú conoces la ciudad y los precios, compra lo que haga falta. Tarea humillante para un hombre libre, pero Filoteo excusaba la ignorancia del bárbaro. Le había cogido cariño a Elías. No se atrevía a confesarse que se había

apegado más a la chica y que para hacerle la vida más fácil hubiera recorrido todas las tiendas de Antioquía; a menudo, cuando el dinero de Elías no era suficiente, él iba a pedirlo a sus amigos.

Después de vísperas, en la habitación de Elías, la joven encendía una lamparilla y calentaba la sopa en el brasero colocado delante de la puerta. Elías comía ruidosamente, como un perro, gruñendo y sorbiendo y sin mirar a nadie. Se limpiaba la boca con la mano y se santiguaba con prisas; después se ponía a mirar a su concubina.

Era el momento de hablar. Se obstinaba en querer hacerla hablar y



escuchaba, con la mirada sombría de sus ojos pálidos fijos en la boca de la joven, su mirada fija en esa boca como la mirada de un cazador que quiere distinguir su presa en las ramas de un arbusto; y sus labios se movían como si él repitiese las palabras que la mujer decía. Pero era tan lento que ni siquiera sabía todavía tres palabras de griego. Filoteo traducía y Elías decía: pregúntale también, pregúntale, dile...

Quería saber si echaba de menos a su país; si la vida era buena en ese país, si ocurría que el trigo se helara a menudo, pero con gran sorpresa vio que ella no lo sabía. ¿Su familia? ¿Qué sabía ella? ¿Qué sabía en qué país los habían

vendido? Su padre era un hombre bueno, seguramente los piratas lo habían matado en el abordaje, pero ella no sabía nada, se la habían llevado como un paquete, envuelta en una sábana.

Pregúntale si ha amado a su turco. —No, no lo había amado, ¿qué mujer puede amar a un hombre que la ha poseído a la fuerza? —Pregúntale si lo ha detestado. —No, era bueno. Le daba todo lo que ella quería.

Pregúntale si ha amado a un hombre. —¿Se le puede preguntar eso?, dijo Filoteo. —Te digo que se lo preguntes. —A ti, puedo decírtelo, Filoteo, pero él no lo comprenderá. Pues yo he amado con toda mi alma al príncipe Sanjar, al

cual me destinaban, y desde que me hicieron indigna de él no amaré jamás a ningún hombre.

¿Qué está diciendo, Dios, qué está diciendo? —Bueno, repíteselo, me da lo mismo... —Pero, dijo Elías, yo creía que no había visto nunca a ese príncipe (descreído que Dios lo maldiga). Eufemia dijo con una sonrisa dulce y altiva que las mujeres de corazón delicado no tienen necesidad de ver para amar, que la fama de las virtudes de ese príncipe era bastante grande, todos los poetas celebraban su valor. ¡Qué loca, dijo Elías, qué loca, la volvieron loca con esas canciones! Dile que a su príncipe no le han faltado

seguramente nunca concubinas y que le tenía sin cuidado ella. Esto, Filoteo no quiso traducirlo.

Pregúntale si me quiere. —¿Para qué? Te dirá que no. De todas formas, pregúntaselo. Filoteo se lo preguntó, bastante apurado; la joven frunció las cejas, nada más que un segundo, como para alejar de su frente una mosca inoportuna. Bueno, dile que lo quiero. —Dice que no sabe. Elías no se esperaba esto y se sintió feliz, pero Filoteo tuvo algún remordimiento.

—Pregúntale, dile que yo la quiero. Que la quiero mucho.

Elías miraba fijamente la cara de la mujer mientras que el griego traducía.

Esa cara tierna y fría con ojos de Virgen. Con una llamita de fastidio burlón, apagada rápidamente. Por muy imbécil que se sea, a fuerza de mirar una cara se aprende a adivinar lo que dice, se sea imbécil o no. —Filoteo, dile, dile, el día que yo la encontré, ello lo sabe muy bien, lo que los soldados querían hacer con ella, sólo eran cuatro, pero sin mí toda la compañía de Rouen hubiera pasado sobre su cuerpo.

Dile que en esta casa, después de fray Bernabé y de Baudry, se puede decir que yo soy el primero, y que ni siquiera Baudry se atreve a decirme una palabra de más. Y que en Nicea un caballero dijo que yo me hubiera

merecido ser noble.

Por una vez hablaba tan de prisa que a Filoteo le costaba trabajo recordar todo para traducirlo; Eufemia no escuchaba y se limaba distraídamente las uñas con la hebilla de su cinturón de seda.

Dile que por su culpa yo vivo en pecado y sin gran provecho, pues ella no sabe hacer nada, ni siquiera despiojar, tienen que hacérmelo los muchachos, y casi casi tengo que servirle la comida yo a ella; dile que si yo no tuviera estas picaduras en la cara no sería más feo que cualquier otro.

De madrugada, los hombres salían del patio en busca de trabajo. Los

albañiles eran los que tenían más suerte, después les seguían los picapedreros y los pintores, los demás sólo encontraban trabajo de peones; y para que los contrataran por un día tenían que levantarse muy temprano. En las calles donde vendían grano y legumbres, las tiendas estaban ya abiertas, pero los precios eran muy altos y el pillaje prohibido, sólo los niños robaban en los escaparates, cuerpo menudo, piernas largas, era difícil que los cogieran.

No es fácil encontrar trabajo en una ciudad extranjera sobre todo si no hay empleo para vuestro oficio.

En Antioquía había desde luego fábricas de tejidos, pero aquel año

escaseaban la lana y el cáñamo, los telares se habían medio quemado en un incendio, los patrones instalados de nuevo eran más duros que los turcos, no querían pagar so pretexto de que se habían arruinado y que los obreros *celtas*, como ellos decían, estaban acostumbrados a otros telares y hacían un tejido muy suelto, por eso los pocos tejedores que habían encontrado trabajo dejaron los telares al cabo de quince días, decidiendo entre ellos no volver a trabajar nunca más para los armenios; en este país el obrero era tratado peor que un prisionero de guerra. Si los sirios aceptaban esa clase de trabajo, allá ellos. A los peones que descargaban



sacos de arena o preparaban la madera para los andamios, les pegaban tres denarios al día, además de la comida del mediodía.

He aquí lo que anunciaban los pregoneros del señor obispo Adhemar: que no era justo irse de la ciudad dejándola como una porqueriza, teniendo en cuenta que era una ciudad noble, santa y cristiana, y que los cristianos debían reparar los daños causados por el asedio y reconstruir las iglesias estropeadas por los turcos y reforzar las murallas. Para que las gentes del país no puedan decir que el remedio es peor que la enfermedad y los cristianos católicos peores que los

paganos.

Y que para ponerse en camino hacia Jerusalén el ejército debía equiparse de nuevo, que debían llegar refuerzos y armas y caballos por el puerto de San Simeón, y que los piadosos peregrinos debían tener paciencia, pues sabían muy bien que sin la ayuda de la caballería les ocurriría lo mismo que a las gentes caídas ante Nicea.

Saberlo, sí que lo sabían. Pasaba una semana, después otra, después un mes entero. Alrededor de los barrios de los comerciantes había unas cadenas tendidas en las calles y guardias armados, los griegos y los armenios se atrincheraban en sus casas, en la ciudad

el soldado era rey.

Pedro Bartolomé, el hombre que había encontrado la Santa Lanza, vivía en el barrio provenzal, rodeado de clérigos y de sacerdotes que le interrogaban todo el tiempo, pues tenía muchas visiones. A decir verdad, era un santo hombre pero el Espíritu no le visitaba todos los días.

San Juan, que erraba sin cesar de una iglesia a otra y del palacio del obispo al del patriarca, volvía con frecuencia al patio después del toque de queda y contaba siempre historias inimaginables: sin cesar se encontraba con los apóstoles, con María Magdalena, con Herodes Antipas o

Poncio Pilato, y como para él toda prostituta era María Magdalena y todo caballero que se refrescaba la cara en una fuente de la ciudad, Poncio Pilato, nadie le hacía caso ya.

María, que se había puesto buena de la fiebre, se ponía en la cadera a Pedrito, que tenía un año y ya pesaba bastante, y salía con otras mujeres a buscar trabajo para el día. En las casas ricas, como los griegos habían perdido durante el asedio a muchas sirvientas, solían encontrar trabajo para fregar los suelos o acarrear agua. Los griegos no pagaban pero alimentaban bien.

Filoteo pasaba siempre a ver a fray Bernabé y a hablar de las desgracias de

Jerusalén. Los monjes y los sacerdotes, decía, no podían salir casi a las calles fuera de los barrios cristianos, y cada día detenían a varios griegos, los trataban de espías y de enemigos. —Te tengo cariño, Filoteo, dijo fray Bernabé, y me gusta oír las noticias de Jerusalén, por muy tristes que sean, pues con frecuencia son noticias de nuestros hermanos. Pero será mejor que te quedes más a menudo en la ciudad con tus amigos. —¿Por qué? —En la casa cuentan que muestras demasiado interés por la concubina del Picoso. Filoteo sonrió amarga y suavemente. —¿Acaso puedo hacer yo daño a la concubina de cualquiera? —Yo no lo sé, griego. Hay

que reconocer que tú no eres ni viejo ni feo. Filoteo se encogió de hombros, pensando seguramente que fray Bernabé pecaba por exceso de caridad.

Subía a la galería y se paraba delante de la puerta de la habitación de Elías, los sabuesos que montaban guardia lo dejaban pasar; eran dos muchachos de unos trece años, muy perezosos, que se quedaban allí todo el día rascándose y jugando a las tabas; pero eran fuertes y tenían unos palos con clavos, era peligroso contrariarlos.

Eufemia, arrodillada en el suelo, extendía masa sobre una servilleta blanca. Elías, fastidiado de ver que no sabía hacer nada, había terminado por

comprender que sabía hacer pasteles y Filoteo le había procurado un poco de harina, miel y almendras; Eufemia, en efecto, era una buena pastelera, y se pasaba las horas amasando y estirando la masa blanca y fina con sus largos dedos, la enrollaba, la volvía a estirar y hacía con ella unas hojas transparentes sobre las que ponía almendras machacadas. Después las ponía a secar, las cocía en el brasero, las untaba de miel, y así se pasaba los días. Tenía la costumbre de comer poco, pero se ponía contenta cuando Filoteo le llevaba una naranja o un higo. Cuando lo veía entrar se le animaba la cara, la mirada se le volvía curiosa y ávida. Y sin embargo,

Filoteo no solía llevarle buenas noticias. Pero ella seguía esperando. Era una muchacha obstinada, testaruda, una muchacha poco inteligente.

Siempre le pedía que se informara en la ciudad sobre los comerciantes de Alepo, que seguramente tenían agentes en Antioquía. —¿Acaso soy yo un muñidor?, decía Filoteo. ¿Soy yo quien tiene que venderte? —No veo otro medio para salir de aquí: me hace vigilar, no puedo ver a nadie. Un comerciante puede ofrecerle un buen precio por mí. —Nunca querrá venderte.

Eufemia se sentaba en un haz de paja cerca de la ventana; por encima de la reja de la ventana había una tela



amarilla sujeta con unos ganchos de plomo, pues Elías, que no era tonto, no quería que vieran a Eufemia por la ventana. Eufemia se ponía allí, con la cara junto a la tela, en la luz amarilla su cara aparecía pálida y caliente como un nenúfar a la luz del sol poniente. Suspiraba y se ponía a hablar de Bagdad, donde en una habitación pavimentada con mosaicos azules ella leía poemas de amor. Suspiraba por su amor perdido: ante un hombre como Filoteo no le daba vergüenza hablar de ello.

—¿Quién sabe? A lo mejor hubieras envejecido en el harén del rey de Jurusán, hubieras perdido la belleza sin

siquiera haber visto de lejos el rostro del príncipe. —Yo no tengo corazón de mercenario, decía ella. Le hubiera dado mi vida sin pedirle una mirada a cambio.

—Lo que tú llamas amor no es más que el sueño de un niño. No conoces nada del amor.

—Conozco lo bastante, dijo Eufemia, para saber lo que no es el amor. La bestialidad de los hombres no es amor.

—El hombre con quien tú vives ahora siente por ti un amor verdadero. Eufemia levantaba los ojos, vagamente sorprendida, como si Filoteo acabara de pronunciar de repente una frase en una

lengua extranjera. Y a decir verdad era cruel hablar en favor de Elías. — Eufemia, hubieras podido caer en manos de un viejo rico depravado, repugnante, monstruoso; entonces te acordarías del celta.

Ella no comprendía. Quería dormir en una casa, tener ropa limpia, bañarse, ser servida por esclavos, total llevar una vida humana.

No podía más. Esa pestilencia que la rodeaba, esos piojos que no lograba exterminar de sus cabellos, esa comida infame, los gritos discordantes de esos salvajes en el patio, ese hombre sucio que se rascaba los pies y a continuación metía los dedos en la sopa, esos chicos

llenos de sarna sentados junto a la puerta..., ni siquiera una mujer para servirme, sus mujeres son tan sucias como los hombres. Elías no quería dejar que una mujer del país se acercara a ella, desconfiaba.

—Dime, decía Filoteo, ¿qué puedo hacer yo para ayudarte sin hacer daño a ese hombre? Él me salvó la vida. Eufemia erguía la cabeza con una risa despreciativa.

—¡Un caballo o un perro pueden salvar también la vida de un hombre!

—Si mi caballo me hubiera salvado la vida, yo no lo mataría.

Eufemia meneaba la cabeza y volvía a su idea: buscar a alguien que ofreciera

un buen precio. Incluso entre los cristianos celtas debía haber hombres sensibles a la belleza de las mujeres. — ¿Qué precio? No lo aceptará jamás. — ¿Pero por qué, preguntaba Eufemia, *por qué?* — Está enamorado. De nuevo, Eufemia ponía esa expresión ausente y obstinada.

Y decía: Me moriré si tú no me ayudas a salir de aquí. Me estrangularé con el cinturón y mi alma será condenada y tú serás responsable de mí ante Dios. — Eufemia, aunque yo no sea un hombre, soy un hombre al fin y al cabo, el corazón me arde cuando te veo. No te burles de mí, el juego es demasiado fácil. Haré todo lo que tú

quieras, excepto ayudarte a venderte a los turcos.

Eufemia lloraba. Un corazón tierno, un corazón desarmado, un corazón que ella podía coger en sus manos y amasarlo como la masa de harina. Lloraba y decía: Sálvame, ayúdame a escapar, te seguiré y nos iremos juntos, no te abandonaré nunca, ¿no serás lo bastante listo para encontrar una astucia y engañar a ese hombre?...

Al día siguiente era domingo y el Picoso tuvo la sorpresa de oír cantar a su concubina mientras disponía los pasteles en el borde de la ventana. Tenía una bonita voz muy pura, parecían quejidos de pájaro, quejidos agudos y

puros, no parecía una voz humana. Eufemia se paró y Elías dijo: Canta, sigue cantando, y ella continuó la canción. Elías se extrañó de ver que había obedecido. Después de todo, no era una mala concubina. Y sus pasteles eran buenos. Si hacía más podría enviar a uno de los chicos a venderlos en los barrios de los caballeros. El dinero no le interesaba mucho, pero le parecía bien que una mujer se ganara la vida, toda criatura debe servir para algo.

Elías le dijo: Canta, habla —*habla*—, había conseguido aprender esta palabra en griego. Eufemia lo miró durante algún tiempo, con una mirada extraña, más bien burlona, burlona sí,

pero no con maldad. Eufemia hablaba; pero no en griego sino en árabe, él lo sabía, por otra parte no comprendía ni palabra, pero ella hablaba y hablaba, sola, como una paloma que arrullara, y como no comprendía nada al Picoso le entró una extraña alegría mezclada con algo de tristeza.

¡Qué bonito es amar tanto a una mujer que dice mil palabras bonitas que no se pueden comprender, palabras que no se comprenderán jamás! Está hablando, que Dios la bendiga mejor que el hada Morgana, sigue hablando, venga, ninguna mujer me habló tanto jamás.

Yo soy un hombre casado, pero no te



creas, no se piensa en eso, ni siquiera el domingo, tengo cinco hijos, Eufemia, más cuatro que hemos enterrado y la Marina que murió en Antioquía, yo no era un mal tejedor pero el maestro me dejaba sin trabajo más a menudo de lo que me correspondía porque no me gustaba la injusticia, no, tú no sabes lo que es la injusticia cuando te quitan de tu salario dos denarios por pieza porque los hombres de Valenciennes aceptan trabajar por menos dinero. Elías hablaba, pero la mujer no lo escuchaba, él se daba cuenta de que estaba pensando en otra cosa. —Eufemia, di Eufemia, tu pecho parece como si fuera harina de trigo de tan suave como es,

cuando miro tus ojos me da vértigo. —  
¿No era extraño atreverse a decir en voz  
alta estas cosas, atreverse a decir lo que  
se tiene dentro del corazón porque nadie  
puede comprenderlo? Eufemia no  
comprendía, ni siquiera escuchaba, para  
ella era como los ladridos de un perro.  
¿Acaso yo soy un perro, Eufemia?...

Filoteo llegaba, vestido con la ropa  
de los domingos, azul oscuro con  
galones verdes. Aquel día el Picoso  
comprendió que, castrado o no, el griego  
era un hombre. ¿Cómo llegó a  
comprenderlo? Filoteo evitaba mirar a  
la mujer y ella volvía los ojos, pero se  
veía muy bien que ella ardía en ganas de  
verlo. ¡Me traiciona como que Dios

existe, le habrá encontrado comprador, va a ayudarla a escapar! —Filoteo, pregúntale: ¿acaso soy yo un perro?

Al oírlo hablar con una voz dura, Eufemia levantó la vista, ¡Qué ojos más malos, se mira así a un animal que nos molesta! —Pregúntaselo, ¿me oyes?, ¿acaso soy yo un perro, sí o no? Filoteo preguntó, ella contestó: ¿Qué he hecho yo para que esté enfadado? —¿Acaso soy yo un perro? —No, no, seguro que no lo es, ¿por qué se enfada? —Entonces, ¿qué es lo que soy? —Un hombre.

Los dos habían retrocedido hacia la ventana, estaban asustados. Era buena cosa darles miedo. —Un hombre,

¿verdad? Tú sabes que soy un hombre. Díselo Filoteo, dile que ella sabe que soy un hombre. Filoteo repitió estas palabras, pero sus mejillas, lentamente, empezaron a ponerse coloradas. Y dile también esto, Filoteo, que tú no eres un hombre. Que si ella no lo sabe, no tienes más que quitarte la ropa y mostrarte completamente desnudo, no tendrás más que quitarte tu bonita ropa y ella verá que tú no eres un hombre.

Filoteo dijo: Eso no se lo repetiré.

—Sí, vas a repetírselo, hijo de puta. O te arranco la ropa delante de ella. Tú quieres cogérmela, por eso es por lo que te has perfumado la cabeza.

Lentamente, Filoteo se volvió hacia

la mujer y le habló. Parecía tranquilo, casi sonreía, pero sobre sus párpados y también sobre sus labios había como un ligero temblor.

Eufemia escuchaba, el rostro como de fuego, tan bella que Elías se olvidaba de tener miedo, ¡pues Dios sabe que a pesar de su ira él tenía miedo de la ira de ella! ¡Qué bella, Señor, qué bella, como para morir! Entonces ella se puso a hablar. Díselo, Filoteo. Díselo todo. Palabra por palabra. Eufemia hablaba de prisa, con una voz sonora, con una voz fuerte y medida, en árabe. Y Filoteo traducía, con los ojos brillantes, el rostro endurecido de repente. Eufemia dice que te adora, que languidece a tu

lado. Que tus abrazos son para ella el Paraíso. Que sólo con pensar en tu rostro se siente traspasada por la espada de la voluptuosidad. Que el vino de tus caricias ha hecho de ella tu esclava sumisa. Lo que ella mandaba decir, incluso en francés Elías lo comprendía a medias, pero comprendía bastante para darse cuenta de que ella se burlaba de él, lo comprendía tan bien que ni siquiera tenía fuerzas para mandarla callar: Elías miraba a los otros dos con una expresión estúpida.

Eufemia seguía hablando y después se echó a reír. ¡Qué carcajada! Eran como los trinos de un ruiseñor, locos, una risa terrible, cruelmente alegre,

como para escucharla toda la vida.

Fascinado, Elías la miraba, después le salió el orgullo, ¿iba a dejarse humillar delante de un eunuco? —Bien afortunado eres que te haya salvado la vida, dijo a Filoteo, lo que se da no se quita. No quiero que traduzcas nada más. Y que no te vuelva a ver en esta habitación. Ganas le daban de echar a ese hombre a patadas, pero no se atrevió a causa de Eufemia. Parece que Dios guardaba a los muchachos. Dios no quería que esos inocentes se perdieran por nada, y les daba fuerzas para que al menos ellos pudieran llegar a Jerusalén.

Todos habían crecido muy de prisa, no se sabía cómo. Los que no se habían

muerto por el camino o durante el invierno del asedio Dios les había concedido la resistencia a la tos y a los sabañones, les había dado fuerzas para comer la peor comida sin caer enfermos. En los barrios de los peregrinos de Antioquía se contaba con más de mil niños lo bastante grandes para andar solos, y de éstos más de la mitad eran adolescentes de diez a quince años. Los pequeños, Dios los había segado durante la travesía del desierto y esa semilla de mártires descansaba bajo un montón de piedras y de arena a lo largo de los caminos quemados por donde en primavera pasan los rebaños de corderos.



Los supervivientes, durante el asedio, corrían por los campos para desenterrar las raíces y se metían en medio de la batalla en las trincheras para arrancar a tiras la carne de los caballos muertos; llegaban hasta a matar chacales, cuya carne, durante el asedio, repugnaba a los adultos (pues en aquellos tiempos los cristianos creían tener hambre pero sólo después de la toma de la ciudad conocieron la verdadera hambre). Los niños formaban bandas, incluso los que todavía tenían padre o madre preferían estar con los compañeros de su edad.

El Picoso tenía una media docena de chiquillos a los que alimentaba cuando

podía; también tenía varios hombres, dos picardos y un valón que se llevaba con él a las obras, en cierto modo se había convertido en jefe de equipo. Él vigilaba su trabajo, cobraba la paga de todos y la repartía, nadie discutía pues era justo. A los niños no les hacía trabajar. Había como una especie de entendimiento respecto a los niños entre los jefes de los grupos de los peregrinos: incluso a los chicos mayores, de catorce o quince años, que en sus países se hubieran ganado ya la vida, no se les pedía nada, sino ir a buscar a veces un poco de leña o agua.

Era asombroso verlos tan altos: como habían estado un año en el mismo

sitio, sin andar ni trabajar, y como el sol de ese país hace crecer más de prisa, los niños a pesar del hambre habían crecido unos cinco pulgadas otros diez; los que la víspera debían ser transportados a espaldas de los hombres tenían ahora la talla de un hombre; pero la inteligencia no había aumentado lo mismo.

Casi todos —hasta los niños bretones— sabían explicarse en árabe, pedían limosna en griego, pero hablaban su propia lengua peor que los pequeños de siete años. Apenas si sabían decir el *Pater*. Creían que Jesucristo se aparecía a los caballeros armado con una espada de siete hojas y subido sobre un caballo de fuego, creían que la Virgen estaba

enterrada en la iglesia de Santa María de Antioquía, creían que en Jerusalén la leche y la miel salen de las fuentes públicas y que el sol no se pone jamás.

Estaban muy fuertes, aunque delgados; las quemaduras del sol les habían llagado los hombros y la espalda, estaban llenos también de llagas de sarna, de sabañones, pero bajo esa capa de miseria sus carnes espesas y duras resplandecían de salud. Las gentes que habían perdido a sus propios hijos los miraban pasar, en bandas, chillando, saltando por encima de los mojones, llamando a las puertas de las casas, los miraban y pensaban: esos por lo menos verán Jerusalén, que les dejen hacer lo

que quieran ya que la vida se mantiene en sus cuerpos.

Entre las niñas, había muchas que se vestían como los chicos, con una camisa gruesa de cáñamo echada sobre el cuerpo de menudos senos; las mujeres les habían cortado las trenzas diciendo: En Jerusalén les volverán a crecer. A causa del hambre durante el asedio habían tenido que dejarlas, no se podía impedir a unos niños hambrientos que corrieran por los campos ni erraran alrededor de las cantinas de los soldados. Esas niñas casi no sabían que eran niñas, tenían la voz ronca, la mano ligera, y los niños las trataban como niños.

En la casa de la gente de Arras había unos quince niños medio salvajes, y los más pequeños los admiraban y les hubiera gustado de seguirles también en su correrías por la ciudad. Por la noche, todos se reunían en el patio, alrededor de las hogueras, los sacerdotes decían las oraciones antes de la cena, Los niños eran los que rezaban con más ardor y no paraban de postrarse y de hacer la señal de la cruz; eso también era un juego.

Eufemia salía de su habitación y se quedaba en la galería, a esa hora sus pequeños carceleros bajaban a cenar. Se aburría tanto que para ella era casi una distracción mirar para el patio lleno de pordioseros bulliciosos, alrededor de

las hogueras encendidas a la luz del día moribundo; esas gentes se quedaban allí, sentados, acostados, en cuclillas, pasándose de mano en mano el cucharón de sopa, los niños corriendo de un lado al otro del patio, las mujeres acunando en sus regazos a los niños pequeños, completamente desnudos.

Esas gentes cantaban canciones de su país, salvajes y de mucho ritmo; las voces eran rudas pero bonitas; Eufemia escuchaba esa música bárbara y se compadecía de esas pobres gentes, que la hacían pensar en animales de los bosques capturados y encerrados. Una raza ruda, supersticiosa, inestable, capaz sin embargo de dar buenos mercenarios

y buenas mujeres para servir, en los harenes, de excelentes nodrizas.

El Picoso volvía de las murallas, maloliente de sudor, con la voz ronca, sin poder hablar de tan cansado como llegaba, Eufemia lo temía. Colocaba delante de él su escudilla de sopa y él se tiraba encima como un perro hambriento; después hablaba. Eufemia se extrañaba de ver hablar a un hombre que sabía que no le comprendían. Elías decía en griego: *habla*, tú, habla. Eufemia no respondía, se quedaba callada, tenía la cabeza vacía, el corazón vacío, sólo esperaba que llegara la noche y el sueño. Desde hacía dos días no había vuelto a ver a Filoteo



y se moría de soledad y de tristeza.

El griego no subía ya a la habitación de Elías, pero todavía iba a hablar con fray Bernabé y el padre Alberto. Al verlo, el Picoso dijo: Venga, olvidemos lo que ha ocurrido. Yo no puedo hablarle sin ti.

—Busca otro intérprete. —No conozco a ninguno. —Peor para ti.

—Escucha, griego, hemos tenido unas palabras, pero yo te tengo cariño. Yo dije que estaba celoso, pero sé muy bien que no tengo por qué estarlo. Una mujer tiene siempre necesidad de charlar. Filoteo se encogió de hombros y siguió a Elías a su habitación; ésta es la humillación a la que el amor reduce a un

hombre. Le parecía ir andando sobre carbones ardientes. Cuando Eufemia lo vio entrar se quedó algo sorprendida y entreabrió la boca como si le faltara la respiración.

Santiago, con su hacha, trabajaba en las obras de las murallas. Allí fue donde el caballero de Vireleu lo vio cuando, con el halcón en el puño, volvía de cazar con sus escuderos. Y le dijo: ¡Tú, un muchacho tan valiente trabajar aquí! Vente conmigo, el duque Godofredo se marcha a Edesa para ayudar a su hermano a echar a los turcos de ese país. Santiago dijo que él no era soldado. — Muchacho, todos los hombres de nuestros países son soldados. Tú puedes

ayudar con las máquinas, también puedes trabajar con tu hacha siguiendo a los lacayos. Los caballeros picardos y ardeneses habían perdido tantos soldados de a pie que de buena gana hubieran convertido en soldados hasta a los monjes.

Santiago se sentía tentado. Primero, quería a los caballeros a causa del caballero Everardo. Dijo: Yo tenía un amigo caballero. Era un santo.

—Entonces debes tener ganas de vengarlo.

—Ya lo he vengado un poco el día de la victoria.

—Tenemos necesidad de hombres, muchacho, tu hacha vale una maza de

armas; te daremos una chaqueta forrada y un sombrero de cuero bueno.

Santiago pensó que era un buen asunto, es raro que una flecha atravesase esas chaquetas. Además tenía ganas de viajar. Dijo: Tengo a mi mujer en Antioquía. —Razón de más: podrás vanagloriarte ante ella.

Santiago habló de ello por la noche y dijo que le daban ganas de aceptar la oferta, en las murallas ganaba poco y era un trabajo que no aprovechaba mucho a Jesucristo. Baudry le dijo: Tienes mujer y un hijo. —Desde luego. Precisamente, razón de más. Estarán orgullosos de mí. —No eres soldado, dijo fray Bernabé, no has tomado la cruz para ese oficio.

—Contra los turcos todos somos soldados. Porque en ese país de Edesa, para vengarse de la derrota, raptan a las mujeres de los cristianos. —Habrá que preguntar a tu mujer lo que piensa de eso, dijo Baudry.

María estaba sentada cerca de una hoguera con Pedro dormido en el regazo; con las dos manos se tiraba de la falda para abrigar mejor al niño. Tenía los ojos muy abiertos, a la vez ardientes y como ausentes. María, ¿oyes de qué estamos hablando? María se estremeció, movió la cabeza.

—Claro que lo oigo. Me has turbado, estaba pidiendo consejo a san Jorge.

—¿Y qué? —He visto a san Jorge. Allá detrás de la hoguera, donde están las tinajas de agua. —¿Y qué? —Me ha mirado en los ojos y ha dicho que «si» con la cabeza. Quiere decir que volverás vivo si vas.

—¿Crees tú, dijo fray Bernabé, que san Jorge viene a ti cómo y cuándo le parece bien? Mira, si matan a tu hombre, será demasiado tarde para decir que tu visión no era buena.

—Sí, dijo María, yo sé que es buena. He reconocido muy bien la cara de san Jorge.

Actualmente, en la habitación de Santiago vivían, con la sacerdotisa de Lamberto, Juan el Batanero y su chica

negra. Lamberto trabajaba en una iglesia, se había metido en un equipo que rascaba los muros para destapar las pinturas que los turcos habían pintarrajeado con cal; siempre volvía blanco de cal, el pelo gris, su madre se lamentaba pues veía en eso un presagio malo. Lamberto dijo: Santiago, hermano, no pienses en tu cuerpo; piensa en tu alma. Turcos o no, no es un oficio bonito. —Sí, en este país en que estamos es un oficio bonito. Además no me comprometo para toda la vida, de aquí a un mes recobro la libertad.

María lloraba y se apretaba contra Santiago, echada a su lado en la paja, y le comía la cara a besos. Tú eres el más

guapo, Santiago, y el más valiente, vales tanto como un caballero. Vas a demostrarles lo que vales. Lo he visto hoy en tu cara: entrarás en Jerusalén. Y darás hachazos a derecha y a izquierda y de cada hachazo matarás a un turco.

Santiago, en Jerusalén todos los pobres irán vestidos como los caballeros. Tendrás un caballo para ti y Pedro se casará con Ondina.

Elías el Picoso volvía de las murallas, los días eran cada vez más cortos, en las calles la luz era roja y violeta y en seguida el violeta se volvía blanco. Elías andaba despacio aspirando el aire de la tarde, gracias a Dios el frescor llegaba pronto. De



súbito chocó con unos haces de paja, colocados en la calle a lo largo de la casa: ¡esos imbéciles que descargan la paja en medio de la calle! ¿Y si empezaran a arder? La ventana de su habitación estaba justo encima de los haces de paja, levantó la cabeza. Oía hablar en la habitación. Y se subió sobre la paja para oír mejor.

Conocía muy bien las dos voces. No comprendía el griego, pero para comprender lo que decían no tenía necesidad de saberlo. Las voces cantaban, las voces lloraban, las voces estaban más penetradas de amor que unas caricias, él que era un hombre grosero había aprendido desde hacía

dos meses lo que es una voz de mujer enamorada, sin haberla oído nunca lo había aprendido. El amor que había en esa voz, la ternura, la dulzura, lo había aprendido en un minuto, en ese mismo minuto, como si toda su vida lo hubiera sabido y no hubiera esperado más que la alegría de oír esa voz. ¡Qué mujer más depravada, qué mujer más estúpida, un hombre castrado y ella lo ama!

Elías escuchaba, la cabeza le llegaba casi al poyo de la ventana, había poco ruido en la calle. No, no tenía necesidad de saber griego. Las dos voces se relevaban y se entrecortaban, una sonora y caliente, otra baja como el sonido de una caña hendida. No tenía

necesidad de saber griego. He aquí lo que decían: ¡Te amo, te amo, te amo! — No digas eso, yo soy un árbol seco, ¿para qué?... — ¡Te amo como tú eres, te seguiré donde quiera que vayas! — Amor mío, no estropees tu vida por mí. — ¡No puedo vivir sin ti, no me abandones! — ¡Ah, pobres de nosotros, ¿qué haremos? ¿Cómo escaparnos? — ¡Amor mío, amado mío, sol de mi vida! — Tú, tan bella, ¿qué he hecho yo para merecer una alegría tal?... Aquella tarde el Picoso había recibido el don de lenguas, la voz del amor no puede mentir. Si las palabras no decían eso las voces lo decían: ¡Eso era lo que ella era, una mujer sin pudor que se agarra al

primer venido con tal de que le hable en su lengua! ¡Y decir que yo, pensaba el Picoso, Dios lo sabe, no quería ningún mal a ese hombre!

No quería entrar en la habitación. El griego desconfiaría, no era tonto. Mejor sería esconderse detrás de los haces de paja y esperar. La noche había caído, la calle estaba negra, en las azoteas las mujeres sirias charlaban mientras enfilaban en cordeles legumbres secas para el invierno.

Filoteo andaba con un paso rápido, con su paso ligero, cojeando un poco (sabe Dios por qué, pues no tenía ningún defecto en las piernas), andaba más de prisa que de costumbre, porque era ya

muy tarde, pero el Picoso sabía por qué los pies del griego tenían alas aquella noche. Pues también él tenía en las piernas, en todo el cuerpo, esa agilidad de animal que ni siquiera sabe que anda. Andaba en la oscuridad, pegándose a las casas, sus pies descalzos no hacían ruido. A pesar de que había sonado el toque de queda había cierto movimiento por las calles, había sirios que hablaban a la puerta de sus casas, mujeres que se llamaban de una azotea a otra, dos sacerdotes pasaban por la calle, precedidos de un sacristán que llevaba un farol de cristales azules y rojos. Al llegar a una plaza, Elías estuvo a punto de perder de vista al griego; en el atrio

de la iglesia con las puertas abiertas de par en par había unos soldados, un grupo de hombres y mujeres griegos y varios grupos de mendigos; en la iglesia entre dos filas de cirios encendidos había un ataúd cubierto con una tela plateada y unos chantres cantaban en griego las lamentaciones, Filoteo se había parado para decir una oración, mejor, se dijo Elías. Después los dos echaron de nuevo a andar por la ciudad.

A la luz de las antorchas colgadas en las esquinas de las calles, el Picoso podía ver al hombre que iba a veinte pasos de él, descuidado, distraído, creyéndose solo. Parecía contento como si hubiera bebido un trago de más,

andaba con la cabeza erguida y tan absorbido en sus pensamientos que no se había vuelto ni una sola vez. A lo lejos se oían unos cantos y unos gritos, la calle estaba desierta.

Una banda de soldados normandos borrachos bajaba las escalinatas de la calle. Filoteo se puso contra una pared para dejarlos pasar; uno de ellos dijo con la voz pastosa: Vente con nosotros jovencita. El griego rechazó con el hombro la mano que se tendía hacia él y prosiguió su camino, cosa extraña, Elías casi lo lamentó. Venga, deja esa basura, dijo otro normando, ya encontraremos en otro sitio a verdaderas mujeres. Los soldados no vieron a Elías, escondido

en el marco de una puerta; los soldados se alejaban, cantando con voces roncas mezcladas con risas y hipidos, Elías se deslizaba en la oscuridad pegado a una pared y a medida que las voces de los borrachos se alejaban le invadía una enorme tristeza, le hubiera gustado que los hombres volvieran, su corazón se le encogía, ¡Dios, hasta esas canciones estúpidas da gusto oírlas! Cerca de allí, la esquina de una calle no iluminada, negra como un horno.

Es ahí. El griego seguía andando y, extrañamente, redujo el paso, lo redujo como si también él se volviera triste de repente y echara de menos a los normandos. Entonces Elías, en la



oscuridad de la calle, de unos cuantos saltos silenciosos, lo alcanzó.

Filoteo no lo reconoció, la calle estaba demasiado oscura; no gritó, se quedó tieso y se aplastó contra la pared. Con un ademán seguro Elías lo atrajo hacia sí, como un cordero y, sujetándolo por los pelos, le pasó el cuchillo por la garganta.

En toda su vida no había sentido una alegría tan profunda. Ese grito que subía del fondo de su corazón y que se contenía para no amotinar a todo el barrio, se le convertía en la garganta en un chapoteo que imitaba el chorreo ritmado y rápido de la sangre —de la sangre— de esa sangre que se

precipitaba en oleadas fuera de la garganta abierta, bajo su mano. Un solo movimiento de los músculos del brazo, un movimiento vivo con la mano y la fuerza de una hoja cortante, era fácil sentir el vértigo, la sangre corría por su mano y por su brazo a sacudidas cada vez más lentas, el cuerpo que sujetaba con la mano izquierda dejó de temblar. Elías lo soltó y el griego resbaló lentamente a sus pies, cayó de rodillas en el suelo y después hacia atrás.

En la azotea de la casa de enfrente alguien se paseaba con un farol y hablaba en griego con una voz inquieta; algo que debía querer decir: ¿Quién va ahí? En otra casa, en el tercer piso, se

iluminó una ventana con una luz amarillenta. Elías, pegado contra la muralla, se estaba muy quieto. Detrás de la muralla había un jardín de gente rica, las copas de los cipreses se destacaban en negro sobre el negro azulado del cielo, enganchándose en las guirnaldas de estrellas. El farol se apagó, las estrellas brillaron como si quisieran caer sobre la tierra. En el jardín los grillos cantaban a coro, con tanta fuerza, que el aire temblaba.

A Elías le parecía que la vida había abandonado los cuerpos humanos y se había refugiado enteramente en las estrellas y en el cielo y en los árboles y en los grillos, en los grillos que

cantaban su alegría entre las piedras muertas y las almas muertas; ¡muertos estaremos todos, hoy o mañana, que el Señor tenga piedad de los resucitados!

Frágil y suave como una mujer, casi mejor que una mujer, Dios no se acordará de sus pecados más ligeros que las penas de un niño. Estaba muerto, la sangre ya no corría. Elías pasó la mano por la cara todavía tibia con la boca abierta, pensaba que sería mejor cortar completamente la cabeza para llevársela y dársela a Eufemia. Así es como un hombre debe vengarse. Su mente sufría un extravío tan grande por la alegría de la venganza que no pensaba en el peligro, pero un miedo más fuerte que él

le oprimía el corazón: ¡cómo hacer una cosa semejante a una mujer tan delicada, con qué ojos miraría la cabeza cortada, sufriría un choque tal que se volvería loca!

No, seguro, no tendría valor. Mejor será que ella no sepa nada, que crea que su amante se ha ido de la ciudad. Se limpió las manos y los brazos con la ropa del muerto y se marchó, a la ventura, no sabía dónde ir, el corazón le latía con demasiada fuerza. Estaba medio muerto de hambre, de madrugada fue a mendigar un poco de pan a los cuarteles antes de marcharse al trabajo.

Al día siguiente justo antes de vísperas, varios hombres de barbas

negras, vestidos con unas túnicas griegas con galones de pasamanería, se presentaban en el patio de las gentes de Arras. El padre Alberto fue a hablarles. Uno de ellos era un notable, uno de los secretarios del patriarca, que en tiempos de los turcos se encargaba de los asuntos de justicia; cuando el padre Alberto comprendió lo que decía se quedó espantado y llamó al patio a Baudry y a fray Bernabé.

Los demás hombres, pálidos, tiesos, altivos, tenían sus manos ocultas bajo sus largas capas. He aquí de lo que se trataba: Filoteo Petridis, cuñado de uno de los hombres aquí presentes, había aparecido asesinado, a cien pasos de la

casa de su hermana; lo habían encontrado a la hora del oficio de prima, con el cuello cortado, completamente desnudo, tieso. Sus amigos sabían que frecuentaba a las gentes de Arras y que temía sobre todo la ira de un cierto Elías. El padre Alberto dijo que en una ciudad ocupada por el ejército, llena de soldados y de toda clase de gente sospechosa, no había que buscar a los asesinos necesariamente en los barrios de los arrabales; nuestros peregrinos, dijo, no tienen costumbre de pasearse por la noche por los barrios ricos y el llamado Elías no es hombre para asesinar a un cristiano para robarle la ropa.

Los griegos se empeñaban en su idea: Filoteo les había dicho varias veces que el hombre en cuestión quería hacerle daño. Fray Bernabé y Baudry, puestos al corriente, reconocieron que el Picoso era un hombre violento, que parece ser que había tenido una disputa con Filoteo a propósito de su concubina, pero que sin embargo nunca nadie había matado a un eunuco por celos. Los dos estaban como trastornados, pues querían a Filoteo; su muerte no les extrañaba pues habían visto otras cosas peores, pero se decían: si es el Picoso quien lo ha hecho todos somos responsables. — Elías va a volver pronto, dijo fray Bernabé, interrogadle.



Así pues, apenas llegó al patio después de la jornada de trabajo, Elías fue llevado a la habitación de Baudry, donde los griegos lo esperaban con fray Bernabé y el padre Alberto. Todos estaban de pie frente a la puerta y lo miraban; él comprendió en seguida lo que le querían. Primero le preguntaron si sabía que Filoteo el griego había sido asesinado la noche anterior.

Ninguna tontería, pensó. Y dijo: No. ¿Cómo podría saberlo? ¿Dónde lo han asesinado? —Cerca de la casa de su hermana. Elías se santiguó.

Los griegos hablaban. Tenían caras de recaudadores de impuestos, arrogantes y duros, Elías que les llevaba

una cabeza estaba irritado. —Yo no soy quien lo ha matado. —Es lo que ellos creen, dijo el padre Alberto. —¿Cómo hubiera podido hacerlo? Ni siquiera sé dónde vive su hermana. —Ayer por la tarde estaba aquí, has podido seguirlo y matarlo.

—Yo no lo he visto ayer por la tarde. —¿Dónde estabas tú esta noche? —En mi habitación. —¿Puedes jurar que eres inocente?

Elías se asustó y dijo: Sí, puedo jurarlo. Decidme cómo debo jurar.

Fray Bernabé y Baudry se miraron sin decirse nada, esa mirada rápida significaba: no nos lo tragamos, es él. Baudry dijo al padre Alberto que la

cosa era grave y que era mejor no correr el riesgo de un perjurio, que los dos chicos que dormían a la puerta del Picoso vinieran para interrogarles uno a uno.

Hicieron bajar a los dos chicos. En el patio toda la gente de Id casa se apretujaba delante de la puerta de la habitación, Inquietos y enfadados, y decían: los griegos van a darnos un disgusto, se quejarán de nosotros a los jefes del ejército.

Al primer chico, Gillet, lo pusieron delante de la puerta, el padre Alberto cogió un candil de aceite para ver mejor la cura del testigo. Gillet era un chiquillo de trece años, alto, delgado y

huesudo, con los párpados inflados; parecía medio dormido. ¿Si el Picoso había entrado anteanoche en su habitación? Sí, seguro. ¿No había vuelto a salir? —Sí, por la mañana de madrugada, para ir a las murallas. —Dinos cuándo volvió. —Al ponerse el sol.

—¿Estás seguro de que volvió ayer por la noche? —Seguro. Si hasta me dio una torta. —¿Y qué más? —gritó a Eufemia porque la sopa estaba fría. —¿Y qué es lo que dijo? —Le dio un golpe. Y después pues dijo: me cago en tu madre. Y en tu hermano... —Mientes, dijo fray Bernabé, no dijo eso.

El niño se santiguó, distraídamente,

como si espantara una mosca. —¡Sí que lo dijo! y después pues dijo puerca todo el arrabal sabe por qué contrataron a tu madre para peinar la lana... — ¿Verdaderamente dijo eso? —Pues sí, dijo el niño, estaba borracho.

El otro muchacho, Mardoche, tenía una cara larga, grandes ojos de cordero medio tapados por un mechón de pelos secos y rizados del color del heno. Se rascaba el trasero y miraba a los hombres que lo interrogaban con una mirada de animal capturado. ¿Si el Picoso había vuelto a su habitación ayer por la noche? —Sí. —¿No salió en toda la noche? —No. Seguro que no. —Pero tú estabas durmiendo. —No, tenía

mucho frío. Yo duermo por el día. —¿Y qué es lo que hizo? —Riñó a la Eufemia. —¡Ah! ¿Y qué es lo que le dijo?

El niño se mordió los labios y se echó a reír. —Dijo: tú no eres una mujer. —¿Y qué más? —Después se acostó con ella. —¿No la pegó? —Tal vez sí, yo no lo vi. Ella no chilla nunca.

El padre Alberto traducía a los griegos las palabras de los chiquillos. Les dijo que con toda certeza el Picoso no hubiera podido avisarles si no hubiera vuelto por la noche; y si había pasado la noche en su cuarto era inocente. Más o menos convencidos, los griegos se retiraron, pues no se sentían

muy tranquilos: en el patio los hombres empezaban a hablar en voz alta y a decir que si uno de los suyos debía ser juzgado no lo sería por los griegos. Y que porque eran pobres era por lo que querían cargarles con un asesinato cometido en un barrio bueno en el otro extremo de la ciudad, y que el Picoso había matado a bastantes turcos y no tenía necesidad de la ropa de un griego.

—Bueno pues creo, dijo fray Bernabé a Elías, que estás disculpado. Prefiero que sea así. —¿Habíais pensado que era yo? —No, pues tú no le habrías robado la ropa. Pero sabe Dios que me duele el corazón por él. Vamos a echarlo de menos. El Picoso, cansado,

hambriento, casi a punto de desmayarse no tuvo valor para subir a su cuarto y fue a echarse junto al fuego en el patio. La alegría de la noche pasada había muerto. Vamos a echarlo de menos. Seguro. Vamos a echarlo de menos. Volvía a ver ese rostro dulce y ajado, ese rostro de grandes ojos cansados y vivos, si por lo menos pudiera resucitar ese ser muerto sin confesión, pudiera resucitar cada noche para que cada noche él, el Picoso, pudiera cortarle la garganta, si pudiera resucitar y andar con su paso ligero a través de las calles desiertas.

Se deja coger y a la luz de los cirios de la capilla ardiente, delante de la puerta abierta de la iglesia, sonrío —la



huella del cuchillo en la garganta se ha borrado— sonrío con su sonrisa pálida —Filoteo hasta el Juicio Final y hasta Jerusalén —y hasta Jerusalén— irás delante de mí, yo buscaré tu sangre. — ¿Qué necesidad tenías tú de esa mujer?

¿Quién es el hijo de puta que le cogió la ropa?

Elías no dijo nada a Eufemia por la buena razón de que no sabía hablarle. Ella no había aprendido una palabra de francés, solamente sí y no. No dijo nada, pero, sabe Dios cómo, lo sabía todo. Tal vez unas mujeres sirias habían encontrado la manera de informarla. Si fray Bernabé y los otros habían sido engañados, Eufemia lo sabía todo.

Que él no era un perro, ella lo sabía. Que la amaba como un loco, ella lo sabía. Que él había asesinado a un cristiano por culpa suya, ella lo sabía. Eufemia lo miraba con disimulo, como un animal muerto de miedo mira el cuchillo del carnicero. Tenía tanto miedo de él que cuando entraba en la habitación ella debía hacer un esfuerzo para levantarse, las piernas le temblaban como si estuvieran hechas de lana.

Unos días después de la muerte de Filoteo, Baudry y fray Bernabé fueron convocados en el obispado. Allí, había tanta gente en el patio, las galerías, el cuarto de guardia y las antecámaras que tuvieron que esperar a que les tocara el

turno hasta la noche; allí había gentes de todas clases, hasta musulmanes (por razones de comercio muchos infieles se habían infiltrado en la ciudad), y ricos y pobres, y caballeros y clérigos. Y el señor obispo, decían, estaba enfermo, y en la ciudad decían que Dios lo castigaba, pues había dicho a sus amigos que la verdadera Lanza estaba en Constantinopla.

Uno de los clérigos del obispo introdujo a Baudry y a fray Bernabé en un cuarto pequeño abovedado donde había unos intérpretes y un escribano; les dijo que sus gentes causaban muchos desórdenes en la ciudad y que de todas formas los peregrinos conducidos por

unos hombres que habían sido compañeros de Pedro no eran verdaderos cruzados. A esto fray Bernabé contestó que Dios era el mismo para todos, pero que los pobres tenían a sus ojos más valor que los ricos.

Sí, en efecto, pero a condición de tener un corazón puro. Ahora bien su Santidad el patriarca ha hecho saber a nuestra cancillería que entre vuestros hombres había un individuo sospechoso de haber asesinado a un griego de buena familia. Baudry dijo que el hombre había sido librado de toda culpa por dos testigos interrogados por separado. — También lo sé, dijo el clérigo, pero nos han hecho saber que los testigos parecen

poco dignos de fe y se han contradecido sobre ciertos puntos. Sin embargo, como yo sé que los griegos no nos quieren mucho, acepto que vuestro hombre sea inocente. Pero para evitar toda clase de desórdenes, os hago saber que los hombres de vuestra casa no deberán salir más por la ciudad y no podrán trabajar más que en los arrabales o en las murallas. —¡Cómo!, dijo Baudry, ¿y tendrán que llevar también una carraca como los leprosos? —No, pues todos los peregrinos que no sean soldados y no tengan bienes propios en adelante estarán confiados en los arrabales. —Es decir, ¿todos los que vayan pobrementemente vestidos y no tengan zapatos?

—Vosotros sois hombres razonables, dijo el clérigo, y sabéis que así es mejor para todo el mundo.

Fray Bernabé y Baudry se fueron, tristes y ofendidos, diciéndose que Antioquía no era Jerusalén y que en Jerusalén no ocurriría nada así.

María y todas las mujeres que podían trabajar ya no podían ganarse más el alimento en casa de los griegos ni de los armenios y fuera de estas casas no se encontraba trabajo. Tampoco tenían ganas de pedir limosna pues había ya demasiados mendigos, tullidos o ciegos, y temían que les dijeran: especies de holgazanas, id a los burdeles. Es molesto mendigar cuando

en la ciudad no se mueren de hambre.

La sacerdotisa y Mahaut, que ya no eran jóvenes, se ponían al paso de los caballeros que volvían de cazar y se agarraban a las sillas de los escuderos, diciendo que ellas podían lavar ropa y zurcirla; pero los caballeros tenían probablemente ya lavanderas y zurcidoras a domicilio.

Un día María se encontró con el mismo caballero normando que la había importunado al día siguiente del entierro de Isabel. El caballero se paseaba cerca de las murallas y cuando la vio corrió hacia ella, diciendo: ¡Al fin te encuentro! —¡Me tomáis por otra, yo no os he visto jamás! El caballero se puso a

decirle, en medio de la calle delante de las demás mujeres, que ella era una belleza y que en Antioquía no había una muchacha tan bella y que no la había olvidado desde hacía tres meses.

María lamentó que Pedrito pesara tanto y que lo hubiera tenido que dejar en casa. —Id a decírselo a una muchacha fea, a mí ya me lo han dicho muchas veces. Además yo no soy una chica, estoy casada.

—Tú vales mucho más que un villano, le dijo el caballero, un amigo caballero te convendría mucho mejor. Era joven, alto y rubio, nada feo, aunque por el sol tuviera un color más oscuro que la barba.



—Seguramente que en la ciudad, dijo María, no faltan chicas solteras que os quieran.

—¡Ellas no valen lo que tú, pues tú eres rubia como las chicas de mi país!

—Bueno, pues haberos quedado en vuestro país. Para buscar chicas rubias no valía la pena venir hasta Antioquía.

—¡Tú, dijo el hombre, seguramente que no eres hija de villano, tu madre te concibió con un caballero!

—¡Cómo te atreves, dijo María, a contar cosas semejantes de mi madre, la más honesta mujer del arrabal! ¡Si te crees que por eso me vas a gustar más! ¡Yo no hubiera querido un padre caballero como el tuyo, te ha educado

muy mal!

María quería marcharse, pero el hombre le cerraba el camino, la calle era estrecha, y las otras mujeres decían: María, qué mala cosa, es un hombre que parece que te guarda verdaderamente rencor. —Déjanos pasar, dijo María, vamos a llegar tarde a las vísperas. —Dejo pasar a todas menos a ti. Mis hombres están conmigo y sabrán llevarte muy bien donde yo quiero. ¡Cómo, dijo María asustada, no vas a llevarte a una mujer casada en pleno día! ¡Amigas mías, no os vayáis sin mí! Todos se pusieron en camino, el caballero con sus dos escuderos y las mujeres apretadas unas contra otras. Así llegaron a una

plaza, una plazuela con una fuente rosa en medio; allí había algunos sirios, unos pobres normandos y varios soldados que se disponían a entrar en la iglesia. —Tú, dijo el caballero, no entrarás en esta iglesia, si te resistes diré a todos que eres mi concubina que huyó con un sirio. —¡Mentiroso! ¿Quién te creería? —Me importa un bledo, dijo, saber quién me creerá.

No era posible correr por en medio de la plaza llena de gente, por eso las cinco mujeres se apretaban los codos, tratando al indiscreto caballero de perro y de pagano, ¡que tu madre en tu país tenga vergüenza de ti! Y he aquí la astucia que el caballero inventó: fingió

que se marchaba y se escondió detrás de la fuente y en cuanto las mujeres se separaron un poco para entrar en la iglesia, corrió hacia María y la cogió por los hombros y dijo: ahora vas a seguirme. Los escuderos se habían puesto entre María y sus compañeras.

Entonces María se puso a chillar a voz en grito, se soltó de los brazos del hombre y saltó sobre el borde de la fuente, así dominaba la plaza y todo el mundo la miraba, y hasta la gente salía de la iglesia para ver lo que ocurría. María seguía chillando. Pues estaba hambrienta y cansada y la ira se le subía a la cabeza.

María chillaba: ¡Jamás, jamás esos

malditos entrarán en el Reino de Dios!  
¡Esos mentirosos y esos traidores que no nos dejan entrar en los barrios de los ricos y vienen a los barrios pobres para robar a las mujeres de los peregrinos!  
¡Hermanos, amigos, mirad, ellos echaron a los turcos gracias a nosotros y ahora se vanaglorian del milagro que Dios hizo por sus pobres! ¡Los que cogieron todo el botín que ganaron gracias a nosotros, quieren también coger nuestras vidas! ¡He aquí a un hombre que quiere deshonrarme porque yo soy la mujer de un pobre, cuando mi Santiago mató más turcos con su hacha que ese cobarde forrado de hierro con su lanza!... María gritaba subida encima

de la fuente y su vestido estaba intuído por el agua helada que salía de la cabeza de un león, El caballero y sus dos hombres habían sacado sus puñales y retrocedían ante la muchedumbre que los rodeaba; y el caballero no dejaba de mirar a María, como si fuera la Santísima Virgen y como si sus palabras fueran una bendición.

Cuando los tres hombres, a fuerza de codazos y de golpes de daga se abrieron camino fuera de la multitud y llegaron fuera de la plaza, María bajó toda temblorosa de frío y de emoción y se echó en los brazos de la sacerdotisa. Las mujeres entraron en la iglesia. Dios, decía la sacerdotisa, esa gente va a

darnos muchos disgustos.

Aquella noche María volvió a casa rodeada de una muchedumbre de peregrinos normandos y de obreros sirios; estos hombres caritativos tenían mucha razón en querer acompañarla pues el caballero loco la acechaba a la salida de la iglesia y hasta había llamado en su ayuda a otro caballero y a cinco lacayos. Pero al ver a las mujeres de Arras protegidas por unos cincuenta hombres que a falta de armas tenían palos y cuchillos, no se atrevieron a aventurarse en una pelea.

Una vez que los normandos y los sirios se hubieron marchado, Baudry hizo echar las barras de la puerta del

patio y pidió a las mujeres que gritaran menos. —Es por tu culpa, dijo a María, te hubieras podido quedar muy bien en el patio y cuidar de los niños pequeños.

—¿Acaso soy yo profetisa? ¿Acaso podía saber que íbamos a encontrarnos con ese loco? —No, dijo Baudry, pero cuando se es bella no se pasea una por los barrios llenos de soldados.

—¡Venga, Baudry, en esta ciudad todos los barrios están llenos de soldados! Además ya no soy tan bella como antes. —Hay que pensar que todavía lo eres demasiado.

Es cierto que a causa del sol, la piel de María había cogido un color de pan tostado, pero sus ojos sobresalían más



azules y sus dientes más blancos y a las caras jóvenes la delgadez no les va mal. María era esbelta y desgarrada como una potranca, su pelo rubio que llevaba recogido en unas trenzas largas no estaba ni siquiera sucio, había mucha agua en Antioquía (pero en cambio más valía no hablar de cómo iban vestidas las mujeres pobres, las faldas les llegaban a media pantorrilla, las camisas atadas con cordeles, en Arras ni las mendigas se hubieran atrevido a aparecer así en la calle. ¡Si con eso se puede estar demasiado guapa!)... Mira Baudry, dijo fray Bernabé, hasta ahora María se ha defendido muy bien, está claro que se ha topado con un loco.

Vamos a informarnos sobre ese hombre y hacer una denuncia ante sus jefes.

Los hombres reunidos junto a la hoguera discutían. —María, María, dijo Alix, bébete la sopa, con eso se te pasará la ira.

—¡Qué bien aconsejé a Santiago, decía María, qué bien aconsejé a Santiago de que se fuera! ¡Se hubiera perdido, hubiera ido a buscar a ese bandido! —Seguro que ese hombre estaba borracho, en cuanto se le pase no volverá a pensar en ello.

—¡No, no estaba borracho! Era pura maldad. Ellas lo vieron, lo sacerdotisa y Mahaut... ¡Señor, esos hombres no cogieron la cruz con un corazón puro!

¡Son comedores de pobres, aquí v en todas partes, cogieron la cruz para quitarles a los pobres la herencia de Jerusalén! ¿Acaso contaron cuántos muertos murieron de los nuestros y cuántos de los suyos? ¡Por nuestros mártires quieren ganar el Paraíso de Jerusalén y para alabarnos lo que les parece mejor es tratarnos como a bastardos! Nos niegan el trabajo, para lavar su ropa no somos bastante buenas pero quieren que nosotras seamos sus putas, Los hombres se habían quedado en silencio y escuchaban; Alix la tiró del brazo y le dijo: Tranquilízate y come, especie de loca, no te han violado.

Entre los hombres había algunos que

les parecía que María hablaba bien; de esos hombres el más decidido era Elías el Picoso. Decía: Si ultrajan a nuestras mujeres, nosotros debemos vengarla. Si no veremos a los caballeros y a sus lacayos venir a deshonrarnos hasta en este patio.

—Sería mejor que te callaras, dijo fray Bernabé. —Lo que hice en Belgrado, Dios me lo ha perdonado. Esta vez yo cogeré el hacha, ya que Santiago no está aquí. Y no seré el único pues es necesario que esas gentes aprendan a temernos.

—No es a ti a quien encargaremos de arreglar nuestros asuntos, dijo Baudry. El padre Alberto y fray Bernabé

irán a quejarse a los barones.

Y decidieron que María se quedaría en casa, cuidando de los niños pequeños. Y que el padre Alberto iría a ver al hombre malo y a quejarse a sus jefes.

El padre Alberto terminó por conocer el nombre del agresor de María, ese joven caballero era un sobrino del vizconde de Evreux; en el albergue que servía de cuartel a su compañía se alojaba ricamente el vizconde, él y sus caballeros vivían en una sala con las baldosas cubiertas con una alfombra persa. Con almohadones de seda y vajilla de cobre esmaltada. Las concubinas no les faltaban, el padre

Alberto pudo ver a cuatro bellas jóvenes vestidas de muselina transparente que huyeron de la sala al verlo entrar: eran chicas del país a juzgar por sus largos cabellos negros que ni siquiera tenían el pudor de llevar en trenzas. El vizconde estaba echado sobre unos almohadones y un chiquillo de piel negra le espantaba las moscas con un abanico de plumas de pavo real. Sus caballeros, sentados a su alrededor, observaban a dos compañeros que jugaban al ajedrez.

Cuando el padre Alberto expuso su caso al vizconde los caballeros se echaron a reír y le dijeron que él, un normando, había hecho mal en juntarse con una banda de tejedores del norte.

Sin embargo el vizconde, que era delgado y estaba tan pálido que parecía enfermo, se levantó apoyándose sobre el codo y dijo que ya había oído hablar de esa historia el día anterior por la noche, y que la mujer en cuestión había echado con toda seguridad un hechizo sobre su sobrino, pues todo el mundo sabía que en Arras entre los tejedores había muchos hechiceros y herejes. Y que por lo demás era molesto hablar a un sacerdote de tales cosas, pero que el joven estaba enfermo de amor y que si de alguna forma, con dinero, se podría tentar a esa mujer, él creía que valía más el pecado que el riesgo de ver morir a un bello y valiente caballero.

El padre Alberto, que había visto ya muchas cosas en su vida para no montar en cólera, dijo: Señor vizconde, las gentes de allá son arrogantes y acostumbradas a ver correr sangre. Aconsejad a vuestro sobrino de que no se muestre por los barrios donde pueda encontrar a gente de Arras. Y el vizconde dijo que no era la primera vez que esa canalla buscaba causar desórdenes en la ciudad y que ya el jueves último habían colgado a tres peregrinos provenzales por el asesinato de un escudero noble y que unos caballeros franceses habían sido atacados en medio del campo cerca de las murallas por una banda de obreros



flamencos, simplemente por haberse burlado de su lenguaje. Y que los peregrinos se estaban convirtiendo en una verdadera plaga, porque no era gente hecha para ver sangre.

Todo el mal viene, dijo el padre Alberto, de las indecisiones de los barones, pues si mañana el ejército hiciera el equipaje y dejara la ciudad para ir a Jerusalén, se olvidarían todas las disputas entre cristianos. Los caballeros lo escuchaban pensativos y meneando la cabeza, pues aunque no lo aprobaran no se hubieran atrevido a decírselo.

Así pues, el padre Alberto salió de allí sin haber obtenido nada, sin haber

pedido nada siquiera, pues su visita, ya se ha visto, era inútil y ridícula. Lo que a los pobres les parece un gran escándalo es tan poca cosa para los ricos que no comprenden de qué se habla; hablando con los ricos el mismo padre Alberto se había olvidado de qué se trataba.

Durante ese mismo mes de septiembre, los jefes del ejército dieron la siguiente orden: que todo el mundo, civiles, soldados de infantería, lacayos, dejen sus casas y recojan sus equipajes para irse a acampar a la ciudad de Maarret y sus alrededores, a seis leguas de Antioquía, pues Antioquía estaba superpoblada desde que habían vuelto

parte de sus antiguos habitantes y desde la llegada de refuerzos venidos por mar y de los cristianos expulsados de Alepo.

El ejército prometía a los soldados de infantería y a los peregrinos suministrarles regularmente y a precios razonables, a condición de que los hombres no fueran a buscar trabajo a la ciudad ni armar desórdenes. Pues las murallas estaban reconstruidas, las zanjas escombradas, la mayor parte de las casas arregladas; la presencia de un número tan grande de pobres hacia de los barrios de los arrabales un verdadero enjambre y hasta era un peligro.

Total, que tenían que marcharse. Al

principio todo el mundo creyó que emprendían de nuevo el viaje. Después, aun cuando supieron que no hacían más que cambiar de campamento, los peregrinos se pusieron contentos porque se aburrían ya en sus casas. Sólo que el otoño estaba cerca y lo que en realidad ocurría era que los jefes elegían el momento para echar a las gentes de las casas sólidas y calientes.

La víspera de la marcha el padre Alberto fue a ver a la concubina del Picoso; desde que el griego había muerto se quedaba sola en su habitación y el padre Alberto sentía algún remordimiento respecto a ella, hubiera podido hacerle una visita de vez en

cuando, pero estaba todavía en plena edad madura y ella era una mujer demasiado bella. Aquel día, al verla, tuvo un choque: había adelgazado, tenía ojeras, el pelo le caía completamente lacio por la cara y llevaba el vestido asqueroso.

Pero muy bella, Dios lo sabe, con una belleza como para arrancar lágrimas al hombre más pintado; nada podía afearla, los signos de decadencia y de tristeza sobre ese rostro puro eran como adornos espléndidos de luto. Hija mía, dijo el sacerdote, mañana nos vamos de la ciudad. Tal vez podríamos hacer que los hombres de la guardia del patriarca te llevaran y te condujeran con los

griegos; yo podría decir una mentira piadosa al Picoso. Eufemia casi no lo miraba, parecía que apenas comprendía lo que decía. Al fin contestó: No, ¿para qué? —Supongo que no tienes mucho interés en seguir viviendo con ese hombre.

Eufemia dijo: Me da lo mismo. — No vas a decirme que ese hombre te interesa. Ella dijo, con una voz baja e indiferente: *Ya no me interesa nada.* — ¿Te da tanto miedo ese hombre? Ella meneó la cabeza, rápidamente, y una llama desconfiada pasó por sus ojos. — No, no me da miedo.

El padre Alberto la miraba, con los brazos cruzados, perplejo; no pudo

resistir la tentación de hacerle la pregunta que durante tanto tiempo le atormentaba: Dime, ¿sabes tú algo? ¿Es el Picoso quien mató a Filoteo el griego? El padre Alberto vio que los ojos de la mujer se vaciaban de toda expresión, que su cara se le volvía dura como el mármol. Eufemia dijo, casi con ira: ¿Cómo puedo saberlo yo? No, seguro que no es él.

¿Quién puede comprender a las mujeres? El padre Alberto, en todo caso, las conocía mal, desde que era sacerdote sólo había confesado a soldados. Y pensó que tal vez a aquella chica bonita le gustaban las caricias de un hombre vigoroso y brutal.

Así pues, Eufemia se marchó de la casa y de la ciudad con las demás mujeres del grupo de Arras, llevándose a la espalda el hatillo con los objetos que el Picoso le había procurado: unos cacharros, una alfombra pequeña y una camisa. A las sirias que le hablaban en árabe, no les contestaba nada. Las mujeres de Arras la miraban suspirando: ¡qué pena, Santísima Virgen! ¿La ha vuelto loca? ¡Ya no tiene mirada en sus ojos!

Eufemia no tenía ninguna gana de vivir. Tampoco tenía ganas de morir. No sabía lo que esperaba, pues ella rezaba por la muerte de ese hombre, pero no tenía valor para matarlo ella misma.



Cuando acostado a su lado roncaba, Eufemia se extrañaba de odiarlo tan poco, no era peligroso, era un pobre animal. Pero durante el día, cuando estaba ausente, tenía tanto miedo que le parecía que iba a aparecer por la puerta con el cuchillo en la mano. No veía más que eso: el cuchillo.

El mundo entero reducido a la dimensión de un enorme cuchillo.

# VIII

Habían empezado a instalar el campamento en Maarret, una pequeña ciudad fortificada, bastante bonita, donde ya no quedaban turcos. Los soldados profesionales ocupaban los edificios de la ciudadela, la antigua mezquita y las casas buenas; los demás se peleaban por las casas más cercanas a los pozos o por aquellas que tenían los patios más amplios, pero al cabo de una semana se había restablecido más o menos la paz, pues al final había sitio

para todos, ya que en esta ciudad no quedaban mucho más de mil armenios y de estos armenios los más ricos se fueron al ver llegar a esa muchedumbre de cruzados. Es preciso decir que en aquel país la gente tenía bastante mala opinión de los cristianos de Francia, decían que eran sucios, groseros, pendencieros, era natural, la miseria no embellece a nadie.

Fuera de la ciudad, en lo que quedaba de un pueblo de los arrabales y en los antiguos campos de trigo, los tafures habían plantado su campamento. Nadie los quería en la ciudad y ellos tampoco querían aprovecharse de las casas robadas, pues aunque se pudiera

disponer de una casa por derecho de guerra y con permiso del obispo, los tafures decían que era un robo.

Y los leprosos, de la leprosería de Antioquía donde estaban verdaderamente demasiado estrechos, fueron trasladados a un campamento que rodearon de una empalizada y donde les dieron lonas y pieles para que pudiesen fabricarse las tiendas. Los bretones también se alojaban fuera de los muros y como casi todos eran campesinos preferían eso a estar encerrados en unas casas pegadas a otras.

Esos bretones tenían la cabeza dura y eran desconfiados: alrededor de su campamento habían cavado unas zanjas

profundas con unas estacas puntiagudas, habían hecho unos agujeros en la tierra para hacer en ellos sus casas y algunos empezaban a labrar la tierra y a plantar legumbres. De aquí que los barones se decidieran a ponerse en camino hacia Jerusalén, crecerían no solamente las judías, sino tal vez la viña y los manzanos; además, en este país todo crecía más de prisa que en Bretaña.

Los ejércitos del duque Godofredo de Baja Lorena volvieron.

Volvían con mucho botín y grandes rebaños de corderos y de cabras y traían buenas noticias: desde Edesa hasta Melitena, no había más turcos y en todo el país se sabía que aquel invierno el

Sultán no enviaría a ningún otro ejército, de tan desanimado como estaba al ver que Dios favorecía a los cristianos. Pero en Bagdad los musulmanes tenían su papa, llamado Calixto, que se preparaba para predicar la cruzada contra los cristianos; y se suponía que hacia la primavera él mismo condujera a sus ejércitos para ir a defender Jerusalén.

Santiago y otros hombres que habían seguido el ejército del duque, volvían muy contentos, pues se habían dado una buena vida en el norte. Un país donde el aire era bueno y la tierra rica, viñas, trigo, naranjos, olivos, corderos y bueyes en cantidad; y las montañas más altas que las de Antioquía con bosques

enormes, sólo la tala de los pinos valía una fortuna, y ríos con sauces y olmos en las orillas, y valles con hierba verde, ciudades blancas llenas de iglesias y de jardines, en fin contaban tantas cosas de allí que los demás pensaban que exageraban. Mentirosos o no, el caso es que tenían buena cara y batiéndose por Jesucristo habían ganado muy bien cinco libras de grasa y de músculos, pues no hubo grandes batallas sino emboscadas, tomando varias plazas fuertes sin demasiado trabajo, teniendo en cuenta que las gentes del país eran armenios y ellos mismos echaban a los turcos.

Botín no llevaban mucho, no, algunos corderos, algunas monedas de

plata, arcos y flechas, un aguamanil, dos vestidos de mujeres turcas de seda verde. Uno de los vestidos debía ser para María, el otro, cogido por Bernier, que no tenía mujer, lo compró Elías el Picoso.

Elías se había instalado en una casita no lejos del obispado. Había dos habitaciones pequeñas que daban a una calle tan estrecha que una carreta no podía pasar por ella, por eso la casa era muy oscura. Los chicos y los tres picardos dormían abajo, Elías y la mujer, arriba. Eufemia hacía pasteles y después una de las sirias iba a venderlos a la puerta del obispado. Así, Elías podía decir que su concubina no era una



carga para nadie, sino al contrario se ganaba mejor la vida que cualquier otra mujer del grupo. Para ella, era una buena cosa: se pasaba el día estirando, secando, enrollando y adornando la masa y con este trabajo se olvidaba del tiempo, así pasaban sus días, largos, largos, las semanas, los meses sin noche, y ella tamizaba y volvía a tamizar la misma harina, extendía la masa despacio, con aplicación, sin ver nada. La cabeza vacía y hueca, una campana sin badajo.

Los días empezaban a hacerse fríos, se esperaba la lluvia.

Elías le dio el vestido de seda verde. Incluso queriendo mostrarse

bueno tenía el aspecto de un hombre que echa un hueso a un perro; sus ojos eran extraños, indecisos, tímidos, con una llamita amarillenta en el fondo. —¿Qué, no te gusta? Eufemia no comprendía, pero lo adivinaba y hacía «sí» con la cabeza. —¡Ríete por lo menos! Eufemia también lo adivinaba y movía la comisura de los labios. Elías la miraba, pensativo, perdido en una admiración beatífica. Pensaba que no estaba menos bella que antes. Al contrario. Más sucia, más delgada, la sentía más cerca de él, desde hacía cuatro meses que era su mujer, cuatro meses que cuentan el triple, le daba más preocupaciones que una mujer que va a dar a luz o que está

criando, Estaba afligido, eso es lo que le pasaba, estaba afligido a causa de ella, tenía compasión, ¿se creía ella que él era un bruto? Elías tenía compasión, si hubiera podido resucitar al chico griego ¡lo hubiera hecho!

El domingo la llevaría a misa con su vestido verde.

Aquí, en Maarret, no había trabajo, Elías vivía con lo que producían los pasteles y con el reparto de grano de los sábados.

Y se quedaba allí con frecuencia, mirándola preparar la masa, ¡qué dedos tan finos y tan ágiles tenía, como un hada! Por eso la masa era tan buena, decían que el señor obispo en persona

comía los pasteles con verdadero placer.

Después del día de san Pedro llevaron prisioneros a Maarret a dos turcos; pilladores y desertores del ejército. Habían cogido a unos diez, de los cuales tres se habían escapado, otros habían muerto, y aquellos dos, jóvenes y fuertes, ¿para qué matarlos?, podían trabajar en el molino.

Pero lo que había pasado es que habían dejado a los dos turcos atados y acostados en un pajar cerca de las murallas, y una banda de chiquillos ociosos no sabiendo qué juego inventar pensaron que tenían que aprender a cortar una cabeza verdadera de turco. Y

con los cuchillos mellados y como no tenían costumbre se pusieron entre cuatro a cortar y a serrar por turno como podían; el turco agonizaba y se debatía, su camarada pedía auxilio. Los encontraron todos salpicados de sangre, alrededor del turco con la cabeza medio cortada, pateándose para ver quién cortaba un nervio o una vena, la sangre chorreando del cuerpo y los niños con sangre hasta las rodillas.

Los hombres que habían cogido a los turcos abofetearon a los chiquillos y los llevaron todos ensangrentados a casa de Baudry. ¿Estaba bien hacer una cosa así, sin pedir permiso a los jefes, y martirizar así a un hombre que no les

había hecho nada? Baudry y fray Bernabé montaron en cólera, pues el mayor de esos chiquillos no tenía catorce años.

Fray Bernabé mandó poner a los cinco chiquillos a lo largo de la pared y cogió un látigo de cuero y se puso a cimbrearlo con toda la fuerza que tenía en el brazo; en la cara, en la espalda, en las piernas de tal forma que los chicos chillaban y caían de rodillas y fray Bernabé seguía golpeándolos. — Despacio, dijo Baudry, son unos niños. — Niños del diablo. ¡Voy a sacarles el diablo del cuerpo!

Los niños querían escaparse, pero no podían: fray Bernabé estaba entre

ellos y la puerta, y el látigo volaba con tanta rapidez que parecía que el santo monje no había hecho otra cosa en toda su vida que manejar la fusta. Los niños daban gritos roncocos y agudos: ¡Madre, madre! ¡Compasión, no lo haremos más!... Organizaron un escándalo tal que en la plaza delante de la casa se amontonó una inmensa muchedumbre.

Al final los chiquillos se quedaron acurrucados en el suelo contra la pared, con la cabeza entre las manos; marcados con estrías ensangrentadas. Fray Bernabé, agotado, con las mejillas rojas, tosiendo, tiró el látigo y dijo: ¡Salid de aquí, demonios, pero arrastrándoos como animales, que no os vea vuestras

caras sucias! Y cuando los chicos hubieron salido por la puerta se fue a sentar en el suelo en un rincón y se ocultó la cara con las manos.

Sus hombros anchos y huesudos se estremecían bajo la capa de sayal, sacudidos por un temblor violento; Baudry se acercó a la puerta para ver si los chiquillos podían andar, pero ya habían desaparecido en medio de la multitud. Unos provenzales que estaban allí y que no sabían lo que había pasado, decían en su dialecto: ¡Tenéis suerte vosotros dos que no seáis de los nuestros! Baudry se encogió de hombros y se dirigió a fray Bernabé.

—¿Qué, dijo con la situd, creéis que



habéis echado al demonio? Fray Bernabé, con la cabeza inclinada sobre sus brazos cruzados, no se movía, sólo sus hombros seguían estremeciéndose.

—¿Para qué sirve llorar?, dijo Baudry. ¿Lloráis por vuestro pecado o por el de ellos? Fray Bernabé levantó lentamente la cabeza.

—Dios lo sabe, yo no he cometido ningún pecado. Aunque los hubiera matado no hubiera cometido un pecado. —Hermano, Dios es grande.

- *Sí.* ¿Pero por qué ha permitido una cosa semejante?

Uno de los chiquillos era Mardoche, el protegido del Picoso, por eso aquella misma noche Elías fue a ver a los dos

jefes del grupo de Arras, para decirles que no era justo tratar tan duramente a un huérfano; y que él, Elías, había conocido muy bien al padre del chico y que él lo alimentaba desde la muerte del padre y que era él quien debía castigarlo si debía ser castigado.

—No, dijo fray Bernabé, aquí soy yo quien castiga. Y también te hubiese dado con el látigo a ti si creyera que eso podría hacerte mejor.

—El Mardoche, dijo Elías, tiene el ojo derecho tan hinchado que corre peligro de quedarse tuerto.

—Que le sirva de lección.

—Esos chicos, decía el Picoso, aprenden a luchar como pueden.

—Sal de aquí, dijo fray Bernabé, no quiero verte más.

Mardoche no perdió el ojo derecho; pero la historia hizo mucho ruido, y no solamente en el barrio de las gentes de Arras.

Elías el Picoso ahora tenía entrada en la ciudadela y hablaba con los jefes de los soldados sin quitarse el sombrero. Todos sabían que los muchachos artesianos y picardos lo respetaban como un papa y que entre los hombres había una buena docena que estaban dispuestos a obedecerle, entre los cuales Santiago el del Hacha (Santiago no olvidaba que, en su ausencia, Elías había estado a punto de

ir con sus amigos al hotel del vizconde de Evreux para romperle la cabeza al caballero grosero, entre hombres del mismo país un favor así vale una promesa de amistad). Los chicos, decía Baudry, no tienen nada que hacer en los cuartos de guardias, sus padres no tomaron la cruz para que se conviertan en soldados. —Todos nosotros somos soldados de Cristo, decía Elías.

—De Cristo, sí, pero no del señor Santiago de Saint-Flour (era el nombre del jefe de los lacayos) y nosotros tomamos la cruz para hacer oración y penitencia.

Pues lo que los chiquillos hicieron a los turcos, decía Mahaut la Tuerta, ¿los

turcos no hicieron lo mismo sabe Dios a cuán tos de los nuestros y hasta cosas peores?

—Pues si queremos hacer, dijo fray Bernabé, todo lo que hacen los turcos, ¿por qué no vamos también a profanar las iglesias y a escupir a las imágenes de Jesucristo? En verdad, no nos falta más que eso, ¡pero hacerlo para que se vea real mente que sois hijos del diablo!

Pero ni su ira ni sus oraciones llegaba ya a los hombres, pues en dos años todo el mundo había envejecido diez, y lo que los compañeros de Pedro habían predicado en Arras se había convertido en chocheos de padres de familia, en nuestro tiempo no es lo

mismo, son viejas historias, historias de viejos. Fray Bernabé no era viejo, pero su barba negra estaba medio gris, sus grandes ojos con ojeras violetas y ardientes de fiebre; su voz de trueno era ahora pastosa y entrecortada, comenzaba a escupir sangre de los pulmones.

Incluso sus amigos fieles, como Baudry y Alix, decían: en Jerusalén nuestros pecados serán perdonados, pero antes de entrar en Jerusalén, ¿quién puede vivir sin pecado? Si Dios quiere que echemos a los turcos, pondrá nuestros pecados en su cuenta. —La rueda de molino al cuello, Baudry. La rueda de molino para arrastrarnos en el fondo del estanque de pez hirviendo.

—Hermano, ¿habéis llegado al extremo de conocer la tentación de Judas?

—¡Quién no sería tentado? Dios nos ha prometido pruebas duras, pero yo no preví ésta. ¡Y sin embargo no era difícil de prever!

Las lluvias comenzaban, los bretones no se habían equivocado construyéndose casas. En sus chozas cavadas en la tierra, rodeadas de piedras y cubiertas con paja y ramas, estaban casi al abrigo; decían que era mucho mejor que el invierno pasado, no tenían que trabajar tanto como en el asedio y morían muchos menos, Dios era bueno.

Unas caravanas de abastecimiento llegaban dos veces a la semana de Antioquía. Y noticias: la marcha no sería para el día siguiente ni para Todos los Santos; había una especie de peste en la ciudad, las gentes se volvían tan coloradas como cangrejos cocidos y tenían mucha fiebre y muchos dolores en todo el cuerpo, sin embargo no morían muchos, apenas un hombre de cinco, pero había muchos enfermos entre los caballeros, por eso el ejército no podía ponerse en camino.

¿Y qué decía la Santa Lanza (pues la Lanza a decir verdad no hablaba pero Pedro Bartolomé, el hombre que la había descubierto, tenía visiones gracias



a ella)? Decía que con toda seguridad Dios entregaría Jerusalén a los cristianos si ellos conservaban un corazón puro, si se olvidaban de sus rencillas y se abstenían de todo comercio con mujeres no bautizadas. En cuanto a las rencillas, las había, hasta los lacayos encargados del abastecimiento lo sabían, para repartirse Antioquía y la provincia del Orontes, los barones discutían a lo largo de los días, pues todos querían tener allí el primer lugar; todos eran tan grandes señores que ninguno podía ceder ante otro sin deshonorar su nombre.

*Pues como el buen obispo del Puy había muerto, que Dios tenga su alma,*

*y Jesucristo no se manifestaba más claramente, y el papa no contestaba a las cartas de los barones y el Emperador tampoco les contestaba, ¿cómo podían entenderse unos hombres tan orgullosos?* Todos sabían que esas gentes se dejarían morir de hambre delante de una mesa llena de manjares si por casualidad les dijeran que el menos noble debería servirse el primero.

He aquí los hombres que tomaron la cruz de Jesucristo y se comprometieron a llevar hasta Jerusalén a todos sus amigos y sus ejércitos y a los peregrinos; y que después de los grandes milagros que Dios ha hecho por los cristianos no consiguen olvidarse del

orgullo de su raza. Cuando el verdadero cristiano es el que se hace servidor de todos, ellos se quedan ahí a mirarse en el blanco de los ojos con el único temor de que se les sospeche querer ser los servidores de uno de entre ellos.

Cuando el cristiano debe abandonar todos sus bienes, e incluso si no tiene más que dos camisas quedarse con una sola, esos hombres que tienen armas, caballos y ropa en abundancia y toda clase de riquezas, esos hombres se pasan el tiempo discutiendo quién se quedará con los barrios más ricos y quién colgará sus estandartes sobre qué torres. ¡He aquí cómo actúan, por eso no es extraño que Dios les haya enviado

esa peste pues no se puede servir a dos señores a la vez, y ellos eligen a Mammón, diciendo: por nuestro celo es justo que Dios nos abandone las riquezas de Mammón, dicen, Dios lo sabe, nosotros hemos hecho ya tanto por Jesucristo que nos debe un buen salario, nosotros no somos mercenarios, no, somos sus salvadores!

Si por lo menos hubieran cogido Jerusalén y Belén y Nazaret y todos los lugares santos, podrían tal vez glorificarse. ¡Pero a causa de Antioquía donde Jesucristo no puso jamás los pies se creen ya tan bien absueltos por Dios que se olvidan de sus juramentos!

En Maarret se hablaba mucho de la

mala fe de los barones y de su caballería, pues después de Todos los Santos, en el momento en que parecía que el tiempo se arreglaba, nadie hablaba de la marcha. Una semana después de Todos los Santos el conde de Toulouse enviaba, como regalo para la infantería, un rebaño de quinientas cabezas de corderos y diez carretas llenas de sacos de trigo y por su bondad fue bendecido. Y sin embargo en Maarret incluso los soldados provenzales decían: *¿estamos aquí para beber y comer?*, *¿nos echan comida como un hueso a un perro sarnoso?* *¿No saben que en el sur de la costa el invierno es suave y que antes de*

Navidad podríamos acampar ante Jerusalén?

¿Están esperando a que el papa Calixto haya tenido tiempo de organizar un nuevo ejército turco y que venga a destrozarnos a todos a Maarret?

¿Acaso la Santa Lanza es una lanza falsa y tienen miedo de ir con ella a Jerusalén?

¿Acaso el Espíritu Santo les ha hecho saber que Jesucristo nació en Antioquía y que fue en Antioquía donde redimió nuestros pecados?

Si nos han echado y alejado de la ciudad, es por vergüenza, para que los pobres del ejército no vean la buena vida que se dan en ella, en sus palacios

y en sus jardines donde viven rodeados de alfombras de Oriente y vajillas de plata y jóvenes y bellas griegas cogidas a la fuerza a sus familias.

No había trabajo pero tampoco hambre. Cansados de prepararse sin cesar para la gran marcha, en grupos de doscientos o trescientos hombres se iban a la aventura hacia las montañas o al valle a buscar sabe Dios qué: ¿botín o bandas de tureos para echarlos de allí? En el país no había verdaderos turcos, sino bandidos. Tenían caballos, de tal forma que los soldados volvían a veces con muertos y heridos, pero también con dos o tres caballos.

¿Es posible, pensaba Elías, es

posible que ella siga pensando en el griego? Saberlo era imposible, pues él no podía hablarle y no se atrevía a pronunciar el nombre de Filoteo delante de ella. Cien veces le habían dado ganas de hacerlo pero su boca *se* había negado a abrirse. A veces decía: ¿piensas en él? ¿Lo amabas tanto como para eso? Lo decía en francés por supuesto y ella no le comprendía. Elías le decía: estás tan fría como una muerta, ¿qué placer puede tener un hombre contigo? Ella lo miraba con sus inmensos ojos vacíos, tenía miedo de él, sí, nada extraño, pero uno debería acostumbrarse a todo, incluso al miedo.

Elías la deseaba tanto que ni



siquiera en su juventud en los primeros tiempos de casado había conocido nada igual; pero cada noche era una decepción y se ponía loco de rabia, ella estaba fría hasta poder cambiar en hielo las llamas del infierno, si ella le hubiera pasado una sola vez los brazos alrededor del cuello se hubiera vuelto loco de alegría; nada más que pensar en ello, nada más que esperarlo sentía que el fuego le subía a la cara. Hay muchachos que dicen que hasta una chica violada y que se debate y chilla puede de repente volverse cariñosa. Por la noche no se ve si un hombre es feo. Esa muchacha tenía en el cuerpo un diablo helado.

Y hasta por este hielo en el cuerpo Elías la amaba.

Nunca más habían pronunciado aquel nombre. Tal vez ella había rodeado el cuello del otro con sus brazos, tal vez le había besado los ojos, era como para volverse loco, los celos no mueren con la muerte del hombre. — Bueno, sonríeme. ¡Sonríeme! Ella le comprendía probablemente, pero volvía lentamente la cabeza, con el labio retorcido en una sonrisa de cadáver. Cobarde, si por lo menos se pusiera furiosa. Pero ni siquiera, ni siquiera se ponía furiosa, ni siquiera lo odiaba, nada más que un poco de miedo.

La víspera de Navidad fray Bernabé

dijo al Picoso: ¿cuándo terminará este escándalo? No sé cómo, pero tú tienes una banda de amigos que te siguen a todas partes, pasas por ser un hombre valiente, por lo menos deberías no dar mal ejemplo.

—¿Soy yo el único en el ejército? Los caballeros y los sargentos también tienen concubinas y aún más.

—¿Has tomado la cruz para imitar las malas costumbres de los caballeros? Cesa por lo menos de ser un pecador público. Después de todo puedes ir a ver a las putas.

Elías dijo que en su vida había tocado a una puta y que no iba a empezar a los treinta y tres años. Y que si él

estaba apegado a la mujer no era tanto por lo que él pensaba, sino —¿cómo decir?— por compasión. —Entonces, ¿piensas llevarla a Jerusalén?

—Al ritmo como los barones llevaron las cosas no estamos muy cerca de ver Jerusalén. —¿Y si saliéramos mañana?

El Picoso se encogió de hombros, no sabiendo qué contestar.

Hacía frío y el viento soplaba a ráfagas, llevando de las montañas un granizo mezclado con nieve, pero del mal tiempo nadie se preocupaba. Al contrario, el viento parecía darles ánimo, cuanto más fuerte soplaba, colándose por las calles estrechas, más

aumentaban los gritos, en las azoteas, en todos los cruces de las calles, como si la ciudad entera se hubiera vuelto loca. En cada barrio había un inspirado poseído repentinamente por el celo de Jesucristo y si perdía la voz otro lo sustituía inmediatamente.

*Hermanos, ¿qué estamos esperando? Hermanos, ¿vamos a abandonar a Jesucristo?*

Hermanos, Navidad, que era nuestro tiempo de gracia, ha pasado. Si en Pascua no hemos liberado Jerusalén, ¿qué va a pensar Dios de nosotros?

Hermanos, amigos, soldados, ¿acaso vamos a mentir a nuestros muertos?

¡Todos los que estamos aquí en

Maarret y en las murallas y en el llano, todos, y también los leprosos y los tafures, cojamos nuestras hachas y nuestras archas, nuestros garrotes y nuestras horcas y nuestros cuchillos y nuestros martillos!

¡Ellos pueden ser unos cinco mil y nosotros, con las mujeres y los niños, más de veinte mil seguramente! ¡Y más de treinta mil! Si vamos todos sobre Antioquía nos obedecerán.

Discuten por el botín de Antioquía y por esta herencia robada descuidan la herencia de Jesucristo y, Dios lo sabe, hermanos, que no tomaron la cruz para enriquecerse, y si salieron con esta idea nosotros se la sacaremos de la cabeza.

Pues nosotros, en cambio, no quisimos jamás enriquecernos, sino con la única verdadera riqueza que es Jerusalén.

Aquel día había una llegada de aceite y de trigo. A decir verdad la esperaban para Navidad y sabe Dios por qué razón había llegado con retraso. Y habían prescindido de ello.

Así pues, habían esperado el trigo y el aceite y desde el momento que los barones no se habían molestado a tiempo para enviar este regalo de Navidad, las gentes del ejército se habían dicho: seguro que ellos habrán hecho festines de reyes y habrán hecho regalos a los embajadores egipcios,

griegos y demás, pues que les aproveche. Una vez llegado el convoy y que las carretas fueron arrastradas por mulos hasta la puerta de la ciudad dentro de las murallas, los jefes de los hombres de armas y los dos caballeros que mandaban en la ciudad salieron para preguntar la razón del retraso.

Uno de los hombres que venía con el convoy, capitán preboste de los almacenes de los provenzales, de Antioquía, respondió que a caballo regalado no se le mira el diente. Entonces Santiago de Saint-Flour (que sin embargo también era provenzal) dijo que nada de caballo regalado y que ni los soldados ni los peregrinos vivían de



limosnas, sino que recibían un salario bastante inferior a los servicios prestados y que si los barones lo tomaban así no tenían necesidad ni de su aceite ni de su trigo.

Y en su furia cogió la maza de armas y golpeó con tanta fuerza una vasija de aceite que la rompió y otras dos más estallaron también con la violencia del golpe; y el aceite se puso a correr por el suelo, inundando los toldos y las ruedas. Al ver esto, dos de los amigos de Santiago de Saint-Flour corrieron con las espadas levantadas, hacia una carreta de trigo, y se pusieron a lacerar los sacos, uno tras otro.

La muchedumbre se había

congregado ya en las murallas, en las escaleras, alrededor de las carretas; las gentes acudían de la ciudad. Niños pequeños empezaban a recoger los montones de trigo caído delante de las carretas y unos soldados los echaban a patadas. ¡Que nadie lo toque y que barran este trigo hasta las zanjas, por san Jorge iremos más bien a pillar los pueblos a diez leguas a la redonda que dejarnos tratar de mendigos!

Y todos los que miraban, todos en ese momento aprobaban a los soldados y gritaban ¿bastante hambrientos para estar irritados, no lo bastante para tener mareos y retortijones— y los que a la vista del trigo perdido se les encogía el

corazón sentían una alegría más grande, los tirones del estómago les hacía chillar más fuerte. ¡Llevároslo, tirarlo, dárselo a vuestros perros! ¡Cebáros con ello, haceros tan gordos como los puercos! ¡Si tienen de más que se lo manden al Emperador de Constantinopla!

En las murallas unos sacerdotes gritaban: ¡Hermanos, hijos, es pecado mortal, no se estropean los dones de Dios! —¡Los dones de los cobardes, los dones de los ladrones, Jesucristo prohíbe cogerlos! Los encargados del convoy habían escapado a toda brida hacia Antioquía.

Había en la ciudad hombres algo

locos pero inspirados que se subían a las azoteas para echar discursos. El día estaba fresco, con sol y viento, parecía que era primavera en pleno invierno, las ráfagas eran fuertes, el aire puro y seco de las montañas mareaba; todos los que no habían comido nada desde el amanecer estaban agitados hasta el punto de reír y llorar al mismo tiempo, para quienes han conocido el hambre pisotear trigo es tan cruel como arrancarse las entrañas.

Señor Jesús nosotros no comeremos de ese pan  
comeremos uno mucho mejor en Jerusalén.

¡Que se queden en Antioquía comiendo y bebiendo, nos marcharemos sin ellos!... Tal era la agitación en la ciudad que los hombres empezaban ya a hacer los equipajes, las mujeres cantaban envolviendo los cacharros y las provisiones en mantas. ¡Nos iremos sin ellos mañana al amanecer! ¡Ellos serán señores de Antioquía y nosotros de Jerusalén!

¡Soldados, os han engañado! Saber que nunca quisieron hacer la peregrinación. ¡Han venido a este país para enriquecerse con vuestro sudor y vuestra sangre!

Pues ellos han dicho: esos hombres

se batirán mejor si les hacemos creer que se baten por Jesucristo.

¡Y han engañado al mismo Jesucristo haciendo falsas promesas! Pero Jesucristo que ve los corazones ha rechazado su servicio. ¡Sin el amor que Él tiene por sus pobres todos esos hombres orgullosos estarían hoy muertos y sus cabezas dispersadas por Bagdad, Alepo y Damasco!

No tenéis que temerlos. Son ellos los que tienen que temeros. Si vosotros los abandonáis Dios los abandonará también.

Era un sacerdote, capellán de los soldados valones, quien hablaba así. Tenía una voz fuerte, en la plaza a las

puertas de la ciudadela había mandado que le pusieran una tarima y, subido encima, blandía en el aire una cruz de bronce. Todos lo escuchaban, hasta gentes que no eran soldados ni valones. Durante el hambre había tenido visiones y desde entonces llevaba una cadena de veinte libras a manera de cinturón y dormía sobre cardos.

—¡En esta ciudad los hombres se entregan a la ociosidad y al pecado, pero su pecado es menor que el de los barones! ¡Pues los barones son la cabeza y vosotros el cuerpo, y si la cabeza está llena de vanidad que los brazos y las piernas se pongan a actuar y arrastren la cabeza!

¡Si Dios ha privado de entendimiento a la cabeza, ha permitido que la razón se aloje en el corazón, vosotros sois el corazón del ejército!

Muchos sacerdotes y muchos laicos hablaban así y todos estaban de acuerdo; y el obispo de Maarret desde lo alto de su palacio prometía enviar una delegación a Antioquía. Pero ya se sabe cómo son recibidas las delegaciones, muchas promesas y mucha espera en las antecámaras. Nosotros hemos esperado ya bastante.

Ya nadie escuchaba al obispo ni a los comandantes de la guarnición. Los jefes de los hombres de armas y los jefes de los grupos de peregrinos se



reunieron en la iglesia. He aquí lo que decidieron:

Teniendo en cuenta que, por una criminal avidez, los jefes del ejército retrasan el cumplimiento de su voto y que para poseer torres, castillos y casas se disputan desde hace seis meses y olvidan a Jesucristo y que ni oraciones ni súplicas pueden conmoverlos y que se corre el peligro de que Dios se canse de su pereza y abandone a los cristianos, es necesario quitar a esos hombres ávidos el objeto de su ambición y que esos perros hartos vuelvan a ser perros hambrientos.

Puesto que nosotros estamos en poder de la ciudad de Maarret,

comencemos por esta ciudad y después iremos sobre Antioquía. Entre nosotros hay zapadores y botafuegos, cavadores y canteros, artilleros y albañiles. ¡Mañana después de la oración pública, todos manos a la obra! ¡Soldados y civiles, monjes y laicos, hombres y mujeres y niños! Y que en ocho días no quede en esta fortaleza piedra sobre piedra.

¡Y que ellos sepan que no es más que un ensayo, que en Antioquía lo haremos mejor, por muy grande que sea la ciudad! Una vez anunciada y gritada en las azoteas esta buena noticia, las gentes no esperaron siquiera a la oración pública. Pues habían trabajado bastante en las murallas de Antioquía y

es más fácil derribar que construir. Los peregrinos se ponían a ello los primeros, con los niños y las mujeres: a martillazos, a porrazos, a pedradas rompían puertas, ventanas, vigas de los techos, hacían temblar las paredes de las casas más débiles; con barras de hierro fabricaban palancas, era como un día de fiesta.

¡Eh, hacen falta vigilantes, llamad por lo menos a unos canteros, estas casas son viejas y podrían derrumbarse sobre vuestras cabezas! Las mujeres se reían, no tenían miedo, Dios nos protegerá, trabajamos por Él.

*Vivían todos en medio de un estrépito tal, en medio de un polvo tal,*

*que si Dios descendiera en su gloria del cielo no lo hubieran visto ni oído.*

Nadie tenía ya frío. Los hombres de Arras trabajaban en las murallas. Las piedras eran sólidas, de cuatro pies de anchura. Cada equipo de seis hombres tenía su panel de pared, con unos martillos gordos de piedra hundían la barra en el intersticio de las piedras y golpeaban el otro extremo de la barra, la piedra cuadrada se movía, era un trabajo griego, sólido, para desencajar y echar a rodar esas piedras hacía falta fuerza y habilidad, por cada piedra desencajada y echada a rodar a la zanja el equipo daba un grito de alegría, después respiraban, justo el tiempo de enjugarse

la frente.

Ya no sabían lo que era el frío, los hombres estaban sudando. Tenían el pelo y la barba completamente mojados, estaban amarillos de polvo que se les pegaba al cuerpo, se miraban y se reían, con los ojos llenos de polvo, los oídos tan llenos de aquel estrépito que ya no tenían ningún pensamiento en la cabeza, solamente los martillazos, ni siquiera podían hablar, sólo gritar ¡aúpa! ¡tira! ¡venga venga! ¡ya está!

Jamás habían hecho un trabajo tan duro con tanta alegría. Sólo se paraban para respirar, para mirarse, mirar el hueco vacío de la piedra. ¡Muchachos, adelantamos mucho! Adelantamos más

que los de al lado. Los muros se agrietaban y temblaban, a causa del polvo no se veía nada; se comían el polvo y los estallidos de granito se les pegaban a los labios, no se veía nada, sólo se oía, por la parte de la ciudad, un estrépito de casas que se desploman.

Y gritos, gritos estridentes, felices, y cantos perdidos en el ruido de los martillos. El polvo era peor en la ciudad que en las murallas, había una gran humareda: los equipos de botafuegos habían encendido enormes hogueras en las casas más fuertes y se oían estallar las piedras, crepitar las vigas y soplar las llamas metiéndose por las calles, mañana la mitad de la ciudad no tendrá

donde albergarse pero no había nadie que no trabajara, excepto las mujeres viejas que cuidaban de los niños pequeños: se habían refugiado en la iglesia al pie de la ciudadela.

Baudry y Elías el Picoso formaban parte del mismo equipo los dos eran altos y fuertes, pero Baudry conocía mejor el trabajo de las piedras y era él quien mandaba— y por una vez no había odio entre ellos (lo que demuestra que este trabajo era verdaderamente querido por Dios). Baudry había vuelto a encontrar su habilidad y sabía dónde y cómo había que golpear y daba un nombre a cada piedra, según la costumbre de los albañiles, y se decía:

¡qué buen trabajo, no hay mejores obreros que los griegos!... Al final del día el muro estaba tan bajo que un niño hubiera podido escalarlo, y entre las dos murallas se extendía como un torrente de piedras gigantescas, amarillas y marrones, de ángulos bien tallados que surgían por todas partes como crestas de olas. Muertos de hambre, con la ropa pegada por el polvo y el sudor, los hombres iban fuera de la ciudad hacia las hogueras encendidas.

Los sacerdotes estaban cantando ya las oraciones. La piel de los corderos espetados, chamuscada y dorada, crepitaba en el fuego; y las mujeres, ebrias de cansancio, titubeando y riendo,



llevaban a la ronda las jarras de agua mezclada con vino.

La noche estaba fría, de la ciudad habían llevado montones de vigas rotas, las hogueras se encendían, extendiéndose hasta el campamento de los leprosos. Y los leprosos, alineados a lo largo de la empalizada, miraban. — ¡Buen trabajo, hermanos! ¡Que Dios os bendiga, hermanos! Los demás les contestaban, faltaba poco para que los hubieran invitado a ir junto al fuego, ellos también van a Jerusalén. —Ánimo, hermanos, tal vez os curaréis ante el Santo Sepulcro. Ellos estaban acostumbrados a este cumplido y los menos graves tenían esperanza. —

Gracias, hermanos, rezamos por vosotros. Nuestras oraciones tienen fuerza ante Jesucristo.

Todos cantaban las oraciones y los leprosos las cantaban también. Había hombres jóvenes y guapos entre ellos, mujeres con la cara todavía intacta; éstos se ponían delante, haciendo señas y saludando, para recordar a los demás que no había que desdeñarlos... ¿Nos dejarán entrar a nosotros también? Tan seguro como vive Dios. Tocaréis el Santo Sepulcro. Nadie lo sabía, se lo decían para consolarlos.

En la ciudad ardían todavía algunas casas, se veía la ciudadela iluminada de rojo a través de un humo rosa. Gritos

desgarradores, gritos de animales desollados vivos se elevaban por la parte de las murallas, los arqueros flamencos estaban quemando a los treinta prisioneros en su cuartel: hombres de Alepo que prometían un rescate. Pero no querían rescate, no querían nada. Habían encerrado a los hombres en un pajar lleno de paja y de haces de heno. Los flamencos se calentaban a veinte pasos del fuego, si un hombre se escapaba lo remataban a pedradas para no desperdiciar las flechas. Quien por codicia perdona a un turco es un traidor a Jesucristo. Santiago estaba acostado en un montón de paja, al lado de Lamberto, a unos pasos de la

empalizada de los leprosos. María había ido a buscar a Pedro a la iglesia y después había bajado al prado, preguntando a los hombres sentados junto a las hogueras dónde acampaban las gentes de Arras. Nadie lo sabía, ya no había ni gentes de Arras ni de Lille ni de Rouen ni de Mantés; la torre de Babel. Los hombres se habían colocado alrededor de las hogueras, al azar, y se repartían lo que había de comer sin preguntar al vecino el nombre de su país. María apretaba contra ella al niño dormido, envuelto en una piel de cordero. —¿Eres viuda, guapa? María se santiguaba, ¡Dios mío, no! Estoy buscando a mi hombre, lo he visto esta

mañana con los soldados picardos. — Entonces vete donde los leprosos, debe estar allí. Lástima de todas formas.

Aquella noche hicieron trabajar mucho a las mujeres que iban con los soldados, chicas sirias y turcas, pues ya no quedaban casi francesas.

Santiago dormía, tan deshecho por el cansancio que ni un puñetazo lo hubiera despertado. Lamberto no dormía. Preguntó:

¿Y mi madre? — En la iglesia con los enfermos. A Aubry, de Valognes, no le queda ya mucho tiempo, que Dios lo guarde. María, ¿cuántos quedaremos vivos para entrar en Jerusalén?

—Tantos como Dios quiera. Ese día

todos nuestros muertos quedarán en paz.  
—Hay sacerdotes que dicen que ya han sido glorificados.

María, acostada de espaldas, miraba las estrellas. ¡Qué noche más fría, cómo brillan!... Torrentes de diamantes. — Lamberlo, Jesucristo quisiera glorificarlos y enjugarles las lágrimas de sus ojos, pero se niegan a dejarse consolar mientras que sus hermanos no han llegado al término del viaje. ¡Les oigo cantar un cántico de lamentación, un coro de cien mil voces!

—¿Los oyes tú?, dijo Lamberto.

—Cuando miro las estrellas sin moverme, sí les oigo.

—...Yo cuando duermo, dijo

Lamberto, sueño con el país. Que vuelvo al arrabal con mi padre y nadie nos reconoce. Santiago hablaba en sueños. No se comprendía lo que decía, era un farfullar o una lengua desconocida; parecía contento y se reía. Con una risa inconsciente casi infantil. Después gritó: ¡Las tripas! ¡Tienen las tripas llenas de perlas! y se sobresaltó, gritando: ¡mi hacha! y se cayó hacia atrás. Lamberto lo sacudió para sacarle de un sueño impío, pero no había nada que hacer. Aquel sueño era tan fuerte como un sortilegio.

—¿Crees, preguntó María, que vamos a destruir Antioquía? Sería un trabajo divertido. —Si es necesario,

dijo Lamberto, lo haremos.

El obispo se había encerrado en la ciudadela con los comandantes de la guarnición, los pocos armenios que quedaban todavía en Maarret y unas decenas de prisioneros turcos. Por la mañana salió, rodeado de sus clérigos y de su guardia, subido en un caballo gris y precedido de un heraldo.

Llegó hasta los cuarteles de los provenzales, todavía intactos: habían llevado allí a muchos enfermos y heridos, y alrededor de las grandes hogueras que ardían en la cocina del cuarto de guardia unas mujeres habían puesto a secar la ropa manchada y los pañales de los niños. Los jefes de los



sargentos estaban en la ciudad, vigilando las obras. El obispo mandó que los fueran a buscar.

Los capitanes llegaron, rojos, sin aliento, de mal humor, y con ellos venían también tres o cuatro jefes de peregrinos (pues no querían dejar parlamentar solos a los soldados).

El obispo les habló al principio con dureza, después suavizó el tono. ¿Qué querían? ¿Creían que iban a poder prescindir de la caballería? El ejército es como un ariete, la caballería es su cabeza puntiaguda y forrada de hierro, no puede hacer nada sola, pero el ariete no puede nada sin ella.

Santiago de Saint-Flour, siendo

provenzal como el obispo, ha biaba en nombre de los demás en su dialecto. Ya lo sabían, decía, por eso esperaban a los barones, pero toda paciencia tiene un límite; los soldados no son más ignorantes que los barones, ni están menos informados sobre lo que ocurre en el país. Los turcos batidos, ¿no habían pedido a su papa que predicara la cruzada? ¿Esperaban a que el nuevo ejército turco estuviera en pie de guerra?

El obispo respondió que no se invitaba a los capitanes de los arqueros a los consejos de los barones; y que los barones tenían sus razones. Y que el asedio de Jerusalén iba a ser mucho más

duro que el de Antioquía: el país era más árido y los ejércitos egipcios estarían a sus espaldas.

Santiago de Saint-Flour respondió que él no había asistido a los consejos de los barones ni a los de los turcos ni a los de los egipcios, pero que los pobres seguían los consejos de Jesucristo y de sus santos. Que si Dios quería haría más milagros, como los había hecho hasta entonces; y que si los hombres de tropa y los peregrinos actuaban así era bajo la inspiración del Espíritu Santo. Y el obispo se dijo que oír expresarse así a un capitán de arqueros era ya un milagro del Espíritu Santo.

Los capitanes decían que puesto que

Antioquía era una plaza tan fuerte y que a ningún precio había que dejar que los turcos volvieran a apoderarse de ella, lo mejor era arrasarla completamente; y así todo el ejército, desde el príncipe Bohemundo hasta el último de los lacayos, sería libre de abandonarla y de emprender el camino de Jerusalén. — ¡Cómo!, dijo el obispo, hay más de cincuenta mil cristianos que viven todavía en esta ciudad, ¿dónde irían?

—Donde hemos ido nosotros, si Dios les concede la gracia. Si no, ellos están en su país, ya encontrarán donde ir. Total, no había posibilidad de discutir, por una vez todo el mundo estaba de acuerdo y los bandidos confraternizaban

con los monjes: esto es lo que ocurrirá a toda ciudad y a toda plaza que los caballeros quieran apropiarse por avaricia.

...¡Con hombres como vosotros, muchachos, derribaríamos también la torre de las Dos Hermanas y la ciudadela de Antioquía! ¡Llevemos los arietes, llamemos a todos! La tarea adelanta, Dios nos ayuda.

En la ciudad, los jóvenes, los viejos y las mujeres, se habían apoderado de todos los trozos de hierro que podían encontrar, hurgones, picaportes de puertas, ganchos de cremalleras, y desmantelaban el pavimento de las calles, las piedras de los marcos de las

puertas y ventanas, rompían los pilones de las fuentes, y el agua fría inundaba los cruces de las calles, mezclándose con los estallidos de las piedras y con los escombros. Y los que se herían haciendo este trabajo, ni siquiera prestaban atención.

El cielo estaba claro, azul vivo con nubes redondas que iban derechas al mar, el viento era fuerte y frío. A ráfagas, montones de ceniza y de ramillas de madera calcinada llegaban sabe Dios de dónde y, en el estrépito lancinante y desordenado de los picos golpeando sobre la piedra, unos gritos lejanos hacían irrupción: los gritos ritmados y roncós de los albañiles. Los

cantos de los canteros atacaban a golpes de picos y de piochas la piedra de las torres.

¡Por Jesucristo y el Santo Sepulcro y san Jorge! ¡He aquí un trabajo por el cual no nos han prometido un salario!

Al día siguiente era domingo y, en medio de los escombros, a lo largo de las casas quemadas y derribadas, los peregrinos se dirigían a misa, a las tres iglesias de Maarret y, como en esas iglesias no había sitio para la décima parte del ejército, los sacerdotes la celebraban en un estrado, fuera de las murallas. Todos tenían la necesidad del descanso dominical y tenían la cabeza tan llena del ruido de la víspera que el

silencio les resonaba en los oídos como un enorme sonido de campana.

Cantaban: sobre los ríos de Babilonia. Cantaban:

Oh Jerusalén, si yo te olvido  
que mi mano derecha olvide su  
fuerza

... ¡Si yo te olvido, oh Jerusalén!

y tales sollozos resonaban en el prado devastado que los sacerdotes tampoco podían officiar y ellos mismos estallaban en sollozos.

Señor, que nuestros pecados nos sean perdonados, y también nuestro olvido.



¡Pues la sed y el hambre, el calor y el frío, y las heridas y las enfermedades nos han hecho olvidar vuestra santa Faz y el dolor de Jerusalén!

Los hombres hacían penitencia y se mesaban los cabellos y se cubrían la cabeza con tierra mezclada con cenizas y con escombros. Se acabó la espera, se acabó el miedo, vamos a arrancar a Dios y a los barones el cumplimiento de la promesa. Este país nos es más amargo que el vestíbulo del infierno, no nos quedaremos en él ni una semana más.

Si yo te olvido Jerusalén que mi lengua se quede pegada al paladar.

El que quiera quedarse sobre los ríos de Babilonia, que sea tratado de

traidor a Jesucristo.

¡Oh Babilonia, cuánto daño nos has hecho! ¡Oh Babilonia de los turcos y de los orgullosos! ¡*Oh Antioquía!*

¡Antioquía de sangre y de lágrimas, Antioquía de hambre, de lluvias glaciales, de sol ardiente y de olor a cadáver! Antioquía de la Santa Lanza y de la victoria, cementerio de sangre y de barro, campo de zanjas llenas de muertos el daño que nos has hecho, oh Babilonia, que se quede contigo, nosotros lo abandonamos para siempre.

—¡Hermanos, decía fray Bernabé, hermanos, amigos, todos los que estamos aquí! ¡De cada dos de los nuestros uno está aquí en la tierra bajo

los muros de Antioquía, que el otro no le haga faltar a su promesa!

Acordaos de las palabras de Pedro, el bueno, el santo, el que los barones retienen con ellos como un rehén de Dios: por la sangre y el fuego y la tempestad y por las olas desencadenadas y por los desiertos semejantes a hornos y por los precipicios abiertos y por los valles hervideros de reptiles y por los granizos de flechas turcas y por las cargas de millares de caballos y por el suplicio del hambre y por la peste y por el incendio, y por el agua convertida en sangre y por la lluvia de fuego tenemos que marchar sin volvernos, la mirada perdida en la luz de Jerusalén como las

moscas y los mosquitos vuelan en la noche hacia la antorcha y no ven más que ella y se queman con ella, que así vuestras almas sean quemadas por el amor de Jerusalén.

Pues si nosotros tenemos bastante amor no podemos dejar de alcanzarla y de entrar en ella y de encontrar en ella la alegría de nuestros corazones.

Lloraba mientras hablaba, todos lloraban, hermanos arrepentíos de vuestros pecados, arrepintámonos todos, destruyamos al hombre viejo como hemos destruido esta ciudad.

Volvamos a empezar más desnudos y más pobres, perdamos todo, que al llegar a Jerusalén no quede nada más en

nosotros que la sed de Jesucristo.

Era un día hermoso, un domingo bendito, ya no se hablaba nada más que de la marcha, todos sabían que el día estaba próximo. Pues los dieciocho meses pasados en este país de Antioquía habían sido tan largos que el recuerdo del tiempo en que iban de marcha, por etapas de cinco leguas, acampando en los campos, ese tiempo les parecía bello como el de una feliz juventud; y los horrores de la sed en el desierto y de los precipicios y de los caminos peligrosos y de la gran batalla, todo eso era como una leyenda que enorgullece recordar.

Los muertos eran como unos antepasados enterrados desde hacía

mucho tiempo, de los que uno se acuerda con un sentimiento mezclado con dignidad —el tío Guillermo muerto en Hungría, el pequeño Mateo muerto en el campo de batalla de una flecha en el brazo —¿te acuerdas del caballero Everardo, te acuerdas de la tía Corneja y de la Martina con su flamenco? Y del griego Filoteo y de Marinita y de Martín y de Giscardo —¿te acuerdas de Isabel? Lamberto. Lamberto apenas pensaba en Isabel y en su padre el cura a quien veía en sueños.

Eso se cura más de prisa que las heridas. ¡Oh Isabel, hermosa mía, seis meses ya! Seis meses solamente, el invierno pasado corríamos con nuestros

niños bajo la lluvia mendigando por las tiendas de los soldados, como dos niños nosotras también, tontas, Isabel, tú que ahora sabes más que el papa.

Santiago, ¿es que en Jerusalén la dama nos devolverá a Ondina? — Ondina será una señorita, no querrá nada con nosotros.

—Santiago. En Jerusalén tal vez ya no habrá señoritas... Demasiado viejo, pensaba Santiago, demasiado viejo, tengo veinte años, demasiado viejo para aprender ese oficio, lo dicen todos, lacayo, sí, Santiago el del Hacha, cuando haya cogido todo el botín de la tienda de Kerboga para mí solo, no tengo más que un hacha, pero ya verán lo

que es bueno, pensaba. Ya verán. Cerrando los ojos se veía sobre un caballo grande, vestido de seda, cabalgando al lado de los caballeros con el hacha levantada.

Elías el Picoso había ido a ver a fray Bernabé. —Ya está, dijo, me he decidido. —¿A qué? Lo sabéis muy bien. He comprendido cuando habéis hablado hace un momento.

—Menos mal, dijo fray Bernabé.

—Que hay que mirar hacia adelante y ver la luz. Yo he visto una llama grande que avanzaba hacia mí para devorarme.

—Ten cuidado, dijo fray Bernabé, no vaya a ser la llama del infierno. —



No, era blanca y no roja. Iré. —Eso espero. —Así que os hago juramento sobre mi cruz de bautismo y sobre el nombre del Santo Sepulcro. ¿Por qué debo jurar más?

—Eso basta, creo.

—Es que yo he cometido muchos pecados. —Bueno, dijo el monje, yo no te pregunto nada, Dios es el único juez. Y perdóname si yo te juzgué mal.

—Pues claro, con mucho gusto, dijo Elías, tan campechano que fray Bernabé levantó las cejas, sorprendido, había pedido perdón por costumbre, sin pensarlo; ahora estaba casi por decirse: bienaventurados los pobres de espíritu, ¿quién sabe si este hombre no es mejor

que yo?

Sus ojos estaban quemados con la vista de tanta miseria y su corazón no se había endurecido; y cuando se acordaba de Filoteo un gusano le roía el estómago y pensaba: hubiera debido poner este asunto en claro, hubiera debido... Nadie quiere que cuelguen a un hombre. Dios perdona todo. Dios perdona otras cosas.

Si Dios no perdonara, más valdría una piedra al cuello y el río, Dios perdona y, sin embargo, un buen muchacho, inteligente y letrado y de carácter dulce y de corazón recto aunque fuera griego. Los muertos van de prisa. Tan pronto muertos tan pronto olvidados, es preciso. Pero sin lugar a

dudas a ése no se le olvidaba.

La tarde estaba fría. Como el ala de un pájaro gigante, la bruma, descendiendo lentamente de las montañas, se extendía sobre la llanura, y en la penumbra las hogueras del campamento parecían madejas enormes de lana amarilla. Cerca de las hogueras los hombres resoplaban como animales, se daban en las manos para calentarse y se pasaban por turno el cucharón de agua caliente con un poco de vino.

A lo lejos, por la parte de los campamentos de los soldados, a través del concierto de risas cascadas, se oían los chillidos estridentes, lamentables de las chicas. Las pobres chicas, las (urcas,

sabe Dios lo que les hacen. Los soldados usaban a esas criaturas en dos meses, turcas que ni siquiera bautizaban para no tener remordimientos, chiquillas débiles de trenzas negras y ojos pequeños y estrechos; en pleno invierno esos hombres las obligaban a pasearse desnudas o las embadurnaban con grasa para envolverlas a continuación con plumas o les acercaban a la cara antorchas encendidas y aún hacían cosas peores y, más desvergonzados que bestias, a veces se encarnizaban treinta o cincuenta en una sola noche contra una sola chica para dejarla muerta a la mañana siguiente, así no tenían que alimentarla.

Y sabe Dios que no se podía desear nada mejor que la muerte a esas chicas, pues lo que quedaba vivo en ellas no podía más que balar y chillar de dolor como un animal herido. Jesucristo, ¿eso también lo perdonáis? El pecado del soldado. ¿Por su sencillez de corazón y su condición inhumana, Señor? Ellos también han tomado la cruz y exigen el perdón. —Se les oye hipar y roncar, y relinchar y mugir, y cantar, que Dios les perdone, mezclando las cosas obscenas con el canto de los salmos, ellos también saben cantar salmos.

Los hombres se acercan a las hogueras, hasta casi quemarse los pies, las mujeres tienden a los niños hacia el

fuego —los niños que quedan—, no muchos, entre los nuestros ocho solamente; desde el invierno último no hay una mujer que no haya dado a luz antes de término o perdido a su recién nacido en los tres primeros días y, sin embargo, son mujeres fuertes. El frío no es más misericordioso que los grandes calores.

Era tiempo de emprender la marcha, a orillas del mar el invierno es más suave.

A los barones les es fácil, con sus pieles y en sus casas bien calientes, hablar de esperar.

El lunes de nuevo todos estaban en las obras. En las obras nuevas, para

hacer un trabajo pagado, un trabajo no pedido, un trabajo inútil, incluso el más inútil de todos, piedra sobre piedra que no quede piedra sobre piedra, que de esta ciudad donde nos han metido para obligarnos a estar tranquilos no quede ni un lugar donde un mulo pueda guarecerse.

Los prisioneros turcos eran sacados a la fuerza de la ciudadela, los comandantes no podían nada y se atrincheraban en sus cuartos; los prisioneros eran más de cincuenta, atados de mu nos y de pies, los peregrinos se encarnizaban sobre ellos a pedradas y los más vivos eran los niños —incluso las niñas — y después los

soldados llegaron con sus mazas de armas y sus hachas y se pusieron a golpear a los hombres acorralados en el patio de la torre del homenaje como leñadores cortando matorrales, gritando más que los heridos —¡y sabe Dios los gritos inhumanos que lanzaban esos desgraciados hacia el cielo a su profeta! —, los soldados andaban por encima de los muertos para matar a los que estaban detrás, como un montón de ramas de árboles cortadas, azules y negras y ensangrentadas.

Los soldados de la guarnición se habían reunido con los de la tropa, el caballero que los mandaba no podía hacer nada, estaba con los brazos



cruzados mirando desde lo alto de la torre. No se podía saber si eran prisioneros ricos, solamente dos o tres llevaban ropa buena, a los demás les habían cogido ya todo, hasta sus cabezas, por lo que se podía ver, unas cabezas morenas y anchas de barbas cortas, cabezas horrorizadas, cabezas aulladoras, cabezas de cera inundadas de sangre escarlata y brillante.

Mardoche llevaba a sus amigos una mano cortada, amarilla, de dedos largos y delgados, con sortijas en los dedos; los dedos estaban retorcidos, había que cortarlos para quitarles las sortijas y los chiquillos se las pusieron —esas sortijas de plata esmaltada— en las

orejas con unos cordeles. El Picoso, que lo vio, les dejó el botín, diciéndose que aunque esas joyas valieran mucho, para los niños no eran mucho más que unos sonajeros.

Eufemia se alojaba con las demás mujeres en un rincón del cuarto de guardia; y desde que ya no estaba sola y podía charlar con las tres sirias y con Selima, parecía menos triste. Incluso comía con apetito y canturreaba y corría con las demás lucía las murallas para ver los progresos de la demolición.

Elías le dijo: vamos a irnos. Tú te quedas. Selima, que comprendía el francés, tradujo. Eufemia la miró incrédula, como si no estuviera segura

de que la negra hubiera comprendido bien.

Elías dijo también: Me voy, pero sin ti. Eufemia, con las cejas fruncidas, lo observaba como un animal al acecho, después hizo señas con la cabeza de que había comprendido. Pardiez, pensó Elías, no será ella quien tenga pena. Eufemia no mostró ni tristeza ni alegría, solamente sintió —lo sintió en ese mismo instante— que se había vuelto como más ligera, como cien libras menos, que su corazón se había vuelto más ligero. Respiraba de otra manera, andaba con la gracia de una gacela domesticada, Elías se daba cuenta hasta qué punto ella era joven, una joven de

diecisiete años, a esa edad se sobrevive a todo. —A todo no. Pobre chica. Sí, se puede decir, pobre chica.

Los hombres seguían trabajando, con menos ánimo, pues estaban cansados y el pensamiento de demoler Antioquía empezaba a parecerles una locura: todos sabían lo grande que era la ciudad y lo que era el espesor y la solidez del doble recinto de murallas. Lo altas que eran las casas de piedra tallada. Sin hablar de los caballeros que seguían teniendo sus caballos y sus lanzas. Hablaban de ello, pero ni siquiera los más osados y los más simples lo creían verdaderamente. ¿Un trabajo semejante sin salario y sin abastecimiento? Por

eso, a fuerza de trabajar, la ira había desaparecido.

El obispo volvía con una delegación de los barones y de los sacerdotes de Antioquía. No desesperéis, buenos cristianos, calmad vuestra ira, contened vuestra piadosa indignación, tendréis necesidad de ella contra los turcos.

Sabed que los barones y los príncipes nuestros jefes están ofendidos por vuestros reproches pero aprueban vuestro celo: jamás pensaron en abandonar la causa de Jesucristo y dentro de tres días el conde de Toulouse abandonará Antioquía con todo su ejército y llevará a Jerusalén a todos los hombres que quieran seguirlo.

Con tal de que hagáis penitencia todos y no llevéis con vosotros ni mujeres públicas ni ladrones ni asesinos, sino solamente a gentes que hayan hecho el voto de morir por Jesucristo. Mientras tanto, ya que tenéis esta seguridad, los barones os piden que paréis las obras de demolición y que dejéis lo que queda todavía en la ciudad.

El obispo dio a conocer estas noticias que fueron pregonadas en la ciudad y en los campos fuera de la ciudad y acogidas con alguna desconfianza: tres días podrían convertirse muy bien en tres semanas o en tres meses, ¿quién lo sabe? Los

barones tienen tanto equipaje que tardan mucho en ponerse en movimiento.

Así pues, los jefes de los soldados mandaron responder a los delegados: el camino hacia la costa pasa por Maarret y veremos muy bien si el conde de Toulouse cumple con su promesa; nuestros hombres y nuestros peregrinos están ya preparados para levantar el campamento y seguirán a la caballería en cuanto la hayan visto pasar por el camino. Mientras tanto damos la orden de suspender todas las obras, pero dentro de tres días volveremos a empezar con ellas.

Las murallas de Antioquía estaban iluminadas, unas hogueras ardían en lo

alto de las torres. Era como una larga serpiente de llamas vacilantes que se arrastraban alrededor de la ciudad, subiendo, bajando, perdiéndose por la parte de las montañas en medio de una bruma verdosa. Desde el puente iluminado, largas llamas amarillas parecían verterse en el agua negra y el río era un hormiguero de chalanas cargadas de caballos.

Iluminados por los hachones los estandartes eran como unas mariposas grandes y blancas que batían las alas. En la llanura, aquella última noche, los hombres de tropa habían ido a decir adiós a sus muertos. A lo largo del inmenso cementerio ardían unas



hogueras y los vivos estaban sentados alrededor de las hogueras, sin apretarse unos contra otros, cada uno dejaba libre el sitio de su muerto. Cada uno tenía un muerto o dos o tres.

Aquí cantaban en coro los cánticos y allí canciones del país. Los muertos estaban sentados al lado de los vivos, empujando con el hombro a los que no les dejaban bastante sitio; no se les veía pero se sentía su calor y su peso.

Todo lo que había allí, bajo tierra, bajo el crepitar del fuego, bajo los millares de piedras apenas marcadas con una cruz, todo lo que había allí en esta tierra de dolor convertida en barro hecho para alimentar las viñas y los

olivos.

Por qué venís a turbar el reposo de los cuerpos y de las almas cantando canciones que nosotros hemos olvidado, por qué calentáis nuestros pobres cuerpos que ya no tienen frío, por qué esa sal y ese trigo y esas jarras de agua, nunca más tendremos hambre.

Oh compañeros de viaje, nos vamos venid con nosotros, pues ya no nos será fácil volver aquí. Camaradas estaréis con nosotros en el camino entraréis con nosotros en Jerusalén la bella, os guardaremos vuestra parte de comida. No olvidéis las canciones de nuestro país. Pues Jesucristo se acuerda de todo, todos somos en Él vivos y muertos como

las aguas de lluvia caídas en el mar.

Las voces de los muertos se mezclaban con los cantos y su respiración con el viento que hacía bailar las llamas. En el cielo negro en medio de las nubes blanqueadas por la luna san Jorge pasaba sobre su caballo blanco, con una cruz blanca en la mano derecha. Su caballo avanzaba, desplazando apenas las piernas y barriendo las estrellas con su larga cola.

Dejaba Antioquía, se marchaba. En dirección a Jerusalén. Jerusalén emergía lentamente a lo lejos, detrás de las colinas por la parte del mar, subía en la noche con sus doce puertas radiantes, no más grande todavía que un ramillete de

estrellas —*la Jerusalén verdadera*— en la noche en medio de las oraciones de los cristianos se despegaba de su apariencia terrestre y se dejaba ver para recordarles su promesa.

Incluso entre los soldados había algunos que la veían.

*No hay que creer, amigos, no hay que creer que los que la vean morirán pronto.*

A la madrugada la puerta grande de encima del puente se abría al son de las trompetas.

Al son de los tambores y de los clarines por la puerta abierta sobre el puente un hombre avanzaba a pie, seguido de dos obispos y de caballeros

engalanados. El hombre era alto y fuerte, derecho y ancho de espaldas, su larga barba rizada caía sobre su pecho en ondas grisáceas, sus cabellos de un rubio canoso le caían sobre los hombros. Con la cabeza descubierta y los pies descalzos avanzaba, vestido con una camisa de sayal; su mano izquierda se apoyaba sobre un bordón de peregrino, en la mano derecha blandía una cruz de piala. La multitud de peregrinos chillaba de alegría y los hombres caían de rodillas y tendían las manos y alababan en alto a Jesucristo por el gran milagro. El mismo conde de Toulouse se hacía un sencillo peregrino por el amor de Dios, pobre entre los

pobres, cruzando vestido de sayal, ¡él, el más rico y el más sabio de todos los barones!

¡Avanzaba, sobre sus pies blancos protegidos desde la infancia, sin desdeñar pisotear las piedras y el estiércol! ¡Oh, el mejor de los hombres y el más fiel, ¿es así cómo hará todo el camino hasta Jerusalén?

¿Es justo que un hombre de esta edad, que no ha andado nunca a pie sino sobre alfombras, se imponga una prueba semejante? ¿No es una vergüenza para los que se quejan de tener caballos? ¡Helo aquí, el hombre fuerte en la batalla y en los consejos, el igual de los reyes, que en pleno invierno cambia sus

pellizas de marta por el sayal!

Hombres y mujeres lo aclamaban hasta volverse roncós, ¡larga vida, salvación eterna al conde de los provenzales! Será rey en Jerusalén.

Iba andando solemne y resuelto a la cabeza del cortejo, y los obispos y los sacerdotes lo seguían, y los caballeros que, por humildad y por imitar al conde, iban andando al lado de sus caballos. Aclamaban a todos, pero lo que había hecho el conde era tan hermoso que no pensaban más que en él. Iba andando, tieso, pesado, recitando salmos y con los ojos fijos en su cruz, y no se podía saber si tenía frío y si sus pies amoratados le hacían daño, pues tenía la

resistencia bien conocida de los nobles que mueren antes de perder la cara. Iba tan transportado por su celo y tan conmovido por los gritos de la muchedumbre que apenas podía pensar en él. Bello como un santo profeta o como Carlomagno, ¡amigos, Dios le ha hablado, tiene visiones!

Está viendo ya las murallas de Jerusalén.

El largo desfile del ejército continuó todo el día y hacia la tarde acampaban al sur de Maarret. Así pues, la Lanza era verdadera, así pues el obispo del Puy se había equivocado. Dios tenga su alma y le perdone, es la Santa Lanza quien ha operado el milagro en el alma del



conde.

Estaban allí. Acampaban.

Dispuestos a levantar el campamento al alba. ¡En pie cristianos que habéis creído que este día no llegaría jamás! Dios y los hombres os han oído.

—...Echaban a las mujeres públicas del campamento. Los soldados estaban ahora tan ganados por el celo de los peregrinos que juraban llevar una vida buena y no tocar a ninguna mujer hasta entrar en Jerusalén (a decir verdad habían hecho ya varias veces tales juramentos). A las mujeres —las que eran del país, sirias y turcas y árabes— las metieron todas juntas en un campamento cerca del río, después les

dijeron que se fueran y como ellas dudaban los soldados se pusieron a echarlas a pedradas y a latigazos; de tal manera que terminaron por huir y dispersarse por el campo. Las que habían venido de los países del oeste, se quedaron con ellos, al fin y al cabo no eran muchas y los hombres se decían: son nuestras camaradas, después de todo lo que han sufrido merecen hacer penitencia.

Alix, desde la azotea del cuartel, veía correr a las mujeres perdidas y lloraba. —Vamos, le dijo Baudry, son receptáculos del pecado, debes olvidar que tú fuiste como ellas.

—Jamás, dijo Alix, yo no fui nunca

como ellas. Yo era la prostituta de Babilonia, pero éstas son en verdad las más pobres de las pobres, y las que están bautizadas estarán en el Paraíso mejor situadas que nosotros.

Baudry y Alix, ahora, habían llegado a ser verdaderos amigos, no un hombre y una mujer, sino dos amigos. Los dos eran fuertes y pensaban que todavía podrían soportar muchas pruebas y juntos hacían proyectos: la manera de tener, en Jerusalén, a todos los amigos juntos y vivir como verdaderos cristianos como los primeros apóstoles.

Aquella noche, Elías el Picoso se acostó por última vez al lado de Eufemia.

No lamentaba el juramento que había hecho.

Eufemia era friolera. Elías le había hecho una manta de pieles de cordero y zapatillas forradas de cordero para los pies, pues ella no sabía coser las pieles ¡qué dedos! parecían de cera de candela, no dedos. Afortunadamente que en Maarret no hubo mucho trabajo porque ¿es un hombre quien tiene que ocuparse de una mujer? Él sabía que no se quedaría, pensaba en la luz blanca, más viva que el relámpago y más grande que el sol, la había visto el día en que fray Bernabé hablaba de Jerusalén, y la veía en sueños: iba derecho hacia ella, derecho como si fuera una piedra grande

lanzada por una pendiente, rodaba hacia adelante y la luz se volvía cada vez más fuerte y lo cegaba, y avanzaba hacia él a una gran velocidad.

Así pues, sabía que por las buenas o por las malas, tenía que marcharse.

Tenía el cuchillo tan bien afilado, que sólo con rozarlo cortaba un pedazo de cuero en dos, una buena hoja comprada en Arras después de la venta del telar de su hermano Mateo, una buena hoja. Había pasado una hora afilándola.

Si ella supiera hablar francés —si él supiera hablar griego—, por la noche, a veces, él se contaba esas historias a sí mismo, si ella supiera hablar francés y

le dijera: vayámonos de aquí y desertemos con los turcos, si por lo menos ella lo dijera con esa voz que había tenido un día, una tarde, cuando él escuchaba debajo de la ventana, *¡esa voz que él hubiera escuchado toda su vida!* Nada más que de pensarlo, nada más que de pensarlo, nada más que de pensar que ella podría hablarle con esa voz, nada más que de pensarlo el corazón le daba un vuelco y le latía hasta romperse.

Tan fuerte era ese amor, y tan loco.

Ella dormía. Y cuando él la había cogido, sabe Dios con cuántos suspiros y lágrimas, pues la separación iba a ser dura, ella había fingido dormir, con un

hombre sollozando como un loco sobre su pecho ella podía fingir que dormía. Ella era así, ¿qué hacer? Ahora ella dormía realmente y él lamentaba no ver su hermosa cara. Temblaba con una alegría más grande todavía que ese terrible sentimiento de no volverla a ver más; si la mano temblara el cuchillo estaba tan bien afilado que haría solo el trabajo o casi.

Ella apenas dio un suspiro, la garganta quedó cortada de un solo golpe; debajo de la manta de piel que detuvo el chapoteo y las salpicaduras de sangre, la sangre corría, con un ruido suave, arroyos de manantiales calientes, y el cuerpo grácil se estremecía todavía. A

Elías le había invadido un amor tan loco que se hubiera bebido esa sangre, hubiera metido la cara en la herida. Una vida se escapaba de sus manos, él la tocaba ella estaba al fin viva, por él ella vivía, él se había apoderado de su vida de un cuchillazo.

Ahora tú lo sabes Eufemia siempre lo supiste, tú me martirizaste y yo no te hice ningún mal, ella ya no se movía, estaba tibia. Y blanda. Y suave. Desaparecida su frialdad, apagada su mala voluntad. Elías se extrañaba casi de sentir que ella no respirara y enjugó con la manta el cuchillo y sus manos, Era muy de noche. A tuestas le tapó la cabeza inmóvil con la manta, al



amanecer no la destaparía, no volvería a ver nunca más su cara.

Al amanecer se levantó y cogió el hatillo y el hacha. El cuarto de guardia se vaciaba, las mujeres comían en la plaza después de una apresurada señal de la cruz, los clarines de los soldados sonaban para la marcha.

¿Por qué se apresuran de esa manera, como si pareciera que corremos el peligro de morir de calor al mediodía? Amigos, en el tiempo de agruparnos todos y de ponernos en camino, los caballeros nos llevarán una legua de ventaja. Los caballeros daban de beber a los caballos, sus tiendas estaban ya recogidas.

Jamás lo hubieran creído en Francia —y los mismos caballeros normandos tampoco lo creían— que semejantes muchedumbres de peregrinos y simples lacayos pudieran ocupar tan rápidamente y sin jaleo sus lugares en el convoy. Tenían ya más disciplina que un ejército, eran más rápidos ya para captar las órdenes y comprender lo que se les pedía.

¡Cada uno a sus carretas! Los niños, sirviendo de exploradores, corrían por el camino y volvían hacia los suyos para decir: es ahí donde hay que colocarse.

Terminad de decir adiós a vuestros enfermos, daos prisa si queréis ir con los vuestros, si no os costará trabajo

encontrarlos antes de la tarde.

San Juan corría a lo largo de las murallas derribadas y levantaba los brazos al aire. ¡De todos estos edificios no quedará piedra sobre piedra! ¡Oh Jerusalén cuántas veces deseé reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos, y *tú no quisiste!* —San Juan, le decían sus amigos, esta ciudad no es Jerusalén, ven. Estáis locos, Jerusalén está en todas partes, he aquí que hemos derribado sus murallas, en otra parte las encontraremos iguales y de sus edificios no quedará ya piedra sobre piedra.

Quien trabaje en los campos que se escape a la montaña.

—San Juan, no es a la montaña

adonde tenemos que ir ahora, sino hacia el mar. Andaba con los demás, llevando a un niño picardo en la espalda. —¡Si supierais amigos míos, si supierais, estas murallas desplomadas son más pequeñas que montones de guijarros, esas colinas más pequeñas que toperas, cada paso que damos es una legua y no nos movemos del sitio! Los chiquillos se reían de él, pues con la ropa polvorienta, la barba y el pelo llenos de ceniza y su sonrisa extraviada no le faltaba más que un sombrero con campanillas, Eh, Zebedeo, ¿quiénes somos nosotros? —Los pobres hijos de la Cananea, poseídos por el demonio. Y le tiraban del pelo y le meaban por las

piernas. Las mujeres les tiraban piedras. ¡Malos, es un inocente de Dios! María, con Pedro acurrucado en un saco atado a su espalda, corría a reunirse con san Juan. ¡Diablos salidos del vientre de Belcebú, qué cuarto de hora tan malo estáis haciendo pasar a vuestros padres en el Paraíso!...

—¿Dónde vamos, María?, dijo san Juan. —Lo sabes muy bien: a Jerusalén. —Sí, dijo. Para ser crucificados.

—Medita un poco pobre muchacho: nosotros no somos Jesucristo. —Sí, María. Somos la carne y la sangre de Jesucristo y si vamos a Jerusalén es para ser crucificados.

El Picoso, a la puerta del cuartel,

bebía su tazón de sopa, de pie, con el hatillo a sus pies. —Qué, Elías, ¿y tu concubina? ¿No viene a decirte adiós? Elías respondió: Está durmiendo, hay que dejarla, pero sus palabras no salían de su boca sino de la de cualquier otro que estuviera a su lado, invisible. Elías cogió el hatillo y se ajustó el hacha en el hombro; sus camaradas lo miraban, extrañados, pues parecía que había envejecido diez años en una noche. Sin embargo no era costumbre en el campamento preocuparse por la salud del vecino (hubieran tenido demasiado trabajo), sus amigos le decían: escucha, Picoso, estás enfermo, se ve, quédate aquí y te reunirás con el convoy en la

próxima etapa.

Estaba tan lleno de suciedad y hollín que nadie veía las manchas de sangre que llevaba en el cuerpo. Sus ojos más pálidos que ancianos ajados estaban turbados y la mandíbula le colgaba como si fuera la de un muerto. No hay duda, habrá visto a un fantasma. Elías salió al patio sin mirar a nadie. Fue a colocarse en su lugar en el enganche de la carreta grande, se ajustó la correa al hombro y alisó con la mano la camilla. Seis hombres tiraban de esta carreta, seis hombres donde hubieran hecho falta dos bueyes.

Bernier. Giscardo. Guillermo de Valognes. Marcelo el Picardo. Santiago

el Pelirrojo. Todos altos y anchos, de más de treinta años de edad, buenos marchadores. Giscardo era leñador de oficio. Marcelo estaba casi ciego, delante de él ya no veía más que manchas blancas y rojas. Lo más duro es arrancar, además el camino está lleno de piedras y deshecho por la caballería, vale más todavía seis hombres seguros que diez jovenzuelos que tiemblan y tiran de costado.

*Si yo te olvido Jerusalén*

*si yo te olvido*

*Jerusalén*

*si yo te olvido...*



arrancar es duro, después, regulando la respiración, se tirará bien, a fuerza de los riñones y de la espalda, se tirará bien hasta Jerusalén sin detenerse, ¿cómo hasta Jerusalén? ¡Sesenta leguas!

Y haber estado dos años a sesenta leguas de Jerusalén sin moverse!

Van a descubrirla, en su rincón detrás del montón de paja, envuelta en las mantas —envuelta en su sangre como el niño que acaba de nacer—, el cuartel está abandonado, en él instalarán a lo mejor a los sirios que se quedaron sin casa, no vendrán tan pronto a mirar en un montón de pieles de cordero, pero si la descubren hoy, pensaba el Picoso, yo no veré Jerusalén.

Me ahorcarán de una rama de cedro en la primera etapa. Pues ella era cristiana.

No, fray Bernabé, ¿qué sabéis vos de esas cosas? Sin embargo, tenéis ojos y sabéis lo que les pasa a las mujeres que van con los soldados. Todos dicen: en un convento —o con los griegos— ¡vamos hombre! ¿por qué no con el rey de Jurasán? En los cuarteles de Antioquía, ese es su lugar.

Tan blanca y tan negra, cuervos en la nieve, sus ojos vivos como pájaros, dos redondeles negros y brillantes que sabían hablar completamente solos un lenguaje más vivo que la palabra —sí, a menos de ser un idiota se podría esperar

que una chica como ella os pusiera unos ojos dulces, un perro, un lobo, lobo pero no idiota, y si yo fuera viudo me hubiera casado con ella y me la hubiera llevado. Nunca más. Ni por la tarde, ni por la tarde ni por la mañana. Un cuerpo es fácil de matar, ¿cómo matar el alma? Su alma que se le pega a uno, que le roe a uno el corazón, su pobre alma tonta y muda y viva como un corazón que late.

Eh, Picoso, di, ¿te pasa algo? Guillermo de Valognes había echado una ojeada sobre su camarada de tiro, sorprendido por su respiración jadeante como un ronquido; Elías lloraba tanto que sus mejillas estaban lavadas por las lágrimas y tenía el mostacho húmedo.

De sus ojos muy abiertos le salían las lágrimas como de un manantial. —¡Eh, Picoso! —¿Qué pasa? A través de un velo de agua, el Picoso veía ante él unos rayos entrecruzados, cortantes como cuchillos. —¿La querías tanto?, dijo Guillermo. A tu concubina.

El Picoso, entre dientes (pues su nariz y su boca estaban llenas de agua) dijo: Eso es cosa mía. —A lo mejor vuelves a verla. Elías no contestó, pero el agua le afluía a los ojos con tanta fuerza que poco faltó para que se ahogara en sus propias lágrimas, pues tenía llenas las narices y no podía respirar. Por «volverla a ver» como dijo el otro hubiera dado su cuchillo y su

hacha; y cuando no viera más que a ella en todos los ojos y en todas las piedras del camino, había una entre las cien y las mil que nunca más volvería a ver, la única verdadera, la que tiene sangre en el cuerpo. Y que no quiere hablar francés ¡esas palabras griegas, Señor Jesús, esas palabras griegas! ¡Las únicas verdaderas palabras!

¡Háblame háblame más, habla griego, árabe, turco, lo que quieras, háblame, no recordaré jamás ninguna de tus palabras! Elías seguía andando, con los hombros apresados en la correa y ese esfuerzo duro y paciente de animal de carga no bastaba para matar un deseo tan violento como una herida. Tirarse al

suelo, golpearse la cabeza contra los muros, chillar, todos esos remedios contra el dolor son buenos para los días de fiesta, el dolor es un día de fiesta, y nosotros somos un equipo de seis que tira de una carreta demasiado pesada.

Decidles a todos: ¡estoy de luto, he matado a mi concubina!, colgadme pero que tenga derecho a chillar. Pero no fue por miedo de ser colgado, sino por vergüenza, por lo que el Picoso no dijo nada ni ese día ni los siguientes.

El padre Alberto, en la parada de la tarde, se reunía con las gentes de Arras. Durante tres días y tres noches había estado confesando a los soldados, pues un capellán de los zapadores normandos

había muerto la semana anterior. Los sacerdotes, raramente jóvenes, morían con más frecuencia que los soldados, pero el padre Alberto parecía construido como para vivir cien años. Así pues, había ayudado a sus colegas y compatriotas, los soldados querían todos recibir la absolución. Y era como si hubiera confesado mil veces al mismo hombre, sus pecados se parecían, sin embargo no eran pequeños.

No oyendo más que eso durante horas el padre Alberto, que sin embargo los conocía, se ponía en el lugar de Jesucristo y pensaba: ¿por qué extrañarse si Dios tarda en conducirnos a Jerusalén? Los hebreos marcharon

durante cuarenta años y eran mejores que nosotros. Fray Bernabé le dijo: No nos comparemos a los hebreos. En nuestros días la salvación y la perdición van más de prisa, Dios no quiere esperar más. Este año que vivimos es el último de nuestro siglo: es una señal. Antes de fin de año estaremos en Jerusalén.

Entonces, dijo el padre Alberto, tendremos que estar allí antes de Pascua, pues si los barones lo asedian en verano, no resistiremos. Judea parece que es un país seco y será mucho peor que en Antioquía. Ante Antioquía no nos faltó nunca el agua.

Así pues, el gran ejército marchaba



con orden y lleno de buenas intenciones. El tiempo era suave, no se hubiera creído que estaban en enero. Avanzando hacia el mar se descubrían anchos valles llenos de cultivos, cerros cubiertos con rebaños de corderos; inmensos vergeles de naranjos en flor, viñas, campos negros. Pueblos blancos colgados en los costados de los cerros, hechos con casas cuadradas amontonadas unas contra otras, castillos fuertes pintados de blanco y de azul, rodeados de cipreses y de naranjales y olivares.

Si Judea es tan bella, decían las gentes, no es extraño que Nuestro Señor haya elegido ese país. Pues el tiempo hacía pensar más bien en la primavera

que en el invierno: viento frío y grandes chaparrones y el mismo día o al día siguiente, sol y un cielo azul con nubes blancas y espesas que subían, se extendían, se deshacían con una sorprendente rapidez. Después iban a hundirse en un mar violeta que por la tarde, bajo un horizonte escarlata y púrpura, se volvía pálido, grisáceo, con manchas rosas; y el aire era tan puro que se veía, como un largo reguero de color de plomo en el horizonte, la isla de Chipre.

Durante las paradas acampaban debajo de las carretas y en las carretas, se abrigaban debajo de los toldos en caso de lluvia. Los soldados, en cambio,

tenían todavía las tiendas en buen estado; y en cuanto a los caballeros — ¡qué no vayan a decir que se habían arruinado en Antioquía!—, sus tiendas eran verdaderas casas con tantas jarcias alrededor que paro cían mástiles de un navío. Y algunos contaban que el conde de Toulouse poseía la tienda del mismo Kerboga, con pilares de plata y hecha con un tejido de brocado; en la parte más bella de esta tienda guardaba la Santa Lanza, con dos sacerdotes que vigilaban a su lado noche y día.

¿Qué hay de extraño si, poseyendo semejantes riquezas y viendo que en este país hasta el último de los castellanos vive mejor que los reyes en el nuestro,

los barones sean tentados por la ambición? Pues ante Trípoli, después de unos días de marcha, ya instalaban un verdadero campamento y por mucho que el conde dijera que era provechoso para la Cristianidad apoderarse de esta ciudad o de cualquier otra ciudad sobre la costa, los hombres del ejército se preguntaban si no quería sencillamente apoderarse de este país, ya que no había conseguido conservar para él la ciudadela de Antioquía.

No, cristianos. *Es una profecía de la Santa Lanza lo que le obliga a acampar aquí.* Nuestro ejército no es bastante fuerte y tenemos que esperar a que el buen duque Godofredo y el conde

Roberto de Flandes se reúnan con nosotros; pues ellos han tomado otro camino y combaten con los turcos por la parte de Jeble. Así pues, acampaban ante Trípoli, una fortaleza bella y grande con puerto de mar, y el rey de esta ciudad, aunque musulmán, no era enemigo de los cristianos, pues les enviaba muchos víveres e incluso caballos.

Ahora, se hablaba mucho del papa Calixto. Se decía que reunía en Bagdad un ejército de cien mil turcos. Cuando nuestro propio papa, después de todas las cartas que los barones le escribieron, no ha enviado siquiera a un nuevo legado. El papa de los turcos no

era un papa como los otros: tenía mujeres e hijos y entre sus hijos elegía al mejor para que fuera papa después de él. Podía llevar espada y lanza y le gustaba matar tanto a los cristianos que los príncipes turcos no podían hacerle mejor regalo que una cabeza de cristiano: si por casualidad mataban a un señor de mucha fama, embalsamaban la cabeza y se la mandaban a su papa, de tal forma que el oratorio de Calixto estaba lleno no de reliquias santas sino de cabezas de caballeros cristianos.

Pues bien, las gentes se reían y contaban cosas así, pero los había que, aunque se reían, decían: ¡ése es el papa que nos hubiera hecho falta! —Eh,

amigos, ¿es que por casualidad la fe de los turcos será mejor que la nuestra? Porque la religión de ellos es mala es por lo que su papa se porta así. ¡Y pensar que el domingo, que para ellos es el viernes, no les guste nada tanto como verter sangre! A estos muchos hombres —y no solamente soldados— contestaban que puesto que había llegado la hora, tenían que decidirse de una vez. Pues la sangre turca es de tal calidad que el que la derrame es como el que riega los campos para hacer venir la lluvia, es un rocío bendito que prepara la tierra para la venida de Jesucristo. También discutían —después de dos años de guerra— también

discutían para saber lo que estaba permitido y lo que no lo estaba. Pues la parada ante Trípoli era larga, el tiempo bueno y el abastecimiento estaba asegurado.

Lo que hemos hecho hasta aquí no eran más que preparativos y ensayos. La verdadera guerra santa va a comenzar después de Jaffa, cuando penetremos en los lugares donde estuvo Jesucristo.

Los obispos del ejército habían enviado predicadores a todos los campamentos; y el mismo Pedro se había hecho construir un estrado en medio de un prado, sobre una colina, y hablaba a la muchedumbre; y a los que no podían oírlo sus compañeros iban a



contarles lo que había dicho.

Veréis tal vez valles y montañas y pueblos y ciudades semejantes en apariencia a lo que se ve en los otros países. Pero en verdad, como las reliquias de un santo glorificado pueden parecerse en apariencia a los huesos de cualquier hombre, esos países santos se parecen a los otros y son muy diferentes: es con los ojos del alma con los que hay que verlos.

*Posaréis vuestros pies sobre piedras donde, quizá muy bien, los pies de Nuestro Señor se habían posado: como vosotros Él iba a pie y recorría los caminos llevando unas sandalias sencillas y no desdeñaba dejar que el*

polvo de los caminos le cubriera los pies.

Y tocaba con su mano los olivos y las higueras y las espigas de trigo; y los árboles y el trigo que veréis han salido de esos mismos frutos y granos que el Señor tocó.

¡Y por el milagro de su misericordia sus pasos no quemaron la tierra que pisaba con sus pies ni las hojas de los árboles que tocaba con sus manos se convirtieron en estrellas! No dejó, en verdad, más huellas que el último de los peregrinos, pues escrito está: Ni siquiera romperá un bastón de caña cascada.

¡Se humilló tanto, por piedad por

nuestra debilidad, que dejó profanar su tierra por los impíos y no los sumergió en un mar de fuego como Sodoma y Gomorra! Este misterio es grande y ésta es la explicación: su amor por su patria terrestre es tan grande que no quiso destruirla al destruir a los impíos, Quiso que manos cristianas vengan a vengar la profanación, Había muchos monjes —y Pedro el primero— que enseñaban que el crimen es un pecado y que los que en la batalla mataban a infieles debían hacer después penitencia; y que los peregrinos no deberían derramar sangre, en unos lugares tan santos, sino obligados y forzados. Que no sería decente ni conveniente comportarse

como en Antioquía y destripar a los hombres y tirar a las mujeres desde lo alto de las azoteas, y adornar las santas murallas con cabezas cortadas que se pudren rápidamente y se convierten en algo horroroso.

Pero incluso entre los sacerdotes había algunos que citaban las escrituras y las profecías del profeta Ezequiel, diciendo: los enemigos de Dios deben ser borrados de la superficie de la tierra; y que no se puede exterminar y perdonar a los impíos a la vez. Y si para vengar a un pariente un hombre es excusable de matar, para vengar a Dios, el pecado ¿no es mucho menor? Incluso no es un pecado sino una obra buena.

Pues si se quema la cizaña y se mata a los lobos, es la prueba de que existen criaturas vivas hechas para el mal y que el mismo Dios ordena destruir.

Amigos míos, estáis discutiendo de lo que haríais si Dios nos da la victoria y todavía no estamos en los Lugares Santos; el conde de Toulouse hace la guerra al rey de Trípoli y asedia una ciudad donde jamás Jesucristo puso los pies. En ninguna parte está escrito que se haya acercado siquiera al país de Trípoli.

El secreto de todo esto aquí lo tenéis: el conde ha perdido de nuevo la fe y tiene miedo de marchar sobre Judea, teme que en castigo de su pecado Dios

haga venir de Egipto a un gran ejército para cerrarnos el camino. Tiene miedo de que el papa Calixto venga de Bagdad con su ejército para caer sobre nosotros por la espalda. —¡Hombres de poca fe! ¿Acaso Dios hace sus milagros por él?

Y si es la Santa Lanza quien le aconseja que pierda así el tiempo y que espere al verano cuando en la primavera el sol de Judea es mucho menos duro, es porque su Santa Lanza no es la verdadera.

Incluso en Antioquía hizo el milagro.

Fue san Jorge quien hizo el milagro y los que descubrieron la Santa Lanza se equivocaron: a veces sucede que dos arqueros tiran al mismo tiempo y, una

vez alcanzada la diana, se toma la flecha del uno por la del otro.

El mar, de un azul rico donde el zafiro oscuro se mezclaba con la turquesa, se estriba en días de viento en montones de espuma blanca. A las doce del mediodía brillaba como un escudo de oro, por la tarde palidecía y en el horizonte se perdía en regueros de nubes rojas y violetas. Las velas de los navíos turcos que se dirigían a Trípoli dejaban sobre el agua unos surcos dorados. Por la tarde, en la ciudad de Arca, investida por el campamento cristiano, la larga oración quejumbrosa de los musulmanes se elevaba desde lo alto de los alminares, era la hora después de

vísperas, la hora tranquila, cuando el cielo rojo retira de repente a la tierra todos sus colores y los enfría antes de borrarlos en la noche.

Unas gaviotas planeaban sobre la fortaleza, dando vueltas alrededor de los navíos y abatiéndose sobre las playas.

Por el otro lado, al este, las montañas se estiraban en largas cordilleras azules y las colinas más cercanas, llenas de espesos bosques negros, se parecían a enormes animales dormidos. Allí, el cielo resplandecía por la mañana, era de una pureza tal que la luz lavaba los rostros más cansados y hasta el barro de los caminos.

Las montañas lejanas se ahogaban en



una luz a la vez azulada y dorada y los olivares grises brillaban como una tapicería tejida con plata. Por la parte de Trípoli los naranjales que rodeaban la ciudad rebosaban hasta tal punto de frutos maduros que desde lejos parecían no negros sino rojizos y, como era la temporada de la recolección, hombres y mujeres del país, vestidos de tela gris, subían en filas largas hacia la ciudad, llevando en la cabeza cestos llenos de frutos de oro.

Todo esto podía verse, pero de lejos. En el campamento rodeado de una zanja y de una empalizada, la hierba estaba tan pisoteada desde hacía tres semanas que no quedaba ni una brizna

viva. Sólo barro, estiércol y tierra seca, afortunados los que descubrían todavía a lo largo de la zanja una anémona o un junquillo. Sin embargo, en el país no faltaban flores, los prados estaban malvas y blancos; sobre un fondo de hierba viva, a lo lejos, los almendros estaban en flor cargados de flores rosas; graciosos como damiselas adornadas para el día de Pascua.

Tan puro era este aire azul donde planeaban las gaviotas y las golondrinas y los buitres, que los más endurecidos comenzaban a no soportar el mal olor del campamento. Los piojos y las pulgas parecían picar con más fuerza que en invierno, el olor a orina reinaba por

todas partes y el olor a paja enmohecida y a sopa fermentada y a ropa impregnada de sudor rancio. Al mediodía, el sol empezaba a calentar realmente.

Y los hombres jóvenes y fuertes se disputaban por ver quién se apuntaría en los equipos de leñadores. Los leñadores, dirigidos por los maestros carpinteros, salían al amanecer y se quedaban en los bosques durante dos o tres días. El trabajo era duro. El conde tenía prisa, le hacía falta madera para construir las torres de asedio, nada le gustaba tanto como construir torres de madera y se consideraba como el mejor de los hombres del oficio. Laderas enteras desguarnecidas en quince días y

convertidas en mares de ramas cortadas, desperdigadas en medio de lo que quedaba de troncos talados. Los troncos desnudos de los abetos centenarios rodaban por la ladera despejada, aplastando con su peso los prados y los campos de mantillo negro.

Para arrastrar todo eso hasta el campamento no había ni bastantes bueyes ni bastantes cuerdas, hacían falta hombres. Los carpinteros construían anchos pasos hechos con leños alineados, sobre los cuales se lograba hacer resbalar los troncos; para cada árbol hacía falta un equipo de veinte muchachos fuertes y que, una vez llegados al lugar del trabajo, caían al

suelo y jadeaban como fuelles de forja.

En el bosque, entre dos hachazos, a través del sudor que cae por las pestañas, se puede ver un cielo azul turquesa con pájaros espantados dando vueltas alrededor y batiendo las alas. No hay tiempo de pensar en las musarañas, la tarea adelanta rápidamente, los árboles caen unos junto a otros. Si hay que ser mártir, que no sea haciéndose aplastar por un abeto.

En medio de un gran crujido, de frotamientos, de gemidos de ramas rotas, el árbol vacila y cae lentamente, bajo el grito lonco de los obreros. Un grito tan potente que parecería que es él quien da al árbol el golpe de gracia. Elías el

Picoso había llegado a ser jefe de equipo, porque tenía un hacha muy buena y conocía bien el oficio. —Sabe Dios cómo, pensaban sus camaradas, sabe Dios cómo este hombre llega a abrirse un buen camino en todas partes.

Mandar, el Picoso sabía hacerlo, era trabajador, sabía qué hombre poner en tal lugar, de qué lado golpear. Santiago y Lamberto, que trabajaban con él, procuraban imitarlo por eso.

Al mediodía, se paraban aproximadamente una hora, para comer el pan, había que comer de prisa y beber poco para no entorpecerse. Hacían la oración y cambiaban unas palabras. ¡Qué oficios no habrán hecho por el

servicio de Dios! Soldados o leñadores o albañiles o canteros y a lo mejor en Jerusalén Jesucristo tendrá también necesidad de tejedores.

—A lo mejor, dijo Lamberto, habrá que tejer manteles para las iglesias y los conventos. Los turcos habrán saqueado todo, peor que en Antioquía. —Tú, Picoso, dijo Santiago, ¿volverías a hacer ese oficio? Elías reflexionaba, como si la cuestión le pareciera demasiado difícil. Al final dijo: Seremos hombres nuevos. No es para volver a ser tejedores. —¿Para ser qué entonces? ¿Alfareros o tintoreros?

Sus camaradas lo compadecían, pues desde que salieron de Maarret tenía el

aspecto de un hombre que sufre dolor de muelas. Decían: después de todo se cometen muchos pecados en el ejército y el suyo no era el peor; hay algunos que no están hechos para vivir como monjes.

Hacia el final de Cuaresma un grupo de soldados de Antioquía se reunía con el ejército y, con ellos, unos peregrinos que no habían podido salir con los demás. A uno de ellos fray Bernabé le preguntó qué había sido de la bella Eufemia. Entonces se enteró de que había muerto, la habían encontrado asesinada en el cuartel, poco tiempo después de la salida del ejército. Nadie se extrañó. ¡Una mujer tan hermosa! En tiempos de guerra más vale ser tuerta o



jorobada. —Sin embargo, dijo fray Bernabé, no decírselo al Picoso, él la que ría verdaderamente.

Baudry pensaba que sobre la muerte de esta mujer el Picoso sabía seguramente más que los demás, pero se guardó sus pensamientos para sí, pues todo el mundo sabía que él no quería a Elías. Cuando entre dos hombres que se detestan uno solo está animado de buena voluntad, las cosas ruedan mal: según Elías, Baudry era injusto en el reparto de las raciones, no sabía ocuparse del entretenimiento del campamento, despreciaba a los tejedores y si se jactaba de no haber matado jamás a un turco era para ocultar el miedo que tenía

de las batallas. —Gracias a Dios, decía Baudry, los matones no faltan en el ejército e incluso entre los nuestros y si yo no maté nunca no me jacto de ello, pero doy gracias a Dios. No está escrito que ninguno de los santos apóstoles haya cortado jamás la cabeza de un turco. —Claro, pero todos fueron mártires. —Si por casualidad llego a serlo, Picoso, no será gracias a tus palabras.

Aunque no tuviera ni el discernimiento de Baudry ni un rostro atrayente, el Picoso tenía muchos amigos que decían abiertamente que el albañil había cumplido su tiempo y que para ser jefe de tropa era necesario un hombre que no temiera cortar una cabeza de un

hachazo; y que, como en el grupo había muchos tejedores, hubiera sido mejor elegir a un tejedor, y que la patrona de los tejedores era la misma Santísima Virgen que con sus manos había tejido el velo que se conserva en la catedral de Chartres.

No es que el Picoso tuviera ganas de mandar, lo que tenía eran ganas de fastidiar a Baudry. Desde que ya no tenía concubina tenía ganas de morder y no sabía a quién morder, como un perro rabioso.

Para ver, preguntó a las gentes que llegaron de Maarret si sabían lo que era de Eufemia y le contestaron que no sabían nada. Lo cual era sorprendente,

pues en una sala donde se alojan docenas de hombres un cadáver se descubre rápidamente. Eufemia se había ido, se había ido realmente: ni siquiera en sueños podía verla, cada noche soñaba con una habitación, con una puerta, con una manta, ella estaba detrás ella estaba debajo, todavía viva, él separaba la manta y no había nada. Se había ido realmente. Alma terca. En Jerusalén una luz ardía y se volvía cada vez más roja.

Señor Jesucristo por mi juramento la he sacrificado, si vos no me lo tenéis en cuenta, ¿quién me lo tendrá en cuenta? Nos hemos ido por el camino de Jerusalén y aquí nos tenéis perdiendo el

tiempo otra vez para nada, ¿acaso no nos habían prometido una cosecha rica en turcos?

¿Acaso vamos a dejar que los caballeros hagan la guerra como les parece y que nos empleen en trabajos serviles? Jerusalén. Si por casualidad llegamos allí.

En el gran campamento, entre las tiendas y las carretas se formaban unos grupos, cada vez más densos, nadie se quedaba ya en su rincón. Y era la misma canción: *nos engañan, nos están traicionando, quieren que pasemos el verano aquí, y el invierno, y a lo mejor volvemos a ponernos en camino en la primavera próxima para pararnos al*

*cabo de diez leguas para asediar otra ciudad donde Jesucristo no puso nunca los pies.*

Como si los caballeros, a causa de sus pecados, tengan miedo de acercarse a los Lugares Santos. O a lo mejor no les importa Jerusalén pues saben que allí de nada les valdrá su dignidad.

Quieren quitarles a los pobres el salario que Jesucristo les prometió.

Que ellos se queden con Antioquía y Trípoli y Arca y Beirut y Edesa y Maarret y todas las ciudades que les plazca, si son bastante fuertes para tomarlas. Y que nos dejen Jerusalén y que empiecen por subir a Jerusalén, pues nosotros no podemos ir sin ellos

pero ellos tampoco pueden quedarse aquí sin nosotros.

Y si la tropa los abandona hasta el último zapador o arquero, no irán muy lejos con sus caballos y sus armaduras y sus tiendas bonitas.

Si la Santa Lanza les aconseja traicionar a Jesucristo no es santa, no es más que un trozo de hierro menos precioso que un hurgón.

Lo veremos en el momento de la prueba, si es buena, o si lo que nos dijeron de ella no es más que una gran mentira.

Si han decidido traicionarnos y quitarnos nuestra parte de Jerusalén, quemaremos sus máquinas de guerra y

las torres de combate para obligarles a cumplir con su promesa.

Donde ellos perdieron a dos hombres de diez, nosotros perdimos a cincuenta de cien.

De un campamento al otro, sobre un viejo estribillo de la Isla de Francia que desde hacía meses se conocía por todas partes, componían canciones y por esas canciones empezaban siempre las disputas.

Pues como el conde tenía ya bastante madera y ya no tenía necesidad de leñadores ni de acarreadores de árboles, los hombres que no podían trabajar en el almacén de la torre no tenían otro trabajo y no podían salir del



campamento.

En Antioquía no sucedía lo mismo, ahora se han vuelto orgullosos. Han empleado a centenares de hombres para cavar esta zanja, bajo pretexto de darles trabajo, y ahora esos mismos hombres son rechazados por los soldados si quieren franquear la zanja. ¿El motivo? Si hay desórdenes en el campamento las obras del asedio no irán de prisa y el conde ha hecho el voto de tomar la ciudad.

¿Y quién le obligó a hacer ese voto? ¿Cuáles son las reliquias santas escondidas en Arca?

Pues si hizo ese voto, los hombres que le prestaron juramento estarán

comprometidos quizá, pero un voto semejante no compromete a todo el ejército. El único voto que sea válido para todo hombre es el de tomar Jerusalén.

Así pues, las canciones que se cantaban no eran halagadoras para el conde.

Los brabanzones iban a encender las hogueras a orilla del campamento de los provenzales y cantaban a grito pelado.

Y los provenzales contestaban.

*La Lanza estaba con nosotros  
En el día del gran milagro  
Cuando los turcos huyeron  
Diez hombres ante uno solo*

*¡Y mil hombres ante cien!  
La Lanza estaba con nosotros  
Y la conservaremos siempre  
Un provenzal la encontró  
Los provenzales la conservarán  
¡Y los celosos serán castigados!  
¡En Arca entraremos  
Con el conde y Jesucristo!  
- Quedaos donde queráis  
Con el conde y sus barones  
Que la Lanza quede con nosotros  
¡Pues Jesucristo está con nosotros!  
¡Y no quiere a los holgazanes!  
No ha nacido en Arca  
En Arca no ha predicado  
Si fue vendido y puesto en la cruz  
¡Eso no ocurrirá jamás en Arca!*

*Ha resucitado de entre los muertos  
Pero eso no ocurrirá en Arca  
Subió a los cielos  
¡Pero eso no ocurrirá en Arca!  
Vuestro conde hizo el voto  
De no abandonar jamás Arca  
A todos se os pondrá el pelo blanco  
¡Antes de ser señores de Arca!  
Para vergüenza de los provenzales  
Conquistaremos Jerusalén  
¡No queremos de otra Lanza  
Que de la del duque Godofredo!*

Y no solamente en el campamento de los brabanzones, no solamente en el de los valones y los lorenos, sino en los campamentos de los soldados de todos

los países, en los de los peregrinos franceses y normandos empezaban también a cantar

*¡No queremos de otra Lanza  
Que de la del duque Godofredo!  
El buen duque no ha mentido jamás  
Ni jamás engañó a los cristianos  
Godofredo será el primero  
El primero en Jerusalén  
Ha hecho voto de entrar en él  
Antes del conde de San Gil  
Antes del duque de Normandía  
Antes del conde de los flamencos  
Antes del conde de Evreux  
Y antes del conde de Dreux!  
Y de nuestra Lanza no se preocupa*

*¡Pues la suya le basta!*

No había entre los barones hombre más hermoso que el duque, ni mejor constituido, ni con más fuerza en sus brazos; y su voz era tan potente que cinco mil hombres a la vez podían oírlo.

Se sabía que quería levantar el campamento y que a causa de eso no había ninguna amistad entre el conde y él. Por eso los provenzales por mucho que se jactaran no se sentían muy orgullosos. Pues incluso los soldados que en sus países hubieran quemado el campo de su padre por una buena soldada se ponían impacientes y decían: nosotros somos soldados de Jesucristo y

queremos el salario de Jesucristo.

A causa del calor, las moscas y los gusanos hervían por todas partes, en el barro y en las carretas, y en los recintos de los animales y en los lechos de los enfermos y hasta en el pan que comían. Y hasta en las tiendas que servían de capillas. De las zanjas llenas de basura llegaba un olor tan horrible que había que alejar las tiendas de allí. El agua empezaba a faltar, los pozos se secaban, para abreviar a los animales había que enviar equipos de hombres a los pueblos de los alrededores. Los pueblos estaban casi desiertos: los campesinos, aquí, eran musulmanes, habían huido a la montaña. Vaciaban las cisternas.

Empezaban a matar a los corderos.

No es nada, amigos míos, sabemos que en Judea hay mucha menos agua que aquí.

...Por eso el conde tiene miedo de ir a Jerusalén. A él no le faltará nunca agua, pero tiene piedad de los hombres del ejército.

¡Qué razones tan malas! ¡Todavía no hemos puesto los pies en Judea y ya los barones están calculando cuántas tinajas de agua nos harán falta al día! Entre las gentes de Arras, María era ahora la que hablaba más alto. ¡Qué sabe el conde? ¡En el desierto tuvimos que bebemos nuestra orina y retorcernos como posesos, pero él no!



Esos hombres sin corazón se creen que somos animales que no tienen más necesidad que beber y comer.

¡Pero saben muy bien que Jesucristo hizo milagros por nosotros y no por ellos! Sin su orgullo, haría más y haría brotar agua de las piedras como para los hebreos. Y es eso lo que les da miedo: que en Jerusalén el agua viva corre en abundancia y que nadie quiera servirles más. Traicionan a Jesucristo porque quieren ser servidos y no servir.

María hablaba así, sentada en una carreta, teniendo a Pedro en el regazo; y para escucharla venían hombres de todos los campamentos y hasta soldados y clérigos. A las gentes les gustaba

escucharla porque tenía una voz bonita. De tal forma que todos decían: es un alma inocente y Dios le inspira lo que dice. Fray Bernabé la dejaba hablar pues él pensaba lo mismo. Sólo que, un día, del campamento de los caballeros brabantones, vino un capellán que delante de todo el mundo trató a María de mujer impúdica. Y hubo una pelea y fray Bernabé y Baudry consiguieron sacar al capellán descortés de las manos de los hombres que lo sacudían y llevárselo a su tienda.

—Mejorando lo presente, padre, ¿por qué hablar así en presencia de la muchedumbre? Tenéis más valor que prudencia. El capellán había recibido

algunos cardenales y estaba muy furioso.

—Esa mujer, dijo, es una tejedora y habla como una hereje.

Fray Bernabé se hizo fiador de la religión de María, pero por la noche mandó llamar a Santiago: Tu mujer habla demasiado, podría causarle molestias. —Cómo, dijo Santiago, Dios le ha dado la lengua para hablar. Dios no da a todos el poder de hablar así de bien. —Hay que pensar que ella no habla tan bien como eso, puesto que un sacerdote la acusa de palabras heréticas. Santiago enrojeció. —Porque somos de Arras se dice eso. Para pagar menos a los tejedores los comerciantes de lana inventaron esta calumnia.

—Escucha, Santiago, no se trata aquí de comerciantes de lana. Di a María que no hable más, es una orden.

Santiago se fue a ver a sus amigos. Quieren a los hijos de tejedores para matar a los turcos pero para decir lo que se piensa hay que ser de la casa de los señores. —Fray Bernabé, dijo Elías, se ha hecho demasiado amigo de Baudry. Baudry es un cordero que lo único que quiere es dejarse esquilar. Vas a quedar muy mal diciendo a tu mujer que te han ordenado que se calle. Nosotros somos bastante fuertes para defenderla. Santiago dijo: Lo que se promete es deuda y yo se lo he prometido a fray Bernabé. Sin embargo esto podía

costarle perder la cara delante de sus amigos.

María prometió callarse, pero al día siguiente por la mañana después de misa volvía a empezar. ¡Celosos que quieren cerrarnos la boca porque queremos obligarles a cumplir con sus promesas!

El hambre y la sed nos conocen. No hemos venido aquí para comer. Amigos míos, si en Judea tenemos hambre por lo menos sabremos por qué. ¡Que por lo menos la cosa valga la pena!

Por envidia quieren quitarnos la recompensa, porque nuestra parte será más bella que la suya. ¿Y de qué tienen miedo? Ellos también tendrán su recompensa, la alegría del Santo

Sepulcro es para todo cristiano, ¡los ricos también tendrán su parte de alegría! Pero si nos retienen más tiempo nuestra herencia, la herencia de ellos será la vergüenza.

Esta vez fue fray Bernabé quien cogió a María por la mano y le dijo: Escucha hija mía, yo te quiero, pero si continúas mando que te aten y te encierren en una tienda.

Tal era la fuerza del monje que en la muchedumbre no se oyó ni un grito de ira, pues el hambre, la enfermedad y la tristeza habían terminado por hacerlo hermoso como un profeta y llevaba sus harapos como un manto real. — *Entonces, hablad vos, fray Bernabé,*

dijo María. *¡Habláis mejor que yo!*

—Es inútil, dijo fray Bernabé, las piedras hablan.

Por piedras entendía los corazones de los soldados. Desde hacía varios días en todos los campamentos, delante de las tiendas, de los almacenes de víveres y hasta en las obras de las torres de combate, los soldados tomaban la palabra y proclamaban que el tiempo de la paciencia llegaba a su fin y que aquí la tropa era capaz de hacer lo que se había hecho en Maarret y que un buen día todos desertarían de las máquinas y las quemarían, no eran un trabajo difícil, ¡en Maarret habían hecho algo mejor!

Si el conde no da la orden de

quemar las máquinas arderán a pesar suyo. Y los provenzales decían que la Santa Lanza era buena, pero que la ambición de algunos traidores la mantenía prisionera; y los mismos caballeros estaban confundidos y se preguntaban si las profecías de Pedro Bartolomé eran bien interpretadas.

En el campamento de los normados de Normandía varios sacerdotes instruidos organizaban grandes reuniones e iban incluso a los campamentos vecinos. Los capellanes del conde de Normandía, decían, habían descubierto por fin la impostura, el hombre era un mentiroso y un traidor, un libertino, él mismo había metido un



pedazo de hierro bajo las lozas de la iglesia de Santiago de Antioquía, en el momento en que trabajaba en la reparación de esta iglesia.

Había inventado sus visiones y sus sueños para glorificarse, el ejército lo había creído porque el hambre turbaba los espíritus y san Jorge, por piedad de los cristianos, había llevado a cabo el gran milagro. —¿Se ha demostrado, preguntaban, que Pedro Bartolomé formaba realmente parte de los equipos que trabajaban en la iglesia de Santiago? —Muchos provenzales estaban allí. Se habría quedado solo una noche después del trabajo para llevar a cabo su cobarde tarea. ¿Cómo saberlo? Había

también cavadores que decían que eso era imposible, que todo el mundo hubiera reconocido un suelo removido desde hacía menos de dos semanas, que meter un hierro de lanza a cinco pies en la tierra y debajo de las losas de una iglesia, era un trabajo tal que al día siguiente todo el mundo se hubiera dado cuenta de que las losas habían sido levantadas; seguro que Pedro Bartolomé estaba de buena fe.

Ante todo, ¿habéis estado vosotros allí? ¿Habéis examinado las losas? ¿Era realmente a cinco pies bajo tierra? ¿Y no os acordáis hasta qué extremo todos los hombres, y hasta los barones, tenían la mirada turbaba y la cabeza

debilitada? El hambre hace ver la luna en pleno mediodía.

En el hueco que servía de paso a los convoyes y de campo de desfile para los días de procesión, los capellanes de los condes y sus lacayos habían levantado dos setos de haces secos. Para que el campamento entero pudiera ver la ceremonia de la prueba, los sacerdotes y los clérigos se habían colocado en círculo a veinte pasos de los haces, los caballeros en filas apretadas en tribunas detrás de los clérigos y los soldados formaban un gran grupo pero estaban a buena distancia; las laderas estaban llenas de miles de espectadores, pues esta vez hasta los enfermos y los heridos

se habían instalado en unas carretas para ver la cosa con sus propios ojos. Pues por fin iban a saber la verdad.

Los pregoneros lo habían anunciado por todas partes. Pero en el campamento, desde que salieron de Maarret, ya no tenían necesidad de pregoneros: al cabo de dos horas se conocían todas las noticias hasta el campamento de los leprosos. Había desde luego las zanjas y las empalizadas, pero ya no había barreras entre los corazones. Los soldados y civiles, gentes del mediodía y del norte terminaban por no saber ya qué jerga hablaban.

Los heraldos enviados por consejo

de los barones y de los clérigos decían: Pedro Bartolomé ha aceptado el desafío, se somete al Juicio de Dios. ¡Llevará la Lanza a través del fuego, rogad por él! Rogad a Dios para que al fin dé a conocer la verdad.

...Si fuera un mentiroso, ¿tendría este valor? Es evidente que la Lanza es verdadera, ¿quién puede saberlo mejor que él? —Ya lo veremos, hay gentes que por vergüenza comerían carbones ardientes. Habrá que ver si sale del fuego. —¡Y aunque se queme, hermanos, aunque se queme incluso, ¿no es evidente que tiene el corazón puro y que no ha mentido? Para ir a echarse al fuego hace falta más que vergüenza,

hace falta una fe grande. La Lanza es verdadera, pues Dios no engaña a los hombres sinceros. Desde por la mañana, olvidándose de comer y de beber, todos, peregrinos y soldados, hombres y mujeres, esperaban, sentados por grupos en la ladera del cerro o subidos encima de las máquinas y de las pilas de árboles cortados. A los niños y a las mujeres y a los hombres bajos les prometían que los alzarían en brazos en el momento de la prueba. Era un día de mucho sol y de viento, los clérigos que rodeaban la tribuna pedían a la muchedumbre que dejaran sitio pues estaban obligados a retroceder, el viento podía extender las llamas.

El viento soplaba del mar y calmaba el ardor del sol. En sus tribunas el conde Raimundo y el conde Roberto de Normandía y el duque Godofredo y las nobles damas se abanicaban con hojas de palmera; estaban muy abrigados, emocionados también como todo el mundo, pues —aunque a algunos pudiera gustar o disgustar aquello— iban al fin a conocer la verdad. El conde de Toulouse, sentado en el más alto lugar al lado de su esposa, con su hijo de pie entre ellos, levantaba la cabeza con orgullo; desde que todo el campamento conocía el valor de Pedro Bartolomé los enemigos de los provenzales hablaban menos fuerte.

¿Y si el mal que se había dicho de la Lanza fuera un sacrilegio, si verdaderamente fuera verdadera, si verdaderamente era verdadera, si verdaderamente había penetrado en el costado de Dios y se hubiera llenado con su sangre?

¡Oh locura de los hombres, que se burlan hoy de lo que adoraron la víspera y juzgan sin cesar lo que no pueden comprender!

La agitación de los corazones era tan grande que se la sentía pasar y volver a pasar de un grupo a otro, pasar y volver a pasar, cada vez más fuerte, y los tambores redoblaban.

El coro entonaba las oraciones por



el hombre que iba a padecer la prueba de Dios. ¡Si es inocente que Dios lo rodee con una nube de frescor en medio de las llamas como lo hizo con los tres muchachos hebreos, si mintió que reconozca su falta antes de someterse a la prueba!

Los incensarios hacían subir olas de humo azul alrededor de los setos de haces. Y cuando las llamas, encendidas, se pusieron a crepitar y a subir por las ramas, barridas luego un instante por el viento, y a estallar después en mil lenguas amarillas hasta la cima de los setos, la llanura entera llena de hombres dio un suspiro de sobrecogimiento, ¡oh Señor oh Señor, aceptáis el sacrificio!

Bueno o malo aquel hombre será verdaderamente un mártir.

Él avanzaba a paso lento, vestido con una camisa blanca de mangas apretadas en los puños, estrecha y tiesa, bien almidonada para que las llamas no se apoderaran de él demasiado fácilmente. Con los dos brazos en cruz sobre el pecho apretaba la Lanza. Exactamente igual que un gran pájaro negro sobre su corazón.

La hoguera crepitaba y las llamas amarillas se volvían blancas y el aire temblaba alrededor chorreando en mil hilillos invisibles. Luego la voz de los chantres apagó el silbido de las llamas; y al hombre que, solo, avanzaba hacia el

fuego, un sacerdote le dio a besar una cruz.

Entre los setos de haces, había sitio para andar pero este lugar no era ya más que una pura llama.

La muchedumbre chillaba. Cada vez con más fuerza, pues el hombre, de rodillas, con los brazos crispados sobre la Lanza, la cabeza hacia atrás, rezaba. ¡Venga! ¡Mentiroso, venga! ¡Venga o te tiramos al fuego! ¡No tengas miedo, no los escuches! ¡Viva Pedro venga Pedro, viva la Lanza! ¡La Lanza! ¡Venga no tengas miedo! ¡Oh Dios oh Dios!... El aullido seguía oyéndose y la muchedumbre, en filas apretadas, como un lento derrumbamiento de terreno,

avanzaba de todos lados hacia las llamas, aspiraba, atraída a pesar suyo ¡Venga! ¡Mentiroso, engañador! ¡Venga Pedro hazles mentir!

¡Ya está, ya entró, la Lanza está en el fuego, está haciendo retroceder las llamas!

Pedro había desaparecido en el fuego. Los dos setos en llamas, desencadenadas de repente, temblaban y silbaban lanzando a su alrededor unos chorros de chispas rojos, se sentía el calor a trescientos pasos de allí, ¡Señor se quema, está muerto, Dios lo ha juzgado! ¡Es posible, puede permitirse esto un hombre vivo!

¡Oh Jesucristo, Señor, por el amor

de la Lanza santísima!

Un milagro. Los gritos se habían callado, se oía el ruido de las llamas hasta el campamento de los leprosos. El tiempo se había detenido. ¿Dónde está Señor, qué habéis hecho con él, qué habéis dejado hacer? ¡Entró vivo en ese infierno!

No retrocedió, fue derecho hacia adelante.

Se le vio salir por la puerta de llamas temblorosas, él mismo llama de la cabeza a los pies, camisa lamida por las lenguas amarillas y, en sus dos manos levantadas, la Lanza apuntando hacia el cielo. Al grito estridente que sacudió a la multitud e hizo temblar las

llamas de la hoguera, el hombre vaciló y dos sacerdotes lo envolvieron en unas mantas. Los soldados rechazaban a la muchedumbre que avanzaba, faltó poco para que los sacerdotes y los soldados y el mismo Pedro cayeran en la hoguera. A lanzazos era como había que saludar a los que querían besar las manos y los pies del mártir.

La Santa Lanza, alzada en su relicario dorado en una urna de cristal, brillaba a la luz del sol. ¡Con peligro de su vida la ha llevado a través de las llamas, Dios lo ha salvado, está vivo!

Los que habían perdido hermanos, hijos y amigos, lloraban de alegría porque un hombre que no les era nada

salía vivo de la hoguera. Ha andado por el fuego rezando a Jesucristo, no ha faltado a su fe, sobre su corazón puro ha guardado la Lanza muy pura.

Sed mentirosos como él y conquistaréis Jerusalén sin peligro.

Nadie pensaba en volverse al campamento, los cocineros se olvidaban de encender los fuegos, nadie se disputaba alrededor de los pozos. Ebrios, los hombres daban vueltas en redondo, de un grupo a otro, contando lo que decían los pregoneros o los provenzales. Estaba herido, sí. Para que el fuego perdone completamente a un hombre es preciso que este hombre sea puro y sin mancha desde su nacimiento,

pero Pedro Bartolomé era como nosotros, y lo que quedaba de pecado en él había ardido en la hoguera.

El pelo y la barba se le habían quemado, la camisa también, pero el cuerpo estaba intacto, apenas el pelo chamuscado. Estaba descansando en la tienda del obispo de Maarret y su rostro era bello, en su mirada se adivinaba que unos ángeles estaban al lado de su lecho.

Sus enemigos han querido perderlo, porque es un hombre sencillo y pobre. Los ricos han abusado de su sencillez interpretando sus profecías según sus deseos. Ahora se levantará y profetizará la liberación de Jerusalén.

En cuanto se reponga nos pondremos



en camino.

Prueba de ello es que el duque Godofredo está comenzando ya a levantar el campamento, está reuniendo sus tropas y haciendo reparar sus carretas.

Entre los barones no hay mejor cristiano que el duque. Se pasa la mitad de las noches en oración, no mantiene concubina, vive tan castamente como un monje. En el pomo de su espada lleva preciosas reliquias y nunca se sirve de su espada sin haberla besado antes con devoción para recomendar su alma a Jesucristo.

Por su madre es del linaje del grande y santo emperador Carlos que

hizo la peregrinación a Jerusalén y obtuvo del papa Aaron, de Bagdad, las llaves de la ciudad santa. Si un hombre merece conquistar y gobernar Jerusalén, es él.

Así pues, ahora todos cantaban canciones sobre el duque y se decía que era a él a quien había que confiar la custodia de la Santa Lanza.

Pero el conde contrataba de nuevo obreros para las máquinas. Les prometía ración doble y vino. ¿Vais entonces a trabajar contra Jesucristo? ¿Sería mejor trabajar para destruir esas torres de madera? Poco importa, los hombres iban a trabajar, sobre todo los que tenían mujeres o amigos enfermos.

El conde, vestido con una sencilla túnica marrón, con un casco ligero en la cabeza, se paseaba por los alrededores de las máquinas, subía por las escalas, controlaba él mismo la solidez de las clavijas y de las palancas. Era un anciano, se sabía que tenía más de sesenta años. Pero la buena carne conserva al hombre y él estaba fuerte y vivo y mostraba más empeño en la obra que un maestro carpintero.

Jamás daba un consejo que no fuera bueno. Le interesaba tanto tomar esa ciudad maldita que no podía casi pensar en otra cosa; y los obreros se extrañaban de ver a un hombre tan noble y tan rico, jefe de un ejército tan grande, exponerse

a las flechas sin siquiera tener la precaución de endosar una cota de mallas.

Estaba triste y preocupado. Pues en todo el campamento se sabía, y a pesar de todas las palabras de los clérigos provenzales, que Pedro Bartolomé se estaba muriendo. A la muchedumbre que se reunía alrededor de la tienda del obispo, se le contestaba: va mejor, ya puede comer. Pero sus gemidos y sus gritos lamentables no podían ahogarlos. Daba mucha lástima, ¡ay!, una lástima mortal oír esos quejidos de animal, es raro ver curarse a un hombre que sufre hasta ese punto.

Se ha medio quemado vivo, dicen

que toda su piel es una pura llaga, los mejores médicos del campamento no pueden hacer nada para calmar sus dolores.

Ahora bien, el famoso Amoldo, el capellán del duque de Normandía, el hombre que poseía la más bella voz del campamento, cabalgaba rodeado de sus clérigos y proclamaba por todas partes: ¡Dios ha hecho conocer su juicio, el importe ha sido desenmascarado y ahora recibe el salario de su impostura! Pasó por el fuego forzado y obligado y temblando de miedo. Todos los bálsamos de los médicos provenzales no pueden nada contra el juicio de Dios.

Como Herodes y el impío Joram este

hombre se pudre vivo, devorado por sus pecados. De la cabeza a los pies ya no es más que una llaga purulenta, pues ha osado burlarse de la gloria de Dios y de la fe de los cristianos.

Dios me ha justificado y yo no tengo miedo del juicio de los hombres. He echado el guante de Dios a la cara del impostor. Ahora veréis que habéis sido engañados por un falso profeta y que es el momento de levantar el campamento y de marchar por los caminos de Judea.

(Sin Amoldo, todos lo sabían, el juicio de Dios no hubiera tenido lugar: era él el primero que lo había propuesto. Y muchas gentes lo censuraban por ello diciendo aunque la Lanza sea buena, no

hay que tentar a Dios.)

Se curará, el pobre de Dios, el mártir de la Santa Lanza. Jesucristo vendará sus llagas y le devolverá una piel nítida como la de un niño pequeño. Los espíritus se calentaban tan bien que provenzales y normandos llegaban a las manos, soldados contra soldados, desafiándose a cuchillazos y a golpes de jabalina; si no hubo muertos hubo en cambio una docena de heridos.

Al son de tambores velados y trompetas anunciaron la muerte de Pedro Bartolomé. Que fuera pecador o justo, había que rezar por su alma, si había mentido lo había expiado duramente. El conde en señal de duelo se había

retirado al oratorio de su tienda, rezando y llorando de rodillas delante de la Santa Lanza.

Al día siguiente pregonaba el levantamiento de los campamentos.

La yegua de los picardos había parido.

Los picardos vivían lado por lado con los del Artois, sus jefes eran un monje benedictino llamado fray Imberto y Juan Marcos, tejedor de Lille. Los picardos tenían una yegua, un hermoso animal árabe que llevaban con ellos desde la gran batalla de Dorilea y que durante el hambre habían logrado que sobreviviera. La habían escondido en la bodega de la casa, jurando que la habían



vendido.

Ahora bien, desde el día de Todos los Santos los picardos sabían que estaba preñada y se extrañaban de ello pues nadie sabía cuándo había podido juntarse con un semental. Los demás se burlaban de ellos diciendo: ¡las yeguas de los picardos dan a luz por obra del Espíritu Santo! Y muchos picardos lo creían realmente.

Así pues, los niños picardos, aquel día, llegaban chillando de alegría: ¡está pariendo! ¡viene! ¡llega! Era hora, en efecto, estaban en vísperas de la marcha. Si se creyera a los chiquillos, Dios había esperado a propósito a que llegara el mes de mayo, si no, la pobre, ¿hubiera

soportado el viaje? El potro había nacido y lo colocaron junto a su madre en una cama de heno fresco; y los niños, en silencio, con la boca abierta, se apretujaban a su alrededor. Era una maravilla: se tenía sobre sus piernas todavía vacilantes, demasiado largas, de coyunturas suavemente hinchadas; las crines erizadas, el cuello fino y tieso soportando una cabeza un poco pesada con unos ojos grandes todavía adormecidos. Era blanco —cuando la madre era dorada— blanco con orejas rosas.

Y los niños suspiraban: ¿Se ha visto alguna vez?... ¡Completamente blanco, completamente blanco, sin un pelo

amarillo! ¡Qué bonito, con su vientre que respira, su hocico que tiembla! ¡Qué suave! No hables tan fuerte, le vas a asustar.

Llega directamente del Paraíso. — Di, Mardoche, vamos a darle nuestra piel de cordero para que duerma encima.

—¿Crees que tiene necesidad? Nosotros también la necesitamos. — Habrá varias, ¿qué más os da? — Bertina, ¿es cierto que ha nacido del caballo de san Jorge? Bertina, orgullosamente, se cruzaba de brazos. Es un misterio. Se han visto muchas cosas pero no tenemos derecho de decirlas. Mardoche suplicaba. —Dilo.

Te daré mi sortija turca. —Si te lo digo me saldrán aftas en la lengua.

Bertina era rubia y frágil, de ojos amarillos bajo unas pestañas blancas, mejillas rosadas apenas marcadas por la sarna. De todos los niños era la más ágil, como si no tuviera huesos en el cuerpo. Pasaba por mentirosa y visionaria y desde hacía tres años entre los picardos nadie se acordaba ya de haberla visto correr antes con trenzas y faldas. Se llamaba Berta. Para que no la reconocieran, se ponía un cinturón ancho sobre su pecho. Berta era hija de unos campesinos, su padre y su madre habían muerto de sed en el desierto.

¿Crees tú, dijo Gillet, que el caballo

de san Jorge se divierte cubriendo a las yeguas? Los niños contemplaban el potro, casi casi se les caía la baba de ternura. —¿Cómo vais a llamarlo? Fray Imberto nos lo dirá. ¿Qué os parece si le llamáramos Sol?

¿Es cierto, preguntaba Mardoche, que trae buena suerte? —¿Qué crees tú? ¿Por qué Dios lo habrían hecho nacer precisamente hoy? ¿Es tan bonito, dijo Gillet, que nadie se atrevería a arrancarle los pelos. ¿Nos guardarás uno si lo recoges de su cama?

Por la tarde los niños mareaban a todo el mundo con sus charlas. —¿Bueno y qué? ¿No habéis visto nunca un potro? A decir verdad, no habían

visto muy a menudo. En su cabeza este potro tenía un parecido también con Jerusalén, iban a Jerusalén, era blanco, allí no había moscas, habría leche a voluntad, y panes de trigo y caballos blancos y palomas blancas por todas partes. ¿Y qué más?

Bertina contaba que soñaba con san Jorge que la cogía sobre su caballo y la llevaba por los aires por encima de Jerusalén.

—¿Y qué es lo que ves en Jerusalén?  
—Arroyos de fuego. ¡Todas las calles convertidas en arroyos de fuego!

No había medio de retenerlos. En lugar de ayudar a los hombres a deshacer las tiendas corrían como

cabritos locos. Formaban farándulas, felices de ver que al fin desalojaban la plaza, como si quitaran las tiendas a propósito para permitirles bailar. Arrancaban los haces de paja y con ellos se hacían cinturones y coronas, y corrían a encender ramas secas a los fuegos de las cocinas para hacerse antorchas, con peligro de prender fuego.

En medio de sus farándulas mezclaban los cantos del país y los salmos de Jerusalén e inventaban canciones sobre la Santa Lanza y sobre el duque Godofredo y el papa Calixto, como veían hacer a los mayores. Estaban felices porque veían, por la parte de Arca, la torre de madera del

conde que estaba ardiendo, lentamente lamida por las llamas, negra de humo; porque veían, al pie de la ladera en la llanura, los convoyes de los barones que se ponían en movimiento y a los caballeros que se ponían en filas largas, con los escudos brillantes y las lanzas levantadas; porque sentían moverse a todo el campamento y agitarse como la masa que se levanta.

Y por todos los lados no se oían más que juramentos impacientes, chirridos de ruedas, balidos de corderos que llevaban hacia el valle, chasquidos de látigos, crujidos de maderos. De vez en cuando se elevaba un grito, un grito estridente, alguno que tenía visiones.



*¡Jerusalén! ¡Oh santa Montaña, oh Sión!*

*¡Viva el duque, tiene una cruz de  
fuego sobre la cabeza! ¡Los carros del  
Faraón han caído al mar!*

Los niños bailaban a la caída de la tarde, haciendo girar las antorchas, cuya llama amarilla sobre el cielo rojo iluminaba sus rostros con una luz extraña: ni día ni noche, ni cielo ni tierra, tenían la luz de Jerusalén en los ojos.

*Canta la alondra el espino ha  
florecido*

*Vamos allí estaremos allí*

*¡Antes del día de san Juan!*

*Allí encenderemos los fuegos de san*

*Juan*

*Hasta en el Paraíso se les verá y Jesucristo allí bajará.*

Inocentes flacos y negros por el sol, piernas desnudas, cabezas desnudas, la piel tan rebelde a la sarna y a las llagas que se ha vuelto como la piel de una serpiente. *Dios los protegía*, De esos pequeños de menos de catorce años quedaban pocos, trescientos o cuatrocientos en todo el ejército; cuando al principio en todos los campamentos juntos había por lo menos dos mil. El desierto los había matado: en aquel tiempo no se contaba siquiera a los muertos. A éstos, el grano malo, los

cuerpos de madera y de hierro, los infatigables, Dios los protegía, se caían de una altura de veinte pies y volvían a caer sobre sus patas como los gatos, tragaban podredumbre y nunca estaban enfermos. Viéndolos cómo hacían el loco las mujeres decían: Son de la piel del diablo, ¿quién conseguirá hacerlos callar? Los hombres respondían: Dejémosles, esta noche dormirán mejor.

Tiraban por el suelo los montones de paja y les prendían fuego con sus antorchas y jugaban a saltar por encima de las llamas. Yo soy Pedro Bartolomé. Yo soy la Santa Lanza. Yo soy la mártir, yo soy la espada de fuego

yo soy san Jorge y yo san Miguel. Yo

soy el profeta Elías yo soy la Estrella y  
tú los Reyes Magos. Yo soy el burro yo  
soy el buey

yo soy el Niño Jesús yo soy los  
Santos Inocentes, yo soy el leño de  
Navidad yo soy el matorral ardiente.

*el gran obispo san Dionisio*

*- un dos tres cuatro cinco seis-*  
*en el Monte Martre fue occiso*

*- y siete y ocho y nueve y diez-*  
*llevó su cabeza por París*

*un dos tres cuatro cinco seis*  
*la perdió en el carnicero*

*y con ella hicieron chorizo y*  
*salchichón*

*piernas de corderos y jamones*

*asados*

*- y siete y ocho y nueve y diez-  
¡quien los coma irá al Paraíso!*

¿Por qué, preguntó Baudry, dejarles chillar esas indecencias? Fray Bernabé arreglaba las correas de sus sandalias, recitando en voz baja sus oraciones. — Bueno, hazles callar. — Ellos sólo tienen miedo de vos.

—A mí, sus tonterías no me molestan. No es más tonto que lo que decimos nosotros.

—¿Qué os ha dicho Pedro, fray Bernabé? —Nada. Sólo habla por orden de Jesucristo. Ante Jerusalén recibirá la visita de un ángel.

—¿De qué manera os imagináis ese ángel? —Tiene la cara de Pedro cuando Pedro habla en nombre de Dios.

Por la noche, sobre el fondo de las murallas negras de la fortaleza, la torre del conde Raimundo ardía, iluminando el campamento abandonado por los caballeros. Los hombres que habían trabajado en la tala de árboles se cruzaban de brazos con sonrisas burlonas o resignadas: ¡bueno, una tala de árboles más que no aprovechará al rey de Trípoli! No sacará por ello ni un ochavo.

Los prisioneros turcos eran enviados al rey de Trípoli con honor y buena escolta; el conde les había regalado

caballos y ropa nueva. No era más que justicia, ese mismo rey (llamado Ammar) había dado mil caballos al conde y mucho dinero; por eso el conde cuya mano derecha no sabía lo que hacía la izquierda asediaba los castillos de Ammar y le testimoniaba su amistad. No os riáis, debéis saber que incluso en medio de su falta de fe los infieles no son todos iguales; los de la costa no son turcos, tienen un carácter suave y son buenos caballeros.

A la hora de la estrella del Pastor fray Imberto arengaba en su campamento a los picardos. Este monje tenía la barba tan larga que estaba obligado a atársela al cinturón y el pelo le caía hasta la

cintura: había hecho voto de no cortárselo hasta Jerusalén. Era delgado, encorvado, y hacía pensar en un pájaro de rapiña, aunque su corazón estuviera lleno de caridad.

Hablaba llorando y suspirando, *Nunc dimittis*, ¡por fin el Señor nos escucha, tened paciencia, tened ánimo, he aquí la última marcha! El reino de Dios es para los que habéis sufrido tanto.

Ahora estáis más desnudos que en el día de vuestro nacimiento después de haber gastado vuestra herencia con las prostitutas. ¡Vais hacia la casa del Padre, estáis a la vista de la casa natal, veis el humo de su chimenea y oís el



balido de los corderos! ¡Vuestro Padre se prepara para matar el ternero graso, descansaréis en el banco del umbral a la puesta del sol! Ha dicho: id a buscar por los caminos y a lo largo de los setos a los pobres, a los pordioseros, a los abandonados, traedlos, yo los invito a mi festín. ¡Ya están poniendo las mesas, que pongan manteles blancos, que enciendan las antorchas! ¡Marcharéis y estos días benditos os serán como el tiempo de recitar un Pater noster, pocos, días en verdad, pues ya no habrá tiempo de descanso!

Que sean días de oración, de penitencia y de caridad, pues veréis Jerusalén con vuestros ojos antes de la

siega de los trigos.

Las carretas, tiradas por hombres, daban sacudidas, los peregrinos se santiguaban y se ponían en filas en el convoy cantando un cántico. Encima de una carreta entre dos haces de heno el potro blanco paseaba una larga mirada inocente y soñadora por los rostros que desfilaban delante de él. A su paso, todos lo saludaban con una sonrisa.

Tercera parte

# IX

¡Señor Dios! ¿Dónde están vuestras promesas?

Vamos andando desde hace tres días por valles sin agua, por montañas sin árboles, ¿es éste vuestro país?

Todo se ha convertido en piedras: árboles, casas, ganado, trigo, en estas laderas no hay más que piedras y arbustos secos. Apenas algunos cipreses, apenas algunos pinos achaparrados, el lecho de los riachuelos está tan seco que la arena quema los

pies. El cielo inmóvil y opaco, de un azul azulado, no se parece siquiera al cielo. Todo está blanco en la luz del mediodía. Las rocas, el camino y los rebaños de hombres y de animales, las carretas, los estandartes y hasta los rostros de los hombres, todo está descolorido, blanquecino, y todo vacila de tan ardiente como está el aire. Nos moriremos antes de llegar.

Jerusalén. ¿Cuándo? Estas montañas parecen todas las mismas, estas colinas que surgen de todos los lados con los lechos de los riachuelos secos, con sauces de hojas polvorientas en las orillas. Nos extraviamos. El Enemigo de los hombres nos hace dar vueltas desde

Belén, vamos a rodear Jerusalén, desviarnos del camino y perdernos en unas montañas más desiertas todavía.

Los pueblos están abandonados, los pozos colmados de carroña, no se ven más que perros perdidos, cuervos, chacales. La abominación de la desolación. Ánimo amigos, si llenaron los pozos es porque temen nuestra llegada, así pues no estamos lejos del final. Esos pueblos musulmanes, amontonamientos de casitas blancas y cuadradas sobre colinas, apenas se ven de lejos de tan pedregoso como es el país. Manchas grises de olivos se extienden al pie de los pueblos, aquí y allí un viejo ciprés se yergue como un

cirio negro. Mientras que el sol no haya surgido por detrás de la montaña se puede andar sin trabajo, ánimo, pronto podremos beber, ¡Dios, qué de prisa va el sol en este país! Apenas se piensa y ya está ahí, sus rayos blancos bajan a todo correr por la ladera, recortándola en rocas blancas y sombras azules.

Se dicen las oraciones. Se bebe. Los niños pequeños —los pocos que quedan— lloran. Agua, más agua. Los niños mayores ya no lloran siquiera. Lo han comprendido desde hace mucho tiempo.

Este día, los clarines anunciaron la victoria, y durante tanto tiempo, con tanta fuerza

con tanta fuerza se oyó el canto que,

sobre una media legua, a lo largo del gran convoy del ejército, resonó, pasó de boca en boca, de campamento en campamento, a lo largo del camino que rodeaba la enorme meseta. Con tanta fuerza se oyó el canto y los redobles de los tambores y el sonido de los cuernos fueron tan ensordecedores, que nadie tuvo ya sed, milagro, esa música y esos cantos eran, sin lugar a dudas, agua del cielo.

¡Jerusalén a la vista! La vanguardia y el ejército de los normandos están a las afueras de la ciudad. Todo el mundo lo sabía, al cabo de una media hora hasta los últimos retrasados del último convoy lo sabían. Estaban a menos de

una legua de Jerusalén.

Con sus ojos de pecadores, de normando de Normandía, de flamencos de Flandes, con sus ojos de carne la ven, no es posible. Es un espejismo como en los desiertos.

El grito que se elevaba cada vez más alto repercutía en eso contra las colinas rocosas, el grito no engañaba. ¡Está ahí! ¡Está ahí se ve, oh maravilla, santa ciudad, venid, venid todos! ¡Todos, cristianos no tardéis, avanzad, no es el momento de descansar!

Desde donde están pueden verla como en la palma de la mano, avanzad, agujonead los animales, tirad, un esfuerzo más, beberemos en la meseta.



El sol subía. Hijos míos, beberéis, amigos míos, beberéis, cuando estemos a la vista de Jerusalén, beberéis en Jerusalén, está ahí, se han cumplido las promesas.

El camino no era ancho pero la colina era llana: de repente como por magia los convoyes se dislocaron y las laderas a los dos lados del camino se cubrieron de hombres que corrían y gateaban por las piedras, hasta los caballeros se metían por las rocas con el peligro de que resbalaran sus monturas. En el camino quedaban las carretas y los hombres que llevaban a los niños o los paquetes pesados, pero como ahora había más sitio podían avanzar más de

prisa. El gran cortejo, repentinamente ensanchado, se estrechaba hasta perderse de vista, a racimos, en filas los soldados escalaban las laderas, a todos les parecía que irían más de prisa si no seguían el orden establecido.

En el camino los caballeros apresuraban el paso, con peligro de pisotear a los peatones, los cuales no tenían más remedio que subirse a la ladera. *La salvación está ahí, ¿quién la quiere?* Las gentes ya no gritaban, tenían que ahorrar las fuerzas para la marcha, jadeaban, se ahogaban, recuperaban la respiración. Dentro de un momento, a la vuelta del camino, dentro de un momento, donde están cantando el

aleluya, el canto se acerca, no está lejos.  
¿Es posible?

Los hombres de las carretas, colorados, con la frente brillante de sudor, las venas del cuello y de la frente azules e hinchadas, se parecían a unos condenados. Pues para ir más de prisa en medio de este calor tenían realmente que olvidar a Dios y al diablo, ni siquiera sabían ya hacia dónde iban ni por qué, pero apresuraban el paso, ¡casi iban corriendo! En verdad no sabían por qué, su único deseo era ir más de prisa.

Pues cuanto más avanzaban, los gritos, a la vuelta del camino, se hacían más ardientes, más prolongados. Nadie podía pensar ya, todos avanzaban hacia

ese grito, ese grito era un torbellino que se tragaba a los cuerpos, donde los cuerpos eran atraídos como por una gigantesca ráfaga de viento.

Estaban llegando, llegaban a la meseta, titubeaban y corrían como borrachos y se caían, se veía, a través de las filas de hombres sentados y arrodillados sobre la ladera, se veía todo no había un cristiano más que quedara a caballo. Todos en la tierra postrados, golpeándose la cabeza contra las piedras del suelo.

El sol estaba muy alto en el cielo. Bajo el enorme techo caliente de un cielo azul fuerte se extendía Jerusalén. Blanca. Terriblemente blanca, con sus

cúpulas y sus alminares pintados de azul y oro, como pedazos de sol. Extendida por las colinas, sus murallas blancas rodeadas de verdor dominaban el fondo de los valles. Blanca entre las pendientes rocosas sembradas de arbustos negros y las manchas plateadas de los olivares.

Bebed, cristianos, bebed, este agua que se bebe ante Jerusalén es agua santa. Bebed, que este agua os sea un agua de verdadera vida, a fin de que todos cantéis el aleluya con un mismo corazón. Las mujeres pasaban con cucharones y jarras, silenciosas, acercando el agua a unas bocas hinchadas. Las mujeres del ejército estaban delgadas y cansadas

hasta no poder más.

Fray Bernabé cantaba con los brazos elevados, cantaba con una voz ronca que le desgarraba el pecho. ¡Que yo vea que yo vea los muros de Sión!

¡Todos subiremos a la montaña santa, todos adoraremos al Señor en Jerusalén!

Los brazos elevados, las manos extendidas hacia la ciudad. Sus ojos grandes no tenían ya mirada, no eran más que fuego ardiente, veía sin ver, Jerusalén estaba en sus ojos como un océano de soles. Su canto se convertía en grito, elevaba los brazos cada vez más altos, los tenía tan rígidos que no podía doblarlos, las piernas las tenía tan

rígidas que no podía caer de rodillas.

Allí estaban. Los que quedaban de los pobres. Con el corazón abrasado por la santa visión. ¡Dios tenga piedad de los corazones abrasados!

Sus pecados arden como paja en un brasero.

Baudry lloraba con la frente entre las rodillas; como un niño. Nadie lo había visto llorar todavía. Todos lloraban arrodillados o acostados de bruces contra la tierra y arañando el polvo, entre las piedras para comerlo, besando las piedras y frotándose contra ellas las mejillas y las frentes.

Santiago llevaba a su hijo en brazos; llegaba con María y los suyos

precediendo a los que tiraban de las carretas, teniendo cuidado con las piedras del camino, un niño no es un fardo de trapos, iba andando con los labios apretados, los ojos fijos en la llanura que aparecía ante él, es Jerusalén, Pedro mira, ¡llegaremos muy pronto! Ya lo veía, con sus ojos agudos, que a doscientos pasos distinguían un mirlo de una urraca, lo veía y contaba ya sus torres y las cúpulas y los jardines, ¡la bella!, la ciudad santa, entraremos en ella, es nuestra ¡Dios nos la da! María, María, di, ¿cuál es la iglesia del Santo Sepulcro?

¡Qué sé yo! ¡Hay tantas! ¡Cuánto brillan! Dios las adornaba en ese



momento con oro y diamantes para alegría de los cristianos. La respiración cortada. No es posible. No es posible que una alegría así sea dada a los hombres. Alix venía hacia ellos, con una jarra medio llena. Primero dieron de beber a Pedro, después a María, Santiago preguntó: ¿cuánto hay que dejar? —Bebe todo Santiago, encontraré más, ¡qué más da si nos falta por la noche! Bebe, es la promesa de agua viva, que nunca nos faltará en Jerusalén. Alix estaba erguida y altiva, solemne con su jarra como una santa mujer en la tumba en la mañana de la Resurrección. La mujer de los días de fiesta. Alix iba a sacar agua con la jarra y la ofrecía con

su sonrisa real, como si en ese lugar santo fuera ella el ama de casa. Pues estaba tan hecha para la alegría que ni hasta en un momento semejante perdía la cabeza.

¿Y Lamberto?, dijo Santiago. Se ha quedado atrás. Voy a buscarlo.

Lamberto llegaba con su madre cogida del brazo.

Lamberto, ¿qué es eso? ¡Dios mío! —No es nada, madre, un deslumbramiento, nada más. La sacerdotisa se agarraba a su hijo, sus pies tropezaban con las piedras, las piernas le fallaban, de terror. Lamberto, no veo nada. Todo está negro. ¡Fuego y nada más! —Os darán de beber, no será

nada. La pobre mujer miraba a su hijo con una expresión de espanto, con los ojos perdidos buscaba a su hijo y no lo veía. ¡Lamberto, hijo mío, tengo miedo!

Lamberto también tenía miedo y no decía nada. Otros habían perdido ya la vista por el demasiado sol y no la habían recobrado. Pero no era en el momento de ver Jerusalén. Lamberto no miraba Jerusalén, buscaba con sus ojos el rostro de su madre, como si pudiera hacer que la luz entrara de nuevo en él. La madre se agarraba a él y su cara gastada de ojos pálidos adquiría una expresión lastimosa de niño aterrorizado. No es verdad, Lamberto. Dios no puede hacerme esto. En este

momento precisamente... ¡Ahora no, Dios mío, ahora *no!* Se habían parado y la sacerdotisa oía a su alrededor a la gente que corría y lloraba de alegría y gritaba, empujándolos a ella y a Lamberto que estaban en medio del camino. Santiago llegó y los llevó al sitio donde estaban todos los suyos reunidos. ¿Qué pasa? —Díselo, Lamberto, díselo, yo no tengo valor.

Le duelen los ojos.

Vuélveme hacia Jerusalén. —Está justo en frente de nosotros. —¿La ves tú?

—Sí, madre. No la miraré si no lo queréis. La veremos juntos. —¡Venga, dijo la madre con amargura, venga canta

con ellos, yo cantaré también! Como si la estuviera viendo. No te preocupes, me curaré.

Los que tiraban de las carretas llegaban en aquel momento, empujándose, cada equipo quería pasar antes que los demás. Los carros se ponían de dos o de tres en fondo, el valle se ensanchaba en la curva. Llegaban gruñendo, titubeando; la cara negra de moscas, pues llevaban los brazos enganchados a unas correas y nadie podía espantarlas. Todos les gritaban: ¡dejad las carretas, venid! Nadie nos robará nada. Los hombres no tenían fuerzas para retirar los brazos de las correas. Sus amigos fueron a

ayudarles y a pasarles agua por la cara. Los primeros que fueron desatados de las carretas, Guillermo de Valognes y Elías el Picoso, echaron a correr, con los brazos extendidos, como ciegos. Guillermo dio un grito y cayó de rodillas y puso la cara contra la tierra. El Picoso había caído a su lado y besaba el suelo antes de decidirse a mirar realmente. Fue entonces cuando vio que bajo la cabeza de su camarada había un charco de sangre. Guillermo, ¿estás herido? Lo levantó por los hombros, el hombre tenía la barba inundada de sangre y los ojos en blanco, la cara gris. Ya no gruñía. Los ojos se habían quedado parados para siempre

sobre la imagen de Jerusalén.

El Picoso dejó el cuerpo sobre la espalda, le cerró los párpados todavía calientes y se puso las dos manos sobre el pecho en forma de cruz. —Picoso, ¿qué haces? —Guillermo ha muerto. Los demás lo miraban demasiado agotados para entristecerse. Grande es la bondad de Jesucristo que le ha permitido resistir hasta aquí. ¡Faltó muy poco! Faltó muy poco para que no cayera antes de llegar.

Ha visto Jerusalén, es como si hubiera muerto absuelto. Es una muerte buena, ha muerto de alegría. Los que llegaban detrás rozaban el cuerpo a su paso, pisaban en el charco de sangre. El Picoso avanzaba detrás de ellos, se

abría camino penosamente entre la multitud.

Era una mala suerte llegar en pleno mediodía, en pleno sol, la fuerza abandonaba a los hombres, que se arrodillaban o se acostaban por el suelo y se quitaban los gorros y los capuchones para ver, a través de los matorrales de espinas, el resplandor blanco y terrible de la ciudad blanca con sus cúpulas ardientes y las montañas azuladas detrás.

Ahí está. El Señor es mi pastor, nada me faltará...

Me conduce por unos prados verdes en medio de ríos.

Los prados verdes... El Picoso



sollozaba, con las manos en la barbilla, sollozaba sin pensar en enjugarse la cara, tirado por el suelo sobre las piedras calientes; la ropa mojada de sudor se le secaba sobre la piedra y le quemaba la piel. Había padecido tanto tirando de la carreta que las fuerzas le abandonaban ahora completamente: hasta el dolor sólo le llegaba a través de una cortina de llamas; era como si fuera otro cuerpo el que sufría y él no se diera cuenta. Esa ciudad blanca ante él no la veía como una ciudad, no la veía en absoluto, era algo que se movía y que temblaba, que se encendía con mil hogueras blancas de donde salían unas lenguas de fuego que subían hasta el

cielo.

Lluvias de espadas brillantes, pájaros blancos subían y descendían, con las alas en cruz y de repente se veía una cruz enorme de luz blanca que cortaba la tierra y el cielo en cuatro partes y Jesucristo estaba sobre la cruz vestido con una túnica más blanca que el sol. La Cruz se acercaba a una velocidad tan vertiginosa que Elías sin saber lo que hacía se puso en pie de un salto, echándose hacia atrás, y la Cruz que avanzaba era tan grande como el cielo, el azul del cielo había reventado y se desmoronaba por todos lados hecho jirones. La Cruz iba a aplastarlo y a quemarlo todo.

Elías estaba de pie, con los brazos separados, ¿para rechazarla o para precipitarse dentro? No lo sabía. Unos brazos se agarraban a sus brazos. No sabía que estaba gritando. Los brazos que lo sujetaban eran más ligeros que las patas de una mosca. Alguien le echó agua a la cara. Después bebió un trago, chasqueando los dientes contra el borde de la jarra. Veía fuego a su alrededor. Di, Picoso, ¿ves visiones? —No, dijo. Bebe un trago más, estás agotado. Los camaradas ya no se ocupaban de él. No era el único que gritaba en aquel momento ni que tenía visiones. Por todos lados se oían gritos y sollozos.

Se sentó en el suelo otra vez, ya no

veía a su alrededor más que cuerpos caídos, ropa polvorienta manchada de sangre, piernas y brazos llenos de rozaduras. Cruces de madera alzadas en el aire. No podía creer que en ese día como todos los demás el sol bajaría de arriba para hundirse en el mar. Que ese día tendría un final.

El sol se ponía. María veía unos ángeles. Iban vestidos de rojo y de oro. Saliendo en largos cortejos del cielo iban andando por los aires por encima de la ciudad, sus túnicas estaban hechas de oro líquido y resplandeciente y sus alas rojas y violetas y sus cabezas luminosas parecían unas lámparas cercadas de oro. Daban vueltas en

espiral por encima de la ciudad cuyos muros y cuyas casas expuestos al sol adquirirían unos tonos entre ocre y rosa. En una danza lenta y grave, los ángeles daban la vuelta de la ciudad y con sus alas rojas rozaban las murallas. Los ángeles eran tan grandes como una torre. Un canto salía no de sus bocas sino de sus alas, canto sin palabras, tan potente que los árboles temblaban, las rocas se estremecían. El canto de la gran belleza de Dios.

Mientras que los cristianos, con sus pobres voces roncadas, cantaban los salmos, los ángeles cantaban con sus alas en medio de una paz tan real que las voces de los hombres, los suspiros y los

gritos se perdían en sus cantos como unos riachuelos en el mar. María miraba, quieta como una estatua, regueros de sudor le corrían por la cara como el rocío sobre el vello de Gedeón. Así se quedó algún tiempo, hasta tal punto inmóvil que se hubiera creído que estaba muerta o se había desvanecido si no hubiera estado de pie. Pedro le tiraba por la falda gritando: ¡María, María!, pero ella no oía y mandaban callar al niño. Déjala, tiene una visión. Todos rezaban.

Los que estaban al lado de María la miraban de vez en cuando, temiendo que fuera a caerse al suelo en convulsiones, agotada por una alegría demasiado

fuerte.

*Andaré por el valle de la sombra de  
la muerte*

*¡Señor, he aquí vuestra promesa, la  
muerte no existe!*

*¡Alegría eterna a nuestros mártires  
que rezan con nosotros!*

*Si alguna vez yo te olvido, oh  
Jerusalén.*

*¡Oh Jerusalén!*

Aquella noche acampaban a la vista  
de Jerusalén.

Jerusalén era la Novia prometida, en  
su cuarto nupcial ya preparada,  
iluminada por antorchas.

El pan que se repartía aquella noche era pan consagrado. Arriba, alrededor de las tiendas de los barones, se encendían las antorchas; y unos sacerdotes con los estandartes en la mano se reunían para dar la vuelta al campamento en procesión. Caballos y corderos erraban sobre la ladera, comiendo los matorrales y los restos de hierba seca. Los rezagados seguían llegando, buscando un sitio donde acampar: los muertos-vivos y los leprosos, que iban siempre a cierta distancia de los demás, protegidos por un destacamento de caballeros caritativos. Llegaban para ver Jerusalén rosa y rojo y malva, con reflejos de oro



púrpura en sus cúpulas y unas llamas pálidas en lo alto de las torres.

El sol inundaba de sangre la ciudad, las torres surgían de las sombras profundas y azules del valle, barridas por la luz roja que palidecía rápidamente. Las llamas se veían cada vez más vivas, temblando en el aire puro entre los grupos de casas pálidas y azuladas; entre unos cipreses negros esbeltos como husos. ¡No duermas, Jerusalén, tú que esperas la liberación! ¡Nosotros te iluminaremos con tantas antorchas que la noche será tan clara como el Día!

¡Alégrate, hija del Rey! El Señor te eligió entre todas. ¡Velad, cristianos!,

vuestra oración vale mucho delante de Dios.

Tenían que descansar; plantar las tiendas, cavar las tumbas. Durante la última marcha, la más dura de todas, había habido muertos entre los soldados jóvenes. La tierra es santa, hermanos, aunque la tumba no sea bella; descansáis a la vista de Jerusalén. Toda la noche los cantos acompañaron el ruido de las piochas, cuando una voz desafinaba otra continuaba y para no dormirse los soldados se pasaban las manos por las llamas.

Esta primera vigilia era como la vigilia de Navidad, ¡bienaventurado el servidor a quien su Maestro encuentre

en vela y en oración! Todos se habían pasado la contraseña, sin siquiera recibir orden de sus sacerdotes, dormirían por el día, esa noche velarían, los ángeles nos rodean con una muralla de alas blancas. No hay que dormir la noche de bodas, la noche en que se es armado caballero.

¡Ahí ante nosotros en el silencio de la noche entrecortada por los aullidos de los chacales, que este silencio no sea más que un canto de salmos, ciudad santa, esos cantos de los que has estado privada tanto tiempo! Nosotros somos unos veinte mil peregrinos venidos todos al mismo tiempo del otro extremo del mundo.

Que nuestros cantos hagan caer los muros de los impíos como los de una nueva Jericó.

En la ciudad rodeada por un cinturón de clavos de oro, se veían unas lucecitas pálidas que aparecían y desaparecían entre los bloques de las casas; parecía que había más de las que en realidad hay en una ciudad dormida, nos han visto, saben que estamos aquí, no tenemos que retrasarnos mucho, se están preparando.

El sultán de Egipto ha puesto en ella a dos mil soldados elegidos entre los mejores y la ciudad no es difícil de defender. Una luna amarilla subía lentamente por la cima de las montañas, una luna ya en declive, la mitad comida

por la sombra, su arista se asemeja a la hoja de un hacha enorme. La luna subía y se hacía cada vez más blanca, vertiendo sobre la tierra su resplandor helado, enfriando las piedras y los cuerpos. En la montaña el aire es tan puro que los efluvios de la luna la traspasan como si fueran unas hojas finas de acero; lo que durante el día es fuego se vuelve hielo, esos lugares están tan cerca del cielo que la tibieza de la tierra no protege ya a los hombres.

Los montones de boj crepitaban en las hogueras, lanzando llamas que se apagaban muy de prisa; hay que echar sin cesar para que el fuego no se apague, esta noche arden por todos nuestros

muertos, nuestros muertos nos calientan, nuestros muertos de Antioquía nos han seguido ligados por su promesa y por su cruz.

Si estuvieran alrededor de las hogueras y que de repente Dios les volviera a dar una apariencia terrestre, no quedaría un lugar sobre la meseta ni sobre la ladera. ¡Ante una multitud así el mismo rey de Egipto hubiera depuesto las armas! El ejército invisible estaba allí y bajaba la ladera hacia Jerusalén y andaba en procesión alrededor de las murallas. Vosotros que nos habéis robado la herencia de Jesucristo sabréis que cien mil almas vivas separadas de sus cuerpos esperan su día a las puertas

de Jerusalén.

El cielo, que se volvía blanco, ahogaba a todos los cuerpos en un baño de aire fresco y helado que lejos de hacer daño daba la vida, después de la noche sin sueño el alba convertía la fatiga mortal en deseo de alegría, los cuerpos estaban ligeros, como los de los resucitados.

Los caballeros, arrodillados delante de los altares levantados al aire libre, cantaban, los brazos elevados, y se tiraban de bruces al suelo; todos con la cabeza descubierta y el pecho descubierto, llorando sus pecados y pidiendo gracia. A continuación, unos tras otros, llevaban a bendecir sus

espadas.

San Juan se paseaba por las rocas, rodeando los matorrales y buscando un sendero para bajar al valle. No hacía caso del cansancio. Sus dolores de cabeza que se le ponían delante de los ojos como una cortina de llamas no lo abatían, nunca había estado enfermo, ni siquiera las moscas se posaban casi sobre él. Iba andando sin pensar en nada, extrañándose de reconocer cada matorral, cada piedra, las laderas del valle y los enormes terraplenes donde se apoyaban las murallas blancas: unas murallas griegas pues las verdaderas habían sido destruidas desde hacía mucho tiempo, pero he aquí el milagro,



destruida y reconstruida Jerusalén era siempre la misma y él volvía allí para ver a Jesucristo y ser juzgado y crucificado.

A través del resplandor de las llamas veía una bandada de buitres que planeaba en el cielo azul, donde está la carroña, se reunirían las águilas. Son águilas. Miles y miles de águilas. Yo era pescador en el lago de Tiberiades. Por qué es preciso por qué es preciso que todo vuelva a comenzar y que desde hace mil años yo venga siempre a este lugar, en verdad yo no me había ido nunca de aquí. San Juan iba por un camino y unos hombres iban a su encuentro: sacerdotes de largas barbas

negras y de sombreros negros altos y redondos, varios monjes y algunos hombres vestidos de azul y de marrón. Se dijo que eran los servidores de Caifás buscando a Jesucristo para apoderarse de él. Uno de los monjes le habló en latín, después en francés, él no quiso decirles quien era y respondió: un pobre peregrino perdido. ¿Y vosotros? Esos monjes venían del hospital de San Juan de Jerusalén y acompañaban a unos sacerdotes griegos. Venían de parte de los cristianos perseguidos a saludar a los valerosos libertadores venidos de las Galias. Venían a ponerse bajo su protección y asegurarles el apoyo de todos los cristianos de Jerusalén.

Subían en dirección del campamento y san Juan los acompañaba, hablaban griego entre ellos y de vez en cuando echaban una mirada de simpatía al peregrino que, delgado, descalzo, la ropa hecha jirones y la barba blanca de polvo, parecía un mendigo. San Juan iba al lado de los monjes del hospital y los miraba fijamente con sus ojos grandes, sin pestañear. San Juan preguntó: ¿Por qué esos griegos llevan puñales? —Ha sido necesario que se los procuren, pues los nuestros son tan desgraciados en estos momentos que ningún cristiano tiene segura la vida. En la ciudad sólo respetan un poco los conventos porque tienen unos muros fuertes y pagan un

tributo grande. —¿Salís entonces de Jerusalén? —No, de Siloé, pues el gobernador nos ha expulsado de la ciudad. Los que no son expulsados huyen, pues los nuevos señores son peores que los turcos. —Son los romanos, dijo san Juan, y su gobernador es Poncio Pilato.

—!Es muy cierto, dijo uno de los monjes, y recibirá un digno salario por sus crueldades!

Los griegos pasaron por el campamento de los pobres antes de llegar a las tiendas de los barones. Y hay que decir que si se habían compadecido del aspecto de san Juan, pudieron comprobar que, entre los

peregrinos, era uno de los más presentables. Pues al ver los sacerdotes griegos, de caras frescas, ropa limpia y sin rotos, los peregrinos se miraban entre sí y se sentían avergonzados: ¡así es como son los verdaderos hombres!, los sacerdotes y los burgueses de nuestros países. Habían olvidado lo que eran, en esas semanas de marcha, pieles rojas cubiertas de llagas, quemaduras, rozaduras; ojos calenturientos e hinchados, labios cortados, respiraciones sofocadas, ropas hechas jirones y tan sucias que ni el pus ni la sangre se veían ya. Pies duros como cascos, manos pringosas, pelo lacio lleno de miseria. Se habían

acostumbrado desde hacía ya tanto tiempo, ni los soldados estaban presentables.

Así pues, los griegos los miraban con una especie de espanto y discretamente se tapaban la nariz pues el mal olor del campamento era peor que el de un establo sucio. El suelo pedregoso estaba manchado de sangre y de basura, y las moscas revoloteaban pesadamente, posándose sobre todo lo que estaba húmedo, rostro o brazos o basura del suelo; y los niños, armados con ramas secas, miraban a los visitantes temerosos y huraños a la vez, como animales que tienen ganas de morder.

Todos miraban a los visitantes con apuro, preguntándose de qué manera debían recibirlos; muchos creían que esos sacerdotes y esos burgueses se habían molestado únicamente por ellos y se decían: qué pena, ¿qué podemos ofrecerles?

Baudry ordenó que llevaran la tinaja de agua de su campamento, que estaba medio vacía; fray Bernabé metió en ella la única copa que tenían, después de haberla limpiado con su hábito. La tendió primero al sacerdote griego de más edad y éste después de bendecirla, la vació de un trago.

A toda prisa fueron a buscar al padre Alberto; en seguida apareció

sacudiéndose con la mano el polvo de la ropa. Como normalmente se afeitaba la barba y desde hacía varios días no se la afeitaba, llevaba la cara erizada como un cepillo de pelos rubios; una llaga infectada en el tobillo daba a su manera de andar un aspecto lastimoso que cuadraba mal con su imponente anchura.

¿Sabía que casi no tenía ya aspecto de sacerdote? El padre Alberto hablaba, mientras que fray Bernabé llenaba la copa y la pasaba por turno a los visitantes. Los peregrinos miraban, la garganta hecha un nudo, pensando: el agua se nos va a terminar ¿no está acostumbrada esa gente a raciones pequeñas?



El padre Alberto hablaba casi igual de bien que un verdadero griego; pedía a los visitantes noticias de Su Santidad el patriarca Simeón, les contaba lo que él sabía de la situación de monseñor Juan patriarca de Antioquía y les describía el buen entendimiento de los griegos de Antioquía con los obispos y los sacerdotes latinos, total que quería mostrarles que él no era uno cualquiera. Al cabo de cinco o diez minutos, cuando comprendieron que era un antiguo capellán de las guarniciones normandas del Emperador, los griegos llegaron a olvidarse casi de su pobre cara.

Muy pronto se vieron rodeados de una docena de sacerdotes y de monjes,

jefes de tropa de los pobres, todos querían servirles de escolta hasta el campamento de los barones. El padre Alberto traducía sus saludos y bendiciones; era un día de mucha alegría en verdad, en nombre de los cristianos de su país ellos venían a saludar a los hijos de Cristo que sufrían en Jerusalén crueles persecuciones. El día era caliente, el sudor les salía de debajo de sus sombreros negros y corría por los rostros de los griegos que escuchaban pacientemente pero sin demasiado gusto al normando que hablaba tan pronto con uno como con otro y parecía que traducía siempre las mismas palabras. Pues el mal olor que los rodeaba se

hacía insostenible.

Al final, el padre Alberto dijo a los peregrinos: Amigos, esos griegos quieren ver a los sacerdotes y a los barones, llevémoslos a sus tiendas de campaña. Todos iban en cortejo a lo largo de los campamentos de los soldados, donde los hombres tirados sobre toldos apenas levantaban las cabezas al verlos pasar. Unos capellanes se unieron a ellos, sin saber demasiado de qué se trataba seguramente, pensaban, que es una delegación. ¿Quiénes son toda esa gente con quienes estabais?, preguntó uno de los sacerdotes griegos. ¿Y por qué son tantos? —¿Tantos?, dijo el padre Alberto. Cuando yo me uní a

ellos en Constantinopla eran cuatro veces más. Los griegos quedaron muy extrañados. ¿Qué es lo que buscan? — La salvación, como todo cristiano. Y yo puedo aseguraros que en estos momentos cada uno de esos hombres vale tanto como un soldado. Sabed que sin las oraciones de esas almas sencillas jamás Dios nos hubiera entregado Antioquía y toda la Cilicia. Gracias a ellos Jerusalén será liberada.

El griego de más edad, un hombre alto, de cara negra, barba gris y rizada, se santiguó piadosamente. ¡Grande en efecto debe ser la fe de nuestros hermanos celtas puesto que ponen su confianza en unas armas que no son

terrestres! Pues para alimentar a tales multitudes de mendigos el ejército debe imponerse grandes sacrificios y disminuir de otro tanto la ración de los soldados.

El padre Alberto, herido, dijo: No hay mendigos entre los nuestros, todo hombre y toda mujer trabajan según sus capacidades. ¡Y los pobres no son mendigos, sino ricos pues son los jefes del ejército los que deben mendigar sus oraciones y merecerlas!

Alrededor del campamento de los barones, puestos en filas, otros visitantes estaban esperando ya y aún se veían a otros que, viniendo del este, subían por el camino pedregoso, en

largas procesiones conducidas por sacerdotes a caballo y a pie. Había de todo: armenios con sombreros puntiagudos, sirios de albornoces y capuchones blancos, comerciantes griegos vestidos de seda y campesinos hirsutos, de cara negra, en sandalias y con las piernas al aire. Algunos llevaban asnos cargados de cestas. Todos esperaban de pie, mirando con una mirada aprobadora las altas tiendas de campaña decoradas con las banderas y los escudos.

Los lacayos y los hombres de armas de los caballeros no sabían lo que hacer con toda aquella gente. Habían llevado a las tiendas de los barones a los

personajes que parecían más venerables. Los demás se quedaban allí, sin atreverse a avanzar demasiado entre las filas de las tiendas; después de los primeros abrazos con los primeros centinelas que habían encontrado, esos cristianos contemplaban el refuerzo que venía de ultramar con una mirada atontada y extrañada: de lejos, se habían imaginado a aquellos famosos hombres de hierro mucho más formidables.

Eran militares, altos de talla, que imponían a pesar de que casi todos eran delgados; barba rubia o del color de avellana, ojos claros, nariz corta y ancha, la piel de los párpados y del cuello extrañamente blanca: raza de

países fríos, mal hecha para poder soportar el sol, hasta sonriendo parecían sufrir. Los visitantes no podían saber que esos hombres no pensaban más que en una cosa: ¿cómo iban a abastecerse en agua? Aquella mañana cada uno de ellos había sacado de las reservas de agua el contenido de un cuerno de buey, la bebida de los caballos pasaba en primer lugar.

Los griegos y los sirios decían que pedían protección y ayuda y permiso para quedarse en el campamento. Los latinos decían que ellos se preparaban para un asalto para dentro de dos días, pero que les era preciso conocer los puntos de agua; a causa de la sed habían



perdido muchos corderos y muchos bueyes, pero que en cambio tenían todavía reservas de granos y de legumbres secas, y un poco de vino.

Aparte la fuente de Siloé, en manos de los griegos, no había más pozos en los alrededores de Jerusalén: por orden del gobernador Iftikar la guarnición egipcia había envenenado todos los pozos, los manantiales estaban secos hasta el otoño; y los egipcios habían cogido también todos los rebaños y todas las reservas de grano. Los campesinos sirios podían mostrar a los convoyes de agua los mejores caminos para ir hasta el Jordán o hasta los pueblos cristianos todavía no

devastados. —¿Y en la ciudad, hermanos?... —En la ciudad, ellos tienen agua en abundancia, almacenada en unas cisternas limpias y bien vigiladas: y para las fuentes públicas encañan una parte del agua de Siloé.

Los latinos esperaban refuerzos de Jaffa. ¿Sabían ellos si entre Jerusalén y la costa había ejércitos enemigos? No, no había ejércitos, sino bandas de beduinos. —¿Dónde podían procurarse camellos? Seguramente que no encontrarían antes de Nablus o Ramla, la guarnición había cogido todo. Lo que no pudo coger, lo mató.

Total, poco a poco, sin que los caballeros lo hubieran querido, las

noticias se extendían por todos los campamentos: sólo había agua a diez leguas de allí; si querían salvar a los caballos y al ganado tenían que levantar los campamentos y disponer los rebaños alrededor de la fuente de Siloé; al día siguiente organizarían los convoyes de agua.

Todavía había reservas para los hombres. Y beberían vino. Mañana habrá media copa de vino para cada soldado que tome parte en el asalto.

*El asalto será mañana.* ¡Dormid durante el día y pasad la noche en oración!

Tarde bonita, Baudry, Dios nos ha concedido el milagro de un día de

descanso. El león se acuesta al lado del buey y las ovejas pacen en medio de los lobos, como lo predijo el profeta Isaías, y el desierto vuelve a florecer, no con flores terrestres sino con pensamientos cristianos, de esperanza y de caridad. Pues todos esos pobres campesinos cristianos son hermanos nuestros, ¡ya no somos más que un solo pueblo, repartiendo juntos el agua y el pan y las preocupaciones del día! Mañana antes de ponerse el sol tal vez estemos en Jerusalén.

—¿Os lo ha revelado Dios en una visión, hermano? Fray Bernabé, de pie y con los brazos cruzados, paseaba la mirada por las hogueras de los

campamentos y los hombres sentados alrededor de ellas; se parecían un poco a hombres borrachos, pero no había violencia en esta borrachera; había mucha alegría y también ternura fácil y contagiosa. Sin embargo, no habían bebido vino. Como en las bodas de Caná, Jesucristo había convertido en vino alegre su raquítica ración de agua. ¿Una visión? No lo sé, pues para mañana veo una luz grande que me nubla los ojos. Sé que será un día grande. Según lo que mi razón puede comprender, el asalto será un éxito.

El Picoso se acercaba a ellos, con su paso de lobo que sorprende a los que lo advierten de repente, parecía extraño

que un hombre tan grande se desplazara así: a grandes zancadas ligeras, como un fantasma. Preguntó lo que sabían del asalto del día siguiente. Los pregoneros pasarán antes del amanecer, dijo Baudry. Según parece estaremos detrás de los brabanzones, que avanzarán por la ladera de nuestro lado durante la noche.

De Jerusalén no se veía ya mucho más que una inmensa extensión de sombras azuladas y blanquecinas donde temblaban unos fuegos amarillos. Unas lucecitas aparecían y desaparecían por el lado de las montañas. El Picoso miraba, perdido en la contemplación, murmurando unas oraciones. Al final preguntó: Fray Bernabé, ¿es cierto lo

que se dice? ¿Que han puesto un montón de estiércol en el lugar del Santo Sepulcro y que ellos lo llaman —Dios me perdone— las letrinas? —Sabes muy bien que es cierto. Todo el mundo lo sabe.

Elías se contuvo un gruñido de dolor. Todo el mundo lo sabe, sí. Pero cuesta trabajo creerlo. No dejaba de mirar fijamente la ciudad, atontado, con la boca abierta; como si viera algo espantoso y terriblemente triste. No es posible que hayan hecho eso.

Elías se santiguó. Estaba a punto de confesar a fray Bernabé todos sus pecados, pero como Baudry estaba allí no lo hizo. Dios, por Jerusalén, prometía

el perdón de todos los pecados. Confesados o no. En la noche azul los dos grandes ojos negros se abrían, se abrían cada vez más, como abismos sin fondo, quien creería que se pueda echar de menos a una mujer hasta ese extremo y al cabo de seis meses tener todavía una llaga en el corazón. Que Dios dé a todos tanta ira como a mí, qué cosa han hecho en Jerusalén esos malditos, esos malditos que han torturado y degollado Jerusalén, ¿quién no lloraría de compasión? ¿Quién mejor que él podía saber lo que es la compasión?...

Nadie había conocido una compasión tan desgarradora. Entraremos, dijo, al mismo tiempo que



los caballeros. No se atreverán a dejarnos fuera.

—Espera a estar allí, dijo Baudry.

—No te he preguntado nada, tú no estarás en primera línea. —Yo estaré allí antes que tú y a la cabeza de los nuestros.

—El que quiere estar a la cabeza se encuentra detrás en el jaleo.

—Mira, Elías, yo no he buscado nunca pelea contigo, y esta noche menos que nunca. Si te he ofendido, perdóname de corazón.

—Y tú también, dijo el Picoso, desabrido. De corazón. En el momento en que se abrazaban Baudry sintió de repente como si una hoja fría lo

atravesara de parte a parte, se quedó contento cuando vio que el hombre se iba y se perdía entre las sombras negras que se movían alrededor de las hogueras. Este hombre es Judas. No sabía por qué se le había venido este pensamiento y no se atrevió a decirlo en voz alta.

Antes del amanecer, un caballero del séquito del duque, acompañado por un intérprete, detenía su caballo delante de la puerta de Sión y levantaba la bandera blanca de los mensajeros. Mandaba decir, de parte de los jefes del ejército que Jesucristo entregaba Jerusalén a los cristianos. Y los barones cristianos hacían saber al gobernador Iftikar al

Daula y a sus emires que ellos iban a conducir sus tropas al asalto y que estaban seguros de la victoria. Y que concedían al dicho Iftikar una hora para rendirse sin merced: que sus soldados depongan las armas y abran las puertas y juren convertirse a la fe de Jesucristo, ellos y todos los musulmanes que se encuentren en la ciudad, y todos los judíos si quieren entrar en razón. Si no todos, hasta el último, serán degollados.

El caballero y el intérprete debieron levantar sus escudos para defenderse contra una docena de flechas que volaron hacia ellos desde lo alto de la torre. Después les respondieron que el gobernador de Jerusalén tenía también

confianza en la ayuda de Dios y que esperaba rechazar fácilmente el asalto; y que aconsejaba a todos los francos que volvieran a cruzar el mar si no querían convertirse en presa de los buitres. Pero que si se convertían a la religión del Profeta y abjuraban de su idolatría, salvarían la vida. Y que no les aconsejaba que se quedaran en Judea más de diez días, pues el visir de El Cairo enviaba en auxilio de Jerusalén a un ejército de doscientos mil hombres.

Así pues, después de este cambio de desafíos, se ordenó el asalto rápidamente, para evitar la escalada de los muros en pleno calor del mediodía. Las reservas de vino eran distribuidas a

los soldados y a todos los hombres que podían combatir. Pues los barones se habían dicho: si no damos el asalto hoy mismo, los hombres se debilitarán por la sed y se batirán mal. Pero todo el mundo sabía que la guarnición de Jerusalén se preparaba para la defensa desde hacía dos semanas y que entre los infieles reinaba en Jerusalén una gran alegría. Ellos decían: esperábamos un león y vemos a un chacal hambriento, esperábamos a un ejército numeroso como nubes de saltamontes y ese ejército no será siquiera capaz de rodear la ciudad.

Los trófugos cristianos afirmaban que más de dos mil soldados elegidos

entre los mejores se habían encerrado en la ciudad y que se hablaba de distribuir armas a los burgueses y a los esclavos. Por tanto había que darse prisa. Mientras quedaba algo de beber y la primera alegría no se había esfumado.

Después de misa dieron la señal: dispuestas en largas filas sobre la ladera, cara a las murallas del lado norte, las tropas se lanzaban adelante con un grito tan fuerte que hubiera sido capaz de hacer temblar las murallas.

*Un aullido que se debía de oír en el otro extremo de Jerusalén.*

Los lacayos arrastrando las escalas corrían tan de prisa como los demás; de lejos cada escala parecía un ciempiés,

llevada por dos filas de hombres cuyos movimientos estaban tan regulados como los de los remeros de las galeras. Entre las escalas, los caballeros y todos los hombres provistos de cascos y de cota de mallas avanzaban en grupos compactos, con los escudos levantados. Los infantes iban detrás de los arqueros. En medio de la tempestad de rugidos, en esta tempestad de clamores de rabia, no se podía oír ni los clarines ni los tambores ni los gritos de dolor, pues las balas de cañón lanzadas desde los muros sobre la muchedumbre rompían los pechos, se llevaban las cabezas y hacían brotar fuentes de sangre roja escarlata. Pero los soldados no

retrocedían. Sacudidos por el choque, los vecinos del herido se levantaban y corrían hacia adelante, al mismo paso, y los que iban detrás pasaban por encima del cuerpo caído. Como si no hubieran visto nada, cuando en realidad llevaban la cara y los hombros llenos de sangre, andaban, chillando Jerusalén y Santo Sepulcro, Dios con nosotros, o chillando por las buenas, con la boca abierta; las balas de cañón silbaban a su alrededor, a un lado, por encima de las cabezas, ellos mismos eran como una granizada compacta de balas lanzadas hacia adelante, no podían detenerse, ¡estaban al pie de las murallas!

Las enormes escalas, proyectadas



por el aire repentinamente por medio de poleas y de cuerdas se levantaban por encima de la multitud y se abatían sobre la muralla con todo el peso de sus ganchos de hierro; apenas tocaban la muralla y ya estaban llenas de hombres, ya ni siquiera se observaba el rango, caballeros, simples soldados escalaban más de prisa que ardillas por un árbol, cuantos más hombres haya en la escala más difícil es echarla abajo —había por otra parte muy pocas escalas, hubieran hecho falta diez veces más—, arriba en las murallas unos fuegos enormes ardían en unas calderas.

Los arqueros tiraban. Pero las murallas estaban muy altas, los espacios

entre las almenas eran estrechos, la mayor parte de las flechas rebotaban contra la piedra y caían a tierra. Cuando conseguían posar una escala, la multitud daba un grito tal que los que estaban más lejos creían que los cristianos estaban ya sobre la muralla y esto animaba a la gente. Los hombres de arriba ponían una caldera frente a la escala y le daban la vuelta, entonces un grito atroz traspasaba la gran tempestad de gritos. Como manzanas bajo una vara, los hombres quemados por la pez hirviendo caían de la escala arrastrando con ellos a sus compañeros, los de abajo los empujaban como podían y a su vez empezaban a escalar, sobre todo no

había que soltar la escala.

¡Subid valientemente mientras no tienen otra caldera preparada! Les ganaremos. Hoy les ganaremos.

El sol estaba ya alto y en la fiebre de la batalla todos se olvidaban de la sed. De los gznates salían unos estertores como silbidos en lugar de gritos. El jadear de un león de mil cabezas encarnizándose sobre su presa. Las escalas caían hacia atrás aplastando a los heridos que no tenían tiempo de separarse, otra vez las volvían a poner contra la muralla y otra vez volvían a caer. En las puertas, los hombres se relevaban junto a los dos únicos arietes del campamento, sustituían a los

heridos, tan rápidamente que andaban por encima de ellos, y tomaban carrerilla para lanzar la masa enorme de madera y de hierro, pero que no cedía. A todo lo largo de la muralla, cerca de las escalas, las piedras estaban cubiertas de regueros de pez y de sangre.

Baudry y sus camaradas estaban en la escala de los brabanzones; con treinta soldados, la habían llevado y habían ayudado a ponerla de pie, sujetándola contra el suelo. Después de la primera caída de la escala con los hombres que habían subido los primeros, Baudry y los suyos subían con los soldados, subían porque tenían que conservar el sitio y hacer peso, pues de lo alto de las

murallas unos hombres negros armados con unos garfios negros intentaban empujar la escala para echarla hacia atrás, era necesario un peso de varios hombres y todos estaban mezclados en los escalones de madera llenos de sangre, resbaladizos y ardientes. El caballero encargado de la escala acababa de morir. En la escala todos se empujaban, soldados, peregrinos, armados con lo que podían, corriendo hacia arriba contra los hombres de los garfios negros como si fueran los ángeles del Paraíso.

Baudry iba armado con un garrote lleno de clavos y subía más de prisa de lo que jamás hubiera podido pensar, con

los pies descalzos se resbala menos, ya se estaba agarrando a la almena cuando de repente vio la cabeza de un hombre negro frente a él, entre los bloques de piedra amarilla; una cara negra como el carbón, una cabeza redonda y negra con un turbante blanco. Baudry levantó el garrote pero inmediatamente sintió una punta aguda que se le metía bajo el hombro izquierdo, quiso agarrarse pero empujado hacia atrás perdió pie. El hombre que iba detrás de él, un soldado brabantón, lo cogió por la cintura y lo dejó caer en el vacío.

Baudry se encontró al pie de la muralla, tirado sobre un montón de cuerpos ensangrentados y muertos en

apariencia; quiso levantarse pero la pierna derecha le pesaba como si fuera de plomo y sintió tantos dolores que en seguida comprendió que no podría ponerse de pie. Junto a su cara vio una cabeza: un casco de un soldado y bajo el casco lo que en otro tiempo había sido un rostro humano no era ahora más que un pedazo de carne mezclado con el barro negro; los ojos habían reventado, la barba la tenía como arrancada a pedazos, ¡Señor el primero de una escala, ha recibido la pez en medio de la cara! Tenía todo quemado, el cuello, los hombros, el pecho, lo que le quedaba de ropa mezclado con la piel arrancada. ¡Qué martirio! He tenido suerte, pensaba

Baudry, mucha suerte. Seguramente que de ésta no saldré pero por lo menos me he evitado esto.

La pierna rota y la herida del hombro le hacían sufrir mucho. ¿Y sus compañeros? Baudry levantó la cabeza: la escala ya no estaba allí. No había más que hombres tirados a su alrededor. A montones. En este lugar, muchos habían caído como él, unos sobre otros. Hacía mucho calor. En la cuesta al pie de las murallas sólo se veían remolinos de polvo por el aire y los cuerpos desperdigados como hojas secas después del paso de la borrasca. Detrás de la cortina de polvo, del otro lado de la zanja, seguía el movimiento y aún se



oían los gritos. Gritos en lo alto de las murallas, gritos agudos en una lengua extraña, y el toque de las trompetas.

¡Y el toque de las trompetas, allí, allí, del lado de los nuestros! *Es la llamada.*

En el mismo momento Baudry no lo comprendió. Después se dijo: no había bastantes escalas, ¿cómo subir al asalto cuando no hay por dónde subir? Entonces se puso a arrastrarse por la cuesta, ayudándose con las manos y con la rodilla buena; un soldado iba hacia él, apoyándose en su maza de armas, apretando la mano izquierda contra el vientre lleno de sangre. Salud camarada, ¿de dónde eres? —De las gentes de

Arras. —Y o, de Namur. Si te salvas, diles a los míos que Gerbert —que Gerbert— diles a Andrés y a Bermundo, de Namur, que Gerbert está muy enfadado por tenerlos que abandonar. — A lo mejor nos salvamos los dos, dijo Baudry. —No. Se acabó muchacho. Las tripas. Y cayó de rodillas y después de lado. —Venga, intenta, arrástrate, si puedes.

Baudry miraba la cuesta, a su alrededor, otros hombres que se arrastraban e intentaban levantarse, después oyó silbar una flecha y clavarse en la tierra a tres pasos de él. Baudry se dijo: de buena me he librado. Una debilidad enorme le invadía, por

momentos todo se le volvía negro, caía en unos agujeros negros y volvía a salir para no ver más que piedras y polvo y charcos de sangre seca.

Después vio a dos hombres negros, desnudos hasta la cintura y con unos turbantes blancos, que se acercaban a él riéndose; tenían unos dientes grandes y blancos y se reían sin alegría, como animales que enseñan los colmillos. Baudry se acordó del hombre negro, sobre la muralla entre dos almenas. Y pensó: es verdad. Yo no he matado nunca.

Los cristianos se habían retirado fuera del alcance de las balas de cañón, pues a decir verdad, desde el conde de

Toulouse hasta el último lacayo, todos sabían que la partida estaba perdida. Al pie de las murallas el ejército no podía hacer nada más que recibir las balas de cañón, flechas y pez hirviendo, sin poder replicar de ninguna manera.

Pues para tener éxito en un golpe semejante el ejército, que estaba acostumbrado y lleno de ardor, hubiera tenido que entrar en la ciudad. Pero con unas cuarenta escalas en total no podía servir más que de blanco. Así pues, los barones habían decidido hacer cesar una matanza inútil, no podían permitirse el lujo de perder tantos hombres. Las tropas se habían retirado sin pánico, llevándose las escalas (excepto las que

se habían quemado) y ya anunciaban un tiempo de descanso.

Desde la fuente de Siloé los cristianos del país en cadena, como para un incendio, se pasaban las jarras y los cubos, el sol empezaba a ponerse en occidente y el agua en ese momento era más necesaria que la oración.

Las mujeres del campamento pasaban por las largas filas de hombres acostados en la tierra e inclinaban las jarras de agua hacia unos labios secos o ensangrentados. Y por toda la ladera, ardiente y blanca de polvo, se elevaba el largo y jadeante gemido de millares de bocas, heridos o no todos estaban lo mismo, medio muertos de calor y de sed,

con los miembros rotos, la cabeza llena de gritos; estaban como sordos a causa del ruido terrible que les resonaba todavía en los oídos.

Los barones y los caballeros, subidos en sus caballos, se retiraban hacia lo alto de la meseta para ver mejor los movimientos del ejército y los del enemigo. Viendo el número de cuerpos abandonados en la ladera al pie de las murallas, los más obstinados podían comprender que el asalto era una locura.

Si por casualidad en ese momento el enemigo intentara una salida el ejército no podría defenderse siquiera. Así pues la consigna se repetía: ¡cada uno a su campamento, no os rezaguéis! Que

acerquen las carretas para los heridos.

Los soldados se levantaban, se daban masaje en las piernas y volvían a coger las armas. Entre los heridos había muchos quemados que suplicaban a sus compañeros que los rematasen, pues los que tenían llagas de piel arrancada por la pez no tenían muchas esperanzas de sobrevivir. Se les daba de beber, los echaban en las carretas y el roce de unos contra otros les hacía sufrir un martirio tal que se ponían a dar mordiscos en sus propias carnes o en la de sus compañeros de desgracia.

Unos peregrinos que estaban más abajo de la zanja miraban los cuerpos de los hombres tirados al pie de las

murallas; algunos se movían todavía, tal vez no estaban más que aturcidos y a lo mejor eran capaces de volverse a levantar y volver al campamento. Algunos andaban, otros —que estaban en el sitio donde la pendiente era más fuerte— se dejaban rodar hacia abajo, rebotando en las piedras. Los peregrinos les gritaban: ¡ánimo! y se lanzaban a su encuentro.

Después, por un portillo de la puerta de Sión, unos soldados empezaron a salir de la ciudad, con la lanza empuñada y el sable en la cintura.

Entonces hubo una gran agitación en los grupos de soldados que se encontraban todavía al descubierto,



frente a las murallas, pues apenas los separaba de las murallas el tiro de una bala de cañón, y por otra parte ver al enemigo tan cerca les hacía ponerse furiosos de repente y tener miedo también.

¡Qué nadie se mueva, subid de nuevo por la ladera, con las armas preparadas!

Elías el Picoso se lanzaba hacia adelante, blandiendo el hacha por encima de la cabeza. ¡Venga, muchachos, no estáis viendo lo que hacen, vienen a rematar a nuestros heridos! Así consiguió que más de treinta hombres le siguieran corriendo cuesta arriba; después unos arqueros se unieron a ellos, avanzando con los arcos tendidos,

hacia los blancos vivos. La tentación era demasiado grande. Los soldados enemigos, de gran estatura, negros de piel, torso desnudo, pertenecían precisamente a esa famosa guardia sudanesa de la que tanto se hablaba. Efectivamente, ellos se ocupaban de los heridos. Sus sables relucían y quemaban los ojos como relámpagos. ¡Y se paseaban por el campo de batalla con la misma tranquilidad que si estuvieran en un campo de trigo! Segando las cabezas.

A medio camino, el grupo que subía por la ladera se detuvo, una bala de cañón mataba a dos peregrinos. Desde el campamento los demás les gritaban: ¡volved, imbéciles, volved, por

Jesucristo! Han pregonado una tregua. —¿Qué tregua? Están rematando a nuestros heridos. —Están en su derecho. El grupo empezó a darse la vuelta arrastrando con ellos a los dos peregrinos con las piernas rotas. ¡Ver de tan cerca a los sudaneses y pensar que no podían matar ni a uno solo! El Picoso, resoplando como un toro, iba al lado de Lamberto. ¡Esos perros, esos bandidos, que el diablo los desollé vivos!

Estaba enfermo de ira, poco le faltó para emprenderla a hachazos con sus camaradas. Lamberto le dijo: Amigo, has demostrado muy bien tu valor, ¿para qué dejar que te maten por nada? —

¿Qué tregua? Cuando nos están tirando balas de cañón. ¿Qué tregua?... Los hombres recobraban el aliento, limpiándose el sudor que les corría por la cara. ¿Y Baudry? —Ese, dijo el Picoso, ese seguro que ha vuelto al campamento desde hace mucho tiempo.

Más tarde, lamentó amargamente estas palabras. Pues las máquinas, en la muralla, empezaban a lanzar de nuevo las balas; y esas balas de cañón, que caían a veinte pasos de donde los hombres se habían detenido, iban a buscarlas a reserva de recibir otras sobre la cabeza. Las recogían y se las llevaban entre dos o tres envueltas en una capa. Se hubiera podido hacer con

ellas un batallón.

En el campamento, a la hora en que el sol se pone rojo, contaban los heridos; aparte los quemados, casi todos podían curarse, los heridos graves habían quedado en el terreno. Nadie sabía cuántos hombres habían perdido, unos decían ochocientos, otros, más de mil. Muchos. Demasiados para un asalto inútil.

Entre las cabezas cortadas, había muchas que nadie podía reconocer, pues tenían la cara deshecha; las máquinas de tiro egipcias eran muy potentes y el suelo muy duro. Otras cabezas se las podía reconocer todavía, como la de Baudry.

Fue un golpe muy duro para las gentes de Arras, pues todos querían al albañil más de lo que ellos mismos se creían. Con otra cabeza que podía ser la de Bernier, la colocaron sobre un trozo de tela más o menos limpio y todos los amigos fueron a saludarlos. La cabeza de Baudry, una vez lavada la sangre, amarillenta y azulada, tenía los ojos medio abiertos y a pesar de las magulladuras de la nariz y de las mejillas tenía un aspecto apacible; en medio de la barba negra de sangre, los labios abiertos parecían que se había quedado en una palabra de paz. Era cruel mirar esa cara estropeada donde las huellas de la belleza pasada surgían

como de un espejo roto. Se creían que tenían la vista empañada.

Santiago dijo que ahora recordaba que, desde el pie de la escala donde estaba, había visto a Baudry subir hasta arriba del todo y allí había recibido un lanzazo y había caído, y todos decían que Baudry había tenido una muerte buena, pues podía decirse que estaba ya en la almena y a punto de entrar en Jerusalén.

Alix se acercó a la tela donde estaban colocadas las cabezas y miró durante algún tiempo, con los ojos fijos como los de una muerta. Por una vez no tenía nada que decir, por una vez no hablaba nada. Pidió a Elías su cuchillo

(pues todos sabían que era el mejor de todo el campamento de Arras), y él se lo tendió en silencio. Fray Bernabé se adelantó y preguntó: ¿Qué quieres hacer?, pues temía que, en un ataque de locura súbita, no quisiera matarse de dolor. Alix dijo, con la voz apagada: Nada malo.

Después se cogió con la mano la trenza izquierda y se la cortó, justo por encima de la oreja, e hizo lo mismo con la derecha. Eran unas trenza bonitas, espesas y rubias, un poco apagadas por el mucho calor. Las puso alrededor de la cabeza cortada, haciendo un círculo como la aureola de un santo. Devolvió a Elías el cuchillo y se quedó durante



mucho tiempo al lado de las cabezas, de rodillas, murmurando en voz baja unas oraciones. Con la cara grave como la de un niño.

Fray Bernabé no lloraba. No quería tampoco llenarse los ojos con el objeto cruel que para él era la última imagen terrestre de su amigo. Pues estaba viendo el cuerpo grande y noble de Baudry extendido en un ataúd negro, con una camisa blanca, tres cirios en la cabecera y una cruz entre las dos manos juntas. Veía el rostro apacible, claro y liso, veía los ojos de párpados abombados, cerrados sobre un sueño feliz y oía el canto grave de las voces monacales, *libera me Domine de morte*

*aeterna*, veía un cuerpo sereno semejante a esa gran alma serena, así estaba Baudry dormido en el seno de Abraham esperando el día del Juicio Final.

Su cuerpo no volverá a levantarse en la noche para reclamar su cabeza, el mismo Dios se encarga de vigilar por los cuerpos de los mártires. Hermano. Todas las cabezas cortadas están colocadas al pie de la montaña santa, al pie de la Cruz.

La noche caía, dolorosa como una vigilia mortuoria. El día siguiente sería un día sin agua, un día de un cuarto de pinta, la fuente de Siloé no daría jamás bastante agua para abreviar en un día a

más de veinte mil almas, más los caballos y el ganado. En ese país no llueve jamás en verano.

En Jerusalén tienen fuentes. Y cisternas.

Han bebido todo el vino.

Hay más de veinte mil personas que no beberán nunca más, ¿nos hemos vuelto más ricos? Di una oración al beber el trago del camarada muerto.

¡Qué día de sangre! Esta noche apenas piensan en ello, pero mañana se acordarán.

No había bastantes escalas y los infieles se han burlado de nosotros. Nos han rociado con pez hirviendo y ni siquiera podíamos replicar con flechas.

¡Oh, Jerusalén si yo te olvido!

Jerusalén amarga y dura.

Pues en Antioquía era fácil fabricar en dos días cantidad de escalas necesarias, pero en este país ni siquiera hay bosques. Esa gente se defiende tan bien que habrá que prepararse durante mucho tiempo para un nuevo asalto.

Los cristianos del país estaban allí y contaban que en Jerusalén el miedo era grande y el furor de los emires también era grande: esos perros decían que jamás habían visto un ejército tan intrépido y que los cristianos francos estaban poseídos por el demonio y eran más indiferentes ante la muerte que los sudaneses, y que si el visir tardaba en

enviar refuerzos la ciudad no resistiría. —Seguramente ni siquiera saben lo que es la sed.

Muchos cristianos sirios y griegos bajaban por la noche hacia las zanjas por medio de cuerdas e iban al campamento de los francos, pues tenían miedo de la ira de los musulmanes. A la mañana siguiente el ejército tenía que alimentar cien bocas más, entonces les decían: id más lejos, id a los pueblos cristianos, id a Belén que ha sido liberada ya, sabéis muy bien que los egipcios han envenenado todos los pozos. Pero ellos querían quedarse, tenían miedo de aventurarse por unos caminos por donde erraban bandas de

beduinos.

Ánimo cristianos, si la ciudad no ha sido liberada para el día de san Juan, seguramente lo será antes de la Asunción, si habéis esperado tres años, ¿qué son para vosotros unas semanas?

Dios ha permitido esta derrota para daros tiempo de que os purifiquéis y os preparéis como es debido para el día del gran encuentro.

Los sacerdotes explicaban estas cosas a los soldados que escuchaban con temor, pues ningún hombre no es más pecador que el soldado. Pero los peregrinos pobres murmuraban y decían que entre ellos no había tantos corazones impuros, que hasta los criminales se

habían arrepentido sinceramente, no veían de qué manera podían purificarse más. Pues el sufrimiento es tanto ocasión de pecado como de penitencia.

¡Temed, hombres presuntuosos, que Dios no os envíe la peste para castigaros de vuestra arrogancia! Llegamos al final. Pensad que la tierra por donde andáis ha sido tocada tal vez por los pies del Señor, aquí no os puede pasar nada que no sea bendición, excepto el pecado.

Los barones mandaban pregonar la separación de los campamentos: había que rodear la ciudad, cosa que no era pequeña, había dos leguas de murallas o mejor dicho de fosos; la ciudad estaba

completamente construida sobre unas colinas y rodeada también de colinas. Antes que nada se trataba de bloquear todos los fondos de los valles con los cuerpos del ejército, montar los campamentos en las laderas y elegir los lugares mejores para la construcción de máquinas de asalto. Así pues, los provenzales rodeaban la ciudad para instalarse por la parte de la torre de David, mientras que los franceses y los normandos se quedaban en el lugar en que estaban ya y extendían su campamento hacia el este. Aquí, se trataba menos de cavar zanjas que de edificar trincheras y atalayas en la cima de las colinas. A los obreros les



prometían doble ración de agua, a todos, cruzados y cristianos del país. Los barones se encargaban en persona del abastecimiento de agua para evitar las injusticias: si había que pagar el agua los pobres corrían el riesgo de morir de sed. En dos días fueron instalados los campamentos, rodeados de muretes, todos los caminos cortados salvo los que llevaban a Jaffa y a Belén.

Cada campamento debía subvenir a las necesidades de su convoy de agua, el agua recogida debía ser repartida por los jefes, pero todos los hombres que trabajaban recibían su ración de agua en el lugar del trabajo. En el ejército escaseaban los obreros, por eso

reclutaban franceses, bretones, provenzales o sirios e incluso mujeres; y hasta terminaban por obligar a los arqueros a llevar las piedras, ¿qué harían si no?, a los arqueros no se les pagaba para eso pero se sometían. Si el campamento no estaba protegido y llegaba el ejército egipcio, ya no habría ni arqueros ni picapedreros ni caballeros ni ricos ni pobres.

Cuando los vigías señalaron polvo por el camino de Jaffa, primero creyeron que llegaban los egipcios y, una vez dada la alarma, ¡qué pánico se organizó! Después supieron que solamente llegaba una tropa pequeña. Un correo a caballo llevaba un estandarte con la cruz. ¡Eran

amigos! Saludos a todos, hermanos de Cristo, vuestros hermanos de Génova os envían víveres y refuerzos: ¡trescientos marinos entrenados en el trabajo de la madera! Trabajarán valerosos en el asedio de Jerusalén.

El grupo atravesaba el campamento en dirección de la torre de David, con los caballeros a la cabeza, vestidos con túnicas rojas y llenos de plumas. En unas carretas de seis ruedas llevaban máquinas de tiro, cajones con herramientas, rollos de cuerdas más anchos que ruedas de molino, y grandes cantidades de barricas y de tinajas de barro que sólo con verlas la gente daba gritos de alegría. ¡Buenos cristianos,

Dios os envía, he aquí el verdadero milagro de la caridad! Los marinos iban andando a lo largo del convoy, vestidos con uniformes de colores vivos y con turbantes o cascos de todos los países en la cabeza.

He aquí el milagro de la caridad; que una tropa pequeña haya podido atravesar todo el país, desde el mar hasta aquí, ¡y llegar con un convoy semejante intacto! Desde el campamento de los pobres las mujeres llegaban corriendo y casi se echaban en los brazos de los marinos. Benditos seáis en nombre de Jesucristo, italianos valientes, ¿es agua o vino lo que transportáis en esas barricas?

¡Por amor de Dios, hermanos, una barrica para nuestro campamento, tenemos niños y heridos! y el conductor de la carreta decía que estaba de acuerdo en vender esa barrica, el agua era para todo el mundo, tres soles genoveses la barrica. Las mujeres daban gritos, ¿quién podía pagar tanto? Desde Arca se pagaba el trabajo en víveres, ¡las gentes habían vendido hasta sus cinturones y sus amuletos! Y rodeaban la carreta y le impedían que avanzara, reclamando la barrica de agua, ¡malos cristianos, nosotros hemos hecho otra cosa muy diferente al transporte de agua sin reclamar ni un céntimo! Sólo una barrica para nuestros hijos pequeños

que se mueren de ser y se muerden las manos.

¡Malditos sean los italianos, son peores que los judíos, romanos hijos de Poncio Pilato! ¡Cojámosela a la fuerza, cojámosle dos, llamad a los hombres llamad a los soldados, hermanas, amigas, esas gentes venden por tres soles la vida de nuestros hijos! Y se organizó una pelea, pues las mujeres tiraban piedras y los soldados las rechazaban a golpes de lanza, los hombres llegaban con palas y picos diciendo que estaban atacando a sus mujeres.

El caballero de guardia a la puerta del campamento por mando cargó a la

multitud con la lanza hacia abajo, las mujeres se dispersaron como gorriones. Los italianos decían que preferían morir que ceder a los insultos y a las pedradas y que no tenían orden de malgastar el agua. ¡Descreídos, ojalá padezcáis sed toda vuestra vida!, ¡id a que os rocíen con pez hirviendo, entonces veréis si merecéis beber! Este agua la envía Dios a los pobres. Total que el caballero terminó por ordenar que dejaran en el suelo una barrica de agua y mandó que soltaran la carreta. Los italianos, muy descontentos, decían que en ningún país habían visto tales desórdenes ni mujeres tan insolentes; y no era por falta de haber visto a gente que tenía hambre y

sed.

En el campamento de Arras se hablaba de elegir a un hombre para reemplazar a Baudry. Pues para el reparto de víveres, la distribución del trabajo, las tareas y el mando en caso de batalla, fray Bernabé no daba abasto y por otra parte estaba enfermo. Decía que no veía a nadie capaz de reemplazar a Baudry y que mejor sería unirse al campamento de los picardos de fray Imberto, que era un santo hombre, y donde todos obedecían a su primer adjunto, Juan Marcos. A esto los hombres de Arras contestaban que gracias a Dios habían llegado hasta Jerusalén sin tener que someterse a las



gentes de Lille o de Roubaix, y que entre los hombres de fray Imberto había ladrones juzgados y marcados y que sólo podían entenderse bien entre verdaderos amigos.

Total que muchos hombres decían que había que nombrar jefe al Picoso, pues entre los de más de treinta años él era el más fuerte y el más valiente.

En este momento fray Bernabé se puso en pie, los dientes le rechinaban de ira y con tanta fuerza que no podía hablar. Al final dijo que jamás toleraría semejante herejía, ni que nadie osara hablar de poner en el lugar de un hombre justo como Baudry a un asesino y a un pecador público. ¡Sería lo mismo que

elegir a Mardoche!

Los amigos del Picoso se levantaron a su vez y Elías se adelantó hacia la hoguera. Yo también, por una vez, dijo, quiero hablar. Fray Bernabé dijo: ¿Quién te lo impide? Tus palabras son tus jueces. —¿Por qué, dijo el Picoso, por qué fray Bernabé no dejasteis que me colgaran en Belgrado, si es para echarme en cara a todas horas mi pecado? Cuando terminó de decir esto todos sus amigos lo aclamaron en señal de aprobación.

Elías levantó el brazo para mandarlos callar. —Y también os diré, fray Bernabé, que en toda justicia mis pecados no son los míos sino de los de

Dios, pues si yo no hubiera tomado la cruz nunca me habría convertido en un asesino ni en un adúltero. De los pecados de los cruzados sólo hay que censurar a Dios, pues, como suele decirse, la ocasión hace al ladrón. ¡Para esos pecados Dios ha prometido de antemano el perdón a los que libren a Jerusalén!

Nunca, dijo fray Bernabé, he oído un discurso tan estúpido. Eso no, pues yo soy quizá estúpido, pero hoy es Jesucristo quien me hace hablar. ¡Pues en verdad yo os digo que hay más alegría en el Paraíso por un hombre como yo que por diez hombres como vos y como Baudry, que Dios tenga su alma,

pues yo soy un pecador arrepentido! Por mis pecados tengo tanto pesar que no podéis saberlo pues no los habéis cometido.

—De tu arrepentimiento, dijo fray Bernabé, acabas de recibir la recompensa en este mismo momento y Dios no te contará el mérito ni en este mundo ni en el otro. Y nada más, sino que todos los que estáis aquí, sabed que, mientras yo viva, jamás esta especie de Barrabás llegará a ocupar el lugar de Baudry.

Entonces Alix se levantó a su vez y dijo que fray Bernabé se equivocaba, el hombre que sabía chillar y golpear mejor era el mejor jefe y que para la

batalla como para el trabajo el Picoso sabía hacerse obedecer. —¿Cómo es posible? ¿Eres tú quien pide que Baudry sea reemplazado por su enemigo?

—A Baudry, dijo Alix, le da lo mismo ahora quiénes son sus amigos y sus enemigos. Si alguien ha hecho algo para salvar a los heridos abandonados en la muralla, es precisamente el Picoso. Si más hombres le hubieran seguido, tal vez Baudry no estaría muerto ni muchos otros camaradas.

—¡Putá!, dijo fray Bernabé con tristeza. Vuestros verdaderos jefes son Mahoma y el papa Calixto, pues muchos son los llamados y pocos los elegidos.

—¿Quién de entre vosotros,

preguntó fray Bernabé, quisiera ver al Picoso ocupar el lugar de Braudy? Que quienes estén de acuerdo se levanten. Y ocurrió que contra el Picoso no había más que diez hombres, de los cuales tres viejos y enfermos. Hasta el mismo Elías quedó sorprendido. —Está bien, dijo fray Bernabé, esta misma noche pasaremos al campamento de los picardos. Si entre nosotros no hay hombre mejor que el Picoso es justo que obedezcáis a un tejedor de Lille, y eso que Juan Marcos es todavía un jefe demasiado bueno para vosotros.

Fray Bernabé se fue seguido de san Juan que no sentía ninguna simpatía por Elías. San Juan suspiraba tristemente

con la mirada fija en sus manos que temblaban. Fray Bernabé se volvió y le dijo: ¿Qué haces aquí? —Os tengo simpatía. —Gracias. No serías un mal muchacho si no te tomaras por san Juan, que Dios te perdone. —A lo mejor también vos sois un santo apóstol. —¡Ja, ja! ¿Cuál?

—No lo sé. Tengo la vista turbada. Pero una vez que hayamos entrado en Jerusalén todos nos reconoceremos. —Oye muchacho: vamos a unirnos a los picardos de fray Imberto y te aconsejo que hables menos allí. Fray Imberto es suave como un corderillo, pero Juan Marcos te acusaría de herejía.

Fray Imberto y Juan Marcos

decidieron que en efecto era mejor vivir juntos y repartir la cocina y los trabajos olvidando todas las envidias pasadas, pues en estos momentos ya no había ni artesianos ni picardos, ni campesinos ni tejedores. Es necesario que podamos equipar nuestro propio convoy de agua.

Juan Marcos era un hombre razonable y sabía calcular de prisa. Los dos grupos juntos, contando los niños, seremos un poco más de doscientos. Si equipamos una carreta con seis hombres para tirarla y dos hombres armados, será posible transportar hasta cinco barricas; cada tres días. La mitad del agua nos saldrá por el precio del trabajo. Vosotros tenéis una buena carreta, hay



que vaciarla y prepararla para mañana, que a la estrella del Pastor los hombres estén preparados para seguir al convoy. Muy bien, dijo fray Bernabé, ¿y quién dirigirá el reparto? —Yo, dijo Juan Marcos, pero estaréis a mi lado para vigilar: para que vuestros hombres no se escandalicen.

Aquella noche las gentes de Arras acercaron sus carretas y sus toldos a las de los picardos, cosa que alegró mucho a los niños, pues hicieron con sus camaradas su propia hoguera y decidieron dormir todos juntos, después de haber dado cien vueltas al recinto donde estaba el potro blanco. La yegua, extenuada, temblorosa de frío, se

estremecía enteramente en cuanto intentaban tocar a su cría. El potro era bonito, de un mes, bien cuidado, blanco como la leche, con el hocico y la cola rosadas. Era vivo y alegre y, a falta de otros compañeros, jugaba con los niños y brincaba delante de ellos y les empujaba con el hocico. El niño que recibía una caricia del potro se sentía tan orgulloso como si fuera la caricia de un obispo. Delante del potro, de gritones e insolentes que eran, los niños se volvían dulces como la piel. Los chicos se decían que un día, más tarde, en Jerusalén, lo herrarían con herraduras de plata. El potro tenía unos bonitos ojos negros, ¡unos ojos tan bonitos, amigos,

tan bonitos, que ni siquiera la bella Eufemia los tenía tan bonitos!

Los pregoneros del ejército iban reuniendo voluntarios por todos los campamentos para Cedrón y para Nablus, sobre todo leñadores, pero todos los hombres fuertes podían apuntarse. Se les daría de beber por el camino y a la vuelta doble ración, pues tenían ruedas y ejes pero pocos mulos, y tendrían que acarrear leña a lo largo de cuatro leguas por caminos malos, y darse prisa. Pues ¿cómo construir torres de combate, aunque hubieran sido los mejores carpinteros del mundo, si no hay árboles? Y de hecho no los había. Ya habían cogido los pocos cipreses que

había en los pueblos abandonados, los olivos eran cortos y retorcidos y justo podían servir para travesaños pequeños, aparte que daba lástima cortarlos, a los cristianos del país les daba mucha pena.

La ciudad estaba más o menos bien rodeada, en pleno calor del mediodía los hombres descansaban y a la caída de las primeras horas frescas se volvían a poner al trabajo: preparaban el terreno para las torres y excavaban galerías, mientras desde lo alto de los muros la guarnición egipcia vigilaba el campamento, pero no podía hacer gran cosa pues el campamento no estaba al alcance de los tiros. Lo que gritaban desde lo alto de los muros no se les

entendía mucho, pero se intercambiaban los mensajes lanzándolos pinchados en las flechas, que eran traducidos y proclamados en todos los campamentos, pues si esos egipcios creían que iban a asustar a sus enemigos se equivocaban completamente. Con sus cartas, leídas y quemadas después, los soldados hacían canciones.

¡Y que vuestro visir venga con sus cien mil hombres y sus doscientos mil, hemos rechazado ya a los turcos y un solo turco vale diez de los vuestros! ¡No nos moriremos ni de hambre ni de sed, Hambre y Sed son nuestras hermanas, las conocemos desde hace mucho tiempo!

¡Los cuervos no nos comerán, somos nosotros los que los comeremos a ellos!

¡Si somos cobardes, acercaos entonces, mostraos, no sabéis más que esconderos detrás de las murallas o rematar a nuestros heridos! ¡No tenemos bastantes lanzas para vuestras cabezas, pero adornaremos con ellas nuestras horcas y nuestros hurgones! Y se las daremos como juguetes a nuestros hijos.

Ellos tienen agua en Jerusalén. Tienen fuentes de agua clara en las esquinas de las calles, tienen cisternas negras y profundas, pozos de agua helada, nos roban este agua que Dios ha hecho para los cristianos.

Al cabo de dos días, los convoyes

de agua volvían. Los hombres eran saludados como salvadores milagrosos, el agua era distribuida en los campamentos y vigilada por los centinelas, agua para tres días, por lo menos, e incluso para cuatro si es posible, sed razonables, cristianos, el obrero merece su salario, hoy los que trabajan en las torres de madera serán servidos los primeros, pues sin esas torres, ¿cómo tomaremos la ciudad?

Juan Marcos hacía el reparto dos veces al día y con él no había manera de regatear. A los hombres les daba el doble que a las mujeres, pero a los niños tanto como a los hombres. Juan Marcos tenía mujer y dos hijos, y las

malas lenguas decían que en eso no había nada de milagroso pues Juan Marcos había tenido siempre vara alta en el reparto de las raciones. Sus hijos eran unos picardos fuertes, rubios de pelo y de cara colorada y buenos obreros (aunque comieran más que los demás, se merecían el pan que se comían). En Antioquía se habían casado con dos armenias, hijas de un cerrajero; y el cerrajero y su mujer se habían ido detrás del ejército, ganados por la piedad de los cruzados. El armenio iba a trabajar a los campamentos de los ricos y siempre volvía con un poco de dinero o de vino.

Hasta el día en que las gentes de



Arras se unieron con los picardos, había habido siempre un buen entendimiento entre los dos grupos; pero una vez obligados a repartir todo, cuando cada vez había menos cosas que repartir, empezaron a mirarse de reojo; los de Arras estaban descontentos pues echaban de menos a Baudry. Muerto desde hacía cuatro días, se había convertido en cualquiera de los muertos de Maarret y de Antioquía, un verdadero muerto pasado del lado de los mártires cuyos lamentos se cantan alrededor de los fuegos de campamento.

*¡Ah! ¡Baudry, el mejor de los hombres!*

*¡Bueno tanto para tus enemigos  
como para tus amigos!*

*¡Desde Arras hasta el Rin, desde  
Colonia hasta Hungría*

*Desde Hungría hasta Belgrado  
y desde Belgrado hasta el brazo de  
San Jorge*

*Hasta la bonita ciudad de Santa  
Sofía!*

*Con valor y bondad y justicia  
Llevabas nuestra compañía,*

*Hermano para los mayores, padre  
para los pequeños*

*¡Que Dios te ame tanto como tú nos  
amabas a nosotros!*

*Tú fuiste nuestro jefe en el  
campamento ante Nicea*

*Y en la gran batalla que sostuvimos  
en Dorilea*

*En la batalla que Dios ganó para  
nosotros.*

*¡Tú que jamás diste muerte a  
ningún hombre,*

*Ningún hombre te ha visto jamás  
retroceder!*

*¡Ah! Baudry, amigo, hermano y  
padre,*

*En el desierto el calor era tan  
fuerte*

*Que de cada diez hombres uno ha  
muerto a causa del sol*

*Otro de cada diez ha muerto de sed,  
Tú que jamás te cuidaste*

*¡Dios ha querido guardarte para*

*nosotros!*

*Ante Antioquía teníamos tanto frío  
Que no sentíamos ni los pies ni los  
dedos*

*Tanto al mediodía como en vísperas  
el cielo estaba negro  
y el agua del cielo caía a ríos y a  
torrentes,*

*El agua fría era el lecho de los  
muertos y de los vivos*

*Tú andabas en el barro a la cabeza  
del convoy*

*Para traernos habas y trigo,  
¡Que lo diga, el que te vio comer  
antes de haber repartido el último  
pan!*

*Alix cortó su bonito pelo rubio*

*Pero no para venderlo a mujer de  
barón,*

*Alix hizo con ellos una rica mortaja*

*Para el que nunca tendrá un ataúd.*

*Sobre la alta muralla de Jerusalén*

*A treinta pies de la puerta de Sión,*

*Sobre lo alto de la muralla un ángel*

*lo ha izado*

*El diablo celoso desde abajo lo*

*hizo caer.*

*Corre hacia adelante Elías el*

*Picoso*

*Con él están Santiago y Lamberto*

*Y Pedro y Gilberto y Marcos y*

*Bernier*

*¡Baudry está herido, tenemos que*

*salvarlo!*

*Los sables sudaneses brillan como  
soles*

*¡Un alma de cada sablazo vuela  
hacia el cielo!*

*Un cuerpo de cristiano ha sido  
partido en dos*

*Y el alma con la sangre sale del  
cuello cortado.*

*No tienen sus cañones ni llama ni  
balas de cañón*

*Pero las cabezas de los santos que  
Jesús ha salvado*

*Ningún daño en adelante les  
ocurrirá*

*¡No llorarán sobre sus cuerpos  
separados!*

*En el día del Juicio serán reunidos*

*¡Las cabezas y los cuerpos se*

*volverán a encontrar!*

*¡Los vivos y los muertos se*

*volverán a encontrar!*

*En el día del Juicio las puertas se*

*abrirán*

*Los débiles y los fuertes juntos*

*entrarán*

*Los ricos y los pordioseros, los*

*clérigos y los barones*

*Los que nos hacen llorar en ese día*

*llorarán.*

*Con sus cabezas nuestros carros*

*ese día se llenarán*

*Pues jamás Jesucristo fue llorado*

*en vano.*

*¡No os ausentéis en el día del gran festín!*

*¡Ah, Baudry!*

*Baudry ese día estarás con nosotros,*

*Baudry de tu bondad nadie estará celoso,*

*¡En ese lugar Jesucristo se dignó morir por nosotros!*

*¡Ah, Baudry!*

*Bien a pesar tuyo nos has abandonado,*

*¡Ni ángeles ni santos sabrán quererte mejor!*

Todos cantaban esto durante las



veladas, las gentes de Arras repetían el estribillo. Los hombres lloraban tanto que les fallaba la voz. María tenía buena voz, estaba de pie y cantaba, tenía arte para inventar la letra. María la de Arras, la más bella de las plañideras, aquella cuya voz hace verter torrentes de lágrimas. Hasta el campamento de los normandos todos cantaban el lamento de Baudry y todos lloraban, pues durante el asalto todos habían perdido a algún amigo.

En pocos días, a causa del calor y de la vista de Jerusalén, en los campamentos estallaron más disputas de las que había habido desde Antioquía. Pues ver Jerusalén tan cerca y no poder

moverse hacía verter a los hombres lágrimas de rabia. Las mujeres trabajan en el trenzado de las cuerdas y la tarea se les caía de las manos de tan cansadas como estaban. El sol parecía haberse parado en el cielo, creían que una hora, dos horas habían pasado, y el sol seguía allí en el mismo sitio. Tan cerca. Jerusalén. Más cerca que las murallas de Antioquía durante el asedio. Esas grandes torres blancas y cuadradas, con buitres planeando sobre ellas, en un cielo más azul que el mar.

Fue entonces cuando Pedro salió de su tienda de campaña para hablar.

Los pregoneros lo habían anunciado por todas partes desde antes del

amanecer. Se había subido a la cima de la ladera, frente a la ciudad, y sus compañeros levantaron un dosel para protegerlo de las quemaduras del sol. Pero él se salió de debajo del dosel y levantó los brazos. La muchedumbre gritaba, primero los pobres, que estaban en primera fila, después los soldados.

*¡Hermanos, Jesucristo se ha apiadado de vosotros!* Él nos dará Jerusalén antes del tiempo de la vendimia. ¡Para que seáis dignos de este honor tenéis que lavar vuestros pecados y recibir el bautismo de la Alianza!

¡Él no tenía ninguna necesidad del bautismo de Juan y sin embargo quiso ser bautizado por Juan en el Jordán!

Bautizados por el agua y el Espíritu aunque pecadores miserables, os llama a Él, hacia el Jordán, a fin de que el agua del río santo renueve en vosotros las promesas del bautismo. Preparaos, tomad el bordón, colocad a vuestros enfermos y a vuestros hijos en las carretas, el camino es largo y duro, los soldados nos escoltarán. Que los que tengan trabajo en el campamento se dividan en equipos y se releven, que nadie sea privado de la gracia del santo Bautismo, que sólo se queden los que no pueden partir sin comprometer la obra de Jesucristo.

A fin de que, purificados y regenerados, seáis más dignos de la

alegría que Jesucristo os prepara.

Estaba tan cansado que, como en otro tiempo a Moisés, dos de sus compañeros le sostenían los brazos levantados en el aire, le sostenían su cuerpo frágil, ligero como el de un niño. Su voz fuerte ahora la tenía rota. De verlo así, con la piel como si fuera de arcilla blanquecina, sus ojos de párpados rojos, su barba del color de la ceniza, todos los que lo querían no podían estarse quietos en su sitio y querían correr hacia él. Todos los sufrimientos de los pobres habían pasado por él como las aguas del diluvio; encerrado en su tienda, había llorado e implorado, consumiéndose

como la lamparilla de un altar delante del Santísimo. Que el Señor nos lo conserve, gracias a él estamos todavía vivos. Pues se han cometido tantos pecados durante estos tres años que jamás, fijaos bien, jamás Jesucristo nos hubiera tolerado sin las oraciones del santo.

*Era pequeño, débil y de apariencia mezquina.* Dios lo había elegido por su pequeñez y por la dulzura de su alma. Ante las calumnias y las injurias nunca elevó la voz.

¡Fijaos bien, amados míos, Jesucristo me hizo ver aguas puras y claras, brillantes como el diamante! Él me indicó el lugar donde él mismo

recibió de manos de san Juan el sacramento del bautismo. Ahora nosotros debemos seguirlo paso a paso por los lugares de su vida terrestre. De la misma manera que habéis visto Belén, el sitio donde nació, y el pozo donde cayó la estrella que guió a los Reyes Magos, ahora iréis así con Él hacia las aguas santas donde Él penetró para llevar a cabo toda justicia. ¡Seréis bautizados con un bautismo nuevo, pues fijaos bien amados míos, entre todos los cristianos os ha elegido a vosotros solos para revivir en vuestra carne la Pasión y llevar a cabo la gran obra de la redención!

En verdad toda la Iglesia es un solo

cuerpo pero de este cuerpo vosotros sois hoy el corazón, no os desaniméis hijos míos, pues el día en que las puertas de Jerusalén se abran ante vosotros, habrá un combate tal en el cielo entre los demonios y los ángeles que os será necesario, para afrontar esta hora terrible, un valor sobrehumano.

Entre los peregrinos había hombres que estaban tan cansados que aunque les hubieran dicho que iban a entrar en el Paraíso vivos se hubieran negado a andar. Había más de diez leguas que recorrer, por caminos descubiertos, ¿qué nos pide que hagamos? Nos moriremos antes de llegar al Jordán.

No creáis que el Jordán está



guardado detrás de las murallas, como Jerusalén, corre entre dos orillas llenas de hierba bordeado de sauces y de encinas, sus aguas santas son más dulces que el agua de los ríos de vuestros países de nacimiento.

Ya nadie creía nada, iban andando todos por el camino ardiente cantando salmos, era difícil creer en ello porque el tiempo se había hecho tan largo que los más resistentes perdían la memoria. Nunca habían visto un país más árido, aparte la travesía del gran desierto, no dos años de eso, sino treinta... Al final del segundo día vieron bosques de encinas, pueblos rodeados de huertos. Pedro cabalgaba a la cabeza, sobre un

mulo blanco, una cruz de madera en las manos, los sacerdotes lo rodeaban, a pie, llevando los estandartes.

Las aguas del Jordán brillaban en el sol de la mañana como el cristal de roca entre las matas de los árboles verdes, las aguas del Jordán corrían lentamente, mojando los bancos de arena y salpicando las cañas. No dejéis a los niños correr solos por ahí, contened a los hombres locos de sed, no es ni el Oise ni el Eure ni el Escalda, pero es el río más santo, el río que para merecerlo la gente ayuna y reza de miedo que les da de que Dios haga justicia a los profanadores.

Que nadie se empuje ni grite, que los

jefes de grupo dispongan a sus hombres a lo largo de la orilla, que los sacerdotes se preparen a oír las confesiones. Ningún hombre debe acercarse al agua santa sin haber sido liberado de sus pecados.

En verdad, si Pedro no hubiera recibido de Dios este buen consejo, la mitad del campamento de los pobres se hubiera convertido en un cementerio: pues los convoyes de agua traían el agua justa para que bebieran los caballos, los soldados y los carpinteros, de tal forma que ni siquiera había agua bastante para los bueyes, y los animales reventaban a docenas.

Y del agua que los peregrinos

recogían con el sudor de sus frentes, la intendencia del ejército se llevaba más de las tres cuartas partes, diciendo que los que trabajaban por la causa de Dios deben ser servidos los primeros, lo que era justo, pues con un calor semejante trabajar en el transporte de madera, en la tala de árboles y en el aserramiento de los maderos era tan duro que ningún hombre hubiera podido hacerlo sin beber por lo menos cuatro veces al día. El trabajo avanzaba tan de prisa que los griegos y los sirios se extrañaban: ¡realmente, Dios y los santos trabajan con esa gente! La torre de madera del conde de Toulouse era un verdadero castillo, en una semana habían terminado

el primer piso y desde todo el campamento se podían ver los andamios y las cuerdas y las poleas, los equipos de obreros trabajaban con tanta coordinación que hubiera podido parecer un ballet muy entrenado, ni un martillazo se perdía, ni una orden había que gritarla dos veces; y al revés del milagro de la torre de Babel, los hombres comprendían los idiomas desconocidos y los italianos se hacían obedecer de los brabanzones ¡sin tener necesidad de intérpretes!

...He aquí lo que haremos, hermanos: purificados y recuperados por las aguas santas donde Jesucristo fue bautizado, los más fuertes de entre nosotros

volverán al campamento, para que sus camaradas que trabajan en los castillos de madera puedan a su vez ser bautizados. No es justo que nosotros gocemos de las delicias de este agua santa y pura y que privemos a nuestros amigos de esta dicha.

Viendo tanta agua fresca se podía comprender lo que sería el Paraíso.

A todo lo largo de la orilla, sobre una media legua, entre los árboles y los matorrales, habían plantado a toda prisa unos campamentos, con las tiendas hechas con ramas y follaje como las de los hebreos en las fiestas de los tabernáculos. Y toda la orilla resonaba con los cantos.

En los bancos de arena unos grupos de hombres desnudos, medio echados dentro del agua, se frotaban la piel con unos trozos de cortezas y se metían en el agua corriente la cabeza con el pelo frotado con cenizas templadas. Y tanta suciedad había sobre las aguas del Jordán que el río hasta la mitad del lecho estaba cubierto de escamas grisáceas y de espuma amarilla.

...¡Y todos los que estén vivos todavía morirán para resucitar todos juntos! Así los vivos no estarán celosos de los muertos ni los muertos de los vivos, sino que todos serán uno solo en Jesucristo.

Fray Imberto, si es así, ¿por qué

Dios hace vivir tanto tiempo a los leprosos, a los ciegos, a los niños pequeños y a las mujeres viejas, a todos los que no pueden combatir y son más bien una carga para el ejército? Quieren ver Jerusalén con los ojos de la carne.

Por eso lo verán. Y cuando el último pagano haya desaparecido y una vez sea purificada la ciudad, entonces empezarán los milagros: el sol se volverá negro y del cielo bajará fuego. Y todos morirán y se levantarán a la vez: los pecadores para ser juzgados y los santos para ser salvados. Fijaos bien, cuanto más tiempo vivan los hombres, más duro será su martirio y más posibilidades tendrán de ser absueltos



en el día del Juicio. Fray Bernabé no creía en estas predicciones. Pedro no anunciaba nada semejante, por lo menos para unos tiempos tan cercanos. Había dicho desde luego que Jerusalén sería tomada antes de la vendimia. Pero ¿quién habla todavía de vendimia si el fin del mundo está tan cerca? Y aunque los milagros anunciados por las Escrituras ocurrieran con la rapidez de un relámpago, seguramente que unos signos precursores se hubieran observado de una manera más clara. — *No sabéis ni el día ni la hora. Ese día llegará como un ladrón en medio de la noche.*

Es extraño vivir —y estar ahí,

sentado en la orilla al lado de un sauce podrido cuyo follaje cae como una tienda sobre el agua negra y azul que gira en ligeros remolinos— estar ahí, tan cerca del agua que basta que uno se incline y tienda la mano para mojarla y podérsela pasar chorreando de agua por la frente... Y oír tantas voces que cantan unos cánticos. Y oír río arriba en los bancos de arena los gritos y las risas de los niños y los chapoteos en el agua y ver todos esos cuerpos delgados y desnudos brincar en el agua azul y salpicarse proyectando a su alrededor chorros de agua viva. Y pensar: dentro de dos semanas si Dios quiere todo habrá terminado y esta tierra no existirá

más. Y todos esos cuerpos, y ese sauce y ese río y ese cielo tan azul y la orilla de en frente con sus arbustos de avellanos y sus cañas, como en un relámpago hecho de mil soles la tierra será quemada. Y hacia el valle de Josafat cerca de Jerusalén se arrastrarán desnudos, cubiertos con su carne blanca recién resucitada, los miles y cientos de miles de resucitados.

Y Jerusalén purificada se levantará bajo un cielo sin sol, con sus torres y sus puertas derretidas por el fuego del cielo, su piedra vulgar convertida en gema resplandeciente. ¿Qué hombre puede creer eso cuando se le dice: dos semanas o tres? ¿Qué carne no

retrocedería de miedo? Pues morir parece poca cosa si se sabe que nada cambiará y que todos los días el sol aparecerá.

Ánimo dijo fray Imberto, veréis la victoria de los nuestros y tocaréis con vuestras manos el Santo Sepulcro. El fuego del cielo descenderá en primer lugar sobre los que están en Jerusalén a esta hora, apenas hayan saboreado la muerte y ya sus cuerpos serán renovados.

—Yo creo en eso, dijo fray Bernabé.

—Poco importa creer. El Señor no nos pide más que vigilar y ser fieles.

Las delicias de las tentaciones carnales, pensaba fray Bernabé. Para

ciertas almas vale más morir de sed que convertirse en esclavos del agua. Nada más que un deseo: ¡que estos días duren mucho tiempo, que el tiempo se detenga! Señor, Señor, el río santo donde fuisteis bautizado, ¿puede llegar a ser una tentación carnal?

Por todos esos niños, por todas esas mujeres abrumadas, por todos esos hombres de piel arañada, la tentación se me agarra a la garganta, pues sus cuerpos se han convertido en mi cuerpo, cada risa de un niño es una tentación para mí ¡estoy tan cansado! No les quitéis esta alegría demasiado pronto. No tenemos bastantes odres y barricas, ¿qué podremos llevar a Jerusalén? —

Pues tendremos que volver para que otros puedan relevarnos y purificarse a su vez, no hay que olvidarse de los demás, es preciso que tengan tiempo de hacer el viaje y de ser bautizados y de volver antes del gran asalto.

Oír correr el agua entre las hojas del sauce. Los beduinos no nos atacarán, el campamento está bien vigilado, tenemos costumbre de vigilar bien los campamentos. Dios lo sabe, hasta los paganos, hasta los turcos se avergonzarían de enviar un ejército para impedir a las pobres gentes descansar a orillas del agua.

La gente se lavaba. Una piel quemada, curtida por diez capas de

sudor mezclado al polvo y a la arena, se deshacía poco a poco, se ablandaba en el agua; y las costras de las llagas y la miseria se iban con ella. Y el pelo frotado con arena y con ceniza, y mojado y vuelto a mojar y aclarado, se convertía poco a poco en un pelo bonito, rubio y ligero, verdadero pelo que no está pegado a la cabeza como si fuera un parche, y lo volvían a aclarar más por placer, y les chorreaba agua a lo largo de todo el cuerpo.

Los grupos de niños alborotaban como una bandada de enormes pájaros rosas, por todas partes se oían gritos y risas estridentes y los chapoteos y las cascadas de agua brillante salpicaban en

todas direcciones y los rebotes de los guijarros en el agua azul formaban largos círculos dorados. Desnudos como en el día del bautismo —¡eh, Bertina, no es nada feo lo que tienes en el pecho! —!No te dé asco, Mardoche, parecen dos forúnculos! Bertina protegía con el brazo izquierdo sus dos pechos, dos higos gordos y blancos con puntas rosas, ¡impúdicos, no miréis!, ¿os miro yo las cosas que os cuelgan? —Eres una chica, Bertina. —No. Tengo el pelo corto.

Bertina tiraba al arco tan bien como los chicos. Con una rama de sauce les enviaba agua a la cara. Se había puesto muy guapa, su pelo dorado le caía a rizados por las sienes, los ojos de lechuza



le parpadeaban entre unas pestañas amarillas. —¡Eres una chica, Bertina! —Igual da.

—No. Una chica puede ser violada. —¿Y qué? Los chicos también. Los turcos lo hacen. Mardoche retrocedía, con la boca abierta. No es posible. ¿Cómo lo harían?... —Pues sí, decía Bertina, pues sí: meten a los chicos en un baño encantado y los convierten en chicas. Después hacen lo que quieren con ellos. —Fanfarrona. Mentirosa. Bertina es un chico raro, con su cintura demasiado fina. —Yo te lo digo, no es nada feo. —¡Fornicador! Bertina se hundía cada vez más, donde el agua es profunda y no se le veía más que la

cabeza, colgada sobre un cuello fino, la cabeza como cortada y flotando en el agua turbia.

¡Qué ruido hacen esos hijos de Belial! ¡En el río santo! Las mujeres, arrodilladas delante de las tablas de unos carros, golpeaban la ropa, vueltas repentinamente a otra vida, a una vida donde había lavanderas y lavaderos. Sólo que esa ropa resistía mal los golpes y se rompía fácilmente, de tan podrida como estaba por el sudor y la sangre. Lanas de albornoces viejos, tela de saco, algunas camisas más finas que venían del saqueo; habían recogido caritativamente toda la ropa de los hombres bautizados, que se paseaban

descalzos por el agua justo con un cinturón de follaje alrededor de los riñones. Quedarán bonitas esas bragas cuando se hayan secado. No tenemos ni aguja ni hilo.

A pesar de lo que decían, las mujeres seguían lavando, harapos por harapos, que al menos estén limpios. La suciedad se deshacía en la ropa, se convertía en barro viscoso y maloliente. ¿Es decente llenar el río santo con tanta suciedad?... —No temáis, amigas, Jesucristo nos perdona nuestra suciedad, el Jordán se la llevará a la mar salada. —Sacerdotisa. ¿Qué hay sacerdotisa? ¿Todo sigue igual? La sacerdotisa agarraba la ropa con las dos manos y la

aplastaba contra la tabla. Le daba miedo soltarla, le parecía que el agua que sentía bajo sus manos era un mar sin orillas y sin fondo. —Claro, el bautismo no me ha hecho nada. Tal vez en Jerusalén... La mujer de Juan Marcos decía: No hay que preocuparse por lo que dice la gente.

—Me importa un bledo, dijo la sacerdotisa. ¡Me importa un bledo, tía Ludivina, sea quien sea quien lo diga!

—Los nuestros, dijo María, no han dicho nunca nada. Sin fray Bernabé algunos picardos encontrarían a quien hablar. —Yo no les escucho, dijo la mujer de Juan Marcos. Tengo las orejas llenas de cera.

—Yo soy muda, dijo María. En Jerusalén ya veréis cómo hablaré.

—En Jerusalén, hija mía, se hablará de otra cosa.

La sacerdotisa lloraba. ¡Tener lágrimas en los ojos y ni una gota de luz! No era bonito lo que decían los picardos. Y la mujer de Juan Marcos la primera. Decían que Dios la castigaba por su sacrilegio y que era una señal para que los curas guardaran el celibato y no fueran causa de escándalo. Así pues, fray Bernabé había dicho a Lamberto: Sufre con paciencia, no hemos llegado a Jerusalén para roernos el corazón con esas historias de comadres de pueblo. —¿Entonces tengo

que dejar que traten a mi madre de puta?  
—Es una señal, muchacho. Piensa que los paganos tratan así a la Virgen. Cuando refrescaba, los hombres, frescos y alegres, volvían al trabajo: excavaban zanjas, construían empalizadas, así los que vinieran después para bautizarse encontrarían el sitio preparado. En dos días la orilla del Jordán había tomado ya el aspecto de un campamento, con zanjas y terraplenes y montones de ramas cortadas y astillas y troncos de árboles recientemente cortados. Y las manchas negras de las hogueras apagadas y las cabañas de ramaje y el suelo pisoteado y lleno de barro. Los hombres cantaban mientras trabajaban y

se secaban con la mano las gotas de sudor fresco y transparente que les corrían por la cara; estaban como resucitados, con la piel que al fin respiraba, liberada de la suciedad. Esto les daba tanto ánimo que querían excavar una verdadera zanja, que comunicara con el río para que se llenara de agua, oye, si vienen con caballos y camellos saltarán por encima... No, vamos a poner estacas en el borde, vamos a reforzar el borde con piedras grandes, los caballos se empalarán encima si quieren saltar.

Hubo más árboles cortados en este lugar durante esos tres días que en mil años. Por más que los sacerdotes decían

que probablemente era pecado, no había nada que hacer. Aquellos hombres hasta en el Paraíso empezarían por levantar un campamento atrincherado. Todos saben muy bien que hay bandas de beduinos y de árabes. Tenemos mujeres y niños.

Estamos tan bien aquí.

Por la noche refresca, pero no hace frío, se oye el río que corre y chapotea contra los guijarros y las cañas; se oye los peces que saltan en el agua, se ve las hogueras del cielo que se reflejan en el Jordán y la luna que se hunde en él suavemente. En unas balsas pequeñas las mujeres y los chicos pescan a la luz de una antorcha y los cánticos cantados en sordina se oyen entrecortados por los



gritos de los pájaros nocturnos se duerme poco pues hasta la noche bulle de vida, los hombres casados se reúnen con sus mujeres para una nueva noche de bodas (aunque sea un pecado, Pedro les había recomendado que fueran castos) y, Dios les perdone, los hombres no casados buscan a las muchachas o a las viudas, francesas o sirias, pues he aquí una mala razón para que pierdan la cabeza: no se sabe si en Jerusalén serán permitidos estos placeres ni si son muchos los que sobrevivirán al último asalto ni si los cuerpos de carne seguirán siendo lo que eran hasta aquí. La tentación era tan fuerte —porque tenían bastante bebida y porque las

mujeres con el pelo lavado habían embellecido— tan fuerte que los hombres estaban como borrachos, y las mujeres también. Esta vez tendremos un niño, Santiago. —Y nacerá en Jerusalén. —¿Nacerán aún más niños?... —Sí, y no morirán casi nunca. Tendremos una casa bonita con una fuente en el patio. María no pensaba en eso, estaba tan llena de alegría de amor que reía y lloraba en alto, ¡Santiago, tú eres el relámpago y el rayo! Tu pelo, decía Santiago, tu pelo es mejor que el heno recién cortado...

Si es un pecado, María, mañana nos volveremos a lavar en el Jordán.

El Jordán lava todos los pecados del mundo.

Sin pecado, Señor, lavado y bautizado de nuevo, yo no he vertido sangre.

Hoy, pensaba el Picoso, hoy este río está tan negro que podría ser muy bien un río de sangre.

Yo no vi el color de su sangre, era de noche. Chapoteaba tan suavemente como este agua entre las cañas. Y a Elías le parecía que esa gran extensión de agua negra que corría hacia el horizonte negro salía de la endeble garganta de Eufemia. Háblame en griego háblame en árabe, habla a tu amante como el día en que yo estaba bajo tu ventana, ríete de mí, ríete como una tórtola. Yo nunca te quise mal, yo te

amaba, Eufemia. Cada vez que bebo agua es como si bebiera tu sangre.

Como este río la vida de su alma corría por los ojos de Eufemia.

Pensaba que era extraño estar sin pecado en adelante, la sangre vertida no era ya una mancha, sino que era como vino que emborracha sin debilitar el cerebro. Borrado el pecado, yo fui bautizado de nuevo en el río de su sangre. ¿El Jordán? Cada uno tiene el suyo. Como el sacerdote bebe la sangre del Cáliz. Pues es verdadera sangre y la religión nos lo enseña. Jerusalén nos espera, nuestra Novia por el bautizo de sangre.

Vimos sapos tan grandes como

caballos que bajaban de las torres. Tenían colas de serpiente y la cabeza y la espalda cubiertas de ojos brillantes.

Bajaban así, unos detrás de otros, a lo largo de la muralla. Después desaparecían en el foso, entre los terraplenes de tierra mezclados con carroña. Muchos los vieron. Incluso otros los habían visto subir a la ciudad. ¿Cómo permite Dios que tales monstruos manchen Jerusalén? No comprendéis nada, amigos, esos sapos son las almas de los hijos de Belial: cuando se echan la siesta en los días de calor, sus almas salen de sus cuerpos y se pasean por las murallas.

El día de la procesión en el monte

de los Olivos no había nadie, ni clérigo ni barón, que no fuera con los pies descalzos, en camisa, con una cuerda atada a los riñones, y una cruz o una rama de palmera o un cirio en la mano. Todos avanzaban al mismo paso en filas de diez hombres, de tal forma que cada paso golpeaba la tierra con diez mil pies al mismo tiempo, y la roca temblaba.

Todos cantaban. Y desde el monte de los Olivos hasta Siloé y hasta las murallas de la ciudad el aire temblaba como bajo un gran rugido, he aquí al León de Judá que viene a apoderarse de la presa, *el que no cante hoy no cantará en el Juicio Final*. El sol se acercaba a la tierra y convertía la ciudad y las

colinas en una hoguera de luz blanca. El cielo se volvía de un color azul violeta como el mar sobre las rocas. De los mil pies ensangrentados y quemados por la piedra recalentada subía un vapor; a lo largo de los cuerpos corrían arroyos de sudor, pingando las camisas. Rostros y barbas estaban inundados como el cabello de Gedeón.

Ánimo cristianos, no moriréis de sed ya que os queda todavía tanta agua en el cuerpo. Sabe Dios de dónde viene. Ánimo, que ninguno quiera ahorrarse la voz, Dios os devolverá vuestras fuerzas centuplicadas para el asalto.

¡Que sobre este Monte en que Dios derramó sudor de sangre vuestro sudor

se convierta en rocío, rocío de dolor y de fuego, rocío de la vida nueva, pues el día del último asalto está cerca!

¡Oh, Jerusalén, por nuestro sudor, nuestra sangre y nuestras lágrimas te investimos en este día, oh, Jerusalén, con sangre y con lágrimas tú nos estás cerrado hoy, pero mañana estarás lleno de sangre hasta más no poder.

Los que nos miran desde lo alto de las murallas ríen hoy, pero mañana llorarán.

Esto es lo que han hecho: fueron a buscar las cruces de las iglesias y de los cementerios. Se pusieron de pie sobre la torre de David y a lo largo del muro y levantaron las cruces santas en el aire. Y



se pusieron a bailar y darse golpes en el trasero con esas cruces; y golpeaban las cruces contra las almenas y les daban capirotazos y las escupían, y después se abrían la ropa por delante y meaban sobre ellas. ¡Vuestro Dios, perros infieles, se deja insultar y no dice nada! No es más que un pedazo de madera.

Y la procesión se había detenido y los hombres gritaban y las mujeres lloraban a gritos; ¡deteneos, deteneos, descreídos, por amor de Dios, no sabéis lo que hacéis! Aquel día no había ni flechas, ni manganas en acción, era un día de tregua, un día santo.

Y he aquí que Amoldo (tenía una voz como la trompeta de un arcángel, que

Dios lo bendiga), Arnoldo que en la cima del monte de los Olivos estaba a la puerta del convento con los obispos, se puso a gritar: ¡Peregrinos, que este sea el último insulto y la última vergüenza! ¡Hemos visto esto con paciencia pero no para perdonarlo!

¡Dejad los lloros para las mujeres! Ved cuánta necesidad tiene Jesucristo de vosotros, no faltéis a su venganza.

Veis muy bien que no son hombres. Que nos bombardeen con las cabezas de nuestros amigos antes que hacer un ultraje tal al muy bueno, al muy puro, al mejor de todos, a nuestro único Amigo!

¡Maldición a los que ahora reís, pues después lloraréis! Ni uno sólo de

ellos quedará vivo, no perdonéis ni a las mujeres ni a los niños pues es una raza de basiliscos. De una serpiente no puede nacer más que una serpiente.

Ellos son hoy el rico avariento, guardándose para ellos el Tesoro sin precio, y nosotros el pobre Lázaro muriendo de hambre y lleno de llagas. Se aprovechan de las riquezas terrestres, de las fuentes y de los graneros y de los jardines; pero nosotros, cuando los hayamos enviado con su padre el diablo, entraremos en el seno de Abraham y gozaremos de las alegrías celestiales.

¡Malditos seáis, paganos, que cometéis el pecado contra el Espíritu Santo para el cual no hay perdón! No

escaparéis ni por compasión ni por promesa de rescate pues ¿para qué nos serviría el rescate? ¡Después de vuestra muerte os cogemos todo, vuestra vida no vale un pimiento, no queremos vuestros dones, vergüenza a quienes os concedan el perdón!

En la muchedumbre los hombres gritaban: ¡Bien hablado, Arnolde! ¡No se vende a Jesucristo! Aquel día el monte de los Olivos quedó mojado con el sudor y la sangre de los cristianos, muchos hombres se desollaban las rodillas y las manos contra las piedras, y se desollaban los labios besando el suelo rocoso. Así, quedaron allí hasta que refrescó, hasta la hora en que en

Jerusalén los sacerdote paganos se ponen a llamar a los hombres a la oración.

Aquella noche, el conde de Toulouse hizo una buena acción que en otro tiempo le hubiera valido la alabanza durante mucho tiempo (pues en aquellos tiempos cada día contaba como dos semanas, ocurrían tantas cosas que al día siguiente se había olvidado ya la víspera). Mandó comprar a doble precio las barricas de agua que habían llevado la víspera los genoveses; y sus sacerdotes recorrían todo el monte de los Olivos y el fondo de los valles donde la muchedumbre de peregrinos descansaba de las fatigas del día; y

distribuían el agua en unos vasos grandes, vertían el agua en la boca de los que no podían moverse y echaban agua a la cara de los hombres desvanecidos. Los que bebían dos tragos de este agua se sentían reconfortados como si hubieran vaciado una copa. Pues en el monte de los Olivos hasta el agua traída de Jaffa se convierte en una imagen del agua viva de la que hablan las Escrituras. Amigos, ánimo, dentro de poco, en Jerusalén, beberéis en fuentes verdaderas, aquellas en que bebieron el Señor y los santos apóstoles. El agua ya no volverá a ser el salario del trabajo.

Las gentes de Arras y de Picardía se alojaban en el otro extremo del gran

recinto, cerca del campamento del duque Godofredo. En las noches frías tiritaban y en el cielo las estrellas también tiritaban, temblorosas, y sus reflejos chocaban entre sí como si tuvieran miedo de caer todas a la vez sobre la tierra. Allá arriba en la muralla, las antorchas amarillas estaban rodeadas de un halo azul y la alta torre de madera del duque, iluminada de arriba abajo, llena de obreros que se movían sin cesar, hacía pensar en las forjas del infierno: los equipos de trabajo se relevaban día y noche, y por la noche sobre todo había que estar alerta y guardarse muy bien de los espías y de los incendiarios.

Al pie de la torre, detrás de las pilas

de escalas, reunían los bueyes que iban a degollar a la madrugada, la tierra en este lugar estaba cuajada de sangre de buey y los animales lo olían, por eso en su angustia daban vueltas y más vueltas y se herían unos a otros; a lo lejos se oían sus mugidos y los gritos de los boyeros.

En los campamentos los hombres se acostaban junto a las hogueras o se tapaban con las mantas que quedaban. El agua del conde se había terminado ya y todos se lamentaban, como si se pudiera a la vez beber agua y guardarla para el día siguiente. ¡Qué bien habla, Amoldo, su cordero no ha nacido todavía y ya él lo ha esquilado, ha hilado la lana y ha



tenido la tela! Se cree que así, de un día para otro, vamos a entrar en Jerusalén y ya está repartiendo el botín.

No, amigos, no es un hombre como Amoldo quien será un buen profeta, pues si un sacerdote incita a la matanza y al pillaje, ¿qué dirán los caballeros? La victoria es para quienes tienen el corazón puro. ¿Jesucristo ordenó alguna vez matar a las mujeres y a los niños?

Fray Imberto, sentado en una piedra cuadrada, con las manos juntas, miraba la danza de las llamas. Razonáis como niños, dijo. En este lugar y en este día santos, hasta Amoldo ha profetizado, como la burra de Balaam. Pues él es sacerdote y Dios no es avaro de su

Espíritu en este día. No sabéis lo que es la justicia de Dios. Y lo que en otros lugares se llama matanza y pillaje aquí se llama de otra manera, pues en verdad nosotros no sabemos lo que ocurrirá. Hasta aquí hemos vivido entre las sombras, ahora estamos ya a la puerta de las cosas verdaderas. Si Jerusalén cae en este asalto, habrá caído gracias a Dios y no a los hombres.

En este momento había entre los picardos otro predicador, que había venido con otros seis compañeros del barrio de los normandos; eran hombres de la Isla de Francia, los únicos supervivientes de su grupo, y no querían convertirse en criados de los soldados.

Este francés, Gilberto, había recorrido en otro tiempo muchos países y había oído más de mil sermones. Y decía: Amoldo se ha vendido a los barones, es amigo del conde Roberto, de Normandía, halaga a los soldados para que no se desanimen. Pero nosotros que no somos soldados, no tenemos necesidad de sus halagos: lo que hemos soportado nosotros no es nada en comparación con las verdaderas pruebas que no han empezado todavía. ¿Cómo es posible que con los pocos hombres que hay aquí tomemos Jerusalén?

Acordaos: pasamos un año ante Antioquía, donde éramos cinco o diez veces más numerosos y nuestros

enemigos eran hombres como nosotros. Aquí nuestro enemigo es el Príncipe de este mundo.

Enviaré contra nosotros un gran ejército del sur, llegado de El Cairo, y otro gran ejército del norte, llegado de Damasco. Entonces nosotros retrocederemos hasta el lugar llamado Armageddon, y el enemigo nos rodeará por todos los lados. Y la tierra se hundirá en el lugar en que nos encontremos y de ella saldrán llamas que nos devorarán, los que quieran salvarse caerán bajo la lluvia de flechas.

Juan Marcos se acercó a Gilberto, separando a los hombres que estaban

sentados formando círculo alrededor del francés. —Tú, dijo, tú eres sabio y hasta se dice que sabes leer en los libros, yo en cambio del latín no sé más que las oraciones. Sin embargo, te diré una cosa: nadie sabe ni el día ni la hora, y puede ser muy bien que sea mañana. Así que, ¿por qué contarnos todas esas historias de ejércitos de El Cairo y de ejércitos de Damasco? ¿Quieres empujar a los hombres al pecado mortal? Pues si alguno a causa tuya deserta y en ese asalto tomamos Jerusalén, esos hombres no te bendecirán ni en este mundo ni en el otro.

—Nadie, dijo Gilberto, nadie

desertará por tales palabras: nosotros hemos venido aquí a buscar el bautismo de fuego y de sangre, los que todavía están aquí ya no tienen miedo de nada.

De todos es conocido que antes del gran día de Armageddon, Jerusalén quedará en manos de los impíos: el pecado crecerá allí como un árbol inmenso y su pestilencia se extenderá por todo el país. En este día se nos ha dado a conocer la faz del diablo ¡y eso todavía no es nada! ¿Creéis acaso que el duque y el conde Raimundo y el conde Roberto pueden vencer al diablo Lucifer? No. Cuando lleguen al final de su orgullo, cuando la noche sea fuego y el día tinieblas, entonces veremos

resplandecer Jerusalén blanca y brillante y lavada por las olas de sangre. En todos los cruces de caminos brotarán manantiales de agua viva, frescos y brillantes como el cristal de roca, brotará y correrán por las escalinatas de las calles y por los regueros, por todas partes se oirá el zumbido del agua que corre... Gilberto se paró, la voz entrecortada por un sollozo, y varios hombres se quedaron con la garganta seca, pues diez veces al día los discursos y los sermones se terminaban así, se ponían a hablar de agua, nadie tenía la culpa.

Fray Bernabé, acostado a unos pasos del fuego, jadeaba y agonizaba, y las

costillas se les levantaban y se le bajaban como los pliegues del fuelle de una forja. Estaba muy grave; había seguido la procesión con todo el mundo, llevando la cruz sobre el hombro, una cruz pesada que se había fabricado con dos pedazos de viga. Mientras había durado la procesión no se había parado, andando al mismo paso que los demás y cantando. Creía que se había curado. Durante la parada, se le habían roto unos vasos de sangre en el pecho; tan repentinamente que inmediatamente se le llenaron las dos manos de sangre y de coágulos. Fray Imberto y Juan Marcos lo tranquilizaban diciendo que era sangre mala, que era mejor no tenerla dentro de



sí. Tal vez, dijo fray Bernabé, toda mi sangre es mala. Había dejado en el monte de los Olivos la cruz y para el camino de vuelta Juan Marcos le prestó su bastón.

A pesar de la noche fría llevaba la camisa húmeda de sudor; ¿cómo un cuerpo privado de agua puede soltar todavía tanta agua? La camisa había quedado como para retorcerla. A fray Bernabé le parecía estar en Antioquía, en el tiempo en que había que dormir en el barro helado. En el tiempo de las lluvias. Ay, Dios, en Antioquía por lo menos nunca había faltado agua.

La fiebre alta, esa fiebre que hace castañetear los dientes y ver doble, esa

fiebre alta le había dejado. Fray Bernabé hubiera preferido que le volviera pues en este momento de sus huesos le salía un frío mortal, sus huesos se deshacían, y era tan doloroso que le parecía que un quejido angustioso le subía por la más pequeña parcela de su cuerpo, de sus pies, de sus dedos, todo su cuerpo lloraba, era tan doloroso que hasta el dolor del pecho parecía que no era nada.

Todas estaban a su lado. Alix y Lamberto y Santiago y Guillermo y hasta el Picoso. Alix había conseguido que Juan Marcos le diera una pinta de agua de la ración del día siguiente. Con un montón de hierbas secas mezcladas con

tierra habían hecho como un pequeño terraplén para que el enfermo pudiera tener la cabeza y los hombros levantados; las hierbas por la noche, olían mucho, había áloe y una especie de lavanda, y sabe Dios por qué esos olores suaves también hacían daño. Hasta las gotas de agua templada que le vertían en los labios le hacían daño.

Hasta la dulzura de esa amistad calurosa e inquieta, esos suspiros silenciosos. Nadie se atrevía a hablar. La respiración de fray Bernabé era corta y rápida como la de un perro cansado. Es por la sangre que ha perdido, dijo Santiago. Lamberto dijo: Habrá que llamar al hechicero de los lorenos.

La gente contaba que ese hechicero, con unos trozos de hierro imantado, podía dar sangre a un herido. ¿Cómo pagarlo? —Por fray Bernabé, puedes estar seguro, hasta un turco lo haría gratis.

María llegaba, en sus dos manos llevaba un cubilete de estaño, con mucho cuidado como si fuera el Santísimo. He conseguido vino, dijo, y del bueno. El padre Teobaldo, que Dios se lo pague. Ten cuidado, está lleno hasta los bordes. Alix levantó la cabeza del enfermo y le acercó el cubilete a los labios, fray Bernabé bebió un trago dominándose el temblor de la mandíbula, de miedo de que se cayera

una gota de buen vino ¡como si eso tuviera alguna importancia todavía! En la boca el vino se le convertía en vinagre. Los demás le miraban con una alegría confiada, felices de haber encontrado ese pobre cubilete de vino, todo les estaba permitido para intentar tranquilizarse.

Aquella noche la mujer de Juan Marcos se volvió loca. Era una buena mujer, hábil tejedora que en otro tiempo se jactaba de hacer pasar una pieza de tela suya por el anillo de un dedo; una mujer que sabía ayudar a las parturientas y coser las llagas abiertas; una mujer a quien el fuego en su carreta no le hubiera hecho acortar su oración de la

noche. Durante la procesión había tenido un choque al ver lo que los paganos hacían con las cruces santas y se había puesto a patalear y a dar gritos, pero en cuanto a los gritos no era la única.

Había vuelto de la procesión cansada y como extraviada, y como sus dos hijos querían que se sentara en un buen lugar cerca de la hoguera, ella los empujó brutalmente y después se puso a decir que había comprendido todo, que había reconocido muy bien a esos hombres sobre la muralla, que eran el duque Godofredo y su hermano Eustaquio y el conde Roberto, que se habían embadurnado a propósito la cara con hollín y habían subido a la muralla

para insultar a Dios, pero ella había adivinado su complot, y que se habían vendido a los paganos. Sus hijos y sus nueras armenias querían calmarla, pero ella no los reconocía y decía: ¡no os da vergüenza, yo no soy lo que creéis, yo soy una mujer honesta, señores míos! Yo sé que han inventado esa diablura para apoderarse de las mujeres de los peregrinos. La prueba es que ayer vino el duque Godofredo a mi tienda para llevarme a la fuerza.

Las nueras corrieron a buscar a Juan Marcos; y cuando ella lo vio llegar fue todavía peor, se echó a reír y se quitó rápidamente la toca y la camisa y la falda y echó a correr hacia el fuego

desnuda completamente, brincando y saltando; sus senos y sus nalgas le colgaban como sacos medio vacíos y ella daba vueltas y más vueltas tan de prisa que sus trenzas se levantaban por el aire y golpeaban en la cara a todos los que querían acercarse a ella. Y reía y reía con una risa estridente y gritaba: ¿quién quiere esta chica guapa?, ¿para quién esta chica bonita?, ¿para quién mi virginidad?, hasta tal punto que hasta los hombres más empedernidos se tapaban los oídos y cerraban los ojos.

De repente se detuvo un instante para mirar el fuego y se quedó así con los ojos fijos en las llamas, sus ojos claros brillaban tanto que parecían



volverse bizcos y de su rostro rudo y grave desaparecían las huellas de sabiduría como la nieve se derrite en el fuego; desaparecían las arrugas de preocupación de la frente y las arrugas en la comisura de los labios, que se abrían con una risa alegre y astuta, como si al fin hubiera comprendido y se felicitara de ser tan lista... Los que estaban al lado del fuego no se atrevían ni a moverse ni a hablar, esperando que volviera a ella, y Juan Marcos, al verla un poco más tranquila, quiso echarle una capa por los hombros. Ella dijo riéndose: ¡No, rey de los turcos, no quiero tu abrigo de armiño, no soy tuya, soy de quien quiera poseerme! ¡Venid,

mis bellos caballeros, poseedme todos, mi bonito jardín os está abierto! y se echaba hacia atrás y se retorció como una mujer en mal de amores, pero cuando unos hombres quisieron cogerla para atarla, ella se les escapó entre los brazos como una anguila y se puso a correr, y eso que era una mujer de más de cuarenta años y que tenía dolores en las articulaciones, pero parecía que con la razón se le habían ido la edad y la enfermedad, pues corría más ligera que una cabritilla, con los brazos levantados por el aire.

Corría completamente blanca, como un nabo ajado, con las trenzas oscuras saltándole sobre la espalda, algunos

corrieron detrás pero nadie pudo alcanzarla, su sombra blanca desapareció flotando por detrás de los terraplenes del campamento de los brabanzones.

Ay, Dios, qué vergüenza, decían los hombres, ¿la respetarán los brabanzones?... Todos tenían todavía en los oídos la risa loca, estridente y alegre. El hijo mayor de Juan Marcos había caído desvanecido; en el momento habían creído que muerto pero por medio de quemaduras lo hicieron volver en sí. Total que había una gran agitación alrededor de la hoguera de los picardos. Y he aquí que de repente Lamberto se adelanta hacia el fuego, irguiéndose

sobre toda la altura de sus largas piernas y gritando con una voz como la de un chantre en una iglesia: ¡Dios nos hace ver el castigo de los orgullosos! ¡Viva Dios justo que confunde a los hipócritas!... Santiago tuvo la presencia de espíritu de acercarse a él por detrás y de aturdirlo de un puñetazo en la cabeza. Pues si no lo hubiera hecho no hubieran podido evitar la pelea a navajazos, y no era ni el momento ni el lugar oportuno para ello.

Fray Bernabé se incorporó apoyándose en el codo, intentando levantarse. —¿Qué es lo que pasa? —La mujer de Juan Marcos se ha vuelto loca. —Quedaos acostado, fray Bernabé,

decía Alix, le ayudaréis mejor rezando por ella. Fray Bernabé se dejó caer la cabeza hacia atrás. Loca —loca —loca, bueno, pensaba, se curará, uno se cura de eso, ahora le parecía que era poca cosa, poca cosa al lado de esa mortal languidez que roe los huesos. ¿De qué tienen todos tanto miedo?...

Juan Marcos se había quedado de pie junto a sus hijos y sus nueras que se lamentaban, estaba inmóvil como un tronco de madera; derecho y tieso, como fulminado por el rayo.

Una locura de esta clase no es rara, desde hacía dos años muchos peregrinos habían perdido la razón de esta manera al mismo tiempo que se quitaban la

ropa; pero ver en ese estado a una mujer, y a una mujer respetada, era algo terrible. Si recobra la razón, ¡Señor Jesús!, se colgará de desesperación.

Fray Imberto se subió encima de la piedra grande cerca de la hoguera de los picardos e hizo la señal de la cruz. ¡Hermanos, amigos, no os aflijáis! Considerad que una gracia muy grande ha sido concedida a nuestra hermana Ludivina, la mujer de Juan Marcos. Pues esta mujer, todos lo sabéis, era casi perfecta: sólo le faltaba un poco de humildad, lo que es muy natural teniendo en cuenta sus numerosas virtudes. ¡Humillándola como lo ha hecho en esta noche santa Nuestro Señor ha querido

mostrar el gran amor que siente por este alma y ha hecho de ella una mártir!

Y que nadie de vosotros se escandalice, pues ella se ha mostrado tal como somos todos, nuestra desnudez no es más bella que la suya y los deseos ignorados de nuestros corazones son quizá peores. Así estaremos todos en el día del Juicio, lo que estaba oculto será revelado. A ella, hermanos, Dios le ha hecho la gracia de despojarla todavía en vida, ella habrá bebido su vergüenza y entrará en la muerte pura como el niño que acaba de nacer. ¡Que nadie censure a la criatura elegida para un sufrimiento tal!

Los hombres lloraban al oírlo y

hasta los chicos que se habían reído de las locuras de la tía Ludivina se quedaban con la boca abierta. Juan Marcos no se movía y no decía nada. Era un hombre testarudo. Aunque en el Paraíso esté uno sentado al lado de san Miguel y de san Gabriel, es difícil recuperarse de un deshonor tal.

*¡Qué bien ha hablado, es un santo!*, decía Alix. Fray Bernabé había oído el discurso y sus pensamientos obstinadamente volvían hacia él mismo y hacia su sufrimiento y casi envidiaba a la mujer de Juan Marcos. ¿Qué es lo que obliga a un hombre a conservar la razón, a conservar la memoria, a llevar siempre sobre los hombros esa cabeza



pesada que hasta en el peor de los sufrimientos intenta reunir todos sus pensamientos, reanimar al hombre viejo que ha empezado a irse ya a pedazos? ¿Y por qué no echarse a reír como una hiena, no aullar como un lobo, no soltar las riendas como esa mujer que, durante tres años, ha pasado por tantos infiernos con la cabeza erguida? El día de la batalla de Dorilea ella iba andando bajo las flechas enemigas, con sus dos cubos de agua, derecha y digna, como si cruzara la plaza de un pueblo. Ya no se te juzga más, mujer de Juan Marcos, tú misma has dejado de juzgarte.

Padre nuestro. He aquí el día, he aquí la hora. Vuestro servidor es más

pobre que en el día de su bautizo, ha malgastado todos sus talentos o los ha enterrado, ¡déjale todavía unos días, dale una tregua, el tiempo necesario para volver a encontrar su camino!

Tu corazón que ha sangrado por tantos amigos se vuelve flojo y frío como un sapo reventado y a pesar de todo quiere latir, se le oye en el pecho con tanta fuerza que no se le oye más que a él. Grande es el miedo de la carne. Dadme de beber. Alix está ahí, le levanta la cabeza y le tiende un vaso. ¡Vergüenza te debiera de dar de ponerte contra el pecho de una mujer, como un niño! Fray Bernabé dijo: todavía puedo sujetar el vaso yo mismo.

El cielo se vuelve blanco. Todos están ahí, sentados a su alrededor, acurrucados sobre el suelo pedregoso. *Tierra santa*. Si el mismo Dios ha sufrido en ella, ¿cómo no va a ser cruel? Todos están ahí, ojerosos después de una noche sin dormir, y ninguno piensa en ir a llamar a un sacerdote, todos esperan que lo pida él mismo. Me han querido tanto y su amor está ya lejos, su amor caluroso que no me calienta más. El Picoso se acerca, su larga cara picoteada de agujeros blanquecinos está grave, sus ojos son los de un perro maltratado. Fray Bernabé. —¿Qué? — Soy yo, Elías. El Picoso. —No Elías el Profeta, me lo imagino. El hombre

sonríe, con esa sonrisa suya un poco inexpresiva que le da un aspecto estúpido; está contento de ver que fray Bernabé contesta todavía tan bien.

—Fray Bernabé. —¿Qué? —Filoteo. —¿Y qué? —Fui yo. Hacía daño. Más daño todavía. Fray Bernabé cerró los ojos. —Ahora me da lo mismo. Déjame. —¿Me perdonaréis? —No soy yo quien tiene que perdonarte. El Picoso suspiró, resignado. Sabía de antemano que fray Bernabé respondería así.

Si me ha dicho esto, pensaba el enfermo, es porque se da cuenta de que no me queda mucho tiempo de vida. Fray Bernabé dijo: Santiago. Santiago estaba medio dormido; se sobresaltó. —

¿Qué pasa, fray Bernabé? —Vete a llamar a un sacerdote. Al padre Alberto, si puede, si está libre.

—¡Mejor al curandero, fray Bernabé! No vais a dejarnos precisamente en el momento del asalto.

—Da lo mismo. Veréis Jerusalén sin mí.

—¡Ay, Dios, dijo Santiago, qué triste será entrar en Jerusalén sin vos!...

De madrugada, en largas filas, los peregrinos subían la colina para la primera misa: el padre Teobaldo, un canónigo de Lille, la celebraba al aire libre a la vista de la ciudad santa. El altar estaba colocado frente al sol levante y a la derecha se extendía, detrás

de las largas filas de las tiendas de campaña, la ciudad blanca con sus murallas erizadas de andamios y manganas.

¡Dentro de ocho días si Dios quiere oiremos misa en las iglesias de Jerusalén! Los mismos que la decían no se atrevían a creerlo y se les apretaba el corazón. Siempre se tiene miedo de una alegría demasiado cercana.

Todos iban arrastrando los pies, calenturientos, entumecidos, con la garganta seca y los ojos ardiendo; temblorosos de frío y mirando con horror el horizonte resplandeciente de luz: como si no estuvieran acostumbrados, como si pensarán que

todo iba a nublarse; como si el cansancio les hubiera debilitado el espíritu y les hubiera devuelto en pensamiento a sus países. ¡Oh dulce país donde llueve en verano, donde la hierba está siempre verde!

Habían dormido poco aquella noche.

Juan Marcos iba al lado de fray Imberto que llevaba la cruz levantada en alto. Lo que había sido de Ludivina nadie lo sabía, no se la había visto en el campamento de los brabanzones. Santiago y Guillermo iban al lado de Lamberto, sujetándole por las muñecas, pues hay que decir que Lamberto desatinaba un poco, había cruzado unas palabras con los hijos de Juan Marcos, y

todo el tiempo había que decirle: Piensa en Jesucristo, a Él lo insultaron más que a ti.

¡Vamos, un muchacho bueno y razonable, ponerse como loco a unos días del gran asalto! —Fray Bernabé se está muriendo, decía Santiago, y tú piensas en unas palabras que te han dicho. —Ya no pienso en ello, Santiago. La cabeza me da vueltas. Como un perro loco que quiere morder yo muerdo todo lo que veo. —Bueno, pues morderás a los paganos, después del asalto. Santiago y Guillermo se reían, les hacían gracia esas palabras; y Lamberto tenía los ojos nublados y espuma en la boca y decía: ¿Qué están esperando?



¡Desde que nos han prometido el asalto hemos tenido tiempo de morir diez veces!

Y de cualquier cosa que se le hablaba, rompía al instante a llorar de rabia.

Durante esta misa varios hombres prudentes de buena salud tuvieron visiones: veían unas cruces en el cielo y unas llamas blancas que se encendían en las iglesias de Jerusalén. Las vieron claramente: eran unas grandes lenguas de fuego, blancas, sin humo, que se precipitaban del cielo sobre las torres y las cúpulas. Después, a través de las filas de hombres arrodillados, vieron pasar una vez más al buen obispo del

Puy (pues ya se había aparecido varias veces), iba andando sin tocar tierra, con las dos manos juntas una contra otra, la frente tranquila y grave; su ropa era clara y limpia y su barba relucía, se veía que ya gozaba de la paz en Jesucristo y que sus enemigos habían creído erróneamente que estaba en el Purgatorio. Mucha gente lo vio pasar y no se horrorizaron: la víspera de tan grandes acontecimientos es natural que el cielo se acerque a la tierra.

No es la muerte lo que nos anuncia, sino la vida en Jesucristo y la victoria cercana.

Volviendo de misa María vio a un ángel de alas azules que iba andando

hacia el campamento de los picardos, un ángel muy alto, cuya cabeza pasaba por encima de la cima de la montaña y que llevaba un incensario de donde salía humo blanco. —¿Ves el ángel, Pedro?, es el que viene a buscar a fray Bernabé. El niño, que iba correteando a su lado, respondió: Sí, lo veo. Pero miraba a otra parte. María lo levantó en brazos, comiéndole las mejillas a besos. — ¡Mentiroso, así es como me engañas, te he visto muy bien como pensabas en las musarañas! El ángel va por ahí, ahora está al lado de fray Bernabé, se quedará hasta el mediodía y luego se irán juntos.

Honorina la Picarda, que iba cerca de María, le dijo: ¿Tú puedes hablar con

alegría? María la miró, los ojos perdidos, como si saliera de un sueño; después sus labios se pusieron a temblar y apretó al niño contra ella echando de nuevo a andar. Los sollozos le subían a la garganta. ¡Oh Pedro, Pedro, qué va a ser de nosotros sin él! ¡Oh Pedro, si por lo menos pudiera quedarse hasta el día de Jerusalén!

¡Ángel cruel! ¡Hiciste bien en no mirarlo, ese ángel quiere cogernos a un amigo!

La sacerdotisa estaba allí, la llevaban la mujer de Guillermo y Rufina de León y las nueras de Juan Marcos y María de Calais; sólo Alix se había quedado con fray Bernabé. Iban andando

de prisa, apremiadas por la sed, pero el miedo de encontrarse con el ángel les hacía encoger los hombros como para hacerse más pequeñas. Que os toque por descuido con un ala y el sol del mediodía hará rápidamente lo demás. Fray Bernabé al menos podía estar seguro de su sitio en el Paraíso. —Para él, María, es un día bueno.

—¡No, amigas, seguro que no, languidecerá sin nosotros! ¡Qué malo es Dios que quiere separar a los que se aman! —Tonta, ¿acaso Dios puede ser malo?

—¿Cómo que no? Puede serlo: Él puede todo.

Las dos armenias, que comprendían

el francés, movían la cabeza: un error, una blasfemia. Pero esa franca estaba protegida; un ángel de la guarda debía quererla mucho, la prueba es que casi todos los niños pequeños del grupo habían muerto y el suyo estaba fuerte y daba gusto verlo.

Cuando el padre Alberto había terminado la misa había acudido a la cabecera de fray Bernabé. Cuando lo vio, tirado por el suelo, con la cara pálida y jadeando como un pez fuera del agua, se santiguó. ¡Dios tenga misericordia de él, no terminará el día! Después, cuando sus miradas se cruzaron, no lo pensó más: conocía demasiado bien esos anchos ojos

castaños y ojerosos, esos ojos de águila cansada. Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? ¿Dónde está tu victoria, infierno? Se sentó en el suelo junto al enfermo, cogiéndose las rodillas con las dos manos. Ánimo, hermano, dijo. Buenas noticias. Una caravana de trigo y de vino nos llega esta misma tarde de Jaffa. Nos la manda de Chipre el buen patriarca. Una vez distribuidos los víveres, los barones darán el asalto. — Hace mucha falta, dijo fray Bernabé.

Por una costumbre más fuerte que el dolor, la voz del padre Alberto le recordaba el tiempo en que él tenía fuerzas para discutir. Mucha falta, pensaba. Ante Antioquía no faltaba el

agua.

...Y será el buen momento. Ellos se reúnen en consejo de guerra hoy. He hablado con espías griegos y la cosa no marcha bien en la ciudad. Las gentes entierran el dinero y venden las casas por la décima parte de su valor.

—Todos los espías dicen siempre eso. Fray Bernabé hablaba, con una respiración ronca, de labios afuera y, en el fondo de su corazón, otra voz, silenciosa, se burlaba: ¿qué te importa a ti todavía todo esto?

—¡Todavía ayer crucificaron a tres monjes griegos!

—Como buena noticia, dijo con voz ronca fray Bernabé, yo las he visto



mejores.

—Es una buena señal, están como locos. Un mensajero de El Cairo ha venido con varias promesas y casi casi la gente en el mercado le ha apedreado. No esperan ningún refuerzo antes de que termine el ramadán. Los ricos están fortificando ya sus casas.

—La batalla será dura, dijo fray Bernabé.

—Hermano, una vez que entremos en la ciudad, será una ciudad perdida. Con todas las mujeres y todos los niños que tienen, los burgueses y los pobres, en medio del miedo y del desorden que habrá, nunca podrán defenderse. Ya veréis como será un verdadero Juicio

Final. Uno de los nuestros matará a diez de ellos.

- *Una ciudad perdida*, dijo fray Bernabé. *Jerusalén*.

Y el padre Alberto decía que era seguro, seguro, el mismo Dios les daba ánimo a los soldados, que era maravilloso ver hasta qué punto todos los hombres esperaban el asalto con alegría, cómo en todos los campamentos estaban como locos de alegría, cómo los enfermos se sentían curados de repente de tantas ganas como tenían de entrar en Jerusalén de pie y con las armas en la mano...

Fray Bernabé escuchaba. Le hubiera gustado hablar, pero le fallaba la voz y,

sin embargo, tenía muchas cosas que decir a este hombre. ¿Cómo? Padre, *confíteor*. He pecado. En este asunto muchas almas se han salvado pero muchas otras también se han perdido. ¿Por qué Dios ha impuesto a los suyos tales pruebas? He pecado delante de vos, padre, pues sin mí no estaríais aquí. —Dios es el único juez... Jerusalén, gran corazón que sangra, Jerusalén piedra ardiente que quema nuestros pecados, único lugar de la tierra donde el amor es verdadero ese otro que sigue hablando ¿el asalto? sí, el asalto, *mañana*... ellas han visto el Sepulcro abierto la piedra removida. ¿Qué andáis buscando, un vivo entre los muertos? Un

deseo tal nosotros hemos deseado — un  
deseo tal yo he deseado — tocar y ver  
— como un mosquito se quema con la  
llama y sin embargo se acerca a ella —  
un alma ebria olvida todo y es atraída y  
aspirada hacia el único verdadero sol en  
un embudo de luz. Ya no habrá más sol.  
Ni luna ni noche ni día pues Dios será la  
única luz, Padre perdónalos, Padre  
somos algo insignificante.

*EN EL VALLE DE LA SOMBRA DE  
LA MUERTE YO NO TENGO MIEDO*

*no serás espantado por los terrores  
de la noche*

*ni por la flecha que cae en pleno  
día*

*por el mal que destruye en las tinieblas*

*ni por el demonio meridiano*

*andarás sobre el áspid y el basilisco.*

—¡Hermano! ¡Fray Bernabé! y sentía dos manos que le levantaban la cabeza, ¡Dios mío, ahora quiere confesarme, ha llegado el momento! Sin fuerzas para hablar. —¡Eh, volved en sí, hermano, que por lo menos os pueda dar la absolución.

*- Pater, peccavi. Absolvedme.*

Fray Bernabé veía cómo sus cuarenta años de vida, bajo la mano temblorosa del padre Alberto, se

convertían en una página blanca y limpia. No quedaba nada.

Si alguna vez yo te olvido, Jerusalén... El padre Alberto había asistido a centenares de moribundos y por una vez no se sentía en su sitio. El hombre que agonizaba, con los ojos vitreos, la respiración rápida y entrecortada, le hacía el efecto de una enorme piedra que se hubiera volatilizado de repente entre sus manos. Y decía: Todavía vive, dadle agua, volverá en sí. Los pobres de Arras se acercaron, Alix puso un poco de agua en la boca del moribundo y sobre la cara. —Es el calor, dijo el padre Alberto, se ahoga. Se recuperará.

—Sería mejor, padre Alberto, dijo Alix, que dijerais las oraciones de los agonizantes.

Y fray Bernabé murió.

Un poco antes del mediodía, a la hora en que el calor es tan cruel que los hombres que andan con la cabeza descubierta caen fulminados. Habían extendido una lona sobre él y, como no respiraba ya, le cruzaron las manos sobre el pecho.

Su rostro se había vuelto del color de una candela ahumada y todos se horrorizaban de ver hasta qué punto había adelgazado; los huesos de la frente, de la nariz, de los pómulos le salían como si la carne se hubiera

retirado del rostro, y la barba todavía castaña le colgaba a mechones desiguales. La boca cerrada a la fuerza tenía un pliegue extrañamente obstinado. Los gusanos huían el cadáver y corrían por la ropa y por la lona colocada bajo la cabeza.

Hacía tanto calor que las mujeres no tenían fuerzas para lamentarse y lloraban en silencio; los hombres, echados bajo los toldos o a la sombra de las rocas, discutían del entierro: hacía falta una lona fuerte y algunos maderos, y no cavar una verdadera tumba para que fuera más fácil transportarlo a Jerusalén. El día en que entremos en la ciudad entrará con nosotros y su ataúd tocará el



## Santo Sepulcro.

No es un día de luto, nuestro amigo se ha marchado para ayudarnos mejor, irá a interceder por nosotros ante Jesucristo. Se ha marchado la víspera del gran combate, ahora está con cada uno de nosotros, su gran fuerza ha sido liberada y puede distribuírnosla a voluntad. Se convertirá en el verdadero vengador de Jesucristo.

Por la tarde los niños subían a la colina para ver llegar la caravana de Jaffa. ¡Viva Dios!, también habrá para nosotros, el buen duque lo ha hecho pregonar por todos los campamentos, habrá trigo para los pobres y doble ración para todo hombre en edad de

combatir.

*Los caballeros pasarán delante, los soldados a continuación, detrás de ellos los pobres peregrinos y después los tafures que no temen la muerte, todos tomarán parte en la tarea. ¡Dios no es avaro, todos, hasta los griegos y los sirios si quieren, ellos también son hombres válidos, y tienen podaderas y horcas y navajas!*

Por la noche, después de la oración y de la cena, se amortaja a los muertos; en el campamento de los picardos había fray Bernabé y un muchacho joven muerto de insolación. No era una verdadera vigilia fúnebre, todos estaban demasiado excitados. Excitados,

calenturientos, alegres, con una alegría extraña que hacía que la gente gritara a destiempo, risas como se ríe al borde de un acantilado a pico. En el fondo de su corazón nadie se atrevía a creerlo, los barones se disputarían, o las torres de asalto serían incendiadas, o un ejército egipcio aparecería por el camino de Jaffa, sí, hablaban de ello para conjurar el hechizo. No creáis, amigos, no creáis que es una cosa pequeña, para merecer una alegría tal es preciso que la prueba sea dura y terrible, todavía no ha llegado el día...

Y tal vez sea en Año Nuevo, en Pascua, cuando eso ocurra, pues entonces será el año mil cien, el año del

siglo, el primer día del siglo nuevo. Los que lo decían eran los que lo creían menos, estaban seguros de que el milagro ocurriría después de todo. Mañana o pasado mañana, con la ayuda de Dios y de sus milicias.

Mañana.

Un día más y después, en lugar de días, una luz grande y deslumbradora sin fin, pues hasta los que no creían en absoluto en los milagros y sólo soñaban con el saqueo, no podían imaginar lo que ocurriría una vez tomada la ciudad.

Es una ciudad noble y digna, pues aunque sea más pequeña que Antioquía es diez veces más santa; es una ciudad enteramente santa, es una ciudad-

arqueta, una ciudad-reliquia. En otras ciudades llevan en procesión un relicario no más grande que el ataúd de un niño, aquí es toda la ciudad con calles, casas e iglesias, y los escalones de las escaleras son santos, los peregrinos se llevan como reliquia el más humilde guijarro encontrado en el suelo.

Y he aquí el milagro del demonio: ¡como si los cerdos se saciaran con el Santísimo y chapotearan en el vino consagrado, como si sobre los manteles del altar transportaran el estiércol, increíble milagro y visión infernal! Dios lo ha permitido. Los tiempos han llegado. No lo permitirá más.

¡Dios nos ha dado ya la victoria, todo se ha cumplido, Jerusalén ha sido liberada! ¡La copa se ha invertido, las horas tan largas para vosotros son para Dios como el relámpago de una espada levantada, ya está levantada, brilla, está sobre el cuello del enemigo!

Lleváis en vosotros la ira de Dios ultrajado, olvidad todo, que este día de espera os sea tan breve como un relámpago, encomendad vuestra alma a Dios pues mañana es Él quien dirigirá la batalla, como el rayo que cae sobre el valle y lo convierte en un solo mar de fuego, así seréis abrasados vosotros por la santa ira de Dios, ¡una sola alma en mil cuerpos, un torrente de llamas de mil

lenguas!

De Oriente a Occidente y de Persia hasta Constantinopla y de El Cairo hasta el mar Negro, a todos haréis ver cuán fuerte es vuestro Dios.

Aquel día Pedro predicaba en la cima de la colina, a pleno sol con la cabeza descubierta y, en sus manos levantadas, una cruz de plata que al sol lanzaba mil reflejos. Unos ángeles lo refrescaban con el temblor de sus alas invisibles, de tal forma que sus largos cabellos grises flotaban sobre su espalda.

¡No habréis sufrido por nada, vosotros que habéis llorado tanto! Dentro de mil años se hablará de este

día en que por el amor de sus pobres Dios dio la victoria a los cristianos.

Que vuestro corazón no se turbe con los horrores de la batalla: *ya habéis vencido*. Esta noche yo he recibido la garantía. Ya veo a todos los muertos de esta batalla vivos y transfigurados, brillando como soles en la Jerusalén celestial.

—¿Y para los vivos, Pedro? ¿Cuál será su gloria?

—No puedo decíroslo todavía, hijos míos, Dios prohíbe revelar sus designios sobre las almas que no han terminado su peregrinación. ¡Orad todos y guardaos del pecado, vosotros que estáis invitados a la comida de bodas!



Era un día de penitencia y de oración, los caballeros más orgullosos se arrodillaban humildemente delante de sus compañeros y hasta de sus sargentos para pedir perdón. Otros acudían a los campamentos de los pobres y cerca de las barreras de los leprosos para distribuir lo que les quedaba de sus bienes, piezas de moneda u objetos de plata, y hasta sus botones de cristal. Las damas del ejército, vestidas ese día de lana teñida y con cofias de tela gruesa, subidas en burros, dieron la vuelta al campamento, deteniéndose sobre todo en los barrios de peregrinos pobres y ellas mismas les sirvieron bebidas a los que se acercaban a ellas. En su celo piadoso

hasta visitaron a las mujeres públicas, metidas en el antiguo cercado de corderos (pues ya no quedaban corderos desde la víspera) y esas pobres mujeres, la mayor parte sirias bautizadas, recibieron más regalos de las damas de los que recibían de los hombres. (La mujer de Juan Marcos estaba entre ellas; pero como se empeñaba en pasearse desnuda la habían atado a una carreta.) El campamento parecía tranquilo, de tal forma que sobre los muros se agitaba la guarnición enemiga, comprendiendo muy bien que se estaba preparando una cosa seria. El fuego griego estuvo a punto de incendiar la torre del conde Raimundo, pues con el sol las pieles de buey

secaban de prisa y, a medida que empezaban a arder, había que descolgarlas y echarlas en el foso pinchadas en unas pértigas largas. Durante este tiempo desde la cima de las torres y de las murallas llovían las flechas, y las injurias también.

¡Perros sarnosos, chacales malolientes, que la vergüenza caiga sobre vuestro Mahoma, que su cara se llene de escupitajos, que sus ojos sean saltados y su barba arrancada! ¡Os perseguiremos hasta vuestra Meca y haremos de ella una pocilga! Perros cristianos adoradores de trozos de madera, ninguno de vosotros entrará vivo en la ciudad, sino con los brazos

atados para cortaros la cabeza. No servís para nada a no ser para engordar a los buitres.

Había intérpretes en los dos lados pero hasta en árabe ya empezaban a comprender los cristianos muchas cosas. ¡Moriros todos, perros de Mahoma! ¡Ni siquiera queremos a vuestras mujeres para putas, todas serán degolladas como cerdas! ¡Vuestros hijos serán asados vivos en la punta de los hierros de nuestras lanzas!

¡Paganos idólatras que adoráis a tres dioses, cuando hayáis reventado de sed, con las maderas de vuestras cruces haremos bastones, iremos a remataros como a perros! ¡No merecéis ni nuestras

flechas ni nuestras espadas!

¡El ejército de nuestro visir se acerca, son leones y vosotros chacales, y a El Cairo volverán diez navíos cargados con vuestras cabezas!

¡Perros, Dios os ha juzgado ya y os ha entregado, mañana nos pagaréis todo lo que hemos padecido!...

¿Existe verdaderamente un día en que el deseo se vuelve posesión, en que la promesa se vuelve realidad, hoy y mañana reunidos en un solo día, el peregrino convertido en el dueño de la casa? *Eso jamás ocurrirá.*

El cielo estaba surcado de unas llamas y temblaba como una piel tensa hasta estallar. Unas víboras salían sin

cesar de los agujeros de las murallas, se convertían en llamas amarillas y echaban a volar por los aires. Unos pequeños resplandores secos y brillantes pasaban de un hombre a otro y se hundían como espinas en los cuerpos.

Nosotros no somos mercenarios.

De todos los ojos salían unos círculos hechos con miles de chispas que se transformaban en espirales y girando se ensanchaban hasta abrazar el horizonte. A través del estruendo del campamento los hombres oían como un prolongado grito estridente mezcla de cantos y de aullidos, el grito no cesaba, llegaba de un día que ningún hombre había vivido todavía. El más santo y el

más sabio no ha podido hasta ahora hacer que hoy sea mañana, pero desde el fondo del pensamiento de Dios el día siguiente gritaba y resonaba en los oídos de tal forma que el aire temblaba con sus gritos. Sobre las piedras de las colinas, sobre las estacas de las tiendas sobre las murallas de la ciudad y los alminares, el sol derramaba sus torrentes de llamas invisibles tan intensas que parecía que todo iba a arder en el mismo instante.

No habrá día siguiente.

Los hombres trabajaban en las torres de asalto, los pregoneros pasaban por todas partes para reclutar hombres, engrasaban las poleas y las cuerdas de

los puentes levadizos. *Hermanos no despreciéis el trabajo de los hombres.* Quien trabaja es Dios. La sabiduría de los barones y la fuerza de los caballeros y la ciencia de los carpinteros y el valor de los soldados, todo es la obra de Dios, que quiere que sus criaturas sirvan en la gran obra de la salvación. Que en este día obedezcan todos a los barones como si fueran ángeles del cielo.

Dos sacerdotes vieron una vez más al obispo del Puy, acompañado de un hombre de una belleza tan grande que apenas se le podía sostener la mirada, parecía hecho de cristal de roca y de luz de estrellas; y el buen obispo iba andando a su lado, vestido de blanco y



llevando la palma del martirio, y su mitra lanzaba como relámpagos en el sol del mediodía.

No temáis si veis aparecer a vuestros muertos: los que cayeron en esta campaña por Jesucristo no son muertos corrientes, ellos no os llaman, vienen a reclamar lo que Dios les prometió. Dios es su deudor.

Esta noche todos los hombres beberán, incluso los ladrones y los perjuros, esta noche será el gran perdón, se desatará a los hombres encadenados para que mañana puedan también redimirse. A la caída del primer calor se gritó el levantamiento de los campamentos más alejados de la ciudad.

Que ellos nos vean acercarnos. ¡Que sepan que nos quedan toda vía bastantes hombres, que nos vean inundar los valles como un torrente!

Ellos nos conocen: no tenemos bocas inútiles. Y que hasta nuestros mendigos sarnosos y cojos les den miedo, y quien no tenga bordón que coja un saco de piedras, la albarda de una carreta, que todos se armen con los palos de las tiendas, que todos estén preparados, detrás de los campamentos de los barones y de las trincheras de los arqueros. ¡Viva Dios y Jesucristo! Todos lo han jurado mañana será demasiado tarde, a los hombres de armas que retrocedan que los peregrinos los

rechacen hacia la muralla o que acaben con ellos a golpes de estaca.

Cuando ellos nos lancen torrentes de llamas desde lo alto de las murallas, maldito sea quien retroceda.

Cerca de las zanjas habían encontrado a dos hombres escapados de la ciudad; se habían escondido bajo un montón de pieles quemadas y decían: amán, amán, queremos ser cristianos, pero uno de ellos llevaba un cuchillo en el cinturón. Los mataron y una vez sus cuerpos desollados colgaron las pieles en la torre del duque al lado de las pieles de bueyes. Algunos decían que eran emisarios de Iftikar, enviados para matar al duque Godofredo; y los

caballeros del duque juraban que se apoderarían de la piel del mismo Iftikar, en castigo de una traición tal.

...Pues no hay que creer, diga lo que se diga, que Iftikar y sus hombres sean diablos y lleven cuernos escondidos debajo de los turbantes, pues hasta ahora Dios sabe cuántas cabezas se han cortado, cabezas de buenos turbantes, y nunca encontraron una con cuernos; la maldad de los hombres está en sus almas y sus cuerpos están hechos de simple carne fácil de destruir.

Pero cuando entre ellos hay algunos diablos, éstos se escapan, se haga lo que se haga, y si se les corta la cabeza es como si se cortara agua, no dejan

ninguna huella; si una bala de cañón se dirige contra ellos, se para en pleno vuelo y da media vuelta. Si en el momento de golpear se invoca a Jesucristo con un corazón puro, el diablo desaparece en medio de un gran silbido y en el lugar no deja más que la ropa y la armadura. —¿Cómo se puede creer en cosas semejantes? Son sólo hombres. Por muy orgullosos que sean y por muy alimentados que estén, no son más hechiceros que los turcos de Antioquía.

Los hombres de Arras habían escondido el ataúd de fray Bernabé en el hueco de una roca que formaba como una gruta. Los niños, agotados por el

calor, iban por turnos a acostarse encima del ataúd para estar un poco a la sombra; los mayores les dejaban hacerlo. Entre muertos y vivos se reparte todo, fray Bernabé no hubiera querido jamás tener un lugar a la sombra para él solo. Vuestra capilla ardiente, hermano, tendrá por cirios los fuegos de la batalla, fijaos en todas esas flechas que lanzan en llamas sobre la torre del duque Godofredo. Todos iremos a las murallas. Y las zanjas serán colmadas delante de todas las puertas.

Los hombres preparaban sus armas; todo lo que podía servir. Hasta las estacas y los martillos de madera. Santiago con su hacha, Elías con la suya,

Guillermo con su lanza turca y Bernardo con su cuchillo sólidamente ajustado a un bastón, estaban sentados sobre unas piedras, silenciosos, solemnes e impacientes como portadores de cirios que esperan que toquen las campanas para entrar en la procesión. ¿Está todo preparado? Todavía nos quedan muchas oraciones por decir, pero las vísperas están lejos y la noche será larga.

Tendremos que dormir, camaradas, Pedro lo ha ordenado. Durante el sueño Dios nos enviará fuerzas y nos despertaremos en medio de la noche, a la hora de prima.

Juan Marcos se acercó a Elías y le puso la mano en el hombro. —Yo no te

disputo la plaza, dijo, ahora serás tú el jefe, en cuanto a lo que toca a la batalla. Mis picardos te obedecerán. Yo no he venido a la peregrinación para matar.

—Eso no está bien, Juan Marcos, dijo Santiago, es la obra de Dios y tú eres tan fuerte como cualquiera.

—Y o iré para ayudar a mis camaradas. En la batalla, el Picoso lo hará mejor.

—Ya lo sabemos, dijo Elías. Si tú también me prometes obedecer, estoy de acuerdo.

Los picardos no estaban contentos; pero puesto que el mismo Juan Marcos cedía su lugar, no había nada que decir. No era por nada por lo que Dios



acababa de humillar a Juan Marcos y de glorificar a los de Arras llevándose con Él a fray Bernabé. Las mujeres trabajaban en llenar con hierbas secas y paja los sombreros de los hombres, en arreglar los cinturones y las correas, pero no tenían ni fuerzas para cantar. Parecía como si nunca hubiera habido un día de tanto calor, las moscas que zumbaban alrededor de sus cabezas estaban más pesadas que la víspera y las rodeaban con un hilillo negro que se movía todo el tiempo. ¿Qué hace la Ludivina? No se atrevían a hablar de ella, tenían miedo, en el fondo de sus gargantas un diablo maligno les daba ganas de dar gritos de parturienta y de

imitar las carcajadas de la pobre mujer, para ver, nada más que para ver, sólo un poco, para ver si eso les aliviaba el pecho. —Canta, María, te seguiremos a coro. —No amigas, cada cosa en su tiempo, mañana cantaremos.

*mañana la carroña será pan bendito.*

¿Quién quiere, quién quiere convertirse en mosca, en avispa, volar y dar vueltas, volar y girar en redondo, allá arriba en las torres de madera y por encima de la muralla caer en la ciudad no está lejos, verdaderamente a pie se llegará en una media hora, pero

alrededor hay una muralla de fuego, quién quiere hacer como Pedro Bartolomé? La Santa Lanza no lo salvó, pero nosotros llevamos en el corazón a la Santa Cruz.

Invisible, la muralla de fuego, pensaba María. Está temblando, las lenguas de fuego lamen el cielo.

Habrá más muertos que vivos.

—¿Y si fuera verdad lo que dicen los tafures, que se pasean completamente desnudos? ¿Que será el fin del mundo y que ya no habrá más ni vivos ni muertos?

¡Sí, todos, paganos y cristianos, se degollarán entre sí, hasta el niño más pequeño y hasta los leprosos, y mientras

haya una criatura viva en Jerusalén y en el campamento, las trompetas del Infierno sonarán a la carga, para que nadie pueda oír la voz de Jesucristo! Bienaventurado quien tenga la fuerza de rezar.

No sería una victoria, si todo el mundo muriera. ¡Moscas, criaturas malditas, dejad de querer comernos los ojos, id a la ciudad con el diablo vuestro padre, comeos a los paganos, ellos están más gordos que nosotros!

Los chicos jugaban a matar paganos, pero no había verdaderos paganos, ni siquiera cadáveres; con unos palos y unos odres agujereados habían fabricado unos muñecos y con ellos se entrenaban

a tirar; se habían fabricado también arcos cuando acampaban cerca del Jordán y tiraban con las flechas turcas que quedaban todavía. Apuntaban bien. Y una vez que los muñecos estaban acribillados con flechas los aplastaban a pedradas, los arrastraban por el suelo y danzaban a su alrededor. Eran Iftikar y el visir y Calixto y Mahoma y la mujer de Mahoma.

*el mirlo canta y el prado reverdece  
la alondra canta el espino ha  
florecido*

*Arlette canta ha hilado ya la lana  
si tú quieres seré tu amigo.*

*La alondra canta el espino ha*

*florecido*

*te daré la cabeza del visir  
y también el corazón de Iftikar el  
maldito*

*- para poseerme hay que pagar  
buen precio-*

*te daré la cabeza del visir  
y juntos iremos al Paraíso.*

*¡He hilado para ti el hilo  
para siempre estarás cogido en él!*

*...En Jerusalén la boda ha  
comenzado*

*Godofredo el duque conduce a la  
novia*

*Jerusalén de madrugada levantada  
con flores de escaramujo y de  
tomillo adornada*

*- con cabezas de turco y con armas  
adornada-*

*Jerusalén en la sangre lavada*

*¡Oh la tan llorada*

*que será vengada*

*de Mahoma y de todo su linaje!...*

¡Y una más por mí! ¡Y otra por ti! ¡Y una y dos y tres y que no quede nada vivo! ¡Los ojos saltados y las tripas sacadas! —¡Eh, chicos, no gritéis tanto, que los diablos se os van a meter por la garganta!

Pues a fuerza de excitarse se ponían como rabiosos, y daban vueltas y vueltas sin poder pararse, y gritaban, en vez de cantarlas, las canciones; y después se

ponían a dar aullidos que no terminaban nunca, sabe Dios dónde encontraban la fuerza —bueno, que se agoten, decían los hombres, ya dormirán después. Daba pena verlos, delgados, negros, desgarrados, los ojos como ebrios, la boca abierta y tan acostumbrados a la sed que ni siquiera pedían de beber, sino en el momento del reparto del agua.

Estaban contentos, Elías les había prometido llevarlos, como hombres; entrarían en la ciudad en cuanto llegara el turno a los peregrinos. Cada uno matará a un turco, y a más de uno. Alix se quitó la falda y su camisa larga y se puso la ropa del muchacho muerto la víspera, y en el cinturón se colgó un



hacha, de esas de cortar leña. Con su gorro de lana puesto sobre su pelo cortado, tenía el extraño aspecto de un chico joven demasiado viejo para tener el mentón liso; sus compañeras la miraban, turbadas: ¡qué chico tan guapo sería, si fuera mejor vestido parecería el arcángel san Miguel! De tan esbelta y tan derecha como estaba, de tanto como su cara morena acentuaba los rasgos de su gracia bajo esta falsa apariencia de virilidad.

—Lo que pasa es que ese hacha no te va muy bien, dijo Honorina, si por lo menos fuera un palo..., algo más largo. La sacerdotisa, que no veía nada, cuando se enteró suspiró y dijo que era

una lástima, que Alix hasta entonces había tenido la cabeza en su sitio y que ahora desatinaba, peor que la Ludivina, y que no era un día para querer hacer de saltimbanqui. Alix rió, con una risa dulce y alegre, pues quería mucho a la sacerdotisa. —Tienes razón, hermana, gracias por hablar de esa manera. En estos días ya no hay ni vida ni muerte, ni razón ni locura, ni bien ni mal, todo está mezclado estamos hechos un lío. Yo tengo más fuerza en los brazos que los chiquillos de trece años ¡y quiera Dios que os devuelvan al campamento mi cabeza cortada, no quiero muerte más bella!

María se levantó y pasó sus dos

brazos alrededor del cuello de Alix y la besó largamente en las dos mejillas. ¡Que Dios te proteja, no hables así! ¡No será la muerte, mañana, sino la vida, no veremos más cabezas cortadas que las de los paganos!

Y lloraba, la cara contra el hombro de Alix, con sollozos, como un niño pequeño, y el abrazo era tan violento que Alix, espantada, creyó que le daba un ataque de convulsiones. — Tranquilízate, decía, vas a asustar a Pedrito.

María se despegó de ella y se sentó en el suelo, con la cabeza entre las manos, luchando por ahogar los sollozos. ¡Basta, basta, basta, hemos

llorado bastante, más vale morir, Santiago, no te cortarán la cabeza! ¡Yo les cortaré la cabeza!

Ay Dios, dijo la sacerdotisa, ay Dios, que pase pronto este día o todos nos volveremos locos de atar.

Los hombres fueron a por noticias al campamento de los brabanzones. Hola, san Juan ¿y tú? ¿No coges un arma? ¿Es el momento de subir vivos al cielo? — No os burléis, amigos míos, los sabios en medio de este tumulto pierden la razón y los locos la recobran. Está dicho: una mujer a punto de dar a luz está afligida, pues ha llegado su hora. Bienaventurados aquellos cuyo corazón no estalle en pedazos.

Pues los caballeros han deliberado y han decidido sabiamente y han preparado el asalto de tal manera que con la ayuda de Dios se puede decir que están seguros de poner el pie en la muralla y apoderarse de las puertas. Y si hay cobardes en el ejército que no se pongan contentos. Es en la ciudad donde se librará la batalla.

No creáis que entraréis como en Antioquía: aquí hay muy pocos cristianos y como se han refugiado detrás de los muros de los conventos y no pueden salir de allí, no nos servirán de nada, visto que ellos mismos están en grave peligro de muerte. Hay en la ciudad cincuenta mil musulmanes o más

y también muchos judíos. Nosotros no somos ni la mitad, falta incluso mucho, los barones necesitan a todos los hombres pues lucharemos en las calles y en las casas.

Pero no temáis, Dios nos los ha entregado ya, ya están pesados, juzgados y condenados, como el impío Baltasar y los habitantes de Jericó. ¡Durante tres días enteros los barones conceden el derecho al pillaje, sin restricción alguna, las casas serán para el primero que las ocupe, cualquier objeto para el que lo coja, pobre o rico o soldado o mendigo vagabundo! No hacer prisioneros, más vale alimentar a los buitres que a los paganos. Cada pagano

a quien se le perdone la vida será como un cuchillo plantado en vuestra espalda.

Muy bien dicho, amigos, ojalá que los barones tengan éxito, ellos pueden contar con los hombres; una ciudad forzada es una ciudad perdida.

¡Tres días, amigos! Habrá que darse prisa, los normando y los brabanzones cogerán todo los primeros. —¡Qué locos, decía Elías, están hablando del botín y todavía no se ha ordenado el asalto! Bonita manera de pensar en Jesucristo.

—Bonita manera, dijo Juan Marcos, de servir a Dios con los instrumentos del diablo: pues lo que es pecado mortal en Lille o en Maubeuge lo es todavía

más en la santa ciudad de Jerusalén y nunca ni el crimen ni el robo pasaron por ser obra pía...¿Qué Gilberto, dónde está tu Armageddon? Tomaremos la ciudad a pesar de tus profecías. — Esperad, incrédulos, decía Gilberto, aunque la tomemos no será más que una tregua, puesto todavía no es la verdadera Jerusalén, sino su cara terrestre, además todos sabemos que cien veces la han tomado y vuelto a tomar. Pero la verdadera vez sólo llegará después de los signos y los prodigios, y tal vez no vivamos nosotros bastante para ver esos signos. Pues escrito está que los grandes reyes de la tierra se reunirán para esta batalla y



¿dónde están los reyes? Ni siquiera en nuestros países tenemos grandes reyes, sino enanos a quienes la corona de Carlos podría servir de cinturón.

—Mira, Gilberto, ¿no ves, allí en la multitud, cerca de las tiendas de los flamencos, esos desfiles de hombres blancos que van y vienen y brillan como el acero al sol? —No veo nada parecido. —Lo que prueba que tú no tienes el don de ver los signos. Son las almas de los muertos bienaventurados.

Con la primera estrella el ruido cesaba en las murallas, la oración comenzaba: ellos también, allí arriba, rezaban a Dios. Rompían el ayuno del ramadán y bebían agua fresca.

—Cristianos, bebed esta noche, pero que cada grupo guarde una reserva de agua para mañana y que coloque las tinajas de agua en las zanjas. Es justo que los caballeros y sus hombres tengan ración doble pues tendrán la tarea más dura.

Las cornetas sonaban. ¡Repartid el pan y el agua y el vino, cristianos, dad gracias a Jesucristo por su bondad! No habéis muerto ni de hambre ni de sed, si Dios quiere mañana por la noche volveréis a beber.

Las cornetas sonaban. Recordad, hermanos, en Antioquía, antes de encontrar la Santa Lanza y de echar a los turcos, teníamos mucha más hambre. En

la ciudad hay fuentes, cisternas, agua fresca. Mañana por la noche si Dios quiere.

Las cabezas y los cuerpos se encontrarán los vivos y los muertos se encontrarán.

Nuestros muertos de Hungría y nuestros muertos de Siria, nuestros muertos de Anatolia y del gran desierto. Todos los que en el desierto murieron de sed.

Nuestros muertos de Antioquía y los mártires de Nicea.

Nuestros muertos de Siria y nuestros muertos de Jerusalén; si tuviéramos que vengarlos, cada uno tendría que matar a más de veinte paganos.

—¿Y las mujeres?

¡Vergüenza a quien, antes mismo de que Dios haya pronunciado su Juicio, piense en hacer de la ciudad de Jesucristo una ciudad de fornicación! ¡Y, aunque la orden no pueda darse, que todo cristiano respete a Dios, que no haya estupro!

Sus mujeres son como hienas impuras, como frutas podridas por dentro, que no se crean —los que están en la ciudad— que hemos venidos de tan lejos para apoderarnos de sus mujeres, las nuestras por muy delgadas y andrajosas que estén son flores de lilas, las suyas son de cardos.

Aquella noche un muchacho picardo

llamado Gerbaldo tuvo un ataque de convulsiones y se puso a profetizar: veía a los cuatro caballeros de la Apocalipsis bajar de la colina y cabalgar hacia el campamento, veía las puertas de la ciudad abiertas de par en par, veía las calles y las plazas, y los jinetes gigantescos aplastaban las casas bajo los cascos de sus caballos. El que llevaba la espada tenía el rostro rojo como la luna que se levanta, y el que llevaba la balanza el rostro parecido a una nube ahumada y el que llevaba un arco y las flechas tenía un rostro de plata y el que iba montado en el caballo pálido chorreaba sangre de la cabeza a los pies y ya no tenía ojos sino agujeros

llenos de moscas.

Veía la ciudad como si un ángel la hubiera transportado por los aires, veía la ciudad llena de casas blancas, los caballeros la cruzaban en medio de un viento de tempestad y la ciudad se llenaba de sangre, como una inundación, un río en crecida, la sangre subía hasta los tejados y recubría los tejidos. El chico gritaba: ¡lo veo! ¡lo veo! ¡lo juro!, estaba tenso y vibraba como una cuerda tiesa, hilillos de sangre le salían de la nariz. El padre Imberto lo tapó con su capa y empezó a rezar.

—No temáis, hermanos, el juicio es sobre los paganos, no sobre los cristianos.

Santiago miraba el fuego, mientras frotaba el hierro de su hacha con la tierra seca. ¡Que mañana brille como si estuviera nueva! En el fuego veía casas bonitas. Jardines más bellos que los de Antioquía y fuentes de mármol rosa de donde el agua sale por la boca de unos leones. Estaba soñando. Oye, Picoso. — ¿Qué? — Si es para el primero que la ocupe, tenemos que intentar encontrar los mejores barrios, antes de que los caballeros cojan todo. Que tengamos una verdadera casa bonita para nosotros.

—Yo, dijo Elías, mi botín está a seis pies bajo tierra en Maarret-en-Numan. Volveré a Arras más pobre de lo que salí.

—¿Piensas entonces volver al país?

—Si Dios quiere. ¿Quién sabe? Tal vez será mañana el día de Armageddon... Y entonces no habrá ningún país en ninguna parte, excepto aquí.



# X

Por los siglos de los siglos. In saecula saeculorum in saecula saeculorum in saecula saeculorum acordaos santa María Madre de Dios acordaos, san Pedro, san Pablo, san Miguel y san Gabriel, san Jorge y Santiago acordaos

por este día hemos padecido tres años de martirio.

Estamos muertos, ¿quién nos resucitará?

Mirad: las legiones de ángeles han bajado a la tierra. Una a la puerta de

David, una a la puerta de Sión, una a la puerta de Herodes, una a la puerta de Jaffa. Noche tras noche las balas de cañón volaban hacia la muralla y chocaban contra ella con rabia, una tras otra, apenas el tiempo de cerrar los ojos y decir la mitad de un *Ave* y ¡bang! otra bala y otra, la cabeza sobre los hombros no es más que un estrépito de balas.

Por encima de nosotros vuelan esos pájaros de madera con pico de hierro; tan rápidamente que no se les ve llegar. Hunden sus picos en los escudos y las maderas, en los cascos de cuero y los brazos. Entran profundamente en la carne, la sangre se pone a hervir a su alrededor y la carne se infla. ¡Estamos

cansados, Señor, de tanto mal! Andamos encorvados, con la cabeza agachada para que las flechas no nos vean y pasen de lado.

Los siete ruidos: las balas de cañón que chocan contra los muros. Las flechas que silban. Los heridos que gritan. Los hombres que juran. Los martillos que chocan contra las máquinas. Los ejes que rechinan. Lo peor: la bala de cañón que cae desde lo alto de la muralla.

A la madrugada el cielo sobre la muralla se vuelve blanco. Gritos. Gritos. Gritos tales que la estrella del Pastor tiembla sobre su muro de perla blanca.

Tan fuertes son los gritos allá arriba que el cielo se parte en dos. Hacia la

torre de madera vuelan las flechas en llamas como enormes gusanos de luz, de madrugada que vuelve amarillenta la luz de las antorchas de arriba —*Veni Creator Spiritus*— cuando la oración de la mañana, cristianos, por los que están luchando allá arriba, el canto aprieta los pechos y llena los cuerpos, todos se han convertido en canto. El cántico ruge cantado a plena garganta, garganta quemada, vientre roído por la Gran Bestia, consumido por la Gran Llama, Hambre y Sed las dos hermanas de los pobres, Hambre y Sed rugen la oración de la mañana.

Mientras que allá arriba sobre la muralla de Herodes los gritos de los

nuestros se vuelven más fuertes que los gritos de los malditos.

Las flechas de fuego caen sobre los maderos y los escudos, las lengüecitas amarillas crepitan. Hay que matarlos con cubos de tierra, ¡hijos míos si por lo menos fueran cubos de agua! El cielo se vuelve rojo allá arriba detrás de la muralla, allá arriba donde los hombres armados hacen funcionar las catapultas —la oración es cantada más fuerte, quien no pueda cantar que grite, *gritad gritad gritad hacia Dios*, está ahí— oís oís las flechas ya silban menos, la muralla va a ceder, antes del mediodía se echará un puente desde el castillo de madera hacia la muralla, antes del

mediodía los nuestros habrán puesto los pies allí habrán puesto los pies. Sus pies, sus verdaderos pies sobre la muralla de Jerusalén, sus verdaderos pies, sus zapatos de cuero y de hierro van a correr por la muralla y a bajar las escaleras.

¡Que Dios bendiga al duque Godofredo y al conde Eustaquio su hermano, que Dios les dé de beber y de comer hasta hartarse hasta su muerte, que Dios les dé que puedan lavarse todos los días con agua fresca, a los grandes cristianos a los hombres valientes, fuertes como toros furiosos! La noticia vuela de un extremo a otro del campamento, de boca en boca, el

campamento grita no se oye nada más, todos gritan todo el mundo está sordo de gritos allá arriba allá arriba el sol surge detrás de la muralla en un cielo azul vivo, en la torre de madera los carpinteros trabajan, las balas de cañón no les rompen ya los riñones.

Racimos de hombres, allá arriba en la muralla, levantan y bajan las espadas que lanzan al sol relámpagos blancos. ¡Los nuestros han colgado de las almenas haces impregnados de pez, que Dios nos ayude! ¡El viento sopla hacia la ciudad, el humo en la muralla es tan espeso y tan negro que es como si los turcos tuvieran la noche en pleno día y el horno del infierno! El puente voladizo

está terminado y se baten en el puente y en la muralla.

Hay diez escalas enganchadas en las almenas y se oyen gritos: ¡a las puertas, a las puertas! Y en el campamento se hace un gran silencio, como si todos los corazones hubieran sentido en el mismo momento que Dios estaba allí: se podía ver, de lejos se podía ver, en la muralla allá arriba había unos hombres con armaduras cristianas, con espadas cristianas, no se batían, estaban recuperando la respiración.

En el puente de madera, en las escalas de la torre de asalto, un torrente de hombres se precipitaba hacia arriba, tan de prisa que apenas se les podía



seguir con los ojos, los cascos brillaban al sol; inmediatamente después estaban sobre la muralla, sus espadas lanzaban mil relámpagos. Entonces se oyó un grito, un grito terrible como si toda la llanura alrededor de las murallas no fuera más que una inmensa boca abierta gritando de alegría. De alegría. Viva Dios. Viva Dios. Jesucristo. La sed y el calor gritaban. Beber. Beber Jerusalén. Beber en Jerusalén. Los relámpagos de las espadas ardían sobre la muralla como un sol roto en mil pedazos.

Las Puertas. ¿Quién puede contener un torrente en crecida? ¡Rota a golpes de ariete, la puerta se abría despacio, en medio de un estrépito de barras de

hierro retorcidas, Puerta del Paraíso, alta, negra de hollín, desportillada por las piedras, la puerta cedía, detrás había una luz, detrás estaba el sol!

Los soldados se precipitaban por ella, se empujaban, saltando por encima de los maderos y de los cadáveres, quitando los escombros a su paso; los caballos de combate pesadamente enjaezados, relinchando, temblorosos de sed, avanzaban en largas filas y la muchedumbre se separaba ante ellos. Los caballeros, lanza en ristre, las caras sudorosas, tan tiesos en las monturas como bloques de piedra, esperaban su turno para precipitarse hacia la puerta abierta.

*Los nuestros están batiéndose ya en la ciudad,* hay que cargar con toda nuestra fuerza, no hay que dar tiempo al enemigo de recuperarse.

Por sus escudos se conocían sus nombres, nunca fueron saludados de esa forma, amigos nuestros, cristianos nuestros, vengadores de Jesucristo, Dios os da la alegría en este mundo, valientes, Dios os protege de los golpes, ¡matadlos a todos que no quede ni uno!

Los caballos piafaban y cocebaban, la puerta no era ancha, sólo pasaban dos a la vez, pero la caballería entraba rápidamente. Ya no había más enemigos por aquel lado y en la torre encima de la puerta flotaba al viento el estandarte del

duque Godofredo, con el asta dorada brillando al sol.

Entonces los ángeles empezaron a bajar del cielo.

Cuando entraron en la ciudad no sabían si era de día o de noche.

Pues llegaron a entrar. Que todos lo sepan, todos, por dos puertas abiertas de par en par, por encima de los puentes de madera de doce pies de ancho. Las puertas abiertas, las barras de hierro desencajadas, las cerraduras saltadas, la madera de las hojas ensangrentada como el tajadero de una carnicería. Todos iban sin mirar entre sí, como la multitud que huye de un incendio. Por encima del foso lleno de brulotes humeantes y de

cuerpos medio quemados, en la puerta abierta por donde había pasado ya la caballería por encima de los cuerpos pisoteados que formaban a la entrada como una litera roja, cabezas y pechos hundidos, huesos saliendo de la carne, montones de entrañas azuladas mezcladas con jirones de ropa.

Iban andando sobre todo eso descalzos, sin escurrirse, todos los caballos habían pasado por encima, iban andando en el estiércol mezclado con los huesos rotos, gracias a Dios los hombres tenían los pies duros como los cascos de un caballo. Gracias a Dios tenían los oídos tan llenos de estrépito y de aullidos que cualquier grito por atroz

que fuera les llegaba mitigado como a través de la piel de un tambor. Ellos mismos gritaban y no se oían. Desde por la mañana todo el mundo gritaba de tal manera que los gritos eran cubiertos por el estrépito de los arietes, quejidos de madera, de piedra o de metal, silbidos chasquidos crujidos gruñidos explosiones de piedra contra piedra y redobles de tambores todo ahogado en los gritos de los hombres, que no eran voces humanas sino rugidos de rabia. No eran voces. Las gargantas de mil hombres convertidas en trompetas monstruosas que bramaban y mugían y ladraban a muerte bueyes desollados vivos, osos heridos, gritos de muerte tan

feroces que eso solo bastaba para machacar como un arma, los hombres se batían en las murallas y en las puertas, en las torres y en las azoteas de las casas cercanas a las murallas, moribundos, tripas colgando, cuerpos heridos, seguían luchando, paganos y cristianos se agarraban unos a otros como sanguijuelas, y a menudo uno de ellos estaba ya muerto y el otro seguía golpeándole y aullando de rabia.

...¡Pero cuando se vio a través del humo que la muralla había sido tomada las manganas al revés, los estandartes con la cruz hincados en las torres, los cristianos invadiendo toda la muralla el muro libre, sin defensa!

Como un viento de tempestad que levanta una tromba de arena, en unos instantes el campamento quedó vacío, los soldados pasaban el muro y entraban en la ciudad, prodigio terrible, esas murallas tan odiadas tan temidas se habían vuelto de repente pequeñas y ridículas, bastaban unas escalas para subir a ellas como a un manzano.

Todos gritaban, todo el campamento gritaba como una parturienta liberada de su carga. Corazones desollados vivos, quemados con el vitriolo de la alegría.

¡Señor Dios les hemos ganado, estamos del otro lado, el día es nuestro!

El día es bello.

Por detrás de la muralla subían



nubes de polvo y los gritos de la batalla y los otros gritos. El otro grito.

No había ni un hombre en el ejército ni una mujer ni un niño que no conocieran ese grito en lo más profundo de sus entrañas, sin oírlo lo conocían, el gran aullido de muerte de las ciudades perdidas.

Rápidos como las llamas los soldados habían entrado en la ciudad y trabajaban con el hacha y la porra.

Todos lo sabían, los soldados de Iftikar retrocedían, subían hacia el Templo de Salomón retrasando como podían el avance de los cristianos por medio de trincheras improvisadas formadas con cadáveres y escalones de

piedra desencajados; otros tiraban flechas desde lo alto de las azoteas.

Las puertas estaban abiertas y, tras los empujones de la entrada, los peregrinos habían conseguido entrar, al pie de las murallas devastadas como por un temblor de tierra y por todas partes, sobre las pilas de balas de cañón, sobre los montones de haces, se veían los cuerpos de los cristianos y de los paganos, tirados por el suelo, desarticulados como muñecos de serrín, montones de jirones ensangrentados tirados por ahí como por casualidad habían luchado duramente y ahora estaban como cáscaras de nueces abandonadas, más insignificantes que la

piedra y los pedazos de madera. No quedaba ni uno solo que hubiera que matar o rematar, y la calle mayor estaba tan llena de gente como en un día de mercado.

No se sabía verdaderamente si era de día o de noche, la luz estaba roja pero no como la de una puesta de sol, sino como la de un gran incendio, pero sin incendio. El cielo estaba rojo de gritos. Todos gritaban, la muchedumbre corriendo por las calles gritaba. Y un aullido penetrante, continuo, salía de los patios de las casas. Un grito rojo. La calle iba derecha hacia el Templo, allí se batían todavía, en medio del tumulto a veces se reconocía el grito de guerra de

la caballería brabantona.

Había una calle cubierta como una caverna, al final ardía una luz roja, deslumbrante, en las escalinatas de la calle estaba tirado todo lo largo que era el cadáver de un sudanés, inmenso, poderoso, con los brazos en cruz; sobre su cara negra echada hacia atrás el blanco de los ojos y sus dientes brillaban como si estuvieran iluminados desde dentro.

...La caballería avanzaba en primer lugar para romper más fácilmente la resistencia en las calles, pero la guarnición había retrocedido hacia el Templo por las azoteas y las callejuelas y había atrincherado todas las puertas y

por las ventanas tiraban sobre los caballos y los jinetes. Las calles principales estaban tan llenas de gente que huía hacia la ciudadela que los caballos no podían avanzar.

Pero todo comenzó cuando se vieron los estandartes de Toulouse flotar sobre la torre de David.

Pues los provenzales habían sostenido el combate durante todo el día y por una brecha de la muralla entraban en la ciudad, a centenares, gritando: ¡Jesucristo y Toulouse! ¡La Cruz y san Gil!, hombres de espada y de lanza echándose sobre todo lo que se encontraba al paso con tal furor que la muchedumbre que corría hacia la

ciudadela gritando se echó para atrás y dio media vuelta. Entonces fue como el asalto de dos olas que se rompen una contra otra, sabe Dios cuánta gente murió en el acto, aplastada o ahogada. Y entonces comenzó la carrera por las calles. La ciudad se había vuelto loca.

El cielo estaba rojo y de repente empezó a palidecer y se volvió verde como un cadáver. Pero a causa de los gritos y de la carrera loca de tantos miles de cuerpos sudorosos de miedo o de rabia, en las calles estrechas el calor no cedía sino que se hacía más terrible todavía. Los hombres corrían con antorchas encendidas para atacar o para defenderse y se oían gritos de ¡fuego! y

desde las azoteas algunos tiraban montones de boj ardiendo.

Eran miles y miles. Gentes de toda especie, hombres fuertes vestidos con túnicas bordadas, ancianos con turbantes de telas de colores, pobres de túnicas de telas ordinarias, obreros de taparrabos y pecho desnudo, mujeres envueltas en velos, mujeres con un simple pañuelo a la cabeza, niños y niñas, niños pequeños llevados en brazos y levantados por encima de las cabezas de la gente. Ya no corrían, daban vueltas y vueltas, en el mismo sitio, ya no sabían por dónde correr, y se echaban contra las puertas de las casas, golpeándolas, se llamaban unos a otros a voz en grito, se cogían

unos a otros por el brazo, se empujaban con los codos los de Arras seguidos por un grupo de peregrinos normandos avanzaban de lleno sobre esta muchedumbre que bajaba lentamente por la calle, lentamente pues no quería avanzar pero la empujaban, y ellos se agarraban a las paredes de las casas, empujaban a los otros hacia atrás, con los puños levantados, los ojos desorbitados, los turbantes arrancados, algunos caían al suelo, otros intentaban alzarse apoyándose en los hombros de los otros y en este momento los peregrinos avanzaban sobre ellos, blandiendo lo que llevaban en las manos, hachas, porras o chuzos,



avanzaban chillando y gritando, empujados por detrás ellos también, y de repente vieron a esta masa humana que taponaba la calle vacilar e inclinarse como un campo de trigo doblado por el viento, y se oyó un solo grito de terror que salió de centenares de bocas, ante ellos, unos ojos unos ojos ebrios de terror, un rebaño de almas vivas locas de terror.

Ebrios también, embrutecidos, gritando también a voz en grito los hombres golpeaban, como podían, con toda la fuerza de sus brazos, como leñadores, en el montón, los cuerpos se inclinaban y caían —golpeaban a ciegas sobre todo lo que se movía, ya no había

tanta gente ni empujones— bien porque la gente hubiera entrado en las casas bien porque habían desaparecido por otra calle—, los peregrinos avanzaban, se abrían paso, golpeando y golpeando, todos querían estar entre los que golpeaban más y mejor.

Nadie resistía, era más fácil que matar corderos, los cráneos reventaban como calabazas, los brazos y las piernas se rompían como ramas y todo eso salpicaba crujía gemía agonizaba era casi de noche, ni siquiera se podía saber lo que había allí, un montón de larvas calientes, brazos extendidos y, a veces, taladrando el ronco y quejumbroso clamor, una voz aguda de mujer. Nadie

se defendía. Aunque hubieran tenido armas, no hubieran podido hacerlo, se había terminado todo. Ya no había en la ciudad más que lobos y corderos. El más débil de los cristianos hubiera degollado fácilmente a un soldado. Por el cruce llegaban unos arqueros flamencos con antorchas e inmediatamente echaron mano del carcaj. —¡Para, son de los nuestros! — Hermanos, salud, ¿qué noticias hay? — El Templo de Salomón ha caído, todo está limpio por ese lado.

El Picoso preguntó: ¿Dónde está entonces la batalla? —¡Viva Dios y nuestro conde Roberto! La batalla ha terminado, los provenzales han

acorralado a Iftikar en la ciudadela. Estamos buscando a los soldados que se esconden en las casas.

A los muertos caídos por el suelo, los separaban con el pie, el Picoso dijo: traidores, todos se han escondido o se han escapado, ¿dónde ir a buscarlos? y echó a correr por una calle en escalera de donde salían unos gritos y se veía como un reflejo de fuego; todos le seguían, picardos, artesianos, normandos, pues no querían perderse. Y el cruce de calles ahora era como un hormiguero de soldados flamencos que llevaban colgando de los cinturones las cabezas de sus enemigos por los pelos.

Al final de la calle había un fuego

encendido delante de la mezquita y en él estaban quemando a dos hombres que, con el pelo y la barba en llamas y la ropa humeante, intentaban escaparse mientras que unos soldados los empujaban hacia la hoguera con las puntas de sus lanzas. —Son sus sacerdotes. La puerta de la mezquita estaba abierta y unos hombres corrían por ella con unas antorchas. Había que purificar todo con el fuego. En la plaza hacía calor, la llama roja inundaba los muros y danzaba sobre los rostros y los pechos de los soldados. Largos lamentos dolorosos y quejumbrosos salían de las casas de detrás de la mezquita. Hay paganos por allí, vamos. Alix entró

corriendo en la mezquita y salió con una lámpara de cobre encendida. —Toma san Juan, dijo, llévala tú, tú no tienes arma.

San Juan miraba, a través de las llamas, a los dos sacerdotes musulmanes que, echados sobre la hoguera, no se movían ya; el fuego crepitaba y se extendía por sus espaldas y las nuca, soltando un humo negro. Ven, le dijo Santiago, no es bonito verlo. San Juan seguía mirando, con los ojos muy abiertos, con la boca temblorosa. — Santiago, tengo miedo, dijo. Se me rompe el corazón de miedo. —¡No es un día para tener miedo! Había una especie de caravasar o mejor dicho un patio

enorme lleno de gente. Era ahí donde se lamentaba la gente. Todavía estaban encendidas dos hogueras para hacer la comida. Unas mujeres tiritando acercaban a ellas las manos frías de los niños; unos hombres se retorcían los brazos y los levantaban al cielo al mismo tiempo que gemían con unas largas lamentaciones que parecían oraciones de duelo. Y cuando los peregrinos hicieron irrupción en el patio, blandiendo sus armas por encima de sus cabezas, nadie gritó y de repente se hizo un silencio de muerte.

Todos se miraban como si hubieran recibido un martillazo; después los niños se pusieron a chillar, debía haber

muchos niños y todos gritaban al tiempo; los hombres se adelantaron, con los brazos levantados, se golpearon la frente y se inclinaron; algunos se pusieron de rodillas. ¡Venga!, dijo el Picoso, hagamos lo que tenemos que hacer.

Buen trabajo. No tan fácil, pues esa gente empezó a huir por todos lados, unos hacia los cuartos interiores, otros sobre la azotea, pero eran muchos, seguramente más de cien, y se atropellaban unos a otros. Unos cogían los hurgones, otros unos palos, otros sacaban sus cuchillos. Pero cada uno estaba solo, como un animal acorralado, no podían hacer frente a la banda de peregrinos.



Que no quede ni uno. Ni un hombre ni una mujer ni un niño. Que sepan lo que es la venganza de Dios.

Solamente Santiago, con su hacha, se cargó a seis, de un hachazo certero en la cabeza. Era de noche y sin embargo se podía ver como en pleno día, he aquí el milagro de Dios. Se podía ver porque sabían lo que hay que ver y cómo actuar. Fue allí donde perdieron a san Juan.

Los chiquillos se habían subido a la azotea porque las mujeres habían corrido hacia allí a toda velocidad, llevándose a los niños con ellas. Y Mardoche dijo: los niños, es asunto nuestro. Los cogemos por los pies y los tiramos a la calle. La casa es alta. —

¡Ánimo, muchachos! Un cuchillazo en la garganta a las mujeres que se opongan y los niños todos al borde de la azotea. San Juan, al ver esto, perdió la cabeza. ¡No, decía, amigos míos, no hagáis eso, no hagáis una cosa así.

Y lloraba y gritaba y se colgaba del brazo de los chicos: ¡no, no lo hagáis no, no, por amor de Dios!... y se puso delante del grupo de niños paganos que se cogían unos a otros y piaban como pajaritos, y se puso así, en el borde de la azotea, con las piernas separadas y los brazos extendidos para impedir que empujaran a los niños. Guillermito le dijo: no hagas el tonto, san Juan, y Bertina dijo: ¡Venga muchachos,

démosle una buena paliza! Y san Juan seguía gritando: *¡hijos míos, no lo hagáis!*

Mardoche, guiñando los ojos, separado del grupo tendía lentamente el arco; en la comisura de los labios se le veía una sonrisa. La flecha silbó y se clavó en plena garganta de san Juan; el pobre chico agitó un instante los brazos, perdió el equilibrio y cayó a la calle. Los demás apenas tuvieron tiempo de ver cómo sus piernas pataleaban en el aire antes de desaparecer. Bonita voltereta. Los chicos soltaron la carcajada. Bertina aplaudía. —Bien hecho, Mardoche. ¡Tira otra vez! Bertina se asomó para ver. Treinta pies más

abajo, sobre los adoquines de la plazuela iluminada por el resplandor lejano de la hoguera, se veían los cadáveres, pequeños montones negruzcos, parecían pajaritos abatidos por una tempestad.

—¿Lo ves?, dijo Guillermito. — ¡Claro que sí! Muerto completamente, con la cabeza de lado. Todos reían. ¡Qué mentiroso y decía que él no podía morir! — ¡Tira otra vez, Mardoche, y apunta bien!

Los niños gritaban, Bertina y Onésimo los cogían por el pelo y los tiraban a la calle, plaf, plaf, uno y otro y otro.

Después un muchacho bastante alto

—tenía trece años y era casi tan largo y delgado como Mardoche— se levantó y se echó a reír también, con una risa silenciosa que descubría unos bonitos dientes blancos; había estado acurrucado apretando contra sí a dos niñas y a un niño de faldones, después se levantó y se puso delante de Mardoche mirándole fijamente en los ojos, pasó las piernas por el borde de la azotea, con el niño en los brazos y las niñas agarradas a su camisa y los cuatro saltaron en el vacío con un grito enorme más de alegría que de terror. Otros niños hicieron lo mismo, tontos, como si fueran corderos. Mardoche tendía el arco. —¡Esa mujer, la que grita,

apúntale al cuello!

Abajo se veían pasar unas antorchas, unos soldados pasaban, blandiendo en las lanzas cabezas y brazos. —Eh, arriba, ¿estáis locos? ¡Es peligroso, puede matar a alguien! Onésimo y Guillermito habían tirado a una chica que se había aplastado justo a los pies de uno de los soldados, había faltado poco para que cayera encima de él.

En el patio había todavía unos hombres que creían poder salvarse subiéndose a la azotea. He aquí lo que hacían con éstos: Guillermo el Picardo se había puesto en lo alto de la escalera y en cuanto uno de los que querían escapar llegaba al último escalón

Guillermo lo abatía con un porrazo en la cabeza y lo tiraba abajo. Pero esos hombres estaban tan enloquecidos que ni se daban cuenta de lo que pasaba y, vacilantes, ensangrentados, se agarraban a la pared y subían las escaleras sin pensar en lo que les esperaba allí arriba. No veían más que lo que ocurría en el patio. Pues arrastraban al patio a aquellos que se habían refugiado en la galería y en los cuartos y allí los abatían a hachazos y a martillazos, y los hombres trabajaban como segadores en un campo, sin distinguir a los vivos de los muertos, de tal forma hicieron pedazos a tantos cadáveres, que era imposible después ver a quién

pertenecía una cabeza o unos brazos.

—¿Nos llevamos las cabezas, Picoso?

—Ni lo pienses, ¿qué haríamos con ellas? Haría falta una carreta. Tenemos trabajo en otro sitio. ¡Eh, Guillermo! ¿No queda nadie más en la azotea?

En la azotea los chicos corrían, saltando por encima de los cuerpos, resbalando en los charcos de sangre como sobre el hielo en invierno, tan excitados que faltaba poco para que ellos también se cayeran a la calle.

¡El mirlo canta, la hierba reverdece!

¡La alondra canta, el espino ha florecido,

yo te daré el Templo de Salomón



yo te daré la torre de David!

¡Muchachos, la mezquita está ardiendo, los diablos han conseguido salir de ella!

Las llamas danzaban sobre el tejado de la mezquita y se reflejaban en la cúpula baja pintada de azul.

¡Bajad, gritaba Guillermo el Picardo, bajad mala hierba, no es el momento de jugar al corro!

Unos soldados llegaban al patio con unas antorchas; por la manera de hablar eran hombres de las Ardenas —túnicas, polainas y brazos negros de sangre, sangre en las barbas— iban tirando de dos mulos cargados de sacos y de cestos. —¿De qué país sois amigos? —

Somos los pobres de Artois y de Picardía. ¿Qué noticias? —¿Qué noticias? Nos hemos perdido por todas esas calles, buscamos el Templo. — ¡Oye, dijo Santiago, no habéis perdido el tiempo, apuesto a que no son cabezas de paganos lo que lleváis en esos cestos!

—Mézclate en tus asuntos, nos hemos ganado bien nuestro botín.

—Esta noche, no, dijo Elías. Esta noche, no. Estaba limpiando el hacha con una capa de lana.

—No hemos venido aquí para coger esta casa, hay trabajo en otra parte. Miraba a los niños que corrían por la azotea, sombras finas y oscuras sobre un

fondo de humo rosado.

—Entonces, en camino, dijo Juan Marcos, dadnos una antorcha.

El soldado que iba a la cabeza obedeció sin siquiera pensar en enfadarse, ya no había más pobres aquella noche. Juan Marcos era alto e iba tieso y derecho como un obispo, con el brazo izquierdo se apoyaba en su bastón negro de sangre.

Las ventanas de la mezquita brillaban como soles, dentro todo crujía, crepitaba, las llamas cantaban; hacía tanto calor como en un horno, las paredes de las casas estaban rojas. A lo lejos, detrás de las casas pegadas unas a otras se veían más humos. Por todas

partes se oían gritos, en las calles no había más que cuerpos muertos. Los chiquillos corrían y chillaban. —Oye, Picoso, mándalos callar, dijo Alix. A Elías le daba lo mismo, sólo pensaba en encontrar más gente que matar. Una gran alegría le invadía, como si en su pecho se abriera un agujero inmenso, un agujero más profundo que un pozo más amplio que una cisterna, que se fuera llenando de sangre tibia y roja y se fuera haciendo más profundo a medida que se iba llenando. Todavía no había bebido nada desde la víspera y no tenía sed. Nadie había bebido nada desde la víspera. ¡Han prendido fuego al Santo Sepulcro, han asesinado a los monjes de

los conventos!

¡Nos limpiaremos el culo con la barba de sus sacerdotes, les quemaremos los ojos con hierro al rojo vivo, han matado a todos los cristianos hasta el último los han echado en las fosas de estiércol!

El cielo se volvía blanco y en la plaza grande delante del Templo desfilaban multitudes de hombres a pie y a caballo, en un alegre desorden de feria. —¿No es verdad entonces que han quemado el Santo Sepulcro? No, pero el camino está cortado, todo el mundo no puede ir allí a la vez, hay que ir por turnos.

—¿Quién es toda esa gente en la

azotea del Templo? ¡No parecen cristianos! A algunos se les veía, en el amanecer blanquecino, acurrucados o apoyados en las torrecillas, envolviéndose frioleramente en sus capas blancas. Los peregrinos y los ardeneses subían corriendo a la azotea por la escalera exterior; el Templo era un edificio amplio, con una cúpula grande dorada y con la azotea pavimentada de ladrillos esmaltados, desde lo alto de la azotea se veía la mitad de la ciudad con sus calles llenas de una muchedumbre rugiente, los miles de tejados claros y llanos y las cien flechas rosas de los alminares. Unos soldados normandos vigilaban la azotea,

su estandarte estaba plantado sobre una de las torrecillas. —¡Qué, hermanos!, ¿qué estáis esperando? ¡Hay paganos en la azotea! —Volved de donde venís, son los prisioneros de Tancredo. Había ya unos veinte en la azotea y los normados no eran más que dos. Entre todos los atropellaron y les arrancaron el hacha. —¡Por Jesucristo y la Santísima Virgen, dijo Santiago, por el Santo Sepulcro! Tancredo no cobrará jamás el rescate por esa gente.

Los ardeneses corrían con sus lanzas y los pobres con sus armas de fortuna, allí había unas docenas de soldados de la guarnición egipcia y algunas mujeres; todos sentados o acostados, pálidos, tan

extenuados que apenas tenían fuerzas para levantar la cabeza. Cuando comprendieron lo que ocurría ni siquiera gritaron; pero algunos fueron a tirarse desde la azotea, sobre la muchedumbre de mirones que iban a mirar el Templo.

Valía la pena verlo. ¡Señor Jesús!

Un verdadero Juicio Final.

El Templo era casi tan amplio como la catedral de Constantinopla y a lo largo y a lo ancho unos pilares macizos sostenían las bóvedas, y alrededor de la gran cúpula y de las galerías de mármol había unos escudos colgados, incrustados con letras de oro. Muros y pilares estaban cubiertos de mosaicos



brillantes, formando círculos y estrellas de colores blanco oro negro y azul; y unas lámparas colgaban entre los pilares. No estaban encendidas. Se columpiaban lentamente, reflejando la luz amarilla de las antorchas de resina que en la penumbra parecían moverse solas. Un día pálido caía por las ventanas alrededor de la cúpula, iluminando las balaustradas de las galerías.

Unas antorchas se desplazaban lentamente, se paraban y vacilaban; pues había hombres vivos allí dentro, desperdigados por todas partes pero en la inmensidad de la nave de cien pilares parecían perdidos. Se oían sus voces

roncas, sus lamentos, sus gritos. La luz de las antorchas se reflejaba en unos charcos inmensos de líquido rojo, de donde emergían en masas informes unos cuerpos tirados por el suelo, aislados o en montones de cinco o seis.

Era verdad y quien no lo ha visto no podría creerlo. Pues el suelo del Templo era de losas de mármol y estaba rodeado de unos escalones lo que impedía que la sangre llegara fuera. Se quedaba allí, a la altura de un escalón. Un hombre que se hubiera caído en el suelo se le hubiera cubierto la cabeza de sangre y se hubiera ahogado. De tanta sangre como había corrido, sangre pagana y sangre cristiana mezcladas, pues en la

batalla todos se buscaban la garganta y a los heridos se les cortaba la cabeza. La luz de las antorchas se extendía sobre la sangre espesa, viscosa y pesada, y todo eso proyectaba sobre todo el Templo un resplandor rojo y mate.

Había tantos que habían sido empujados contra los muros, amontonados alrededor de los pilares, tantos, que el Templo parecía lleno de fieles en un día de fiesta. Una gran muchedumbre, el Juicio Final. En el centro, bajo la cúpula, llegaba la luz del día y podía verse a los soldados y a los monjes, arrodillados en la sangre, dando vuelta a los cuerpos.

Muchos estaban en tal estado que no

se podía distinguir si eran cristianos o paganos.

El conde de Flandes, Roberto, llegaba con sus escuderos y sus caballeros, con las capas sobre los hombros, los caballos limpios y relucientes. Todos entraron por la puerta grande del Templo y, lentamente, avanzaron hacia el púlpito lleno de cuerpos; los caballos de batalla, que no tenían miedo de la sangre pero que nunca habían visto tanta junta, levantaban las orejas y movían las fosas nasales. El conde había perdido allí a varios de sus caballeros, pero no venía para llorar. Pues era el día de una gran victoria.

¡Mirad, cristianos, lo que han hecho, mirad! Aquí se ha luchado hasta el último hombre vivo. Es Dios quien ha pronunciado la sentencia. Algunos cristianos han salido vivos de este infierno, pero ningún pagano.

Los provenzales llegaban, cruzando la ciudad al galope, alegres como si salieran de un festín. ¡Salud, hermanos, viva Toulouse y san Gil! ¡Y san Miguel y san Jorge y san Saturnino! ¡Alabado sea Dios que ha liberado el Santo Sepulcro! La caballería en el Templo y que todos desfilen por él. Pero no es un día para convertirlo en establo, es la fiesta de la sangre, *hay sangre hasta el último escalón*, no se puede evacuar, las

alcantarillas están tapadas por los cuerpos.

Soldados y peregrinos, con los ojos brillantes de fiebre, la cara sucia y sudorosa, entraban a mirar, andando sobre los cadáveres para no chapotear en el líquido viscoso. ¡Oh espectáculo edificante digno de la sabiduría de Salomón, imagen de las vanidades humanas! ¡Un templo tan bello brillante de oro, de mármol y de piedras de colores, convertido en matadero! No lloréis a vuestros mártires caídos aquí, ellos se han merecido la alegría. Si el corazón os da un vuelco, no os emocionéis, es la debilidad de la carne.

*¡Oh Jerusalén en la sangre lavada*

*Oh Jerusalén en lágrimas bañada*

*Oh Jerusalén conquistada y*

*vengada!*

Filas de cristianos sirios con unos ganchos largos empujaban los cadáveres caídos en la calle hacia los regueros de las aceras: una procesión avanzaba con cirios e incensarios. Los sacerdotes griegos vestidos con los ornamentos de los días de fiesta bordados de oro avanzaban formando un gran cortejo. Con unas ramas de boj iban echando agua bendita a su alrededor, purificando las casas y las calles. Detrás los seguían unos monjes, cantando a coro los

cánticos de la liberación. Su canto poderoso atravesaba el jaleo que salía de los patios y de las calles, como un navío que se abre paso entre los montones de restos de un naufragio. El resplandor de los cirios con el sol levante era pálido y pálidos también los rostros graves rodeados de barbas rizadas. Nadie había dormido aquella noche, a no ser el último sueño.

*¡Jamás Tancredo cobrará el rescate  
Ni Godofredo ni ningún otro barón,  
Quien quiera tener la alegría y el  
perdón*

*Servirá a Dios sin ninguna  
traición!*



*¡Quien deje vivir a los traidores  
malditos*

*Escupe al rostro de Dios Jesucristo,  
Quien traicione a Dios para cobrar  
un rescate*

*Que nadie sobre él cante un cantar  
Si no es el de los traidores!*

*Oh la tan llorada  
la tan deseada  
tú serás vengada.*

¡Amigos, no nos han dicho la  
verdad, el Santo Sepulcro está ardiendo!  
¡Mirad esas llamas, esos humos, el cielo  
está ya todo negro!

¡No supieron liberarlo a tiempo, los  
traidores le han prendido fuego, quieren

ocultárnoslo!

¿Es posible? ¡El diablo ha nublado la vista de Godofredo y de su hermano y del conde Roberto, y ha hecho surgir delante de ellos una iglesia falsa, como un espejismo en el desierto, y mientras tanto los egipcios prendieron fuego a la verdadera! No llegamos a tiempo para impedirlo.

Temblorosos, con el corazón tan apretado que no podían contenerse los gritos, los hombres corrían. Unos cuantos arqueros se habían mezclado a la muchedumbre de peregrinos, los monjes lloraban y blandían las cruces como si se dispusieran a golpear a los paganos con ellas. No sabían de dónde

salía el humo, oían acercarse un tal clamor, tales gritos de dolor, rugidos, aullidos, que ellos mismos se pusieron a aullar como lobos. —¿Qué es esa matanza de allá abajo? —Los tafures han entrado en la ciudad por la puerta de Sión.

No, buena gente, lo que está ardiendo es la gran sinagoga, no vayáis allí, no veréis nada, hay ya demasiada gente allí.

¡Viva Dios! Los judíos han recibido su salario. Están todos dentro cantando el último cántico. ¡Que Dios tenga misericordia de sus almas, qué sufrimiento han padecido!

En la calle no había más que

cristianos y muertos; los otros se encerraban en las casas, había miles de casas ricas y pobres llenas todavía de esa raza maldita. Los soldados derribaban las puertas a hachazos y entraban en los patios, entonces las gentes iban a esconderse en las bodegas o en los cuartos más alejados.

Los tafures habían invadido un barrio rico, al sur del Templo; y con las hachas, los cuchillos y las cimitarras cortaban las cabezas como los leñadores cortan las ramas de un árbol. Nadie se atrevía a resistirlos: espantaba más verlos a ellos que a caballeros armados hasta los dientes. De buena fe, los paganos creían que los demonios venían

a buscar sus almas, pues esos hombres desnudos eran muy delgados y muy negros de cuerpo, cubiertos completamente de sangre seca; tan inhumanos eran sus rostros agrietados con barbas espesas, sus bocas desdentadas; sus ojos sin mirada, que sólo con verlos hombres fuertes y valientes retrocedían aullando.

El miedo los rodeaba y andaba delante de ellos como el humo delante de la llama, no hay nada más espantoso que hombres que no tienen miedo de nada.

Esos verdugos de Dios, esos comedores de hombres golpeaban con la boca abierta con una sonrisa sin alegría,

no se encarnizaban, cortaban directamente las cabezas. En un patio con arcadas de mármol colocaban en filas a lo largo de la piscina a todas las mujeres de un harén, jadeantes como ciervas acorraladas, y las iban decapitando una tras otra; y el agua roja de la piscina se llenaba de cabezas pálidas de largas trenzas negras que flotaban a la deriva, almocárabes de docenas de serpientes. A hachazos los tafures rompían los cofres, las cristalerías de cristal bueno y las vajillas de plata, las fuentes, las lámparas; reventaban los almohadones de seda y las habitaciones devastadas se llenaban de una nieve de plumón blanco

y el plumón se pegaba a la piel de los hombres desnudos que se volvían más horrorosos todavía, parecía como si estuvieran cubiertos de lepra blanca.

El duque Godofredo había enviado una tropa de hombres suyos conducida por dos caballeros, para intentar detener todo el jaleo; los caballeros estaban ya en el patio de un hombre rico, pavimentado de mosaico rosa y blanco, que estaba inundado de sangre. Los tafures hacían salir a los caballeros de las cuadras, uno a uno; un hombre sujetaba el caballo por la brida, levantándole la cabeza, y otro de un cuchillazo le cortaba el cuello. La sangre salía a chorros como una fuente

poderosa y el animal después de un último sobresalto caía de lado. Así pues, uno de los caballeros, poniéndose de pie en los estribos y lanza en ristre, les gritó que se pararan y que era una locura matar unos caballos tan buenos; que esos caballos podían ser útiles al ejército. Los tafures se reían, con una risa ronca, baja y sin alegría, descubriendo las encías melladas. El jefe dijo: Mañana ni Jesucristo ni el ejército ni nadie tendrá necesidad de caballos.

Pero como Saúl y Achab los barones serán castigados por su avaricia.

Mientras tanto habían sacado a otro caballo y el hombre encargado de



matarlo se puso en posición de hacerlo con el cuchillo. —¡Basta!, gritó el segundo caballero, ¿vamos a dejar matar de esta manera esos animales?, y se adelantó, intentando pinchar con la lanza el pecho del hombre, sin querer herirlo, sin embargo. El hombre, de un movimiento rápido, se separó y, con la cabeza alta, dio un paso hacia adelante; el caballo del caballero, espantado, relinchó y se levantó sobre sus espolones, un segundo después el cuchillo brillaba y desaparecía en un chirrido ronco seguido de un chapoteo: el caballero sólo tuvo tiempo de saltar a tierra. Su caballo dio unos saltos y por fin cayó, las herraduras por el aire. Sin

decir una palabra, el caballero saltó en la grupa de su compañero y dieron marcha atrás seguidos de sus hombres.

¡Saúl mató a mil y David mató a diez mil!

*¡Emisarios de Saúl vuestro reinado ha terminado, Dios os ha juzgado!*

¡Mañana ya no habrá ni ricos ni pobres y vosotros que ambicionáis las riquezas serviréis de pasto a los chacales! Os pondrán a la izquierda, y los machos cabríos serán separados de las ovejas fieles.

Dios os espera detrás del muro de David en el valle de Josafat. ¡De Jerusalén la santa hacéis una guarida de ladrones!

Así por cada casa por donde pasaban no dejaban con vida ni hombre ni mujer ni niño, ni caballo ni burro ni perro ni gallina; no dejando intacto ningún objeto de valor, aunque no fuera más que una tinaja de barro, reventando los sacos de trigo y las vasijas de aceitunas y derramando todo sobre los charcos de sangre.

Beber. El sol calienta y las piedras no se han enfriado en toda la noche, por todas partes antorchas e incendios, aquí y allí, y el sudor de la fiebre de decenas de miles de cuerpos. Hasta los cuerpos muertos desde hace horas están calientes. En el cruce del camino hay un pilón por donde corre el agua, gota a

gota, en el hueco de una piedra; el agua está roja y por los bordes hay regueros de sangre negra. Pero nadie presta ya atención a esto, todos meten la cabeza en el agua, meten las manos y beben a manos llenas, el agua está salada como las lágrimas. Nadie encuentra a los suyos, hay gente por todas partes, entre los rostros conocidos y desconocidos no hay ninguna diferencia, todos parecen iguales manchados de sudor rojo, rojo a fuerza de limpiarse la frente con las manos rojas...

...Malditos seáis, perros, ni siquiera tienen expresión de hombres, ojos por todos lados, ojos abiertos desmedidamente bocas abiertas, están

locos de terror, corren como ratas cogidas en la trampa, avanzan con los brazos en cruz delante de sus cabezas.

¿Qué más da que sea viejo? Una barba blanca como lana de cordero, dientes que castañetean, labios azulados de miedo, manos llenas de venas azules; da balidos como un cordero. ¡Canta viejo, has vivido tu vida, tienes miedo, nosotros no tenemos miedo de la muerte! Tienes un bonito cráneo calvo, menos duro que la madera de olivo, mirad como estalla como una enorme nuez, cuánta sangre, está cubierto y vestido de sangre brillante, el rojo qué bonito color, fresco y profundo, el color más bonito de todos, pero uno se cansa de él,

se ha visto tanto, queremos un color fresco, siempre fresco, el rojo se apaga de prisa yo Alix Malaboca la mujer más guapa de Arras, miradme, mirad lo que Dios ha hecho de la prostituta de Babilonia, ¡un extraño leñador! El árbol enorme de cien mil ramas vivas que creció en el Santuario, la mala hierba que invade las santas piedras por donde anduvo Dios, todo, por el suelo, desparramado, ¡cortemos el árbol, serpiente de mil cabezas, cortemos las ramas las raíces y las yemas! *Vosotros os reísteis cuando lanzaban nuestras cabezas por la boca de los cañones, ¡ahora nos toca a nosotros!*

Se acabó nuestra paciencia. Se

acabó para siempre. ¡Oh Dios Señor Jesucristo, tened misericordia de los pobres pecadores perdidos en vuestro Reino! Alix iba corriendo por una calle cubierta donde una banda de picardos y soldados normandos echaban a empujones a un grupo de gente horrorizada como se echan a los corderos que son llevados al matadero, Alix iba corriendo delante, con el hacha en la mano derecha, sus largas piernas desnudas y negras, su camisa rota dejando ver su blanco pecho todavía joven, y la crucecita de ébano que saltaba entre los dos pechos sacudidos como dos olas.

Iba corriendo muy derecha y con la

cabeza levantada, como una bailarina que lleva la ronda, su boca temblaba en una sonrisa dura y sus mejillas estaban mojadas de lágrimas. Unas gotas de sudor rojizo le caían de los pelos pegados a la frente, por debajo del gorro ensangrentado.

Golpeaba a derecha y a izquierda en el vacío sin ver nada, ellos se acostaban por el suelo, arrastrándose a lo largo de las paredes; los normandos la habían alcanzado y atacaban también con sus picos y sus hachas, los gritos se convertían en sonidos roncosp; malditos malditos malditos Dios lo quiere! Todos con los mismos ojos negros y fijos, los mismos rostros morenos vacíos por el



terror. Cuerpos que se vacían de sus vidas antes de estar muertos, soltando la orina, vomitando la bilis, perdiendo hasta las fuerzas de mantenerse de pie. En una puerta baja negra de humo, una mujer pequeña y gordezuela con cara de pájaro se había agarrado a un muchacho picardo armado con una horquilla y hablaba, hablaba con voz cristiana, sin saber su lengua se comprendía lo que decía, ¡piedad señores yo no os he hecho nada, no es justo, pensad en vuestras madres, pensad en Dios! El picardo la rechazó como si tuviera vergüenza y siguió su camino. Detrás llegaron unos normandos que partieron la cabeza de la mujer de un hachazo y

entraron en la casa. En ella no se oían más que gritos de niños y chillidos de terror.

Un muchachote alto y huesudo, medio desnudo, con la cara llena de pecas y la mirada huraña, más bestial que una jeta de cerdo, blandía la lanza con el cuerpo de una niña atravesado de parte a parte por la punta de la lanza, la punta salía entre las costillas pequeñas como una espina monstruosa; hacia atrás se veía la cara de la niña bonita y fina como todas las caras de los niños pequeños, tenía los ojos abiertos terriblemente extrañados. Alix vio esa cara a dos pulgadas de la suya, y los hombros y los brazos que se

columpiaban en el aire como deshuesados. Muerta gracias a Dios pero todavía tibia, exhalando un tibio y dulce olor a leche cuajada. Y el hombre llevaba eso orgullosamente como un estandarte, con una sonrisa de idiota en sus labios abiertos. Alix se echó hacia atrás, como golpeada en pleno pecho, mareada, *dónde estoy, qué estamos haciendo* ¡padre, madre! ¡socorro! ¡llevadme de aquí! Alix tiró el hacha y echó a correr sin saber dónde, chocando con unos hombres sudorosos, pegajosos, calientes. Enloquecidos como animales en celo.

Alix se tapaba los pechos con la ropa desgarrada y buscaba una pared

donde poder apoyarse, si se caía allí los hombres pasarían por encima de su cuerpo.

¡Qué miserables somos! Bebamos y alegrémonos pues mañana moriremos. ¡Hasta el final del pecado, Señor, tened compasión de vuestros pobres pues en verdad vos los habéis inducido a una tentación demasiado grande! En pie, cobarde, recoge tu arma, búscala, ve hasta el final del pecado, pon al desnudo tu alma más fea que ese vientre abierto con sus tripas semejantes a nudos de serpientes.

En cuanto uno se detiene un instante la fatiga es tan grande que daría la vida por una hora de sueño, pero por toda la

piel de los pies hasta las raíces del pelo corre un extraño estremecimiento que no se detiene, como un vestido de fuego invisible: la respiración de todos aquellos hombres furiosos de mirada ciega.

En la azotea de una casa había un sacerdote gritando con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Piadosos peregrinos, moderad vuestro celo, vuestros enemigos ya han sido bastante castigados, no matéis más! ¡Los barones lo han prometido: los echarán de la ciudad! Los hombres que arrastraban a los paganos fuera de las casas, al oír estas palabras se pusieron a gritar, a coro: ¡vendido, vendido, vendido!, ¡a

muerte el vendido, a muerte el vendido!  
Alix gritaba también. El sacerdote, un hombre fuerte y rechoncho, con una barba rubia como la paja, no carecía de energía. Hizo rodar hasta el borde de la azotea una enorme tinaja de barro y simuló que la iba a tirar a la calle. Nadie quería recibirla sobre la cabeza y hubo un instante de silencio.

¡Volved a vosotros, no perdáis las almas de esas gentes y las vuestras, cogedles sus bienes pero dejadles la vida, jamás Jesucristo quiso la muerte de los pecadores, son pobres gentes sin defensa!... —¡Cállate traidor hijo de Achab, Iftikar te ha dado mil besantes de oro! El sacerdote se había parado, no

atreviéndose a dar un empujón a la tinaja, pues en verdad él mismo estaba en peligro, solo contra una banda de furiosos, y la azotea no estaba a mucha altura de la calle ni era difícil escalarla. Un rumor corría por la ciudad, de un barrio a otro: ¡Iftikar está vivo, encerrado en la ciudadela con muchos emires y su guardia, el conde de Toulouse le perdona la vida, ha traicionado a Jesucristo!

¡Hermanos, para qué encarnizarnos con la canalla, subamos a la ciudadela! ¡Si el conde no quiere tomarla y entregarnos a los malditos, que vuelva sus manganas contra los pobres de Dios! ¡Decir que hemos matado a mujeres y a

niños y que Iftikar salve la vida! Vergüenza nos debiera dar si dejamos hacer semejante cosa.

No se sabía si era de día o de noche y sin embargo el sol era ardiente como el plomo fundido. El mismo sol estaba perdido en medio de tanta sangre y de tantos gritos, en la ciudad tomada era como un incendio más fuerte que los demás y las grandes humaredas de la sinagoga lo envolvían con una bruma rojiza. Las calles que iban a dar al Santo Sepulcro estaban cortadas y vigiladas por la caballería armada. Hermanos, es un día grande y santo, no está bien turbar las oraciones de los obispos y los santos oficios.



Por la calle que subía a la ciudadela se veía desfilar a los tafures y tan grande era el miedo que se les tenía que nadie se atrevió a adentrarse por aquel camino y todos los miraban pasar. Iban cantando sus cánticos que nadie comprendía, pues no era ni latín ni francés ni alemán, una mezcla de todo eso, aunque se parecía más a gritos de sordos que a palabras. Iban avanzando con las hachas y los picos al hombro y el extraño paso derrengado de fieras salvajes; con la cabeza levantada y mirando al cielo con unos ojos ardientes y sombríos. Todo el mundo creía que se dirigían a la ciudadela, pero no, salían por la puerta de David, sin decir nada, sin ver a los

centinelas, cantando como si estuvieran solos en la ciudad con su jefe a la cabeza, con un círculo de cobre alrededor de la frente y una cruz de madera levantada en el aire con las dos manos. Bajaron la cuesta, hacia el valle, salmodiando y levantando y bajando los brazos.

Habían venido y se habían marchado como fantasmas. Sus profetas habían tenido visiones, el ángel de la muerte los llamaba, para que se prepararan a la resurrección en el valle de Josafat.

Hubo peregrinos y hasta algunos soldados, en total cuarenta o cincuenta hombres, que los siguieron despojándose por el camino de sus

ropas y no contestando nada a los amigos que querían retenerlos, sino rechazándolos con unos gritos roncospues estaban en trance, tenían los ojos vidriosos y no veían nada.

Alrededor de la ciudadela reinaba una gran agitación, muchos gritos, pero no hubo batalla, pues a fuerza de chillar pidiendo la cabeza de Iftikar los hombres estaban agotados sin respiración y en los oídos les resonaba una gritería que daba una extraña alegría, un canto que arrastraba a todos sin pensar en nada más.

Montones de larvas rojas hormigueaban alrededor de un grueso bloque de piedra. Desde lo alto de la

torre se veían las cúpulas doradas y la larga extensión de azoteas dispuestas en escalera y las manchas negras de los jardines y los alminares parecidos a unos cirios largos, todo en una bruma de calor oscurecida por el humo rojizo. Sobre las torres y la cúpula de la ciudadela se levantaban las banderas con la cruz roja y los estandartes de Toulouse, de Provenza, de Cerdeña, como pintados sobre un cielo de un azul opaco vivo. Los matacanes estaban decorados con escudos sarracenos y cabezas cortadas, en la azotea de la torre había un altar adornado con un paño de oro y los sacerdotes cantaban las acciones de gracias, temblorosos,

con lágrimas en la voz, no podían creer en una alegría semejante.

*¡En el mundo no hay ciudad como Jerusalén, en verdad no hay en el mundo otra ciudad igual!*

Abajo, la ciudad entera zumbaba y jadeaba, como sacudida por un enorme estertor, el jaleo se alejaba y se acercaba otra vez, todo se perdía en un inmenso gruñido desordenado, enloquecido, por momentos el aire estaba taladrado de tales gemidos que parecía que las piedras de las casas lloraban. La ciudad lloraba y chillaba, la ciudad se estremecía bajo el estrépito de los golpes, la ciudad sangraba como mil tajaderos de un inmenso matadero,

la ciudad hedía en el calor del mediodía, en las calles oscuras la sombra se convertía en calor fétido. Los soldados ocupaban las casas de los barrios burgueses y las limpiaban echando a la calle los cadáveres. También habían matado a todos los perros, pues había demasiados.

Elías el Picoso había perdido en medio del jaleo a la mitad de sus compañeros; Juan Marcos se había ido de la ciudad para ir al campamento a llevar noticias a las mujeres y a los enfermos pues era imposible, verdaderamente imposible, permitirles entrar en la ciudad mientras no se hubiera terminado la limpieza y los

soldados no fueran dueños de la calle. Pues, dijo Juan Marcos, por lo que se puede ver no han violado a nadie por decirlo así y según van las cosas muy pronto no habrá nadie a quien violar. — Mejor, dijo Elías, ¿qué hubiéramos hecho con tantas mujeres y tantos niños?, ¿mandarlos al valle a morir de hambre?

No podemos nada, dijo Juan Marcos, contra una cosa escrita en el Libro de Dios. No estaba triste, sino como si le hubieran dado un martillazo en la cabeza, sin sentir alegría ni dolor. Su hijo mayor había perdido el ojo izquierdo y apenas lo había mirado, se encogía de hombros, bonita cosa, un ojo.

Se habían parado delante de una casa de dos pisos, con un patio con una higuera en el centro. No había nadie, todos habían huido. Solamente habían encontrado en una habitación del fondo, echadas sobre los almohadones de lana, a dos mujeres y a cinco niños pequeños, con el cuello cortado: el hombre los había matado él mismo antes de que lo mataran a él en la calle. Mucha gente hacía eso en el barrio, no se les podía censurar.

Si hay heridos o enfermos, dijo el Picoso, que se queden en la casa para guardarla; que digan que seremos seguramente más de cincuenta; si encontramos una casa mejor vendremos



a buscaros.

Los hombres sanos volvieron a salir después de haber comido algunos dátiles secos y haber bebido agua de la tinaja de la entrada. No tenían casi hambre y apenas tenían sed, a pesar del calor; estaban poseídos y animados por un espíritu devastador que les roía por dentro. No podían detenerse, sólo con ver una casa con un árbol en el patio les daba la náusea.

En el barrio de los judíos, muchachos, hay vino. Los brabantones se han instalado en él y los genoveses lo están vendiendo ya a tres denarios la pinta. Santiago soltó una carcajada ruidosa. —¿Por qué no a treinta? ¡Vamos

muchachos, vendamos los higos y las cebollas secas! Los italianos venderían la luz del sol si pudieran.

Los cuerpos se amontonaban a los dos lados de la calle, dejando solamente un paso estrecho sobre el pavimento negro de sangre. ¡Gracias a Dios la ciudad está pavimentada por todas partes, si no en qué barro habría que andar! Los cuerpos estaban medio desnudos, a mucha gente la habían sacado de la cama; tenían la piel grisácea, del color de la piedra; había allí cuerpos carnosos, de brazos gordos y fofos, de muslos poderosos, de vientres velludos y lívidos, ¡traidores, qué bien comían, tenían grasa para dar y

tomar! ¡Llevaban zapatos, tenían los pies lisos y bien lavados! Las moscas daban vueltas alrededor, había cada vez más, mejor así no vendrán a nosotros.

Del otro lado del barrio cristiano los clamores y los chillidos eran cada vez más grandes. Pues por ese lado de la ciudad las gentes habían creído en un principio que escaparían; prueba de ello es que se habían entendido con los superiores de los conventos griegos y armenios y habían pedido por medio de los prelados un gran ejército. ¡Qué locos! Contaban con su riqueza y los cristianos del país, esos abades degenerados y cismáticos, se habían hecho sus cómplices, menos por caridad

cristiana que por amor del dinero. Allí estaban las calles de los comerciantes de tejidos y de los orfebres y de los tapiceros y de los peleteros. Los campesinos sirios habían ido allí con los peregrinos y también los obreros cristianos de las filaturas y de las alfarerías, les habían permitido vengarse y se habían llevado las azadas y las hoces y las varas; y los cuchillos.

¡Hermanos, todo es del que lo coge, entrad libremente en las casas! Si hay que pelearse lo habréis ganado mejor. Los hombres ricos tenían unos lacayos fuertes y que sabían defenderse.

Elías el Picoso estaba delante de una puerta recubierta de cobre cincelado, en

una sala donde corrían unos hombres, llevándose lámparas y fuentes de esmalte. Él, con Lamberto y dos picardos, hacían frente a un negro gigante de torso desnudo, armado con una daga. Lamberto llevaba una lanza y miraba al hombre negro con odio, como si fuera el mismo hombre que hubiera cortado la cabeza a Baudry. La lanza era larga y la daga corta, pero el negro mucho más rápido que Lamberto: el negro esquivó la lanza, la daga silbó y Lamberto tuvo justo el tiempo de levantar el brazo izquierdo para protegerse la cabeza, después vaciló y se cayó por el suelo bajo la violencia del golpe, había oído crujir el hueso del

antebrazo. En un momento la sangre le inundaba las rodillas, las piernas, las losas a su alrededor, tenía el antebrazo despegado a la altura del codo. En el mismo momento el Picoso abatía el hacha sobre la daga del negro y luego sobre la cabeza. En dos golpes tan breves y tan netos que hubiera creído que el hacha tenía un alma y golpeaba completamente sola. El hombre negro vacilaba lentamente, la frente abierta hasta la nariz, la sangre de un rojo claro saliéndose por la cara en pequeñas cascadas a borbotones. El negro vacilaba y Elías le apoyó el hacha contra el pecho para impedir que cayera hacia adelante; pues era un gigante, tenía

el pecho más ancho que un buey. Fascinado —y sin embargo había visto ya de todo, muertos y vivos—, Elías miraba aquella carne negra y lisa, aquellos músculos de los brazos fuertes y flexibles. No era el mismo, el otro era más joven, no era el mismo pero ¡quiera Dios, quiera Dios que el otro pueda resucitar mil veces! Pasando por encima del cuerpo, Elías derribó la puerta de cobre a hachazos, mientras que uno de los picardos agarrotaba el brazo de Lamberto con su cinturón. Quedaos aquí muchachos, dijo el Picoso, voy solo yo.

Sentía que si verdaderamente podía entrar solo todo volvería a empezar y se encontraría de nuevo en la habitación

clara con piscina enlosada de mármol y la vería allí sentada, desnuda y blanca, con sus ojos negros y el dulce chorreo de su cabellera. Ella lo miraba, muriéndose de miedo y sin atreverse siquiera a pestañear, pobre presa que no tiene más defensa que su mirada. Todo volvería a empezar, hasta la última noche en Maarret-en-Numan. Pero poco tiempo estuvo solo, unos soldados con chaquetas de cuero negras de sangre acudían hacia él y en la casa se elevaba el jaleo habitual, ya no se batían, era demasiado tarde, todos huían, se escondían detrás de las cortinas y de las arcas. Los arrastraban por el suelo y ellos alzaban los brazos suplicantes, las



mujeres se desmayaban. ¿Entonces? Había allí varios almohadones de seda rosa y azul, y dos mujeres muy jóvenes, de piel blanca y mate como el pétalo de una flor, Elías dejó el hacha en el suelo y sacó el cuchillo.

Ellas no se le parecían, no, eran bellas pero semejantes a unas ovejas, su sangre es sangre de oveja, no es sangre verdadera de igual manera que el agua no es vino, la verdadera sangre se ha vertido una vez para siempre, la garganta blanca cortada para siempre, están ahí, dos mujeres y una tercera medio muerta, muy joven con ojos de corzo, ante el cuchillo su cuello se estremece como un pájaro prisionero, la

sangre sale alegremente como un manantial cautivo durante mucho tiempo y corre en dos chorros brillantes por la camisa de muselina blanca. Ovejas. El diablo les da la apariencia de mujeres pero su astucia es demasiado vulgar... Si fuera posible volver a ver justo ese estremecimiento ligero que ella había tenido, ese estertor suave en el momento en que la sangre empezó a correr mojando el cuchillo... Así matarían a mil ovejas, de la mañana a la noche y durante toda la noche

*pues se despidió después de  
Vísperas  
de la bella Eufemia que tanto amó:*

*No te volveré a ver ni de noche ni de día*

*No te volveré a ver ni en meses ni en años...*

Se acabó, no hay nada más que hacer en esta casa, los demás arramblaban con todo pues había muchas cosas bonitas, sabe Dios cuántos eran en ese momento, veinte o treinta, y no discutían por el botín, había bastante para todo el mundo. Ni siquiera desnudaban a los cadáveres. Elías, con el hacha al hombro, el cuchillo en el cinturón, los miraba. Ellos también eran animales o fantasmas. Muchachos que no conocía, lacayos flamencos. Aquel día hubiera

podido hacerse rico. Había jarrones de plata y fuentes y copas y joyas de mujer y bordados. Ante sus ojos cansados todos esos tesoros se convertían en polvo, vidas, él había cortado la vida de mujeres bellas y no se había vuelto más rico por eso, en pocos instantes había gastado todo su tesoro y su deseo no se había apaciguado.

Elías se marchó de allí, no sabía dónde estaban los dos picardos y Lamberto, ni el resto de la banda. Los encontró en el patio de al lado. Santiago y Guillermo, y Tomás el hijo menor de Juan Marcos, amontonaban los bultos a lomos de un mulo. ¡Limpia la casa!, le dijo Santiago. Ellos mismos mataron a

sus mujeres. Y ha habido pelea, un arquero vasco cortado en dos, ¡plaf!, de la espalda al estómago. Santiago enseñaba los dientes, su gran sonrisa estaba como fija, sus ojos brillaban, parecía muy excitado. A su lado estaba Lamberto, tirado en un banco de piedra, pálido como un muerto, apretándose con el brazo derecho su brazo izquierdo cortado. Los chicos se habían apoderado de un caballo gris tordillo y daban vueltas a su alrededor, acariciándolo e intentando subirse a él. Uno de ellos, Guillermito, estaba muerto, no en la pelea sino simplemente de insolación, sus camaradas decían: ¡nos lo llevaremos en el caballo al Santo

Sepulcro y allí resucitará!

—¿Qué lleváis ahí?, preguntó el Picoso. Hay de todo, dijo el hijo de Juan Marcos, excepto dinero. Los vascos se sirvieron los primeros. Pero hay muchas cosas que se pueden revender a buen precio. —Qué dices, se burló Guillermo, si nos lo han dejado coger quiere decir que todo el mundo ha cogido antes lo mejor y por ello nos darán un bocado de pan. El Picoso dijo que podían guardar todos los objetos para cambiarlos más tarde. Y le parecía que todos hablaban como en un sueño, pues parecía mentira, sí, que estuvieran en la ciudad de Jerusalén, embriagados por el olor a sangre hasta no poder

respirar y que estuvieran allí hablando de cambios y de subsistencia.

Los cristianos de Jerusalén empezaban a salir de sus escondites y de los recintos de los conventos e iban andando por las calles inundadas de sangre, glorificando a Dios. Iban andando, con los monjes y los sacerdotes a la cabeza llevando las imágenes santas, y se santiguaban de terror ante la amplitud de este juicio de Dios. Pues sólo los más viejos, y para eso según los relatos de sus padres, conservaban el recuerdo de una matanza semejante; aunque entonces los muertos eran los cristianos. ¡Justo es Dios que prosigue su venganza hasta la cuarta

generación! La sangre del patriarca mártir era pagada cien veces más, gloria a los valientes hermanos cristianos venidos de allende los mares.

No os extrañéis, cristianos ortodoxos, si veis a esos hombres tan extrañamente equipados, de aspecto tan salvaje, tan sangrientos y tan sedientos de muerte. ¡Todavía están embriagados de santa cólera, y son ignorantes y rudos, pero puros de corazón! No os horricéis ni tengáis compasión, reconoced la mano de Dios que venga a los justos en los hijos de sus asesinos.

No tenéis por qué desdeñar a vuestros hermanos de ultramar, pues sus tierras, aunque lejanas, no son en manera



alguna estériles: Dios hizo germinar en otros tiempos ricas cosechas, floraciones maravillosas de mártires y confesores, que nuestra Iglesia venera como a los más grandes: ¡los bienaventurados obispos Martín y Dionisio, el gran mártir Sebastián, la virgen Blandine, la muy sabia Genoveva y mil otros cuyos nombres son mencionados en nuestros oficios! Ellos no son ni monofisitas ni arríanos, son nuestros hermanos.

Los cristianos de religión griega se regocijaban de la gran victoria cristiana, pero les costaba creer que esos hombres salvajes estuvieran animados por sentimientos piadosos: pues veían reír a

los soldados mientras destripaban a los cadáveres y llevarse a hombros sacos llenos de objetos preciosos. Gracias a Dios, había bastante que saquear en los barrios musulmanes, pero ¿se puede saber hasta dónde llega la avidez de un soldado? Preguntaban dónde se encontraba Pedro, el hombre santo del país de los galos, el profeta que predicó la liberación de Jerusalén. Les contestaron que Pedro se encontraba todavía fuera de las murallas, en el campamento atrincherado, con los sacerdotes, los monjes, las mujeres y los enfermos, esperando que la ciudad fuera lavada de su impureza. Y que podrían ir a venerarlo en cuanto que el orden fuera

restablecido en la ciudad.

Aquella noche había hombres que se jactaban de haber matado con sus manos a más de cincuenta personas. Lo que no es difícil, basta con tener un arma sólida. También hubo hombres que no mataron a nadie, no por falta de querer sino por falta de ocasión; los había también que no tenían ganas de matar, venidos para batirse y no para hacer de carniceros. Pero Dios había endurecido los corazones de una manera extraña. Se veía a capellanes ir rodeados de hombres de su grupo, con la cruz levantada alzada, gritando: ¡ánimo Israel, cumple con la venganza de tu Dios! ¡Sus, contra el filisteo y el

amalecita! Y las mujeres desgredadas y arrodilladas cogían a los niños pequeños en sus brazos, creyendo poder enternecer así a los soldados.

Pero hay un tiempo para la crueldad y un tiempo para la ternura: sí, y cuanto más hermoso es el niño más grande puede ser la alegría de destruirlo, así algunos, que parecían tan puros como el niño Jesús, con sus mejillas frescas, sus grandes ojos asombrados y severos, fueron aplastados a porrazos.

Pues si se tiene compasión, aunque no sea más que un segundo, en medio de ese gran clamor y de ese atropello de cuerpos y de ese sudor de angustia mortal, si se tiene compasión uno mismo

se convierte en esas larvas, ¿quién puede ante tanta sangre soportar la compasión? Pero por la noche, cuando en el aire rojo nubes de moscas negras invadieron las calles, moscas gordas pesadas y llenas de sangre, hasta los hombres más duros comenzaron a alejarse de los cadáveres. Pues los había que obstaculizaban las calles desde la víspera y el día era caliente.

Muchos de los cadáveres no eran más que llagas enormes, abiertas; carne negra y blanca, mitad moscas mitad gusanos. ¡Que ocurra lo mismo con todos los enemigos de los cristianos! ¡Victoria! Dos pueblos: uno de pie y mirando con sus ojos vivos el cielo rojo

de fuego, el otro extendido por todas partes en las calles, carroña infectada donde nada queda vivo sino las moscas y los gusanos. ¡Su vergüenza ha sido puesta al desnudo y sus dioses convictos de mentira!

Que el mundo entero maldiga a Mahoma que los ha protegido tan mal.

Mañana, hermanos, es el día del Señor y podréis oír misa en Jerusalén, en las iglesias que ha habido tiempo de purificar, pero como se está lejos de haberlas purificado todas, los hombres deberán esperar su turno y se celebrarán cinco misas en cada iglesia. Preparaos a esta alegría y ayunad, y en cuanto a la limpieza de la ciudad, en adelante se

encargarán de ella los soldados profesionales, dirigidos por sus jefes. Hermanos, quieren quitarnos nuestros derechos y quedarse ellos con las casas mejores, para trabajar y para la batalla bien querían de nosotros, pero no para el botín. No pararemos hasta medianoche, todavía no es domingo.

El sol descendía hacia la muralla, el esmalte de las cúpulas ardía con fuegos dorados y rosas, ¡qué hermoso era verlo! Las gentes subían y bajaban por las callejuelas estrechas pasando por encima de los cuerpos y de los enjambres de moscas, buscando un barrio donde no hubiera mal olor. Una fila de soldados provenzales. ¡Eh, dónde

vais, especie de matones, volved de donde venís! —¡Es nuestro día, hombres a sueldo, nadie nos ha pagado! En Jerusalén no hay ni ricos ni pobres.

Y los provenzales los dejaron pasar.

No había disputas, cada uno entraba libremente en las casas ocupadas y se llevaba lo que le gustaba, serviros, hermanos, todo es de todos. Había un telar, pero los tejedores habían huido. Dejando la cadena montada y la tela a medio tejer, ¡qué bonitos telares, fijaos qué apretada es la trama, como para hacer la camisa del rey! —Qué, dijo el Picoso encogiéndose de hombros, ¿quieres llevártelos? Haría falta una carreta. Santiago se rascaba la cabeza,



pensando que era una lástima abandonar aquellos telares.

—Los hombres, dijo Mardoche, los hombres se han escondido en la callejuela. ¡Venid, muchachos! Y se daba aires de señor, apenas si no decía también «muchacho» al Picoso, con su voz chillona que estaba mudando. Él y sus camaradas seguían con los arcos y, aunque no tiraban muy bien, les divertía al fin y al cabo. El Picoso no tenía ganas de ir a matar a unos tejedores; pero cuando los vio, amontonados en el callejón sin salida, acurrucados, los ojos enloquecidos, se puso furioso otra vez y echó a correr hacia allí con el hacha levantada, que no quede ni uno, no

son hombres, miseria, eso es lo que son, ni siquiera quieren defenderse.

Gritos. Bramidos de animales degollados, desollados, ronquidos, chillidos, gruñidos, estertores, lancinantes gemidos y aullidos de perros, salpicaduras, crujidos, rechinamientos, estrépito sordo, para apagar aquel ruido ininterrumpido con su propia voz uno se queda sin aliento, ¡agonizad, tomad perros, más más y aunque fueseis cien mil, perros, sapos, carne sin alma sangre podrida, mierda de Mahoma, vientres llenos de nalgas grasientas que teníais agua hasta no saber qué hacer con ella, las cisternas llenas! Os ahogaremos dentro no

queremos vuestra agua, ¡no hermanos, el agua, el agua de Jerusalén, el agua verdadera no la ensuciéis!

Excepto para dar golpes, los hombres estaban tan cansados que se olvidaban de toda decencia; cuando un camarada caía muerto de cansancio no volvían a pensar en él cinco minutos después de haberle cerrado los ojos y lo dejaban en la calle, no tenían fuerzas para llevárselo. El sol había matado a muchos cristianos aquel día, los otros se decían: es el Juicio, Dios lo convoca.

¡Mahoma, qué mentiroso eres, qué falso profeta! Cuánta gente lamenta amargamente haber depositado su confianza en ti y ahora es demasiado

tarde. El demonio los ha triturado con sus dientes. Están triturados, rotos, desmembrados, destripados, pisoteados, quemados, reventados, aplastados, desmenuzados desgarrón horrible, el vientre del demonio se ha partido en dos, sus entrañas cuelgan y se arrastran desparramadas por todas las calles, en los charcos de sangre, de orina y de vómitos, sus entrañas enormes y malolientes, toda una ciudad, ¡toda una ciudad! ¡Dios mío qué lástima! Una ciudad grande llena de gentes que comían y bebían.

Y se crea o no se crea, si por casualidad en cualquier cruce de caminos se veía una cabeza bien

conservada todavía, uno se sentía tranquilizado, se la miraba sin tristeza y sin odio, sí se acabó, ya no te odiamos, no vamos a desfigurarte.

Los gusanos se encargarán de ello.

Se oían cantos y gritos que salían de las casas, pero ya no se oían chillidos; era un jaleo casi apacible. Pero quien lo hubiera oído de lejos lo hubiera tomado por un concierto de espíritus vagabundos, de hadas o de otras criaturas inhumanas. Eran como lloros alegres o risas afligidas, o cánticos gritados de mala manera y estribillos de soldados cantados con devoción; gritos de guerra lanzados con una voz temblorosa y bendiciones que parecían

amenazas. Estrépito de martillos, estallidos de fuegos en los hogares, un grito penetrante de vez en cuando, un grito de loco. De lejos se reconocían los gritos de locos, la costumbre, y ni siquiera se santiguaban.

Lamberto, pues, había perdido el brazo izquierdo; la parte que le quedaba todavía se la cortaron con un cuchillo. Medio desmayado por el dolor miraba, en el suelo ante él, ese brazo pálido lleno de sangre coagulada y la mano, la mano morena por el sol, llena de cicatrices, sucia, llena de callos, de dedos largos algo curvos. Muerta. ¿Se le ocurre a alguien alguna vez amar su mano? Él la amaba en aquel momento, la

amaba, era un poco como si volviera a ver a Isabel acostada en la camilla de los muertos. Y llegaba a olvidarse casi del atroz dolor. Santiago, es un signo. Es un signo. —¿Un signo de qué?

—Los nuestros allí, los nuestros, era nuestra carne.

—Podredumbre, dijo Santiago. Estás delirando. Fíjate, Onésimo ha encontrado vino, bebe. —Bebe tú, yo no puedo. Eres un hijo de cura, ánimo qué diablo. Peor hubiera sido el brazo derecho.

—Santiago, no necesitaré ni el derecho ni el izquierdo. Santiago frunció las cejas y no dijo nada. De esas cosas no se habla.

Si Lamberto rechazaba el vino es porque ya le habían hecho beber una buena pinta; era necesario para reemplazar la sangre perdida. Pero había perdido más sangre que la bebida que podía tragar, y jadeaba y se ahogaba, y unas alas de pájaros negros batían ante sus ojos, y él pensaba en su madre. Santiago tenía el corazón encogido y rezaba sin mover los labios Virgen María curadlo, Santiago y san Graciano curadlo, daré todo mi botín a la iglesia del Santo Sepulcro, lo prometo y lo juro, venderé todo para poner cirios.

No se diría, no, que Santiago abandona a sus amigos.



Dentro de dos o tres días subiremos todos al Santo Sepulcro en gran procesión, nos dejarán adorar a Jesucristo en paz. Él, que fue pobre en su vida terrestre, no se alegra mucho de las oraciones de los barones, quiere que nos dejen ir a Él.

—¿Cuándo?... No lo han dicho; los pregoneros han hecho saber que cada tropa iría por turnos, con orden y decencia. —¿Qué fácil les resulta hablar! Ellos tienen criados y pueden bañarse. ¿Es que Jesucristo fue golpeado y crucificado con orden y decencia?

—Eso no, Alix, dijo el Picoso, ¿quieres que vayamos a adorar los

santos lugares tal y como estamos ahora, que no solamente asustaríamos a los ángeles, sino también a los demonios? Habían encendido la hoguera en un rincón del patio, quemando las reservas de piñas en unas estufas. A pesar del frío todos se quedaban en el patio; era difícil dormir. No a causa de las moscas ni del olor que venía a bocanadas de la calle, sino a causa de los espíritus, los antiguos dueños de la casa estaban todavía allí. No se les veía, pero en todo momento chocaban contra ellos, y no eran malos, entraban y salían por las puertas bajas o se calentaban las manos junto a las estufas o intentaban coger agua de las tinajas, habían muerto tan de

prisa que todavía no debían comprender lo que había ocurrido. Y para alejarlos hacia los cuerpos tirados en la calle, los peregrinos cantaban, cantaban canciones del país, cánticos no, canciones sencillas, pues los cánticos podían volverlos malos; pero escuchando canciones de Artois se dirían que no están en su casa. No se les veía, pero a veces se oían unos gritos y lloros de niños, quejidos de mujeres horrorizadas. Arriba en la galería, todos hablaban, cantaban, y ese grito lo seguían teniendo en los oídos. Los chiquillos daban vueltas alrededor de su caballo nuevo que dormía de pie atado a la higuera, cómo los chiquillos resistían todavía de

pie, nadie lo comprendía, charlaban como urracas, excitados, febriles pero seguían fuertes. Habiendo comido apenas tres higos pasos y bebido un trago de agua. Guillermito, por supuesto —Guillermito— está en el Paraíso, resucitará al tercer día. —¿Al tercero? Sí, dentro de tres días subiremos al Santo Sepulcro. —¿Y san Juan?, dijo Santiago. —Se habrá perdido. No se le ha visto en todo el día.

No, ha muerto, dijo Bertina. Es Mardoche quien lo ha matado. Una flecha ¡pan! en mitad del cuello. ¡Si lo hubierais visto como rodaba! Elías se volvió hacia los niños, cansado. —¿Y por qué, imbéciles, perros rabiosos,

habéis hecho una cosa semejante? Dios prohíbe matar a los locos.

Mardoche se rió burlonamente. — Era un traidor.

—Oyes eso, Alix, dijo Santiago, han matado al san Juan.

Alix se había acostado en el suelo, con una gavilla de leña por almohada, los brazos hacia atrás; no se movió, pero frunció ligeramente las cejas. —Me da lo mismo, dijo lentamente. Yo no soy ni su hermana ni su cuñada.

Los niños cantaban, batiendo palmas.

*¡Jamás Tancredo cobrará el rescate ni Godofredo ni ningún otro barón,*

*quien deje vivir a los traidores  
malditos*

*escupe a la cara de Dios  
Jesucristo!*

*¡Canta el mirlo la hierba reverdece  
Marcela canta llorando a su amigo  
Más de diez veces se le ha roto el  
hilo!...*

Bertina, encaramada en un rollo de alfombras y de telas, bailaba la giga levantando los brazos por el aire y cantaba con su voz aguda cada vez más penetrante:

*¡ha mentido ha sido castigado  
no irá al Paraíso!*

y la canción se convertía en un grito agudo y en una risa aguda: bien hecho y ¡blan, blan!, ¡todos al infierno!, ¡y a la boca del coco!, ¡y zas zos zis, niños malos, llegan los daneses! ¡Huuuuu!

*¡Buena señora salvadnos!*

*¡Ni casa en pie*

*ni hombre sin cabestro*

*ni chica sin agujero!*

Por Dios Mardoche dile que se calle, dijo el Picoso. No era necesario, la pequeña cayó de repente de rodillas y rodó como un saco. Bertina, Bertina, eh, ¿estás muerta? La niña no estaba muerta, dormía como una bienaventurada.

Era así: las gentes caían en el sueño como en un pozo; con los brazos levantados, la boca abierta con una palabra a medio decir, caían de lado y se ponían a roncar.

Santiago estaba sentado al lado de Lamberto y le apretaba la mano derecha para machacarle el hueso hasta hacerle daño y distraer el dolor de la herida. No tendrá gangrena, se le ha quemado donde hacía falta. Veremos el Santo Sepulcro. —¿Cuándo?... —Hemos esperado tres años, muchachos, así que ahora que estamos en la ciudad, tres días no son la Santa Jamás.

—Santiago, tengo visiones, estoy viendo a fray Bernabé. —No, hombre, tú



sueñas. Escucha, tres días no es nada. Vendrán nuestras mujeres y todos iremos en procesión, será la verdadera Resurrección de los cuerpos. A tu madre se le curarán los ojos. —Veo a fray Bernabé. Está llorando con lágrimas de sangre. —Es la fiebre, tú no ves nada. Fray Bernabé está en el Paraíso.

—Santiago, era bueno matar. Nunca tuve una alegría más grande.

Santiago daba cabezadas y se ponía derecho bruscamente como si tuviera miedo de que su cabeza se le despegara y cayera por el suelo. Caer. Caer en el sueño. Detrás de la puerta grande abierta siempre a quien ha llegado hasta el final de sus fuerzas, los jardines

bonitos de Jerusalén y las fuentes de agua brillante, y las casas bonitas de mármol rosa, y un gran caballo blanco y María vestida con un traje rojo, y los cirios del Santo Sepulcro brillando como mil soles, los gritos, los aullidos, los gritos, a muerte, a muerte, vergüenza a Mahoma, vergüenza medio despierto Santiago levantó la cabeza y chilló: ¡Vergüenza a Mahoma!, después se cayó hacia atrás y se puso a roncar.

La puerta de la calle no estaba cerrada, ninguna puerta de la ciudad estaba cerrada, casi todas habían sido forzadas, la puerta no estaba cerrada, unos soldados, atravesando la bóveda, irrumpían en el patio. Con las porras

levantadas. Uno de ellos llevaba una linterna. Miraban los braseros llenos de ceniza roja y los hombres roncando los unos apretados contra los otros, y el caballo atado a la higuera. El Picoso, que sólo dormía con un ojo, se levantó. ¿Habéis perdido a alguien? Imbécil, no habéis marcado vuestra casa, por un poco más os tomamos por turcos.

Sí, hemos pintado las armas de Arras con sangre en la pared y sabe Dios cuántas cruces.

¿Y crees que la sangre se ve en medio de la noche? Nos han dicho que todavía hay paganos refugiados en alguna parte del barrio.

Eran normandos, muchachos altos y

rubios con bigotes largos, vestidos de cotas rellenas que les llegaban hasta las rodillas. —Así que, dijo el Picoso, vosotros no respetáis el domingo: han dado ya las doce de la noche desde hace mucho tiempo. —Eres sacerdote o qué, cara de colador, para la obra de Dios no hay domingo.

Los soldados se fueron jurando tan groseramente que Elías se santiguó y escupió en el suelo. ¡Y que Belcebú y sus sobrinos os piquen las nalgas, raza de devastadores! Quieren sueldos y ración doble y encima Jesucristo también. Pasó por entre los cuerpos de sus compañeros dormidos y bajó a la puerta: el olor a cadáver lo hizo

retroceder, llenaba toda la calle como una nube de bruma fétida, por debajo los cadáveres rezumaban, crepitaban, crujían suavemente, el calor de la podredumbre subía de ellos, húmedo, pesado —ya empieza, pensaba Elías, ¡pobres de nosotros mañana!

Los normandos no se habían equivocado: al cabo de unos minutos se oyeron de nuevo los aullidos de muerte y los gritos de rabia de los que mataban.

Por la mañana los que podían valerse por sí mismos subieron hacia las iglesias purificadas, pero no fue una prueba pequeña: las calles olían muy mal y en las callejuelas estrechas había que separar los cuerpos con un palo

para poder andar, era ya carne podrida.

Iglesias sin campanas, sin pinturas en las paredes, los malditos habían dejado muy pocas a los cristianos y esas iglesias no profanadas estaban tan llenas, se decía, de griegos, sirios, armenios y otras gentes del país que no se podía entrar en ellas. Iglesias sin campanas, sin imágenes y hasta sin cirios, ¡qué pobre misa para ser el primer domingo en Jerusalén! ¡Esperad, hermanos, una restauración tan gloriosa no se hace en un día, pedís a Dios demasiados milagros, no hace más de dos días estabais todavía bajo las flechas y las balas de cañón y sin agua para beber!

¡Dios! ¿No hace más de dos días? No habíamos contado las horas, cada día y cada noche eran tan largos como una semana, ni siquiera, el tiempo cortado en dos. El paso del sueño al despertar o del estado de vela al ensueño.

¡Señor Dios de gloria, Dios de los Ejércitos que jamás sea olvidado este día!

Que este día catorce de julio sea para todos los cristianos un día memorable y una fiesta grande. La de la Jerusalén santa.

Y de todos los mártires que cayeron en ella.

Caballeros y escuderos, sargentos,

arqueros, lacayos y cavadores y cañoneros y balistarios, y pobres peregrinos que no eran del oficio.

*Trabajaron tan duramente  
que el alma se les fue del cuerpo  
y no saben nada de la batalla que  
ganaron.*

*Sino por los cantos de los ángeles*

Vosotros que visteis con nuestros ojos de carne este día, sois más ricos que los príncipes y los reyes. ¡El emperador de los griegos y el emperador de los alemanes están celosos del último de vosotros! Ahora pueden venir y llorar, pues ellos no



pueden comprar esa dicha, aunque dieran todo el oro y la plata que tienen en sus palacios.

Que se queden con su oro y su plata y sus ejércitos y sus máquinas. Con pocos soldados y poco dinero hombres de Francia han comprado la Perla de alto precio, pocos hombres y poco dinero, pero muchas oraciones y muchas lágrimas y mucha sangre.

Y la fuerza de Jesucristo.

Lo que el sol es a las estrellas, Jerusalén es a las otras ciudades.

Está claro, es evidente que no se puede dejar las calles en este estado. Hay muchos cuerpos tirados por el suelo desde el viernes al mediodía, hoy es

domingo.

Los barones tienen prisioneros fuera de las murallas a un centenar de paganos, a quienes su fe les prohíbe trabajar en domingo. Orden de los barones: si todavía hay en la ciudad hombres sanos e incluso mujeres jóvenes y fuertes, que no se les haga nada; pero que se les coja y se les obligue a limpiar las calles, el trabajo que tendrán que hacer les servirá de castigo. Todos vosotros decís: Jerusalén, Jerusalén. ¿Y queréis que en unas horas la mancha de cuatro siglos desaparezca y que liberada por la sangre no huela a sangre y que el cadáver del enemigo exhale perfumes?

Mirad bien esos vientres abiertos y esas cabezas reventadas y esos miembros cortados y ese hormigueo indecible de gusanos *¡sí, así estaríais vosotros hoy* si Dios no hubiera tenido compasión de vosotros! Aprended por lo menos a conocer la bondad de Dios con este espectáculo de horror.

Aquel día hubo mucho ruido en la ciudad. Clarines y trompetas y tambores, en las murallas, en las torres, en las azoteas y en las plazas. Los soldados dirigían la fiesta, sus instrumentos eran profanos pero no la intención, era una música terrible, grave, dura, alegre, amenazadora, que resonaba todavía con los gritos de la muerte y el ruido de las

espadas. Embriagados como estaban de muerte, no podían detenerse en plena carrera y cambiar su alegría en oraciones piadosas. ¿Quién había ganado la santa y dura batalla, sino el soldado? ¿Quién había perdido hermanos y amigos bajo el fuego griego, las balas de cañón, los sables, las hachas, en la muralla y en las calles y en el Templo? El obrero merece su salario, sencillos zapadores o arqueros poseían casas de burgueses y monedas de oro. En el pillaje se había establecido una fraternidad tal que en las casas podía verse el escudo provenzal junto al escudo flamenco.

Mañana se abrirán las puertas, hoy

es la fiesta, los barones en el antiguo palacio de Iftikar se han reunido para una gran comida donde están invitados los sacerdotes y los arciprestes de Jerusalén, tanto sirios como griegos, pues el palacio ha sido debidamente purificado y rociado de agua bendita, y todas las inscripciones árabes han sido encaladas y las paredes tapizadas con estandartes cristianos. Los tableros montados sobre caballetes están forrados de seda de púrpura tejida con oro, el agua para lavarse las manos la llevan en fuentes de plata, los criados espantan las moscas con abanicos de plumas de pavo real.

En las finas baldosas negras y

blancas no se ve ni una huella de sangre, sobre la alfombra persa rosa pálido apenas se ven unas manchas parduzcas.

El padre Alberto, lavado, afeitado, vestido con una capa de lana negra, estaba sentado al final de la mesa y hacía de intérprete; en el ejército había muy pocos sacerdotes latinos que hablaban griego, por eso el padre Alberto sabía que había hecho fortuna por poco que los cristianos consiguiesen mantenerse en Jerusalén. Pero en cuanto a saber si lo conseguirían, *Domine, fiat voluntas tua*, ni el duque ni el conde ni los obispos lo sabían.

...Pues si ahora nos vencen, no quedará ni un niño pequeño ni un monje

ni un leproso y esas hermosas cabezas que llevan corona de conde sobre un largo pelo rubio serán embalsamadas como reliquias y conservadas en buen lugar en la sala de los tesoros del califa, en el palacio de El Cairo.

Esto también lo sabían los prelados griegos y preguntaban al padre Alberto si los barones esperaban recibir pronto refuerzos de ultramar, si tenían noticias del Emperador; si los ejércitos que se habían quedado en el norte, en Antioquía, pensaban bajar hasta Judea. Pues, encerrados como estaban en sus conventos, jamás habían creído, jamás habían comprendido que el ejército cristiano pudiera ser tan pequeño y tan

débil, bien entrenado, desde luego, pero muy cansado por el asedio de la ciudad. El padre Alberto invocaba la bondad de Dios y todas las victorias milagrosas que habían obtenido ya los cristianos. Todavía no hemos sido vencidos nunca. Esta victoria ha sido querida por Jerusalén.

*Él la ha querido, ya no puede desmentirse.*

Los sacerdotes griegos, hombres fuertes, solemnes y dignos, con sus largas barbas y sus cruces de plata brillando sobre sus hábitos negros, expresaban su alegría por medio de suspiros y miradas hacia el cielo, sin risas; la víspera se les había visto



triunfantes, cantando en voz alta las acciones de gracias, ardientes por un fervor vengador, ¡oh día de gloria! ¡Bendita sea la diestra de Dios que nos ha hecho justicia! La víspera estaba ya tan lejos que ya no se acordaban.

Ya no eran los mismos. Ni los barones ni los soldados, nadie.

Y mañana ya nadie se acordará de lo que somos hoy.

En verdad, en verdad, padre y digno hermano en Jesucristo, esos príncipes tan piadosos como intrépidos, verdaderos atletas de Cristo, han dado quizá demasiada licencia a los hombres de tropa. —Venerable sacerdote, no lo creáis, esos nobles señores tienen el

corazón compasivo, sus soldados no son peores que otros, los peregrinos pobres son cristianos honrados; pero Dios en este día les ha inflamado los corazones con santa cólera, no son más censurables que el rayo que cae del cielo. Pues Dios ordenó a los israelitas, cuando se apoderaron de Jericó, que no perdonaran la vida a nadie, ni hombre ni mujer ni niño, ni siquiera ninguna criatura viva, ya fuera un buey, un cordero o un ave. Los griegos no decían nada, pero el padre Alberto adivinaba muy bien lo que pensaban; que los cristianos habían perdonado la vida a muchos caballos, bueyes, corderos y aves.

Gracias a Dios, si no en dos días todos morirían de hambre. De comida hay corderos asados con especias y pollos y patos rociados con vino de palma, y buenos vinos en copas de plata, el obrero es digno de su salario, en este asunto los mejores obreros son una vez más los caballeros. Esa mañana todos comulgaron en el Santo Sepulcro, tan puros y resplandecientes de alma como de cuerpo, y que Dios los bendiga, pero el padre Alberto pensaba en sus pobres. Y en fray Bernabé que estaba esperando, fuera de las murallas, en su ataúd. Morir el día antes de la víspera de un día así, de una victoria así, ¿no es un castigo de Dios? ¿O es una gracia?

Todos los que quedaban en el campamento —una gran parte de los monjes y de los sacerdotes, las mujeres, los niños, los enfermos y algunos hombres sanos voluntarios para la vigilancia y la defensa— se habían agrupado en la ladera en frente de la puerta de Herodes, porque la tienda de Pedro estaba allí. Así no estaban dispersados y el campamento era más fácil de vigilar; habían llevado y juntado todas las carretas a lo largo de la empalizada y todo el día del sábado, excepto a las horas más fuertes del sol, mujeres y monjes estuvieron buscando cerca de la zanja vigas y maderos inútiles ya, para reforzar el campamento

con nuevas barricadas, pues temían los ataques de los beduinos.

...Cuando vieron la masa enorme de hombres que se metían por la puerta abierta, como el agua de un lago por la brecha de un dique roto, cuando vieron que ya no había más jaleo en las escalas y que el campamento junto a las murallas se vaciaba de repente y que en las murallas ya no había más humo, sino una carrera loca y que los estandartes cristianos surgían por todas partes y que a los paganos los tiraban en las zanjas y que el gran jaleo desaparecía en la muralla para extenderse por la ciudad, entonces los que no estaban hechos para la batalla se pusieron a dar tales

aleluyas y tales hosannas y tales gritos de alegría y de impaciencia que se les hubiera tomado por un ejército de locos. Pues no podían salir del campamento y sus almas querían salir de él y echar a correr hacia la ciudad, y levantaban los brazos y pataleaban o se tiraban por la ladera y caían de rodillas. ¡Ánimo, ánimo muchachos, Dios está con vosotros muchachos! ¡Vamos, valientes, santos, benditos amigos! ¡Que Dios los proteja a los buenos a los mejores, a los mejores de todos, jamás hubo hombres así desde los santos apóstoles! Señor Jesús ellos os han devuelto vuestra casa.

Hemos tomado la ciudad

La ciudad es nuestra

¡Somos ciudadanos de Jerusalén!  
¡Vamos a beber en las fuentes de agua viva! La ciudad es nuestra. La hemos tomado. ¡Y todos se ponían a darse palmadas en la espalda y a besarse en las mejillas más de diez veces, y se abrazaban también los que no se conocían y hasta los monjes besaban a las mujeres públicas! ¡Y cómo gritaban, Señor, y las mujeres se ponían en trance y algunas se mojaban y otras tenían flujos de sangre y perdían lo que llevaban en ellas y las más jóvenes bailaban, con los brazos levantados, nuestro, nuestro, Jesucristo es nuestro!

Agotados, jadeantes por las risas y por los sollozos, dejaban pasar sobre ellos la gran ola, después había que calmar a los que les daban convulsiones, socorrer a los que se encontraban mal, volver a poner en los camastros a los enfermos caídos por el suelo. Los más fuertes corrían con cubetas hacia las reservas de agua de los soldados; todavía quedaba algo, para una ración pequeña por la noche, esos muchachos han bebido casi todo, han hecho bien, aunque hubieran bebido toda el agua, ¡qué buenos, qué fieles, por ellos se hubieran quedado sin beber hasta por la mañana!

Las cubetas se vaciaban, se



tranquilizaba a los niños, se reanimaba a los enfermos. —La ciudad, allá abajo, tan cerca, la ciudad chillaba, unos centinelas junto a las banderas les hacían señales, ¡viva Dios, amigos! El día es nuestro. Sólo que la alegría se convierte muy pronto en inquietud, todavía se están batiendo, por la parte de la ciudadela se ven humos muy grandes, el jaleo de las balas de cañón no para. Han entrado, nuestros muchachos han entrado, quién sabe, como en una ratonera, Dios mío haced que salgan de allí, quizá es una trampa, quién sabe, la ciudad es grande y está llena de paganos. Y he aquí que de repente la puerta bendita al fin ganada se

convertía en puerta del infierno, quién sabe lo que había en la ciudad, ¿acaso los emires de Iftikar y los sudaneses y los árabes de Arabia iban a rendirse así porque unos hombres se apoderaron de una muralla y de una puerta? ¿Y entregar Jerusalén como se entrega Nicea? Detrás de la muralla tienen unos andamios con cubos llenos de pez hirviendo.

La angustia aumentaba, porque las bocanadas de viento que caían sobre el valle traían clamores de muerte y aullidos de furor, era difícil comprender quién gritaba. Unos grupos de mujeres bajaban hacia la zanja cerca de la muralla para hablar con los centinelas.

Los centinelas hacían señales, la cosa está que arde la cosa va bien para los nuestros, les han hecho retroceder, están huyendo. ¿Y si fuera una trampa? ¿Y si han distribuido armas a todos los hombres?

¿Se dan cuenta nuestros muchachos que los otros tienen dos, tres veces más de hombres que nosotros? ¡No es como en Antioquía! Hay muy pocos cristianos, es como meterse en la boca del lobo. — ¡Eh, hermanos!, ¿tenéis noticias? ¡La cosa está que arde, los nuestros han llegado al templo! Y toda la noche se oyeron gritos y el jaleo de la batalla, las murallas estaban iluminadas y de la ciudad subía un humo denso, pero las

noticias eran buenas. En la noche, detrás de las murallas, en medio del desorden de los campamentos abandonados, había un vaivén febril, los hombres corrían con teas encendidas o encendían hogueras junto a las zanjas y retiraban a los muertos y a los que no estaban muertos, y se amontonaban frente al puente, y tan grande era la emoción que ni siquiera muertos de cansancio las gentes tenían sueño y los enfermos tenían todavía fuerzas para andar, apoyándose en palos. ¡El conde de Toulouse ha entrado en la ciudad, la ciudadela es suya! No, todavía no la ha tomado, pero los turcos están acorralados dentro, los provenzales

avanzan por las calles y están haciendo una gran matanza.

Se están batiendo alrededor del Templo, se están batiendo en el Templo. Se están batiendo en todas las calles. ¡Señor que no sean mártires, que los volvamos a ver vivos!

¡No, amigas, no es el momento de ir al puente, no nos dejarán pasar, nuestros hombres se están batiendo duramente, no vamos a ir a molestarlos precipitándonos como locas en la ciudad! ¡Qué bien hizo Alix, amigas, qué sabia ha sido! ¡Si yo estuviera batiéndome ahora al lado de mi Santiago no tendría miedo, me pondría entre él y los sables de los africanos! —No tengas

miedo, María, escucha lo que dicen; parece que Dios ha abatido sus corazones, que se dejan degollar como corderos. ¿Cómo saber quiénes son las almas que se escapan en medio de esos gritos?... Hay gritos de mujeres, seguro, muchos gritos de mujeres, han tomado la ciudad seguro que no es la batalla, es la matanza.

María no veía la muralla alta coronada con antorchas sobre el cielo negro; le parecía ver la ciudad, las calles blancas completamente iluminadas y a lo largo de las casas filas de sudaneses de caras negras, con los sables levantados brillando como el fuego, con los sables de fuego cortando

cabezas, y los cristianos andando, decapitados, con la sangre saliendo a chorros rojos por los cuellos cortados. Iban corriendo así, corriendo sin cabeza, salpicándolo todo y manchando las paredes, formando riachuelos en el pavimento blanco entre el brillo de los sables de los sudaneses. ¡Qué desgracia, amigas, veo tanta sangre que las calles están completamente cubiertas y los regueros llenos! ¡La sangre desborda por las puertas y las ventanas y cae de los tejados!

—Seguro que es la sangre de los paganos lo que estás viendo, María, escucha esas voces, no son los nuestros los que están muriendo.

¡Amigas la ciudad está roja como un animal desollado! Tiesa, con las manos en las sienes, María sollozaba de terror, eran sollozos sin lágrimas, y sus ojos sin mirada ardían con un fuego seco.

¡Vas a callarte, dijo Honorina, hija del demonio, qué nos estás contando, vas a traernos la desgracia! Un monje normando que no estaba lejos de ellas les dijo: ánimo mujeres, no os lamentéis, la ciudad es nuestra, es completamente seguro. ¡Amigas mías, tengo la cabeza como loca, veo todo al revés! ¡Que san Miguel y san Jorge protejan a nuestros hombres, que los veamos salir por esa puerta tal y como entraron por ella! — Dime, dime, preguntaba la sacerdotisa,



¿crees que le ocurrirá algo malo a Lamberto?

—Yo no veo nada, dijo María espantada, yo no veo nada para nadie, gritan, gritan mucho, es la tempestad de Dios.

La tempestad. La noche estaba fría y parecía que la ciudad, con sus murallas llenas de antorchas, el humo, el jaleo, los gritos, fuera como un gigantesco montón de brasas en medio de las colinas negras y frías. O una ciudad fantasma arrancada a otro mundo, una ciudad condenada desde hacía mil años a revivir cada noche el día de ira, ciudad sin noche y sin día, donde la ira y el horror recorrieran las calles e

invadieran las plazas como torrentes de aire abrasado. ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Dios nos ha entregado a nuestros enemigos!

La primera madrugada, con el alba que empezaba a blanquear, la primera madrugada, fría y pura, la tierna estrella del Pastor resplandecía con la fuerza de un fuego dorado sobre un cielo de nácar por encima de la gran hoguera, la ciudad del Juicio, la ciudad real rodeada de sus colinas pedregosas semejantes a inmensos leones acostados. Cantad las acciones de gracias y temblad, nuestros hombres están llevando a cabo un juicio que el mundo no ha visto desde la Resurrección de Jesucristo.

Color de ceniza caliente, color tierno de primavera, el cielo resplandece detrás de la cima de las montañas por la parte de Jerusalén. La bruma en los valles es blanca como la nieve y en un instante se disipa. Bendito sea Dios en todas sus obras, el día que se levanta es el primer día de Jerusalén liberada. Los alminares y las cimas de las torres brillan como faros con el resplandor del sol.

Los clarines suenan en las murallas con alegría. En medio del jaleo se elevan, cada vez más fuertes, los cánticos cantados a coro por centenares de voces. Todo lo que está fuera de las murallas canta también. Todos cantan,

pero en la ciudad los gritos no cesan y los humos de los incendios suben y se estiran sobre la ciudad, dorados por la luz del sol.

Los centinelas dejaron pasar a unos hombres que, cruzando el puente, se desperdigaron a la derecha y a la izquierda para ir a buscar los campamentos de sus amigos. No salieron muchos, sólo una compañía de soldados del duque encargada de asegurar el relevo en el campamento de mujeres y de peregrinos; los que los vieron salir se asustaron en un principio pensando si no serían los únicos supervivientes, pero los que llegaban hacían grandes signos de alegría y

levantaban los brazos y blandían sus armas, de tal manera que se veía muy bien que eran gritos de victoria.

Juan Marcos se reunió con los suyos. En seguida dio el nombre de los muertos, Garin de Amiens y un pequeño normando que habían adoptado. En cuanto a los heridos, descansaban en una buena casa donde había agua y víveres.

¿Quién está herido, qué le pasa? Nada grave, unos arañazos; mi hijo Mateo ha perdido el ojo derecho. La mujer de Mateo se puso a chillar, a lamentarse en armenio, Juan Marcos le dijo: Vete a chillar a otra parte, no es el momento, ella se calló. Juan Marcos tenía manchas de sangre seca por todas

partes, en la ropa, en el pelo, en la barba, en los pies donde se le había formado como una costra. Di, Juan Marcos, di, ¡qué pelea! Di, ¿se siguen peleando todavía? Quizás algunos se baten todavía, pero no es una batalla, es más bien una carnicería. Esas gentes no estaban preparadas para defenderse. ¡Qué locos, pensaban que no éramos capaces de tomar la ciudad! —Juan, ¿los nuestros tienen muchas cabezas? —¿Qué cabezas? No se ve más que eso en la ciudad, nadie las quiere. Las buenas las han cogido los caballeros y sus hombres.

¡Todas son buenas, Juan, hubiéramos querido verlas! Todas son buenas

cuando no son las de los nuestros. —¿Es cierto, Juan Marcos, que ellos llenaron la iglesia del Santo Sepulcro con estiércol y basura? —Yo no lo oí decir. Los barones estuvieron allí con sus caballeros.

Fray Imberto llegaba con su larga barba toda temblorosa, encorvada, la mirada brillante; estaba muy débil, temblando de fiebre y se parecía más que nunca a un buitre desplumado. — ¡Bellos son en verdad los pies del portador de buenas noticias! Hermano Juan Marcos ya estás con nosotros otra vez has salido vivo del infierno de la batalla, con angustia y alegría hemos rezado esta noche por vosotros. ¿Sabes

cuándo nos permitirán ir a adorar a Dios en el Santo Sepulcro?

Juan Marcos no lo sabía, nadie lo sabía exactamente, tres días, sí probablemente tres días, cuando se haya restablecido el orden, no os imagináis lo que es, hasta las piedras dan gritos, es el verdadero juicio de Dios.

Que no se te encoja el corazón, hermano, por las pruebas Dios mide su amor. ¡Pocos hombres en verdad han sido más amados de Dios que los pobres peregrinos de esta gran peregrinación! Cuando fray Imberto hablaba parecía que todo se arreglaba de la mejor manera posible como por milagro. Ánimo Israel tú has visto la caída de



Babilonia y has triunfado sobre el Faraón. ¡Dios ha concedido a los pequeños y a los humildes el milagro que negaba desde hace tanto tiempo a los reyes! Que vuestros corazones sean bastante grandes para contener la alegría de Dios.

Temblando de fiebre, muriéndose de sueño, las mujeres subían hacía el campamento, tirando de las carretas, arreglando las literas de los enfermos, todos tenían que reunirse alrededor de la tienda de Pedro. Los que no habían combatido se sentían perdidos en el campamento, que ahora era demasiado grande, y todos se preparaban a la vida nueva en medio de una excitación cada

vez más grande pero casi sin alegría, de tan cansados como estaban. La alegría hervía en ellos, oculta, dormida, cuando se despierten, cuando la alegría estalle de verdad, Señor ¿quién tendrá fuerzas para soportarla?

Las mujeres públicas levantaban también el campamento, con gritos y lágrimas, pues ese día todas estaban arrepentidas, dispuestas a hacer voto de castidad perpetuo por el honor de ser admitidas a adorar el Santo Sepulcro. ¡Santa María Magdalena, santa María Egipciaca, santa Teodosia, bellas como reinas, santas gloriosas que en el cielo están al lado de las vírgenes y de las matronas, cuántas pobres desgraciadas

verán acudir a ellas y acurrucarse bajo sus capas de brocado celestial! Jerusalén la santa nos ha convertido, iremos a implorar protección al obispo y al patriarca. También se llevaban sus carretas y distribuían a las mujeres de los pobres sus collares, sus pulseras y amuletos, ¡no desdeñéis estos dones, hermanas, todas somos cristianas, nuestros collares no están sucios, nos hemos arrepentido todas de los pies a la cabeza!

En las carretas llevaban a la Ludivina, atada como un paquete; la «Reina» de las putas (la llamaban así porque ella se ocupaba del abastecimiento y de procurar los

clientes) fue a ver a fray Imberto y le dijo que la loca parecía ser una picarda y que había que devolverla a sus amigos, pues se había vuelto cuerda. Así pues, desataron a Ludivina y le dieron un traje. La desgraciada tenía los miembros tan entumecidos que se dejó vestir sin protestar y, como no podía andar, cayó de rodillas. Así fue como la encontraron las mujeres de su país; sentada en el suelo, con el pelo revuelto, la cara demacrada y los ojos brillantes como botones de acero pulimentado. Los cuerpos de los locos no parecen hechos de carne humana: en pocos minutos Ludivina se ponía como una chica de veinte años. Se puso de pie de un salto y

las mujeres se echaron atrás, se desgarró el traje hasta la cintura y lo dejó resbalar a sus pies.

Desnuda otra vez completamente, con el cuerpo arañado por las huellas de las cuerdas, saliéndosele las costillas y las caderas, con los pechos planos como dos suelas de sandalias. Juan Marcos se acercaba con fray Imberto y un viejo tejedor de Lille, tío del cuñado de Ludivina; las mujeres no querían dejarlos pasar, pero la loca corrió al encuentro de los tres hombres y se puso a separar los brazos y las piernas enseñando todo lo que no se debe enseñar. Ludivina se levantaba los pechos y decía: ¡mirad mis manzanitas,

mis bonitos botones!... Fray Imberto y el anciano se volvieron por pudor y se santiguaban. Juan Marcos se adelantó y cogió a la mujer por los hombros: ¡Mujer, soy yo, Juan, vuelve en ti por el amor de Dios! Ella le echó los brazos al cuello y se puso a hacerle zalamerías: ¡qué hermosos sois, caballero mío, dejadme besar vuestro pelo rubio!

Entonces Juan Marcos sacó el cuchillo del cinturón y lo blandió ante la cara de la loca. *Divina. Ves esto, Divina.* Solamente quería asustarla, pues a veces el miedo cura la locura; con un aspecto terrible ponía el cuchillo en la garganta de la mujer, tenía unos ojos locos y parecía a punto de caer

convulsionado. Ella se separó de él y le quitó el cuchillo de las manos; lo que ocurrió después nadie lo comprendió de tan rápido como fue: los dos rodaron por el suelo, la loca era muy fuerte, y Juan Marcos intentó a duras penas sujetarle la muñeca para separar el cuchillo, después el cuchillo pasó a las manos de Juan Marcos y éste empezó a golpearla varias veces, con rabia, retirando la hoja y hundiéndola de nuevo entre las costillas que se movían como las agallas de un pescado.

Ludivina recobró durante un instante el sentido común, miró a su alrededor extrañada, murmurando: un sacerdote, un sacerdote. Pero mientras fueron a buscar

a un sacerdote, había perdido el conocimiento y empezó a agonizar. Juan Marcos se quedó sentado a su lado, con los brazos en las rodillas, con la cabeza entre los brazos. Del campamento de las damas vino un hombre que pertenecía al prebostazgo de los barones con dos soldados, ¿no es aquí donde un hombre borracho ha apuñalado a una mujer pública? Los rumores se extienden rápidamente y la justicia de los barones no tolera la licencia, sobre todo en un día semejante.

Todos los testigos testimoniaron en favor de Juan Marcos, él sólo se había defendido, la mujer estaba loca y además él era su marido. —Realmente,



dijo Juan Marcos. Un hombre borracho y una mujer pública. Yo no quise matarla, señores, los testigos dicen la verdad. Ahora no estoy para hablar. El sargento miró con asco a la muerta tirada por el suelo y al hombre abrumado negro de sangre seca y dijo que era una vergüenza que en un día tan grande como aquél ocurrieran cosas tan sórdidas, y se fue con los soldados, ¡Hombres crueles, que la misma desgracia les ocurra a vuestras propias mujeres!... Tonta, esos hombres no tienen mujeres y si las tienen están bien alimentadas y viven con las damas. *Ludivina usó su corazón hasta la trama y hasta la urdimbre.* ¡Ludivina, es tu santo! Tu alma cristiana se arranca hoy

del cuerpo con alegría y violencia, pues en Jerusalén se han condenado tantas almas paganas que los demonios no tienen miradas para los cristianos, te olvidan, no estorbarán tu viaje.

Por encima de toda la ciudad se extiende como una gran bolsa transparente, temblorosa, produciendo ruidos y crujidos y surcada de relámpagos, son los miles de almas salidas de los cuerpos que luchan entre los demonios y los ángeles, el ruido de esta batalla de alas apaga el jaleo de la ciudad loca.

Dios mío, los caballeros han alcanzado ya la alegría y ven con sus propios ojos el Santo Sepulcro, en

cambio el juicio no ha terminado para nosotros y estamos perdidos entre los gritos de las almas. Sentada a la sombra de una carreta, con Pedro acurrucado contra su pecho, María miraba las torres de la ciudad y las banderas y las humaredas, y sentía el aire que temblaba como sacudido por el estrépito de los truenos. María se sentía la cabeza llena de truenos y de relámpagos, Pedro, ¿cómo vamos a aguantar tres días más? Ella quería rezar por los hombres que estaban en la ciudad, pero el ruido de su cabeza se lo impedía. Rufina por Dios dame de beber, debo haber cogido una insolación. María bebió agua que los soldados habían llevado de Jerusalén en

una carreta llena de toneles, tienen agua en la ciudad, es increíble, tantas cisternas llenas como si estuviéramos en Antioquía.

Contaban muchas cosas. Los judíos. Cómo los flamencos habían entrado en el barrio de los vidrieros, y esos judíos tenían cubos llenos de pasta de vidrio fundido y caliente y recibieron a los flamencos rociándoles con vidrio fundido y quemando vivos a varios de ellos. Pues aparte los soldados de la guarnición, los judíos fueron los únicos que opusieron resistencia verdaderamente. Gracias a que los flamencos los engañaron, les dijeron que salvarían la vida si se encerraban en la

sinagoga. —No es muy bonito, era una mentira. —¿Y ellos que traicionaron a Jesucristo no mintieron? ¿Acaso había tiempo que perder para ir reduciéndoles de casa en casa? Hubieran salvado sus vidas si se hubieran querido convertir, se les propuso eso, no se ha hecho lo mismo con los musulmanes... Pues sabed que si no se les hubiera obligado a ir a la sinagoga no hubiera quedado una casa en buen estado en todo el barrio.

*¿Que si es bonito Jerusalén? Tan bonito, cristianos, que no se tienen bastantes ojos para mirarlo. Plazas y casas e iglesias tan bonitas como en Constantinopla, tantas piedras bonitas adornadas y esculpidas, y mosaicos de*

*oro y piedras finas, y arcadas y bóvedas de mármol. —¿Y fuentes?... — Menos que en Antioquía, pero más bonitas, y tan grandes como capillas con una bóveda por encima, y verjas doradas. Una vez que la ciudad quede limpia será el Paraíso.*

Pues sabed que ahora hay tanta sangre en las calles y en los patios, hay tanta sangre, tanta sangre que el Templo de Salomón, su mezquita, las gentes tenían sangre hasta las rodillas. ¡Qué terrible y qué bello debía ser verlo! ¡En ninguna parte se ha visto eso, ni siquiera después de las batallas más duras! —...Hemos visto tanto, decían los muchachos, que hasta parece raro ver

entera a la gente, con la cabeza en su sitio y la barriga cerrada. ¡Sabed que corre un rumor que dice que algunos hombres y algunas mujeres se tragaban las monedas de oro o las perlas, hubierais debido ver a esos descamisados de las bandas provenzales y hasta algunos soldados registrar las tripas con los cuchillos y las manos, casi casi hasta metían las narices dentro como perros. Las mujeres escuchaban, pensativas y perplejas. Al fin y al cabo, extraña manera de hacerse rico. — Cuando registraban los regueros, en Antioquía, buscando a las ratas muertas no era mucho mejor, ¿verdad? — ¡Después de todo, en el lugar más santo

del mundo, ensuciarse las manos para encontrar oro! —Buenas mujeres, el soldado está hecho así, lo pagan para dejarse matar, es lógico que el oro le guste tanto.

...No tardará mucho, cada cosa en su tiempo: mientras haya pelea todavía en las calles y haya aún cosas que coger y los caballeros no sepan dónde ir a buscar a sus hombres, es muy necesario que las puertas estén severamente vigiladas por los soldados.

Sabed que en estos momentos en la ciudad hay más muertos que vivos.

Todo esto no era muy tranquilizador. Por mucho que digan que las noticias son buenas, las horas pasan y siguen



rugiendo y chillando y gritando, allí detrás de las murallas, las horas pasan y para convertir a un vivo en un muerto basta el tiempo de un grito, ¿cuántos de los nuestros que estaban vivos esta mañana lo están todavía ahora?

Si matan a un conde o a un caballero de mucha fama, se sabe inmediatamente, pero nuestros amigos, sí, aunque todos estuvieran muertos, seguirían diciéndonos que las noticias son buenas, ¿quién sabe sus nombres? Sólo Dios hace las cuentas de los pobres.

¡Ángeles de muerte, no arrancad más que la cizaña, que nuestros hombres resplandezcan como espigas al sol del gran Juicio y que la carroña se convierta

en carroña!

¡Vergüenza a Mahoma que tan mal protegió a los suyos, si Dios quiere iremos hasta La Meca para revelar a los ojos de todos su mentira y matar la vana superstición! Pues ahora todos los reyes de la Cristiandad nos enviarán ejércitos y nuestra victoria es como el grano de mostaza silvestre; como el puñado de levadura que levantará la masa. De Jaffa han salido ya los navíos para anunciar la buena noticia al papa y a todos nuestros reyes. Para llevar la noticia a los reyes de Damasco, de Bagdad y de El Cairo no es necesario correos. Pues los gritos de Jerusalén se oirán allí desde mañana, de boca en boca se extiende la noticia

como un gran eco, el califa de Bagdad y el califa de El Cairo están ya de luto y maldicen la incuria de Mahoma.

*Hay que darse prisa, no hay tiempo que perder. Si dentro de diez o de quince días la ciudad no está preparada para defendernos, se hablará de nuestro martirio y no de nuestra victoria.* La cosecha es abundante, pero casi no hay segadores. La cosecha de las almas condenadas y de los cuerpos perdidos. Dios lo ha querido así, cristianos, no os espantéis, sino pensad que esta cosecha debe ser recogida rápidamente y debe almacenarse en los graneros que Dios le ha preparado, en las laderas del valle de

Cedrón y del valle Josafat.

Es un trabajo duro, pero no vergonzoso, al contrario; todo pobre del ejército recibirá tres dirhems o dos denarios bizantinos por jornada de trabajo, que vengan a contratarse a los barrios de intendencia, ya sea a la ciudadela donde está la casa del conde de Toulouse, ya sea al palacio del duque de Baja Lorena, al lado del Templo, ya sea a los cuartos de guardia de las torres de Herodes y de Jaffa. Que desde el lunes por la mañana queden formados los equipos, por Dios no dejéis de trabajar, cristianos, no hay tiempo que perder.

Que todos los jefes responsables de

grupos de peregrinos o cofradías, de la nación que sean y del oficio que sean, reúnan a todos sus hombres en estado de sujetar una pala o una horquilla, y vayan a tratar con intendencia; el salario les será garantizado bajo juramento y entregado al terminar la jornada, a tanto por hombre. Por la mitad del salario pueden incluso contratar a las mujeres o a los niños de más de diez años, ya sea en la ciudad o fuera de la ciudad, para excavar trincheras, pues jamás bastarán para ello los zapadores del ejército.

Que desde la madrugada los equipos empiecen unos a cavar, otros a quitar la tierra, la profundidad de las trincheras debe ser de cinco pies por lo menos y la

anchura de seis pies; los que posean pala, piocha, hacha, azada, pico, cobrarán un dirhem de más cada dos días de trabajo, a los otros se les dará el material necesario pero deberán devolverlo a intendencia. Que los que están en la ciudad construyan, a partir de las doce de la noche, tantos zarzos y camillas como puedan, y en la plaza del Templo, en la plaza del Mercado de granos y la de ganado, la intendencia suministrará carros con tiro de bueyes; y también unas carretas más pequeñas, las cuales deberán ser tiradas por hombres. Pero que ninguna carreta se vaya de la ciudad antes de estar llena, no a ras del borde, sino a una altura de dos pies por

encima de los bordes y la carga deberá sujetarse con cuerdas.

Como el trabajo es urgente, se prohíbe a los obreros que se detengan a despojar o a destripar los cuerpos en el momento de recogerlos; si ven sobre algún cuerpo objetos de valor, a condición de evitar cualquier disputa, pues el objeto pertenecerá por derecho propio a quien lo haya visto y lo haya señalado el primero.

El Picoso dijo: no es una mala noticia, muchachos. Nosotros somos diez hombres en estado de trabajar, más seis niños. —Y una mujer, dijo Alix; todos se volvieron al son de su voz seca y dura; creían que estaba enferma, pues

se había quedado sentada en un rincón del patio, con los brazos cruzados, y se movía menos que una estatua. —Bueno, y una mujer, continuó Elías, lo que por día nos hará veintisiete denarios bizantinos y en dos días, cincuenta y cuatro. Jamás en nuestra vida hemos cobrado un salario así. Y por otra parte, es un trabajo que debe ser hecho.

—¿Y por qué, dijo Guillermo de Avesnes, hacernos hacer un trabajo de prisioneros? —Porque no tienen bastantes prisioneros, dijo Santiago. Ya has visto a nuestros prisioneros, están ahí fuera, a ver quién es capaz de hacerles trabajar.

—¿E Iftikar y sus emires que están



todavía en la ciudadela? ¡Ellos los primeros a trabajar!

—No, amigos, decía el Picoso, para eso los barones no esperan nuestra opinión. Pero los muertos tampoco esperan.

—¿Y por qué nosotros?, dijo Santiago. Que distribuyan la tarea por barrios. No somos nosotros quienes hemos hecho más. ¿Por qué nos toca a nosotros recoger la basura que dejaron los soldados?

Mardoche y Onésimo y sus camaradas aplaudieron gritando: ¡Bien hablado, Santiago! Elías los miró de lado, demasiado cansado para tener celos. —Soy yo quien manda aquí. Tú,

Santiago, hablas mucho y no dices nada: jamás los soldados harán el trabajo de los prisioneros. En cuanto a nosotros es otra cosa, piensa en Antioquía. Si por casualidad asediaran la ciudad, el precio del grano triplicará al día siguiente y al otro día valdría diez veces más. No hemos cogido tanto botín como para eso. Con nuestras mujeres y nuestros sirios que están en el campamento fuera de la ciudad, y que podrán trabajar en las zanjas, ganaremos hasta ochenta monedas, si no más.

—Tú sueñas, Elías, dijo Mateo de Lille, por cavar las zanjas no pagarán jamás ese jornal; por la recogida sí, pero no por las zanjas.

Santiago se levantó tan vivamente que su camisa, ya bastante raída, se le rasgó por el pecho. —¡Bueno y qué amigos! ¿Estamos en Jerusalén, sí o no? ¡Haber entrado en Jerusalén para que todo sea otra vez como antes y pensemos ya en el precio del grano!

—Sólo los muertos no comen, dijo Elías.

—Pues tú hubieras podido pensarlo antes, dijo Santiago con dureza, tú forzaste la puerta del harén de un jeque sin coger siquiera un alfiler. Los chicos me lo han dicho, me han dicho lo que hiciste. Y que tú estabas en buen lugar y que no valía la pena dejar que a Lamberto lo hirieran si era solamente

para cortar los cuellos y dejar a los soldados lorenos que cogieran todo. Y que pasaste por delante del cofre de joyas sin siquiera verlo.

—Vale la pena, en efecto estar en Jerusalén, dijo Elías con desdén. Yo no tomé la cruz para robar alhajas.

Sin Guillermo de Avesnes, hombre maduro y fuerte, hubieran llegado a las manos, pues Santiago estaba de muy mal humor. —No hay que tomárselo en cuenta, Picoso, le da pena. —¿Quién crees tú que no tiene pena?, dijo el Picoso.

Lamberto tenía fiebre, pero no estaba peor; la herida estaba sana todavía; estaba medio dormido, echado

sobre unas mantas, en el rincón del patio más cerca de la cisterna, y se estremecía de vez en cuando de arriba abajo. Tenía unas ojeras grises alrededor de los ojos, el pelo y la barba estaban húmedos de sudor hasta parecer negros. Parecía que tenía todo el cuerpo como dislocado y mirándolo Santiago pensaba con odio en los cadáveres, en toda esa carne y esa grasa que se estaba pudriendo en las calles, bien alimentados, esos perros, tenían unos vientres y unas nalgas y unas piernas bien rellenos, los huesos no se les veían, por qué se quejan, han tenido una buena vida, nunca les faltó agua, en pleno verano tenían las cisternas llenas de agua fresca; y se podían lavar y no

tenían sarna, y todavía les compadecerán, y otra vez seremos nosotros quienes tengamos que recoger esa podredumbre, Lamberto, muchacho, no te abandones. Ellos no te vencerán. No lo creas. Sus espíritus, Dios los condene, dan vueltas a nuestro alrededor, pero no pueden nada contra un alma cristiana.

Qué mortal lasitud. Apenas puede uno imaginarse que de aquí a tres días veremos el lugar de la verdadera luz.

...¿Y si ese día cayera sobre la tierra el sol y la luna y una lluvia de estrellas y una lluvia de ángeles? ¿Y si fuera verdad lo que dicen los demás y que las penas nuestras de hoy fueran las

últimas? Nos hemos acercado al borde del infierno.

¡Cuánta necesidad tenemos de nuestros sacerdotes y de nuestras mujeres, para poder ir juntos al Santo Sepulcro por el Camino que llevó Jesucristo, llevando la cruz!

Cuando nos hayan quitado el mal olor.

Hay que ser fuerte para hacer esa clase de trabajo. Pues en las casas y en los patios no se da uno cuenta, pero el olor es denso, aunque uno llegue a acostumbrarse; y hasta por las calles se puede pasar sin demasiado trabajo, tapándose la nariz. Es increíble — increíble, sí— uno se imagina muy mal a

lo que el hombre puede acostumbrarse. En estos días en que el tiempo está detenido, parece como si se hubiera vivido toda la vida en una ciudad llena de cadáveres, esta ciudad, la ciudad de este domingo, casi tranquila, pues ya nadie mata, donde las calles están demasiado llenas de cadáveres para poder organizar procesiones.

Al lado del trabajo, no era nada. Nada absolutamente y hasta un placer.

Ha llegado el momento, imbéciles. Ha llegado el momento, esto es lo que dicen, de vomitar sangre y bilis, cuando hace dos días todavía se luchaba como sordos, sacando fuera las tripas y los sesos. Pues no erais los últimos en hacer



ese trabajo, estabais más rabiosos que lobos, los soldado eran menos feroces que vosotros, ellos sólo pensaban en el botín.

Los soldados dicen, vosotros habéis armado un jaleo inútil, y no solamente el día del asalto en que de buena fe nadie se controlaba, sino también todo el día del día siguiente y la noche del sábado al domingo, con vuestra rabia estúpida, aprovechándoos del desorden, y porque los jefes y los barones descansaban devotamente. Los soldados lo decían con desprecio, ¿podíamos contestarles que los habíamos visto también a ellos el sábado y toda la noche del sábado al domingo? ¿Y que en los barrios donde

ellos viven hay todavía muchos muertos recientes? ¿Y que delante de sus casas había chicas todavía vivas, pero violadas hasta más no poder, con más sangre entre las piernas que en la garganta, acaso no habían visto ellos actuar a los soldados? Dios sabe que los pobres tenían con qué golpear, pero no eran ni lanzas ni mazas de armas con clavos; ni espadas, ni ballestas, incluso hubo varios barrios donde los pobres no metieron los pies.

*Y si fuera el juicio de Dios, que ellos no acusen a nadie.*

Decid, amigos, si por casualidad Dios hubiera enviado, para destruir a sus enemigos, una pestilencia repentina,

como lo hizo el día en que los asirios asediaron Jerusalén, y que todas esas gentes hubieran muerto de la peste, hubiéramos tenido que hacer el mismo trabajo y con el peligro de coger la peste. Así pues, Dios ha sido clemente con nosotros...

Ánimo, cuatro carros grandes de bueyes han salido ya de la ciudad. — ¿Cuatro carros? Harían falta varios centenares. Dios mío.

Si tenéis heridas abiertas, vendadlas bien, ahora no falta tela, vendadlas, sino podéis estar seguros de que os dará la gangrena. Pues ese jugo que sale de los cuerpos es como el veneno de una serpiente.

Dios mío.

Desde hace tres años creíamos estar acostumbrados a los cadáveres, bueno pues no, todavía no habíamos visto nada. Viejos soldados se volvían verdes como pan enmohecido y se daban la vuelta para vomitar. Primero, por el olor. Muy fuerte ya cuando nada se mueve, envolvía todo con oleadas densas en cuanto se removían los cuerpos con la horquilla. Las moscas echaban a volar, tan densas que de repente el aire en la calle, a la altura de un hombre, se volvía negro y zumbante. Los hombres se encontraban cogidos de lleno como en una tempestad de granizo negro que no caía del cielo, sino que

venía de abajo.

Brillantes, negras y verdes, espesas como aceitunas maduras, infladas hasta estallar de podredumbre. Daban vueltas lentamente, como ebrias, y caían en cualquier sitio, sobre los vivos y sobre los muertos, los hombres que trabajaban en la recogida estaban llenos y no podían espantarlas, pues las moscas habían perdido la costumbre de moverse, si los hombres se sacudían la cabeza, ellas se levantaban un instante y volvían a caer sobre ellos inmediatamente. El sol subía en el cielo y se ponía a quemar los tejados y las plazas y a colarse por las calles.

Los hombres llevaban zarzos planos,

arrastrándolos a ras del suelo, y levantaban los cuerpos suavemente, para ponerlos encima de los zarzos, removiendo la podredumbre lo menos posible, pero no había nada que hacer, al menor movimiento, el hedor explotaba y golpeaba las caras.

Los cuerpos explotaban y de ellos salían unos chorros de líquido negro, los cuerpos, llenos de nieve negra y brillando con unos reflejos verdes, la nieve del demonio que se levantaba formando torbellinos lentos; la cabeza de los hombres estaba llena de esa nieve que hormigueaba entre los pelos y se metía por entre la tela que se ponían delante de la boca, sólo se veía eso.

Gracias a Dios, era mejor ver eso que lo que hay por el suelo.

Con la horquilla y la pala, recogían a ciegas lo que había que recoger. Sobre los zarzos y las camillas. Tantos como podían amontonar. Después, se llevaban todo hacia el cruce más cercano, para echar la carga en una carreta; más pesada que haces de heno pero menos pesada que las piedras, pesos de cuerpos de hombres, carnes entumecidas por la muerte como la arcilla por el agua

y que las carretas estén bien llenas, no a ras de los bordes, sino a la altura de dos pies por encima de los bordes, pero hay cuerpos que se amontonan mal, pues están tan tiesos como árboles

mueritos, con los brazos y las piernas separados y retorcidos, y eso forma huecos que se rellenan con las cabezas cortadas y los niños pequeños ¡Dios mío, al fin y al cabo, por muy pequeños que sean, en un estado así, llenos de manchas negras comidos de moscas, la cabeza reventada!,

¡esas mujeres de caras hinchadas, reventadas por la podredumbre, enseñando bajo el rezumar de la carne húmeda la sonrisa mostrando unos dientes blancos, ojos grandes llenos de moscas en unas caras surcadas de líquido marrón, manos amarillas y crispadas cayendo por los bordes de las carretas como para amenazar o



agarrarse a algo.

No, no gritaban, sin embargo parecía que se les hubiera oído gritar tanto tiempo que no se tenía más que eso en los oídos durante varios días, no gritaban pero el olor era tan espantoso que uno creía sentirlo en todo su cuerpo como un inmenso grito. Allí estaban, en las camillas y en las carretas, amontonados, con una vida terrible y caliente, crujiendo, encogiéndose, rezumando, susurrante chapoteo tibio y ligero de mil riachuelos de savia que fermenta

de hora en hora, de hora en hora los cuerpos revivían, abandonándose a la podredumbre como a una fiesta, se

inflaban hasta hacer estallar los bordes de las carretas, y el ruido de descomposición se parecía a un ronquido, y los hombres que trabajaban tenían en todo momento la sensación de que esos cuerpos se movían, que se volvían unos muertos-vivos

que por un poco se iban a levantar y a pasearse así por la ciudad, tal cual, relucientes por un jugo negro y rellenos de gusanos, ¡Dios mío, sería muy feo, sería muy triste de ver! pero ni siquiera daba miedo ya.

Sin embargo había hombres temerosos que, al ver un cuerpo entero, le cortaban —antes de colocarlo sobre el zarzo— ya sea la cabeza si no era

demasiado dura, ya sea el sexo, o si no le arrancaban el corazón pasando rápidamente el cuchillo bajo las costillas, pues Dios lo sabía, si esos muertos se pusieran a revivir sería para volverse loco

esa chiquilla completamente hinchada, de color verde gris, con cabeza de sapo gigante, se quedaba sentada, apoyada en la pared, con las rodillas dobladas y el pelo negro cayéndole sobre los hombros; los ojos muy abiertos llenos de moscas, parecían temblar, de las comisuras de los labios le corría la sangre muy despacio. Y aquella, la mujer de pelo blanco negra como una ciruela, con los brazos en cruz

delante del pecho, la boca completamente abierta, vomitando una bilis negra y con las manos agarradas al borde de la camilla, hay que luchar, ellos son más tenaces que los vivos, y hay tantos que se han quedado tiesos en la posición en que la muerte les sorprendió, con los brazos y las piernas separados, rodillas dobladas, retorcidos, encorvados, que sólo con el hacha se les podría hacer mover un dedo, duras estatuas de podredumbre, la carne viva parecía pobre a su lado; ligera, frágil, retrayéndose al menor choque, carne de olores inciertos que un poco de agua disipa, pero esos, ese pueblo de cuerpos sin almas, su olor

era más potente que el brillo del sol. Aturdidor, sofocante, invencible, *pues sin él, uno se hubiera habituado muy de prisa al horror del espectáculo e incluso a las moscas,*

las carretas se ponían en camino lentamente hacia las puertas; en los cruces de los caminos se formaban unos tapones y los hombres que tiraban de las carretas esperaban pacientemente a que les llegara el turno. Por el puente pasaban todo el tiempo, los hombres arrastraban la carga hasta el borde de las zanjas, vaciaban la carreta, respiraban un poco y volvían a la ciudad. Los hombres que trabajaban en las calles preguntaban: ¿qué, cómo van

las zanjas, avanzan? —No mucho, el suelo está muy duro, jamás podrán cavar bastante de prisa. Los de las zanjas tenían un buen trabajo, el aire era puro allá abajo y soplaba la brisa; pero aparte los zapadores, los demás no eran buenos obreros, mujeres y monjes de edad y niños que ni siquiera eran capaces de arrastrar medio saco de tierra.

Sí, al final del campamento habían contratado a los leprosos, entre ellos había muchachos fuertes, duros en el trabajo. Y en cuanto a los cristianos del país, ellos conocían el suelo y tenían buenas herramientas, pero poco corazón: viendo tantos cadáveres en tan mal

estado muchos de ellos habían huido.

Los carros de bueyes volvían y estacionaban en las plazas y en los caravasares, y en ellos vaciaban las camillas llenas; los bueyes soportaban muy mal el olor, resoplaban, se negaban a avanzar, caían de rodillas, a los mejores boyeros les costaba trabajo hacerlos obedecer. Se ponían furiosos a la vista de los cadáveres, tiraban bruscamente del pértigo, y había que vendarles los ojos, empujarles a golpes de pica, los bueyes mugían y se sacudían el yugo.

Lo peor de todo era la gente que había sido pisoteada a muerte en el atropello del viernes, porque el mismo

día habían sido aplastados y reducidos casi en morcilla, primero por los hombres, después por los caballos; pues como la calle era de mucho paso, se les había amontonado en las calles laterales y allí ni el demonio sería capaz de reconocerlos, además estaban tan tiesos y agarrados y pegados unos a otros que ni garfio ni pala podía separarlos, había que depositarlos en los zarzos por montones de cinco o seis, un verdadero carnero, brazos, piernas, cabezas, todo mezclado al azar, como un hormiguero, una verdadera marmita de hechicero, y en cuanto a los gusanos, caían tales montones que todo el suelo bullía, delante de los ojos se ve todo blanco,



todo blanco, todo negro, gusanos y moscas, moscas y gusanos, se podría decir que ya no había carne muerta. El olor era tal que algunos se desmayaban. A los hombres que se encontraban mal había que meterlos en las casas, de allí los subían a la azotea y les echaban agua por la cabeza.

¡Sitio para las carretas de los muertos! Dos caballeros llegan a caballo, vestidos con túnicas de seda verde pálido, sus escuderos cabalgan detrás de ellos llevando unos mulos cargados, pues en la plaza del Mercado, limpia desde el domingo, los soldados venden de todo, telas, vajillas, alhajas, perfumes y especias,

así pues, nobles caballeros, tenéis que echaros a un lado y esperar, hoy, hoy también los muertos pasan en primer lugar, por esta calle hasta la puerta de Herodes está prohibido el paso, además no es sano para vuestras monturas. Los caballeros están ahí, limpios y relucientes con un turbante blanco en la cabeza, guiñando los ojos a causa de la luz del sol, y miran con asco, con espanto, cuando un obrero les dice que se separen, casi se santiguan al verlo,

pues es preciso decirlo, los hombres que trabajan allí, vestidos con jirones manchados de jugo de cadáver, con la cabeza envuelta también con jirones y la cara tapada, rodeados de tantas moscas

como los muertos, esos hombres parecen muertos enterrando a los muertos; es tan horroroso verlos que los caballeros se extrañan de oírlos hablar en buen francés. Con sus horquillas y sus garfios.

Hermanos, no pongáis esa cara, esos ojos encendidos de ira, pues Dios sabe que en todo esto tenéis vuestra parte, y una buena parte, los muertos del viernes son vuestros muertos. Desde el muro y desde la puerta de Herodes hasta el Templo y hasta la plaza del Mercado, los muertos del viernes son los muertos de los caballeros, que abrieron la brecha, hay que hacerles justicia abrieron la brecha con sus lanzas, arrastrando tras ellos a los soldados.

...Pero entonces, cuando atacaban, eran cuerpos vivos, buenos para ver y para matar, sangre roja como el rubí y la púrpura, bellas fuentes de sangre, brotando de los cuerpos decapitados, cristianos y paganos.

¿Por qué no venís a participar en la obra de Dios? ¿Y coger la horquilla por caridad y chapotear también en la podredumbre? En ello tenéis vuestra parte y nosotros, gracias a Dios, la nuestra, pues en cuanto al botín sois de lejos los más fuertes, pero en cuanto a lo que se refiere a los muertos, sabed que el peregrino más pobre ha hecho tanto como un caballero, ha habido para todo el mundo, de la alegría de matar no se ha

privado nadie.

Un caballero blanco se había vuelto loco y corría por las calles llenas, tirando las carretas, pisoteando los cadáveres, los obreros tenían que ponerse contra las paredes, el caballo relinchaba con gritos estridentes, humanos, saltaba, se encabritaba, echaba a correr de nuevo como un loco; era la hora en que el cielo se vuelve dorado y las torres y las cúpulas brillaban con reflejos de color naranja y el calor se esparcía por toda la ciudad, disuelto en el olor de cadáver. El caballo loco iba y venía, relinchando y enseñando unos dientes enormes, parecía que se le veía en las cuatro esquinas de la ciudad al

mismo tiempo, no se sabía de dónde venía y nadie se atrevía a matarlo. Mucho tiempo después de su paso se seguía oyendo su galope pesado y sus relinchos de degollado vivo, sí, muchos hombres lo vieron al mismo tiempo en lugares diferentes, pero eran visiones, el día declinaba, en las iglesias cantaban vísperas, el caballo aparecía entre las casas hundidas en la sombra azul como una inmensa mancha blanca que cubría todo el cielo, cantaban vísperas y los obreros hasta el día siguiente podían descansar en sus casas, pero no había descanso.

Casi todos los hombres, embrutecidos, reventados, volvían a sus

alojamientos con los ojos llenos de visiones, pues los muertos que parecían tranquilos mientras no se les movían, empezaban a desdoblarse y se les veía sobre las murallas, sobre el cielo, como esa mancha que queda en los ojos después de haber mirado el sol, sus caras hinchadas e inhumanas aparecían sorprendentemente por todas partes, *hasta sobre los hombros de los camaradas*

y muchas calles estaban ya limpias pero el olor no disminuía, les seguía como un animal sigue las huellas de su presa, estaba en el agua y en el pan. Mañana, terminaremos el trabajo y saldremos de la ciudad para ir a buscar

a las mujeres. Mañana. Entre los hombres de Arras aquella tarde había algunos que decían, no, mañana no volveremos a empezar. Estamos enfermos. Dormiremos, decía el Picoso, esta noche dormiremos. Nos hemos comprometido bajo juramento. Somos diecisiete con los niños; mañana seremos diecisiete.

Alix sacaba agua de la tinaja y les daba de beber; los hombres no podían dejar de admirarla, siempre estaba derecha como un cirio, con los labios apretados; nunca un suspiro, nunca una palabrota, y durante el día tampoco había descansado haciendo lo que los hombres no querían hacer, recogiendo



montones de tripas con las manos, y eso que ella no era como los niños que, más resistentes que los adultos, no les daba asco de nada y apenas si sentían el cansancio; había momentos en que se veía que ella hacía un esfuerzo para dominarse y no caer redonda al suelo.

Los enfermos empezaban a sentirse mejor y a recobrar la esperanza; pues a decir verdad desde hacía mucho tiempo no habían estado tan bien alojados ni tan bien alimentados, en la casa había despensas de granos y de frutos secos, y era una sensación extraña poder beber y comer sin pensar en la ración del día siguiente. Dentro de los patios el olor no era demasiado sofocante, no se sentía

casi. Las heridas se cicatrizaban bien. Mateo el hijo de Juan Marcos hablaba incluso de ir a trabajar al día siguiente, para sustituir a su hermano, pues la herida del ojo no era profunda, sólo era un derrame; así pues Mateo no sufría y aseguraba que no veía peor. Tomás su hermano estaba completamente agotado y empezaba a delirar, creía que los gusanos le subían por todo el cuerpo, cuando en realidad no eran más que piojos y pulgas; se desnudaba, a pesar del frío de la noche, y se miraba los brazos y las piernas y la barriga y aseguraba que estaba lleno de gusanos que se le estaban metiendo por todos los poros de la piel para comerlo, total que

estaba tan agitado que hasta Elías terminó por molestarse. —Tú no eres el único, todos tenemos visiones, acuéstate y duérmete después de una buena oración.

Jamás, decía Santiago, cavarán bastantes zanjas, parece ser que todas las que ya están hechas están completamente llenas. Y las que se están haciendo, tanto por nuestro lado como por el lado de Josafat, no llegarán ni para la mitad. No hay más que piedras y rocas, no van a cortar los olivos.

—Dentro de poco, dijo Guillermo, todo eso se convertirá en buena tierra, ya veréis como aquí crecerá la viña. Con tal de que todo eso se asiente antes

de las lluvias.

—Jamás, dijo Santiago, no se podrán cavar bastantes zanjas. Pensaba en las mujeres. Los montones de cadáveres no están lejos del campamento, todas las mujeres sanas trabajan en las zanjas, ¿y si algunas están embarazadas, qué darán a luz después de haber visto eso? María, María es fuerte, pero joven... ¡Dios mío, qué poco le gustará ver todo eso!

Lamberto seguía encontrándose mal, la herida no se le gangrenaba, pero supuraba y por momentos el fantasma de su mano izquierda se le aparecía; la sentía, le dolían los dedos. Santiago, me está llamando. —No digas tonterías, una

mano no tiene alma. —Santiago, cuando venga mi madre, no se lo digáis. Que crea que es una simple herida.

Santiago. Quiero resistir hasta el día del Santo Sepulcro. Por lo menos me lo he ganado, ¿verdad? —Desde luego. Te curarás. Y tu madre también. Todo el mundo curará, todos resucitaremos.

Los hijos de Juan Marcos se preguntaban si su madre se curaría también —todavía no se sabía lo que había ocurrido el sábado, en el campamento— y pensaban que atándola y cubriéndola con mantas conseguirían llevarla hasta el Santo Sepulcro. Y si a Anselmo de Béthune se le curaran las úlceras, y si Bernardo el Sordo volviera

a oír... *Milagros*. Los caballeros y los clérigos y los sacerdotes que han estado en el Santo Sepulcro, e incluso sus hombres de armas, están todos fuertes y sanos y sólo tienen necesidad de milagros pequeños, pero para tantos pobres, ¿será Dios tan poderoso? Los primeros en llegar son los mejor servidos, pero ¿quién sabe quién será el primero?

Los provenzales no, han traicionado a Dios.

Han soltado a Iftikar con sus emires y sus guardias y sus familias. Les hicieron salir por la puerta de Sión con sus armas y sus equipajes, protegidos por los soldados. —¡No es cierto! El

conde es demasiado buen cristiano. Se cuentan muchas cosas.

Tal vez, pero se habla de ello en la ciudad. Y los provenzales no están muy satisfechos que digamos.

Los pobres provenzales no tienen la culpa, dijo Alix.

Son todos de la misma raza, dijo Guillermo el Picardo. La prueba es que entre ellos hay muchos más ladrones que entre nosotros. Jamás Godofredo hubiera soltado a Iftikar, ha jurado cortarle la cabeza.

¿Estabas allí cuando lo juró?, preguntó Alix.

Los tatures, que mataban a los caballos el sábado, y a los corderos y a

las aves, y rompían las fuentes de plata y desparramaban el trigo, eran los más sabios, pues para volverse locos, muchachos, mejor es no volverse a medias.

—Hablas de oro, Alix, dijo Mateo. ¿Y qué más? ¿Comeremos carne de turco?

—Ya la comemos, dijo Alix con una extraña risita, ¿qué otra cosa estamos haciendo desde el viernes?

Elías dijo: Estás viendo visiones, nadie de nosotros lo ha hecho.

—Sí, sí, dijo Alix, estoy viendo visiones. Desde por la mañana hasta por la noche y desde por la noche hasta por la mañana. Los chicos hablaban de



gentes furiosas que, en la noche del viernes al sábado, habían comido corazones y sesos; los habían comido realmente, y no eran tatures, sino soldados pobres, que habían enloquecido por el calor del asalto; comían y gruñían como lobos y algunos, según decían, se convirtieron verdaderamente en lobos y se pusieron a correr a cuatro patas y a aullar.

Se hablaba también de cierta mujer normanda que vengaba a su hijo; estaba un poco loca, iba por las calles con un cuchillo y unas pinzas y todo el tiempo intentaba desollar vivos a los heridos, no sabía cómo hacerlo pero conseguía arrancar pedazos enormes de piel y los

doblaba y se los metía en sus alforjas, decía que se haría un abrigo... — ¿Desollaron vivo a su hijo?... —Eso parece. Ocurrió en Antioquía el domingo de Pascua. —¡Qué perros, hacer semejante cosa en un domingo de Pascua!

Señor, suspiraba Tomás, Mateo aquí vienen, tengo las piernas llenas, ¿no ves cómo todo bulle? Si esto sigue así voy a empezar a chillar. Para calmarlo Mateo le pasaba por las piernas un paño mojado. Y otro muchacho de Picardía, Juan el Tartamudo, miraba guiñando los ojos a los niños dormidos en montón, unos contra otros, y decía: hay que quitar eso, han llegado hasta aquí,

¿quién los ha metido en nuestro patio?...  
—Son nuestros niños, le decían, Onésimo, Mardoche, Bertina, Gerardo...  
¿no les ves el pelo rubio? —Entonces, ¿también están muertos? Más vale quitarlos de aquí mientras están frescos. ¡Que Dios te guarde, están durmiendo!  
—Están muertos, te lo juro, no se mueven.

No se movían, dormían tan profundamente que se les hubiera podido quemar con hierro al rojo vivo sin despertarlos. A los milagrosos, que Dios les perdone, les tiene que perdonar pues les ha dejado la vida, en Antioquía, que todo el mundo lo sepa, en Antioquía murieron tantos niños cruzados como el

viernes y el sábado murieron en Jerusalén niños paganos, que ya es decir.

Al fin y al cabo, que en esta batalla hayan muerto tantos niños y pequeños que no sabían decir ni sí ni no, *al fin y al cabo* era mejor que los demás porque en ellos había menos pecado, los había pálidos y grises, como flores marchitas, *¡bienaventurado quien coja a tus hijos oh Babilonia*

*y los aplaste contra las piedras!*

por los pies y la cabeza contra las piedras. Aunque las gentes que mataban a sus hijos hicieran bien, aquí en este cuarto se les encontró, acostados unos al lado de los otros bajo la manta, con la

garganta cortada limpiamente; y la madre y la abuela al lado, ese hombre, pensaba Santiago, ese hombre si hubiera sido bautizado seguro que no se hubiera condenado, no es crimen es caridad,

durante cuatro o cinco días todavía obsesionará la casa con sus vecinos, los que tenían una alfarería; la calle está limpia y sus cuerpos están lejos, pero vuelven aquí por la fuerza de la costumbre, hay que pensar bien, ellos no nos conocen, no somos nosotros quienes los echaron de su casa, son los vascos del conde de Cerdeña, nosotros no os hicimos nada, paganos, nosotros encontramos la casa vacía.

Nosotros estábamos en la casa

grande cerca de la mezquita, donde mataron a san Juan, nosotros —los barrios bonitos detrás de los conventos griegos, el sábado— ¿cuántos?, se preguntaba Santiago, ¿cuántos?... no lo sabía. El tejado del Templo. Era bonito. La cúpula brillaba, como si fuera otro sol, y bajo la cúpula el muro estaba enteramente incrustado de piedras de colores, y el brillo blanco, rosa y azul y gris de los tejados de la ciudad al levantarse el sol, y la multitud abigarrada sobre la inmensa plaza y los estandartes cristianos flotando en todas partes. Bonito con ganas. El hacha. Que Dios la bendiga.

Tú no eres un tejedor, Santiago el

del Bernier, sino un buen lacayo.

...Sabed, soldados y caballeros de nuestros países, que jamás fuisteis más lejos de Rouen o de París, que el más pequeño de nosotros es más noble y mejor soldado que vosotros hemos entrado vivos en Jerusalén, con los ojos de nuestra carne la hemos visto

*y conquistada y cogida y forzada  
Jerusalén la tan deseada  
la tan llorada la tan vengada  
en la sangre lavada*

y Dios quiera que de su podredumbre no quede huella mañana por la tarde, con cepillos de crin y de

hierro quitaremos la sangre seca, y echaremos paja y boj seco sobre el pavimento. Vergüenza a Mahoma el dios de las moscas y de la carroña, vergüenza a ese cobarde que dejó tratar a los suyos de esta manera.

No, Dios no lo ha querido ni lo ha permitido. Es una mentira muy grande lo que nos han contado, que Dios amaba a los ricos y a los poderosos y quería servirse de ellos. Sólo el demonio se sirve de ellos. Pues fijaos, amigos, fijaos y reflexionad, no es Jesucristo quien ha hecho todo eso.

Era en el valle al pie de las murallas. Cerca de las zanjas. Las mujeres no debían haber trabajado en



las zanjas, pero faltaban brazos y las mujeres pobres son duras en el trabajo. Todo ser vivo compadece a su semejante, excepto el hombre. A las mujeres no les gusta ver los cadáveres de las mujeres y de los niños. Después de todo con lo que han visto desde hace tres años, se han endurecido, pero el espectáculo es muy triste. A montones echaban la carga en las zanjas, la sentaban con la pala; y cuando estaban llenas las tres cuartas partes de las zanjas, los cavadores empezaban a echar encima la tierra que estaba en los bordes a lo largo de las zanjas. El trabajo estaba bien distribuido y bien ordenado y avanzaba muy de prisa. Daba gloria

ver la tierra rojiza y pedregosa sepultar poco a poco bajo su peso la horrible maraña de miembros mutilados, ver las bolsas de moscas negras que se rompían formando pequeñas olas y caían al suelo, estaban cansadas y bajo la lluvia de terrones de tierra emprendían el vuelo zumbando y después se dejaban sepultar también.

Todo lo que había como reserva de cal viva, de salitre y de ceniza se había agotado desde hacía tiempo en la sepultura de los muertos de las murallas, del Templo y de la sinagoga; este trabajo lo habían hecho el domingo los prisioneros. No había muchos prisioneros, apenas unas docenas de

hombres capaces todavía de trabajar. Y esa clase de trabajo no les gustaba: se desmayaban todo el tiempo. Así pues, los obreros del lunes no tenían ni ceniza ni arena ni nada, por eso los cavadores estaban tan asustados, pues si alguna vez habían hecho el oficio de enterradores, no esperaban que hubiera una infección semejante ni mucho menos una tal cantidad de cuerpos.

Durante todo el día llegaron los muertos, sin parar, los vivos que trabajaban en las zanjas eran tal vez algunos centenares pero los muertos eran miles y miles. Los colocaban en montones regulares en el borde de las zanjas y cuando la zanja estaba

preparada los hacían rodar hasta el fondo. Y hay que decir que los obreros no tenían ningunas ganas de vagar ni de respirar siquiera, ¡se daban tanta prisa como si se les pagara por fanegas y entre dos los levantaban y los vaciaban en la zanja! El sudor les corría a chorros por el cuerpo y la ropa quedaba para retorcerla, de la cabeza a los pies estaban manchadas de tierra y cubiertas de moscas, verdaderos espantapájaros. Las viejas pasaban a lo largo de las zanjas con unos burros llevando tinajas de agua y les daban a los obreros cogiéndola con un cucharón, sin eso nadie hubiera resistido más de dos horas seguidas. *Gracias a Dios tenían agua,*

*gracias a Dios el agua no falta en la ciudad.*

No, Dios no lo ha querido ni lo ha permitido. No jamás Jesucristo lo ha querido ni lo ha permitido. —Trabaja, María, y cierra la boca, no se puede perder el aliento. —Trabaja, María, no te pares, tú nos retrasas. —Por Dios, mujeres, no os paréis, acabáis de beber, no tenéis por qué encontraros mal. No, no, Jesucristo no lo ha querido.

Aquí hay niños a quienes les han cortado la cabeza. Hay un lote de niños que han echado ahí y algunos tienen la cabeza no más grande que mi puño. — ¡Charlan como urracas, para, por Dios, no somos ciegos! —¿Quién hizo eso, los

nuestros también lo hicieron? Juan Marcos, ¿los nuestros también lo hicieron?

Juan Marcos trabajaba duramente con el pico; con los labios apretados, la expresión de piedra, gris y sucio como un muerto. María, dejando el celemín con que sacaba la tierra, agarraba al hombre por los hombros con peligro de recibir el pico en la cabeza: Di, Juan Marcos, ¿los nuestros también lo hicieron? Juan Marcos la empujó con dureza y ella cayó al suelo. —¡No te mezcles en lo que no te importa y llena el cesto, hija del demonio! —Tú, Juan Marcos, ¿cortaste cabezas de niños?... Juan Marcos se irguió volviendo hacia

ella una mirada tan llena de odio que Rufina, que trabajaba con María, la cogió de un brazo y la echó hacia atrás. María volvió a coger el celemín y se puso a trabajar, pero su mirada se volvía de vez en cuando hacia el montón de muertos, allá arriba, esos muertos preparados para caer en la zanja sobre los hombres inclinados que picaban y picaban la tierra con sus picos. Toda la carne estaba descolorida, espesa, sucia, floja, surcada de sangre negra y seca, con rostros extraviados, lastimosos, con una inútil apariencia de vida. No es compasión, es una náusea la que invade todo el cuerpo, persistente, que invade el alma, del corazón y de las entrañas

sube un frío de plomo, la carne, la carne, tanta carne fría, tanta carne humana convertida en barro, uno mismo se siente carne de cadáver.

...¿Y si ahí dentro hay algunos con vida todavía? Se oyen suspiros, crujidos, jadeos, es la podredumbre que anda, con tanto calor anda de prisa, el canto de la podredumbre y el canto de las moscas es tan terrible de oír que uno se olvida del ruido de los picos, es cierto lo que ellos dicen, que hay tantos que nunca podrán enterrar a todos, de la ciudad salen todo el tiempo carretas llenas, no paran, no pararán hasta el Juicio final, había cincuenta mil muertos había cien mil y doscientos mil, es un



pueblo maldito, se multiplica a ojos vistas como los gusanos de la carroña, se multiplica y de un cadáver salen diez más, nunca cesarán las carretas de pasar por la puerta, ¿y por qué había tantos niños en esta ciudad? Porque tenían qué comer y qué beber, sencillamente, esas gentes tenían muchos niños vivos, en Jerusalén había fuentes, a esos niños nunca les faltó el agua.

Ellos están ahí arriba sobre la tierra y somos nosotros los que nos hundimos, ya estamos cinco pies más abajo que ellos, la zanja está preparada son ellos los que van a enterrarnos a nosotros, ¡la zanja está preparada sobre cincuenta pies de longitud, con la ayuda de Dios,

camaradas! subid todos, los hombres que se encarguen de los cuerpos, las mujeres que echen la tierra, por amor de Jesucristo, no tardéis.

Sabed que nunca ningún ejército hubiera tenido bastantes zapadores para un trabajo como éste, no era una batalla sino el juicio de Dios. Así pues, los hombres —muchos de los cuales eran monjes—, después de haber hecho de cavadores, después de haber hecho de enterradores, debían empujar los cuerpos con unos testudos montados sobre unos palos.

El calor es fuerte, el sol a medio camino entre el cénit y el mar, la masa pesada de las murallas todavía

ennegrecidas por las huellas de los combates se yergue sobre el fondo de un cielo demasiado azul, opaco como una bóveda pintada. Unas banderas blancas con la cruz roja ondean sobre ellas, y banderas de colores vivos y filas de cabezas cortadas.

Un día subiremos allí, cruzaremos la puerta. Quien nos dijera que esperamos desde hace tres días no lo creeríamos, el asalto está ya tan lejos, casi nos hemos olvidado de cómo era antes, ahora tenemos que empezar una zanja nueva detrás de la torre del duque, cristianos por el amor de Dios trabajad con ardor ya tendréis tiempo de descansar después, la podredumbre no puede

esperar.

Los cavadores delimitan el terreno, los hombres se instalan con los picos, cada uno en su lugar. Y la tarea adelanta de prisa, hay que creer que Dios los ayuda, apenas han tenido tiempo de respirar. Las carretas salen por las puertas y avanzan a sacudidas, los hombres no saben ya dónde poner la carga.

¿Por qué había tantos niños y tantas mujeres? ¿No podían enviarlos a Bagdad o a El Cairo?

Creían que no serían vencidos nunca. Tenían agua.

No, verdaderamente, Dios no lo ha querido ni lo ha permitido. Pues si hay

un juicio de Dios, Dios no juzga a los niños pequeños. —María, el sol te da en la cabeza, bebe agua. ¿Para qué hablar? Hay un tiempo para todo.

Jamás hay un tiempo para matar a los niños pequeños. Jamás hubo un tiempo para eso y no lo habrá jamás.

Pues como Herodes mató a los santos Inocentes nuestros soldados han matado a esos inocentes.

Las compañeras de María y unas doce mujeres normandas descansaban bajo los olivos esperando a poder empezar a sacar la tierra. Y algunas escuchaban a María llorando, a causa de su voz tan bonita. María estaba de pie encima de un montón de maderos a

pleno sol y levantaba los brazos al aire como si estuviera pidiendo auxilio.

Y su voz era alta y terrible como un grito salido del fondo de las entrañas. ¡Herodes, raza de Herodes, jamás Jesucristo lo permitió! ¡En este lugar en que Dios se dejó degollar como un cordero vosotros habéis degollado a sus corderos! Peores que Caifás y Pilatos, ¡vinisteis al lugar santo para degollar a los santos Inocentes!

Lloraba tanto que muy pronto hubo docenas de mujeres y de enfermos a su alrededor y todos, ganados por su dolor, se echaban a llorar y a dar gritos. ¡Qué desgracia, por nuestro pecado, Dios nos quitará Jerusalén! De tal forma que un

monje normando se acercó al grupo y subió a los maderos al lado de María. Para, mujer, tú no tienes autoridad para hablar. ¿Qué me quieres, hijo de Satanás? ¡Déjame gritar o me muero! — Si no quieres que te aten como a una loca, cállate, no es decente causar desórdenes en el campamento y el trabajo urge. — ¡Oh, servidor del demonio, lacayo de los ricos! ¡Son los ricos y los caballeros los que hicieron eso, Herodes, hijos de Herodes, malditos sean! María le hablaba con la cara pegada a la suya, escupiéndole, con los ojos ardientes y su rostro tembloroso y lleno de gotas de sudor, estaba espantosa, bella también, como un árbol

abrasado por el rayo, brillante y crepitando.

El monje la cogió por los hombros y la tiró al suelo desde lo alto de los maderos y ella cayó sobre las piedras a los pies de sus compañeras. ¡No hagáis caso a esta mujer, gritaba el normando, ha perdido la razón por exceso de orgullo! Está blasfemando y va a atraer la ira de Dios sobre nosotros. María se levantaba, aturdida, con los codos y las rodillas llenos de sangre y muchas mujeres se reían de ella, incluso a carcajadas, precisamente porque la bonita voz de María las había hecho llorar, ahora soltaban la carcajada, sin saber por qué, como si la risa las



aliviara.

¡Vosotras ahora reís, dijo María, pero ya lloraréis después!

Los peregrinos normandos decían: el trabajo no puede esperar y si algunas mujeres se ponen ahora a profetizar y a causar desórdenes, no podremos terminar la zanja antes de vísperas. Que fray Imberto, de Cambrai, venga a prohibir a esa rabiosa que escandalice e impida trabajar a la gente.

Fray Imberto, justo es decirlo, picaba valientemente pero no tenía mucha fuerza en los brazos. Martina la Picarda, mujer fuerte y poderosa como un hombre, fue a sustituirlo. La María está armando jaleo hay que calmarla. —

Siempre te hemos dicho, María, siempre te hemos dicho que hablabas demasiado. En este entierro no son necesarias las plañideras.

¡Al trabajo, mujeres, coged los cestos, preparad la tierra! Fray Imberto se adelantaba, encorvado pues a fuerza de picar no podía ponerse derecho. — Mujer, ¿por qué turbas los corazones que están ya cruelmente turbados? ¿Crees que puedes resucitar a los muertos? Lávate la cara y bebe agua, anda, vete a coger el cesto y el celemín. Has sido contratada para este trabajo que es igual de duro para los otros como para ti.

María cogió con las dos manos el

cesto y lo tiró lejos de ella. ¡Qué bien hizo fray Bernabé en morir! En los funerales no se llora por los enterradores, ¿acaso es a nosotros a quienes hay que compadecer?

—Hija, Dios ha dado a las de tu sexo un corazón tierno, pero el demonio os ha provisto de un juicio débil y temerario. Estás pecando de presunción si crees conocer los designios de Dios.

A María le temblaba todo el cuerpo y miraba al monje con unos ojos de caballo loco, sin comprender lo que le decía. Él la cogió de la mano, la llevó al pie del olivo más cercano y la sentó a la sombra del enorme tronco retorcido y medio hueco y se sentó a su lado. Con

sus manos magulladas le acariciaba la cabeza y los hombros. María estaba tiesa, inmóvil con los ojos fijos.

Hija mía, si pudiéramos comprender esas cosas seríamos como Dios. La carne en nosotros se rebela y grita ante espectáculos tan llenos de horror. Pero Nuestro Señor ha dicho: perdónalos, Padre, pues no saben lo que hacen. Los violentos son como el sol ardiente y las olas del mar.

Dios ha dicho: No matarás. Y ordenó a los israelitas que destruyeran a sus enemigos, sí, incluso a las mujeres y a los niños. ¿Hay que pensar, entonces, que Dios ha mentado? Es imposible creerlo ni siquiera pensarlo. Y si el que

dice a su hermano ¡insensato! ha merecido ya el infierno es porque no hay pecados grandes ni pequeños y porque Dios ha perdonado ya todo a todos, si no ningún hombre se salvaría.

Tú te escandalizas de ver tantos muertos. Piensa que no es la obra de manos humanas. Los terremotos y la peste matan a muchos inocentes y Dios lo permite. Pues en el día del Juicio todos saldrán de sus tumbas y los que nunca conocieron a Dios lo verán en su gloria. Dios se acuerda de todo hombre vivo desde toda la eternidad, jamás ningún alma será juzgada mal.

María escuchaba, con los brazos cruzados contra el pecho; se esforzaba

en comprender pero la sangre le latía con mucha fuerza en las sienas.

Dijo: Me duele la cabeza y todo el cuerpo. Tengo un nudo en la garganta como si tragara piedras. ¡Dejadme gritar, se me estalla el corazón!

—Pobre muchacha, a Jesucristo lo escupieron y lo golpearon y lo azotaron y lo injuriaron, y hasta el final de los tiempos debe ser así. Los hombres no han sido nunca buenos y sin embargo Él los amó hasta morir por ellos.

—¿Por qué me habláis?, dijo María. Yo no soy una niña a quien hay que consolar. Soy más vieja que vos, estoy cansada de vivir. ¡Qué peregrinación! ¡La ciudad hierve de aparecidos como

un cadáver de gusanos!... María dio un gran grito y se levantó rápida como un animal espantado, echando a un lado a fray Imberto; se había puesto de pie y echó a correr, con su cuello largo tenso como una cuerda, los brazos separados, corría saltando por encima de los montones de tierra y los maderos, era la carrera sacudida y ligera de una cabra enloquecida, y gritaba, y gritaba a voz en grito *¡Pedro! ¡Pedro! ¡Pedro, vámonos!*

Iba corriendo, subiendo la ladera, hacia las carretas donde estaban los niños, y los que la veían pasar se separaban y decían es María la de Arras que se ha vuelto loca, lástima, era una

mujer lista. La locura no extrañaba ya a nadie.

La detuvieron cerca de las carretas, dos mujeres le pasaron una cuerda por las piernas y cayó toda cuan larga era; la sacerdotisa se le acercó, a tientas, y le sujetó la cabeza pues María se revolvía, echando espuma por la boca. Así como estás, ¿cómo quieres que te vea Pedro? Se asustará. Tranquilízate, mañana vendrán nuestros hombres a buscarnos. —Sacerdotisa, sáltame los ojos, así estaré como tú. —Es la sed y el calor, no es nada, bebe. María bebió, un vaso hasta arriba, con avidez, a grandes tragos; y pidió todavía más.

Los obreros subían por la colina



para las vísperas que se celebraban al aire libre: los altares estaban rodeados de lanzas plantadas en la tierra y coronadas con unos banderines triangulares con la cruz roja. Hombres y mujeres estaban más bien sentados en la tierra que arrodillados y cantaban los responsos con voz ronca, estaban agotados, les parecía sentir el olor de podredumbre hasta en el humo del incienso. Todos estaban como ebrios. Después del oficio los sacerdotes levantaban los brazos al cielo y profetizaban. ¡No hay en la tierra alegría sin tristeza ni belleza sin fealdad! ¡Habéis visto el juicio de Dios sobre sus enemigos, medid por eso su amor por

los que le aman!

¡Con sus enemigos os ha dicho una parábola viva, ved la miseria de la carne revelada en todo su horror!

Lo que enterráis ahí, a la entrada de la ciudad Santa, es en verdad vuestra propia carne pecadora. ¡Dejad aquí con ella vuestras ilusiones carnales, sacudid el polvo de vuestros pies! Entraréis en Jerusalén llevando ramos de olivos y palmas, no tendréis más pensamiento que la alegría de Dios.

La paz de Dios supera todo entendimiento, no intentéis comprender. Descansa sobre vosotros como ese frescor del cielo que desciende sobre vosotros a la hora de la primera estrella.

Vuestros corazones fatigados no pueden contenerla, se pierden en ella como los granos de arena en el mar.

Todos lloraban. No solamente las mujeres, sino también algunos hombres robustos que se desmayaban de tanto sollozar. De la ciudad blanca sobre el fondo de colinas de color de plomo la brisa llevaba, a ráfagas, el canto de los cánticos y las llamadas de los clarines.

Delante de la puerta de Herodes, detrás de las zanjias, unos hombres con antorchas en la mano se atareaban alrededor de montones de cadáveres no enterrados, espantados por la llama decenas de buitres batían las alas sobre el carnero con graznidos furiosos. Por la

puerta abierta salían unos hombres llevando unas carretas llenas de cuerpos y de haces de heno. ¡Gracias a Dios! No tendremos que cavar más, van a intentar quemar lo que queda,

¿quemar? hay demasiados, no se quemará jamás. No, los botafuegos saben hacerlo, serían capaces de quemar heno mojado en medio de una lluvia torrencial.

En todo caso, los hombres que han trabajado en la recogida de cadáveres no habrán robado su paga y deberían haberles pagado más. Algunos de ellos murieron, ahogados por el olor de las callejuelas.

...Verdaderamente, Dios nos ha

ayudado, pues esas gentes no estaban hambrientas. ¡Con esas reservas de grano y de frutos y de aceite y de aves... nunca se había visto nada igual, el trigo lo están vendiendo a tres denarios el saco! ¡Verdaderamente Jerusalén es la reina de las ciudades y el país de la abundancia, en el mercado hay tarros de miel y de aceitunas y salazones por casi nada! —¿Has estado en el mercado? — Yo no, pero estábamos trabajando no lejos de allí y veíamos a los soldados volver con los burros de la plaza del Mercado. —Eso es, dijo la sacerdotisa, los soldados cogen todo mientras que los nuestros hacen un trabajo de galeones, ¿es justo?

—A cada uno su beneficio, dijo Juan Marcos, a los caballeros el honor, a los soldados las riquezas, a los pobres Jesucristo. —¿Acaso debéis hacer penitencia, Juan Marcos?, le preguntaban las mujeres. ¿Es que por la sangre vertida no os han prometido de antemano la absolución?

—Parece ser que sí, dijo Juan Marcos, sombrío, pues yo no quise quedarme allí para no derramar más sangre y Dios me ha castigado haciéndome matar a mi propia mujer. Parece ser que ese sábado era un día de sangre y que nadie debía escapar a ella.

Sin límites es la bondad de Dios.

Incluso para los hombres más

tentados y más probados, los más deshechos, los más enfermos; para los cuerpos más roídos por la sama, la miseria, las quemaduras del sol sí para todos, sobre las piedras duras, en medio del mal olor, en medio del frío, el sueño es gratis para todos. Cuando el cuerpo está sin fuerzas. Después de tres noches de fiebre, tres noches o cuatro o cinco, ¡listo sería el demonio que consiguiera matar el sueño! El hombre dormiría al borde de un precipicio, dormiría sobre clavos, en plena sesión de tortura podría dormir.

Sin la alegría del sueño ningún hombre podría vivir. Por unas horas el más miserable de los pecadores se

vuelve inocente. El día blanco se levanta y los centinelas baten los tambores, los ojos que se abren lentamente no saben lo que están viendo ¿cómo, el asalto? ¿están levantando el campamento? ¿qué ración de agua esta mañana?... la pinta llena, el agua ya no está racionada. ¡Jerusalén es nuestra! Nuestras banderas están en las torres. ¡Viva Godofredo! ¡Salud a los soldados cristianos! Desde esas murallas nunca más volverá a caer una bala de cañón sobre nuestro campamento.

¡Están levantando el campamento, cristianos, lo están levantando realmente! Todos a la ciudad excepto los botafuegos, en la ciudad buscad vuestros



barrios y vuestros amigos.

Todos, pobres y soldados, latinos y sirios, tafures y leprosos, pues una vez que hayan cerrado las puertas y fortificado las murallas no será permitido vagabundear por el campo.

*Está por ver si lo que hemos cogido sabemos conservarlo.*

# XI

...Créase o no, muchas gentes sentían no tener que trabajar más en las zanjas, a causa del salario —¿cómo? nos habían prometido dos días de trabajo, se pueden hacer más zanjas al otro lado del olivar y en el antiguo campamento de los brabanzones, que nos den carretas y transportaremos tantos cuerpos como sea necesario, no merece la pena quemarlos—, eso es, después de haber maldecido ese trabajo, ahora lo echaban de menos, la codicia de los pobres por

el dinero es muy grande. Ese trabajo no es ni duro ni repugnante, bastaba con habituarse a él, hemos cogido el ritmo.

No, hermanos, es una locura, ahora que nos permiten entrar en Jerusalén, ¿vais a lamentar por un poco de dinero un trabajo que en el infierno los diablos no os lo harían hacer? Estamos a martes, desde el viernes los nuestros están en la ciudad y todavía os quedáis ahí perdiendo el tiempo en vuestros campamentos. Y no hace una semana decíais: *¡que Dios nos conceda solamente pasar la puerta que nuestros corazones no estallen de alegría!* Pero nuestros corazones entraron verdaderamente el día del asalto y

estallaron de alegría y de angustia, Dios mío, ¿por qué los ángeles no nos cogen con sus alas para transportarnos hasta el atrio de la iglesia del Santo Sepulcro? ¿Por qué es preciso que, como en todas partes, tengamos que caminar tirando de las carretas y de la carga y eso en medio de un olor y de una suciedad jamás vistos, con los buitres por compañeros?

Todos pasaban delante de la colina donde Pedro había plantado su tienda y el santo hombre llorando los bendecía, ¡hermanos ya estáis al final del viaje, que Dios os conceda el olvido de vuestras miserias, vuestros muertos van a vuestro lado y entran con vosotros en Jerusalén! ¡No penséis en nada, cantad!

Todos avanzaban hacia las puertas, formando grupos, con los sacerdotes y los monjes a la cabeza. Los botafuegos llevaban hacia los cadáveres vigas, maderos y cubos de pez, y con unas cuerdas enormes cogían los cuerpos amontonados para preparar una gigantesca hoguera, donde madera y carne muerta estaban dispuestas de una manera sabia, había más de veinte mil cadáveres y si esos hombres lograban quemarlos en un día y una noche, hubieran llevado a cabo uno de los mejores trabajos de su vida.

¡Jerusalén, qué precio has costado! Te traemos más muertos que vivos. De Hungría y de Bosnia, de Nicea y de

Anatolia, de Antioquía y de Siria y de Judea. ¡Tantos cristianos que no han podido verte con los ojos de la carne miran por nuestros ojos! Que Dios despegue por fin nuestros párpados, que te veamos en tu verdadera gloria, liberada del barro y de la sangre. Hasta aquí sólo te vimos en sueño, como a través de una cortina roja de violencia y de muerte. Después de los días del Juicio, los días de paz.

*Están nuestros pies en tus puertas  
¡oh Jerusalén!*

*Jerusalén, edificada como ciudad  
bien unida y compacta.*

*Adonde suben las tribus*

*al rito de Israel,  
para celebrar el nombre del Señor.  
Rogad por la paz de Jerusalén.*

*Vivan en seguridad los que te aman.*

*Reine la seguridad dentro de tus  
muros,*

*la tranquilidad sobre tus torres.*

*Como están atentos los ojos de los  
siervos a las manos  
de sus señores*

*así se alzan nuestro ojos hacia el*

*Señor, nuestro Dios.*

*Ten misericordia, Señor,*

*ten misericordia de nosotros,*

*porque estamos del todo hartos de  
menosprecios.*

*Muy harta está nuestra alma del*

*escarnio de los  
presuntuosos...*

...Señor, nosotros no disputamos a los presuntuosos su herencia, que ellos también gocen en sus palacios.

Recibidnos en vuestra ciudad, Señor, recibidnos a nosotros que desde hace tres años no tenemos otra riqueza en el mundo que Jerusalén.

Dirán de ellos entre las naciones: ¡el Señor ha hecho maravillas por ellos!

*¡Oh, la tan deseada!* No esperaremos un día más.

Los que habían entrado en la ciudad el día del asalto estaban fuertes y robustos, eran unos miles de hombres



casi descalzos y sin armar y, en menos de dos días, habían hecho de la ciudad un camero. Dios les había quemado tan bien los corazones que hasta los pajes de diez o doce años habían matado cada uno a dos o tres hombres o más; y muchos hombres que estaban ya muertos fueron matados otra vez y otra vez y despedazados, de tan grande como era el ardor de matar, si la ciudad hubiera contenido tres veces más de gente esos nuevos israelitas se los hubieran cargado a todos.

El ardor era tan grande que había habido provenzales enclenques y con fiebre que habían hundido sus lanzas en los vientres de sudaneses de seis pies de

altura, sí, hasta los sudaneses perdían la cabeza y retrocedían..., tan grande era el ardor que ningún hombre pensaba en violar y muchísimas jovencitas bellas y de carne suave como la mantequilla murieron vírgenes; y hubo caballeros vestidos con mallas de acero de la cabeza a los pies que despedazaron con sus espadas enormes a niños pequeños. —Sí y gracias a Dios que no había tres veces más de gente en la ciudad, pues hubieran matado a todos de la misma manera ¿y qué se hubiera hecho con tantos cadáveres? Las calles estaban horriblemente sucias y malolientes.

Pues aunque el agua no faltaba, no iban, en pleno mes de julio, a vaciar las

cisternas para regar las calles. Fuera desparramaban las cenizas de los hogares, quemaban paja, esteras viejas de junco, estiércol seco, después de la sangre, la ceniza, y los peregrinos que entraban en la ciudad andaban y se arrodillaban en la ceniza, por todos lados las paredes de las casas estaban manchadas de salpicaduras de sangre negra. Habían visto los cadáveres, pero no se imaginaban una ciudad tan ensangrentada. Las paredes estaban, hasta la altura de un hombre y aún más arriba, manchadas, salpicadas, embadurnadas, sin hablar de los dibujos y señales de reconocimiento pintados con sangre, sin hablar de las anchas

goteras negras que bajaban de los tejados.

Los hombres que habían entrado en la ciudad el día del asalto estaban todos vivos y con salud; ahora, todo el campamento se había puesto en marcha y se dirigían, en largas filas, hacia las puertas. Los centinelas y los caballeros en lo alto de las murallas estaban sorprendidos y hasta espantados, no habían contado las cabezas, se habían contentado con hacer el trabajo, pero ¡por un hombre sano había uno tullido o una mujer o un anciano! ¿Había pues tantos? Nada más que entre los soldados regulares, había centenares de enfermos y de heridos que cojeaban con muletas o

eran llevados en camillas. Y había esos monjes demacrados, esos ancianos encorvados, esas ancianas renqueantes, esas mujeres delgadas llevando el hatillo de trapos a la espalda y cogidos de la mano los niños pequeños; había pocos niños y sin embargo todavía había un poco por todas partes, chupados, desnudos, quemados por el sol, con la cabeza tapada con trapos sucios.

Todos esos enfermos agazapados en las tiendas y debajo de las carretas también se ponían en marcha, sostenidos, llevados, arrastrados, echados en las carretas y levantando el borde de los toldos para verlo todo: ante Jerusalén los enfermos tenían tanta

esperanza que no se morían. Piernas hinchadas, bocios colgantes, caras llenas de úlceras, miembros mutilados, llagas llenas de miseria, bocas desdentadas, párpados comidos por el pus, y muletas y bastones, brazos y piernas en cabestrillo, y vendas amarillas y marrones increíblemente sucias, y bocas llenas de babas, ¡tantos enfermos a quienes Dios les había permitido vivir hasta ese día!

El canto de los salmos impedía oír los gritos de los botafuegos.

Los normandos iban en primer lugar, a continuación las gentes del norte, picardos, flamencos, lorenos, después los franceses, después los bretones,

después los burguiñones, grupos de gente bastante lamentables puesto que los hombres sanos estaban ya en la ciudad desde el viernes. ¡Qué grande es Dios que ha permitido que estos pobres vivan hasta hoy! Pues había de todo, esqueletos vivos que escupían la sangre de sus corazones, vientres inflados hasta estallar, piernas llenas de gusanos como las de los cadáveres, y todo eso vivía y andaba y cantaba.

Había también los simples de espíritu que se estremecían riéndose burlonamente; los locos de atar, atados a unos maderos y acostados en las carretas, con una mordaza en la boca; los muertos recientes y algunos ataúdes:

los de las gentes menos pobres o muy queridas.

El campamento de los leprosos era el último en ponerse en marcha y, aunque parezca mentira, no era el grupo que más repugnancia daba ver, la mayoría de los leprosos del campamento estaban en buen estado general, los más graves se habían quedado en Antioquía; entre ellos había varios caballeros y dos clérigos letrados, había mucho orden en este campamento y los cuerdos vigilaban a los locos (daba lástima verlo, pues muchos eran jóvenes y apuestos. En Jerusalén había una gran leprosería y todos los antiguos leprosos habían sido muertos; una bonita leprosería, sí, pero



en cuanto a subir al Santo Sepulcro, no era seguro que los jefes y los obispos lo permitirían, ellos debían estar presentes en él por la fe y la oración. Casi todos eran soldados y decían que si se les hubiera permitido bañarse en la sangre que habían derramado en el Templo seguramente se habrían curado, los habían sacrificado por falta de fe, ¿por quién haría Jesucristo algún milagro si no por los leprosos?).

Cantando los salmos graduales de Jerusalén, uno tras otro, los lentos cortejos cruzaban el puente y pasaban por la puerta de Herodes donde los centinelas tenían mucho trabajo: no sólo esas gentes no avanzaban de prisa, sino

que apenas habían alcanzado el umbral de la puerta se paraban, caían de rodillas y besaban el suelo; los que estaban detrás esperaban; a todos les llegaría el turno. Pero los soldados decían: ¡buenos peregrinos en la ciudad podréis hacer vuestras devociones despacio, esta puerta no es tan santa, si os entretenéis así los cortejos no habrán entrado antes de la noche!

Ya no había ni ricos ni pobres, Jerusalén era de todo el mundo. Primero, de los pobres. Ahora venían a tomar posesión de la herencia.

Los barones habían preparado el asalto, los soldados y los caballeros habían luchado y los prelados y los

canónigos habían rezado a Dios celebrando misa; pero por el amor de sus pobres Dios había hecho el milagro. En ningún ejército del mundo hubo jamás tantos pobres, muertos o vivos.

Lo veis: Dios no os había mentado.

Todos decían: es una locura, querer Jerusalén es como buscar el sol a medianoche. Y el sol a medianoche se levantó y resplandeció en el cielo.

¡Rechazad todo pensamiento de luto, de tristeza o de horror, pensad, cristianos, cuatro días solamente, cuatro días, apenas estamos en el quinto día

cuando mil años son para Dios un solo día y vuestra paciencia duró tres años y la paciencia de Jerusalén duró

cuatrocientos cincuenta años! Jerusalén ha sido liberada de la podredumbre, se ha convertido en una casa de oración.

Ya no tendréis más sed, tendréis un refugio para la noche. El hombre es peregrino en la tierra, pero en Jerusalén el más pobre es un ciudadano.

María. María de Arras. Mira. Esa bóveda adornada encima de tu cabeza, es la puerta de Herodes. Estás entrando en Jerusalén.

Acostada en la carreta, María veía las banderas con la cruz, que ondeaban suavemente con la brisa, y el cielo azul fuerte en el extremo de una torre vertiginosa llena de matacanes. Señor, ¿todo va a volver a empezar? Estoy

tranquila, lo veis, estoy tranquila. La habían atado a los maderos de la carreta; y ella estaba inmóvil, al acecho, conteniéndose la respiración como si tuviera que recobrar las fuerzas, pues el delirio le volvía y, como un ciervo cogido en la trampa y atado, resoplaba con todo su cuerpo, y las mujeres que iban a su lado le ponían en la frente un pañuelo mojado. Una vieja medio paralizada, sentada en la carreta, gemía: ¡Habrased visto, una mujer sana y robusta! ¡Se hace la enferma para que hablen de ella! Ahora bien, María tenía fiebre realmente; y tenía tanta fuerza en el cuerpo que hacía crujir las cuerdas y hacía temblar la carreta. No hablaba,

pero daba gritos o suspiros de ira, estertores cortos. Oh, Dios, decía la sacerdotisa, qué mala señal, una mujer tan piadosa, entrar en Jerusalén en un estado semejante, ¿por qué pecados es castigada?

María oía los salmos y sabía que tenía que cantar, pero se le hacía un nudo en la garganta. Están nuestros pies en tus puertas, oh Jerusalén.

¡Jerusalén, edificada como ciudad! Pedro, ¿dónde está Pedro? ¿Dónde está Pedro? ¿Dónde está Pedro? Santiago, cuídalo bien. ¡Desgracia! Los sudaneses han matado a todos los niños y a todas las mujeres de esta ciudad y nosotras les hemos dejado hacerlo! Raquel llora por

sus hijos y no quiere ser consolada. Señor, vuestras aguas han caído sobre mí y me han tragado, el tercer ángel vierte su copa en los ríos y en los manantiales. Y se convierten en sangre. Señor, mi boca está llena de sangre inocente, ¿cómo entrar en Jerusalén? Los cánticos son cantados con voces rotas por los sollozos, los hombres y las mujeres gritan besando los adoquines, pasad, buenas gentes, pasad, ahora podréis rezar con toda la calma que deseáis.

Lentamente, cuatro monjes tiran de la carreta cubierta de ramas sobre la que reposa el ataúd de fray Bernabé. Una gran cruz de madera está colocada sobre

el ataúd y los hombres que van a su lado dicen a los centinelas: era un santo, esta mañana una tórtola salió volando de encima del ataúd, tenemos que enterrarlo en el Santo Sepulcro. El Santo Sepulcro debiera ser tan grande como la plaza del Mercado para enterrar a toda la gente que lo quisiera.

No esperaban encontrar tanta alegría en la ciudad: cada plazuela convertida en sala de festín, en las casas gritos alegres, canciones chilladas a voz en grito, las calles engalanadas, sabe Dios cómo, sabe Dios cómo, nunca se vio tal despilfarro de telas de colores, con la ropa y las cortinas de las casas los soldados hacían estandartes y jugaban a



ver quien adornaba mejor su casa. Había alfombras en los patios y en las plazas, se sentaban delante de las puertas en almohadones de seda, todo estaba fuera, a esos hombres no les gustaba mucho encerrarse en sus cuartos. Habían cambiado las chaquetas de cuero por ropa pagana pero limpia, albornoces, hopalandas, túnicas bordadas, babuchas de cuero, y hasta turbantes, un verdadero carnaval. Es justo decir que tenían una gran necesidad de cambiarse de ropa y no tenían sastres a su servicio, como los barones.

Los de Arras y los de Picardía se instalaban en su casa donde al final había menos sitio del que habían creído.

Pero era una buena casa burguesa, de piedra, y las habitaciones eran frescas. El Picoso hablaba en señor y daba órdenes incluso a Juan Marcos. Amigos, decía, tenemos que prepararnos dignamente y ayunar mañana todo el día, como el bueno de fray Imberto nos lo ordenó, y tenemos también que perdonarnos mutuamente todas nuestras ofensas. No nos disputemos por las habitaciones, que los más enfermos tengan las mejores; y que hoy las mujeres no salgan de casa, pues hay mucho trabajo con lavar la ropa, zurcirla y quitarle los piojos.

Las mujeres, atontadas todavía por el calor, descargaban las carretas y

miraban a sus hombres suspirando, en buen estado estaban, sucios, malolientes, sin hablar de las heridas, poco profundas pero muy feas a la vista; y sin hablar del pelo convertido, por la sangre y el sudor, en una especie de borra pegajosa.

Santiago estuvo a punto de encontrarse mal al ver a su mujer atada como una loca y a su hijo andando atado al cinturón de Artemisa, la mujer de Mateo el de Juan Marcos. ¡Hijos de Satanás, ¿qué le habéis hecho a María? —Seguramente que no es nada, Santiago, una insolación ayer en las zanjas. Santiago desató a María y la cogió en sus brazos como a un niño,

pues tenía las piernas entumecidas. Caliente como un cordero asado. ¡Dios mío, guapa, amor mío, háblame! María tenía la cara colorada y como cortada y sus ojos brillaban como si echaran fuego.

¡Santiago, Santiago, eres tú, cuánto te eché de menos! Nos iremos al desierto para ver la verdadera Jerusalén. —Ya estamos en Jerusalén, loca, en la verdadera verdadera. Descansa, ya no te harán trabajar más en las zanjas. Santiago llevó a María a una habitación y la acostó sobre unas esteras, pero en un segundo ella se puso de pie, brusca y viva y huraña, y echó a correr hacia la puerta; a Santiago le

costó mucho trabajo dominarla. María estaba poseída por un espíritu de evasión; cuando este espíritu la atormentaba se volvía tan fuerte como un hombre.

María intentaba desasirse. ¿Dónde está Pedro?, no le asustaré, seré buena. Vamos a bajar al Jordán para que nos vuelvan a bautizar, Santiago. Santiago, por tu amor voy a intentar estar tranquila ¡pero es difícil! Serpientes de fuego me corren por todo el cuerpo.

—Es la fiebre, María. Voy a traerte una manta mojada, fíjate María, una cisterna llena hasta sus tres cuartas partes. —Ese agua me quema, Santiago, todo me quema, hemos matado a muchos

inocentes para robarles el agua.

—Oh mujer débil que rechazas los dones de Dios. Había que elegir entre ellos o nosotros, Dios nos ha preferido a ellos. —Santiago, es la ira lo que me vuelve loca. Santiago, hemos matado a mucha pobre gente para robarles el pan.

Y Dios no lo ha querido ni lo ha permitido.

Se soltó de los brazos de Santiago y echó a correr por el patio y se metió en medio de unas mujeres que estaban limpiando garbanzos antes de echarlos en la marmita; se puso a coger los garbanzos, a puñados, y a extenderlos por el suelo, tened, paganos musulmanes, esto es vuestro, la ofrenda

para vuestros funerales. Y otra vez hubo que atarla. Y algunos la censuraron, pues unas mujeres decían: ella se cree la reina porque tiene una voz bonita, una hija de tejedores pobres que ni siquiera es doncella y que profetiza insensateces a lo largo del día.

Porque su hijo está vivo se lamenta por los hijos de las mujeres paganas (pues no quedaban más, en todos los grupos de los artesianos y de los picardos, que dos niños pequeños: Pedro y Martina la hija de Guillermo el Carretero, que tenía cinco años; y Martina no tenía madre desde Antioquía). Ella no tiene que vengar nada, le es fácil hablar.

Es menos duro morir de un hachazo que de hambre y de sed.

—Y sin embargo es bien verdadero, decía Santiago, que hacía daño al corazón: ver a un enorme normando fuerte como un buey clavar en su pica a una pobre criatura pequeña chillando de miedo. Nosotros no hacíamos eso, dejábamos ese trabajo para los chicos.

Fray Imberto rezaba con las manos sobre el ataúd de fray Bernabé. Cuando se ensimismaba así en la oración no veía ni oía nada, la cara se le afinaba y se le iluminaba hasta tal punto que no se podía creer que fuera el mismo hombre. Seguro que tenía visiones celestiales. Ahí está, decían las mujeres, está



conversando piadosamente con fray Bernabé, sus almas se encuentran al pie del trono de Jesucristo.

Seguramente está pidiendo milagros para nosotros. Pues si tuviéramos que contar sólo con las nuestras, ¡qué pobres oraciones!

Lamberto, desde su rincón del patio, miraba para el santo hombre, con la mirada brillante de esperanza triste y loca, ¡que lo obtenga de Jesucristo, que no me olvide en sus oraciones aunque no sea de su país!... Su madre estaba a su lado y, a ciegas, le buscaba el pelo, las mejillas, él no se atrevía a rechazarla, el contacto de sus manos rugosas le era muy penoso. Ella decía: Lamberto. Yo

no quiero pedir nada para mí, estoy bien como estoy. Para ti solamente. —Yo no estoy tan enfermo, madre. —Es preciso que se te cure el brazo para que puedas trabajar para nosotros dos. No reces por mis ojos, reza solamente por ti.

—Madre, si Dios quiere puede curarnos a los dos.

Al lado del ataúd de fray Bernabé había otros dos muertos: Ludivina y un viejo hidrópico muerto de alegría en la noche del viernes. Nadie esperaba que resucitarían —¿al quinto día? sábado, domingo, lunes, martes—, estamos a martes por la noche —miércoles—, el jueves será el verdadero día de nuestro encuentro con Jesucristo. Oh, Dios,

pensar en eso, se tiene tanto miedo que uno llega a desear que el sol se detenga.

Desde hace meses y años nos estamos preparando y no estamos mucho mejor preparados que en el primer día. Incluso estamos cargados con pecados nuevos. ¿A quién se lo podremos ocultar? Más llenos de pecados que de sarna y de miseria. Hoy los soldados provenzales han ido allí, todos juntos. Y los vascos. Algunos de ellos se han curado. A un hombre se le han caído todas las costras a la vez, de repente. ¡Se le cayeron todas las costras y por debajo apareció una piel rosa y sana como la de un niño! Y eso que eran heridas recientes y hasta infectadas.

—Para llegar, amigos, no es nada fácil, hay una muchedumbre tal alrededor de la plaza que ni una anguila se podría colar, además la iglesia es por lo menos diez veces más pequeña que el Templo y, según dicen, hay tantos sacerdotes y hombres ricos que están allí noche y día que para los demás fieles no queda mucho lugar. ¡Casi están unos encima de otros y no pueden siquiera postrarse!

—Claro, los soldados tienen más necesidad que los demás de perdón, tienen que rezar tanto como lo deseen. Al fin y al cabo ellos han contribuido mucho a que estemos en la ciudad. ¡De qué manera se batieron y cuántos de

ellos murieron el viernes, san Jorge y san Miguel lo saben! ¿Sabéis que un vasco vale un sudanés por la altura y la valentía?...

Aquel día no había ni celos ni rencor, todos alababan en voz alta a los barones y a los obispos, a los soldados y hasta a la intendencia, y algunos llegaban hasta lamentar que los sudaneses no se hubiesen convertido, ¡qué buenos soldados si Dios hubiera querido algo de ellos!

Había tantas velas encendidas en el altar, en los candelabros y en las gradas, y en los candelabros colgados y en las manos de los peregrinos, y en los apliques de hierro colgados de los

pilares, y en las verjas que había a lo largo de la nave, velas de todas clases, unas gordas como un brazo, otras más finas casi pegadas unas a otras

que dentro de la iglesia había más luz que al aire libre, era un maravilloso incendio, por todas partes se oían las mechas que chisporroteaban, las velas que se deshacían lentamente y las lágrimas blancas y calientes que resbalaban por ellas. La bóveda de mosaico azul y oro centelleaba como un cielo donde las estrellas estuvieran muy juntas y apretadas, el calor era tan grande que los hombres se deshacían como las velas.

Los sacerdotes con sus pesadas

vestiduras que lanzaban mil fuegos, con las caras chorreando de sudor, las manos temblorosas de cansancio, parecían tener apenas fuerzas para officiar, y la misma debilidad parecía ser signo de una gran devoción, sí, la devoción era inmensa, estaban como pasmados y sus ojos se abrían sobre unas visiones de esplendores sin nombre. Pues por turnos todos los sacerdotes del ejército tenían derecho a celebrar misa en la iglesia del Santo Sepulcro. Tanto los buenos como los malos sacerdotes habían sido ganados por la gran alegría de ese lugar santo, quien entraba dentro se olvidaba inmediatamente del resto del mundo.

Venid. Venid todos a verlo. El Sepulcro está vacío. Aquí mismo la muerte fue dominada para siempre.

Más fuerte que mil relámpagos, más fuerte que mil soles. Vacío por la eternidad es la única tumba verdadera, la muerte ya no existe, la muerte se ha convertido en vida. Estáis ahí. Con vuestros cuerpos perecederos y vuestras úlceras y vuestro sudor y vuestra miseria, con vuestro olor amargo, vuestras lágrimas saladas.

Todos podrán tocar la piedra santa y recobrar la vida.

Como el pobre prisionero toca la mano de un amigo, como reconoce la voz del amigo en país extranjero.



La losa enorme se ha caído sola, la tumba está vacía, dentro no hay nada más que una luz brillante y una mortaja enrollada; los dos ángeles brillan y hacen palidecer la luz de la aurora, ¡oh María Salomé, María la de Santiago, María Magdalena, romped los frascos de perfume! La muerte está muerta, ya no hay muerte como no hay noche en pleno día.

La ciudad no tiene necesidad ni del sol ni de la luna para ser iluminada pues la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera.

Cien mil años son como un día para los ojos del Señor, vivimos un día que es verdadero desde toda la eternidad,

nuestra miseria es mentira. No se podría decir cuántos lloros habían sido derramados, desde la mañana hasta la noche, en medio de la luz de los mil cirios. Nadie tenía ganas de marcharse de este lugar pero tenían que hacerlo, pues otros esperaban el turno. Trueno de cantos y jaleo de sollozos, ¡sollozos y gritos, bendito seáis Jesucristo, hijo de la Virgen, hosanna al hijo de David! Murámonos aquí, esto es ya el Paraíso.

Los enfermos ya no sentían su mal, se levantaban y cantaban con los demás, muchos incluso se creyeron curados, aunque no lo estuvieran, tan grande era la virtud de este santo lugar.

Cuando acercaron a la Piedra

sepulcral el ataúd de fray Bernabé, los que lo llevaban creyeron oír latir el corazón del difunto y golpear la madera con unos golpes fuertes y cortados. ¿Es posible que viva todavía, hay que abrir el ataúd? Un capellán que estaba cerca del altar dijo que no era necesario pues fray Bernabé estaba muerto desde hacía ocho días. Lo que oís no es signo de vida sino primicias de resurrección, no conviene turbar el descanso del cuerpo perdonado.

El que nos había amado tanto está mudo y ciego en este día grande, separado de nosotros por unos maderos de olivo, aquel cuyos ojos se consumían de santo deseo, aquel que lloraba por

nuestros pecados. En medio de la luz de mil velas reflejadas por el oro y el cristal, si pudieran mirarse unos a otros, esos peregrinos hubieran pensado —si no hubiera sido una blasfemia— que Dios está loco de amar a unas gentes miserables, tostados por el sol, flacos, relucientes de sudor, llenos de cicatrices o de tiña o de sarna, mi pueblo, el verdadero,

*pues los últimos serán los primeros* (¿los últimos?, no os glorifiquéis, los últimos serán tal vez los leprosos o los hombres tafures...). Todos estaban allí llorando de alegría y de compasión por el cuerpo de Jesucristo que descansó en este lugar todo lleno de

llagas. Y se olvidaban de pedir sus milagros. Pues poca cosa eran las miserias de sus cuerpos perecederos, cuando Dios estaba allí, que había descansado sobre esa misma Piedra, Cordero inmolado desde el comienzo de los siglos, única llaga y única curación verdadera.

Elías el Picoso lloraba en voz alta como un niño, con grandes alaridos, le parecía que sus lágrimas se le metían por la boca en el corazón y apagaban su sed y que se le aliviaba el corazón, la tristeza le desaparecía, ¡oh, si ella estuviera aquí en este día, la muerta sin confesión! ¡No os olvidéis de vuestra sierva, Señor, ya que tengo que ver este

día sin ella! Elías no veía el altar, ni los candelabros encendidos, sólo veía el cuerpo del Señor extendido sobre la piedra, blanco como el mármol, con sangre en las manos y en los pies y en el costado derecho y alrededor de la frente. Estaba verdaderamente muerto, con los ojos cerrados, terriblemente triste, con las llagas abiertas y ensangrentadas, y la sangre que salía de ellas era de un color rojo vivo.

La sangre corría suavemente por la carne blanca, por la carne fría de un color blanco azulado, y el sordo tumulto de los suspiros y de los cantos y de los lloros se convertía en un silencio de muerte. Como si se hubiera vuelto sordo

de repente, Elías no oía en el fondo de su corazón más que ese silencio cruel y el correr de la sangre, se había quedado sin respiración por el amor y la piedad que sentía, ¡oh, Señor, soy yo, yo sólo quien os hizo esas llagas, soy yo quien os mató! Que nadie más os haya tocado jamás, ojalá yo fuese el único que os hubiera clavado en la cruz y os hubiera herido con la lanza y que vos me perdonaseis.

Estaba de pie, sollozando y tan ensimismado en sus visiones que la gente lo empujaba sin conseguir que se moviera de su sitio, seguía allí con la cabeza levantada y las manos juntas, unas manos que retorció una contra otra

con el deseo loco de apretar un cuchillo y clavarlo en esa carne tan pura.

A su lado, la sacerdotisa rezaba, de rodillas, en la oscuridad, con la cara levantada hacia el calor de las velas, en medio del calor y del tumulto ella se sentía como una piedra negra caída en el sol, ¡no, no lo quiera, no Señor, dejadme los ojos tranquilos, estoy acostumbrada desde hace seis semanas! Santa María, vos que sois madre sabéis lo que es. ¡Oh, la mejor, la más dulce, perla, paloma, nuestra Agua viva, nuestra Estrella matutina! ¡Es un hijo tan bueno que ni siquiera el vuestro sería mejor para su Madre, ha sufrido tanto, no os lo llevéis, sólo tiene veinte años ¡Oh, santa



María, vos sabéis lo que es! Sois mujer, no me hagáis eso. Lamberto estaba a su lado, arrodillado o mejor dicho sentado en el suelo, pálido, con los labios apretados; los ojos muy abiertos, fijos, ardientes, aquí estoy por fin, mis pecados están quemados, si por lo menos me dejara el dolor, este dolor que es quemadura del amor de Dios, amigos, Santiago, madre, los nuestros, sé muy bien que Dios me llama donde yo no quiero ir.

María de Arras. Ves cielos nuevos y una tierra nueva. Como esos mosquitos que caen en el incendio de las velas, así somos todos nosotros, desde el duque Godofredo hasta el último de los

leprosos, todos lo mismo. Andas sobre un mar de llamas resplandecientes, el cielo se ha convertido en sol, todo arde, no eres en el sol más que un poco de paja.

Ahí están los cielos nuevos y la tierra nueva: un campo de almas vivas y muertas, campo en el que cada espiga es una estrella, donde las espigas son abundantes y los campos se extienden hasta perderse de vista, a través de toda Judea hasta Belén y hasta el Jordán, por eso ya no hay noches. El cielo no es azul, es de oro brillante y sobre este oro hay una cruz deslumbrante de blancura. A su alrededor unos círculos de llamas azules, rosas y verdes se extienden hacia

los cuatro horizontes. Arcos iris redondos que chorrean y se suceden sin cesar unos a otros. Y unos ángeles como inmensas chispas caen sobre el campo de las almas y vuelven a subir.

Todos están ahí, los vivos y los muertos, hasta los niños de mantilla, chispas de oro que vuelan con los ángeles, ¡he aquí la verdad verdadera y el mundo tal y como es, el mundo que el alma ve cuando sus ojos son despojados del telón de la carne! ¿Por qué hace falta, por qué?... Dejadme, hermanas, no me iré de aquí. María sentía hundirse en un estrépito de luces, tenía los ojos quemados. Había perdido el conocimiento, pero sus vecinas la

sostenían para que no la pisotearan. No era extraño, todas ellas se ahogaban con las lágrimas, de alegría y de calor.

Apenas se oían los chantres que cantaban los salmos, pues todos hablaban al mismo tiempo como si fuera el domingo de Pentecostés, ¡gracias Dios mío, aleluya, Dios mío, rey de misericordia! ¿Quién podía hacerles callar? Incluso los niños. Pues los más pequeños piaban como pajaritos y los mayores chillaban a voz en grito batiendo las manos, como si estuvieran en la plaza pública. ¡Viva el Señor Jesucristo, Padre Hijo y Espíritu Santo, fue traicionado por los judíos fue occiso por Pilatos,

y san José de Arimatea lo puso en el sepulcro

lo cubrió con un lienzo blanco, lo sepultó bajo la losa!

¡Cantad cristianos, cantad Nochebuena, pues el infierno ha sido abolido! Todos improvisaban sus canciones como podían, demasiado excitados para repetir el latín de los salmos. Daba gusto verlos, lavados, peinados, con ojos claros y vacíos que lanzaban llamas; y Bertina, por una vez, llevaba un pañuelo blanco y un vestido de niña... —¡Mardoche! estoy viendo un alma que sale volando. —¿Dónde? — Ahí, a mi lado. Un alma temblorosa y desnuda. —Bromista. Yo no veo nada.

Lamberto se moría realmente. Ya no sabía dónde estaba, y el dolor le desaparecía de su cuerpo. Creía que se estaba desvaneciendo y sin embargo sabía que era otra cosa. *Miserere me i Domine.* Padre y madre, perdonadme.

¡Maldita faz negra, iré al infierno a atormentarte, yo no quería morir!

Estaba delirando. Se veía niño, con las manos coloradas por las fresas robadas en el cesto de su tía; volvía a ver a su padre, joven todavía, riendo y levantándole por el aire, por juego, lanzándole por el aire, daba un poco de miedo pero era divertido; su padre fuerte, alto, con unos dientes blancos y una barba espesa. ¿Por qué le daba ese

vértigo? ¿Por qué no veía nada? Yo también, pensaba, me estoy quedando ciego, madre, no recéis más por mí, no es necesario, esto se acaba.

La sacerdotisa sintió que se caía despacio contra sus rodillas y con sus manos temblorosas le buscó la cabeza. —¿Qué pasa, no te encuentras bien? y sintiendo que su mano estaba como muerta, se puso como loca, ¡Dios mío, amigas, Rufina, Honorina, Alix, cualquiera! Alix se volvió al oírla gritar y se santiguó. En seguida se conoce, a fuerza de verlo, las caras cuyas almas se van. ¿Qué hacer? Era difícil moverse. En ese momento llegaban más peregrinos, había que irse, había un gran

revuelo. Para proteger a los enfermos los hombres daban puñetazos y utilizaban los ataúdes como escudos. Santiago y Elías cogieron a Lamberto y lo levantaron por el aire, por encima de la multitud; ya no respiraba, la cabeza se le bamboleaba.

La pobre sacerdotisa se agarraba a las otras mujeres, volviendo la cabeza de izquierda a derecha, como un gorrión enloquecido y ni siquiera se atrevía a gritar, ¿dónde está, qué le pasa? Ven, le decían, fuera se encontrará mejor. Les costó mucho tiempo. Santiago veía la cabeza de su amigo, contra su hombro, mejilla contra mejilla, veía una boca entreabierta y azulada y unos ojos



blancos; estaba asustado y no se atrevía a decir nada, solamente pensaba *no eso no no eso no Dios mío eso no eso no...* y apretaba los dientes con fuerza. La muchedumbre los empujaba, el tumulto de las voces parecía una ráfaga de golpes sobre la cabeza, las velas quemaban todo a su alrededor en un amplio y apacible incendio. Tal era el panorama del interior.

En la plaza el tumulto era más grande todavía; las gentes de un mismo país estaban obligadas a agarrarse unos a otros como un enjambre de avispas para no perderse en la multitud; camillas, ataúdes, niños pequeños y mujeres desmayadas eran transportados

por encima del jaleo sobre las cabezas y los brazos de los hombres más fuertes; así, de un extremo al otro de la plaza, se los veía navegar sobre un mar de cabezas. Se oían tantos gritos de ira como gritos de alegría. Cuando los peregrinos de Arras lograron llegar por fin a un cruce de calles tranquilo, Lamberto tenía ya las manos heladas y el rostro frío, no había nada que decir, estaba muerto. Había fallecido en la iglesia, ya estaba muerto cuando Santiago y Elías lo habían recogido. No había nada más que hacer sino dejarlo en el suelo y cerrarle los ojos.

La gente que pasaba delante de ellos decía: no seáis ingenuos, pobres gentes,

es la muerte más bella que pueda haber  
¿por qué llorar? Los de Arras  
contestaban: no, no lo comprendéis, este  
chico estaba con su madre. La  
sacerdotisa lo había adivinado desde  
hacía tiempo. Pero se rebelaba y se  
debatía, y apretaba contra su pecho la  
cabeza fría, ¡devolvedme mis ojos,  
devolvedme mis ojos!, ¡que vea, que vea  
a mi hijo! Estaba perdida en la  
oscuridad con ese cuerpo pesado contra  
ella y le parecía que si por lo menos  
pudiera ver la cara del muerto sería  
feliz. ¡Hijo mío, hijo mío, mi tesoro! ¡Mi  
hijo, mi sol!... paraba un momento las  
lamentaciones para gritar como una  
mujer que va a dar a luz y después

continuaba: ¡Lamberto, Lamberto, no me dejes! ¡Cura, cura, mira lo que Dios nos ha hecho! ¡Mala, cruel, mujer sin piedad, si tú eres la Buena Señora, ¿qué serán entonces las malas?

Los hombres se arañaban las mejillas y se mesaban la barba, sobre todo por compasión por la madre, pues pensaban que era una muerte muy buena. Las mujeres se lamentaban ¡ay, sacerdotisa, qué dura recompensa! ¡La felicidad de tu hijo hace tu desgracia, la espada te ha atravesado el corazón! ¡Oh, Lamberto!, ¿qué has hecho? ¡Qué prisa tenías! ¡Dios te ha llamado y tú te fuiste sin decir una palabra!...

Los niños, que no podían estarse

quietos, jugaban a pellizcarse unos a otros. ¡Lo ves, decía Bertina, tenía razón! Era el alma de Lamberto lo que vi que salía volando. —Bromista, dijo Mardoche. Y la miraba burlonamente, piafando y moviéndose como un potro atado. —Qué aspecto tienes de tonta con tus faldas. —Es Dios quien lo quiere, dijo Bertina.

Mardoche se burló: Te van a violar. —Imbécil. En Jerusalén nadie viola. Por mucho que ella lo dijera, viendo correr a esa chica ya mayor, rubia de nariz respingona, hasta los hombres maduros se pararían de repente y se morderían los labios.

¿Dónde hay que llevar los ataúdes?

¿Dónde se entierran aquí a los muertos? Los cementerios estaban llenos en la ciudad, pues no eran muy grandes. Habían desenterrado y tirado a todos los muertos musulmanes y judíos al día siguiente mismo del asalto y el mismo día habían llenado los cementerios con los cristianos muertos en la batalla. Y no había que pensar en levantar las losas de las iglesias, pues demasiada gente aspiraba a este favor. Los conventos cristianos estaban dispuestos a acoger a los monjes y a los sacerdotes; el convento latino de san Juan del Hospital acogía sobre todo a los pobres, pero no había más sitio; ante la puerta de este convento había ya varios cuerpos

envueltos en lienzos que esperaban a que les llegara el turno, los monjes preparaban las tumbas en el jardín del claustro y hasta en el refectorio; pero verdaderamente había demasiados muertos, todos los días moría alguno.

En el valle, en el lugar del antiguo campamento flamenco, la hoguera seguía ardiendo, enorme horno de infierno, colina de fuego, de humo negro, de cenizas rojas que se deshacían poco a poco; la brisa que venía del mar proyectaba hacia la ciudad torbellinos de humo y dispersaba las cenizas, de tal forma que de esta parte de las murallas, la zanja y las murallas y los tejados se llenaban de nieve gris.

*Ya se han convertido en ceniza nuestros enemigos, que el viento se los lleve,* el fuego ha vencido la podredumbre, lo que había ahí, en esa hoguera, sólo Dios lo sabe, o el demonio. Sí, lo decían, nada más que en la hoguera, más de veinte mil.

No llores tanto, sacerdotisa, grita menos. —Es el Picoso quien se lo decía. —Una buena muerte vale más que una mala vida, no era una vida para un joven y guapo muchacho estar manco. La sacerdotisa se levantó, como quemada con hierro al rojo vivo. ¡Cómo, manco! ¡Dios mío, pobre chico! Y él me lo ocultó. Manco ¿y qué más? ¡Qué consuelo, Picoso! ¡Pero ojalá estuviera



manco y ciego y leproso y lisiado y no como ahora!... ¡Señor Jesús, que vida más bonita hubiéramos vivido los dos, mendigando a la puerta del Santo Sepulcro y cantando cánticos! Y sólo con pensarlo volvía a ponerse a llorar, con unas lágrimas casi dulces, todo lo veía con el pensamiento, qué vida más bonita, incluso leproso, Lamberto, incluso leproso sin pies y sin manos sabes muy bien que no te hubiera abandonado. La sacerdotisa intentaba inventar las cosas más crueles para olvidar la peor y la verdadera.

A Lamberto lo habían colocado en el patio debajo de la higuera, envuelto en unas mantas, dejándole solamente la

cara al descubierto. La sacerdotisa, sentada en el suelo, con la cabeza de su hijo sobre sus rodillas, se esforzaba en espantar las moscas que daban vueltas alrededor de los labios muertos. Le parecía que todavía nada había terminado puesto que él estaba todavía allí, ojalá que pudiera quedarse siempre así. Santiago, en cambio, no pensaba que era una buena muerte, no pensaba nada, estaba sollozando. Le entraba una ira tal que se machacaba los puños hasta hacerse sangre golpeando las losas del patio. ¿Por qué había rezado él? Y que precisamente en el día de la alegría más grande Dios nos dé un martillazo sobre la cabeza, ¿por qué Lamberto no se

había muerto el sábado?, ese día no hubiera hecho tanto daño, era día de sangre.

Dios lo sabe, yo di todo mi botín, no me quedé con nada, ¿quién mintió?, ¿quién engañó? ¡Qué mal camarada eres Lamberto, irte así hacia Dios a causa de los cantos y de las mil velas encendidas! ¡Hijo de cura, debía enseñarte por dejar a tus amigos! ¡Dios Jesucristo, si es esa vuestra recompensa!... Aquella noche Santiago se emborrachó por primera vez en su vida.

Los niños, sentados en montón en el rincón cerca de la cisterna, escuchaban a Bertina. Ella se había sentado en un escalón de piedra con los brazos

alrededor de las rodillas y mientras les contaba cosas movía suavemente los hombros. Entonces los paganos, chicos, decía, dejaron desembarcar a todas.

Las once mil y las once mil y una. Y voy a deciros lo que hicieron. A mil les cortaron la cabeza. A otras mil las ahorcaron.

A otras mil las quemaron y a otras mil las desollaron vivas.

A otras mil las descuartizaron tiradas por cuatro caballos cada una y a otras mil las picaron en las lanzas y las asaron como corderos.

A otras mil las tiraron desde arriba de las murallas y a otras mil las ahogaron. A otras mil las sofocaron con

humo y a otras mil las echaron en cal viva.

A otras mil las comieron los lobos y a otras mil las cortaron en pedazos. Y a otras mil las hicieron beber fuego y a otras mil les arrancaron todas las entrañas.

—Ya son más de once mil, dijo Onésimo.

—Porque había muchas más de once mil, dijo Berlina sin titubear, quizá tres veces once. Y a otras mil les arrancaron los ojos y la lengua, y a otras mil más les arrancaron todos los nervios con unas pinzas... —Bueno ¿y Úrsula?, dijo Martina. —Espera, chinche, ahora te lo digo. Úrsula miraba todo aquello y

lloraba de compasión y se desmayaba.

Y entonces el hijo del rey pagano le dijo: eres tan guapa que te daré mil besantes de oro si dejas violarte. Entonces Úrsula le dijo: ¡que los demonios se meen en tu madre, yo quiero ser virgen y mártir! —Espera pequeña vas a ver lo que es bueno. Y dijo a sus arqueros: ¡vamos, muchachos!

...Y entonces los arqueros se pusieron a tirar ¡pan! una flecha en el brazo, y otra en el hombro y en el pecho, y en un ojo y en la nariz y en la boca, y en el cuello y en la barriga, y entre las piernas, y en los riñones, ¡qué martirio, chicos! Tantas y tantas flechas que ya no le quedaba ni una pulgada de piel, once

mil flechas!

Y Úrsula seguía con las manos juntas y rezaba a la Virgen. ¡Y de repente todas las flechas se le caen del cuerpo y Úrsula aparece blanca como un huevo recién puesto! ¡Qué furiosos se pusieron los paganos! ¡Estaban locos de rabia y rompían sus arcos! Entonces trajeron otros arcos más fuertes.

Y vuelta a empezar. ¡Pan, pan, pan! ¡Clac, bang, bang!, le rompen los huesos de las mejillas y los huesos de la espalda, y las flechas le entran hasta el corazón, y los dientes le vuelan en pedazos, los sesos salen por el aire, por la frente, por las mejillas, ¡por todas partes!, ¡pobre Úrsula! unas flechas

enormes, saetas de ballestas. ¡Once mil flechas y todavía sigue viva!

De tal forma que al final los paganos le cortaron la cabeza y la pusieron en una pica. ¡Y su alma salió de ella tan blanca y tan bella que todo el mundo creyó que el sol se levantaba en plena noche! Úrsula fue al Paraíso, a los jardines del Señor Jesucristo.

—¿Y qué más?, preguntó Juan el Moreno, un muchachote de catorce años, pero ingenuo como un niño pequeño, el hambre se le había subido a la cabeza. ¿Qué qué más?, dijo Bertina, le dieron una gran palma y un vestido blanco y en la frente le pusieron un rosario de estrellas. ¡Y todo se le olvidó! ¡Todo! ¡Y



se puso tan contenta como un pinzón!

—¿Sabes más historias de mártires?, volvió a preguntar Juan. ¿Por qué no cuentas otra vez la de san Jorge? —¡Uy, qué bonita la de san Jorge!, dijo Onésimo. ¡Cuánto tuvo que sufrir, chicos! ¿Y cuando le cortaba las cabezas al dragón y las cabezas volvían a crecer y el fuego griego les salía por las bocas?... ¡Pan!, dijo Juan el Moreno, una cabeza y otra y otra más, y otra cabeza y otra y otra y otra... ¿Vas a callarte? San Jorge era el caballero más hermoso de Antioquía, muchachos, y tenía un caballo blanco enjaezado con jaeces de oro y campanillas de plata, y cuando iba de caza todas las gentes se subían a las

azoteas para ver el caballo. De tan bonito como era. Un semental árabe pura sangre, blanco sin un pelo gris, la crin parecía de seda...

—Oh, Dios, decía la sacerdotisa. Oh, Dios. Es posible. Es posible. — Bebe un poco de vino, madre, te hará dormir. — ¡Sólo me faltaría eso, que me emborrache ante mi hijo que está aquí acostado y que no beberá nunca más! ¡Dios Señor, un muchacho tan bueno, que nunca bebió vino, sólo un trago en los días de fiesta, por qué, Dios sabe que hubiera valido más que fuera borracho y corriera detrás de las chicas! Sabe Dios, en lugar de ir con los que no tenían trabajo a oír los sermones y pasar

el tiempo en el arrabal con Garin y Santiago el del Bernier y Santiago el Tuerto y querer hacerse tejedor... Siempre le dejamos hacer lo que él quería.

¡Oh Dios, ya se lo decía yo, que este asunto de cruzada era una locura y un escándalo para los cristianos, que hacían perder la cabeza a los muchachos haciéndoles tragar cualquier tontería, con tal de que pudiesen chillar juntos, y he aquí que unos hombres casados y unos monjes se ponen a contar que es una obra buena! ¡Y que el cura tuvo que hacer colectas y sermones, yo se lo decía a Lamberto cástate con la chica si quieres pero quédate en el país, acaso

Dios espera que tú vayas para librar Jerusalén, sí verdaderamente Él te esperaba! No hay nada que hacer, tengo visiones, decía él, visiones, Dios nos llama. ¡Asesinos los que predicaron esta peregrinación, Pedro y fray Bernabé y los demás! Que Dios les devuelva el mal que hicieron. ¡Asesinos, para venir aquí a morir de hambre y de sed y de heridas y derramar sangre, como si Dios ordenara degollar a las gentes como si fueran pollos!

—Mujer, estás blasfemando, dijo fray Imberto, pues Dios lo quiso así. Ni un pájaro cae al suelo sin que Dios lo quiera. —Entonces también quiere que yo blasfeme. Él tiene una madre y sabe

lo que es. Santísima Virgen, ¿qué necesidad tenía de atacar a un sudanés, él que no era soldado?

¡Oh, cura, cura! ¡Bonita peregrinación! ¡Mira a donde nos ha llevado a los tres!

Está delirando, dijo fray Imberto con dulzura. Así es la naturaleza de las madres. En Rama se oye un gran grito y grandes lamentaciones. Llorad con ella, mujeres, cargad con una parte de su duelo. Las otras mujeres estaban cansadas y se caían de sueño. Santiago estaba borracho perdido y roncaba como el fuelle de una forja, tirado junto a la higuera a tres pasos del cuerpo de su amigo. La noche era clara, la luz blanca

de la luna cortaba el patio en dos e iluminaba brutalmente el rostro gris de Lamberto y hacía parecer pálidas las tres velas encendidas a la cabeza del muerto.

—María, tú que no estás durmiendo, ven a llorar con ella. María estaba sentada al lado de Pedro envuelto en unas mantas, junto a una hoguera de cenizas rojas. No lloraba, estaba tiesa y fija como una mujer que tiene visiones. No, amigas, yo no lloraré esta noche, nuestra alegría es demasiado grande, dejadme volver al Santo Sepulcro. — ¿Quieres que te vuelvan a atar?, dijo Rufina. ¿Qué Santo Sepulcro? Las calles están llenas de soldados borrachos.

María no dijo nada. Fingió que se dormía y después, muy despacio, se levantó y a la sombra del muro se dirigió hacia la puerta.

Después echó a correr por las calles oscuras; en las azoteas ardían unas antorchas, por las puertas abiertas se veían los patios y las habitaciones iluminadas con velas, las hogueras donde asaban los corderos. Unos hombres cantaban y reían, también se oían risas de mujeres. Era una noche de fiesta, sobre el cielo blanco de luna se veían las luces amarillas de las antorchas. Y escudos y banderas. La noche estaba tan clara, que se distinguían muy bien los colores, leones

rojos y cruces verdes y flores de lis sobre fondo azul, y coronas de oro y cruces rojas. Sonaban unos tambores, eran como alegres ráfagas de granizo, cada vez sonaban más fuerte y los clarines respondían, los soldados tenían fiesta, en la plaza delante de la iglesia de san Onofre ardían unas hogueras, la fachada de la iglesia estaba engalanada con telas rojas y oro, enormes matorrales de moras crepitaban en la hoguera y el reflejo de las llamas se estremecía sobre la seda y hacía que los rostros de los soldados se parecieran a unas antorchas.

Eran flamencos que cantaban en su lengua canciones de marcha, duras y



alegres, ritmadas, y en el momento del estribillo todos se levantaban y daban un grito de guerra. Unas mujeres de la vida danzaban cerca de la hoguera, haciendo rebotar sus trenzas negras y sus collares de perlas de colores. Eran mujeres del país que no debían comprender ni una palabra de flamenco pero se reían a carcajadas enseñando los dientes y tocando las panderetas.

En la iglesia una voz aguda y altisonante salmodiaba

*Libera me Domine de morte aeterna  
o libera me.* Por la puerta entreabierta se veían brillar unas velas alrededor de tres ataúdes cubiertos de telas bordadas, ricos, ya no hay ni ricos ni pobres ni

muertos ni vivos, ni pecadores ni justos,  
¡oh Jerusalén!

En un pasaje cubierto había todavía un olor frío de podredumbre; había una pareja y tan estrecha era la callejuela que María los empujó invadida un instante por el olor de animales en calor. La callejuela daba sobre un calle llena de hojas de palmera y ramitas de áloe, cuyo perfume se mezclaba extrañamente con unos acres olores de orina; la calle estaba llena de gente, como en pleno día. Unos hombres medio desnudos salían de las casas, llamando a los transeúntes, invitándoles a beber; otros iban con unas antorchas encendidas, otros con unos cirios grandes, mirad,

mirad, cristianos, es Jerusalén, no hay ni una piedra que no sea santa, ¡santa es vuestra alegría os la habéis ganado muy bien!

¡Eh, rubia, ven a bailar con nosotros! Eran unos muchachos del norte, de ojos azules perdidos en unos rostros agrietados y negros, de chaquetas de cuero adornadas con collares y cinturones de color. Querían que María se fuera con ellos a un patio grande donde se oía un concierto ensordecedor de panderetas. ¡No, dijo María, no amigos, yo voy al Santo Sepulcro, me arde el corazón, vuestra alegría no es para mí! —¡Ven, te daremos seda bordada y si estás ardiendo te

refrescaremos! Eran unos seis muchachos que daban vueltas a su alrededor, María se aplastó contra la pared y empezó a dar unos aullidos tan espantosos que los hombres retrocedieron, es una posesa hay que dejarla en paz.

María echó a correr, pegada a las paredes, tan ligera que con su falda corta parecía de lejos un chico ya mayor.

Cuanto más se acercaba uno al Santo Sepulcro las calles estaban más sucias y llenas de gente, todos chapoteaban en la paja mezclada de excrementos, había que saltar por encima de las camillas para abrirse paso. Allí, los pobres

esperaban su turno o sencillamente se quedaban allí para estar más cerca de Jesucristo. Acampaban en la calle, sentados sobre los anchos escalones de piedra, envueltos en las capas, y muchos de ellos estaban enfermos, el aire estaba pesado a pesar del frescor de la noche. Y se despiojaban, al resplandor de unas antorchas que formaban un humo denso y hacía que la calle estrecha pareciera invadida por una niebla amarillenta. Unos dormían, acostados en medio de la calle, otros cantaban.

En las azoteas se oía cantar también. La luna brillaba por entre los bordes de las azoteas de donde colgaban las banderas; era una luna blanca, de una

blancura terrible, pura, tan resplandeciente que después de haberla mirado los ojos quedaban llenos de unas pequeñas lunas verdes. La plaza del Santo Sepulcro estaba cerrada con cadenas y las cadenas vigiladas por unos soldados.

Pues qué queréis, buenas gentes, qué queréis, los ancianos y los enfermos serían pisoteados, hay que tener paciencia. Por la plaza unos religiosos iban en procesión, rodeados de largas filas de gente, muchos griegos, pero también caballeros franceses y escuderos, gente muy bien vestida. Es justo y honesto que en toda hora del día y de la noche los cristianos se regocijen

del gran favor que Dios les ha hecho. De lejos se veía la puerta de la iglesia, abierta. Jamás tantas voces a coro habían cantado los salmos de maitines.

En la plaza donde la luna blanqueaba el humo de las antorchas y recortaba grandes triángulos negros sobre las paredes blancas, una muchedumbre abigarrada se movía como en un lento remolino, el canto era un apacible trueno, centenares de voces roncas repetían el responso. Del otro lado de las cadenas los pobres repetían los *Amén* y los *Ora pro nobis* como podían, era como un eco que se extendía a lo largo de las calles, en medio de los gemidos y de los estribillos de

canciones.

María estaba junto a la cadena, con el cuello tendido, intentando ver la puerta de la iglesia, los cirios que ardían dentro de la iglesia, ¡pero con toda esa gente que pasaba por la plaza con sus túnicas largas, las antorchas y los brazos levantados! Señor Jesús Señor Jesús que me convierta en pájaro que me convierta en mosca que eche a volar hacia Vos

que me quede siempre con Vos  
guardadme como un sello sobre  
vuestro corazón.

*Os amo tanto como a mi Santiago y  
a mi Pedro.*



Soldados estáis aquí como la guardia de Poncio Pilato, nos impedís acercarnos al Sepulcro, ¿acaso creéis que vamos a robar el cuerpo de Nuestro Señor? La losa se separó ella sola, Jesucristo salió vivo de la tumba.

Los cirios cantan y las voces arden todas a la vez, una enorme llama, es la Zarza Ardiente. Todos somos las ramas y las hojas de la Zarza Ardiente. María veía la plaza inundada de luz como si los muros de la iglesia se hubieran vuelto transparentes; los hombres que andaban por la plaza estaban ahogados en las llamas.

Tenía una visión: el cielo por encima

de la basílica era una bóveda incrustada de mosaico de un azul fuerte y de joyas, y la cara de la Virgen resplandecía en la luna, brillante de luz blanca y rodeada de tres círculos de fuego, uno rosa uno azul y uno verde, y esos círculos estaban formados por alas de ángeles que daban vueltas en un movimiento de espiral

y cada vez daban vueltas de prisa, cubriendo todo el cielo con un torbellino de luz temblorosa y confundiéndose con las luces de la plaza. El trueno de las voces cantando los salmos de maitines era un gran fuego donde danzaban los ángeles. Arriba en la luna el rostro de la Virgen estaba llorando

ahogado en unas lágrimas que

parecían perlas, lleno de tanta luz que apenas se veían los rasgos, tan grande es su amor que llora incluso en medio de la alegría, la Virgen llora por sus hijos y no quiere ser consolada. Las tres aureolas están hechas con lágrimas. Van cayendo en un reguero silencioso, en espirales temblorosas que llenan el cielo y barren la tierra.

Y María se veía en la iglesia junto a la losa santa, en medio de las llamas de los cirios, derretida y quemada, hundida en el fuego, su cuerpo convertido en fuego, y vacilando y temblando con la luz de las velas, al ritmo de los cantos. Cantaba a voz en grito y la plaza ardía a su alrededor, y la cadena y los muros de

las casas y los soldados con sus alabardas. —¡Estáis ahí, soldados, los que pusisteis a Jesús en la cruz!

¡Todos pusimos a Jesucristo en la cruz y ha resucitado! La ciudad está ardiendo! Pues ha resucitado y sus llagas sangran hasta el fin del mundo! Las calles están llenas de sangre hasta las cornisas de las azoteas y están pavimentadas con cabezas cortadas, venció a la muerte ya no hay ni muertos ni vivos, todo se quemó a la vez en la gran hoguera del sol.

¡Señor!, salimos doscientos de Arras, ahora somos veinticinco. En verdad Señor vos no sois el Dios de los muertos sino el Dios de los vivos, todos

están vivos, toda la ciudad es luz en plena noche iluminada por las almas de los muertos Santiago Santiago no llores no llores más, tu amigo no está muerto está vivo, una cortina de luz lo oculta a tus ojos pero está vivo

está más vivo que nosotros. Las losas se desploman, todas las losas, los muros de la iglesia se desploman. ¡Ha resucitado! ¿Qué andáis buscando, un vivo entre los muertos? Pues descendió a los infiernos y se ha llevado a todos con Él. ¡Qué luz más deslumbradora! Amigos, tengo sed, me muero.

Yo soy una mujer de Arras, tengo visiones, estoy ardiendo de fiebre, un trago de agua por el amor de Dios.

¡Gracias qué grande es vuestra caridad, es el agua viva de las fuentes de Jerusalén!

La luna ha caído en la gran hoguera, por detrás de las murallas, ha ido a consolar las almas muertas de mala muerte y a refrescar las carnes quemadas, he aquí el valle de Josafat que se llena de vivos y de muertos, nunca más será de noche es el día del Juicio.

¡Desde el viernes no hay más días ni noches para nosotros, sino un solo día del Juicio hasta nuestra muerte!

Desde el amanecer carretas tiradas por mulos llevaban al Santo Sepulcro nuevas provisiones de cirios. Pobres y

ricos, en el atrio, compraban cirios, cada uno los que podía. Pálidos, agotados, con los ojos ardientes, los sacerdotes salían de la iglesia titubeando como borrachos; otros sacerdotes rodeados de portadores de cirios iban a reemplazarlos. Estaban también pálidos a la luz del alba, alegres, limpios, derechos como espadas.

Los barones iban a hacer sus devociones en gran cortejo, vestidos de largas túnicas de seda. Pues desde el asalto no había más que eso, fiestas y procesiones sin parar alrededor del santo lugar. Las gentes pobres quitaban las cadenas, empujaban a los soldados,

se precipitaban hacia el atrio, recibían más limosnas de las que querían, pero sobre todo pensaban en penetrar en la iglesia. Pues aquella noche muchos heridos y mucha gente que tenía úlceras habían visto cómo se les caían las costras con las vendas; otros muchos esperaban el mismo milagro. Un chiquillo de unos diez años corría por la plaza, completamente desnudo, bailando y dando vueltas como una peonza y cantando:

*Por santa María por santa María  
¡ya no tengo sarna, ya no tengo  
sarna!*

*¡Que se la pegué a los paganos*



*a los turcos y a los egipcios  
y a los griegos y a los sirios!...*

En realidad, tenía el cuerpo completamente liso y las gentes de su país —era lorenense— lo llamaban y le gritaban: ¡ven aquí, mal criado, te va a volver la sarna! Dios ha hecho un milagro por ti y ni siquiera sabes darle las gracias. El chico era un poco simple y apenas comprendía que Dios le había hecho un milagro. Otra mucha gente piadosa y buena rezaba en vano sin obtener ningún alivio.

De tal forma que algunos murmuraban en los alrededores de la iglesia.

Pues no es decente, no, ni razonable, llenar el santuario con tanto mal olor y tanta suciedad, pues los enfermos y los moribundos no es cosa agradable de ver y no siempre se pueden evitar que las heridas supuren y llevar tapadas las llagas llenas de gusanos. No, no era decente, y los hombres santos y los nobles personajes que iban a hacer sus devociones eran incomodados por ellos. ¿Querían hacer un basurero del lugar más santo del mundo y justificar el nombre sacrílego que le habían dado los musulmanes? Los más descontentos eran los griegos, gente altiva, como se sabe, y de corazón duro. ¿No tenían ellos también sus enfermos?

Cada cosa en su tiempo y lugar, decían, el Señor curó al servidor del centurión con una sola palabra, sin acercarse a su casa, los obispos y los clérigos latinos deberían explicar mejor todo esto a las pobres gentes. Los griegos estaban tristes pues su patriarca, el venerable Simeón, acababa de morir. Como Moisés a la entrada de Tierra Santa, como el otro Simeón que cantó el *Nunc dimittis*, el buen anciano entregaba su alma a Dios al día siguiente de la liberación de su pueblo. Los sacerdotes latinos decían que no había actuado como el patriarca de Antioquía que se había quedado en la ciudad y había estado a punto de ser martirizado por los

turcos. El patriarca de Jerusalén había huido a Chipre donde no corría el peligro de sufrir el martirio, por eso Dios no ha querido que viera con sus ojos Jerusalén liberada.

Jerusalén no es de los griegos sino de todos los cristianos, está claro que Dios no quiere que el patriarca de su ciudad sea griego.

Los sacerdotes griegos pasaban en procesión por las calles, preocupados y con los labios apretados; por el Camino Doloroso, hacían que sus servidores separaran a los peregrinos que, acostados por el suelo, se arrastraban hacia el Santo Sepulcro besando las piedras con sus labios completamente

cortados. Era justo que también esos sacerdotes pudieran pasar sin pisar los cuerpos de las gentes; pero no ponían mucha humildad en su manera de actuar.

Los muertos eran llevados a las iglesias. Cada uno a la de su barrio, no hay sitio en el Santo Sepulcro. Los llevaban en camillas, envueltos en sacos, y sobre los sacos unas cruces de madera; rogad cristianos por los que vieron Jerusalén con los ojos de la carne pero no la vieron durante mucho tiempo. No, no hay sitio en los cementerios de la ciudad, los pobres serán enterrados fuera a la sombra de las murallas santas. No os disgustéis, ellos también estarán cerca de Dios, a menos de un cuarto de

legua.

Las gentes de Arras iban andando en fila por las calles estrechas, detrás de los dos hombres que llevaban en una camilla el cuerpo de Lamberto. Fray Imberto iba a la cabeza, Elías y Juan Marcos lo seguían, abriendo paso con los hombros para que el muerto pudiera pasar, *¡rogad por él cristianos, es un muchacho de veinte años que había venido con su madre!* Santiago y Guillermo de Béthune llevaban la camilla y la sacerdotisa iba detrás cojeando, sostenida por María y Alix; ya no se lamentaba, su cara, con los ojos y la nariz encarnados, con los labios violeta, era como la de una mujer

borracha perdida; sin pensamiento, sin lágrimas. A su paso las gentes en la calle se inclinaban y se santiguaban, hasta los cristianos ricos del país se santiguaban, una madre, se veía que era una madre, que Dios la consuele.

Las camillas esperaban su turno delante de la puerta de Herodes. Los soldados hacían pasar los cortejos: pasad buenas gentes pero no os quedéis mucho tiempo rezando sobre la tumba, volved para la señal de queda. Por detrás de las murallas se seguían viendo los humos negros, estirándose perezosamente por el cielo azul. Los puentes levadizos, las verjas, el pasaje bajo la bóveda estaban grises de ceniza.

Y había tanta ceniza alrededor de las hogueras que con ella se llenarían todas las calles, todos los olivos al pie de la colina están grises, al respirar se traga ceniza. La ceniza de hombre no es más amarga que cualquier otra.

¡Ah, Lamberto, tú también tú también, no se han sacado bastantes muertos por esta puerta, no se han cavado bastantes fosas! Pasad picardos, no os quedéis parados, hay más gente detrás de vosotros! —No somos picardos, dijo Elías, somos de Arras, ése y ése y esa mujer son picardos. —Qué más da, dijo el soldado, pasad. Todos pasaban, lamentándose como conviene. —Venga, chiquillos, dijo el



Picoso, no quiero peleas, no es el momento. —¡Nunca es el momento, Elías, dijo Mardoche, siempre muertos y más muertos! —Tú por lo menos, seguro que no serás uno de ellos, ni Dios ni el demonio te querrán. —¡Eh, tú!, preguntó el soldado, el de la cara acribillada, ¿eres tú Elías el Picoso, tejedor de Arras? —Sí, ¿qué pasa? Tú no eres del país, se ve muy bien que eres valón. El soldado, un muchacho bastante joven, colorado, lo miraba incrédulo. —¡Vaya, hombre!... Entonces, ¿eres tú Elías el Picoso? ¿El amante de la bella Eufemia?

—Eso parece. ¿Qué pasa?

—¡Vamos, hombre!... ¡Si hubiera sabido que tenías esa cabeza de jabalí

sobre tus hombros, no me hubiera hecho llorar tanto esa canción!

—¿Y quién te pidió que lloraras?

—Es que, dijo el soldado, que se puso triste de repente, yo tenía también una mujer en Antioquía. Se llamaba Zenobia. Eufemia no, Zenobia.

Elías se encogió de hombros y apresuró el paso para reunirse con sus amigos. Sobre las Zenobias nadie hizo una canción. Sabe Dios cuántas hubo en Antioquía. Una sola era bella. Tan bella no la habrá nunca jamás.

Estaba loco, pensaba Elías, por no haberme quedado un día más para por lo menos enterrarla decentemente; hubiera podido hacer creer que era el crimen de

un soldado borracho, cosas como esa podían pasar. La hubiera visto un día más. Ahora llevaban a los muertos de Jerusalén hacia el cementerio viejo, el que habían hecho para los cristianos muertos durante el asedio. Todavía no hacía seis semanas y era ya un cementerio viejo. Allá detrás de las enormes zanjas llenas, donde por debajo de la capa delgada de tierra fresca rezumaba la podredumbre, exhalando su olor denso al sol.

En el valle cubierto por la nieve gris los restos de la hoguera seguían humeando. En medio, alrededor del horno rojo, una red de huesos negros se desplomaba de vez en cuando, una llama

se avivaba y se apagaba después. Los botafuegos ayudados por voluntarios extendían por el suelo las cenizas frías; muchos de ellos, arrodillados entre los huesos calcinados, buscaban todavía, seguían buscando, pues todavía se hablaba de que muchos habían tragado sus monedas de oro y otros tenían todavía las sortijas en los dedos.

Aquello se parecía a todos los levantamientos de campamentos. Los equipos de carpinteros enviaban pregoneros a la ciudad, quien quiere apuntarse para trabajar en el desmantelamiento de las torres de madera, eran verdaderos castillos esas torres, había trabajo, era bueno

recuperar parte de las vigas, en el país como todos saben no hay árboles. Una vez terminados los entierros, los hombres sanos bajaban por la ladera y se instalaban entre los restos del antiguo campamento de los valones, esperando que los contrataran. —No les pagarían tan bien como con el trabajo de los muertos, pero les pagarían mejor que por el mismo trabajo en Antioquía y en Arca. Esa es la desgracia: el pobre siempre tiene necesidad de dinero. Uno cree que ganará mucho con el botín, y luego con los cirios y los votos todo vuela en unos días.

¡A las escalas, muchachos! Los maderos gruesos de arriba los hacen

resbalar por el puente de madera directamente sobre el muro y los colocan al pie de la muralla, en el interior. Hacen falta hombres acostumbrados a trabajar con el pico y la cuerda.

Y hay que hacerlo con rapidez, si no habrá que prender fuego a la torre de madera y eso entorpecerá el trabajo de los albañiles. Pues los albañiles habían empezado a reparar las murallas y tapaban los agujeros de las balas de cañón, la muralla por ese lado ¡daba pena verla! —¿Es que van a asediar la ciudad? —Se habla de eso. Parece que el gran ejército de Egipto se ha puesto ya en camino y están armando quinientos

barcos. —¡Miseria! ¿Y nuestros muertos? Van a profanar todas las tumbas. —Eso es lo que pasa, muchacho. A cada uno su vez. Deja que Dios se ocupe de los muertos.

Los carpinteros quemaban con hierro al rojo vivo las clavijas de madera, y los troncos de cedro, desencajados, se inclinaban lentamente, sostenidos por unas cuerdas que los equipos de obreros iban soltando poco a poco. Sin ese calor y sin ese olor a carne ahumada (pues la gran hoguera no paraba de arder), les gustaría ese trabajo, pues desde lo alto de la torre se ven las montañas azules y las azoteas y las cúpulas de la ciudad, y los jardines y los cinturones de murallas

almenadas, qué ciudad tan bella, ¿quién hubiera pensado que dentro de las murallas se hubiera derramado tanta sangre?... ¿Qué son esos redobles de tambor y esos gritos que vienen de la plaza del Templo? —¿No lo sabéis? Es un día grande para los valones y todos los de las Ardenas y todo el ejército de los franceses, el duque Godofredo ha sido nombrado rey de Jerusalén.

Santiago se secaba la frente con el reverso de la mano y volvía a coger la cuerda. Es porque se lo ha merecido. No es una mala noticia. —Porque entró el primero en Jerusalén los otros barones le han dejado este honor. Amigos es un hombre tan puro que Dios le concede



todas las noches visiones, ¡pues se pasa las noches rezando de rodillas en su oratorio!

¡Quiera Dios, dijo Juan Marcos, que sus visiones sean buenas y nos predigan la victoria! —¿Oye, muchacho, dijo el maestro carpintero, eres hereje? ¡Dios no nos entregó Jerusalén para burlarse de nosotros y que nos la cojan de nuevo al cabo de quince días! La victoria es como si la tuviéramos ya.

¡Que la desgracia caiga sobre vosotros, cristianos, pues os han engañado! He aquí que el ejército de Gog y de Magog avanza sobre vosotros y como Dios no nos ha juzgado dignos va a entregarnos al poder del Infiel,

como entregó los hebreos a Nabucodonosor.

¡Que la desgracia caiga sobre vosotros! Perdonaré a Israel por sus tres pecados, pero por el cuarto será castigado como lo merece. ¡Pues habéis abierto el vientre de las mujeres embarazadas y habéis aplastado a los niños pequeños bajo los cascos de vuestros caballos! He aquí que los ejércitos del Faraón caerán sobre vosotros como el rayo y Dios no os protegerá más.

Mirad la señal que Dios nos envía y cómo nos ha juzgado: ¡vuestros malos pastores nombraron patriarca de Jerusalén a un hombre indigno del

nombre de sacerdote y del nombre de cristiano!

Quien hablaba así era un monje de Poitiers, subido en la azotea de una casa cerca de las ruinas de la antigua mezquita, con una voz fuerte y aspecto de hombre santo, delgado, barba hirsuta, con un hábito tan gastado que estaba casi transparente. Por eso las gentes lo escuchaban con espanto. Lo que decía parecía razonable y, aunque fuera del campamento provenzal, hasta los normandos y los flamencos estaban escandalizados de ver a un hombre como Amoldo, mal sacerdote y públicamente difamado, ser elegido patriarca de la más santa de las

ciudades.

Que fuera prudente y astuto y valiente y buen hablador y muy escuchado de los barones, nadie decía lo contrario; y cuando pasaba por las calles subido en su caballo gris los soldados lo saludaban con alegría y él contestaba a sus saludos sonriendo. Pero de ahí a hacer de él un patriarca, de punta en blanco, sin el acuerdo del papa ni del patriarca de Antioquía

y querer por obra y gracia del Espíritu Santo convertir el plomo en oro puro, no era obra del Espíritu Santo sino una trampa, no había que ser clérigo para comprenderlo, y unos reían y otros movían la cabeza, pero todos decían:

Amoldo tiene que ser hechicero y habrá hecho beber algún filtro a los barones y a los obispos del ejército.

Dinos, santo hombre, ¿sería justo que por un solo pecador seamos todos rechazados por Dios? Que la lepra caiga sobre Amoldo si se hizo elegir con engaño, nosotros no tenemos nada que ver con eso.

¡Oh locura de los hombres que no veis las señales! Todo el cuerpo está podrido por dentro y os espantáis con una pústula. No digáis: nosotros no tenemos nada que ver con eso, pues seguramente los fuertes y los ricos pagarán más, pero todos tenéis vuestra parte. ¡Rezad y arrepentíos, pues tal vez

por diez justos el Señor quiera perdonar Sodoma!

En la muchedumbre había algunos soldados normandos que querían a Amoldo y detestaban al conde de Toulouse y empezaron a murmurar y a decir que verdaderamente no era día para semejantes sermones y que Jerusalén era cristiana y lo seguiría siendo a pesar de los traidores. Y vuestro conde, decían los peregrinos, ha cobrado más de diez mil besantes de oro por dejar marcharse a Iftikar con sus emires. Se diga lo que se diga de Amoldo, él no ha sido jamás un traidor. El monje intentaba seguir hablando pero unos gritos de ira apagaban su voz y

nadie podía oírlo.

Unos jinetes pasaban por la plaza con largas túnicas bordadas de oro y entre ellos unas damas, con los rostros velados y las manos con guantes blancos. ¡Piedad, señores! ¡Tened compasión por un pobre soldado que le quemaron los ojos en el primer asalto! ¡Compasión por un arquero que ha perdido el pie derecho! ¡Por el amor de Dios un poco de pan para este pobre viejo que no tiene lengua!... Los caballeros echaban un poco de calderilla, al azar, les hacía falta mucha calderilla cuando pasaban por la ciudad.

Pues Jerusalén se convertía en una ciudad como las demás. Tan

rápidamente que las gentes acostumbradas a sus calles en escalera y a sus callejuelas con arcadas y a sus pasajes estrechos que daban sobre unos patios con arcadas; y a sus plazas delante de las iglesias, a sus enormes puertas con arcos romanos, a las murallas decoradas de mosaico de mármol y a las cúpulas doradas y a las fuentes con templete y columnas; y a los ricos palacios rodeados de jardines y a las murallas que se veían de todas partes por detrás de las cuevas en escaleras de azoteas blancas; y a la enorme ciudadela cuya torre cuadrada dominaba un barrio de casas ricas con cúpulas y jardines con naranjos; y a la gran plaza del



Mercado toda rodeada de arcadas donde se cobijaban las tiendas

estaban tan acostumbrados a todo eso que nunca la hubieran confundido con Antioquía o Maarret ni ninguna otra ciudad. Todos hablaban del Mercado, del Templo, de la torre de David o del Santo Sepulcro como hubieran hablado de la torre del homenaje de Arras o de la plaza San Vaast.

Y si los adoquines y los muros estaban todavía con la sangre negra incrustada en sus piedras, nadie prestaba atención a ello, parecía que la ciudad hubiera estado siempre así y tuviera que seguir estando ensangrentada, manchada, marcada, con quemaduras aquí y allá. En

el emplazamiento de la sinagoga y de algunas mezquitas seguían los montones de bóvedas desplomadas y de piedras negras; más tarde, más tarde descombrarían todo eso y con las piedras en buen estado volverían a construir. La ciudad de las casas vacías, de las puertas forzadas, la ciudad saqueada donde ahora había sitio de sobra, de tal forma que diez días después de la toma cualquiera podía apoderarse todavía de una casa bastante buena y colgar su escudo o su cuchillo encima de la puerta.

La ciudad donde se acampa siempre esperando una batalla nueva. Pues no hay nada sólido si no es el Santo

Sepulcro, sus casas más bellas no son más que una pobre imagen de lo que será un día, gloriosa y resplandeciente de mármol y de oro

*descendida del cielo, semejante a una piedra preciosa.*

Doce puertas: doce ángeles, doce tribus de Israel, doce apóstoles.

Y la primera hilada será de jaspe, la segunda de zafiro, la tercera de calcedonia, la cuarta de esmeralda, la quinta de sardónica, la sexta de cornalina, la séptima de crisólito, la octava de berilo, la novena de topacio, la décima de crisoprasa, la undécima de jacinto, la duodécima de amatista.

Y las doce puertas serán doce

perlas.

El cordero será su lumbrera, brillará en el altar del Santo Sepulcro. Y a través de los muros transparentes y brillantes como el cristal pasará la luz por todas partes y nada quedará oculto. Sí, hasta el más pequeño adoquín, todas las piedras se convertirán en oro puro y en cristal.

Por eso es preciso que hoy estén todavía ennegrecidas por el humo y manchadas de sangre, en espera del día en que se vaciarán las siete copas. Peregrinos somos sobre la tierra y peregrinos en la ciudad, la peregrinación de los cuerpos se ha terminado, la de los corazones va a

empezar.

¡Pobres amigos, creíais ser librados del pecado y Dios os hizo venir aquí para revelaros la grandeza de vuestro pecado! Humillaos y rogad pues lo que permanecía oculto hasta ahora será revelado. El horror que habéis visto estos días es el de vuestro pecado, ¡Dios os lo hizo ver a fin de que la victoria no os vuelva orgullosos! —Todo esto es bueno y bonito, fray Imberto, ¿pero qué será de nosotros ahora? Si en un lugar tan santo no es perdonado el pecado, ¿dónde lo será? Ya desde el jueves el precio del grano ha doblado casi, pues se vuelve a hablar de asedio. Habrá que creer que en todas partes, incluso en el

Paraíso, habrá ricos y pobres.

Amigos míos, si los ángeles de Dios no pueden distinguir el trigo de la cizaña, ¿cómo lo sabremos nosotros? ¡La espada de Dios ha pasado por vosotros, vuestros corazones están abiertos de par en par, no dejéis que los demonios entren, no quitéis vuestro pensamiento del Santo Sepulcro!

He aquí que el ejército de Egipto se acerca, pero no temáis nada: Dios no les dejará que se apoderen de Jerusalén. Si permitió que Arnolfo sea nombrado patriarca, honrad a Arnolfo, pero sabed que Dios le reserva un castigo tanto más grande cuanto más honrado sea. Si Dios permitió que Godofredo sea señor de

Jerusalén, honrad a Godofredo, pero sabed que sus pecados serán juzgados con más severidad. Si vosotros sois ciudadanos de Jerusalén, todos los cristianos deben honraros por eso, pero vuestra deuda no será contada ya en denarios sino en besantes de oro.

Las gentes de Arras escuchaban, y los picardos y los franceses de las casas vecinas, fray Imberto hablaba bien y desde que estaba en Jerusalén su rostro parecía que se había como iluminado v sus ojos pálidos ya no pestañeaban sino que se quedaban abiertos v fijos como los de un águila. Su voz aguda vibraba por las lágrimas, parecía que cantaba y no que hablaba. Todos lo escuchaban de

buena gana pero sus palabras eran difíciles de comprender: valía la pena venir de tan lejos y sufrir durante tanto tiempo para que nos carguen con más pecados de los que hubiéramos cometido quedándonos en nuestra casa. Todos sabemos, fray Imberto, que tan grande es la virtud del Santo Sepulcro, tan grande es esta virtud que todos los pecados son devorados por ella como la paja por el fuego.

Así pues, aquel sábado por la noche hubo un tema de escándalo en los grupos de peregrinos de Arras y de Picardía, pues al volver de vísperas a Bertina, no se sabe cómo, la habían empujado en medio de la multitud y la habían llevado



lejos de los suyos; dos horas más tarde Bertina volvía ensangrentada y con la ropa desgarrada, gritando y aullando como para amotinar a toda la calle. La habían violado, decía, unos soldados normandos la habían violado, en un patio, montones de soldados, una compañía entera, ella se había escapado por las azoteas de puro milagro, pues le habían hecho tanto daño que se había desmayado dos veces. Y Bertina lloraba y gritaba, abrazada al cuello de Alix — que de las mujeres de la casa era a la que quería más— y decía que quería echar mal de ojo a todos los normandos e incluso al conde Roberto y que quería morirse y ser virgen y mártir para que

esos sucios animales fueran condenados, condenados condenados.

—No tengas miedo, hija mía, lo serán. Piensa que es mejor haber perdido eso que la cabeza.

Los hombres miraban a la niña mesándose la barba. Esas cosas no debían ocurrir en Jerusalén, los capitanes deberían vigilar mejor a sus hombres, ¿a quién echar la culpa ahora? Dad gracias a Dios, dijo fray Imberto, que los culpables sean soldados y no peregrinos pobres de otro barrio, ¡no caigáis en la tentación de atacar a vuestros hermanos con las hachas! ¡Que en Jerusalén, dijo Elías, estemos sin defensa contra los soldados y que una

niña sea violada porque obedeció a la ley de Dios y se ha convertido en mujer! Hay que ir a ver al capitán de esos normandos. —Y mañana, dijo Santiago, violarán a las mujeres casadas y a las mujeres viejas, ¿y tampoco podremos decir nada? Las mujeres decían que había que ir con la niña al barrio de los normandos para descubrir a los culpables y denunciarlos a sus jefes, en Jerusalén los pobres deberían estar mejor protegidos que en otra parte.

Imbéciles, dijo Alix, ¿cómo queréis que esta pobre tonta os señale a los soldados?, señalará a todos los normandos que vea y ellos dirán que no la han visto jamás. —Eran todos los

normandos, dijo Bertina, ¡todos hasta el último! Había por lo menos cien. Y todos me violaron. —Fanfarrona, dijo Mardoche, hace alarde. Cien ¿y por qué no mil? —¡Había mil! Por la Cruz de Jesucristo que digo la verdad. Mil. La niña se frotaba con una toalla mojada la cara llena de cardenales y volvía la cabeza de derecha a izquierda como un lobezno dispuesto a morder.

No hay por qué armar tanto escándalo, dijo Juan Marcos, hemos visto cosas peores. —Tienes el corazón muy duro para ser picardo, dijo Santiago, después de todo lo chica es de tu país. —No tenemos otro país que Jerusalén. Normandos, provenzales,

bretones o picardos, todos hemos recibido el mismo bautismo, muchacho, hay que tener el corazón duro, ¿qué te crees, que debemos quedarnos llorando día y noche?

Ya hacía tres días que Lamberto estaba muerto. Santiago no lloraba, es cierto, pero veinte veces al día le entraban ganas de decir: Oye, Lamberto, o ¿ves eso, Lamberto?... Y se volvía como si su amigo estuviera allí, escondido, como si bastara doblar la esquina de la calle o subir a la azotea, como uno se encuentra con un amigo, Santiago se encontraba por todas partes con la ausencia de Lamberto y cada vez que veía el lugar vacío de Lamberto se

le encogía el corazón. —Me ponía contento, Santiago, nunca tuve una alegría más grande. —Pues tú sabes, chico, que yo he dado todo a la iglesia hasta el último céntimo, ni siquiera me quedé con un alfiler para María, ¿qué más podía hacer? Quizá hubiera debido cortarme, por lo menos, un dedo, seguro que hubiera debido hacerlo. No te preocupes por tu madre, yo no dejaré que le falte nada.

Santiago, no des tantas vueltas, quédate a mi lado. —No, tienes mucha fiebre, María, me quemas. —Entonces, ¿ya no me quieres, Santiago? —Eres tú la que no me quieres más. María estaba acostada encima de unas esteras, junto al

horno de ladrillos donde cocían el pan del día siguiente, y calentaba a Pedro dormido entre sus brazos. La fiebre le comía los párpados y no le dejaba cerrar los ojos. María veía el patio lleno de hombres y de mujeres y de niños desconocidos. Eran los paganos muertos, hombres morenos con túnicas azules, con barbas negras, y mujeres envueltas en velos a rayas — seguramente las gentes del barrio, pensaba María, no comprenden por qué les hemos cogido sus casas. Murieron demasiado de prisa. Es que nosotros somos cristianos, buenas gentes, y Dios ha querido darnos esta ciudad. No nos odiéis, todos estamos de la mano de

Dios, todavía no ha nacido el hombre que comprenda por qué Dios nos ha juzgado a todos así.

¡Pedro, vámonos! Se levantó con un movimiento tan brusco que el niño se despertó y se puso a gritar: ¡al asalto! ¡al asalto! —¿Qué asalto, tontito? Y le rodeaba el cuello con sus brazos, el niño estaba otra vez dormido. *¡Pedro, Pedro, vámonos.* Y se ponía tiesa para impedir que su cuerpo tembloroso moviera al niño y lo despertara.

Marchad por las calles de Jerusalén y golpead. Golpead todo lo que esté vivo. A hachazos contra todos, en las cabezas, en las espaldas, por todas partes todo salpica salta cruje gime



chilla venga Santiago todo salpica en grandes chorros, llena de sangre la cara tienes la barba roja venga Santiago Santiago Santiago venga. ¡Y pensar que yo no estaba contigo!

Ahora se peleaban todos: ahí en medio del patio, debajo de la higuera, todos gritaban a la vez, no era fácil distinguir a los muertos de los vivos, y las mujeres lloraban. ¿Por qué lo has hecho, perro, eres un puerco? ¿Por qué lo has hecho tú que estás casado? Los golpes eran duros y el que los recibía gemía. Los niños chillaban como chacales. ¿Pero qué pasa, Rufina? ¿Es que los espíritus de los muertos vienen a atormentarnos? —No, tonta. Es que el

hijo menor de Juan Marcos ha violado a Bertina. Señor Dios, pronto también Santiago violará a Bertina. Todos los hombres hasta fray Imberto lo harán y ¡hasta el duque Godofredo en persona!... Bertina, doblada en dos por el dolor, apretándose la barriga con las manos, pedía a gritos ¡que lo maten, que lo maten! ¡mátalo, Picoso, córtale el cuello como a Guillermo el Batanero!

¡Tú que estás casado hacer eso! Y el muchacho se defendía de los golpes. — ¡Que el demonio se lleve a la Lidia, yo daría a veinte como ella por una rubia! La Bertina no tiene nada que perder ya, ¿no? Las dos armenias, apretadas una contra otra, sollozaban en alto, se

lamentaban en su lengua.

María veía a fray Bernabé que pasaba por la muchedumbre de los vivos y de los muertos y se paraba a tres pasos de ella. Llevaba la ropa hecha jirones y todo el cuerpo le supuraba de podredumbre negra; la barba y el pelo se le despegaban de la piel, y la piel, pálida, agrietada, dejaba ver los huesos de la frente y de los pómulos; de sus ojos grandes y abiertos como dos agujeros profundos le corrían unas lágrimas de sangre, su mirada era la de un hombre que padecía la tortura. Fray Bernabé, ¿sois vos o un espíritu diabólico que ha tomado vuestra expresión? Soy yo María de Arras, no

tengas miedo de mí. Donde estoy me meten en una cuba llena de cadáveres podridos y tan grande es la pestilencia que por compasión me dejan salir y respirar desde las doce de la noche hasta el canto del gallo. —Ay Dios, ¿cuántos días tendréis que soportar esta prueba? Muchos días, por el dolor que tengo de los pecados de mis pobres.

¡Y nosotros que nos regocijábamos de creer en el Paraíso! Seguro que iré allí, María, pero no antes de haber rendido cuentas a Dios de todos vuestros pecados. Veo a muchas almas en peligro de condenarse. No me digas cuáles, fray Bernabé, ¡tengo miedo! María, si tú quieres hacerme un favor,

vete a ver de mi parte al padre Alberto y dile que va por mal camino y que un gran peligro le amenaza; que haga penitencia y vuelva a vivir con vosotros como hizo en Antioquía. María no tuvo tiempo de contestar pues ya fray Bernabé se había ido, llevando consigo en una bruma luminosa y rojiza a todos los muertos que se paseaban por el patio.

Tomás el de Juan Marcos, atado a la higuera, con el pecho desnudo, la cara ensangrentada, se revolvía y se chupaba las lágrimas que le inundaban las mejillas. —¿Cómo, decía el Picoso, tenemos que castigarlo y en cambio a los normandos no podemos hacerles nada?

—Me importan un bledo los normandos, decía Juan Marcos, nosotros no somos perros como ellos. —¿Qué le van a hacer?, preguntaban las mujeres. ¿No irán a matarlo sin confesión? —Que le marquen la frente y las mejillas con hierro al rojo vivo y que lo echen a la calle. Que nunca más vuelva por aquí.

Nos han mentido los que decían que en Jerusalén no habría ni pobres ni ricos. O si no más vale ser como los tafures y vivir desnudos en las rocas comiendo carne de chacal. Pobre, todo el mundo puede serlo, pero en Jerusalén mucha gente pensaba sobre todo en hacerse ricos, lo que no está permitido a todo el mundo.

Algunos hablaban de un alfarero flamenco que se había apoderado de una casa donde había encontrado un tesoro ¡y ahí está convertido en amo y señor, mandando a sus amigos como si fueran sus criados y guardando el oro que vigilaban dos lacayos armados y vistiéndose de seda y cinturón con clavos de oro y haciendo trabajar a los albañiles para que le pusieran la casa como nueva! Todo el mundo no tiene el don de la avidez, los pobres menos que los demás, los pobres, mis amigos, son gentes muy cívicas, que incluso cuando no tienen caridad tienen vergüenza y reparten lo que tienen para no ser tratados de malos compañeros y dan a la

Iglesia para no ser tratados de malos cristianos, cuando tienen dinero no pueden guardarlo durante mucho tiempo.

Así en dos semanas muchos soldados se enriquecieron y también varios caballeros pobres. Y muchos clérigos, lo que no era muy bonito, se apoderaban de los bienes de los cristianos griegos y expoliaban los conventos y las iglesias. Y aunque los grandes señores y barones cogían mucho no se enriquecían casi pues todo el dinero lo utilizaban en la compra de armas y de provisiones para el ejército. Pero pobres enriquecidos hubo muy pocos.

Tenían que buscar trabajo y el



trabajo no faltaba; pero era el ánimo lo que les faltaba, pues el calor era grande y todos estaban muertos de cansancio. ¡Poneos a trabajar, perezosos! Ahora que habéis hecho limpieza general, ¿os negáis a reconstruir y a volver a pintar las casas y a reforzar las murallas, cuando se os ha prometido un buen salario y tenéis toda el agua que queréis? ¿Pediríais un salario de caballero por un trabajo de albañil? ¡En este país pagano está claro que el trabajo del caballero es el más útil de todos, su dinero no es robado!

He aquí que ese Faraón a quien llaman el califa de Egipto envía contra nosotros ejércitos innumerables, el visir

en persona conduce la barca almiranta, el mar de Gaza en Ascalón está lleno de velas blancas, sobre cada vela brilla la media luna de Mahoma. Si no defendemos Jerusalén mejor que Iftikar es evidente que ya no habrá ni ricos ni pobres, ni un solo cristiano podrá escapar, peregrino o griego o sirio.

...Sabed, hermanos, que hicisteis una obra buena matando a todos los ciudadanos de Jerusalén: pues he aquí que el enemigo se acerca y todo hombre a quien hubieseis perdonado la vida, toda mujer, todo niño con uso de razón, hubieran sido otros tantos cuchillos plantados en nuestra espalda. ¡Pensad en todas las carretadas de carroña que

llevasteis fuera de los muros y echasteis en las zanjias! Vosotros mismos lo visteis: había tantos y tantos que no se podía perdonar ni todo ni la mitad; ¡es un milagro de Dios que, tan pocos como erais, hayáis podido llegar hasta el final! ¡Carroña entregada a los gusanos y ceniza desparramada a los cuatro vientos, eso es lo que ellos son y nada más, no temáis a sus fantasmas! Pues Dios rodea su ciudad con una muralla invisible y sus espíritus no pueden penetrar en ella.

Si veis sus fantasmas, si oís sus gritos, sabed que no son más que imágenes de delirio, falsas y vacías, no pueden nada contra vosotros.

*Jerusalén la tan amada  
La tan deseada la tan vengada  
por la sangre lavada  
por la Cruz salvada.*

*Jerusalén la bien amada  
la bien guardada  
la bien purificada,  
pintada y dorada  
¡en Dios restaurada!*

*¡Y que todos podamos en el infierno  
arder*

*Si dejamos que los paganos se  
instalen en el poder!*

*¡Ya no habrá más asedios, hermanos,  
todos iremos al encuentro del gran*

ejército! No les dejaremos que se dispersen por los valles, iremos a buscarlos donde desembarquen para tirarlos al mar. Así lo han decidido los barones, que son más sabios en la batalla que el mismo Alejandro.

¡Que todos los hombres que puedan luchar se apunten en las compañías de infantería, cada uno según su nación, pues hay pocos segadores y la cosecha será grande! La soldada será pagada de antemano y como recompensa todos ganarán el botín o el martirio.

Pues se sabe que el visir trae con él más riquezas de las que había en las tiendas de Kerboga y en las del sultán de Nicea.

¡Vienen con sus guardias sudanesas y armenias y ya sabéis que los sudaneses son más fuertes que los turcos y los armenios son tan valientes en el combate que no retroceden jamás! Si les permitimos que desde la costa penetren en el país, estamos perdidos y no obtendremos la gloria del martirio sino la vergüenza de haber traicionado a Jerusalén. Que incluso las mujeres sanas sigan al ejército para ayudar a los combatientes en caso de necesidad y socorrer a los heridos. Que en Jerusalén no queden ni muías ni carretas, que nadie piense en guardar sus bienes y su casa, *nos jugamos el todo por el todo.*

He aquí que los hombres empezaban

a ver a san Jorge al galope sobre su caballo blanco, los cascos del caballo tocan apenas las almenas de la muralla. A galope tendido daba la vuelta a las murallas. En la mano llevaba un estandarte con la cruz, y su capa de color escarlata se inflaba al viento como una vela. Por su lanza resbalaba la sangre y con ella apuntaba en dirección del mar, del camino de Jaffa.

Así pues, los ciudadanos de Jerusalén se preparaban para la marcha. Y les hacía falta mucho valor: en dos semanas se habían olvidado casi de la vida en los campamentos, de la sed, de la marcha y de las flechas enemigas. Era como si hubieran creído que esa clase

de vida se había terminado para siempre.

La inmensa fatiga apenas olvidada les volvía tan de prisa que al reunirse en los barrios de sus compañías los hombres tenían ya la cabeza llena de gritos y de estruendo, la garganta ardiente de sed, y ni siquiera pensaban en el ejército de Egipto. Que nos lleven donde quieran.

Pues la batalla estaba allí, delante, en el camino de Jaffa, el gran estruendo rojo surcado de flechas, brillante de sables alzados; el estruendo de gritos estridentes y de ruidos de hierro, las grandes nubes de polvo amarillo y de humos negros y de vapores



ensangrentados, no era el miedo, no, era el deseo loco de que la batalla llegara más de prisa, lo más de prisa posible y lanzarse a ella y no oír nada más que el estruendo de los gritos

el caballo blanco de san Jorge volando en medio del fuego de los sables y de los cascos reflejando el sol del mediodía...y he aquí la tienda de Alafdal tan amplia como el salón de un palacio, tendida de alfombras de seda, adornada con escudos cubiertos con letras de oro, llena completamente de cofres abiertos desbordando de oro, he aquí a Alafdal acostado en medio de su tienda, le sale el oro hasta por la boca, su vientre abierto está lleno de monedas

de oro, de su garganta cortada saltan las monedas de oro en lugar de sangre, todo brilla como las estrellas, por oro se vendió y renegó de Jesucristo no es un hombre es un saco de monedas de oro

trae a todo su ejército contra los cristianos pero el oro ya no le servirá para nada, saquearán su tienda, su cabeza adornará la lanza de Godofredo, sus miembros cortados serán dispersados por la llanura ¡oh visir que cambiaste al verdadero Dios por uno falso, aun cuando ofrezcas la ciudad de El Cairo por tu vida, ten por seguro que no escaparás a la justicia de Jesucristo!

¡Te jactas de aplastar fácilmente a un ejército pequeño con el tuyo que llena

toda la llanura desde Gaza hasta Ascalón como un bosque viviente! Unos hombres terribles caerán sobre ti y ante uno de ellos diez de los tuyos huirán, mira lo que esos hombres hicieron en Jerusalén, ellos harán lo mismo en El Cairo y en Alejandría.

Unos hombres tan terribles y tan crueles no se han visto nunca en ningún país, es la venganza de Dios que os envía unos hombres que ya no tienen miedo de nada.

Pues el ejército avanza de prisa, la caballería a la cabeza, una vez que hayan dejado atrás los valles de montañas, una vez que estemos a la vista de su campamento, hermanos, serán

nuestros, jamás en la llanura resistirán contra nosotros, serán como un rebaño de corderos y no tendrán tiempo siquiera de vaciar su carcaj.

La infantería avanza en pleno calor del mediodía, dispersándose por las colinas a los dos lados del camino lleno de mulos y de carretas; los hombres marchan con un paso rápido saltando por encima de las piedras, como si huyeran delante del enemigo. Marchan rodeados de enjambres de moscas, tan chorreando de sudor que de sus cuerpos sale como un vapor y delante de ellos se elevan grandes nubes de polvo, la tierra tiembla y gruñe, es la caballería que se precipita por la llanura y unas sombras

blancas se deslizan por detrás de las cimas de las colinas y desaparecen, las flechas silban, de vez en cuando un hombre se tambalea y cae de rodillas, si no está muerto lo arrastran hasta las carretas; hay beduinos por todas partes, son como los buitres, no atacan un ejército, no hay tiempo de ocuparse de ellos.

De madrugada, bajo el frescor del cielo blanco, sobre las piedras cubiertas de rocío iban todos andando, después de una corta oración; la caballería iba ya a toda velocidad hacia la llanura, se la veía galopar a lo lejos envuelta en una nube de polvo blanco en filas apretadas. Corriendo hacia las largas lilas de

tiendas, hacia las hogueras de vivaques, mientras los caballos pacen en los olivares.

¡Apretemos el paso, muchachos, por Dios y por san Miguel! Una vez arrasadas las tiendas tendremos trabajo. Todos corrían.

Sin pensar en nada más que en no llegar demasiado tarde. Caer sobre ellos antes de que tengan tiempo de recuperarse y de prepararse para la batalla. La infantería bajaba ahora por la colina, las columnas de hombres apretadas empezaban a estirarse cada vez más a lo ancho, ¡ya estamos muchachos!, ¡ha empezado la batalla, oíd los gritos!

Ya no se oía el estruendo del galope se oía un gran rugido los caballeros gritaban todos a la vez. Un grito tal que parecía que las rocas iban a abrirse y los árboles a agrietarse, después se oyó el grito de pánico en el campamento que se extendía a lo largo de la playa delante de los muros de Ascalón. Los arqueros avanzaban por los lados, con los arcos tendidos, tirando sobre la marcha, y la infantería se precipitaba en medio de ellos siguiendo a la caballería, sabe Dios el trabajo que había, hombres y caballos caídos, empujados, heridos, unos que huían otros que se volvían para defenderse, retrocediendo paso a paso, pero los que se echaban encima de ellos

con sus hachas y sus porras parecían tan pesados como unos bloques de piedra lanzados por el aire con toda la fuerza, demasiado sofocados para gritar pero golpeando como si fueran sordos. No era una batalla, aquello se parecía más a una persecución. Bueno. Ya una matanza. Pero no era nada, una matanza de nada de nada, los heridos eran rematados a toda velocidad, había muchísimos pues al paso de la caballería se había armado un jaleo tal que hombres y caballos amontonados formaban como taludes de diez pies de altura, había que atacar con decisión sobre todo lo que se movía. La tierra por algunos sitios no absorbía la sangre, era un verdadero pantano.



No había tiempo de despojar los cadáveres, ¡pero habría para todos! Los caballos de los jinetes se encabritaban en la playa y resoplaban ante los regueros de espuma roja formados por la sangre; los paganos que se salvaban nadando intentando ganar los barcos se iban a pique porque eran demasiados y se agarraban unos a otros y luchaban en el agua. Había tantos en medio del mar que al verlos debatirse en medio de las olas, los cristianos tenían miedo: si Dios no nos hubiera ayudado nos hubieran aplastado Señor sólo con ver esos barcos se diría que es el puerto de Constantinopla, todas esas galeras de velas blancas y cuadradas inclinándose

bajo el peso de los racimos humanos que se agarraban a ellas, una ciudad en el agua, una ciudad llena de pánico, el agua a lo largo de toda la playa se ha convertido en cabezas y brazos humanos y los barcos se sobresaltan como caballos espantados

sí, centenares de barcos, ¡no se ve el mar!

¡Muchachos, Alafdal se ha escapado, mirad allí, su galera sale del puerto!

Quizá los barones estaban enfadados por eso o los caballeros. Pero no la tropa. Hacía calor. La misma mar, rezumando de vivos y de muertos, sucia, roja, parecía hervir. En una legua a la

redonda, delante de Ascalón, no había un solo lugar donde poder sentarse, todo eran cuerpos mezclados con restos de tiendas, sangre seca y estiércol caliente, hierbas secas en llamas y unos miles de hombres errando como hormigas en un hormiguero destripado, buscando el botín.

Relucientes, pegajosos, malolientes, con una mirada de locos, riéndose a medias y llamándose unos a otros con una voz ronca, borrachos de cansancio hasta el punto de olvidarse de la alegría y aturdidos sin embargo por la alegría, ¡todo el ejército del visir el más grande que se haya visto hasta ahora, reducido a una quinta parte! ¡Ah Mahoma, ven a ver

cómo están los tuyos, mentiroso, que los protegiste tan mal!

Los caballeros del duque Godofredo y del conde de Normandía habían llegado tan temprano a las murallas de Ascalón que solamente algunos emires con su caballería habían tenido tiempo de entrar en la ciudad; después habían cerrado las puertas y en las murallas se veían grupos de gentes reunidas, en las torres y sobre toda la muralla, hombres que alzaban los brazos al cielo y daban grandes gritos de dolor. Sabed que nos es provechoso tomar Ascalón, hay que batir el hierro mientras está caliente, disponed los campamentos de manera que podamos rodear la ciudad por

tierra, en el puerto hay un pánico tal y unos gritos tales en la ciudad que, si tuviéramos escalas, ¡hoy mismo la hubiéramos tomado por asalto!

Así, llevándose el botín, los hombres escuchaban a los pregoneros que recorrían el campo de batalla a caballo diciendo: orden de no dispersarse sino de ir hacia la fortaleza y formarse en grupos para preparar el campamento. ¡Mañana nos traerán las escalas de Jaffa y de Jerusalén y subiremos al asalto, la ciudad será nuestra antes de tres días!

¡Amigos, desde luego, qué fortaleza más bonita, como dibujada a cordel, qué torres tan cuadradas y tan iguales, con

tantas almenas, da gusto verlas! Buena cosa sería tomarla por asalto sin estropearla. Hubiéramos debido pensarlo antes y traer las escalas.

Pues después del milagro que Dios ha hecho por nosotros, seguro que las gentes de la ciudad no hubieran resistido. Los hombres hablaban así llevando por la brida a los caballos cautivos, cargados de cestos y de sacos, el campamento era rico y si la tienda del visir caía en la parte de los caballeros, había otras tiendas, verdaderos almacenes, de trigo y de aceite y vasijas de aceitunas y de higos y hasta de naranjas confitadas y cacharros de cobre y almohadones, se ve muy bien que

Egipto es rico y los soldados para hacer la guerra se llevan almohadones y cofres llenos de ropa; en Egipto un caballero cualquiera está mejor equipado que un barón en nuestros países.

La respiración ronca. Ante los ojos una bruma de fuego donde bailan navíos y torres almenadas y banderas hasta el infinito. En los oídos un interminable toque de campanas, de un extremo al otro del cielo todos los rebatos y todas las campanas se funden en un sordo estrépito ritmado. Los muertos tirados por el suelo, aplastados medio desnudos, carne roja y gris, son objetos tan corrientes como las piedras del camino, un hombre no es nada, un

hombre no es nada, gracias a Dios, se les puede dejar podrir sin peligro, en medio del campo pues no son nuestros campos. No es nada más que tierra, todos andan por encima de los vientres y de las caras sin siquiera pensarlo, como andarían sobre terrones de tierra.

Ni siquiera piensan en recoger las cabezas, esa mercancía vale menos que una naranja podrida, han visto tantas cabezas cortadas o no que ni siquiera la de un cristiano hace ya más efecto que estiércol de caballo. El botín, amigos, lo repartiremos en Jerusalén si volvemos allí. —¡Claro, seguro! Las gentes de Ascalón no se defenderán si recibimos las escalas a tiempo. ¿Oyes los gritos de



la ciudad? A lo mejor se rinden antes del asalto.

Los hombres de Arras cavaban la parte de zanja que les correspondía y sus hachas y sus picos no les parecían ligeros, seguía haciendo todavía calor. Hay que cavar la zanja antes de la noche, gracias a Dios que la tierra por aquí no es dura, mucho mejor que por la parte de Jerusalén, acamparemos ¿tres días o más? Elías el Picoso fijaba en la tierra los piquetes de las tiendas recogidos en el campamento enemigo, eso podría hacer una empalizada bastante buena. Más lejos los lorenos preparaban su campamento y asaban un cordero para la cena. En ese momento

servían en una compañía de infantería picarda y por la noche el capitán les dejaba libres para reunirse entre amigos.

Nuestras carretas no han llegado todavía. Se habrán perdido por el otro lado del bosque de sicomoros, gracias a Dios que no es una noche en que los soldados querrán violar a las mujeres cristianas ¿Cómo las encontraremos? Está cayendo la noche. Toda la costa resonaba con los cantos de los soldados. Unos hombres todavía negros de sangre llevaban al campamento unos caballos y unos camellos perdidos, un botín rico, bonitos camellos de una joroba balanceándose sobre sus piernas largas como navíos en el mar. ¡Un grito de

alegría recorría el ejército como una ola! ¡Dios los salve! ¡Dejad de trabajar amigos! ¡Son las banderas del buen duque!

El duque pasaba, hacia sus tiendas, rodeado de sus caballeros, armado todavía, su túnica blanca negra de sangre, su casco desplumado y sucio, la cabeza alzada y sus dos manos enguantadas puestas sobre el cuello del caballo. La visera levantada, en su rostro cansado sus ojos claros brillaban con un fuego sereno, como los de un águila. A su paso, los hombres se levantaban, dejaban los picos y las palas, y levantaban los dos brazos. ¡Dios lo salve! ¡El rey, el defensor del

Santo Sepulcro, el señor de Jerusalén!  
Con un paso pesado y lento los caballos  
avanzaban y en la luz del sol poniente  
los estandartes valones y lorenos  
ondeaban como unos pájaros claros en  
la punta de las lanzas.

Amoldo el nuevo patriarca  
cabalgaba rodeado de clérigos, con  
casco y cota de mallas, llevando en las  
manos una cruz de oro. Todos gritaban:  
¡Viva Amoldo! Y los sacerdotes  
bendecían a los hombres. ¡Viva Amoldo,  
que Dios olvide sus pecados! ¡Salvación  
eterna a Godofredo, él no ha  
avergonzado a Jesucristo!

Los hombres caían en un sueño  
pesado como una tumba de piedra, el

alma salida del cuerpo vagabundeaba por las montañas desiertas donde lloraban los chacales. Los centinelas, para no dormirse, ponían las manos sobre las brasas rojas de los fuegos.

Juan Marcos debía velar por los suyos hasta que se quitara la luna y hacerse relevar después por el Picoso. El campamento estaba bastante tranquilo, el sueño convertía a los vivos semejantes a los muertos. Detrás del campamento, por el lado del bosque de sicomoros que continuaba ardiendo, unas sombras blanquecinas aparecían y desaparecían, como si fueran fantasmas montados en unos caballos invisibles.

Pero no eran fantasmas. Eran

beduinos. Se acercaban al campamento y se alejaban, con un ligero chasquido de cascos, de vez en cuando una jabalina se hundía en la tierra, al lado de un hombre dormido, o caía una piedra, una especie de bala negra y ligera.

Un hombre se dirigía hacia Juan Marcos, era un curtidor del campamento de los lorenos, se iba cayendo de sueño y temblaba y chocaba con los cuerpos dormidos. Picardos, no es una buena noticia, pero nuestro jefe me ha dicho que os la dé. —¿Por qué, desgraciado, si es una mala noticia? Ya la habríamos sabido bastante pronto. El hombre se arrodilló delante de la hoguera de brasas, llevaba una cabeza en sus

manos. La cabeza tenía una larga barba gris manchada de sangre, la boca abierta, los ojos abiertos de terror, la piel del color de la piedra sucia. Por la larga nariz curvada Juan Marcos reconoció que era fray Imberto.

Se santiguó sin atreverse a creerlo, pues en verdad el rostro no era muy parecido, el pelo era el mismo, la barba, sí, y la nariz. Juan Marcos miró la cara torturada y levantó los ojos hacia el loreno; los dos hombres bajaron la cabeza. ¿Para qué hablar? Los beduinos habían atacado las carretas y no había bastantes soldados en retaguardia. Los lorenos también tenían allí a sus mujeres y el ganado. A saber, dijo el curtidor, a

saber quién se habrá salvado. —  
Mañana, dijo Juan Marcos, lo sabremos.

Pero después de todo despertó a Elías. —¿Qué pasa, dijo el Picoso, la luna está todavía ahí. La luna estaba ya casi en el horizonte, como una gran hoja de hacha de cobre rojo. Me parece que deberemos vigilar juntos, dijo Juan Marcos, yo no tengo mucho sueño. Mira.

Elías no dijo nada. Se quedó mucho tiempo sin moverse, con los puños en el mentón. Por lo menos, dijo al final, tú y yo no tenemos mujer. —Yo tengo dos nueras, dijo Juan Marcos. —¡Bueno, son armenias! Juan Marcos dijo: Tal vez sea peor. Pues desde que los padres de las dos mujeres habían muerto ante



Jerusalén lamentaba haber contribuido a que esos inocentes hubiesen dejado Antioquía.

Los convoyes de agua y de abastecimiento no habían cogido todos el mismo camino —para evitar embotellamientos y llegar más de prisa — pues ¿podían prever que la batalla terminaría tan rápidamente, que no tendrían necesidad de retroceder y que encontrarían allí mismo el abastecimiento y más de lo necesario? Los barones habían hecho las cosas demasiado bien. Juan Marcos colocó la cabeza de fray Imberto sobre la manta de una silla de caballo y le tapó la cara con los flecos de la manta. Elías echaba

al fuego ramas de ciprés, poniéndolas en forma de pirámide para que la llama durara más; y la luz rojiza lamía los cuerpos de los que dormían. ¡Ay, Dios, qué despertar! ¡Ojalá la noche durara mucho tiempo! Los beduinos tienen fama de ser hombres salvajes y locos, que violan a todas las mujeres antes de venderlas. ¡Ay, Dios!, pensaba Elías, qué bien hice yo.

...Pues ya hacía seis meses que estaba muerta, pero sólo con pensar en ella, entregada a los beduinos, sólo con pensar en el miedo que ella hubiera tenido, le entraba tal ternura que casi se hubiera echado a llorar. Como si ella viviera todavía y gritara de miedo en los

brazos de los hombres del desierto,  
¡gracias a Dios que no era verdad!  
Jamás jamás nunca jamás.

*Compadeced a Elías de Arras a  
quien llaman el Picoso  
que fue buen tejedor pero aún  
mejor cruzado  
que por Jerusalén todo ha  
abandonado  
mujer e hijos y casa y oficio.  
Si no hubiera tomado la cruz nunca  
hubiera amado.*

Las canciones ayudan a sufrir.  
¿Quién hará ahora las canciones si han  
cogido a María la de Arras? Dios, era

una buena compañera María la de Arras. Elías pensaba ya en ella como en una muerta, casi sin tristeza. Los vivos, es otro asunto. Pueden aparecer de repente chillando y golpeándose la cabeza contra las piedras. Sobre todo aquellos que tenían todavía compañeras que se habían traído del país natal.

De madrugada las noticias llegaron al campamento, ya habían empezado a recoger las cabezas tiradas por los beduinos, había unas veinte, eran de monjes y de soldados de retaguardia. Sólo una parte pequeña del convoy se había dejado sorprender, el resto estaba en el campamento desde la víspera. Dos muchachos normandos se habían

escapado y habían llegado corriendo a las rocas. ¿Cuántos eran los beduinos? Sabe Dios. Cincuenta o cien. Iban en caballos negros. Lanzaban jabalinas y cuerdas de nudo deslizante y gritaban hasta romper los oídos, y las mujeres, ¡cómo gritaban también!

Así pues, los que habían perdido a sus mujeres en la refriega podían sentirse felices de no encontrar sus cabezas en los alrededores del campamento. ¿Felices? Habrá que verlo. Pues se decían muchas cosas malas de los beduinos, algunos contaban que mataban a las mujeres a fuerza de violarlas. No, muchachos no, a los beduinos les gusta el dinero, no

estropean su mercancía. Se dice que en los mercados de esclavos de Damasco se puede contar a miles el botín de los beduinos.

Los hombres no se lamentaban; estaban aturridos como si hubieran recibido un golpe en la cabeza. ¡Qué mala cosa, amigos! ¿Dónde ir a buscarlos ahora? ¿Cómo atraparlos si ni siquiera se sabe dónde se fueron?

Ya están lejos, puedes creerlo, conocen el país como la palma de la mano, no acampan jamás dos noches en el mismo sitio. —Orden de los barones de reforzar el campamento y de plantar todas las tiendas que han sido cogidas en el botín, de plantar los mástiles sobre

media legua. Que crean que somos numerosos, que redoblen los tambores y suenen las trompetas por todas partes, con toda la fuerza, ¡que todos griten y canten hasta romperse los pulmones! Que no se les deje recuperarse del miedo.

¡Ah, gritar, se puede decir que tenemos ganas de gritar! ¡Traidores, si cogemos la ciudad nadie escapará! No pierdas la cabeza, Santiago, ¿para qué ponerte a romper las vasijas de aceite, para qué nos sirve el botín ahora? ¡Ya somos ricos! Se había tirado de bruces al suelo y lloraba, dándose puñetazos en la cabeza. Y sus lloros no eran como sollozos de hombre sino como mugidos

de toro.

Allí estaba Mateo, el hijo mayor de Juan Marcos, y Guillermo, el marido de Rufina, y Pedro, el marido de Honorina, y otros seis más, y todos se golpeaban en las mejillas y se mesaban la barba, diciendo que los barones los habían traicionado, que habían protegido mal a los convoyes. Unos soldados valones del ejército del duque estaban allí también, muy entristecidos y consolando a los pobres como podían: en una victoria tan grande es preciso que haya pérdidas, era un pecado lamentarse cuando Dios ha hecho un milagro por los suyos; si no hubieran destruido el ejército de Egipto todos estarían



mueritos y mañana Alafdal estaría en Jerusalén y mataría a todos los cristianos, incluidos ancianos y niños.

Creedlo muchachos: vuestras mujeres, aunque les haya pasado lo que les haya pasado, seguro que no pasarán mucho tiempo en el purgatorio.

Para ser un consuelo, era uno que habían oído muy a menudo, pero era duro no saber nada, nada, más duro que verlas morir de fiebre, pues sin quererlo uno se imagina siempre lo peor.

Los hombres se ponían a trabajar con rabia, teniendo en cuenta que era mejor golpear contra las estacas de la empalizada que contra sus propias cabezas, y en cuanto a los beduinos, una

vez levantado el campamento, empezarían a perseguirlos y les quemarían la cara con hierro al rojo vivo antes de cortarles la cabeza oh María oh María oh María.

No has perdido todo, dijo Juan Marcos, te queda el pequeño, en Jerusalén. Y también tienes a la sacerdotisa, prometiste ocuparte de ella. —Seguro, dijo Santiago, que me ocuparé de ella. Y me haré soldado en todas las compañías que persigan a los beduinos.

Como ya no se volvía a hablar de tomar por asalto Ascalón, la soldadesca pobre volvió a Jerusalén. De allí, amigos, podréis volver sobre Jaffa. Los

buenos condes de Flandes y de Normandía pagarán a todos los que lo quieran el pasaje de ultramar.

# XII

Mientras que todos sabían que no era posible moverse de allí, nadie pensaba en la vuelta. Las gentes no se acordaban ya de que habían conocido en otro tiempo otro país.

Pero en cuanto se empezó a hablar de barcos y de embarcos, los más endurecidos se ponían a llorar de nostalgia, ¡tan grande era de repente en ellos la morriña! ¡Poder ver nada más que el arrabal y la iglesia, volver a ver la lluvia y la niebla y la hierba verde en

pleno verano! Era como si sintieran ya el soplo del viento fresco sobre el Somme o el Scarpe o el Sena. Iban andando llevando por la brida a los caballos ganados en el botín; en la silla de los caballos, los sacos y las vasijas y los rollos de tela. Imbéciles, los caballos están hechos para ir encima, ¿seréis pobres toda vuestra vida? Toda la vida, parece que sí. Si queremos vender los caballos en el mercado, mejor que estén frescos, nuestras piernas no nos cuestan nada.

Desfilaron por Jerusalén engalanada. En medio de los gritos de alegría y de los redobles de tambor.

*Jerusalén la tan amada  
la tan protegida la tan vengada,  
la tan honrada  
la bien guardada,  
nuestra Esposa rica y adornada.*

La gente en Jerusalén encalaba las paredes. Todos los hombres hasta los lacayos se paseaban por ella con ropa nueva. El Camino Doloroso estaba adornado de punta a punta con palmas verdes y altares llenos de velas encendidas.

Las gentes de Arras volvían a sus casas, amargos y con la cabeza baja, pues, aunque no hubiera sido culpa suya, la pérdida era dura, siete mujeres

jóvenes y fuertes, siete mujeres valientes que habían ido como voluntarias para ayudar a los combatientes. Si esa era la recompensa que Jesucristo les reservaba si esa era la recompensa

Jesucristo debería endurecer los corazones de los hombres, cambiar sus corazones en balas de cañón. Los que se habían quedado en casa, los enfermos, los niños, no se lamentaban siquiera. Estaban más bien contentos, pues como toda clase de rumores habían corrido por la ciudad, habían creído que todos los suyos habían muerto en la batalla, ahora les parecía mucho volver a ver a sus hombres sanos y salvos.

Alix convalecía de una mala fiebre,

estaba todavía tan débil que se tambaleaba al andar. ¡De buena escapaste, Alix! ¿Y por qué Dios no envió también la fiebre a las demás mujeres? —Oh, no, es demasiado, amigos, verdaderamente es demasiado hermoso, qué parte de Paraíso más hermosa estamos ganándonos! Alix reía con una extraña risa ligera y cascada, tragándose las lágrimas. *¡Hermanas mías hermanas mías, ¿cómo vivir sin vosotras?*

Unos tras otros, todos se arrodillaron delante del cofre con clavos de cobre donde habían colocado la cabeza de fray Imberto. Nos hemos quedado sin sacerdote y sin monje, era



un santo hombre, llevaba cadenas de hierro debajo del hábito; dulce como una oveja, bien hablado como un ángel del cielo, ¡con confesión o sin ella, seguro que se ha salvado!

María y Rufina y Honorina

y Artemisa y Lidia y Guillermina y

Luciana

que Dios os perdone vuestros pecados. Ánimo, amigos, tal vez las volvamos a encontrar vivas, todo puede ocurrir

incluso se dice que a veces se puede encontrar una aguja en un pajar, si Dios quiere

pobres agujas, el pajar es grande, de El Cairo a Damasco y de Mosul a

Bagdad, por muy grande que sea eso no es el otro mundo. —Como si lo fuera, amigos...

La sacerdotisa tenía a Pedrito en sus rodillas y le acariciaba el pelo con sus manos temblorosas de ciega. No, niño, no les hagas caso, María volverá, volverá muy guapa con un vestido nuevo. —¿Por qué le mientes, sacerdotisa?, preguntó Juan Marcos. Más vale que rece por ella. —¿Es tan pequeño, Juan Marcos, aún no tiene dos años! —Más vale que aprenda a conocer la vida desde pequeño.

Pedro era un niño hermoso; desde la toma de Jerusalén, lavado y alimentado, se había desarrollado, como una

manzanita: color rojo dorado, pelo rubio como el lino y grandes ojos azules y redondos en medio de unos párpados blancos de pliegues profundos; tenía la boca de María, muy roja. Todos lo querían, hablaba ya muy bien y comprendía todo lo que le decían. El niño escuchaba, levantando sus ojos graves hacia Juan Marcos. Quiero ir con los beduinos y con María, dijo. —¡Dios te libre, pobrecillo!, exclamó la sacerdotisa, cuando seas mayor irás a cogérsela a los beduinos. Santiago no se atrevía a mirar a su hijo, nada más que pensarlo Je daban ganas de chillar.

Decidiros, amigos, por Dios no tardéis tanto, pues los dos condes se

llevan a sus ejércitos y aceptan llevar en los barcos a las gentes que quieren volver a su país, pero aún tenemos que saber cuántos pueden llevar. Si no os vais al mismo tiempo que los convoyes corréis el riesgo de ser atacados también por los beduinos y por los fugitivos del ejército egipcio que acampan en la montaña.

¿Y por qué en el momento de terminar la peregrinación y de decir adiós a Jerusalén tienen que maltratarnos y hacernos recoger a toda prisa el equipaje y hacer la cola ante los cuartos de guardia? Sin darnos siquiera tiempo para ir a echar una mirada al Santo Sepulcro, porque en cuanto a

entrar en él, no hay nada que hacer, ni una mosca entraría, de tan lleno como está de soldados normandos y flamencos que se despiden de Jesucristo.

El viento del desierto, que se había levantado de repente, hundía la ciudad como en una bruma incandescente, no se sabía si era humo o polvo pero nadie podía quedarse en las azoteas; y en las murallas y en las plazas algunos hombres se desmayaban, sofocados por esas olas de aire ardiente y seco llenas de arena caliente; una arena tan fina que se tragaba al respirar y quemaba los ojos y la garganta hasta por la noche. El cielo estaba amarillo, el sol se derretía en un horno calentado al rojo vivo.

Las gentes empezaban a ver por encima del Templo de Salomón el ángel con la trompeta y todos esperaban el granizo de fuego. Pues es en Jerusalén donde todo ha de ser revelado primero y de aquí parten todos los prodigios, ¡el tiempo predicho había llegado después de todo! Erguido en la cima de la cúpula, el ángel se parecía a un torbellino rojo, la trompeta gigante en sus manos brillaba con un resplandor mate, como cobre apagado.

Pero los hombres instruidos decían que no era en absoluto el ángel de la primera trompeta, sino una simple visión, explicable por la santidad del lugar. Que los que quieran irse no se

turben, los signos de los últimos tiempos están todavía lejos; este años no habrá más peligro en viajar por mar que en los años anteriores.

...Esos nobles señores, los condes de Normandía y de Flandes, no abandonan Tierra Santa; vuelven a sus casas pues han trabajado ya bastante por Jesucristo y enviarán desde sus provincias nuevos ejércitos a fin de que otros cristianos puedan también ganar la salvación. Y vosotros, pobres de Dios, iréis a vuestras ciudades y a vuestros pueblos para testimoniar de los milagros de Jesucristo y para decir a vuestros hermanos que la tierra de Dios tiene necesidad de hombres de buena

voluntad: vosotros mismos lo veis, en Jerusalén las tres cuartas partes de las casas van a quedarse sin dueños.

¡Dios!, con un viento tal hay que ser verdaderamente un buen cristiano para tener ganas de quedarse en el país, pues cuando empieza, dura toda la semana, es el soplo de los hornos del infierno, Mahoma venga a los suyos es lo menos que puede hacer, el viento hace vacilar a los centinelas en las torres y se lleva las lanzas y las banderas como briznas de paja. En las callejuelas y en los patios se está al abrigo del viento pero el calor es peor que en tiempo de calma, y silbidos y chasquidos pasan por encima de las cabezas y hojas secas se



arremolinan sobre las azoteas como duendes y tejas rotas caen sobre las calles y vuelan en mil pedazos.

En el patio, la higuera, amarilla de polvo, cruje en la cima. Los hombres, acostados o acurrucados a la sombra del muro, tienen apenas fuerzas para cantar. Pero si no cantan, es peor todavía. La náusea. Los niños pequeños, Pedro y Martina, lloran y se retuercen como si unas abejas invisibles les picaran. ¡Dios mío! ¡Que se callen, sacerdotisa! — ¿Qué quieres que haga yo? Ni siquiera quieren beber.

Alix pasaba por el patio con un cántaro de agua en la mano y daba de beber a los hombres por turno. Después

entró en la habitación del fondo, metió las manos en el cántaro y se las pasó por la cara. Santiago la había seguido, le cogió el cántaro, se lo vació por la cabeza y cogió a Alix por la cintura. Al principio, Alix no comprendió, después lo rechazó; pero él era más fuerte que ella. Santiago la acariciaba y le besaba el cuello y las mejillas, tan tembloroso de deseo que los dientes le castañeteaban.

Alix le pellizcó el brazo con tanta tuerza que él se estremeció de dolor y ella pudo soltarse. No pierdas la cabeza, pobre muchacho. Santiago estaba como borracho y dijo a Alix: eres demasiado bella, te haré vivir como una burguesa,

ya verás, y le cerraba el paso hacia la puerta. Alix dijo: ¡Antes poseerás a la condesa de Toulouse que a mí! ¿Te crees que yo voy a hacerle eso a María? Entonces Santiago se puso completamente colorado. ¡No me hables de María, que jamás nadie me hable de María! ¡Alix me estoy volviendo loco, sé buena!

Había caído de rodillas, con la cabeza metida en las faldas de la mujer, y lloraba como un niño. Entonces Alix recogió el cántaro y se lo rompió en la cabeza, le dio un empujón y se escapó corriendo al patio, llorando desconsoladamente. Entonces, Tomás el de Juan Marcos y Guillermo de Béthune

se levantaron despacio, completamente colorados y temblorosos, y se pusieron a dar vueltas a su alrededor como perros alrededor de un jabalí acorralado. ¿Qué me queréis, hijos de Satanás? ¡Elías, Juan Marcos, miradlos, se han vuelto locos! Entonces Santiago el Picardo y Bernardo se levantaron y se dirigieron hacia Alix, con los brazos tendidos. Alix se puso a chillar.

Juan Marcos vino hacia ella, se sacó el cuchillo del cinturón y dijo: Es una vergüenza, ¿desde cuándo vamos nosotros a atacar a nuestras propias mujeres? Guillermo dijo: ¡Es una puta que tenemos gratis desde Belgrado a Constantinopla, que haga su trabajo! —

Temed a Dios, dijo Juan Marcos, es nuestra hermana. Alix corrió a refugiarse detrás de la sacerdotisa y de la vieja Margarita la Picarda, ¡este viento, decía, este viento del diablo, que santa María nos proteja! Cuidad bien a Bertina, amigas. —¿Bertina?, dijo Margarita, hace ya mucho tiempo que los chiquillos juegan a violarla. —Los chiquillos, que Dios les perdone, con tal de que los hombres no se pongan a ello. —Tú, dijo la vieja, duramente, como si tu doncellez te hubiera vuelto a crecer.

Aquella misma noche, Alix cogía a Bertina de la mano y se marchaba de la casa.

Santiago se había levantado del

suelo, con la cara llena de sangre y una herida en la cabeza; pero tenía la cabeza dura y su herida ni siquiera le hacía mucho daño. Elías se lo echó en cara, ¡atacar a Alix no era ni decente ni honesto, incluso era un adulterio pues María seguro que vivía todavía! —¡Tú, Picoso, cuanto mas pronto vuelvas al país mejor será, te crees que eres fray Bernabé!

De las gentes de Arras (las llamaban así aunque todos no fuesen de Arras, los había de la región de Cambrai y de Béthune), tejedores, bataneros o campesinos, no quedaban más que doce en total de los doscientos que habían salido de allí tres años antes. Todos no

habían muerto: unos treinta se habían quedado en Antioquía. No tenían noticias de ellos, pues si entre San Simeón y Jaffa, los barcos cristianos iban y venían con bastante libertad, esos barcos no eran, sin duda, para la gente pobre.

Volver al país para llevar tantas noticias malas, había que tener mucho valor. ¡Dad gracias a Dios, padres, madres, mujeres y niños, los vuestros se han convertido en gloriosos mártires! O si no... ¡poneos contentos son felices allá, es un país hermoso, el sol luce todo el año, hay viñas olivos trigo rebaños de corderos, tienen casas bonitas, con pozos jardines y huertos! Se han casado

con jóvenes de allí, chicas guapas como no se ven aquí... También podían decir: tu hijo, tía Gilberta, ha matado él solo a diez sudaneses, sobre él se cantan muchas canciones allí; tu hija, tía Perrina, se ha curado de la joroba por milagro y ahora anda derecha como un cirio, es una dama pues su Lamberto ha cogido en el botín un cofre lleno de besantes de oro.

¿Y qué más podían contar que en el país no estuvieran dispuestos a creer las gentes pobres que no habían salido de él? Que Jerusalén está pavimentada de mármol rosa y que las verjas de los jardines son doradas y que los manzanos florecen todo el año y que en las iglesias



todo hombre que entra en ellas es inmediatamente curado, y tanto pan hay que con las sobras llenan cestos y cestos, y en las casas tienen lámparas de aceite y alfombras. Y en cada batalla, fijaos, los nuestros no tenían que combatir por decirlo así, unas cruces formadas por relámpagos caían del cielo sobre los paganos y los quemaban, y se veía a un ángel armado con una espada que iba al lado de cada caballero

y los demonios que estaban en los paganos salían de ellos con unos gritos horribles y se dispersaban en humo negro. ¡Y de todos los paganos de Jerusalén no ha quedado más que ceniza, la ciudad quedó limpia como por

milagro!

Juan Marcos se iba con sus dos hijos (había perdonado a Tomás), también se llevaba a la vieja Margarita y a cuatro picardos. Todos, sólo con pensar que volverían a ver su país, lloraban de alegría; Juan Marcos no lloraba y tampoco experimentaba alegría. En una bolsa colgada del cuello, se había cosido el botín ganado: una piedrecita del Santo Sepulcro y cinco besantes de oro antiguos y de buen peso, lo que él y sus hijos habían cogido lo había sabido vender con provecho (que los genoveses no crean que un tejedor de Picardía es imbécil)

allí, en el país, nadie lo sabría,

excepto los muchachos que volvieran con él y que sabrían olvidarlo, ¿qué es la desnudez de una pobre loca para quien ha chapoteado en montones de cadáveres desnudos? Dos días enteros ellos los recogieron con la pala y los echaban en las zanjas, todo crujía, todo estallaba. Tripas y gusanos blancos. Y que las dos muchachas, allá en la montaña, no griten demasiado alto, no griten demasiado tiempo, tal vez hayan sido violadas hasta la muerte, así una vez que hayan vuelto al país los muchachos volverán a tomar mujer, ya que quieren irse, para deshacer los matrimonios los beduinos son más fuertes que el papa.

¿Yo?, dijo Santiago. ¿Irme yo? Que me escupan a la cara si hablo alguna vez de ello. —¿Y tus padres? —Bueno, a lo mejor están muertos a la hora actual. ¡Para volver y estar sin trabajo porque he perdido la mano! Guillermo, tú les dirás, si viven todavía, les dirás que estoy bien. Que tendré una casa para mí. Me he hecho soldado de Cristo para toda la vida —¿Y qué les digo de María? ¿Y a los padres de María, si me lo preguntan?... —No digas nada, lo comprenderán.

Los mártires, Santiago, son mejor que la gente rica. El cielo lleno de mártires. —¿Es que las mujeres lo comprenden? Mira la sacerdotisa.

Santiago se quedaba con Mardoche y Onésimo y Pedro de Béthune y Guillermo el marido de Rufina; todos fueron a la iglesia de San Onofre para hacer el voto solemne de hacerse soldados de Cristo y no dejar nunca Tierra Santa. Después Santiago fue en busca del caballero de Vireleu, pues no quería quedarse a las órdenes de un capitán de bandidos.

El caballero, recién lavado, descansaba en su casa, estaba de paso por Jerusalén y preparaba el equipaje para unirse al ejército del duque ante Ascalón. Esa gente, ahora, no presumía cuando veía a un hombre que había vivido tres años en campaña. Yo

siempre respeté a los caballeros mejorando lo presente. Si me lleváis con vos en vuestra mesnada, como escudero, con tal de que pueda pelear contra los turcos, os lo agradeceré. Yo he luchado en Cilicia con los vuestros. El caballero soltó la carcajada, Santiago también rió. —¡Muchacho no pierdes ninguna ocasión y te mantienes derecho como un soldado profesional! —También tengo un caballo que recogí en el campo de batalla. Sólo que lo he empeñado en la plaza del Mercado, para mandar un poco de dinero a mis padres. A Arras. — Bueno, ¿cuánto te pidió el genovés? — Cincuenta dirhems. — Bueno, tómalos y vuelve con el caballo y si tienes lacayos

tráelos también; vivirás con mis hombres. —También tengo a una mujer vieja y a mi hijo. —Bueno, la vieja lavará la ropa. ¿Es una mujer de tu país, al menos? ¿No será siria? —¡Claro que es del país, es la viuda del cura de nuestra parroquia! Cuando volvió a casa, Santiago se puso a hacer el equipaje. Rescató el caballo por cuarenta dirhems y compró un cirio a san Onofre, por María; no sabía si tenía que rezar por ello muerta o viva. *Viva. Viva, seguro.*

Puso la vela encendida bien a la vista delante de la imagen de san Jorge, mírala bien san Jorge es María la de Arras, la mujer de Santiago el del hacha,

cada domingo te ofreceré una vela tan gorda como esta, no te olvides de María la de Arras. ¡Ah! Señor Jesucristo, ha faltado muy poco para que yo os maldiga.

El viento seguía soplando. En el desierto, según dicen, unas columnas de arena se levantan formando torbellinos y suben hasta el cielo, y corren detrás de uno, tan de prisa que ni a caballo puede uno escapar. Y del cielo se pone a caer una lluvia de arena, aplastando a las caravanas. Allá en el desierto viven unos hombres de cara azul que no duermen ni de día ni de noche y se alimentan de arena. Pero en Damasco hay vergeles y fuentes en todos los



cruces de caminos, y las gentes son ricas, hasta los esclavos comen tortas de cebada y también higos, Damasco es una ciudad blanca, con tantos alminares que parecen un ejército de caballeros llevando las lanzas en ristra. ¡Oh María oh María

que me olvide que tú has vivido alguna vez

que me muera si dejo de pensar en ti!

La casa se vaciaba, los que se marchaban acampaban en la plaza delante de los cuarteles, esperando a que los ejércitos de los condes estuvieran preparados. El viento soplaba, y era tan penoso de soportar

que las mujeres y los enfermos se ponían a chillar a voz en grito.

El Picoso iba y venía por la ciudad, visitando las iglesias y haciendo tres veces al día la peregrinación por el Camino Doloroso, con el hacha al hombro y su flaco botín cosido en el cinturón; las rodillas desolladas a fuerza de subir los escalones del camino santo, la barba negra de polvo a fuerza de besar las losas. Muchos de los que hacían esta peregrinación caían desmayados de cansancio, sofocados por el pesado calor del viento. Cuando llegaban a la plaza del Santo Sepulcro se acostaban por el suelo y cantaban los cánticos con una voz ronca que casi no

se oía.

Elías estaba completamente decidido a marcharse, ya que en el arrabal de Arras tenía a su mujer y a sus hijos. A su edad uno no se olvida de su oficio. Pero era duro dejar Jerusalén, pues uno no se harta de un lugar tan santo y quisiera durante años y años acumular en sí la alegría del Santo Sepulcro; pero una vez pasadas las puertas de la ciudad la santidad nos abandona —ante Ascalón no era en absoluto lo mismo— la oración se convierte en una nuez seca. En Jerusalén la oración es densa y fuerte, hasta el viento huele a incienso.

En las calles grandes de Jerusalén

las paredes de las casas están engalanadas y los sacerdotes van por ellas en procesión y los soldados están de fiesta en los cruces de los caminos, pues mientras no tienen que luchar y mientras tienen qué beber están siempre de fiesta. Cuando por la noche el viento al fin dejó de soplar el Picoso se detuvo delante de una casa de piedra blanca con ventanas de verjas doradas, llena de antorchas encendidas. Delante de la puerta ardían otras antorchas, colgadas de las anillas de cobre, y dentro se oía un concierto de gaitas y risas y cantos. Elías se había parado porque estaban cantando una canción de su país.

Delante de la puerta dos bonitas

mujeres sirias con los hombros al descubierto y los párpados pintados de negro sonreían enseñando unos dientecitos blancos. A su lado, había un hombre con una alabarda. Elías frunció las cejas y miró, sorprendido: era un picardo de la casa, Pedro el Estañador. —¿Qué estás haciendo aquí, hijo de pagano? ¡Qué oficio haces!

El otro, un joven algo tonto, rió apurado: Pues qué, estoy con Alix. Me ha dado trabajo. —¿Y desde cuándo Alix contrata a la gente para este oficio? ¿Entonces vive en esta casa? —Desde hace ocho días. Se ha puesto con la Giscarda, es como la patrona diríamos, pues la Giscarda se está haciendo vieja.

Después de todo, dijo Elías, habría que hacerle entrar en razón. Y decidió entrar en la casa. Primero había un patio muy bonito con arcadas, todo iluminado con velas que ardían por todas partes. En él había mucha gente bebiendo, sentada en almohadones, y en el centro dos muchachos, uno cantando y el otro tocando la gaita. De las arcadas se oían risas de mujeres. Elías, que nunca se había visto en una casa semejante, miraba a su alrededor, perplejo. Los bebedores, al verlo, soltaron la carcajada, diciendo: Se ha equivocado de albergue, se cree que aquí es la sopa de los pobres. Elías, parpadeando, escuchaba a los músicos. Pues era un

aire del país que él conocía muy bien y no había oído desde hacía mucho tiempo. Entonces vio a Alix que salía de las arcadas y pasaba entre dos grandes verjas llenas de velas. La había reconocido por la estatura y su manera de andar, pero después se dijo: no, me equivoco. Nunca la había visto así, con los ojos pintados de negro y las mejillas pintadas de rosa y sabe Dios cuántas cadenillas brillantes, en el cuello y en las muñecas, y el pelo del color del azafrán lanzando reflejos dorados. Que todavía pudiera ser tan bella, nunca lo hubiera creído. Alix fue hacia él y el Picoso le dijo: Atrás, Satanás. ¿Quieres perder tu alma? —¿Cómo hiciste para

encontrarme, Elías? Bueno, de todas maneras yo hubiera ido a decirlos adiós. Sé que no os marcháis antes de tres días.

—Estás mejor informada que yo.

Alix, dijo uno de los hombres —que parecía más bien ser un clérigo que un caballero, sus manos y su cara eran finas y lisas— Alix, ¿quieres contratar a ese leñador como guardaespaldas? —No, dijo Alix, es un hombre de mi país. Ven a mi cuarto, Elías, aquí hay demasiado ruido. Elías dijo: Jamás entré en el cuarto de una puta. Alix estaba un poco borracha y sus ojos reían y lloraban a la vez.

...Eres un mal hombre, Picoso, pero te quiero bastante, hemos conocido



demasiadas desgracias juntos. Te quiero bastante, Picoso, me dará pena verte marchar, sólo con verte se me encoge el corazón. —Pues a mí no. ¿Está aquí la Bertina?

—Pues sí, chico. Ya que se dejaba violar, que por lo menos no fuera por nada. Ganará una bonita dote, ya lo verás, y se casará con un italiano. Elías escupió en el suelo.

—Se lo dirás a todos, Elías, si te lo preguntan y si se acuerdan algunos de mí. Que Alix tiene el prostíbulo más bonito de Jerusalén, que a él vienen nobles caballeros y clérigos del arzobispado, ¡nadie se extrañaría de ver venir aquí al patriarca! Tendré con qué

decir misas cantadas en el Santo Sepulcro; no te quepa duda.

Elías la miraba como se contempla un pájaro de las Indias y no llegaba a creerse completamente que fuera Alix. Un olor espeso, caliente, azucarado, le subía a la cabeza, le daba la náusea. — ¿Eres tú, dijo, quien huele así? — Es esencia de jazmín, muchacho, y me ha costado mucho, las damas más nobles se la ponen en el cuerpo. — Entonces son tan putas como tú. Sería mejor que cogieras a Bertina y a Pedro el Estañador y te vinieras con nosotros.

Dos hombres ricamente vestidos entraban en el patio, llevaban unas capas largas de seda rayada y sus barbas olían

a perfume. Alix se adelantó para saludarlos, con una gran sonrisa, ¡pues claro, esos nobles señores no tenían más que ver, jovencitas, verdaderos botones de rosa, leche y miel! Seguro que no serían robados iban a pasar una hora en el Paraíso.

Los hombres, unos caballeros, poco habladores, miraban a Elías con una mirada desconfiada, temiendo probablemente tener que repartir el placer con un rústico semejante. Espera, Picoso, dijo Alix, voy a llamar a Bertina, ¡si supieras qué mona se ha puesto, incluso ha engordado un poco y el solano se le ha ido con la porquería! No te preocupes por nosotras, vivimos

muy bien.

—¿Y Baudry?, dijo Elías. ¿Y fray Bernabé? ¿Y fray Imberto? ¿Y todos los nuestros?...

—No, espera, Elías, les dirás —les dirás si vuelves al país— les dirás que Alix Malaboca se ha establecido, ha terminado su peregrinación, a cada uno su oficio. Dirás que vive muy bien, hago arder candelas de cera, tengo baños y música, mermeladas y vino con canela, ¡yo no robo a la gente! Mi vieja, mi alcahueta quiero decir, si lo supiera, se alegraría mucho por mí...

—Adiós, Alix. De todas formas, es una pena.

Elías se marchó y se puso a errar

por las calles ya desiertas, preguntándose si todo eso no era un sueño. ¿No era un pecado iluminar una casa así con cirios de cera, como una iglesia? Cuánto dinero gastaban los hombres ricos aquí, como si todos los días pudieran pillar las tiendas de Alafdal. Entre los tejados, el cielo, al fin descubierta, estaba incrustado con estrellas duras y frías, ardiendo con un fuego blanco.

Los ojos de los muertos. Arriba, en el cielo, ¿qué pasará? ¿Cómo estarán todos los amigos que hemos visto morir? ¿Qué aspecto tendrán? ¿Se instalarán por grupos, cada uno con los de su país, felices de volverse a encontrar, o los

mejores con los mejores y los mártires pobres abajo en el primer círculo de luces?... Seguro que están todavía muy cerca de la tierra, en lo más bajo del cielo y se acuerdan de muchas cosas.

Donde no hay noche, al otro lado de la gran bóveda, cerca de los ángeles que sujetan las estrellas; y según dicen algunos caen del cielo a fuerza de acordarse demasiado. Por eso hay tantas estrellas errantes en este país.

Los rayos de las estrellas se entrecruzaban como espadas, allá arriba había una batalla, el cielo no era ya sino unas espadas blancas y azules, que se alargaban y desaparecían como relámpagos lentos. Es el gran desfile de

la caballería del cielo.

Y sabe Dios cuántas almas indignas son rechazadas y caen y caen en el cielo negro como moscas reventadas. ¿Por qué pesan tanto cuando al salir del cuerpo no pesan mucho más que un mosquito? Las almas caen, negras en el cielo negro.

Así deben ser los pesos y medidas de Dios, pensaba Elías, los puentes se hundían bajo el peso de algunas almas. Que Santa María tenga piedad de las almas cebadas con sangre.

Pues la sangre de los paganos es como el agua para un borracho, la sangre cristiana como el vino, es la sangre de Cristo. Compadeced a Elías

de Arras a quien llaman el Picoso

si no hubiera tomado la cruz no  
hubiera amado jamás.

...Si no hubiera tomado la cruz no  
hubiera amado jamás

...si no hubiera tomado la cruz no  
hubiera llorado jamás sí, la más fría de  
las mujeres, incluso viva estaba helada  
como un cadáver.

Delante de una casa de donde  
colgaba el escudo de un arquero  
brabanzón, había una antorcha casi  
apagada y que humeaba débilmente, un  
soldado sentado en el mojón, con la  
lanza en la mano, estaba durmiendo. Con  
la cabeza hacia atrás, apoyada contra la  
pared. Roncaba; con un ronquido suave,



regular, y apacible, parecía un muchacho del campo durmiendo después de una jornada de siega. Elías se detuvo, mirando, por encima del cuello de lana gris, el cuello del muchacho blanco, al descubierto, donde apenas se le veía la nuez, ¿por qué la luz de la antorcha caía precisamente sobre ese cuello? Como un ladrón en la noche. No se sabe ni el día ni la hora. Como un ladrón en la noche viene la muerte. Ni siquiera se oiría gritar, el cuello cortado limpiamente de un cuchillazo y la sangre caliente saldría de él como el agua de la roca de Moisés. De ambición Elías sentía que las piernas le flaqueaban y el corazón le latía, bueno, por qué, este muchacho no

me ha hecho nada

tal vez sea un fantasma enviado para tentarme. El cuchillo salía solo de la funda de madera, Elías no sabía cómo lo tenía en la mano, ¡Señor Jesucristo, protegedlo, realmente no me ha hecho nada! Elías se mordió los labios y echó a andar, a lo largo de la calle desierta, cada paso le costaba un gran esfuerzo como si arrastrara atadas a sus pies unas bolas de cien libras; tan terrible era la tentación. Cuando llegó a la plazuela donde unos andamios se levantaban sobre las ruinas de la mezquita quemada, recuperó la respiración y se puso a chillar, con una voz desconocida, una voz de animal. En las casas vecinas

las gentes creían que era un perro perdido enloquecido después de los días de viento caliente.

Cuando llegó al lugar donde, como se lo había explicado Mardoche, san Juan había caído de la azotea, se apoyó en la pared, pensando en todos los cuerpos de los niños que allí mismo habían tirado a la calle y por un instante volvió a ver la escena en el patio de aquella casa grande, el clamor —los estertores, los aullidos de dolor, los gritos de rabia— y el calor brutal de aquel arreglo de cuentas. Todo había terminado tan de prisa, que todas las noches se hubiera vuelto a empezar. Elías sabía que no volvería al país.

Al día siguiente pedía a Santiago que lo recomendara al caballero de Vireleu. —¿Y Mardoche y Onésimo? Si te quedas querrán irse contigo. —Te dejo a Onésimo y yo me quedo con Mardoche. Tú no tienes necesidad de cuatro lacayos. Para servir, vale más estar con las gentes del país. Santiago se encogió de hombros. En el fondo, estaba contento. Pues ver cómo se marchaba tanta gente le daba vértigo.

De Jaffa llegaban grupos de soldados y de peregrinos que no habían visto jamás Tierra Santa, y también cruzados de Antioquía que habían llegado a lo largo de la costa en barcos.

Y hasta los de Antioquía eran como

extranjeros, era gente que hablaba otra lengua.

—¿Sabes que Alix se ha vuelto a hacer la puta de los ricos? Santiago soltó la carcajada. —Si me hago rico iré a su casa. Iremos todos. Elías dijo: Yo seguro que no.

Mientras que las calles pequeñas estaban desiertas, en las calles principales y en las plazas había remolinos de gente como en tiempos de feria. Unos cortejos llegaban otros se marchaban y allí se cruzaban, mezclándose con las procesiones griegas y sirias, oyéndose un rumor de voces que hablaban todas las lenguas, era Pentecostés y la torre de Babel. Para

dejar pasar a la caballería provenzal que se retiraba, para reunirse delante de la torre de David, los peatones se refugiaban en los patios y en las calles laterales. Por la puerta de Herodes unos hombres llevaban una campana enorme de bronce enviada al Santo Sepulcro por los griegos de Chipre, en un carro pintado y esculpido de ruedas inmensas; unos sacerdotes iban a la cabeza del cortejo bendiciendo a la muchedumbre, las gentes que veían pasar la campana brillante como el oro bajo un dosel de tela azul daba gritos de alegría.

Hay que decir que muchos peregrinos ricos de todos los países, llegados por mar —griegos, ingleses,

españoles, venecianos o daneses— y obligados a hacer escala en Creta o en Chipre durante dos meses a causa del asedio de Jerusalén, llegaban ahora, escoltados por marinos armados. Así pues, esas gentes admiran mucho a los peregrinos cruzados que como ellos no habían vivido esos meses de gran calor por cuenta del Emperador, sino que se habían batido por la gloria de Jesucristo. Y era una buena cosa que en la ciudad ya no quedaran ni mezquitas ni sinagogas y que los peregrinos cristianos no tuvieran que pagar a los paganos por las visitas a los santuarios, pues era contrario a todas las leyes divinas que la piedad de los cristianos

sirviera para enriquecer a unos musulmanes.

Esas gentes llegaban bien vestidos, gordos, morenos por el sol pero no quemados, quejándose un poco del calor y exclamando de admiración a cada paso, pues Dios sabe que había cosas bonitas que ver en la ciudad, con tantas iglesias y palacios y plazas con arcadas y conventos ricos. Las murallas estaban ya casi reparadas, las casas recién pintadas, y los nuevos ciudadanos de Jerusalén decoraban las paredes exteriores de las casas con escudos y banderas y alfombras que no les habían costado muy caras. Todos los días, en carretas, llegaban de la montaña plantas



aromáticas, ramas de cipreses, para sembrar con ellas el Camino Doloroso y la plaza del Santo Sepulcro.

En la plaza —pues la iglesia estaba siempre llena de gente— habían instalado unos altares y unos monjes recibían en unas bandejas las ofrendas de los peregrinos. Y si los comerciantes de reliquias hacían fortuna en esos días no había por qué ofuscarse: el patriarca lo ha ordenado así, que unos cuantos comerciantes jurados se instalen delante de la iglesia y no dejen que los peregrinos se acerquen a los muros y se entretengan allí, pues si no todo el muro hasta la altura de un hombre y las columnas de la puerta tendrían un

aspecto lamentable de piedra leprosa; ya los primeros días después de la victoria, cuando no había ningún control, los cruzados habían llegado hasta desmantelar algunas piedras. Con algunas de esas piedras los comerciantes, con un pico y un martillo, habían hecho montones de piedrecitas, algunas del tamaño de avellanas, otras del de granos de trigo, sed razonables buenos peregrinos y pensadlo bien, lo importante no es la talla de la piedra, sino su virtud que sigue siendo la misma, su virtud sigue entera en cada trozo de piedra como Dios está entero en cada hostia.

...Cuando Alix iba a la iglesia,

precedida de dos guardaespaldas, acompañada por la vieja Giscarda y por dos jóvenes criadas, hasta los monjes y los burgueses piadosos decían: verdaderamente, he aquí a una mujer que nos honra, no hay mujeres más bellas que las del norte. Había que mirar de cerca para ver que, en su cara lavada y maquillada, inefables capas de polvo ahogaban sus largos ojos azul gris y las comisuras de su boca; que su cuello, bajo las altas filas de collares, era delgado fino y nudoso.

La Giscarda, una alcahueta flamenca, alta, descarnada, con cara de gavián, de ojos encarnados, llevaba sobre ella tantas joyas como su edad y

su rango se lo permitían, y echaba sobre los hombres miradas escrutadoras, intentando leer en ellos lo que valían en dinero. Esta mujer hubiera vendido a Jesucristo y a la Virgen y a los doce apóstoles; varias veces había hecho ya penitencia, echando fuera del campamento incluso a latigazos a las mujeres públicas y contratando otras nuevas al día siguiente. Ella tenía necesidad de Alix, pues desde hacía algún tiempo había cogido el mal de ojo y los clientes con quienes se ponía en relación morían la misma semana. Así pues, las gentes se dirigían a ella, como a la de más edad, y era Alix la que hablaba.

Algunos peregrinos iban a su casa y en ella encontraban lo que buscaban, y Alix dirigía la danza pero ella casi no danzaba, pues es preciso decir que ya no tenía un cuerpo de dieciocho años y temía una afrenta y que cualquier bromista la tratara de sepulcro blanqueado.

En la iglesia rezaba con fervor golpeándose el pecho como el publicano de la parábola, de tal forma que las gentes decían: verdaderamente, esta mujer de mala vida tendrá quizá un lugar mejor en el Paraíso que muchas mujeres honestas...¡Rezad por la pobre Alix, cristianos, Alix la de los Treinta Escudos, Alix la de los Treinta

Denarios!

La que por orgullo ha traicionado al Señor y ha intentado ataviarse con una corona que no le correspondía. ¡Y la que renunció a unos pobres pecados de mujer ligera para llegar a correr en esta ciudad con el cuchillo en la mano al lado de los degolladores!

¡Rezad cristianos por los que no saben lo que hacen y más aún por los que saben lo que hacen! No basta sufrir durante tres años ni soportar la sed y el hambre y el miedo, ni ver morir a los amigos más queridos, no basta pasar por el infierno del pecado y la alegría del perdón, rezad cristianos para que Alix viva muchos años rica y honrada y gane

la tierra ya que no quiere ganar el cielo. Pues es un gran honor, para ti Alix Malaboca del arrabal de Arras, un gran honor poseer el más bello prostíbulo de la santa ciudad de Jerusalén.

Santiago había ido a la casa del caballero de Vireleu con su caballo, un animal pequeño y esbelto de pelaje marrón oscuro; sobre el caballo había instalado a la sacerdotisa y al niño y los hatillos; le seguían los tres lacayos. Elías y Mardoche lo estaban esperando en la puerta cochera del patio. —¡No te preocupes, Picoso, un hombre tan fuerte como tú hasta el mismo duque lo aceptaría! Mardoche, un poco intimidado, se esforzaba por mantenerse

tranquilo y, con los labios apretados, comprobaba la cuerda de su arco casi tan largo como él; en la espalda llevaba un saco lleno de flechas recogidas por todas partes y recompuestas. Que me hagan tirar a una diana, ya verán. ¡Una flecha en el ojo a cincuenta pasos!

En el patio, mezclados con los soldados y los palafreneros y con los caballos que llevaban a beber, los hombres de Arras se apretaban unos contra otros como si tuvieran miedo de perderse. Pedrito, en los brazos de la sacerdotisa, daba gritos de guerra. ¡Qué niño más guapo, decían los soldados, es un verdadero hijo de conde!

Qué niño más guapo, dijo el



caballero de Vireleu. Se hubiera merecido nacer de un caballero.

Si Dios quiere, dijo Santiago, llegará a ser caballero. ¡Es un buen oficio!

El otro rió. ¡Y yo que lo creía peor que el de zapatero! ¿Así que a ti te parece bastante bueno para tu hijo?

Santiago se puso colorado, sintiendo que había dicho una tontería, y se puso más colorado todavía por haberse puesto colorado. —Seguro que será caballero, dijo, y se casará con Ondina, la bien llamada, la que vivía en las habitaciones de las damas de Boulougne. Pero los caballeros no conocían las historias de las gentes

pobres. Santiago se encogió de hombros, tímidamente, y no dijo nada.

María miraba las estrellas que, a través de las lágrimas, se convertían en enormes bolas de fuego. Le dolía tanto todo el cuerpo que no pensaba en nada. La habían apaleado y la habían arrastrado por las piedras con unas cuerdas. ¡Oh Jerusalén!

La noche era fría y las mujeres acostadas por el suelo se apretaban unas contra otras. Demasiado doloridas para lamentarse. Perdidas en medio de montañas negras que de repente se habían vuelto tan salvajes, tan extrañas. Un encantador había cogido a las pobres mujeres para transportarlas a mil leguas

de Jerusalén a un país maldito, en una noche, mil leguas o mil años, como en las viejas historias contadas al amor de la lumbre. ¿Cómo harán nuestros hombres para liberarnos? ¡Una sombra negra y quejumbrosa se inclinaba sobre ellas, oh Dios, es un alma difunta! No, soy Artemisa, hermanas, la mujer de Mateo el de Juan Marcos. Gracias a Dios no me quisieron porque estoy embarazada.

La armenia se sentó en el suelo y se puso a rezar suavemente, en su lengua. Nadie se atrevía a preguntarle: ¿y Lidia?

Junto a los camellos acostados los hombres habían plantado sus tiendas ligeras. Y de allí salían gritos de

mujeres y gruñidos de fieras, estaban violando a las cristianas. Esos beduinos habían cogido para ellos a las mujeres que eran de Armenia y de Siria, dejando a las demás porque les parecían demasiado sucias. Pues muy bien se dice en los campamentos: ponte guapa para los turcomanos, ponte fea para los beduinos. Eran comerciantes de esclavas, no mataban a las mujeres.

Doloridas, temblorosas de fiebre — pues la brutalidad con que fueron raptadas es como para revolverle a uno la sangre—, ¡oh los pobres hombres decapitados, todo es tan rápido, sus espadas cortan como cuchillas de afeitar, qué pena fray Imberto un hombre

tan santo y que apenas tuvo tiempo de invocar el nombre de Dios —¿quién lo sabe?— no, justo tuvo el tiempo de gritar, como un hombre horrorizado—, oh los pobres hombres, esos beduinos odian a todo lo que lleva barba, desde que los peregrinos cruzados están en el país!

—¿Y nosotras, hermanas? —He aquí lo que hacen, decía Honorina, llevan a las mujeres a la ciudad y las ponen en la plaza del Mercado, en un recinto. —Ya lo sabíamos. ¿Y qué más?... Nuestros hombres no nos encontrarán. Tienen otra cosa que hacer, están preocupados por la gran batalla.

Todo el ejército de Egipto marcha

sobre ellos.

¡Señor, que yo me quede cautiva para siempre y que Santiago salga vivo de la batalla! Que estés vivo Santiago, que no te hieran, me da lo mismo que me vendan en el mercado.

Santiago

eres tan hermoso eres bueno como el sol no me han violado tal vez no lo hagan no tengas miedo por mí Santiago. —Santiago yo sé que tú estás protegido los sudaneses no podrán nada contra ti. Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pobres pecadores, protege a nuestros hombres en la batalla. Debemos pagar amigas, viendo nuestras desgracias tal vez Dios tenga compasión

de nuestros hombres. Tonta, dijo Rufina, ¿te crees que Dios lleva la cuenta de todas nuestras desgracias? ¿Qué le hubiera costado protegernos a nosotras también y a fray Imberto que le rezaba noche y día? Las mujeres pensaban me duele tengo frío tengo sed, pero no lo decían, estaban acostumbradas. Tan cansadas que ya ni siquiera tenían miedo. De madrugada los beduinos se habían postrado golpeando el suelo con la frente y las dos manos y cantaban en alto sus oraciones.

Las mujeres, con la cabeza hinchada de sueño, no se daban mucha cuenta de donde estaban, empezaban a levantarse unas tras otras, eran unas treinta,

acostadas en grupos de cinco o seis, sobre la arena del torrente seco, en un bosquecillo de sauces de ramas muertas. El cielo estaba de un blanco resplandeciente y ellas se veían grises, sin color, más estropeadas que el ramaje de los sauces. Tenían tan seca la garganta que apenas podían hablar; voces cascadas, sofocadas. *Ave Maria gratia plena Dominus tecum ora pro nobis peccatoribus*, al ver postrados a los beduinos, las mujeres pensaban tenemos que postrarnos nosotras también, que no nos tomen por descreídas. Amigas, recemos. A lo mejor por odio a Jesucristo nos matan. Todas se arrodillaban, haciendo la señal



de la cruz, demasiado angustiadas para rezar.

El sol se levantaba como todos los días y las montañas se parecían a las que rodeaban, no había nada más parecido. Esos hombres de barba negra vestidos con albornoces y esos camellos acostados junto a las tiendas, y el lecho seco del torrente, todo eso parecía chato, inconsistente, como las imágenes que se ven en sueños, solamente la sed y el dolor en los miembros eran algo verdadero. Al cerrar los ojos, las mujeres podían creer que estaban todavía al pie de las murallas de Jerusalén o en cualquier otro sitio por el camino entre Belén y Jerusalén. ¡Si por

lo menos pudieran oír los ruidos familiares del campamento, cantos, injurias, voces de hombre hablando una lengua verdadera! Esos beduinos no eran mala gente, daban de beber tan buenas raciones que a las mujeres se les apretaba el corazón: ¡tener que beber todo a la vez, pues no había ni odres ni cantimploras, y no poder guardar un poco para el mediodía! También les dieron a roer huesos de cordero donde quedaban bocados enteros de carne.

Amigas, seguro que quieren engordarnos para que sea más agradable violarnos. Las sirias habían vuelto, aunque no todas. Dolientes y quejumbrosas, tapándose la cara con las

manos. Las otras mujeres las consolaban, no es una vergüenza, es un martirio sufrido por Jesucristo. ¡Sí, qué martirio, hermanas, dar a luz es menos doloroso, esos hombres son animales feroces! Nosotras os llevaremos, decían las francas, os arreglaremos unas hamacas con nuestras capas, las que pueden andar que se apoyen en dos compañeras.

Bueno pues, se puede creer o no, pero no tuvieron que andar, las alzaron sobre los camellos y las ataron con unas tiras de tela. Esos animales se inclinaban tanto que parecía que iban en barco y les entraba el vértigo, el sol les daba en la cabeza, las piernas y los

brazos se les entorpecían y se les hinchaban, bajo un cielo demasiado azul las colinas grisáceas se inclinaban por todos los lados como olas gigantes.

Aquella tarde, entre un cielo rojo y unas colinas anaranjadas, vieron a otro grupo de beduinos que llevaba a unos hombres atados a una cuerda larga detrás de los camellos. Bastaba con mirarlos: no eran cristianos cruzados; eran unos hombres de piel morena, de estatura pequeña, medio desnudos, con turbantes blancos en la cabeza, barbas puntiagudas y bien recortadas.

Fue allí donde las cautivas se enteraron de la gran noticia. Tiradas por el suelo detrás de los camellos,

suplicaban a las sirias: escuchad lo que dicen esos hombres y de dónde vienen, deben de ser soldados. En el grupo de mujeres había algunas sirias de Antioquía que hablaban bastante bien el francés. Estaban muy excitadas, ¡hermanas hermanas, son fugitivos de la gran batalla, creo que dicen que no se han salvado muchos! ¡Que los nuestros son más espantosos que demonios, que han hecho una carnicería como nunca han visto y que han ahogado al ejército del visir en el mar! ¡Que han entrado ya en la ciudad de Ascalón! Las mujeres no se atrevían a creer que pudiera ser verdad.

Amigas, no deis tantos gritos de

alegría, se van a vengar. Pero era difícil contenerse los gritos de alegría. ¡Señor Dios que eres verdaderamente Dios de los ejércitos! Tú no abandonas a Israel, muy pronto los nuestros llegarán hasta Damasco y Basora, todos los cristianos serán liberados, que Dios bendiga a nuestros buenos caballeros, a los santos, a los valientes.

¡Señor que nuestros hombres hayan salido indemnes de la batalla!

Quizá, hermanas, no lo sabremos hasta el Paraíso.

Cuando estemos muertas y ellos también.

¡Loca, vas a callarte! Si Dios quiere irán hasta Bagdad. ¡Ya no habrá ni un

solo cristiano prisionero! Las mujeres bebían agua amarga y templada que olía a orina de camello y se extrañaban de la bondad de esos beduinos, ¡en verdad durante el asedio nuestros caballeros no tenían ni eso para beber! —Ánimo, amigas, quizá sea una buena señal y mañana acamparemos cerca de un verdadero pozo de agua buena. O cerca del Jordán.

A unos cincuenta pasos, los cautivos del otro grupo, sentados en filas de cebollas pues estaban atados todos a la misma cuerda, se pasaban el odre de mano en mano, y bebían soplando tan fuerte que las mujeres podían oírlos. ¡Parece que esos tienen sed! Desde

luego esos musulmanes son malos cristianos hacen prisionera a la gente de su propia fe, soldados que han tenido ya bastantes desgracias. Los beduinos hacen dinero con todo, por eso nos dan de beber, para que nos pongamos más guapas y vendernos más fácilmente.

Las mujeres recitaban las oraciones de la noche, no había que olvidarse de dar gracias a Dios por la victoria, pues seguramente era verdad —seguramente— ya se sabe lo que son las palabras de unos fugitivos, a lo mejor no saben más que nosotras. —Sí, sí, lo oí muy bien, los beduinos lo saben también. Mataron o ahogaron a todo el ejército allí mismo. ¡He aquí lo que decían que los rumies



llegaron tan de prisa que algunos creyeron que un rayo caía sobre la tierra!... ¡Oh Señor Jesucristo que en vuestra gran bondad habéis socorrido a Israel y habéis dispersado los ejércitos del Faraón! ¡Honor y gloria por los siglos de los siglos, gracias os sean dadas Señor, Vos que no dejasteis que la vergüenza cayera sobre nuestros amigos!

Seguro, dijo Honorina, que si mi Pedro hubiera muerto lo hubiera sabido, el cordón que llevo en el cuello se hubiera roto. —Es un pecado, dijo Luciana, yo preferiría no saber nada a atarme a un sortilegio. —No dirías eso si amaras a tu Guillermo. —¿Y qué?, dijo Luciana. ¿Y qué? Yo amé a mi

primero, Guillermo es el tercero. Honorina dijo: Pedro también es mi tercero. —Honorina, dijo María, ¿cuántos años dura el cordón? —Tanto como el amor. Ha sido trenzado con nuestro pelo y mojado en la sangre de un pichón y de una paloma matados a la vez; y ha sido salado con las lágrimas de los dos mezcladas, a medianoche, en una noche de luna llena. Y mientras dura el amor el cordón vive, si uno muere el cordón se romperá solo y se retorcerá como una serpiente. Y si el amor desaparece el cordón perderá su color y se volverá áspero como el cáñamo. —A mi me daría demasiado miedo, dijo María. Yo prefiero seguir rezando por

un vivo.

...¿Sabéis que los chacales son niños degollados, muertos sin bautismo?... Por eso lloran por la noche. ¿Entonces habrá muchos chacales este año por aquí? ¿Y cuándo muere un chacal? —Entonces van al cuerpo de otros chacales. Es como las lechuzas en nuestro país, son las viudas muertas de tristeza maldiciendo a Dios. —¿Supersticiones! ¿Cómo un alma cristiana podría estar en el cuerpo de un animal o de un pájaro? ¿Y por qué no de una mosca? —No, sólo en todo lo que tiene sangre caliente. Tantas almas pecadoras se pierden así en cuerpos de animales que algunos dicen que comiendo vaca se corre el

riesgo de comer carne de hombre.

—Dicen eso los herejes, que no creen en la santa comunión.

—Al fin y al cabo, tal vez sea verdad, dijo María, escuchad los chacales. Da pena oírlos. — Seguramente que es verdad, la prueba son los duendes. Un primo de mi madrina era uno de ellos; sí, después de su muerte vimos a un lobo viejo rodar alrededor del aprisco del pueblo, días y días, intentando entrar en las casas y nadie se atrevía con él. —¿Y qué más? El cura lo roció con agua bendita. Él se puso a chillar con una voz humana y huyó de allí para no volver más. Pero no era un hombre malo, es justo decirlo.

...Si nos volvemos golondrinas, quizá vayamos a nuestro país, dijo Rufina... —Algunos dicen que eso es el purgatorio, para las almas que cometieron pecados mortales sin saberlo... Yo, decía Rufina, escuchadme bien, amigas, yo no he robado jamás su ración de agua a nadie, pero durante el asedio iba a ver a los soldados brabanzones y me acostaba con ellos detrás de las máquinas, el agua que me daban la repartía con Guillermo. —¿Qué cosa no haría una por agua? Muchas habrían hecho lo mismo, sólo que no lo pensaron, sencillamente. — Precisamente, hermosas, yo sí lo pensé... —Escuchad esto: en Antioquía nunca

hubiéramos resistido si no hubiera tenido agua. Cuando estábamos encerradas en la ciudad, después de la muerte de Isabel, durante dos días enteros no tragamos otra cosa que agua. Con agua se puede vivir hasta cuarenta días. Si se sabe beber. —Juan el Pelirrojo el padre de Mardoche se murió por haber bebido demasiado de prisa. ¿Te acuerdas, María, cómo imitaba todos los cantos de los pájaros y lo que nos reíamos?

Las mujeres hablaban en voz baja, apretándose en sus capas —si por lo menos nos dejaran hacer una hoguera—, hablaban como no habían hablado nunca, Dios sabe por qué, con una ternura que

de las palabras más fútiles salía como una música suave. No estaban ni tristes ni alegres, les parecía que estaban en otro mundo, que esa noche no debería terminar nunca y que ni siquiera se darían cuenta, como ese hombre que en el bosque oyó el canto de un pájaro y, de vuelta al pueblo, vio que habían pasado cien años, sus hijos habían muerto de viejos desde hacía tiempo...

Esos beduinos dormidos, esos camellos acostados sobre unos montones de sacos, convertidos desde hace años en polvo y esqueletos, mil estrellas nuevas en el cielo..., si pudiéramos dormir.

Hemos dormido con noches más

frías. —¿Será el miedo? —Hemos visto cosas peores. Ya veréis. Por la mañana, frotémonos las mejillas con tierra y saliva para que nos vean muy feas. —... ¿Sabéis una cosa?, a las mujeres vendidas a un harén las bañan durante tres días y las lavan las lavan, las frotan como cacharros de cobre, les quitan todos los piojos, las rocían con aceite, las ceban ¡y la más puerca se pone guapísima! ¡Qué hombres más viciosos! Según dicen una chica se tiró incienso ardiendo por la cara y la castigaron a muerte por eso. —Entonces ganó el paraíso. ¿Te atreverías tú, Artemisa?... No, que la Madre de Dios me preserve. Una no puede destruir su propia cara, si



no Dios no me reconocería en el Día del Juicio.

De madrugada, tuvieron que andar detrás de los camellos de dos en dos; mientras marchaban iban cantando para darse ánimo. Pues esas canciones de marcha hacían casi olvidar que ese viaje no era como los demás. Que faltaban las voces de los hombres y el rechinar de los ejes y todo el tumulto indiferenciado y caliente de la tropa en marcha, esos beduinos eran unos tristes compañeros, silenciosos como la muerte, excepto cuando pasaban al ataque. Y los soldados egipcios no debían estar como para cantar.

¿A qué país nos llevan? Según la

dirección del sol probablemente nos  
llevan a Damasco. ¡Pero seguramente no  
es una ruta para grandes caravanas! ¡Un  
arroyo seco, lleno de guijarros y de  
zarzas polvorientas, algunos buitres  
planeando en el cielo, dentro de poco  
estaremos en el gran horno caliente, las  
piedras empezarán a crujir de calor!

*¡Jerusalén la tan amada*

*la tan deseada la tan llorada*

*...la que echamos en falta, de  
nosotras separada!*

*...Ya no sabemos ni el día ni el año*

*cuando volveremos a ver la puerta  
dorada,*

*ni el Santo Sepulcro donde empezó*

*nuestra vida.*

*¡Por Santa María la Reina  
coronada*

*que dando a luz Virgen es honrada,  
y por todos los santos de corona  
dorada*

*muy loco será quien envidie nuestra  
vida!*

Con el calor las voces se volvían roncadas, el aire que se metía por las bocas estaba ardiendo como la arena caliente, ánimo, en Anatolia era peor, vosotras, sirias, no sabéis lo que es.

Las caravanas hicieron un alto en un lugar agradable, donde crecían los cipreses y los olivos y las palmeras, un

pueblo abandonado se desparramaba por la falda de una colina. Cerca de un pozo, uno de los hombres hizo saber a las mujeres por señas que debían sacar agua para dar de beber a los animales. ¡Qué felicidad, sacar agua! No se lo hicieron repetir, en seguida cogieron odres, cantimploras, cubos, todo lo que les daban y echaron a correr hacia el pozo, rogando a Dios que los campesinos, antes de huir, no lo hubieran llenado de carroña. Pero no, esos beduinos conocían el país. ¡Venga, hagamos la cadena, todas en fila, menos dos para dar vueltas a la polea y otras dos para relevarlas y colgar los cubos, la polea está dura! Los camellos

primero, después los caballos, los hombres después de la oración de la noche.

El sol desaparecería ya por el mar, llevándose el calor, pero el aire estaba pesado y las copas de los árboles se inclinaban hacia el norte de manera amenazadora y el cielo estaba más rojo que de costumbre. Si el viento del sur se pone a soplar tardaremos ocho días (¿dónde estaremos dentro de ocho días?). Las mujeres sacaban agua, luchando contra la languidez que les ponía pesados como el plomo los brazos y las piernas. Todas, antes de pasar el cubo a la vecina, metían las manos en el agua y bebían un trago en el hueco de las

manos, rápidamente, no se atrevían a beber más, pues esos beduinos que ni siquiera se dignaban hablarles, las intimidaban, ¿acaso se sabe lo que esas gentes hacen a las esclavas que se retrasan bebiendo en pleno trabajo?

Lo que ellas sabían es que esas gentes las consideraban como animales, menos valiosas que los camellos aunque superiores a los corderos. Todas conocían bien la tarea del agua y hay que decir que los beduinos, acurrucados a la sombra de los cipreses, les miraban con una mirada descuidada, pero sagaz, diciéndose que los francos amaestran bien a sus esclavas, que cada una de esas mujeres valía casi tanto como una

negra del Sudán. Pero que esos seres inhumanos trataban a sus sirvientas como no se trata a los animales, pues esas mujeres estaban visiblemente acostumbradas al hambre y a la sed y a los golpes, y vivían en la miseria más vergonzosa. Para que tuvieran un aspecto presentable sería necesario que los comerciantes de Damasco las pusieran a remojo en agua durante horas y horas. ¡Pero era buena mercancía, que Dios confunda su fe!

Las mujeres seguían allí, junto al pozo, asomándose a él, por turnos, para aspirar el frescor y el olor de musgo y de moho que salía de él, un olor tan suave que les hacía pensar en los pozos

de la infancia. Por una vez la tarde no estaba fresca, detrás de la colina se veían ligeros torbellinos de arena fina y dorada, como nubecillas sobre el cielo blanco, beber es una alegría tal que una madre que vuelve a ver a su hijo pequeño no es más feliz. ¡Oh el agua fresca que hace correr la alegría del Paraíso por todo el cuerpo! ¡Ojalá todas las paradas fueran así!

¿Qué había pasado? Una de ellas se echó a reír, sabe Dios por qué, por una broma estúpida, pero que en realidad no era estúpida pues al repetírselo, dos o tres más, luego diez, luego todas soltaban la carcajada y se reían incluso sin saber por qué, y cuanto más se



contenían la risa —pensando que era un pecado reír en su situación y que los beduinos iban a castigarlas— cuanto más se contenían la risa más reían, de tal forma que al cabo de cinco minutos, todas las mujeres, incluso las violadas, se reían a carcajadas, con hipidos y cloqueos, y al oírse a sí mismas reían todavía más, retorciéndose, ahogándose, sujetándose la barriga...

Cuando recuperaban la respiración, se mordían los labios, se secaban las lágrimas, cada una miraba a su vecina y otra vez soltaban una carcajada más fuerte, ¡no hermanas, dejemos de reír, pensemos en Dios!... ¡en cosas tristes! Después una de las sirias, recobrando la

respiración, gritó: ¡la primera estrella, ahora van a hacer sus oraciones! Entonces, sabiendo que tenían que callarse a toda costa, las mujeres se calmaron un instante, después —con la ayuda del demonio— se volvieron a mirar unas a otras, agotadas, temblorosas, y todas se echaron de nuevo a reír con una risa tal que los camellos levantaron la cabeza y se pusieron a bramar. Y verdaderamente era la hora de la oración.

Un beduino, viejo y gordo, armado con un látigo, se dirigió hacia donde estaban las mujeres —no les habló, como siempre, cuando esas gentes hablan con sus animales, cuando él sabía

que varias de entre ellas comprendían el árabe— tan grande era el desprecio de esas gentes por las mujeres cristianas —, no les habló sino que hizo silbar el látigo, las cautivas bajaron la cabeza y se aplastaron tanto como era posible, el látigo arañó algunas espaldas, arrancó algunos tocados, las mujeres ya no reían y la mayoría se retorcían entre convulsiones y lloros entrecortados de hipidos. Así se quedaron todo el tiempo que duró la oración de los hombres, acurrucadas, postradas por tierra, ojos cerrados y labios apretados, ahogándose por el esfuerzo que hacían para estar tranquilas.

De tanto reír se llega a llorar,

algunas lloraban ahora, otras rezaban, ¡amigas quién lo hubiera creído, que tengamos que forzarnos a pensar en cosas tristes!, ¡quién sabe cuándo volveremos a tener ganas de reír! No se atrevían a mirar a los hombres, que en ese momento bebían y comían, cambiando palabras breves entre ellos. Seguro que si los miramos nos entrarán ganas de reír otra vez y no es ni decente ni prudente. ¿Y si después de haber comido les entran ganas de violarnos, y creen, al vernos reír, que somos poco ariscas? Mejor es que lloremos. ¡Quién sabe cuándo —y quién sabe cómo— quién sabe si alguna vez —si alguna vez — volveremos a ver —si alguna vez—

ay Dios si no es la última vez que reímos!

¡Mujeres sin corazón, que hemos perdido quizá a nuestros hombres en la batalla! Mujeres sin corazón, ¿y Jerusalén? ¿Y nuestra libertad? ¡¡¡Pero no es cierto, eso no puede ser cierto!!!

¡Santiago!

María se había puesto a chillar la primera. Un solo y único grito. Santiago. Pero era el grito de una persona a quien ponen un hierro al rojo vivo en el vientre, el grito que nos sale del cuerpo antes mismo de haber sentido el dolor. Acostada sobre la espalda, golpeándose la cabeza contra las piedras, María gritaba, después otras se pusieron a

gritar también y a sollozar. ¡Que vengan a matarnos, que hagan correr a los camellos sobre nuestros cuerpos! ¡Cualquier cosa es mejor, ay Dios no es cierto no es cierto que nos llevan de verdad, que no volveremos a ver a los nuestros!

¡Santiago! ¡Santiago! ¡Ven a buscarme, encuéntrame si me quieres, no me dejes no me abandones quiero verte quiero vivir! ¡Santiago, Pedro, no es posible eso no es cristiano, Dios no lo permite Santiago! ¡Pedro! ¡Pedro!

¡Escapémonos o tirémonos al pozo! ¡Escapémonos, que nos maten, que nos violen, Honorina, Rufina, Artemisa, hermanas, nosotras somos inocentes no

hemos degollado a nadie entonces ¿por qué? ¡¡¡por qué!!!

Los beduinos, endurecidos contra los gritos y los sollozos de los cautivos, escuchaban sin embargo con sorpresa a aquellas mujeres desencadenadas de repente, que hasta entonces habían parecido tranquilas; dos de ellos se levantaron, de mala gana y con repugnancia, no era agradable estropear a latigazos a unas esclavas que pensaban vender en la etapa del día siguiente. El látigo fue un buen remedio, algunas mujeres chillaron de dolor durante un instante, las otras se callaron y ahogaron sus sollozos mordiéndose los brazos. Después se durmieron, poco a poco, con

el sueño de un borracho, tan pesado que hubieran podido violarlas diez veces sin despertarse. Por otra parte nadie pensaba en violarlas, pues incluso esos beduinos, por cuyas manos habían pasado centenares y centenares de esclavas, experimentaban aquel día un vago sentimiento de compasión.

Todas aquellas mujeres eran jóvenes —entre dieciocho y veinticinco años— vivas como perros vagabundos, salvajes e ignorantes —y en sus países abandonados de Dios donde jamás la luz de la verdadera religión había penetrado las mujeres eran tratadas con tanto desprecio que no les enseñaban las leyes más sencillas de la decencia—



pero ya se sabe que las gentes de esos países son como niños, crédulos, temerosos, prontos a los gritos y a las lágrimas, incapaces de entrar en razón. Al alba los emisarios de los comerciantes de Damasco estaban a la cita y discutían sobre el precio de la captura, aquellas mujeres, una vez bien limpias, valdrían tres veces más el precio exigido, incluso cuatro veces más; jóvenes, sufridas, rápidas en el trabajo, pudiendo reemplazar con ventaja a los eunucos en los trabajos de los harenes.

Las despertaron a garrotazos, pues las gentes de Damasco eran menos orgullosos que los beduinos y no

dudaban en sacudir a aquellas criaturas si tardaban demasiado tiempo en levantarse, sí, eran altas —esbeltas, piernas musculosas, hombros fuertes—, demasiado delgadas pero verdaderamente jóvenes hasta tal punto que algunas tenían todavía los pechos en buen estado; aunque todas, salvo las sirias de Jerusalén, hubiesen pasado realmente hambre (la mayoría de las francas tenían los dientes descarnados y dos de ellas ni siquiera tenían dientes); pero se habían restablecido bastante bien y, aunque delgadas, estaban sanas; la piel, muy estropeada, podía volverse lisa en unas semanas, aparte las cicatrices. Curioso, el intérprete (un

eunuco, antiguo soldado que había sido prisionero de los normandos) preguntaba qué eran aquellas cicatrices, hablaba tan mal que las mujeres fruncían las cejas y meneaban la cabeza; después, cuando por fin comprendían, se encogían de hombros, las flechas, desde luego, ¿qué querían que fuera si no?

Horrorizadas más que avergonzadas, las francas se defendían del eunuco que las quería palpar; sin hablar, apretando los codos contra el cuerpo con una mala voluntad desabrida. Las sirias se ocultaban la cara entre las manos y lloraban. El intérprete preguntaba a las más jóvenes si eran vírgenes. —¡No, casadas, todas casadas, ni solteras ni

viudas! Seis normandas del grupo de mujeres adivinaban mejor que las demás lo que les decía el intérprete; y una de ellas, que no tenía pelos en la lengua, se colgó del brazo del hombre y se puso a hablarle, diciendo que ellas no eran mujeres corrientes sino mujeres piadosas, muy apreciadas por las gentes del ejército y que seguramente darían por ellas un buen rescate en Jerusalén.

Que sus maridos eran unos soldados valientes, que tenían dinero. El intérprete, hombre de cara seca y blanda, con un turbante azul en la cabeza, estaba apurado, escrutando la mirada de las demás mujeres, pues en realidad no comprendía nada porque la

normanda hablaba muy de prisa. Adivinaba que le hablaba de rescate, pero estaba acostumbrado a los cuentos de los cautivos pobres. Si aquellas criaturas estaban realmente casadas, sus maridos debían ser el desecho de la humanidad para dejar a sus mujeres errar por las carreteras, con el ejército, descalzas y con las caras descubiertas, como pordioseras.

Los beduinos regateaban. Las mujeres, adivinando aproximadamente de lo que se trataba, comenzaban a sentir separarse de los beduinos y les invadía un miedo sordo y callado, como si al cambiar de manos fueran todavía más prisioneras y que cada nueva etapa hacia

lo desconocido las hundiera más profundamente en la desgracia. Ay Dios, los beduinos nos habían visto libres, caminando por el camino, lucharon con los hombres de retaguardia, les cortaron las cabezas, ya se sabe lo que son los beduinos

es para vendernos ¿a quién, cómo, para ir adonde? Damasco que estaba a diez días de camino de Jerusalén se convertía en el país del otro extremo del mundo del que nadie regresó jamás, la fortaleza encantada adonde no lleva ningún camino, la ciudad donde ya no hay hombres —donde ya no hay hombres sino sombras y fantasmas, si abren la boca las palabras no salen, los sonidos

no entran en los oídos— donde todo puede ocurrir y donde nada de lo que ocurre tiene importancia... Y cuando os elijan como esposas favoritas de un príncipe u os desollen vivas en la plaza pública, eso no tendrá importancia para nadie y nadie lo sabrá jamás ¡hermanas hermanas que no nos separen, que nos manden a trabajar juntas en las minas de sal! ¡Que nos encierren a todas juntas en un burdel de soldados! ¡No hay ni vergüenza ni miseria cuando se comparte la desgracia, si ellos no nos separan nosotras rezaremos por ellos!

Y para luchar contra el frío que les invadía el corazón se apretaban unas contra otras, repitiéndose locamente

palabras de amistad, palabras tiernas que hacía unos días casi no tenían tiempo de pronunciar, ¡digámosle que es la costumbre de nuestro país, que debemos estar siempre juntas, que así como el buey sin su compañero muere así moriremos nosotras si nos separan unas de otras!

Así hicieron el camino hasta Damasco, agarradas unas a otras por racimos de cinco o seis, hablando poco y evitando mirar a los hombres que las llevaban como si a fuerza de ignorarlos ellas pudieran hacerlos desaparecer. Los soldados egipcios, vendidos como ellas, iban delante, con los pies atados, la cabeza baja, apretados también en



grupos pequeños, temiendo probablemente también que los separaran.

¿Tienes visiones, María? ¡Oh, no, estamos ya demasiado lejos de las iglesias de Dios! No tengo más visión que una enorme luz blanca, como una luna que se hubiera vuelto tan grande como el cielo. ¡Y nada dentro, ni ángeles ni animales ni hombres, una tristeza blanca y vacía, tan grande como el cielo!

*El corazón me arde tanto que quisiera olvidar hasta el rostro de Pedro y convertirme en una bestia bruta... Si intentamos evadirnos, a lo mejor nos matan y entonces nuestras*

almas volverán a Jerusalén con los nuestros. —Qué te crees tú eso, no nos matarán, ¿acaso se mata a los corderos porque quieren escaparse del aprisco? Las mujeres andaban sin tener fuerzas para cantar, aturdidas, extrañadas de no sufrir demasiado, casi felices puesto que lo peor no había llegado todavía puesto que tal vez podrían seguir viviendo así días y días. ¿Lo peor? ¿Qué sería lo peor? ¿Damasco? ¿El mercado de esclavos?

¿Unos amos? ¿Un harén? ¿Minas o trabajo en el campo o un taller?... ¿Un burdel?... ¿Y si para vengar a las mujeres de Jerusalén nos compraba cualquier musulmán para torturarnos? ¿Y

si quisieran obligarnos a escupir sobre la cruz? ¿A dejarnos violar por burros o perros? ¿Y si nos obligaran a comer carne de cristianos?... —¿Y si, amigas, y si los hechiceros nos dieran de beber un filtro y nosotras nos olvidáramos de todo y nos enamoráramos locamente de los paganos y nos metieran en piscinas llenas de perfumes?... ¿Y si por casualidad Dios toca el corazón de un hombre rico que, por compasión, nos compra para enviarnos a Jerusalén?

¿Y si Dios inflama de celo el corazón de nuestros barones y de nuestros reyes y vienen para tomar Damasco y liberarnos?... Qué historias más bonitas podemos contarnos, Dios

mío, veremos entrar el ejército del duque Godofredo y del conde de Toulouse y del duque de Normandía en Damasco y andar por las calles con la espada en la mano, enviando por el aire cabezas y brazos cortados... *¡Amigos, amigos, nosotras somos las esclavas cristianas, gracias a nuestras oraciones os hemos obtenido esta victoria!*

...Los musulmanes son crueles con las mujeres, las encierran en las casas y en los patios, sólo los hombres se pasean por las calles —¡amigas, son tan crueles que cuanto más rica y honrada es una mujer la dejan menos en libertad, y si por casualidad las dejan salir de su

casa las llevan en jaulas cerradas por todos los lados! Si nos venden por separado ni siquiera podremos vernos en la plaza del mercado.

Y aunque supiéramos árabe, ¿cómo podríamos evadirnos? Las gentes de aquí son todos morenos y las mujeres pequeñas... Si nuestros hombres se apoderan de Damasco tendrán que registrar casa por casa.

¡Y cuando vengán, amigas, ese día, cuando hayan puesto el pie en la ciudad, cada una cogeremos un hurgón o un caldero o una horca!..., cogeremos hachas de las cocinas y les cortaremos las cabezas...

*Quien deje vivir a los traidores  
malditos*

*escupe a la cara de Dios Jesucristo,  
quien quiera tener la alegría y el  
perdón*

*debe guardarse de toda traición.*

*¡¡Nunca ningún francés aceptará  
un rescate!!*

Aquí hay un hombre que comprende  
nuestra lengua, ¿qué estáis cantando? Es  
una canción de hombres. —¡Que nos  
haga callar si se atreve! ¡Jerusalén!

*¡Jerusalén la tan amada, la tan  
vengada,*

*Jerusalén a los paganos tomada*

*a los cristianos regalada,  
a los cristianos dada  
por más de un año de vida!  
¡Por mil años dada  
a los hombres de Francia  
a las gentes de Provenia  
de Brabante, de Flandes  
y de Picardía!*

¡Si crees que ese hombre se preocupa por lo que estamos cantando! El hombre no se preocupaba, no escuchaba las palabras, pero pensaba que esas esclavas, en efecto, valían un buen precio, bastaba con amaestrarlas bien. ¡No les faltaba corazón!

María fue vendida la primera.

Todas se habían quedado inmóviles, sentadas en el suelo polvoriento cerca de las arcadas del gran caravasar, en un recinto delimitado por cadenas y vigilado por perros. Con los pies atados. Oyendo el cacarear de las aves, el pisoteo de los corderos, los ladridos de los hombres que se apretujaban en la plaza y, la más fuerte de todas, la voz del comerciante que no paraba de discutir con los transeúntes, haciendo grandes ademanes, levantando los brazos al cielo, saludando, sonriendo, meneando la cabeza, un verdadero titiritero.

Los transeúntes se acercaban, miraban pensativamente al grupo de



mujeres —sí, mujeres extranjeras, no se veía muy a menudo un lote así a la vez, ni tan curtidas—, con frecuencia, era la captura de piratas, de buena condición, bien alimentadas; éstas, delgadas, morenas, dientes descarnados, parecían tener únicamente de su sexo el mentón lampiño, pues en esos países, en los países cristianos de Occidente, incluso los hombres llevaban a menudo trenzas y las mujeres se descubrían la cara sin pudor.

Las mujeres no hablaban. Era el primer día, estaban intimidadas, vagamente humilladas de verse expuestas así como ganado, les habían explicado sin embargo que no serían

maltratadas, que los verdaderos creyentes cuidaban bien a sus esclavas, que no les obligarían a renunciar de su fe. Que en Damasco había muchas iglesias cristianas, que a lo mejor serían compradas por amos cristianos. Decían eso para que estuviéramos tranquilas.

María, por encima de la cadena del recinto, miraba la plaza. A unos pasos de allí, unos niños pequeños jugaban con un enorme perro negro, unos niños desnudos muy guapos que reían a carcajadas, el más pequeño no tenía mucho más de dos años y su voz era muy parecida a la de Pedro, ¡si su pelo fuera blanco y no castaño, Dios mío, cómo se ríe, parece un jilguero! Algunas madres

en su dolor odian a los otros niños, algunas se encariñan con todo lo que se parece un poco a aquél que no pueden ver con sus ojos, la alegría de los ojos reemplaza por un instante la del corazón. Así pues, María miraba a aquel niño pequeño de mejillas redondas que quería subirse encima del perro negro, y pensaba ¡qué valiente, qué vivo, qué boca más bonita!... Era como si ella bebiera en un agua fresca y amarga a la vez. Después un hombre se acercó al recinto, tapando al grupo de niños con su túnica a rayas negras y grises. María suspiró y sus ojos se cruzaron con la mirada del hombre.

María se quedó como aturdida,

sorprendida de que la miraran tan intensamente, y su corazón empezó a latir: había reconocido la mirada del caballero normando que la había perseguido en Antioquía. Entonces, tuvo miedo: no estaba en país cristiano, ¿cómo se defendería? Volvió la mirada rápidamente, fingiendo que iba a vomitar. Rufina, sentada a su lado, le cogió del brazo: ¡Mira ese muchacho cómo te mira! —Cállate, ya lo veo. ¿Cómo es? No me atrevo a mirarlo. — Tiene zapatos de cuero rojo, un cinturón muy bonito y una cinta de seda por encima del velo de la cabeza. —¿Nos sigue mirando todavía? —Sí, que Santa María nos proteja, ¡y cómo nos mira!

Como si estuviera hechizado. María se santiguaba y murmuraba unas oraciones. Ahora, el hombre sólo la veía de espaldas; se iría, las gentes miran y luego se van.

¡Qué fea estoy, Dios mío, que fea estoy, como para dar miedo! Santa María Madre de Dios ponme la cara llena de granos. —Mira, dijo Rufina, se ha ido. María recogió un poco de polvo en el suelo y se frotó las mejillas extendiéndolo con saliva, ¡que mi saliva sea veneno que me quemé como el carbón como picadura de abejón tan verdad como Dios es bueno! Y he aquí que el eunuco que hablaba normando vino a buscarla.

En una salita abovedada con almohadones dispuestos a lo largo de las paredes y una mesita baja donde había unos aguamaniles de cobre y unas copas, tres hombres tumbados sobre los almohadones hablaban entre ellos. Uno de ellos, el más grueso, fumaba una pipa larga. Uno de los tres era el hombre de la túnica a rayas negras y grises y de los zapatos de cuero rojo. María se esforzaba en arrugar la nariz y en torcer la boca sin que pareciera demasiado que hacía muecas.

El comerciante decía al cliente — entre dos bocanadas de opio— que si era para elegir a una concubina, él no se atrevería nunca a vender a una esclava

expuesta en la plaza, que en su casa tenía esclavas mucho mejores, persas y georgianas, blancas y gordas, jóvenes y vírgenes, en el Paraíso los elegidos no las desearían más bellas. Y el hombre de los zapatos rojos no decía nada. El eunuco, al ver que María se retorció muy feamente los labios, le dio un golpe con el puño de su bastón. Ella se volvió hacia él, demasiado horrorizada para ponerse furiosa, ¡él al menos comprendía el francés! ¡Por vuestro Mahoma, dijo, tened compasión! Estoy enferma. El eunuco le dijo que aquel hombre quería comprarla para su placer y que ella tendría una buena vida si se portaba bien.

—¡Decidle que ya estoy casada!

Dos hombres hablaban con el eunuco; el tercero, el de los zapatos rojos, no decía nada. María, al levantar los ojos, vio que seguía mirándola y ni siquiera se atrevió a hacer más muecas, ¿acaso se hacen muecas a un león que quiere comernos? Era bastante joven, tenía una barba negra, pómulos salientes, ojos negros y estrechos, un turco. Seguía sin decir palabra; al poco tiempo dejó sobre la mesa una bolsa de seda verde.

María sentía que sus piernas y sus brazos se le entorpecían como si estuvieran llenos de arena, blandos como almohadones, las voces de los



hombres se convertían en un largo silbido ahogado, sus cabezas flotaban en una bruma negruzca, y pensaba ¡me muero Santiago, me muero Santiago, estoy tan mala!... Después cayó al suelo y no sintió nada más.

Cuando volvió en sí, Honorina estaba inclinada sobre ella llorando. ¡Te llevan esta noche, van a venir a buscarte! Así pues era verdad, no lo había soñado. Me mataré, decía, me mataré. —Loca, loca, decía Luciana, a lo mejor tendrás mejor vida, si el hombre se interesa por ti hará lo que tú quieras, ya encontrarás una astucia para evadirte! —¡Yo no soy astuta, yo soy la mujer de Santiago, jamás seré la

concupina de nadie, y menos aún de un turco! Cogeré un cuchillo y lo mataré.

¡Hermanas hermanas llorad por mí que os abandono es como si me muriera! ¡No tengáis miedo, no me ahorcaré pero rezad por mí, que Dios os conceda ser vendidas juntas o por lo menos de dos en dos!

¡Rezad por mí vosotras que sabíais lamentaros tan bien, que ayudabais a llorar a los cristianos! ¿Para quién cantaré yo ahora si estoy sola con los turcos? ¿Creéis que un alma viva puede vivir sola con los turcos? ¡Rezad por mi alma que va a morir de soledad, no temo que me violen yo no quiero estar sola, rezad por mí! ¡Si yo te olvido, Jerusalén

si yo te olvido Jerusalén, nuestro sol  
nuestra alegría, nuestra gran prueba! ¡Si  
yo te olvido Santiago si yo os olvido a  
todos amigos míos, desde el caballero  
Everardo a fray Imberto, y Alix y fray  
Bernabé y San Juan y Elías el Picoso!  
No los olvidéis, amigas, no nos  
olvidemos unas a otras

creo que será largo y que nuestros  
hombres no vendrán a liberarnos, o si  
vienen será dentro de diez años o de  
veinte años. *Seremos como animales si  
nos olvidamos.* Todas ellas lloraban y  
hasta los esclavos musulmanes que no  
eran de su grupo lloraban.

Y las sirias cruzadas les explicaban,  
exagerando un poco, como es natural en

los esclavos, que esa joven franca había sido en el campamento cristiano una belleza célebre, una mujer adornada con grandes virtudes, esposa de un hombre joven y valiente y madre de un niño tan hermoso como la estrella matutina, ¡sí, tenía razón de llorar! María María no te pierdas sométete no es un pecado, no te pierdas conviértete en favorita, el hombre es rico tal vez puedas volver a encontrarnos y hacernos comprar por él. —¡Amigas mías aunque quisiera no podría! ¡No olvidemos nuestras canciones de guerra ni las canciones de nuestro país! Ni las canciones de Jerusalén.

El eunuco intérprete y dos viejas

mujeres llevaron a María a la casa, le lavaron todo el cuerpo otra vez, la envolvieron en unos velos malvas y rosas, le pusieron en los pies duros unos escaarpines bordados de seda y le desenredaron el pelo para frotárselo con esencia de buen olor; las viejas querían también hacerla beber y comer, pero ella apretaba los dientes por miedo a que le pusieran un filtro de amor en la bebida. Después se la llevaron como un paquete en una especie de litera cerrada de donde, a través de una reja tupida, podía ver justo un poco de claridad. Era por la tarde y la luz era roja, a través de las lágrimas veía la reja como un semillero de estrellas rojizas. Ella que se había

defendido siempre tan bien con la lengua, ahora se había vuelto muda, nadie la comprendería ya, sería como un animal.

Un solo turco que quiere violarnos es probablemente menos peligroso que diez beduinos, pero, ¿y si la ata a una cama con las piernas separadas y una mordaza en la boca? Los normandos lo hicieron y a unas mujeres muy honestas. En una casa alfombrada, aunque mucho menos rica que las bonitas casas de Antioquía, María se vio rodeada de mujeres que la miraban con sorpresa y meneaban la cabeza mirando sus manos y sus pies. Esperando remotamente que la pusieran como simple sirvienta,

María buscaba con la mirada a aquella que pudiera ser la señora de la casa. Pero ninguna tenía aspecto de querer darle órdenes. Entonces María se dirigió al rincón más oscuro de la sala y se puso a hacerse las trenzas deshechas (¿querían hacerla pasar por una chica soltera?), se había olvidado de que tenía un pelo bonito todavía, esas gentes diabólicas sabían lavarlo y darle un tono rubio, seguramente, pensaba, ese hombre se ha cansado de mujeres morenas y buscaba una rubia. Esa gente viciosa busca placeres contra naturaleza.

¿Qué hacer? María sabía mucho sobre los hombres, desde hacía tiempo. El turco la quería para aquella misma

noche. Ella lo sentía igual que un pájaro siente la tormenta, estaba tan asustada que no podía pensar en nada. Haría que la castigaran a muerte con el látigo, como a la chica de la cazuela de incienso. En sueños, a veces, se quiere huir pero uno tiene las piernas atadas. Era uno de esos sueños, pues aunque ella tenía las piernas libres y la habitación tenía puertas sabía que no tenía ninguna parte adonde huir.

La llevaron a una habitación pequeña sin ventanas, con puerta que daba a una galería; y la puerta no estaba cerrada. En un escabel, había una lámpara de aceite de cobre dorado y delante de la puerta una tinaja de agua y



unos almohadones de lana roja por el suelo, y una sirvienta joven muy morena que hablaba pero que no se la comprendía. María se había quedado de pie en medio de la habitación, inmóvil y tiesa, como si fuera de piedra.

Todos los turcos son soldados, a lo mejor viene con el sable y me corta la cabeza. ¡Dios mío, mi cabeza rubia! María se acordaba del reflejo de su cara en el balde, una cara joven, bonita, de ojos grandes, redondos y claros, ¡mi pobre cabeza, la colocará sobre el escabel al lado de la lámpara! Los hay que violan a las mujeres sin cabeza.

Ni siquiera había visto marcharse a la sirvienta, pero en seguida vio llegar

al hombre, no podía equivocarse resoplaba como un toro en calor. María lo vio, con el turbante de seda rojo en la cabeza y la larga túnica y su rostro ardiente, ¡como iluminado desde dentro por unas brasas! Entonces, se puso a gritar.

Retrocediendo hacia la pared del fondo, hacia los almohadones, para enderezarse y avanzar hacia él; con los brazos levantados, las manos extendidas hacia adelante como garras. Pataleando con espuma en la boca, no comprendía de dónde salían esos mugidos, esos bramidos, esos bufidos, solamente sabía que estaba dando saltos con las manos extendidas hacia algo que tenía que

coger y herir con las uñas pero no sabía nada más, no veía nada. Sangre. Ese grito que se arrancaba de todo su cuerpo la emborrachaba, ese espantoso chillido de animal humano, de repente sentía en ella una fuerza tan grande que las paredes temblaban.

¡No pararse de gritar aunque se le rompieran las venas de la garganta! Pues se daba cuenta con lo poco que podía pensar que sólo ese grito la mantenía con vida, ¡y rugía con todo su pecho, con toda su garganta, rugía como un soldado furioso que corre hacia el enemigo! El hombre ya no estaba allí, tres mujeres a su alrededor le vertían agua por la cabeza, en la boca, y ella se debatía a

codazos, escupía el agua, se precipitaba hacia adelante como un caballo salvaje capturado. —Lo mataré. Beberé su sangre. Las mataré a todas. María se levantó y se dirigió hacia la puerta; las mujeres trataban de contenerla y ella se puso a escupirlas, a arañarlas, era más alta que ellas y más fuerte, María no sabía que era tan fuerte. Las mujeres hablaban y su lenguaje incomprensible la irritaba tanto que respondía con unos alaridos agudos. No había dicho ni una palabra desde que la habían sacado de la casa de las esclavas.

Al día siguiente le dieron latigazos, la marcaron con hierro al rojo vivo en las dos mejillas y la llevaron a lomo de

un burro fuera de la ciudad, a una especie de casa fortificada rodeada de olivos. Por señas le hicieron comprender que ella debería limpiar los establos. Con la espalda ensangrentada y la cara hinchada, con las heridas de las mejillas llenas de mosquitos, apenas tenía fuerzas para andar, pero cogió la pala y el escardillo, se han visto cosas peores, no me darán miedo con un trabajo de criada de granja. Dos mujeres armenias y un anciano trabajaban en la granja. También había unos pastores. Si no hubiese sido por las heridas, el trabajo era más bien fácil. María no pensaba en nada, ni siquiera se acordaba del hombre que había querido violarla,

pensaba que sencillamente era como si la hubieran golpeado y la hubieran vendido a una granja...

De una furia tan grande y de un espanto tan grande sólo le quedaba un cierto asombro, por la noche cuando el cansancio le doblaba la espina dorsal, bueno, Dios me ha ayudado, ha sabido hacer que ese hombre se asquee de mí. Créase o no, una buena vida, con las alfombras, los almohadones y las lámparas doradas y los baños y las fuentes de frutos confitados, esa vida le daba mucho más miedo que la vida en la granja, sin hablar de la deshonra. En dos semanas aprendió a hablar un poco con las armenias, desde Antioquía conocía

algunas palabras de esta lengua. Pero todos los días, todas las noches ella pensaba, soñaba, oh Señor que nos manden a una mujer de nuestro grupo o incluso a una de las normandas ¡o simplemente a una mujer que hable cristiano! ¡Rufina, Honorina, decir que alguna vez me disputé con ellas, cualquier mujer de nuestro grupo y yo la serviría, haría todos los trabajos por ella! Rascando el barro de los establos, acechaba los ruidos de voces, los ruidos de pasos, con una sed tal de oír hablar una lengua del país que a veces, como loca, creía verdaderamente oírla y soltaba la pala y se precipitaba fuera... Cuando se le curaron las mejillas y pudo

moverlas, se puso a cantar.

Contando los años con los dedos de las manos, María se decía que debía tener más de dieciocho años. Diecinueve años. No había manera de evadirse, con una cadena en el pie y la cara marcada. Se lo decía a las armenias y ellas meneaban la cabeza. No. Ni disfrazadas de hombres era posible, Jerusalén estaba muy lejos y se morirían de sed en el desierto. Sería un suicidio, Dios no lo permite.

...Tardaron tres años en coger Antioquía y Jerusalén, ¿tomarán quizá Damasco dentro de tres años? ¡Tres años! Yo tengo a un hijo en Jerusalén, decía, no puedo estar tres años sin



verlo. Tengo marido.

Las armenias también tenían maridos e hijos, perdidos sabe Dios en qué mercados. Desde hacía más de cinco años.

...Cuando los nuestros vengán a asediar Damasco instalarán el campamento seguramente en los olivares y las armenias y yo nos esconderemos y por la noche iremos derechas hacia las zanjas. —¿Quién vive? ¡Cristianas cautivas, que Dios os bendiga hermanos bienamados, san Miguel y san Jorge os trajeron aquí! ¿Dónde está el campamento de los picardos y de los artesanos?...

Canta, María, canta otra vez

canciones de tu país. —¿Cómo queréis, oh, cómo queréis? —¡Oh Babilonia! en los ríos de Babilonia. ¡Si yo te olvido, Jerusalén! No hay peligro, ¿cómo te había de olvidar? El alma muere de sed. ¡Mejor morir de sed en el desierto! María se deshizo de la cadena y se evadió, una noche, y fue encontrada tres días más tarde por una caravana; con una insolación, medio muerta. Cuando la devolvieron a la granja la golpearon tanto que le rompieron la nariz... ¡Santiago! Si me encuentras algún día ¿me querrás todavía? ¡Sí, ámame, Santiago, no te vuelvas a casa o te echaré mal de ojo! ¿Cuánto tiempo se puede vivir así, ahogándose,

volviéndose loca, cuánto tiempo? —Oh  
Jerusalén cruel Jerusalén perdida  
que no me traten de loca.

En el Santo Sepulcro en el fuego de  
mil cirios. Como los mosquitos en el  
fuego. Aplastados reventados  
derretidos.

*La demasiado amada, la demasiado  
deseada*

*la bien vengada la bien ganada  
por la sangre lavada y resucitada  
¡oh ciudad perdida y encontrada!*

Canta, María de Arras. No te  
olvides de nada María de Arras.

## **Solapa de la portada.**

Zoé Oldenbourg es una escritora francesa, de familia rusa, ampliamente conocida por sus novelas y ensayos de tema histórico. Entre sus diversas obras destacan *La piedra angular*, que obtuvo el «Prix Fémina» 1953, y *Las Cruzadas*, publicada en nuestra colección Libros de Historia. El personalísimo estilo de la autora, la riqueza de documentación utilizada, las cuidadosas formas narrativas, sus ráfagas líricas y épicas convergen para hacer de ella una maestra en su género. Y no falta quien la ha comparado a los grandes historiadores románticos.

La alegría de los pobres es la

historia de las riadas humanas que apasionadas ante los sermones de Pedro el Ermitaño deciden seguir a los ejércitos que parten para la Cruzada hacia Jerusalén, convencidas de ser los «pobres de Dios» a quienes Jesús espera allí. La mayoría son gentes sencillas, con ideales de amor e igualdad entre los hombres y deseosas de lograr una nueva vida una vez liberados los Santos Lugares de los seguidores de Mahoma. Desfilan ante nosotros personajes muy distintos: obreros, visionarios, místicos, sacerdotes fanáticos, prostitutas..., pero todos con la misma obsesión que les hace superar las innumerables

calamidades sufridas durante el largo viaje hasta llegar a la Ciudad Santa y ver realizado su sueño, motivo de su gran alegría, una alegría que tal vez costó demasiado cara.

Sobre esta edición digital:

A nivel de párrafo, se ha intentado mantener la distribución de origen, por tanto, lo que pueda parecer un error puede resultar no ser tal y estar en el original. Así, se puede encontrar palabras repetidas, comienzo de párrafo en minúscula, etc., que están en la propia obra. Sólo se ha añadido, para conseguir cierta legibilidad, un pequeño

espacio entre párrafos.

A nivel de palabra y carácter, es posible considerar los errores como tales.

*This file was created  
with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org  
30/10/2012*